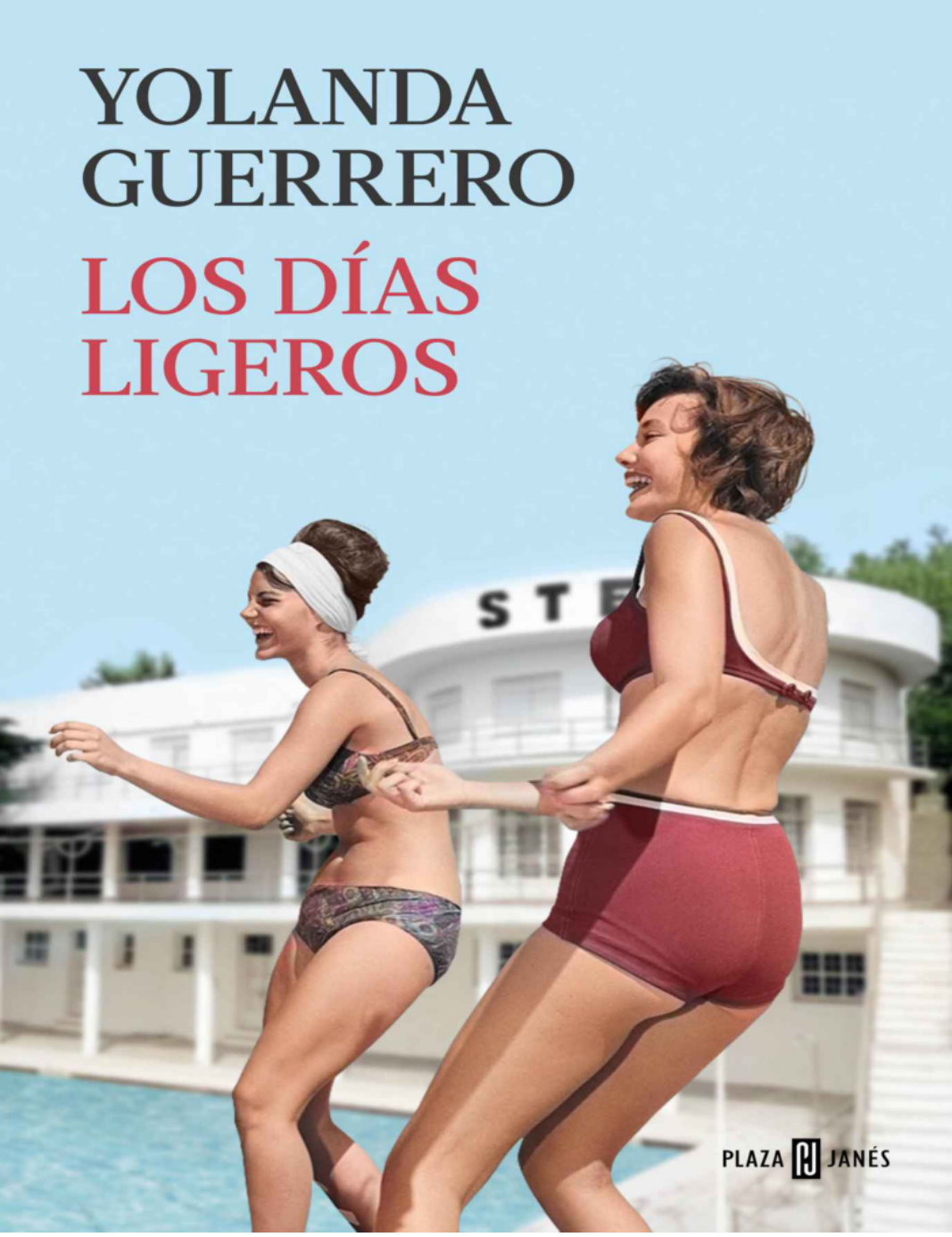
YOLANDA GUERRERO

LOS DÍAS LIGEROS



PLAZA JANÉS

YOLANDA GUERRERO

LOS DÍAS LIGEROS

PLAZA JANÉS

A Marisol Becerra y Carolina García Menéndez,
por nuestros días ligeros y sus nombres soñados
A Palmira Márquez y David Trías, por ayudarme
a encontrar literatura en lugares olvidados
Y a Juma, por todo. Siempre

El universo, y yo con él, estaba en marcha hacia el séptimo cielo. Ahora sé demasiado bien lo que aquello significaba: la sensación de ligereza, mundo de luz que me imaginaba desprovisto de todo peso, lo que yo consideraba como un preludio feliz de mayor felicidad, era realmente el comienzo, el aviso de un adiós para siempre…

ISAK DINESEN (KAREN BLIXEN),
«Los soñadores», *Siete cuentos góticos*

Nota de la autora

Hay un lugar en Madrid de otro tiempo y de otro mundo que sigue en pie, tan espléndido como antaño lo fue, y que pertenece a este universo en el que vivimos. No todos los madrileños lo conocen, ni mucho menos han oído hablar de su historia, ni siquiera es escala en ninguna ruta turística.

Se levanta con la forma de un enorme barco blanco varado sobre una colina como por un milagro, un arca de Noé encima del monte Ararat después del diluvio.

Está en un barrio hoy populoso, y en tiempos remoto, al que los capitalinos solían escapar para pasar sus vacaciones. El barrio se llama Ciudad Lineal y su historia se remonta a finales del siglo XIX, cuando Arturo Soria, urbanista, ingeniero y geómetra, además de progresista, republicano y demócrata, entre muchos atributos más y todos buenos, puso en marcha un concepto de ciudad extendida a ambos lados de una sola calle principal. Consiguió permiso para desarrollarlo en una zona al noreste de la capital y distante de su bullicio, para lo que recabó el apoyo y el entusiasmo de un buen número de miembros de la élite intelectual y científica madrileña, muchos de ellos liberales y librepensadores, que se establecieron en el nuevo barrio.

A cambio de aislamiento, las casas, pequeños chalés que llamaban hotelitos, ofrecían comodidades que no se encontraban en la urbe, como frondosos jardines y espacio abundante. Formaban lo que Ramón J. Sénder describió en 1923 como «el barrio ideal de la nueva aristocracia», pero también tan «envuelto en soledad» que «no se podía sospechar ni que Dios los viese».

En la manzana número 77 de esa línea había una finca dedicada a la cría de aves. Se llamaba La Asunción y debía el nombre a Asunción Pérez-Vizcaíno, que vivía en ella con su hermano Manuel y un tío ciego, Pedro Rodríguez Illanes, escritor y vecino respetado que llegó a

presidir la Compañía Madrileña de Urbanización, desde la que respaldó con vehemencia el innovador concepto de ciudad de Arturo Soria, fundador de la empresa.

La finca de los Pérez-Vizcaíno se ubicaba en el número 160 (hoy el 231) de la calle Principal, que terminó llamándose de Arturo Soria.

Uno de sus vecinos, residente en un hotelito blanco y bermejo del 210, era José Pérez-Stella, cuya saga hizo fortuna fabricando cigarros en Filipinas con La Insular.

A las dos familias las conectó la vecindad y las emparentó lo que más y mejor une: el amor y más tarde el matrimonio. De él nació en la primera década del siglo xx Manuel Pérez-Vizcaíno Pérez-Stella, un hombre culto y emprendedor que quiso hacer de la Ciudad Lineal de Arturo Soria algo más que lo que vio Sénder: «un canalillo de casas» que parecían tener «un suicida recién suicidado tirado en el jardín», un lugar en el que «hay meditaciones de crimen». Perfecto para un asesinato. O para varios.

Así, Manuel Pérez-Vizcaíno Pérez-Stella encargó al arquitecto Fermín Moscoso del Prado Torre en 1947 y a Luis Gutiérrez Soto en 1952 que levantasen el edificio de líneas racionalistas y con figura de buque que todavía hoy preside desde un altozano las vistas de quien se aproxima a Arturo Soria a través del puente de Costa Rica sobre la M-30.

Gracias a él, en esa «ciudad panteón» de Sénder hubo, al fin, un oasis para vivos. Es decir, un pequeño edén en el que disfrutar de la vida y no sufrir la tristeza del recuerdo de la muerte: una gran piscina y otra menor para niños, con restaurante, bar, gimnasio, peluquería, pista de baile, boleras, frontones…, incluso panadería y un bingo en sus últimos años.

Y más: era un sitio al que acudían desde escritores, políticos, aristócratas, cantantes, deportistas y estrellas del cine nacional y extranjero hasta soldados rasos, albañiles, criadas, modistas y niñeras. También fue el primer lugar de España en el que se vieron bikinis primero, tangas y *topless* más tarde, y cuerpos desnudos después. Los que allí acudieron estuvieron unidos por las risas, la música, la diversión, la cultura y, sobre todo, la libertad.

Aquel rincón supuso una burbuja hedonista en mitad de la grisura de tumba aún abierta en los años posteriores a la guerra y de modernidad anticipada en el tardofranquismo, en la Transición y en la democracia. Solo pudo con ella aquello a lo que ni lo mejor del alma humana logra sobrevivir: la falta de rentabilidad.

Cerró sus puertas en el año 2006, pero antes lució su nombre con orgullo durante décadas, en grandes letras negras que se veían desde casi todo el norte de Madrid. Primero, durante un tiempo breve, piscina Club Stella. Después, piscina Stella. Y más tarde, hasta hoy, Stella.

Aunque sin actividad comercial (en el momento en el que escribo, su reapertura resulta complicada por las limitaciones que impone la calificación de uso dotacional deportivo), sigue siendo un edificio fastuoso, magníficamente conservado hasta el mínimo detalle y en toda su opulenta decadencia, en especial sus jardines, por la familia Pérez-Vizcaíno y sus gerentes, y con el mismo esmero y exquisitez que cuando recibía a lo más granado de la sociedad.

En sus casi sesenta años de vida activa pasaron cosas, muchas. Cosas que no creeríamos y cosas que nunca descubriremos. Por ejemplo, las que se narran en las páginas que siguen. O tal vez esas no sucedieron nunca. O sucedieron algunas y otras no. O sucedieron de una forma distinta a como yo las cuento… Quién sabe.

Si existe una barcaza embarrancada en secano a quinientos kilómetros del mar, a nadie debe extrañar que cualquiera de las fantasías que sea capaz de forjar la imaginación sobre lo ocurrido en su interior sea, si no probable, al menos posible.

Estas son las mías.

YOLANDA GUERRERO,
Madrid, 2024

Esta historia está basada en algunos hechos, personajes y lugares reales, y en otros, casi todos, completamente ficticios.

2022

La verdad era que, como ella había dicho, no podía morir.
En uno u otro sentido, tenía demasiada vida.

Isak Dinesen (Karen Blixen),
«Los soñadores», *Siete cuentos góticos*

Todos los muertos tienen una historia que contar. Todos, incluso las ruinas de ladrillo. Esas las que más.

Los vivos también, pero no lo saben hasta que terminan de vivir. Algunos creen que su historia nunca saldrá a la luz. Y no, nadie se lleva nada a la tumba. Llegamos a la vida vacíos y salimos de ella como entramos.

—Ninguno se libra. Ni siquiera Amparo —suspira Julia con asombro.

Aún no se cree que ya nunca volveremos a ser tres. Es más: quizá presiente que dentro de muy poco seremos una. Y después, ninguna. Cero.

Julia sorbe, y al hacerlo sus labios emiten un sonido escandaloso. Como siempre. Sea sopa o café, hace setenta años que la oigo beber así.

—No sé por qué te extrañas, si este día tenía que llegar —se lo recuerdo con algo de acritud. Los sorbos ruidosos me siguen poniendo de mal humor.

—Pues claro, hija de mi vida, como nos va a llegar a todos.

—No, no me refiero a *ese* día, sino a *este* —enfatizo los dos demostrativos para marcar la diferencia, pero no reacciona—. A este mismo, *honey* —insisto—, al de la verdad.

—El día que vamos a tener que contar la nuestra. Eso es lo que quieres decir, ¿no?, tanto da que todavía estemos vivas.

Que sí, que, por larga que haya sido una existencia, cuando llega al final acaba contándose a gritos. A eso es a lo que me refiero, aunque no haya sabido expresarme. Julia por fin lo entiende. Sabe que tengo razón. Y yo que la tiene ella.

—¿Qué crees que diría Amparo si estuviera aquí?

—Diría lo mismo que yo: que todo es relativo y que lo que hoy parece intenso entonces era sencillo…

—Porque no estábamos muertas.

—No. Porque nos creíamos inmortales.

◆ ◆ ◆ ◆

Es otoño y hace sol. El sol de Madrid en otoño sigue siendo el mejor sol del mundo.

Estamos sentadas en un banco de madera. Calladas. Y juntas. Nos une algo poco frecuente entre nosotras: silencio.

Solo lo hubo una vez. Aquella en la que callar era lo único que, llegamos a pensar entonces, podía redimirnos.

Después, con el tiempo, volvimos a hablar. Pero siempre seguimos callando sobre lo que pasó aquella vez.

Cuarenta años con una parte del corazón tan cerrada como la boca son muchos años. Hasta hoy.

Y ahora, cuando la verdad nos llama y nos ha traído hasta sus mismas fauces, volvemos a guardar silencio.

Pero eso es porque en esta ocasión no sabemos si llorar o reír. Así que optamos por brindar.

No es sopa ni café, es champán, un Veuve Clicquot *extra brut* etiqueta negra. Era el preferido de Amparo; le recordaba a Babette. Y a Tania. Lo hemos comprado en la Duty Free de Dallas y traído en una bolsa junto a las copas de Josephinenhütte que nos llevamos de aquí hace cuarenta años bien envueltas.

Son copas para vino blanco, de un cristal tan fino que parecen doblarse, como si fueran de goma flexible. Así nos gusta a nosotras beber champán, y no en esas copillas aflautadas que manda la ortodoxia.

Tenemos tres. Dejamos una vacía y chocamos las nuestras con ella.

Bebemos al aire libre, sentadas en el banco de madera que han puesto justo enfrente del número 231 de la calle Arturo Soria.

Nos da igual que nos miren. Sí, ¿pasa algo?, somos dos viejas y un fantasma tomando champán a las once de la mañana, ¿y qué?

Yo también hago ruido al sorber. A mí, a los ochenta y cinco años y a la cuarta copa, ya no me importa que se me mire ni que se me oiga, como a Julia. Porque con champán, sobre todo si es un Veuve

Clicquot, nos dijo una vez Tania, se permite todo.

—Por Amparo.

Brindamos más.

—Y por ellos.

Y por el día en que tampoco estemos.

Y por la historia que entonces contaremos juntas.

Y, mejor aún, por dejar que la nuestra salga a la luz antes de que la tumba la cuente por nosotras.

—Ya hemos callado el tiempo suficiente, Julia.

—Y muchas cosas, Sara, *dear*. Hemos callado muchas cosas.

—¿Te arrepientes?

—Ni en sueños.

—¿Volverías a hacer lo que hicimos?

—Una y mil veces.

Observamos el semáforo y encontramos una metáfora a tres colores. Las dos nos acordamos del miedo que les tenía Lorenzo a los semáforos cuando aprendió a andar.

—Vamos, Julia, que está verde…

Qué ironía; ahora somos nosotras a quienes las asusta un simple baile de luces.

—Es verdad, vamos.

El semáforo nos da permiso, pero no nos movemos.

No tenemos más que cruzar la calle para llegar al sitio en el que prácticamente nacimos, fuimos felices y nos hundimos.

Está ahí, a veinticinco metros de nosotras. O a veinticinco vidas.

Tiene forma de barco. Y está encallado en la cima de una colina. Fue nuestro lugar en el mundo y después el de nuestro naufragio. Cuando lleguemos a él pueden ocurrir dos cosas: que volvamos a irnos a pique o que sobrevivamos a su zozobra.

Lo primero es lo más probable.

Pero tenemos que entrar y, después, romper el silencio.

Porque todos, absolutamente todos los muertos, los de cuerpo pasado, presente y todavía futuro, como nosotras, aunque por poco tiempo, tenemos una historia que contar.

1952

Vosotras las personas serias no debéis ser demasiado severas con los seres humanos que buscan alguna distracción cuando se sienten encerrados como en una cárcel y no se les permite siquiera decir que son prisioneros. Si no consigo pronto divertirme un poco, me moriré.

ISAK DINESEN (KAREN BLIXEN),
Vengadoras angelicales

1

Es posible que todo empezase con el primer muerto y no antes, aunque ya ni de eso puedo estar segura.

Desde luego, era el primero que veía yo. De mi padre desaparecido en el Gran Sol ni siquiera tuve una caja de pino, porque cuando el mar se traga a alguien jamás lo devuelve. Es la ley de Neptuno; ya me lo había advertido él.

El viernes 15 de agosto de 1952 fue un día extraño. Pasaron muchas cosas. Antes y después. Pero, cada vez que lo rememoro, no puedo evitar pensar que amaneció a las cuatro menos veinticinco de la tarde. O tal vez anocheció.

A esa hora, Roberto, uno de los dos socorristas de la piscina y el animal más espléndido de una selva de hiedra, pinos, castaños y naranjos, acababa de comer en la cocina con el personal y se disponía a reanudar su trabajo de exhibición de músculos bronceados, como le habían ordenado.

Amparo y yo lo vimos todo desde la barandilla superior, aferradas a su tubo como si fuéramos Hércules Cortez y pudiéramos retorcerlo.

Roberto era el ser que más odiábamos en el mundo, por eso no lo miramos siquiera cuando pasó por nuestro lado. Nos dejó una estela nauseabunda de olor fuerte, como a canela, nuez moscada, pimienta y licor, todo junto.

Bajó los veinticuatro peldaños más famosos de la capital haciendo eses.

Trastabilló, se enredó en tres de ellos, descendió los últimos a cuatro patas y se levantó aturdido, sujetándose a la farola blanca y después al mástil de la ducha.

—Y ese manguán borracho no sabe que allá debaxo hay una neña que casi se va al otro barrio por su culpa, será babayu… —me dijo Amparo, silabeando muy despacio y muy bajito en su lenguaje mixto y

cerrado para que solo yo la oyera, porque solo yo podía entenderla.

Junto a la rabia sentimos el placer de verle recibir un poco de lo mucho que merecía: la humillación ante sus admiradoras, testigos de su hora más baja al presenciarlo con el bañador medio meado, la baba cayéndole por la barbilla y los ojos casi en blanco. Abochornado ante su claque.

Roberto trepó a duras penas por las escaleras hasta el primer trampolín, no pudo llegar al más alto, y comenzaron sus muestras de poderío sobre la tabla, aunque aquel día no parecían más que piruetas de mono loco.

Extendió los brazos, que no quedaron paralelos al agua, ni siquiera paralelos entre ellos.

Miró al abismo azul que se extendía debajo de él. Se contorsionó para iniciar un tirabuzón. Se retorció, dio un cuarto de voltereta en el aire, sus pies tropezaron el uno con el otro.

Y saltó. Pero no al frente, sino a un lado y hacia atrás.

El golpe de su nuca contra el bordillo de la piscina fue seco.

Solo un clac y se acabó.

El cuerpo cayó a plomo sobre el agua depurada de la piscina Stella, el agua más cristalina y limpia de todo Madrid, que enseguida se convirtió en un gigantesco charco rojo con Roberto en su mismo centro.

Bocabajo, con los brazos en cruz y muerto en el acto.

Creo que nunca he vuelto a sentir una parálisis como la que en ese momento me dejó con los dedos agarrotados sobre la barandilla.

Todo el mundo se arremolinó alrededor de la piscina. Alguien trajo varias toallas. El otro socorrista sacó a Roberto del agua.

Amparo y yo seguíamos viéndolo todo desde arriba. Yo era incapaz de soltar el tubo, mi único asidero a la realidad. Si me desprendía de él, caería al vacío.

Amparo se sentía igual, aunque ella era mucho más fuerte.

—Fui yo, que dile de beber… —susurró.

No, Amparo se equivocaba de culpable. Pero yo no podía hablar.

¿Cómo se lo iba a explicar?

¿Cómo decirle que había comenzado el hundimiento? ¿Que la vida

se había puesto en marcha para nosotras a los quince años de la peor de las maneras posibles? ¿Que acabábamos de hacernos adultas y ni siquiera nos habíamos dado cuenta?

—No, Amparo, tú no. He sido yo —fue lo único que acerté a balbucear cuando el entumecimiento cedió lo suficiente.

—¿Fuiste tú qué?

—Que he sido yo. Que yo he matado a Roberto.

2

Es posible que todo empezase ese día, sí, pero Tania, la mejor cuentacuentos de todos los tiempos, discreparía de mi forma de iniciar el relato.

Y me regañaría. Así no. Así no se empiezan a contar las cosas. Debería haberlo hecho de otra forma. Se ha de comenzar por el principio de verdad, me habría regañado ella.

Por ejemplo, tendría que haber dicho que, aunque nunca tuvimos una granja en África ni vivimos al pie de las colinas de Ngong, sí fue nuestro un barco atollado en lo alto de un cerro a las afueras de Madrid desde el que se oteaba Mirasierra y, en los días muy claros, las cumbres nevadas de Guadarrama.

Así sí.

Ella nos aconsejó muchas veces que, si alguna vez deseábamos contar nuestra historia, lo hiciéramos tomando como punto de partida el tiempo y el lugar que un día nos hicieron felices. Porque todo lo que viniera después, por muy desgraciado que resultara, jamás podría robarnos lo vivido antes del huracán, y por eso lo justo era recordarlo por delante de todo lo demás.

Yo entonces deseaba ser ella, una aristócrata de Dinamarca sofisticada y aventurera, y deseaba tener un amor que me durara un libro entero para escribirlo mientras avistaba jirafas y escuchaba las aventuras de los masáis.

Todavía lo deseo, aunque solo lo primero. Todavía quiero ser ella: Osceola, o Isak Dinesen, o Pierre Andrézel, o la baronesa Karen Christentze Blixen, o simplemente Tania Blixen, nuestra Tania.

De lo demás hace mucho que desistí.

3

Para comenzar por el principio es necesario atender a las normas de cortesía. Y la primera de ellas requiere una presentación en regla.

Me llamo María Magdalena Sara Carmen de la Fuente Santiago y con mi nombre rindo tributo a los ídolos de mi madre: Imperio Argentina, Sarah Bernhardt y Prosper Mérimée, además de un homenaje secreto a *Ay, Carmela*. Esto último, aun cuando fuera inconfesable, me marcó tanto que como Carmela fui conocida en mis primeros quince años de vida.

Enriqueta Santiago Higuera, mi madre, fue una republicana con un gran corazón que siempre mantuvo escondido detrás de un disco y de un libro. Mi padre era marino, Juan Manuel de la Fuente Cantero (De la Fuente, qué paradójico, ¿verdad?, tratándose de un lobo de mar), al que veíamos tres veces al año porque en Palencia, de donde mi madre jamás quiso moverse, no atracaban barcos y se comía más cochinillo que merluza, y que murió faenando frente a las costas de Escocia cuando yo tenía diez años.

Cinco después, mi verdadera vida empezó. Fue el 10 de abril de 1952, el día que viajé desde Palencia a Madrid.

Me recibió mi tía lejana Sol Martínez Limón en la estación de Atocha. Era Jueves Santo y en el asfalto mezclado con tierra y polvo todavía rezumaba la humedad de alguna que otra lluvia primaveral. Llegaba con una maletita de cartón, una falda tableada muy por debajo de la rodilla, un sombrero de paja con flores que yo misma trencé y una chaquetilla de perlé que mi madre había tejido «para el relente, que el clima de Madrid es traicionero», como si Palencia fuera Torremolinos.

Toda yo gritaba en silencio que era un ejemplo cabal de ese provincianismo del que tanto se burlan los madrileños porque, en realidad, se ven reflejados en él: es el mismo con el que casi todos

ellos se presentaron un día en la capital acompañados de sus maletitas de cartón en busca de fortuna.

Esa era yo a los quince años: estática en el andén de Atocha, con mi equipaje escueto y envuelta en perlé, aterrada solo de pensar que, nada más poner un pie fuera de la bóveda acristalada de la estación, la gran ciudad iba a comerme hasta los tuétanos.

Me esperaba una señora con estola de visón a pesar de los veinte grados de aquella Semana Santa inusualmente cálida, traje gris marengo con falda de tubo y abrochado hasta el cuello, y un sombrero de fieltro granate y cinta verde botella inclinado, tapándole un poco del ojo izquierdo.

Me quité el mío de paja nada más verla. Qué vergüenza sentí. Qué poco preparadas estábamos mi indumentaria y yo para la capital. Qué pronto comprendí lo que era ser de provincias en Madrid.

Sol me miró de arriba abajo y no sé si vi en sus ojos desaprobación o indiferencia.

—Le he dicho a tu madre que te mandara hoy porque tu tío les ha dado a los obreros descanso hasta el sábado, que ellos también tienen que rezar y recordar la pasión de nuestro Señor —dio dos besos al aire al tiempo que entrechocábamos las mejillas y hablaba sin parar. Así comprobé por primera vez una habilidad que siempre admiré en ella: la de la verborrea sin puntos ni comas y sin interrumpir lo que estuviese haciendo en cada momento—, y así te lo puedo enseñar todo sin que mastiques mugre para que luego, cuando empieces, te resulte más fácil, que no sé si te he dicho que también quiero que me ayudes con la limpieza, porque el polvo que suelta Ese Sitio —entonces no lo llamaba por su nombre, solo aludía a él así, con mayúsculas— me tiene enferma. No sabes la que nos han montado, la Virgen nos ampare, porque lo que yo digo, ¿a dónde va la familia de don Manuel con ese establo, que solo le faltan los caballos, con lo que ellos han sido para todo el barrio, siempre tan respetados, tan buena gente, tan rectos y tan serios? Pero lo peor es lo que está haciendo tu tío, mejor me callo, que no sé yo dónde vamos a terminar, en el infierno lo más seguro. Dios nos pille confesados, que si no…

Mi tía Sol. Enjuta, con su moño castaño relampagueado de hebras

grises, un ojo medio velado por el sombrero y cierta belleza que ella se empeñaba en enmascarar. Me fijé bien cuando las dos ya estuvimos sentadas en el asiento trasero del Mercedes Benz negro que nos deslizaba por calles tan anchas como el río Carrión.

A ella no le importaba ser o no ser bella, ni mucho menos lista, porque los mayores atractivos de una mujer son los que tienen que ver con su virtud.

Por eso se había propuesto evangelizar a todo el que tuviera al lado. Primero, a su marido y mi tío lejano, Mateo Santiago Becerra, sin importarle que ya fuera un alma buena antes incluso de conocer a la que un día sería su esposa.

Mi tío y primo segundo de mi madre fue conocido en toda la Palencia anterior a la guerra por ser eso precisamente: un espíritu dadivoso. Y también por tener un cerebro brillante, aunque él, modesto incorregible, siempre dijo que más que inteligencia lo que tuvo fue suerte. Se graduó en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid por la admiración que sentía hacia Jerónimo Arroyo, el artista del edificio de la Diputación de Palencia y del Colegio de Villandrando. Pero la suerte fue que lo hizo en junio de 1936, apenas un mes antes de que el mundo se viniera abajo, y también que consiguió trabajo en el estudio de quien después mejor lo reconstruiría: su otro ídolo, Luis Gutiérrez Soto.

Y por eso estaba yo en la gran capital y no en mi pequeña ciudad. Porque mi tío quería que, si los dados del azar se proponían dar otra buena tirada a lo que nos quedaba de familia, rodaran sobre el tapete a mi favor.

◆ ◆ ◆ ◆

En todo eso pensaba yo cuando el chófer que nos conducía por la calle Alcalá arriba nos alejó de la agitación de la ciudad para adentrarnos por los caminos de tierra del antiguo cauce del arroyo Abroñigal.

Entonces lo vi.

Era un arcoíris: un chorro de luz blanca que, encaramada a lo más alto, se derramaba por una ladera tintada de verde y rosa con la caída

de sol.

Cómo ha llegado un barco a las afueras de Madrid, me pregunté, como buena adolescente impresionable que todavía creía en cuentos de hadas. Porque yo, que nunca había visto el mar, me dormía siendo muy pequeña arrullada por las historias que me contaba mi padre cuando cada cuatro meses regresaba de surcar los siete mares y atracaba en su Ferrol natal. Ya en Palencia y en seco, me explicaba dónde estaba babor y estribor, cómo rompe el agua la quilla y por qué los barcos no navegan, sino vuelan cuando se sienten libres sobre el océano.

Eso fue lo que vi: un bote encalado, con su puente de mando en círculo y barandillas pintadas de azul mar, encumbrado en un promontorio, arriba del todo, en el punto exacto hacia el que nos dirigíamos. Suspendido en el aire. Con la inmensidad rendida a sus pies.

Además, estaba rodeado de andamios. Una bandada de obreros trepaba por los entramados arriba y abajo, pájaros carpinteros laboriosos picando, rascando y pintando después.

Uno de ellos, columpiándose en los tubos de hierro y desafiando a las alturas, mojaba la brocha con mucho cuidado en pintura negra para escribir (o borrar, entonces no me paré a preguntármelo) con letras enormes sobre cal:

PISCINA CLUB STELL

Ya me imaginaba yo que era la A lo que le faltaba a aquel edificio asombroso que algún dios, con su gracia celestial, había sacado con una mano gigante de la mitad del Atlántico y lo había plantado en una loma sin orilla a la vista.

Era una edificación imposible. Un milagro. Esa fue mi primera impresión.

O sea, un atrevimiento. Surrealista como Breton, racional como Góngora, divertido como Quevedo, elegante como Calderón, sobrio como Lope… Todo lo que me había enseñado mi madre, loca de tanto escuchar el gramófono y de tanto leer, una suerte de Alonsa Quijano,

y una sombra de lo que durante mi infancia trató de describirme el marino que me dio la vida.

Así que eso era un barco, padre, pensé, un misterio con nombre de mujer.

4

Mi familia madrileña vivía en una casona grande a las afueras de Madrid.

Me pareció que habíamos recorrido cientos de kilómetros desde que salimos de Atocha y, sin embargo, cuando llegamos a nuestro destino y oteé el horizonte desde lo alto de la pequeña cima, pude ver la ciudad casi al alcance de la mano y al mismo tiempo separada de nosotros por un mar de praderas, tierra, vaguadas y cañadas.

—Este hotelito lo ha construido tu tío —me explicó Sol mientras daba vueltas a la llave del portón de entrada, en una bocacalle de Arturo Soria llamada Rodríguez Illanes—. No digo yo que no me guste, es tranquilo y tiene la iglesia cerca, pero da mucho trabajo, nena, mucho, así que lo más seguro es que tenga que pedirte ayuda más de una vez; nada humillante: la plancha, los desayunos y el plumero, que son tiempos difíciles y todas las manos son pocas…

Era un bonito chalé de paredes blancas, cornisas rojas y un jardincillo que lindaba con el de la finca en la que se alzaba el barco surrealista. Y tranquilo, muy tranquilo. Apenas se oía el eco de un tranvía que se alejaba, y solo los efluvios de otras chimeneas daban fe de que había vida en las cercanías.

Dentro del hotelito me esperaba él, el arquitecto Mateo Santiago.

Yo casi no lo recordaba, así que lo observé como se observa a alguien a quien nos acaban de presentar, fijándome mucho. Era guapo a su manera, neófito en asuntos de calvicie y por tanto inexperto a la hora de disimularla, con ricitos en la nuca como engrasados con aceite para compensarla, muy atildado y de maneras elegantes.

Me recibió en batín de seda, fumando una pipa de ébano, con un *ABC* abierto entre las manos y sentado en una butaca junto a la chimenea. Una estampa impresionante. A mí, al menos, me impresionó, que era lo que pretendía mi tío. La primera vez es la que

cuenta y lo consiguió aquella, porque entonces yo no sabía aún que organizaba la misma puesta en escena siempre que había visita a la hora de cenar. La razón: así se imaginaba él a Sherlock Holmes, su talismán literario por excelencia, recibiendo a Watson en Baker Street.

Esa noche, Sherlock se quitó la pipa de la boca, dejó el periódico, se atusó la bata (todo parte del mismo espectáculo) y se levantó para darme un beso en la frente y una palmadita en la mejilla que estaba entre el cariño y la displicencia, que en realidad no era más que timidez:

—Conque tú eres la Carmelilla de Palencia… Mira qué alta y qué mona estás ya. Si eras una chiguita la última vez que te vi. ¿Cuántos tienes…?, ¿catorce…?

Sí, esa era yo, Carmelilla, la chiguita de mi madre. Me llamaban así en Palencia y no me quejaba del nombre. Hasta que pisé Atocha y le dije a Mateo:

—Quince cumplí ayer, tío, pero llámeme Sara, haga usted el favor, si le parece bien.

—¿Sara? Pues Sara, hija, ya está. Si Sara quieres ser, Sara serás en esta casa. —Cerró el *ABC* para darlo por leído y me miró con detenimiento—. Y felicidades con retraso por tu cumpleaños, cielo. Algo se nos ocurrirá de postre para celebrarlo. Por cierto, ya te habrá contado Sol, ¿verdad?

No, mi tía Sol no me había contado nada de lo que de verdad me interesaba.

Sí que me había recordado lo que ya sabía: que mi madre me mandaba a Madrid para ayudar en la educación de Mateíto, mi primo igual de lejano, que se había roto el fémur por tres sitios diferentes saltando en un tobogán y no podría ir a la escuela en una temporada larga, además de lo de la plancha y el plumero.

Y también me había prometido que, si lo hacía según había sido convenido y pactado con la rama pobre, rural y palentina de los Santiago, quizá ella misma en persona podría llevarme algún día a alguna de las reuniones de la Sección Femenina en las que se instruía a jovencitas como yo para conseguir el mejor de los maridos.

Todo eso lo sabía ya, pero carecía de interés para mí.

Lo que me tenía intrigada y de lo que nadie me había hablado aún era de ese edificio blanco y extraño sostenido por andamios que se veía desde las ventanas del salón de mis tíos.

◆ ◆ ◆ ◆

—Mis padres dicen que la cigüeña me dejó a mí ahí cuando lo estaban haciendo —me contó Mateíto poco después de la Semana Santa de 1952, una tarde en que, como casi todas, se resistía al álgebra y yo me distraía junto a la ventana.

—O sea, que *eso* tiene ya seis años…

—Tener, tener, tiene cinco, pero entre lo que tardaron en hacerlo y lo que tarda una cigüeña en llegar de París…, pues nada, que ahí me encontraron a mí, entre los ladrillos.

Primera pista.

Las demás fueron varias dispersas que tuve que tejer con hebras sueltas hasta que di con la madeja adecuada y pude reconstruir el modo y el momento original, la chispa que lo prendió todo.

Mucho de lo que averigüé me lo contó Sol, aunque tuve que cribarlo varias veces y a través de varias fuentes para quedarme con la verdad en el cedazo. Pero la información fidedigna provino de mi tío, que por las noches, junto a la misma chimenea y fumando la misma pipa del primer día, me hablaba de los orígenes del edificio del que se sentía más orgulloso de entre cuantos había hecho.

Así, deduje que la chispa primigenia debió de saltar un día de 1945 en que al amigo de Mateo, Manolo Pérez-Vizcaíno Pérez-Stella, se le encendió una bombilla en la frente y habló por las buenas con el cabeza de familia —el único modo de intentar las cosas en aquellos años si de verdad se pretendía conseguirlas, según me contó mucho después mi tío—.

Eligió el momento de la siesta, a la que su padre, don Manuel Pérez-Vizcaíno, no era muy aficionado, aun cuando sí participaba de la catarsis colectiva que deja a todos los españoles con las pulsaciones en mínimos a una hora determinada de la tarde.

Él aprovechaba la catarsis y la paz del corazón para leer en el

porche del jardín. Esa tarde le tocaba el *Cánovas* de Pérez Galdós, que conservaba como se conservan las joyas: escondido y a salvo.

—Padre, ¿puede usted atenderme un minuto? Hágame el favor, que vengo a hablarle de una cosa.

Don Manuel cerró el libro con disgusto. No le agradaban las lecturas interrumpidas. Leer era sagrado.

—Pues, si solo es un minuto, tú dirás, hijo mío.

—Verá, lo que vengo a decirle es que los tiempos han cambiado…

—Y tanto que han cambiado, pero para mal, ya lo sé yo. Te sobraba el minuto si venías a contarme eso.

—No, lo que quería decirle es que hay que adaptarse a ellos y que lo del vivero y los pollos ya no da para más.

—Dan para lo que tienen que dar, hijo: para comer, y comer todo el mundo come, aunque sea poco, en estos tiempos y en todos.

—Es que yo había pensado que a lo mejor podríamos hacer algo distinto con la finca y sobre todo con el pilón…

—¿Con el pilón? Ese pilón ni tocarlo, Manolo, te lo advierto. A mí me gusta mucho tener esto lleno en verano, con todos los vecinos aquí, bañándose a la fresquita, que son de los pocos gustos que nos van quedando. A ver qué iba a hacer el barrio sin nuestro pilón. No sé qué se te habrá ocurrido, pero el pilón ni tocarlo, Manolo, te lo digo muy serio, ni tocarlo.

Tenía razón mi tía cuando decía que don Manuel Pérez-Vizcaíno era un ser bueno y magnánimo. Su hijo Manolo también, pero práctico. Y un emprendedor, como se dice ahora.

—A ver, padre, que yo no quiero fastidiar a los vecinos, sino todo lo contrario. —Lo contrario de fastidiar era dar alegría y, a ser posible, una alegría rentable, le estaba diciendo—. Mire, usted ya está en edad de retirarse y descansar, que le va a venir muy bien. Vendemos las gallinas y todos los aperos, y le pedimos a un arquitecto que nos convierta el pilón en piscina.

—¿Piscina? Baja la voz, hijo mío, qué cosas dices. Pero ¿tú qué quieres? ¿Que nos fusilen por libertinos? Una cosa es un pilón para que disfruten las familias del barrio, que aquí somos todos amigos y nuestras puertas están abiertas para ellos, y otra una piscina llena de

gente desconocida a medio vestir. Anda, calla, hombre, calla.

—Pues sí, una piscina. —Manolo comenzó a susurrar, pero no se calló—. Como las de La Isla, esas que hicieron en el Manzanares.

—Ya, y mira cómo han acabado, con una bomba encima…

—Pero la guerra ha terminado y la nuestra sería mucho más moderna y una sola, porque así dejamos sitio para otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues, por ejemplo… unas pistas de frontón.

Don Manuel iba a hablar, pero cerró la boca.

¿Frontones? Aquello no sonaba tan mal como lo de la piscina. Si hasta él había jugado de joven alguna vez con José, el padre del campeón Barberito. No, ni la cosa empezaba a sonar demasiado mal ni era tanta locura como le pareció al principio.

—Y un gimnasio…

Eso también estaba bien, siguió meditando don Manuel, *mens sana in corpore sano*, ¿quién lo escribió? ¿Juvenal o Platón? A los clásicos Franco no podía ponerles peros porque nadie dijo que fueran rojos.

—Ah, y, si todo va bien, en un par de años, quién sabe, algo original. Un minigolf, por ejemplo. O mejor: una bolera como la de La Casuca.

—Ya, hombre, te habrás creído que somos americanos.

—Hay que modernizarse, le digo, para que vengan extranjeros.

—No… Yo esas cosas no las veo. Si no nos quiere nadie, ni Churchill ni Truman, por no hablar de Stalin, pero ese comunista es normal que nos odie. Hasta se unen los tres para hacerse cruces con que solo les mencionen España.

—Bueno, alguno de por ahí está viniendo ya a bañarse en nuestras playas. Las de Benidorm, sin ir más lejos…

—Pero es que eso es distinto. Una playa es una playa.

—Pues a eso mismo voy yo, padre. Una playa es una playa, y una piscina que tenga agua y tantas atracciones como Benidorm lo mismo, aunque estemos en la meseta.

Noqueó a don Manuel por un momento, lo que le obsequió con unos segundos de silencio. Tenía que rentabilizarlos, aun cuando estuviera a punto de llegar a lo más difícil y no encontrase la forma de seguir.

—Por todo eso, quería yo decirle que…, quizá…, a lo mejor…, podríamos poner…

—Hijo, acaba ya.

—Un restaurante. Uno elegante con vistas a unos jardines frondosos, que a la finca vegetación no le falta, y con pista de baile y todo, para que la gente pueda marcarse unos boleros los fines de semana y empezar la siguiente contenta.

—Ah, no, eso sí que no. Con eso sí que vamos al paredón. Que no, vamos, que no.

—Tranquilícese, padre, que no nos fusilan si conseguimos algo muy sencillo: que la piscina y el baile se llenen de gente a la que el Régimen jamás querría fusilar.

Eso confundió aún más a don Manuel. ¿Había alguien capaz de frecuentar un sitio así y a quien el Régimen no quisiera fusilar?

Manolo trató de explicarse mejor.

—Hablo de la gente que va a empezar a venir de fuera dentro de nada.

—¿Otra vez con que van a venir? ¿Aquí? ¿A este país del que ni la ONU quiere oír hablar?

—Si no vienen ahora, a lo mejor conseguimos nosotros que vengan.

—¿Y eso cómo se hace?

—Poniendo a su alcance lo que no encuentran en otros sitios y lo que no se puede comprar, por mucho dinero que se tenga. O sea, ofreciéndoles todo lo que le he contado y más. Sobre todo, dándoles intimidad.

—Ay, hijo, que eso me suena, a ver cómo te lo digo…, me suena a casa de vida alegre.

Manuel rio a carcajadas.

—Alegre será, no lo dude, pero no de esa alegría, sino de la buena. Aunque también sea de la que no le importe a nadie, como la otra.

Ahí su padre ya no supo qué decir.

Manolo aprovechó:

—Este país hace seis años que se fue a pique, padre, y el mar todavía anda revuelto. Vamos a darle nosotros una isla con el agua de alrededor en calma y en la que olvidar las penas, que lo necesita y

mucho.

Visto así… Don Manuel tiró la toalla.

Su hijo había salido listo, pensó con orgullo. Muy listo.

Si no se lo fusilaba nadie, seguro que llegaría lejos.

5

A mí me dejaron entrar por primera vez cinco años después de esa conversación entre los Pérez-Vizcaíno y a las dos semanas de mi llegada a Madrid. Fue el 27 de abril de 1952; nunca lo olvidaré.

Aún no habían concluido las obras de remodelación que don Manuel había encomendado al estudio de Gutiérrez Soto, con mi tío Mateo al frente, y los obreros trabajaban a destajo noche y día.

Mi tío me contó la extravagancia que Pérez-Vizcaíno les había encargado con aquella renovación de la Stella: les había pedido un alma.

—¿Un alma, tío? ¿Y eso cómo lo construye un arquitecto?

—No lo hacemos. Nosotros construimos cimientos, forjados, pilares y muros, pero solo las personas le dan alma a todo eso.

—¿Y entonces…?

—Es que don Luis Gutiérrez Soto no es un arquitecto cualquiera. Él hace edificios en los que esas personas pueden soñar, y así es más fácil encontrar el alma.

—No lo entiendo.

—Ya lo entenderás cuando veas algunos de los cines que hemos construido juntos: el Callao, el Europa, La Flor, el Barceló… En los cines se sueña, Sarita. Cuando la gente sale de uno, durante unas horas fantasea con que es un cuatrero, un siux, una marquesa, un gángster, una bailarina o un soldado. Pero, para soñar, es necesario que algo le despierte a uno el alma y las ganas de ser lo que no es y de creer que tal vez lo pueda ser algún día.

—O sea, hacéis que los edificios tengan vida.

—Exactamente. Les damos vida o magia, llámalo como quieras, que la magia, niña, es necesaria para tener alma.

Recordé esa conversación cuando puse por primera vez un pie en la Stella.

Los dueños preparaban una gran cena de inauguración para el 2 de mayo, que ese año caía en viernes, con la que celebrar la festividad histórica de Madrid.

La mujer del joven Manolo Pérez-Vizcaíno, María de la Peña, una andaluza entusiasta y tan implicada como su esposo en la apertura de la Stella mejorada, había rogado ayuda a Sol con la limpieza del lugar, y mi tía, cómo no, me había trasladado a mí la petición.

Era domingo. Mientras ellas iban juntas a misa, y aprovechando el asueto de los obreros, acepté de mil amores el encargo de limpiar lo que pudiera limpiarse, es decir, los pocos muebles que ya habían llegado, como las tumbonas de caña y la barra del bar de cócteles.

Después de dos semanas en Madrid, esa fue la primera vez que no me importó actuar como lo que realmente era: la pariente pobre reconvertida en criada.

Aquello era un regalo del destino. Tenía permiso para entrar en el barco misterioso y estaba a punto de comprobar si algo de todo lo que había idealizado durante quince días había terminado dando en alguna diana.

Iba en busca de la magia, como Peter Pan detrás de Campanilla.

◆◆◆◆

Llegué con un cubo, dos pastillas de jabón Lagarto, muchos trapos, un plumero y el corazón saliéndoseme por la boca.

Sol me dio cuatro instrucciones y me dejó sola. Ella no quería pisar Ese Sitio siquiera.

Y allí estaba yo, en un lugar que solo había podido contemplar desde diferentes ángulos, aunque todos exteriores.

Había visto su proa mientras el Mercedes Benz circulaba por Alfonso XIII, colgada sobre el acantilado; la popa, vallada por una magnífica puerta enrejada, desde Arturo Soria; un bosque frondoso a babor y todo su lateral de estribor, desde mi ventana del cuarto de servicio del hotelito de mis tíos. Pero ese día la perspectiva iba a cambiar. El espacio de eslora, entre proa y popa, babor y estribor, sería solo mío durante unas horas.

Lo que vi fue más y mejor de lo que había imaginado durante tantas noches.

Me recibió un vestíbulo rodeado de arcos que empezaban a cubrirse de trepadoras y árboles que pronto superarían la altura del techo rígido y semitransparente que lo protegía. El suelo estaba empedrado. Dos escalones y ya estuve dentro.

Mi imaginación volaba.

Entré en el recinto circular y entonces entendí a qué se refería mi padre cuando me hablaba de lo fundamental en un barco: su puente de mando.

El de aquella nave estaba rodeado de un porche cubierto, y era una pantalla redonda y envolvente desde la que se podía ver el mundo en cinemascope. Al menos los confines de Madrid, hasta más allá y más al fondo.

Unos peldaños abajo, encontré la cocina más grande y mejor equipada que había visto en mi vida, una barra de bar metálica y moderna y un recinto acristalado también redondo con salida a una terraza techada, llena de columnatas. La bordeaban barandillas celestes, el color del cielo y del mar.

A la izquierda de la terraza, en el lateral del fondo, una escalera pegada al muro que delimitaba la finca. Solo veinticuatro escalones blancos con la misma barandilla ininterrumpida y la llegada al paraíso, que en la Stella estaba abajo, a medio camino entre su cielo y las profundidades del valle. En el mismo centro había una gran hendidura, algo parecido a una bañera inmensa y muy profunda, con un pequeño pino casi recién nacido en una de sus orillas. La bañera estaba vacía y tenía el fondo pintado del azul de las barandillas, seguramente para que, cuando se llenara de agua, pareciese el Mediterráneo en miniatura.

Un descenso más, hasta el corazón del enigma: la cubierta de la nave, rematada por columnas como una boca sonriente con los dientes al viento. Otro y llegué a la quilla, la pérgola y el muro calado.

Al fin, debajo de sus cuatro plantas, el ancho mar, que no era azul, sino verde: el color de las pistas de frontón y de los jardines y praderas que circundaban la que fue una sencilla finca avícola de la

nueva Ciudad Lineal.

Había carteles por todas partes. O más bien por sus amuras, si pretendo mantenerme en la metáfora. Solo soy amiga de ellas cuando la ocasión lo requiere, y no hay edificio en el mundo entero que merezca más una metáfora que el que, desde ese día, iba a ser mi embarcación personal rumbo al Gran Sol.

Después de recorrer extasiada cada uno de sus pisos, todavía fragantes de cal, pintura, cemento y mortero, quise descubrir los recovecos, las bodegas, la sala de máquinas y los escondrijos en los que los piratas guardaban los tesoros.

Seguí las indicaciones, aún frescas, recién rotuladas. En el centro, las cabinas de vestuario con unos ventanucos por los que el servicio podía asistir a los clientes desde el exterior sin invadir su privacidad. Hacia abajo, una peluquería, un gimnasio y los frontones. Hacia arriba, una escalera de caracol y tablones de madera, recóndita, que daba ascenso a un lugar peligroso y todavía prohibido: la azotea.

Decidí empezar por las dependencias inferiores. Me hicieron gracia los artilugios extraños del gimnasio, que más bien me recordaban a los instrumentos de tortura de algún inquisidor enajenado.

Pero lo que de verdad me dejó maravillada fue un recodo de los jardines al que se llegaba cruzando bóvedas de hiedra rodeadas de pinos; una zona circular enlosada con baldosas de barro cocido y unidas por pequeños azulejos de colores. Era la pista de baile y, desde que la vi, no dejé de imaginar cómo sería dejarse mecer en el aire al tiempo que se contemplaba Madrid a lo lejos y se oía en el otro extremo, de espaldas al infinito, la orquesta con sus baladas.

Aún me creía Ginger Rogers sobre aquella pista de palacio de cuento de hadas cuando, casi sin darme cuenta, seguí bajando hasta llegar a una especie de sótano del que partía un pasillo larguísimo y oscurísimo.

Estaba desbordada de ilusión. Me parecía estar viviendo una quimera. Y me suponía capaz de todo.

Así que no me lo pensé dos veces. Encendí una de las velas que me había dado mi tía para limpiar donde todavía no había bombillas y me adentré en el pasadizo.

Había una puerta al final que me costó mucho abrir; casi me rompí un hombro, pero no me importó. Conseguí lo que quería.

Tenía quince años, la neurona de la curiosidad inflamada por la excitación y la del miedo anestesiada por completo. Como la de la prudencia.

◆◆◆◆

Era un túnel subterráneo que conectaba la finca de la Stella con la de mis tíos. Un búnker quizá excavado después de la guerra y producto de la psicosis del miedo a nuevos bombardeos si lo que quedaba de una mitad de España se revolvía contra la mitad que había ganado la contienda.

Daba entrada a un cuarto sin ventanas, no muy grande, quizá de unos siete por cinco metros. En él había una silla desvencijada y todo tipo de herramientas y materiales de construcción. Supuse que era el lugar que los obreros habían utilizado como almacén, aunque me extrañó que los cachivaches lucieran una capa gruesa de polvo. No era de la obra. Era un polvo viejo, como el que tendrían los muebles de una casa abandonada.

Justo enfrente de la pared del fondo, a unos setenta centímetros de ella, se levantaba una especie de murete de ladrillo a medio construir no más alto que mis rodillas. Parecía el comienzo de lo que quizá se pretendió que algún día fuera un armario empotrado.

No le di demasiada importancia. Ni al murete ni a la suciedad que lo cubría todo. Allá ellos. Ese polvo no pensaba limpiarlo, desde luego. Que se encargaran los albañiles de asear lo que habían dejado tan descuidado, que suficiente tenía yo con pasar bayeta y plumero por lo que pronto verían los clientes. Además, estrictamente hablando, ese lugar no estaba en la finca de la Stella, sino en la de mis tíos. Mejor dicho, debajo de ella.

Sin embargo, de repente advertí algo distinto de lo que yo creía que debía encontrarse en un almacén de obra: en una esquina, junto a la silla y el murete sin terminar, había un libro.

Estaba bocabajo, abierto por la mitad más o menos, y no tenía ni

una mota de polvo. Ese libro había sido leído no hacía mucho. De hecho, todavía lo estaba leyendo alguien.

Me acerqué y lo tomé entre las manos. Era un ejemplar muy bello, encuadernado en piel oscura, con tejuelos rojos y letras doradas en el lomo. El número veintitrés de los Episodios Nacionales. A Galdós ya lo conocía; mi madre era devota de *Doña Perfecta*, de *Marianela* y de *Misericordia*, que yo también leía por las noches si no se iba la luz y siempre que nos quedasen velas. Pero esos *Episodios* no estaban en nuestra estantería. Eran alimento nuevo para mí. Y de ellos existían veintitrés por lo menos.

Después me di cuenta de que lo más seguro era que hubiese más, porque el tomo que encontré contenía dos novelas: *De Cartago a Sagunto* y *Cánovas*. Y puede que fuera una edición prohibida, ya que estaba fechada en 1934. Me extrañó que estuviera solo. Si era el vigésimo tercero de varios, tal vez anduvieran cerca sus compañeros de colección, pensé. Como mínimo, veintidós. Puede que más. Miré alrededor y, ocultos tras unas placas de yeso, los encontré, apilados con mucho cuidado para que quedasen al resguardo de miradas indiscretas. Bien conservados y protegidos. Era el escondite del tesoro y yo lo había descubierto.

Un libro era entonces para mí mejor que un cofre cargado con monedas de oro. No había suficientes en el mundo que satisficieran mi hambre de ellos. Y en ese sótano tenía veintitrés con dos novelas en cada uno. En total, cuarenta y seis.

Tal vez ahí, en una montaña de libros, se ocultara la verdadera magia.

6

El 2 de mayo de 1952 se celebraba el día de la victoria de Madrid sobre la ocupación francesa y la del heredero de la familia Pérez-Vizcaíno hasta conseguir su propósito. Era la fecha elegida para inaugurar las nuevas instalaciones.

Aunque, para ser sinceros, el triunfo del día inaugural no se debió a la fama de oasis de la Stella ni a su catalogación como refugio intelectual que ya había comenzado a adquirir desde su apertura oficial cinco años antes, en 1947.

Fue por la señal inequívoca con la que el pueblo español identifica el buen gusto desde la prehistoria, viva o no bajo dictadura: la comida.

Sirvió, entre otras cosas, para que el patriarca, don Manuel, culminara la reconciliación con su hijo, al que aún reprochaba un endeudamiento disparatado y la alienación de una finca de raíces familiares antiguas en un proyecto que no terminaba de cuajar.

Nunca había probado el hombre un plato más delicioso que el que comió en la cena celebrada el 2 de mayo en la recién estrenada Stella.

—Esto es un prodigio, señora, mis más sinceras felicitaciones.

Don Manuel había mandado llamar a la cocinera al segundo bocado de aquella bienaventuranza cocinada con patatas y unas verduras glaseadas que transportaban al quinto cielo.

Amparo se llamaba, y era una mujer grande, rolliza y de mejillas ruborosas. Salió de la cocina, cruzó la terraza y llegó a la mesa con andares bastos, pero impecable en su vestimenta de cofia y delantal blancos.

Don Manuel se levantó cuando ella se le acercó, tomó la mano de doña Amparo y se la besó, porque nunca perdió aquel hombre la elegancia de espíritu, ni tampoco su estricto sentido del deber de gratitud.

—Yo me he dedicado toda la vida a la cría de aves —le dijo a la azorada señora—, y créame que nunca he probado una exquisitez de pollo cocinado de esta forma. ¿Sería usted tan amable de decirme cómo se llama este plato delicioso?

A la mujer se le ruborizó el cuerpo entero, no solo las mejillas.

—Gracies, señor, pero el mérito no es mío, sino del pollo.

—¿Del pollo? A ver, explíqueme usted si es tan amable, que no lo entiendo.

—Lo trajeron mis ahijados Amparín y Miguelón, señor, que acaban de llegar de mi pueblo de Asturias, señor, y con el permiso del hijo de usted, señor, pedí a la neña que me echara una mano hoy, señor, porque es el primer día y andamos desbordados, señor. Ye un pitu caleya, señor.

—¿Y qué raza de pollo es esa?

—No ye una raza, señor, ye que los pitos son pollos sin corral, señor.

—¿Sin corral?

—Sí, señor. Pollos de campo, señor.

—¿Pollos libres que se cazan, como codornices?

—No asina, pero parecido, señor.

—¿Y el resto?

—El resto patatinas de la huerta de Cornellana, señor. Tamién las ha traído la Amparín, señor. Y la mano que tien la criatura, señor, que el pitu caleya lo borda. Mañana se lo hace con arroz, señor, si el señor gusta, señor.

—Pues dele usted las gracias a su ahijada Amparín y dígale que será un honor y un privilegio para mí probar mañana su pollo sin corral y con arroz.

Doña Amparo se marchó y don Manuel se volvió a sentar.

Pero la terraza entera del restaurante de la Stella había seguido con la máxima atención toda la conversación entre el paterfamilias y la cocinera, sin perder ni una coma ni un gesto.

Después, tras los brindis de inauguración, el discurso de bienvenida y las muestras de agradecimiento infinito del heredero Manuel, y mientras las parejas giraban en la pista de baile animadas por el Viña

Tondonia de sexto año que Manolo había decidido descorchar en esa fecha tan especial, continuaron recordándola y tomando nota de cada palabra para no olvidarla al día siguiente, una vez que hubieran digerido el rioja y regresado a la realidad.

Era 1952. Con eso quiero decir que en el país aún se pasaba hambre. Y los que no la pasaban porque podían pagar cualquier comida y cualquier antojo todavía no habían descubierto la delicia al nitrógeno líquido en ración pequeña y bocadito mínimo. Al contrario: la abundancia en el plato era tan símbolo de riqueza como las pieles al cuello o el chófer en la puerta.

Nadie olvidó la conversación de aquella comida en la Stella, desde luego, y la prueba fue que un día después, el sábado 3 de mayo, la terraza se desbordó. En la puerta había dos carteles: uno decía Aforo completo y otro era una cartulina color sepia en la que se informaba, en letras góticas cursivas muy historiadas, acerca del menú a modo de reclamo. Con ella, el local se permitió el primer desafío a la España de la censura en forma de sarcasmo culinario:

Hoy pollo libre con arroz

Así fue cómo, gracias a Amparín, cuya llegada a Madrid demostró ser una auténtica bendición para su madrina Amparo, la Stella se adjudicó el primer gol en el partido que desde entonces iba a disputar a la gazmoñería y a la taciturnidad que la rodeaban. El *pitu* libre con arroz pasó a formar parte de la magia.

Y era solo el principio.

7

Amparín era asturiana y su primer recuerdo se lo debía a un salmón.

Era una tarde de abril y la guerra aún no había terminado. Tendría dos años, pero es que ella siempre presumió de buena memoria. Llegó a Cornellana agarrada de la mano de su madre, que llevaba de la otra a su hermano Miguelón, ya un paisano hecho y derecho de cuatro años. Allí, les dijo la mujer, iban a vivir a partir de entonces, en una chabola que se caía a pedazos junto al Narcea, porque era lo único que les quedaba de una familia desaparecida hacía mucho. Sería suficiente para los tres, añadió.

Puede que allí estuvieran sus orígenes, pero debían de ser muy remotos, porque cuando se instalaron en Cornellana nadie la reconoció ni se fijó en una forastera con dos criaturas. Estaban todos enfrascados en la subasta del *campanu*, ese salmón inocente y salvaje que, por ser el primogénito del año, nace bajo la estrella maldita del acoso sin piedad. Y muy atentos a que una bomba no les cayera encima y les desbaratara el ritual.

Una vez que la liturgia del *campanu* y del miedo a la guerra terminó, entonces sí. Entonces algunos de los escasos paisanos de Cornellana que quedaban vivos advirtieron que tenían una vecina y dos renacuajos más en el pueblo.

—Qué guapina ye la neña. ¿Cómo se llama? —le dijo la primera comadre que se percató.

—Amparín —le salió a la mujer sin pensarlo, porque no le había puesto nombre aún; siempre la llamaba Nina dando fe de lo obvio: que era una niña.

Pero, ante la pregunta, en ese momento decidió cuál sería su nombre de verdad; lo hizo en un acto reflejo, cuando se acordó de pronto de la Amparo que era su madrina, aunque hacía mucho que no

la veía porque vivía en Madrid.

—¿Y qué más, muyer? Porque tendrá padre…

—Murió, el padre murió nel frente. Llámase Amparín Salas Arias, como el nenu, Miguelón.

Qué casualidad, como el concejo de Salas y como la mantequilla que se fabricaba en Corias de Pravia, pensó Amparo con los años. Papeles no había para demostrarlo, eso no. Ni falta que hicieron. Después de la guerra no se necesitaron, porque la mayoría se perdieron o se destruyeron una vez que el olvido y el caos apagaron las llamas de la devastación, así que como Amparín y Miguelón Salas Arias y junto al Narcea de Cornellana crecieron la niña y su hermano.

Ninguno de los dos estudió, pero ella, al menos, trabajó mucho y en lo que pudo desde muy temprano: limpiando raspas de salmón en la lonja, barriendo la paja y los excrementos de caballo frente a la tiendina de ultramarinos, cargando manzanas hasta la sidrería cada otoño y cocinando el mejor *pitu caleya* de todo Salas para un indiano que vino de México y levantó la Casa del Bollo, que daba luz a todo el pueblo de lo linda, grande y bien pintada que estaba.

Otro mes de abril de trece años más tarde, la madre murió después de setenta días de dolores afilados que solo conseguía aplacar con láudano, hasta que ya no hubo droga que la mantuviera atada a la vida.

—Yo marcho pa Madrid, que quiero ser cantante como Luis Mariano —le dijo Miguelón a Amparín, en plena ebullición de acné y hormonas, con la frase más larga que le había dirigido en la vida según cayó la última paletada de tierra debajo de la cual quedó descansando para siempre la madre muerta.

—Mira que yes fatu, ho, pero ¿qué vas a cantar tú?

—Pues canciones, Amparín, que ya sabes que préstame pola vida cantar desde siempre.

—¿Y onde vas a cantar?

—En un chigre de la capital que tien piscina y todo. Oílo en el campanu a un paisanu de Salamanca. Díjome que me daben trabayu seguro, que andaben buscando cantantes.

—¿Y onde vas a vivir?

—Onde la madrina de madre. Llámase Amparo, como tú, por eso pusiéronte asina.

—¿La madrina de madre? Si va quince años que no la vía…

—No la vía, pero escribíense. En el chigre con piscina que te digo trabaya ella. Dijo-y madre que cuidara de lo suyo. Ahora que cumpla.

Amparín lo pensó despacio y mucho tiempo. Era 17 de abril de 1952, el día en el que hacía quince años.

Esa tarde, mientras su hermano preparaba la maleta, le habló para sondearle:

—Igual la madrina esa quier cuidame tamién.

—Igual.

—Igual valgo-y pa facer unes calderetes mientras tú cantes, que dánseme muy bien.

—Igual.

—Porque yo tamién soy fía de la su ahijada…

Miguelón la miró con la misma expresión hueca con la que la había mirado toda su vida, pero no contestó.

Ella insistió.

—Marcho contigo, ho.

Él se encogió de hombros y siguió empacando.

—Pues marchamos los dos.

Y no se dijeron más.

En la vida de Amparín solo había habido salmones, orballo, prados solitarios y un hermano hosco que siempre se comportó como si esa niña con la que se había criado no fuera nada suyo.

Por eso, a la chica no le resultó difícil meter cuatro trapos en un hatillo y tres perras y dos collares de baratija en el pote de hierro colado que siempre usaba para cocinar, y después salir de Cornellana sin mirar atrás ni una vez.

Sin embargo, cuando días después el tranvía de la línea 40 de Madrid los dejó al final de la calle Alfonso XIII en la que vivía la madrina de la que los había amamantado a los dos, y vieron a lo lejos, a través de un descampado y en lo alto de una loma, una especie de barco blanco rodeado de árboles, Amparín volvió a sentir en la nariz el olor a río y a mar de su infancia.

Y, por primera vez desde que murió su madre, se le enderezó la espalda.

8

En efecto, las reservas de mesas para el segundo día tras la apertura de la nueva Stella, en mayo de 1952, no cupieron en el libro del *maître* Jesús. Ni las de las cuatro semanas siguientes, hasta que se acabaron el mes y las páginas del cuaderno.

Entre ellas, hubo una para un tal don Carlos de Arbeloa, que así, por su nombre llano, nadie reconoció.

—Jesús, qué has hecho, hombre de Dios. ¿No ves que les has dado mesa un jueves?

—Lo sé, don Manuel, pero es que ese era el día que querían y coincide en festivo, qué le vamos a hacer.

—Pero a ellos… ¿Justo ese día? ¿Ese día tenía que ser? Y con un encargo tan raro…

—Sí, don Manuel: solo quieren ostras, uvas y champán.

—Como si estuviéramos en Nochevieja. Qué cosas pasan aquí, y eso que no hemos hecho más que empezar —dijo el joven Pérez-Vizcaíno mientras se alejaba del *maître* y comenzaba su paseo matutino de inspección, el momento del día que le servía de reflexión y que siempre disfrutaba con las manos enlazadas a la espalda, la mejor postura para pensar.

Ese día lo acompañaba mi tío Mateo; su amistad se había reforzado durante las obras de reforma. Al dueño de la Stella le agradaba mucho tenerle de vecino. Para eso le había ofrecido a muy buen precio una pequeña parcela contigua a la suya que no se usaba desde que dejó de ser granja de pollos y en la que la familia Santiago había podido construirse su hotelito.

Y lo que en esa ocasión ambos comentaban era que, aunque se quejasen de la explosión de popularidad de la piscina, que daba pie a errores como aquella mesa del jueves, en el fondo a los dos los divertía la situación.

—Ni dos semanas han pasado desde la inauguración, Manolo, y ya puedes permitirte que las cosas del club te hagan reír en lugar de preocuparte.

El amigo de mi tío asintió. Cada día estaba más convencido de que era un hombre con suerte desde que tuvo la feliz idea de pedirle al maestro de maestros, Luis Gutiérrez Soto, que diera un aire nuevo a lo que antes no era más que una finca tranquila de un barrio nuevo y apartado.

Hizo todo lo que le dijo. Y más cosas que a él se le fueron ocurriendo o le fueron lloviendo del cielo por un azar venturoso. Por ejemplo, suprimir la palabra «club» del nombre en grandes letras negras; subir el precio de la entrada a una cifra escandalosa para aquellos tiempos de penuria, pero que más de uno seguramente pagaría con gusto con tal de escapar de la realidad; y mantener la reserva de los jueves, el día que libraba toda la servidumbre de Madrid, con unas tarifas muy bajas para que los más humildes también encontraran su parte de magia.

—Teníais razón don Luis y tú —le decía esa tarde Manolo a su amigo Mateo—. Creo que nos ha quedado un buen sitio para soñar.

—Eso creo yo también, Manolo. Aquí cada cliente que llegue cualquier día de los siete que tiene la semana, al precio que sea, va a poder dejar fuera preocupaciones y cargas. Después, no lo dudes, estarán deseando volver.

Pérez-Vizcaíno recordó su propia historia. Al principio, en 1945, a la Stella solo iban a bailar los hijos de los vecinos enfadados por el pilón desaparecido y algunos padres que, si no habían roto con la familia Pérez-Vizcaíno, ya no trataban a sus miembros como si fueran algo suyo, pero estaban allí porque no tenían otro sitio en toda la Ciudad Lineal donde encontrar algo de evasión. No obstante, tras la remodelación, y como había vaticinado Gutiérrez Soto, el lugar comenzó a dejar de ser frecuentado por el vecindario y llegaron miembros de una clase alta y muy adinerada que, sin embargo, no buscaba ostentación, sino lo contrario: un lugar de distensión donde no fuera necesario mirar por encima del hombro cada minuto por si alguien captaba una palabra fuera del tono permitido que los

incluyera de inmediato en alguna de las muchas listas negras que engordaban día a día.

La mezcla de libertad y discreción se convirtió en su cóctel más famoso. La exclusividad y el refinamiento estaban garantizados, pero también la privacidad, todo bajo una única consigna: que lo que ocurriera en el paraíso se quedara en el paraíso.

Los clientes eran muchos y variados. Los había (casi todos) que debían al Régimen su estatus y su riqueza, pero también otros que se habían limitado a adaptarse para sobrevivir, principalmente empresarios bien relacionados, aunque no siempre adeptos.

Y los había de una élite con mundo, viajada y leída, con ideas propias y con ganas de expresarlas en voz alta, aunque preferiblemente en un espacio de seguridad y a resguardo del ojo que todo lo veía y de la oreja que todo lo oía, sin temor a que cada palabra o cada gesto se les volviera en contra como un escupitajo lanzado al viento.

Las tardes de la Stella se pusieron en boga con rapidez. No solo por la exquisitez de la comida, que muy pronto se volvió legendaria, aunque parezca un oxímoron, sino también por la de su ambiente.

Ahí afuera se vivía en la España en blanco y negro de las convenciones y del miedo, mientras que en la Stella se vivía en tecnicolor. Porque así debía de ser la libertad, aunque pocos la conocieran.

◆◆◆◆

Manolo y Mateo continuaban riéndose de las ironías de la vida, según caminaban y pensaban en la mesa de alcurnia comprometida para el jueves plebeyo de San Isidro, cuando llegó un buen amigo de los Pérez-Vizcaíno. Yo los vi de lejos y pude oír la conversación.

—Hombre, Joaquín, muchacho, qué alegría verte. Deja que te presente a un buen amigo, Mateo Santiago, uno de los arquitectos, qué digo, uno de los artistas que han reformado la Stella.

Se estrecharon la mano. Mi tío lo hizo muy efusivamente; estaba impresionado.

—Es un honor, Joaquín, hijo, tenía muchas ganas de conocerte. Qué orgullo, de verdad…

Era un joven tímido, no llegaría a los veinte. Muy musculoso, casi más ancho que alto, con orejas de soplillo y un rostro de ángel que enseguida enrojeció.

—Gracias, señor. Vaya, un arquitecto… El honor es mío.

—¿Y qué? ¿Preparado ya para el viaje a Helsinki? —preguntó Manolo.

—Calla, calla, que estoy muerto de miedo. Unos Juegos Olímpicos son palabras mayores.

Mi tío observó al joven de arriba abajo mientras su amigo le abrazaba por los hombros con cariño.

—Vas a tener muchos éxitos, chaval, y vas a ser el mejor gimnasta de la historia, te lo garantizo yo. Este país necesita héroes y tú serás uno de ellos, acuérdate de lo que te digo. Ven conmigo, que tengo algo para ti.

Bajaron los tres y llegaron al gimnasio al aire libre.

—¿Eh? ¿Qué te parecen?

Joaquín no podía creer lo que veía: dos anillas colgantes del travesaño, entre dos columnas, y una colchoneta profesional de entrenamiento marca Sportler, la mejor del momento, imposible de encontrar en España.

—Me las recomendó tu padre y acaban de llegar de Alemania. Mateo se ha encargado de que el forjado resista bien todos los ejercicios que quieras hacer.

—Las hemos instalado en esta esquina del gimnasio, no sé si te parece buen sitio —intervino mi tío.

—Magnífico, pero… ¿son para mí?

—Pues claro —rio Manolo—. No creo que haya nadie aquí que sepa usarlas como tú. Para que te entrenes, amigo. A partir de hoy, la Stella es tu casa. Y espero que tu gimnasio preferido, que todavía tienes que darnos muchas alegrías a los españoles de barriguita cervecera.

Joaquín rio también. Estaba emocionado.

—No sé cómo daros las gracias a los dos…

Probó las anillas, se colgó de ellas, rodó por la colchoneta. Era un

niño jugando a ser niño, no un campeón, que era lo que el mundo esperaba de él.

—Estoy que me muero de los nervios; no sé si voy a ser capaz —decía mientras resoplaba con los ejercicios—. Finlandia, uf…, ¿hace mucho frío allí?

—Hombre, en julio no creo. Pero siempre puedes venir aquí a tomar todo el sol del mundo cuando regreses.

—Te lo prometo, Manolo, voy a pasarme aquí lo que quede de verano.

—Eso espero. Pero, mientras…, ¿me dejarías pedirte un favorcillo?

—Sea lo que sea, sí, desde luego, faltaría más. Dime.

—Nada, es una tontería. Verás, es que los jueves es el día que ofrecemos a los que no tienen posibles para que ellos también puedan disfrutar de lo que les damos aquí.

—Lo sé y te felicito, amigo, qué idea tan buena en los tiempos que corren.

—El caso es que este jueves, como es San Isidro, tenemos una mesa de las que, ¿cómo te diría?, de las que serían más adecuadas cualquier otro día que no sea jueves, no sé si me explico.

—Ya…

—Pero los clientes no pueden venir nada más que el 15 de mayo. Por lo visto, una de las invitadas está de visita en España, es una escritora extranjera que quiere conocer la Stella y solo está disponible ese día. Me han pedido que alguien les sirva de cicerone, y, como tú hablas tantos idiomas…, ¿te importaría acompañarlos esa noche? Que no se sientan raros; es lo único que tienes que hacer, y eso a ti se te da muy bien. Ven con esa chica que te gusta y que has conocido en el gimnasio de Barcelona. Por supuesto, estáis los dos invitados.

—Pues claro que sí, cuenta con nosotros. Si el favor me lo haces tú a mí; a ver si trayéndola a un sitio tan bonito María José me hace caso de una vez.

—Seguro que les va a encantar tener a alguien tan famoso como tú a su lado.

Joaquín rio:

—¿Famoso yo? Pero si solo sé pegar saltos y volteretas…

—Saltos, dices… Lo tuyo es arte, hijo. Puede que en esa mesa se sienten unos aristócratas importantes con sus acompañantes que lo más seguro es que no hayan hecho en su vida nada más que ir a cenas de gala, pero tú eres ahora el verdadero grande de España, muchacho.

Mi tío Mateo se atrevió a terciar:

—Algún día será el conde quien cuente que esa noche cenó con el portentoso Joaquín Blume, ya verás. Si no, al tiempo.

9

El 15 de mayo me escapé mientras Mateíto hacía los deberes y mi tía tenía jaqueca, como cada tarde. Para ella cualquier excusa era buena para no tener que pisar Ese Sitio, de forma que me quedé tranquila porque no dejaba al niño solo.

No era la primera vez, aunque siempre que entraba en el barco que no era barco lo hacía saltando una tapia oculta por la maleza exterior para que nadie me viera. Ese atajo secreto me llevaba derecha al sótano que me llevaba al pasillo que me llevaba al cuarto de los Episodios Nacionales. Posiblemente también hubiera una entrada desde el hotelito de mis tíos, porque ya he dicho que, en puridad, ese sótano estaba en el subsuelo de la finca adyacente, no la de la Stella. Pero yo no había encontrado tal entrada y, aunque lo hubiera hecho, siempre habría preferido acceder a él a través de los jardines de la piscina de al lado.

Hasta allí me dejaba llevar siempre que podía y pasaba las horas yo sola leyendo. Y soñando.

Aquella tarde, sin embargo, quería ver la terraza engalanada. Yo también deseaba conocer la magia de cerca. Era San Isidro y jueves, el día de los pobres, de forma que la vigilancia del *maître* Jesús sería mucho más relajada de lo habitual.

Y yo ya sabía muchas cosas.

Sabía, por ejemplo, que la Stella tendría una mesa especial, con comensales que no iban a hacer demasiado juego con el ambiente, porque este sería más de verbena que de baile fino. Y sabía que, si quería vivir una aventura de polizón en el barco de mis sueños, no encontraría mejor ocasión que aquella, en la que podría conocer lo mejor de los dos mundos.

Así que no me limité a mi sótano y mi pasillo, y decidí subir a donde flotaba el encanto: la pista de baile. Fui sigilosa y logré

esconderme detrás de un seto sin que nadie me hubiera visto llegar hasta ahí.

Y observé.

Recorrí con la mirada a los asistentes. Había muchachitas tímidas, seguramente sirvientas en los hotelitos cercanos, luciendo pendientes de bisutería que brillaban a la luz de las velas y acompañadas por mozalbetes peinados con tupé y vaselina. Había mesas ruidosas y otras con parejas de mediana edad, muy serios ellos, entre ilusionadas y acobardadas ellas, y todos vestidos de domingo aunque fuera jueves.

Seguí mirando hasta que detuve los ojos en alguien que me llamó la atención. Era preciosa y estaba sola. Tendría un par de años más que yo, no más. Lucía un moño rubio tirante, los labios muy rojos y un bolsito del mismo color al brazo. Una muñeca tímida y de porcelana delicada, a punto de romperse. No había comido en el restaurante. Estaba sentada en una de las sillas de alrededor de la pista con un refresco en la mano que sorbía con mucho ruido, a la espera de que comenzara el baile.

Su rostro reflejaba una expresión de arrobamiento que la mantenía paralizada, hipnotizada, y una sonrisa de auténtica idolatría. La misma que habría tenido yo si me hubieran dejado acercarme a la pista, lo admití. Quizá por eso me picó la curiosidad. Me habría gustado hablar con ese ser que parecía seráfico, pero aquello nos delataría a las dos: a ella, por ser demasiado joven para estar allí y por haber ido sola, y a mí, que tenía prohibida la entrada en horario de baile, porque la ira de Jesús abriría el suelo bajo mis pies.

La contemplé un buen rato hasta que me cansé y decidí seguir con mi viaje de exploración. Siempre tratando de no ser descubierta, me dirigí al primer piso y entré por la puerta trasera; no por la del bar, sino por la de la cocina, donde mi tío decía que empezaba a cocerse la verdadera magia. Porque, entre las muchas cosas que sabía yo, también sabía que la cocinera de la Stella tenía a su ahijada como ayudante, que era más o menos de mi edad y que en realidad no era subalterna, sino que en la práctica actuaba como la cocinera principal, la que mandaba.

Me sorprendió mucho la artista de los fogones. Era muy delgada,

más bajita que yo, morena de pelo rizado, con cejas plegadas. Me impresionaron sus manos porque contrastaban con la rudeza del resto de su cuerpo. Eran manos de pianista, de piel blanca finísima y dedos largos y delicados que tenían un modo de moverse lo mismo que si estuviera bordando un lienzo. Que tal vez fuera lo que de verdad hacía, un tapiz de placeres para los sentidos.

—¿Tú quién yes y qué haces en mi cocina, ho?

La voz era carrasposa, como toda ella excepto sus manos, y tenía una forma de hablar muy extraña.

—Yo soy Sara de la Fuente. Solo vengo a mirar. No se lo digas a nadie, si me ve mi tío me mata.

—¿Y onde está tu tío? ¿Comiendo?

—No, está… bueno, anda por ahí fuera. Que no se entere. Por favor… —junté las manos como si estuviera rezando e hice un puchero de niña pequeña—, por favor.

Nos miramos a los ojos y le di pena.

Ella ya no me vio tan estirada.

Yo ya no la vi tan seca.

Nos sonreímos. Nos gustamos.

Y entonces…

◆ ◆ ◆ ◆

Entonces se oyó un estruendo en la terraza y salimos alarmadas, pero no debía de ser un estruendo de estropicio catastrófico porque acto seguido estallaron mil carcajadas y un aplauso cerrado.

Era un gigante de cuento de ogros, dos metros de hombre y bastante más de cien kilos de músculo, sentado en el suelo muerto de risa. Llevaba una camisa de algodón blanca que había reventado por las costuras y, a su espalda, una silla de madera hecha pedazos, con las patas, respaldo y asiento esparcidos a su alrededor. Despanzurrada.

Ni seis clientes fueron suficientes para ayudarle a levantarse. Uno de los que lo hicieron, riéndose tanto como él, era el joven también musculoso que había visto unos días antes hablando con don Manuel y con mi tío en el gimnasio. Joaquín Blume, creí recordar que se

llamaba. Había abandonado su mesa para socorrer al forzudo después de que, con toda seguridad, hubiera roto la silla nada más sentarse en ella.

—Pero Alfonso, amigo, qué has hecho, por Dios.

—Y yo qué sé, Joaco, hostia, si solo he comido tres filetes empanados de estos que ponen aquí…

Todos seguían riendo. Amparo y yo nos contagiamos y comenzamos a reír también. Primero flojito, para nuestros adentros. Después, a carcajada limpia. Y al final, de una forma tan compulsiva que nos dolía la barriga y se nos saltaban las lágrimas. Daba igual, no podíamos parar.

Cerca de nosotras estaba la chica del moño tirante y el bolsito rojo.

—¿Estáis bien? ¿Queréis un traguito de mi gaseosa?

Amparo y yo nos calmamos un poco, restregándonos el llanto, aunque todavía dobladas por la mitad de tanto reír. Pero la risa termina volviendo si no se cura a tiempo y al final contaminamos también a la muchacha del moño.

—Dejad de reíros ya, leñe, que me va a dar un perrenque y me voy a volver tunteca como vosotras…

Ese lenguaje en una boca tan delicada y tan bien pintada consiguió lo contrario, y las carcajadas recrudecieron. Era irremediable: estábamos las tres infectadas.

—Anda, venid conmigo a un sitio que yo conozco —se me ocurrió entre risotada y risotada—, porque si sigo aquí viendo al forzudo ese me voy a hacer pis encima, y es lo único que me falta para que mi tía me monte la marimorena.

Las guie por las escaleras, a lo largo del pasillo y a través de la puerta del almacén olvidado. Era la primera vez que enseñaba mi sótano secreto a alguien, pero intuí que aquellas dos eran de fiar.

Ya estábamos más relajadas y pudimos estudiarnos mejor.

Nos presentamos: Julia, Amparo, Sara.

Yo ya sabía quién era Amparo, solo se hablaba de ella cada vez que alguien se metía el tenedor en la boca y le explotaban todos los sabores del universo en el paladar.

Pero ni Amparo ni yo sabíamos quién era aquella clienta timorata,

rubia y bella que hablaba como un leñador y a la que yo había estado una buena parte de la tarde mirando.

No hizo falta preguntarle, porque, sin darnos cuenta, nos desatamos en explicaciones de nosotras mismas, como queriendo comernos de un solo bocado para digerirnos mejor después.

10

Julita Puente Ramón siempre quiso ser bailarina, enfermera o monja, nos dijo. Por ese orden de preferencia.

Incluso llegó a estar empeñada en convertirse en las tres cosas al mismo tiempo, pero eso fue solo cuando aún no sabía que lo del baile era incompatible con la religión.

Y, sin embargo, mientras fueron solo vocaciones, cada una de las tres le sirvió para marcar los hitos más importantes de su vida.

Sintió la primera a los seis años, en 1943, cuando vio a Palomita cantar y bailar *El amor brujo* casi tan bien como la propia Pastora Imperio. Palomita era la artista invitada algunos fines de semana en la pista de baile que Eugenio Calderón había abierto en su hotel, el Mercedes de Hoyo de Manzanares. Y logró embelesar tanto a la niña Julita que, desde que la vio zapatear con cara de enfado, solo pudo soñar con ser como ella algún día.

Siempre que la observaba a escondidas en el tablao improvisado del hotel, ante espectadores entregados a su arte sentados en sillas plegables y con bombillas encendidas a lo largo de rieles sobre sus cabezas, todo un dispendio en plena posguerra, Julita regresaba a su cuarto levitando en puntas.

Su madre, sus tres hermanas mayores y ella vivían en la trastienda de la pollería Ramón, junto a la plaza Mayor de Hoyo. Allí, cuando se quedaba sola mientras las hermanas iban a servir a otros pueblos serranos y su madre vendía mollejas y los huevos con la yema más brillante y anaranjada de toda la sierra de Madrid, Julita hacía sonar un gramófono invisible en su cabeza y, siguiendo sus acordes imaginarios, interpretaba la gitanería a su manera, con mandobles de enaguas que se llevaron por delante algún jarrón más de una vez.

Las vocaciones segunda y tercera llegaron por motivos tristes y desalojaron de un plumazo a la primera en su corazón. Comenzaron a

comerle el alma después de ver morir a su padre en brazos de una monja terciaria capuchina en uno de los dos sanatorios para tuberculosos que existían en el pueblo.

Cuando en julio de 1937 su hija pequeña, y la más inesperada, aún no había cumplido su segundo mes de vida, el hombre estaba luchando en la batalla de Brunete. Después, durante el resto de la guerra, anduvo escondido en cuevas infectas y respiró aire podrido de las minas abandonadas donde los pocos milicianos hoyenses que aún creían que podían ganarles la partida a los golpistas se escondían para preparar la contrarrevolución. Unos años después, al comenzar a escupir sangre, se convenció de lo que no había querido admitir desde el 39: que la partida, al menos la suya, estaba perdida de verdad.

Lo peor no fue solo eso. Lo peor fue que detrás del padre de familia cayeron todas las mujeres Puente Ramón de Hoyo de Manzanares. En los años siguientes a la guerra y mientras sus flecos todavía barrían a base de latigazos cada rincón de España, en especial los de los lugares en los que hubo resistencia republicana, fueron muriendo en fila, poco a poco, año tras año y en el mismo sanatorio, las tres hermanas mayores de Julia.

Para cuando la madre enfermó, ya tenía tomada la decisión: quería que Julita, que era tan buena y piadosa, quedase a cargo de una prima que tenía cerca de Madrid, monja en un noviciado de una zona extramuros de la capital, lejos de la enfermedad y la muerte.

—Si es que no nos ha quedado na, tu padre tenía un pito de palo y la pollería no nos da pa vivir. La he vendido, nena, y con lo que me han dao te dejo sin deudas, le doy algo a las monjas del sanatorio pa que me cuiden como Dios manda los dos días que me faltan y a ti te mando a Madrid. Los duros que sobran son suficientes para que te llegues donde mi prima. Sé buena, nena, reza cuando te lo manden, santíguate como te he enseñado y, si al final te pones los hábitos, sirve siempre y na más que a Dios, que servir a los hombres ya has visto tú las consecuencias que trae.

Esas palabras fueron las últimas que oyó de su madre, y resultaron proféticas, porque dos días más tarde murió. Y cuatro después, Mariano, el vecino más servicial de Hoyo, cumplió el encargo de

llevar a la niña hasta la parte nueva de Madrid de la que la buena mujer le había hablado, aunque «seguro que nos perdemos, Julita, tú prepárate para un viaje largo, que ese sitio queda a tomar por culo de la ciudad, con perdón, a ver lo que tardamos en encontrarlo».

Tuvo razón: tardaron, pero lo encontraron.

A las puertas del noviciado de las Esclavas de la Pasión de Cristo, en la calle Arturo Soria, llamó Julita Puente Ramón un día de marzo.

Llegó silenciosa. Huérfana de todo y todos. Más sola de lo que se había sentido nunca y mucho más de lo que jamás volvería a sentirse, porque todo cambió semanas después, el 20 de abril de 1952, cuando, en el camino hacia la iglesia de San Juan Bautista, pasó por delante de la puerta que daba entrada a un misterioso edificio cerca del noviciado.

Había oído hablar de él, un lugar muy selecto al que acudía a divertirse lo mejor de Madrid y del extranjero. Pero también le habían dicho que era un sitio al que hasta acercarse era pecado. Al parecer, tenía pista de baile, el colmo del libertinaje.

Sin embargo, en ese mismo instante, la pasión por la danza, olvidada y aparcada en algún rincón del corazón de Julita, fue más fuerte que su noción del bien y del mal. Y ese rincón del corazón le dio un salto justo delante de aquella puerta.

Menos mal que ese día no habría podido sucumbir a la tentación, ni siquiera aunque el demonio se hubiera esmerado un poco más en envolverla entre sus redes. Por el momento, imposible: estaba en obras. Cerrado a cal y canto. Y, cuando abriera, seguiría siendo inalcanzable porque las lenguas aseguraban que de setenta pesetas no iba a bajar la entrada de aquel lugar de perdición.

Mejor así, pensó. Y no obstante…

Le pareció oír un canto lejano de sirena, una música parecida a la que sonaba en las noches de Hoyo cuando Palomita se contoneaba con la melodía y que allí, en Arturo Soria y en la capital de España, la llamaba a ella por su nombre.

Por eso no dejó de pasar por delante del edificio misterioso todos los días desde que llegó a Madrid.

A veces, cuando no había obreros dentro, se arrimaba mucho y

trataba de mirar a través de las rejas de esas hermosísimas puertas que ella no sabía que eran *art déco*, pero sí que tenían una forma de mosaico de hierros blancos trenzados como lazos de la suerte.

Sabía que estaban a punto de inaugurar la remodelación. Sabía que en su interior la gente no solo podía tomar las aguas en una gigantesca bañera, sino que después, si lo deseaba, se vestía de punta en blanco y bailaba hasta que se ponía el sol. Sabía que aquel podía ser su hotel Mercedes, el lugar donde quizá encontrara algo de la alegría que perdió cuando la tuberculosis se llevó a toda su familia. Lo sabía. Pero también sabía que nunca tendría dinero suficiente para pagar una sola de aquellas entradas carísimas.

Hasta que, el 14 de mayo de 1952, cuando pasó por enésima vez por delante de las verjas blancas de sus sueños, vio que alguien había colgado de ellas un cartel:

ENTRADAS: 70 PESETAS.
ABONOS: INFORMACIÓN EN TAQUILLAS
JUEVES PRECIO ESPECIAL: 10 PESETAS.

Tuvo que leerlo dos veces para comprender el mensaje que le lanzaba a ella y solo a ella. Por azares del calendario, el día siguiente, 15 de mayo y el de San Isidro Labrador, era jueves y el mismo en que Julita cumplía quince años como quince soles.

Iba para monja, sí, y estaba a punto de casarse con Dios.

Pero todavía no. Así que, en recuerdo de los bailes que habían sido su pasión secreta de la infancia y en el de las miserias de una guerra que se lo había arrebatado todo porque para ella había durado mucho más de lo que duran los bombardeos, decidió regalarse por su cumpleaños una despedida de soltera por todo lo alto.

Necesitaba nada más y nada menos que diez de las pesetas que le dio su madre tras vender la pollería para volver a experimentar, aunque fuera solo una vez, lo mismo que vivió cuando tenía tres hermanas, dos padres y mucho amor. Pero merecía la pena.

A las monjas les dijo que ese festivo iba con la parroquia a repartir comida entre los pobres de Canillejas, y, para su propia sorpresa, fue la única mentira de la que no sintió la necesidad de confesarse con el

padre Antolín al domingo siguiente.

Por eso estaba allí aquel jueves 15 de mayo, con su bolsito de plástico rojo colgado del antebrazo, los labios pintados del mismo color del fuego y un moño alto para aparentar una edad de la que aún estaba muy lejos.

11

Aún nos quedaban muchas preguntas por formular y por contestar aquella noche.

Las tres juntas, en el sótano secreto de la Stella, quisimos conocerlas todas a ritmo de atropello.

—¿De verdad que vas a ser monja?

—A ver, pues igual no me queda otra.

—¿Y dónde aprendiste tú a cocinar tan bien?

—Pos cocinando pal mio hermanu, que ye fatu.

—¿Cómo?

—Gilipollín, que ye gilipollín.

—Ah.

—Y tamién pasando fame…

—¿Cómo?

—Hambre, que enseña mucho. Nun entendéis nada, ¿oísteis?, pero nada nada.

—¿Y te gusta ser cocinera?

—Lo que más en el mundo.

—¿Y a ti monja?

—No mucho, lo que me gusta de verdad es bailar.

—¿Y tú, Sara…? ¿Qué quieres ser tú?

Esa pregunta, lanzada así, a bocajarro, me sobresaltó. Me dio miedo. Tanto que nunca antes me había atrevido a planteármela.

—Ya os he dicho que he venido a cuidar de mi primo, el hijo de mi tío lejano, que es uno de los arquitectos que ha hecho esto y vive aquí al lado.

—Sí, eso ya lo sabemos, ho. Pero que qué quies hacer.

Entonces les dije lo que jamás me había dicho a mí misma:

—Yo…, en realidad, lo que quiero es vivir aventuras, muchas aventuras.

—¿Aventuras? ¿Como en el cine?

—Eso mismo. ¿Habéis visto *Los tres mosqueteros*?

—Yo nun sé nin lo que ye un mosqueteru…

—¡Yo sí, yo sí!

—Pues yo quiero ser así, como…

—¡Como Constanza! Es tan guapa, tan buena, tan…

—No, no. Yo quiero ser como Milady.

—¡Pero quién mi madre ye esa…!

—Una muy mala y muy guapa.

—Hala, ¿y que te marquen una flor con fuego?

—No, mujer, eso no, que duele. Lo que quiero es no tener que dar explicaciones a nadie, quiero ser libre. Y encontrar un trabajo en el que me paguen, no como ahora. Y quiero ahorrar para estudiar. Y quiero leer mucho. Y quiero enseñar a los demás para que nadie se quede sin aprender a leer también. Y no quiero casarme nunca. Y quiero vivir sola en un hotelito de Arturo Soria con dos perros y cinco gatos. Y quiero tener muchos libros en una estantería que llegue hasta el techo. Y quiero… Yo lo que quiero es ser feliz por mí misma y no una desgraciada como mi tía Sol.

Al oír mi colección de quieros, nos quedamos calladas, pero supe que las tres nos habíamos entendido a la perfección. Nos habíamos ventilado la mente y nos habíamos puesto frente al espejo.

Se nos ocurrió sin decírnoslo que aquello, encontrar almas parecidas, debía de ser mejor que enamorarse.

Y que hacerse amigas las tres era mejor, muchísimo mejor, que hacerse novia de uno solo.

12

Julia, Amparo y yo subimos a la terraza a la vez, aunque por separado, como si fuéramos las mismas de hacía media hora, cuando no nos conocíamos ni nos habíamos jurado todavía amistad eterna sin darnos cuenta, para no levantar sospechas.

Amparo no podía ausentarse mucho tiempo de la cocina y Julia temía que alguien le quitara su silla en lugar preferente junto a la pista de baile.

—Ten cuidado —le dije—, a nosotras no nos dejan estar aquí arriba solas, esto es solo para adultos. Si ves que el *maître* Jesús te mira mal, vete enseguida. Es aquel señor, el de la chaqueta blanca y pajarita.

Fui premonitoria. Jesús ya se estaba dirigiendo a nosotras cuando vino la providencia a sacarnos del apuro.

Primero, a Julia. Antes de que pudiera sentarse de nuevo, un joven de pelo engominado muy negro, piel muy bronceada y ojos muy verdes se le acercó.

—¿Bailas, chata?

Julia me miró y yo, maldigo ese momento, le aconsejé con la mirada que aceptara el baile, que dejase que quien fuera el muchacho se la llevara lejos de Jesús antes de que este le preguntara su edad y la echara con cajas destempladas. El desconocido era su salvoconducto. Por muchas y buenas amigas que tuviera una mujer, solo se la respetaba si estaba bajo la protección de un hombre.

Pero ahora Jesús venía hacia mí. Él sí me conocía y sabía mi edad. No le iba a hacer falta interrogarme, sería suficiente con que me llevara ante don Manuel o, peor, ante mi tío. Por si eso ocurría, había traído conmigo el tomo veintitrés de Galdós del sótano y estaba dispuesta a decirle a quien me lo preguntara que yo solo había pasado por la Stella a recoger un libro que me había pedido el padre de don Manuel. Tenía que irme, porque debía llevárselo enseguida.

Por fortuna para mí, no fue necesario. Alguien se adelantó al *maître*.

—Pequeña, ven, por favor.

Era una mujer rara pero elegantísima, con el pelo recogido bajo un turbante que en realidad también cumplía la función de bufanda cubriéndole la cabeza y el cuello. Era mayo y no hacía frío. Lo que pasaba era que ella estaba delgada en extremo, parecía el suspiro de alguien, y su esqueleto quedaba casi a la intemperie. No tenía ni un solo gramo de grasa que la protegiera, solo piel arrugada y huesos. Los de la cara eran prominentes y formaban protuberancias en sus mejillas debajo de unos ojos enormes y alrededor de la boca cuando sonreía. Fumaba sin parar, con un cigarrillo que no se apagaba entre sus dedos largos y enguantados de negro. Puede que tuviera setenta años, no supe calcularlo porque entonces, para mí, todos los que superaban la cuarentena eran ancianos a punto de morir.

Estaba sentada a una mesa con otras seis personas y alzó la voz en un español más que aceptable, con un brazo levantado para llamar… ¿mi atención?

—Sí, tú, sí, ven…

La mía, en efecto. Me llamaba a mí.

Pasé por delante de Jesús muy digna, sin mirarle siquiera, y me dirigí a donde la mujer estaba sentada.

Me fijé en sus acompañantes: Joaquín, el joven que había ayudado al fortachón de dos metros que rompió la silla, con una chica sonriente que debía de ser su novia y dos hombres cerca de la senectud, es decir, mayores de treinta años, junto a dos mujeres bellísimas. Ambas parecían ricas y famosas por el estilo, el porte y la altura antinatural hasta la que una de ellas era capaz de erguir la cabeza. Nunca había visto yo cuello más estirado.

La de la cerviz telescópica me miraba de forma penetrante, con un extraño peinado tan cardado que parecía una esponja, recogido en redondo a modo de aura oscura a su alrededor, y una sonrisa de cartón muy ensayada. Me hablaba con los ojos y, aunque entonces no la entendía porque ese lenguaje yo no lo dominaba aún, traté de memorizar lo que quiso decirme por si algún día lo comprendía.

La tercera mujer era distinta a las otras dos: la melena negrísima y

medio despeinada, los ojos verdes rasgados, la nariz perfecta, la boca sensual, la belleza salvaje. Movía los pies al ritmo de la música para poder bailar sentada. Sostenía un cigarrillo y un vaso con la misma mano mientras dejaba caer el otro brazo por detrás del respaldo de su silla. Era whisky lo que bebía, lo supe porque llegué a leer la etiqueta de la botella que mantenía muy cerca de ella: Jack Daniel's. Sonreía. Despreocupada e indiferente. Y no miraba a nadie en concreto, tal vez a las parejas que se contoneaban en la pista, a la luna que brillaba o solo al horizonte.

Tuve la vaga impresión de que ya la conocía, de que nos habíamos encontrado antes en algún lugar; dónde pudo ser…

Pero enseguida pensé que era imposible. Si la hubiera visto, jamás la habría olvidado.

Aquella era una persona nacida para estar sola, y yo nunca me había encontrado con un tipo de mujer así.

Por fin conocía a una: era una mujer libre.

◆◆◆◆

Fue la señora del turbante quien me tendió la mano primero.

—Pequeña, bienvenida, sienta con nosotros, *please*. Disculpa que te molesto, pero llevas un libro. Si veo niña con libro en sitio así, tengo que hablar con ti. Dime, ¿qué es?

—Un libro que me he encontrado. Tiene dos novelas dentro. Las escribió…

La señora lo había tomado en sus manos y estaba leyendo el lomo.

—Un maestro de literatura española, yo sé. Benito Pérez Galdós, *pas vrai*? Debieron dar el Nobel Prize.

Me quedé sin habla. Aquella extranjera había leído lo que tres cuartas partes de España no había leído ni leería jamás, a pesar de su acento adusto de consonantes fuertes e idiomas mezclados con el que componía frases igual de complicadas.

Qué podía decirle yo. Por eso me quedé sin habla.

Menos mal que ella no lo hizo:

—Yo tengo curiosidad. La Stella es sitio grande y hermoso,

impressive, quería conocer. ¿Sabes que yo también escribo libros? Oh, *je ne voulais pas être malpolie*, maleducada yo, no me he presentado. Soy Karen Blixen, pero me gusta más me llamas Tania, ¿sí?

—Disculpen a la señorita. —Jesús llegó corriendo a la mesa en cuanto se percató de que mi presencia en ella duraba más tiempo del necesario—. Ya se va, no debería estar aquí, lo lamento mucho…

—No, *please*, déjela, señor, ¿sí? Quiero ver a ella y a libro. Nada más charlar. Un momento solo, ¿sí?

Se quitó uno de sus guantes negros y posó una mano fría y huesuda encima de la mía que, sin embargo, me transmitió calidez.

Un caballero rubio y de piel tostada por el sol que parecía el esposo de la del pelo cardado sonrió al *maître* con una dentadura perfecta y blanquísima:

—Si no le importa, permita que se quede con nosotros unos minutos. Está en buenas manos, nosotros cuidaremos bien de esta bella y joven dama, que se llama…

—Soy Sara de la Fuente Santiago para servirle a usted, señor.

—Pues bien, señorita De la Fuente Santiago —siguió el caballero—, permita que añada que la baronesa Blixen, a la que acaba de conocer, es una escritora muy importante de Dinamarca, además de amiga entrañable. Hemos venido hoy porque la baronesa está de paso por Madrid y quería conocer este club. En realidad, todos queríamos conocerlo, nos han hablado maravillas de él…

Jesús se suavizó por alusiones y trató de intervenir:

—Gracias, señor, solo que hoy, como es jueves…

—No importa, no importa. Volveremos muchos otros días de la semana. Además, han sido ustedes muy amables al procurarnos la compañía de la señorita María José Bonet y del campeón Joaquín Blume —los dos, sentados a la misma mesa y muy callados, me saludaron con una sonrisa—. Ahora me gustaría que esta joven conozca también a los demás amigos que nos acompañan. En primer lugar, a nuestra querida Ava Gardner.

—Eiva, niña, llámame Eiva —contestó la mujer despeinada de ojos verdes y libres, que repitió muy lentamente el modo en que su nombre debía pronunciarse, quizá porque a los españoles no se les daba bien

hacerlo así.

Ni siquiera cambió de postura al hablar, pero sí después, cuando me sonrió, cruzó las piernas más largas y perfectas de aquella terraza y dio un trago de su vaso.

El hombre que me la presentó también le lanzó una sonrisa, obnubilado. Y con razón, porque era la mujer más guapa de la tierra —y dónde la había visto yo antes, por Dios, dónde—, aunque se sobrepuso y prosiguió en su función de maestro de ceremonias:

—También a mi esposa, la señora Adele Gifford Baxter, condesa de Romanilla, y al acompañante de la señora Gardner, don Mario Cabré, que acaba de volver de la Costa Brava, los dos han rodado allí una película…

El presentado en cuestión se levantó para tenderme la mano y besar la mía después. Era un hombre guapísimo pero apocado. Me dio la sensación de que el mundo le quedaba grande.

—Don Mario, además de actor y torero, es poeta.

No me había equivocado al describirlo, entonces lo entendí.

El hombre que llevaba la batuta de la conversación se levantó también e imitó al señor Cabré: me tomó la mano y la besó en el dorso, como si yo fuera tan rica como él, para decirme su nombre:

—Y a mí, señorita, algunos me llaman conde, como habrá supuesto ya, pero usted puede llamarme Carlos. Mi nombre es Carlos de Arbeloa y Fernández de Córdoba. Es un placer conocerla.

Estaba abrumada ante tanto título nobiliario, tanto apellido largo, tanto famoso, tanta belleza y tanta elegancia. Me sentí al borde del desmayo. Creo que Jesús también.

Si no nos desplomamos allí mismo los dos fue porque Manolo y Mateo acudieron en nuestra ayuda.

—Ilustrísimo señor conde, ilustrísima señora condesa, excelentísima baronesa, señora Gardner y señor Cabré… —Pérez-Vizcaíno aún andaba buscando asesoramiento en protocolo, no lo tenía dominado —, mis queridos María José y Joaquín, es un privilegio para la Stella contar con la presencia de todos ustedes aquí esta noche. Permitan que les presente a uno de los arquitectos que se ha encargado de la renovación de esta su casa recientemente, don Mateo Santiago.

—Un placer saludarles, señores, pero debo confesar que, además de arquitecto, también soy el tío de esta joven intrusa que se les ha sentado a la mesa sin permiso. —Me dirigió una mirada asesina.

—No, no, no —rio la invitada danesa—. Yo llamé, ella no tiene culpa. Es lectora de libros, gran chica. Me gustaría mucho conversar con joven, ¿sí?

—Por supuesto, baronesa, las puertas de este club siempre estarán abiertas para usted.

—Y mi sobrina, encantada de acompañarla, faltaría más. No tiene más que avisar cuando regrese…

Mi tío trataba de ser diplomático, en su línea habitual, aunque lo que dijo sonó a mentira, porque volvió a fulminarme con la mirada, a mí y al Galdós que llevaba en la mano.

—No, no. Un otro día no. Ahora. Deje quedar esta noche, *s'il vous plaît*, ¿sí?

—Por supuesto, *madame*, faltaría más.

Pérez-Vizcaíno y Jesús se disculparon, se les requería en otra mesa, aunque, tras sus despedidas, mi tío siguió a mi lado en actitud de control de daños y continuó lanzándome sus temibles miradas de verdugo.

Pero yo no le hice caso. No me impresionaban sus reproches silenciosos ni sus advertencias sobre lo que me esperaba en cuanto dejara de estar bajo el escudo protector de aquella mesa.

La baronesa también ignoró la amenaza de tormenta y siguió hablándome.

—Y di, pequeña, ¿qué más lees tú? ¿Qué libros otros?

—Muchos, en mi casa de Palencia tengo muchos. Bueno, tengo los de mi madre, pero ella me los deja leer todos.

—¿Todos, joven? ¿Te permiten leer… cualquier libro? —me habló la condesa de Romanilla, que no había dejado de mirarme con una sonrisa divertida desde que fui invitada a su mesa.

—Sí, todos. Mi madre dice que todo lo que se escribe está hecho para leerse. Y que como de verdad se aprende es leyendo libros duros, malditos o con historias feas, porque así la mente hace ejercicio y distingue lo bueno de lo malo. Ella dice que eso se llama criterio.

Todos rieron, menos mi tío.

—Tu madre sabia, pequeña. —La baronesa de Dinamarca aplaudía, maravillada.

—¿Y qué libros malditos te gustan, joven? —volvió a preguntarme la condesa.

Me entraron dudas.

—No sé…, es que en realidad no sé si he leído algún libro maldito. Por ejemplo, hay uno que no tiene mi madre y que quiero leer, a lo mejor se lo pido a los Reyes. —Miré de reojo a mi tío.

—*Great*! ¿Cuál libro, pequeña?

—*Los tres mosqueteros*. Creo que es de Dumas. ¿Saben cuál les digo? El de la película de Lana Turner… —me emocioné, ya estaba lanzada.

Hubo más risas. Me parece que hasta mi tío trató de disimular una.

—Ya, imagino que esa historia te gusta tanto porque hay caballeros guapísimos que pelean por jovencitas como tú —la de Romanilla quería hacerme hablar—. Las chicas queréis ser Constanza y que os corteje D'Artagnan, aunque no acabar como ella, claro.

Qué manía le había entrado a todo el mundo con Constanza. Y qué equivocados estaban.

Así que, como yo ya me había venido arriba, me enderecé en la silla y me sobreexcité al responder:

—Qué va, que no, que no, que a mí la que me gusta es Lana Turner, quiero decir Milady de Winter.

—¿La *baddie*? —Ava Gardner ya había perdido el aire ausente y se había inclinado hacia mí—. ¿Cómo dicen aquí? La mala, *yeah*, la mala… ¿Te gusta la mala?

El conde también se inclinó, pero hacia Ava.

—Lo mismo que tú en *The Killers*, querida, ¿no es cierto? Estoy de acuerdo con esta joven: las malas sois lo más hermoso de cualquier película.

No entendí el significado adulto de esa frase, solo el que me atañía a mí, que continuaba viviendo en un estado de nervios muy por encima de lo que mi corazón había resistido nunca antes.

—¿A que sí, señor conde? Yo también pienso lo mismo. Las mujeres malas de las películas no son malas. Bueno, sí que lo son, pero son

malas porque el mundo las ha hecho así. Bueno, no el mundo, pero las cosas que les han pasado en la vida. Bueno, no todas, porque algunas son ricas. Bueno, no ricas como ustedes, ya me entienden… A ver, que me estoy liando, yo lo que quiero decir es que la pobre Milady lo pasó fatal antes y después de que le pusieran la flor de lis en el hombro, que le tuvo que doler lo más grande, y eso fue lo que la hizo fuerte. ¿Mala? Pues mala también, cómo no iba a ser mala, yo también me habría vuelto malísima si me hubieran hecho lo que le hicieron a ella, pero gracias a eso se volvió libre, hizo lo que le dio la gana y hasta llegó a gozar de la confianza del mismísimo Richelieu, que ese sí que era malo de verdad…

Para ese momento, la mesa ya apenas podía contener las carcajadas. Solo lo hicieron para no interrumpirme. Me azoré un poco y, cuando ya no sabía por dónde seguir, vino la condesa de Romanilla en mi auxilio.

—Pero tú sabes que Milady de Winter fue espía del cardenal y que incluso llegó a matar a gente.

—Pues por eso precisamente quiero leer el libro, señora. Es que yo creo que la película se me ha quedado corta, hay cosas que no cuenta sobre esa Milady, y yo quiero saberlo todo de ella. Lo de matar está feo, pero lo de ser espía es otra cosa, eso tiene que ser de buten…

Yo creí que había dicho algo muy elegante y refinado, pero no debió de ser así porque las risas estallaron a coro.

Hasta mi tío intervino, creyendo que había dicho una palabrota.

—Pero, niña, ¿qué forma de hablar es esa, de dónde has sacado tú…?

—No te preocupes, Mateo, no es un taco. Lo habrá oído en cualquier sitio, ahora empieza a decirlo mucha gente joven en Madrid —me defendió Joaquín—. Yo lo oí el otro día en el gimnasio.

—¿Y qué significa?

—Pues que es muy bueno, tío, eso es lo que yo quería decir…

La condesa se limpió las lágrimas de risa delicadamente con un pañuelo de batista y me dijo, creo que con la mayor sinceridad de la que era capaz:

—Niña, tú prometes, prometes mucho…

Me parece que fue entonces cuando mi tío se dio cuenta de que, si me dejaba seguir prometiendo, iba a llegar demasiado lejos. Así que cortó la conversación.

—Señores, como ven por la cara de mi sobrina, está más que feliz de haberles conocido y de haber mantenido esta amena conversación, pero, lamentándolo mucho, debe regresar a casa porque mañana tiene que madrugar. Si la disculpan… Sara, querida, despídete de estos señores tan amables, por favor.

Dudé si debía hacer lo que me decía. Estaba siendo una tarde grande para mí. Sin embargo, también sabía que no debía tensar más la cuerda, ni mucho menos dar un espectáculo de rebelión delante de aquellos clientes tan respetables.

Obedecí, qué remedio. Traté de poner los mismos ojos que Lana Turner aceptando un encargo de Richelieu, y los de Ava pronunciada como Eiva mirándome a través de la mesa, y me dirigí a los comensales con mis mejores modales, para lo que eché mano de todo el vocabulario que había aprendido de Pérez Galdós, aunque en una versión elemental, pedante y pomposa:

—Señores, mi tío tiene razón. Ha sido un verdadero placer compartir con ustedes este ratito de cháchara, pero, como podrán comprender, creo que debo marcharme enseguida si no quiero recibir un castigo. De todas formas, sepan ustedes que en este lugar no se permite la entrada a personas tan jóvenes como yo, mucho menos si son mujeres y están solas, sobre todo a las que no somos Milady de Winter todavía. No es culpa de la dirección ni de la falta de vigilancia de mi tío que yo esté aquí, es que me he escapado sin permiso, así que les ruego que no denuncien a la Stella. Solo agradezco que, en mi caso, esto haya tenido el mejor de los desenlaces, porque he podido pasar estos minutos tan agradables en su compañía charlando de películas y de espías. Buenas noches, señoras y señores míos, y que duerman ustedes bien.

Me levanté con mi libro bajo el brazo, me alisé la falda para que no se me viera la enagua, estiré el cuello tanto como pude, aunque no tan alto como la condesa, y partí hecha una bala hacia el caminito de arcos de hiedra que me llevaba directa a la salida por el jardín de la

casa del guardés, sin atravesar el vestíbulo.

No quise ver la cara de mi tío, ni oír lo que estaba a punto de decirme, ni siquiera mirar atrás por un momento. Sin embargo, no pude evitar oír otra explosión de carcajadas de los siete ocupantes de aquella mesa tan importante, que resonaron un buen rato a mis espaldas.

Pero lo mejor, lo absolutamente memorable de aquella noche, fue el paquete que al día siguiente llegó al hotelito de mis tíos, con mi nombre escrito en una caligrafía exquisita sobre papel de estraza.

Dentro había dos libros: eran los tomos primero y segundo de *Los tres mosqueteros*, de Alejandro Dumas, recién publicados en la Colección Hernando de Libros para la Juventud.

Y una breve nota: «Nunca pierdas tus sueños de aventura, Milady».

Firmado, Adele Gifford, condesa de Romanilla.

13

Recuerdo bien cuándo nos conocimos Amparo, Julia y yo, aquella noche memorable del 15 de mayo de 1952. Pero lo que más claro tengo es el momento en que nos dimos cuenta de que las unas íbamos a ser indispensables para las otras.

Fue en Canillejas, un pequeño poblado de marqueses, huertas y conejeras que, lo mismo que le había ocurrido a la Ciudad Lineal, pero no con tanta suerte como ella, estaba lo suficientemente lejos de Madrid como para merecer un largo viaje en tranvía y tan cerca como para ser engullida por la capital. Solo que, en el caso de Canillejas y a diferencia de la Ciudad Lineal, Madrid lo convirtió en uno de sus vertederos demográficos. En 1952 era un lugar con más bolsas de pobreza que el resto de la gran urbe, en el que sus habitantes soñaban con que algún día se cumplirían las promesas de construir en sus lindes una ciudad entera. Pegaso iban a llamarla, porque en ella se alojarían los trabajadores de la fábrica nacional de camiones y llevarían prosperidad a la zona. Pero, mientras, el barrio tenía calles de tierra que se inundaban con las primeras lluvias, electricidad a saltos y unos servicios escolares y de salud muy por debajo de los mínimos.

Y chabolas, muchas chabolas.

A ellas íbamos los sábados, cada una por su cuenta. Amparo, con su madrina, para llevar comida; Julia, con la monja Matilde, la prima de su madre a cuyo cargo quedó cuando se convirtió en huérfana, para llevarles el Evangelio; y mi tía Sol y yo para llevar los restos de lo que nos sobraba en casa y cubrir así el cupo de obras de caridad que nos correspondía por estatus y clase social.

Pero, cuando ya nos aprendimos el camino, Amparo, Julia y yo también fuimos un par de veces a escondidas, por separado y sin saber que lo hacíamos las tres, aprovechando la hora de la siesta porque era

más fácil escapar a la vigilancia de nuestros tutores.

Así fue como, después de nuestra aventura como intrusas en la fiesta de la Stella, nos volvieron a juntar Canillejas y Juanín.

Una semana después de conocernos, me encontré con Amparo en la cola del tranvía:

—¿Y tú onde vas con tantos libros?

Me ruboricé, no sé por qué.

—Son para unos niños de Canillejas. No pueden ir a la escuela y los estoy ayudando a leer y escribir. Qué menos que sepan eso en la vida. ¿Y tú?

Amparo también se sonrojó.

—Yo voy llevar comida… —enseguida se percató de lo que decía y se apresuró a matizar—. Pero esta nun ye del restaurante de la Stella, ¿oíste?, esta la compré yo en el mercado y la pagué con la dominguera que me da la mio madrina.

No se me habría ocurrido acusar a Amparo de nada, faltaría más, yo no era nadie para hacerlo, pero sentí un vaho de ternura cuando me lo contó.

El trayecto en tranvía duró casi media hora.

—Me gusta cómo hablas —le dije.

—Y a mí gústame tamién falar así, recuérdame al mio pueblu, pero la mio madrina diz que tengo que aprender a falar normal.

—¿Cómo se habla normal?

—Pos como tú o como don Mateo y don Manuel.

—Ah… ¿Eso es porque en Asturias no habláis normal, entonces?

—Yo qué voy a saber, Sarina, fía. Yo creía que falaba normal porque nun sabía siquier que había xente de Pajares pa abajo. Ahora la mio madrina diz que, si nun falo como vos, pueden meteme na cárcel.

—¿En la cárcel? —me escandalicé—. ¿Solo por hablar con palabras distintas?

—Eso diz ella, que lleva mucho tiempo viviendo en Madrid.

—Pues no me parece bien. ¿Sabes qué te digo? Que conmigo puedes hablar como te dé la gana. Y te digo más aún: que, si me enseñas, igual aprendo yo a hablar como tú y así nos podemos contar secretos sin que nadie nos entienda.

—Meca, qué guapo, eso gustaríame mucho…

Sin darnos cuenta, ya habíamos llegado a Canillejas.

—Yo voy para la calle Boltaña, ¿y tú?

—Yo tamién.

—Pues podemos ir caminando juntas.

Solo caímos en que ya estábamos en nuestro destino cuando distinguimos a quien menos esperábamos ver allí. Era nuestra amiga la novicia Julia, con su moño rubio y su mirada de inocencia, aunque le faltaban el bolsito rojo y los labios de carmín. Iba vestida de gris perla, con falda tableada hasta poco más arriba del tobillo, una rebeca del mismo color hecha de lana gruesa y calcetines blancos, a pesar del calor de la primavera.

La llamamos alborozadas desde lejos.

—¡Julia, Julia…!

Sin embargo, cuando se volvió a nuestra llamada, le vimos la mayor diferencia con la Julia que conocimos aquella noche de fiesta: estaba llorando.

—Pero Julia, neña, ¿qué te pasa, ho? ¿Te hiciste daño? ¿Y tas tú sola?

Julia se nos abrazó y lloró más aún.

—Ay, menos mal que os encuentro, si es que me acabo de manchar los zapatos, me van a regañar las monjas. Estoy tan en la pájara que no sé ni por dónde piso y…

—Anda, mira tú, Amparo, esta tampoco habla normal. Debe de ser el idioma de Hoyo de Manzanares. No, si al final vamos a hacernos entre las tres uno para nosotras solas.

De repente, a pesar del llanto de Julia y de nuestra preocupación por ella, rompimos a reír las tres.

Y reímos. Y reímos. Y seguimos riendo. Y no podíamos parar, con dolor de tripa y todo, lo mismo que cuando nos conocimos en la Stella y vimos al forzudo destrozar una silla. Solo que allí estábamos entre chabolas, con un grupo de niños piojosos a nuestro alrededor que se contagiaron también y comenzaron a reírse con nosotras.

Quizá esa fue nuestra verdadera misión aquella tarde, aunque no lo supiéramos: llevar risas donde solo había desventura.

Y, si lo fue, podíamos estar satisfechas con el deber cumplido, porque tardamos media hora en dominar las carcajadas. Lo mismo que el primer día.

◆ ◆ ◆ ◆

—No lloro por los zapatos, no os creáis. Es que sor Matilde y yo vinimos el sábado pasado aquí a traer mantas y algunos juguetes para los pobres —nos explicó Julia cuando se nos pasó el ataque—. Pero, como la prima de mi madre es un tiovivo y está todo el día para arriba y para abajo, a veces no se fija en lo que hace, por eso el sábado metió en el saco que trajimos algo que yo quería mucho.

—¿Y eso qué yera, muyer?

—Un Juanín Pérez.

—¿El hermano de Mariquita?

Me encantaban esos muñecos. Cuando era muy pequeña, mi padre me trajo de Hamburgo una pepona de porcelana antigua que me acompañó hasta que llegó a mi vida Mariquita Pérez, otro regalo del marinero, pero este comprado en España, uno más de los muchos con los que en cada atraque trataba de hacerse perdonar por sus largas ausencias. Desde ese día, dormí, comí, paseé, respiré y viví con la muñeca. Era la hermana que no tuve y la hija que ya sospechaba entonces que nunca iba a tener. Me bastaba con Mariquita, jamás querría a nadie como la quería a ella.

Julia nos contó que eso mismo fue lo que ella sintió por Juanín Pérez, el hermano de Mariquita. Se lo compró su padre de segunda mano con las veinte pesetas que había estado ahorrando para hacerle un regalo de cumpleaños, el último que pasó a su lado y justo antes de que fuera ingresado en el sanatorio en el que murió.

Para Julia, Juanín era mucho más que un muñeco: era el recuerdo en cartón piedra de la vida que una vez tuvo y que jamás recuperaría. Y ahora también lo había perdido a él.

Pero yo ya entonces era resolutiva, demasiado para mi edad.

—A ver, Julia, vamos a intentar arreglar esto. Conozco bien a los niños de Canillejas, creo que a casi todos. ¿Recuerdas en qué casas

entregasteis los juguetes del saco que trajisteis Matilde y tú?

—Sí, sí que me acuerdo. Fue ahí, en la de la esquina, y la niña que se lo quedó se llama Reme. No tiene madre, su padre trabaja mucho y ella…

—¡Reme, claro que sí, ya sé quién es! La pobre no ha podido ir nunca a la escuela, se pasa el día cocinando para sus cinco hermanos, todos chicos. Pero me extraña mucho que sea niña de muñecas, porque tiene ya doce años y le gusta más leer que jugar. Venga, vamos a su casa.

Así lo hicimos. Yo tenía razón: en la chabola de Reme, Juanín Pérez dormía sucio y desharrapado en un rincón mientras la niña removía una olla. Cuando llamamos a su puerta y nos abrió, le brilló la cara al verme.

—Pasa, Sara, mira lo que he aprendido, ya sé hacer sumas y todo.

Era un ángel vestido con andrajos, pero el ángel más bonito de Canillejas.

—Vaya, Reme, qué lista eres, qué orgullosa estoy de ti. —Le acaricié con cariño el pelo lleno de costras—. Anda, si tienes un muñeco nuevo, ¿me lo dejas ver?

—Pos claro, ahí está, es cursi de narices, no me gusta nada. ¿Has traído libros hoy?

—Claro. Vengo con dos libros y un cuaderno de caligrafía. Además, hoy puedo darte dos pesetas; son para ti, para que las guardes y te compres lo que quieras. Para ti he dicho, ¿eh?, no para tus hermanos.

—Y yo doite esta tartera de fabada, con su compangu y todo, para que dexes ya la olla y puedas leer un ratu los libros de Sara, así nun pasas el día na cocina.

Los ojos de Reme se prendieron aún más de luz. Nada podía hacerle más feliz que los obsequios que le dábamos.

—La leche, qué buenas sois.

—No te traemos estas cosas para pedirte nada a cambio, Reme, ya sabes que te las damos de corazón. Pero sí querríamos que nos hicieras un favor. Ese muñeco de ahí, si tú no juegas con él ni nada…

Lo entendió a la primera.

—¿El muñeco mugriento? Pos claro que os lo doy. Si ya veo que le

ha gustado a vuestra amiga la monja, que no para de acariciarlo y cómo llora la jodía, asina que hala, os lo regalo, pa vosotras.

Reme no solo era el ángel más bonito de Canillejas, sino también el más listo y avispado.

Julia seguía llorando cuando salimos de la chabola.

—Venga, muyer, si al final salió to bien, tú tienes al tu Juanín y esa neña tien algo que a ella le fai más ilusión.

—Es que es tan importante para mí, tanto, tanto…

—Y para nosotras que tú te pongas contenta. Y que dejes de llorar. Anda, vámonos a la Stella, que es jueves y seguro que la madrina de Amparo ha hecho chocolate con bollos para la merienda.

Allá fuimos las tres, pero en el viaje de vuelta ya no éramos las mismas que viajaron solas esa tarde a un barrio de chabolas: éramos amigas de verdad.

14

El de 1952 fue el verano más plácido de nuestra vida.

En la piscina Stella se disfrutaban las veladas más perfumadas con jazmín y dama de noche. La orquesta era la más elegante y discreta. La música, la más romántica. Las lunas, las más llenas; los soles, los más brillantes, y los cielos, los más azules.

Y también estaban los clientes. Eran los más distinguidos, cultos y guapos, y los más diferentes a todos los clientes de todas las salas de fiesta y de todas las piscinas de Madrid.

La nuestra abrió sus puertas en 1947, cuando la hicieron, y, para 1952, que fue el año en que la reformaron y ampliaron, habían comenzado ya a llegar en grupos grandes, como si se hubieran contado unos a otros en corrillos, o en lo que fuera que los ricos se contasen las cosas, que había un sitio en el extrarradio en el que todo era posible.

Ellos vestían trajes de paños y colores desconocidos para mí, a veces con pañuelos de seda al cuello en lugar de corbatas, y ellas lucían vestidos sofisticados, de telas brillantes y caídas perfectas, con alguna lentejuela discreta que fulguraba de vez en cuando en mitad del baile y lograba que la pista se llenase de las mismas estrellas que el cielo de verano.

Incluso el agua era alegre.

Hasta que se tiñó de rojo, era la más limpia de todo Madrid, y de eso pronto adquirió fama.

A mediados de mayo la piscina aún estaba vacía, pero iba a convertirse en la principal atracción del lugar, porque, al fin y al cabo, era lo que le daba nombre.

No tardarían en llenarla, me explicó mi tío, en cuanto llegase una maquinaria especial que los Pérez-Vizcaíno habían encargado también en Alemania, como los artilugios del gimnasio.

A Manolo le obsesionaba la higiene, me dijo, porque ya sabía él que ese era uno de los grandes problemas de las otras piscinas de Madrid: mantener el agua impoluta. En ellas, después de recibir a miles de bañistas que hacían dentro lo que no harían ni en el baño de su casa, el agua se ensuciaba al cabo de pocos días. Había que vaciarlas y volverlas a llenar.

Mi tío Mateo había encontrado en Berlín una empresa que decía haber inventado un sistema de limpieza a base de filtros y de unos productos naturales que se llamaban polvo de diatomeas. Si funcionaban tan bien como decía el fabricante, y era difícil que un fabricante alemán mintiera, harían que la Stella diese con una nueva brecha de distinción que la separase de los demás establecimientos rivales: su agua cristalina.

Cuando al fin llegó el encargo de Alemania, aquella iniciativa sobre la limpieza de la piscina le sirvió a mi tío para que emprendiera un nuevo rumbo en su vida.

—Mateo, amigo, me haces mucha falta aquí —le anunció don Manuel mientras contemplaba, muy ufano, cómo su piscina se llenaba de un alma diáfana y transparente.

—Ya, pero no puedo seguir mucho tiempo contigo. Mi trabajo ha terminado, la Stella ya está en perfecto funcionamiento, y ahora tengo que volver al estudio de don Luis, vamos a construir un mercado en…

—Espera, espera. A ver, la piscina va muy bien, gano dinero suficiente para pagar las deudas, incluso alguna he saldado ya, y ahora necesito a alguien que se haga cargo de este lugar. Tú mejor que nadie sabe que, para que las cosas duren, hay que vigilarlas y cuidarlas. Y no hay quien conozca este sitio como tú. Solo tú puedes hacer que este edificio y todas sus instalaciones lleguen a viejos como si fueran nuevos.

—No sé si te entiendo bien, Manolo…

—Quédate a mi lado y serás el director de la Stella, Mateo, con plenos poderes y manos libres para lo que quieras. Yo mismo hablaré con don Luis, seguro que su sobrino, ese joven tan valioso, Corrales se llama, ¿verdad?, podrá sustituirte en el estudio y tú estarás aquí para echarles una mano siempre que te necesiten. —Mi tío dudaba y

Manolo aún no había encontrado el argumento definitivo—. Además, te pago el doble de lo que ganas como arquitecto con Gutiérrez Soto.

Eso sí que lo convenció.

Mi tío se acordó de las facturas que cada noche, a la hora de la sopa de tapioca, salían volando del delantal de Sol para recordarle las deudas impagadas tras la construcción del hotelito, así que, desde el mismo día en que los polvos de diatomeas llegados de Alemania hicieron su magia y convirtieron el agua en cristal, mi tío Mateo Santiago se convirtió en el orgulloso director de la piscina Stella, el oasis del Madrid de la posguerra.

◆ ◆ ◆ ◆

Pero no solo mi tío y el agua contribuyeron a la magia. La comida, como dije, también tuvo la llave.

¿Qué hacía Amparín que no hubiera hecho antes su madrina?, preguntaba a veces Mateo a Pérez-Vizcaíno.

—Ay, amigo mío —contestaba Manolo—, ahí está la magia: en las preguntas que no tienen respuesta.

El primer obstáculo fueron los nombres.

Cuando doña Amparo rogó y suplicó a la niña que fuera su pinche en la cocina del sitio en el que ya llevaba unos años trabajando, aunque nadie hubiera alabado jamás sus platos y ni mucho menos como lo hizo el padre de don Manuel la misma noche de la inauguración, su ahijada solo puso una condición: que nadie volviera a llamarla Amparín.

Y no era petición fácil, porque en la Stella ya conocían todos a la cocinera como Amparo, así, sin más. Que hubiera dos Amparos iba a ser un desbarajuste.

Pero la mujer necesitaba el trabajo y también a su ahijada, así que fue ella misma quien promovió los apodos por los que a partir del 3 de mayo empezaron a conocerse a las Amparos.

—Quita de ahí, que ya lo fríe Amparo la Pequeña.

—No, deja, si Amparo la Pequeña sabe lo que lleva la salsa, ya la liga ella.

—Anda, para, para, tú pela los tomates, que Amparo la Pequeña hace el sofrito.

Y así.

Solo que eso implicaba para la madrina resignarse a llevar ante el resto del personal el mote que por lógica le correspondía.

—Pregúntale a Amparo la Mayor a ver si ya es hora de poner los manteles…

Superada la primera condición y rendida a ser conocida como la Mayor, la siguiente dificultad fue convencer al dueño, don Manuel, de que la niña se había vuelto imprescindible.

Tenía las mejores manos para la cocina que se habían visto nunca. Estaba acostumbrada a hacer malabarismos en medio de la penuria, de donde había dos sacaba cuatro, pero es que también tenía oficio en la abundancia.

Todo eso le dijo, aunque a él no le parecieron argumentos suficientes. Pérez-Vizcaíno, siempre tan recto, se resistía a dejar que una niña trabajara en la Stella.

—La muchacha es demasiado joven, Amparo, vamos a tener un lío.

—Que non, señor, que usted non pague, que esté aquí solo pa ayudar, aprendiendo un oficio pal futuro. Usted namás mete los cuartos en una libreta y ya luego cuando crezca…

No fue suficiente para convencer a su jefe, de modo que a la madrina se le ocurrieron dos promesas más: una, que ella se encargaría con el mayor de los ahíncos de que la niña aprendiera a leer y escribir, las cuatro reglas y a hablar un castellano neutro que todo el mundo entendiera. Estaba en la capital, no en Asturias, y ella no iba a permitir que a su ahijada le pasara nada malo por usar una lengua tan mal vista como todas las que no eran la única que el Régimen aprobaba.

Y dos, que también velaría por que llegaran desde el norte con puntualidad y en buen estado todos los productos que pidiera Amparo la Pequeña: las alubias verdinas más lechosas, los quesos afuega'l pitu blancos y rojos más cremosos, los sobrios de Taramundi con nueces y avellanas, pixín y centollo a ser posible vivos, los mejores embutidos de gochu y, sobre todo, los filetes de novilla carreñana para un plato

nuevo que alguien le enseñó y que la cría bordaba, cachopos se llamaban, solo que los de ella iban a ser los más sabrosos que nunca se habían comido en Madrid y, además, los únicos de cara al público, porque hasta el momento solo el restaurante Pelayo los tenía en su carta, pero quedaba muy lejos, en Oviedo. Así la Stella también en eso sería pionera.

Sidra no, porque la sidra no cruza bien Pajares. Pero daba igual. La bodega de los Pérez-Stella no dejaba sedientos a sus clientes.

De esa forma tuvo Amparo, con solo quince años, a su entera disposición el tesoro que a otras nos costó tanto conquistar.

◆ ◆ ◆ ◆

Si aquella primera noche del 2 de mayo el *pitu caleya* de Amparo le dejó francas las puertas que yo solo pude traspasar con un plumero, a Julia y a mí nos resultó algo más difícil hacerlo a partir de entonces, aunque no imposible. Para eso yo era la sobrina de mi tío.

Julia no se atrevió a regresar con moño y bolso a los bailes vespertinos de los jueves, pero yo logré convencer a Mateo y este a don Manuel de que nos dejaran darnos un baño en la piscina por las mañanas.

Primero fueron solo las de los jueves, porque yo también me liberaba un día de mis obligaciones, como las chachas, y a las horas en las que estaba menos concurrida. A veces se nos unía Amparo. Mientras sus berberechos permanecían en remojo, ella hacía lo mismo, pero en la piscina con sus dos amigas.

Al cabo de un mes, y en vista de que dábamos alegría al lugar y les hacíamos mucha gracia a algunos clientes, se nos abrieron las puertas del Olimpo otros días de la semana, excepto los domingos por una cuestión de aforo.

Nos hicimos imprescindibles: todos nos cuidaban, nos querían, nos mimaban.

Las tres éramos las mascotas del lugar, con nuestras carcajadas y patochadas de niñas grandes, nuestros chapuzones jaraneros y nuestra risa contagiosa e imparable, que se desataba con una chispa y después,

como había sucedido desde que nos conocimos, desembocaba en un incendio que ya era difícil de apagar.

El Trío Calaveras nos llamaban. Y a nosotras nos daba más risa todavía.

Lo compartíamos todo. Desde luego, más de lo que se suponía que podían compartir tres quinceañeras de tres estratos sociales diferentes y con tres existencias dispares en un lugar tan inusual como aquel.

Éramos unas crías para el resto de los bañistas: pequeñas, de rasgos infantiles y de pecho liso como una tabla; incluso el traje de baño, una mezcla de vestido y combinación, nos hacía bolsas donde otras lo llenaban hasta terminarlo en punta para señalar al cielo cuando tomaban el sol.

También inofensivas: delante de nosotras se podía decir y hacer con libertad, nadie tenía miedo de que la Social, la temida policía política encargada de pintar la raya difusa entre lo permitido y lo que conducía a un calabozo, nos pagara para espiarles.

Habría sido difícil, porque ni siquiera hoy puedo reproducir las conversaciones que oía entonces, ni tan solo decir cuántas de ellas rozaban la subversión. No habría distinguido a un comunista ni aunque hubiera gritado: «viva Lenin» ante mis narices.

Por eso, creo yo, a los asiduos de la Stella los hacíamos sentir más libres y jóvenes, y ellos a nosotras, adultas, allí, tumbadas en las hamacas en las que antes se habían recostado marqueses, actrices y ricos en general, y codeándonos con gente muy importante, aunque entonces tampoco domináramos la vara de medir la importancia de las personas.

A mi tío, en el fondo, le gustaba vernos junto al pino a la orilla del agua, que era nuestro sitio preferido, pese a que su esposa se lo reprochaba cada noche durante la cena: «Mira que dejar que una niña vaya tanto a Ese Sitio, Mateo, hombre, de verdad, si es que te has vuelto loco».

Pero quizá esa era la única razón por la que él nos permitía estar allí un rato las tres juntas: porque estaba loco. Y porque creía que nosotras teníamos derecho a participar en algo de la locura que él mismo había edificado, que eso, la exhibición de amistad y juventud,

al fin y al cabo, también era una seña de identidad de la Stella.

Así vivimos aquel verano, al abrigo de un lugar mágico en el que había todo lo que necesitábamos: agua, risas, música y una fiesta continua. Teníamos quince años, y a los quince no se le puede pedir nada más ni mejor a la vida.

Lo que ni Sol ni Mateo sabían era que las tres, además de bañarnos, compartíamos más cosas. Continuaron nuestras escapadas a Canillejas y alguna que otra tarde, a la hora de la siesta, al sótano secreto para jugar y leer juntas.

Teníamos nuestra propia madriguera. En ella, ya no éramos las bulliciosas adolescentes del Trío Calaveras, sino nosotras mismas, pero más tranquilas. Al menos, comenzábamos a aprender a serlo.

Sí, aquel primer verano de la Stella fue nuestro verano de los descubrimientos apacibles.

Hasta que llegaron dos personas a nuestras vidas.

Una hizo que lo vaporoso se volviera viscoso y reflexivo.

La segunda, que dejáramos de ver la luz que nos alumbraba para envolvernos con su niebla.

15

A Renato me lo encontré por sorpresa una tarde que llegué yo sola al sótano clandestino.

Asomé la vela por la puerta con sigilo porque había creído vislumbrar algo de luz en el cuartucho y eso era muy extraño. Amparo estaba arriba y Julia ese día no podía salir del convento.

Tuve tiempo de verlo antes de que él me viera a mí: era joven, muy joven; quizá no tanto como yo, pero sí con más granos. Su cara parecía un arrozal. Vestía una americana raída, gorra de espiga y pantalones con el bajo deshilachado.

Y lo más sorprendente: estaba sentado leyendo un libro, mi libro.

En cuanto se percató de mi presencia, se levantó de un salto y se quitó la gorra mientras la silla y el libro caían al suelo, todo en una sucesión de movimientos tan veloz que me pareció una sola pirueta preparada de antemano, como si supiera que yo iba a entrar en aquel momento.

Nada más lejos de lo que en realidad sucedía. Lo supe cuando vi su rostro encendido.

—Lo siento, señora, yo…

Empezó a balbucear una disculpa hasta que me vio mejor en la penumbra de la vela y dedujo mi edad aproximada. Echó hacia atrás los hombros y su expresión cambió de la contrición al enojo.

—¿Tú qué haces aquí, niña?

—Lo mismo que tú, me parece a mí, solo que el que no tiene permiso eres tú.

—Ah, y tú sí, ¿no? ¿Y eso quién lo dice?

—Lo digo yo, que encontré este sitio antes que tú.

—¡Antes, dice esta! ¡Y yo soy Estrellita Castro! —Nunca me habían hablado con tanta insolencia ni con algo que yo no sabía entonces que dolía más que un insulto, la ironía—. Yo he hecho este sitio con mis

manos, para que te enteres, y este es mi sótano desde que empezamos la obra.

—Ya. Y los libros también son tuyos, nos ha *amolao* el listillo. —Ya me había apropiado yo de algunas de las expresiones de Julia—. Venga, hombre…

—Míos son, que me los regaló el padre de don Manuel, el don Manuel viejo, cuando terminó de leerlos. La pena es que no he podido volver hasta hoy a recogerlos.

—Me río yo de que tú sepas ni leer.

—Pues yo me río de eso de que tú ya *andases* por aquí todo el tiempo, que no te he visto nunca esa cara tan fea que tienes, como no seas un fantasma…

Se detuvo, alarmado por sus propias palabras. Se me acercó un poco más, con su vela en la mano, y esta vez habló en serio:

—¿Eres un fantasma…?

Aquello me hizo gracia, muchísima gracia. Me habían llamado muchas cosas, pero fantasma jamás.

Así que me aproveché de su ingenuidad y decidí que la de la ironía o, mejor dicho, la de la burla iba a ser yo.

Di un paso rápido e inesperado hacia él, golpeé el suelo fuerte con un pie y grité a cinco centímetros de su cara salpicada de acné con los brazos abiertos:

—Pues sí… ¡buuu!

En la penumbra de dos velas y la tenebrosidad de un sótano sin ventilación, la broma surtió efecto: el muchacho cayó al suelo del susto y yo salí corriendo por el pasillo.

¿Qué había pasado?, me pregunté ya al aire libre, una vez que hube saltado la tapia que daba a la maleza, muerta de risa y de nervios.

¿Quién era ese petimetre jactancioso que leía libros, pero no sabía conjugar verbos? ¿Por qué decía que él había construido mi lugar en el mundo, si fue mi tío quien lo hizo y aquello era un almacén de obra abandonado, en el que nadie excepto Julia, Amparo y yo había entrado desde que lo descubrí?

Y lo más raro: si solo yo usurpaba aquel sótano de forma subrepticia, a escondidas de mi tío y de todo el personal de la Stella,

como siempre creí, y, si era verdad lo que decía aquel chaval, que se creía dueño legítimo con derecho a ocuparlo…, ¿por qué era él quien se había asustado y no yo?

◆◆◆◆

Roberto Jiménez Sastre era el hombre de pelo muy negro, piel muy bronceada y ojos muy verdes al que vi por primera vez llevando a mi amiga Julia hasta la pista de baile el día que nos conocimos y a ella casi la descubren como intrusa menor de edad, aquel jueves de San Isidro.

Después lo vi muchas más veces, porque resultó ser uno de los socorristas atléticos que mi tío había mandado contratar. La seguridad de los bañistas, decía y repetía don Manuel siempre que podía, era igual de importante que mantener el agua en condiciones higiénicas.

El personal de la Stella era tan exquisito como sus invitados y había sido seleccionado uno a uno con esmero por Mateo. Incluido Miguelón, a quien ofreció trabajo como mozo de carga solo para dejar de oír a su hermana y a su madrina, las Amparos, rogándole que le diera un empleo de algo, cualquier cosa, «que el rapazu lo que quiere ye cantar, pero mientres canta o no, de algo tien que comer la criatura».

Y eso que al chico todos los trabajos le parecían poco, aunque Amparo sabía cómo meter en cintura a su hermano. Era la única que podía:

—Ya sé que quies cantar, pero esto ye lo que hay y lo tomes o lo tomes, fai lo que te diz madrina, ho, y dexa ya de ponete repunante.

Además de Miguelón y de las cocineras, había una cigarrera dispuesta a servir cigarrillos y puros en cualquier planta de las instalaciones, cuatro botones, una docena de camareros y camareras, otros tantos jardineros, una taquillera y dos socorristas.

Los botones asistían a quienes deseaban usar las cabinas, que eran de tres clases: las de primera, individuales con ropero común; las preferentes, lo mismo, pero con ropero personal, y las especiales, como las preferentes y además con ducha, bidé y armario individual.

Hasta en esa nomenclatura de vestuarios mi tío había escogido con cuidado la magia de las palabras: ninguna cabina era de segunda ni de tercera; la más barata, de primera. En la piscina Stella, todo, incluso lo que se ofrecía los jueves a quienes compraban entradas a precio reducido, era de primera.

Los camareros, también. Si un cliente tumbado en una de las hamacas tan solo levantaba una mano, no pasaban ni diez segundos antes de que un empleado de librea inmaculada y de un blanco tan marinero como el propio edificio acudiera solícito a rellenarle la copa con sangría de Cointreau.

Y los socorristas… Ese era el cuerpo de élite. Eran perfectos: músculos a punto de estallar, sonrisa nívea, mirada entre dulce y seductora. Uno de ellos paseaba como gacela silenciosa por las orillas de la piscina, mientras que el otro era el águila que oteaba desde su torre de vigía, sentado en un sillón instalado a la espalda del trampolín alto y dispuesto a emprender el vuelo en caso de peligro. Las bestias más admiradas del lugar.

Pero, de los dos, Roberto era el más bello.

Le gustaba hacer alarde de sí mismo cuando le tocaba su turno de gacela paseante. Era un generador nato de espectáculo. Dos veces al día, a las doce y a las seis, los bañistas se arremolinaban cerca de la piscina porque esperaban con expectación la exhibición de su persona.

A esas horas, sus tríceps, sus ojos verdes y él se encaramaban al trampolín superior. Alzaba los brazos, realizaba algunos ejercicios de concentración, encendía sin prisas la tensión, avivaba el fuego poco a poco para que las damas y un buen número de caballeros tuvieran tiempo suficiente para recorrerle el cuerpo palmo a palmo con los ojos, se inclinaba sobre el agua en ángulo y saltaba en tirabuzón. Los aplausos estallaban en el mismo instante en que desaparecía en el azul para volver a brotar de él sacudiendo al aire los rizos negros.

Un auténtico lucimiento de poderío físico y arrogancia montaraz, una bestia de testosterona. Todo eso era Roberto Jiménez.

Y algo más.

Fue el causante de que Julia, desde el día en que él le puso una mano en la cintura para conducirla a una pista con orquesta y ella

pasó la noche bailando apoyada sobre su hombro y aspirando el olor a cloro y virilidad de su nuca de toro bravo, tuviera que renunciar a casarse con Dios.

16

Estábamos en el punto cumbre de agosto cuando dejamos de ver a tres personas habituales de la Stella.

La primera no me importó: era el petulante de Roberto, que en julio había pedido permiso para ir a la boda de su hermana en Illescas y al cabo de casi un mes aún no había vuelto.

—En el peor momento, con la piscina llena, ¿no podía haberse casado la hermana en otoño? Y va el muy desgraciado y aprovecha para desaparecer, vaya usted a saber dónde se ha metido. —Mi tío no sabía cómo suplir su ausencia en el pico álgido del negocio.

—Y lo creído que se lo tiene, que no hay quien le tosa al gachó —le daba la razón el *maître* Jesús, que ya también era el encargado del club—, me cago en todas sus muelas.

—La culpa fue mía, que le dije que podía irse, no sé, me pilló de humor…

—A ver, no se martirice, don Mateo, si es que, con esa labia, el muchacho convence a cualquiera.

Eso y más refunfuñaban los dos entre dientes por toda la eslora del club.

La segunda desaparición tampoco me alteró en lo más mínimo: era el joven extraño comido por los granos, cuyo nombre ignoraba y al que vi solo durante unos minutos. En realidad, que no volviera a dar señales de vida me enorgulleció. Lo consideré mérito mío. ¿De verdad le había asustado con lo del fantasma? Qué bobo.

Pero la tercera persona ausente sí que me preocupó. Me preocupó mucho. Era Julia.

Ni Amparo ni yo la vimos durante una semana. No habíamos discutido ni nos habíamos enfadado. Eso nunca pasaba entre nosotras. Todo lo más, algunas diferencias de opinión sobre si una tarde íbamos al cine o si nos hinchábamos de altramuces en el parque, que siempre

terminaban en consenso y carcajadas, no en una desaparición absoluta y sin explicaciones, como había ocurrido esa vez.

—Lleva días con una indigestión muy grande —nos dijo sor Matilde cuando, muertas de ansiedad, Amparo y yo nos plantamos un día en el convento—. Está en cama, angelito mío. Antes iba muchas mañanas y todos los jueves a llevar comida a los pobres, pero ahora no se mueve de su cuarto.

Algo en su voz sonaba anormal. A falso, pensé. Presentía una nube negra.

—¿Y vosotras de qué la conocéis?

—De repartir comida en Canillejas —Amparo se me adelantó—. Yo soy la cocinera de la piscina Stella, ¿sabe usted cuál ye?

Por la nariz arrugada y el gesto endurecido de la buena de Matilde, supimos que lo sabía.

—Ah, o sea, que sois vosotras… En ese sitio no se cuece nada bueno.

—Cuécese, hermana, ya le digo yo que cuécese, mucho y todos los días. Y bien rico que me sale.

A Amparo se le estaba hinchando la vena del enfado y decidí intervenir para bajársela:

—Nada, sor Matilde, si es que hemos estado con Julia muchas veces donde los pobres de Canillejas y, como hace ya que no aparece, pues eso, que estábamos preocupadas. Pero si es solo una indigestión, bueno sea.

Hice como que me iba y, de pronto, me volví con mi mejor sonrisa:

—Porque… verla un ratito solo no nos dejaría usted, ¿verdad?

—Lo tenemos prohibido, hijas mías.

—Solo un ratito, hermana.

—Un ratín namás, ande, sea buena, que traigo yo un caldo de pita que fixe esta mañana solo pa ella. —Amparo había recapacitado y se había suavizado.

—Por caridad, hermana…

La monja se nos acercó sacando medio cuerpo por el quicio de la puerta, miró a los lados de la calle y nos habló murmurando en clave:

—Os llevo. Pero de lo que veáis y oigáis, ni palabra, ¿estamos? Por

el amor de Dios y por el bien de Julita os lo pido.

Aquello sí que nos encendió las alarmas y con ellas en rojo caminamos detrás de la monja a lo largo de varios pasillos de baldosas de cemento hasta llegar frente a una puerta pintada de negro.

Detrás estaba Julia.

No, miento, allí no estaba.

La Julia que vimos no era nuestra Julia.

◆◆◆◆

El cambio le había costado ciento cincuenta pesetas, más de lo que costaban dos entradas en la Stella.

Por ese dinero, Julia solo recordaba haber comprado un hedor intenso a hierro oxidado. Después, un chorrito cálido resbalándole por los muslos abajo. Cuando llegó al suelo, un dolor de puñal en el vientre junto a un aullido que le nació del mismo sitio sin avisar, un mugido de animal arrojado a un barranco. Y al final, la oscuridad.

Por ciento cincuenta pesetas, lo último que recordaba Julia era una oquedad en la tripa y en la cabeza.

Roberto se había desentendido. Primero le dijo que sí, que se casaría con ella. Después, que no estaba preparado para lo que se le venía encima. Que casarse se casaban y en prenda le regalaba un camafeo con un mechón de sus rizos negros dentro como muestra de amor eterno, que qué más prueba de fidelidad y de compromiso quería. Pero que mejor cuando fueran libres y por las buenas, no así, obligados por lo que ninguno de los dos deseaba. Que para eso, para ser libres, él le daría las ciento cincuenta pesetas que necesitaba. Que sí, mi vida, Julia, que sí, que tú y yo juntos para siempre, pero no desde ahora mismo, vamos a empezar un poco más adelante, con calma. Que ya tendremos los hijos que Dios nos mande, anda que no nos quedan años.

Más tarde, los mensajes se volvieron turbios: que si estás segura, que si me parece a mí muy raro todo, que si yo tuve mucho cuidado y no entiendo cómo ha podido pasar esto, que seguro que has salido con otros hombres con lo guapa que tú eres, que si es que tú te confiesas

mucho, demasiado, y el cura Antolín tiene fama de lo que tiene fama…

Y después, desapareció y se fue a Illescas.

Julia se quedó sola y sin dinero.

Esperó un tiempo, con varias bandas de tela bien apretadas alrededor del abdomen para que las monjas no notaran cómo se le abultaba. Esperó casi sin poder respirar, por si Roberto volvía. Pero en vano. Si el cigoto seguía creciendo, tendría que nacer o morirse ella en el intento de borrárselo del vientre y del alma.

—Pero… ¿por qué no nos dijiste nada?

—Porque la Mayor me pidió que no os lo contara si quería que me ayudase.

—¿La mio madrina? —Amparo lo preguntó chillando y después bajó la voz—. ¿La mio madrina, dices? ¿Foi ella…?

—No, ella no fue. Fue alguien que conoce. Es que un día me llegué a la piscina para buscaros y contaros, pero no estabais, solo vi a tu madrina. Y me mandó que no os dijera nada, porque igual algo se os escapaba y don Mateo no volvía a dejarme entrar…

Amparo la Mayor tenía soluciones y gente para todo, una combinación peligrosa. Entre ellas, comadronas. Pero la de confianza, a la que había mandado a más de una chiquilla de Buenavista y de Chamartín, andaba de asueto unos días en su pueblo aquel agosto.

Con todo, la madrina terminó encontrando lo que necesitaba Julia para poner fin a su pesadilla, aunque fuera para iniciar después otra peor.

Era un matarife que le dijo con voz erizada de reproche cuando Julia sintió el primer escozor:

—Ahora no te quejes, que las piernas hay que saber cerrarlas a tiempo, muchacha, o si no, te se quedan abiertas pa siempre. Si no te hubieras dejado meter otro palo más largo y más gordo que esto que te estoy metiendo yo, ahora no estarías aquí. Con lamentos, al maestro armero.

Después vino el olor a sangre, el chorrito, el dolor y el grito.

Y el vacío dentro.

Por ciento cincuenta pesetas, que dejó debiendo a un usurero que

terminaría convirtiéndolas en trescientas, a Julia se le había acabado la simplicidad de sus días de niña.

Fue la primera de nosotras en hacerse mayor.

17

Y amaneció el 15 de agosto de 1952.

Aunque ya dije que para mí lo hizo de verdad a las cuatro menos veinticinco, siempre recordaré, minuto a minuto, lo que sucedió antes de esa hora.

A las seis de la mañana, cuando aún no había salido del todo el sol y las dos Amparos ya estaban trajinando para preparar los menús del día, fue la monja Matilde quien llamó a la puerta trasera de la cocina de la Stella.

—Que se muere, Amparo, que se muere y encima la han echado… Que se muere y yo no sé qué hacer…

Lloraba con tanto desconsuelo que no le hizo falta añadir mucho más, aunque alguna información adicional sí que alcanzó a darles: la madre superiora del convento descubrió a Julia esa misma noche deshaciéndose en sangre sobre la bacinilla y no tuvo ni que insistir.

No era la primera aspirante, novicia o incluso monja que veía así.

—¿Esta vez también ha sido el padre Antolín…? —Fue lo primero que le dijo la superiora con voz de témpano.

Julia la miró extrañada con los ojos aureolados de morado, sin saber de lo que hablaba aquella mujer y sin tener fuerzas para hacerlo ella tampoco. Solo negó con la cabeza.

—Entonces ya te estás marchando, que para servir a Dios las fulanas no le valen. Esto es un sitio santo, las desviadas como tú no caben. Ea, andando, recoge tus cosas y puerta. No te quiero aquí en el desayuno.

Julia estaba hecha un ovillo en el suelo, abrazada a su Juanín Pérez, junto a la salida trasera de la cocina de la Stella, mientras sor Matilde se lo contaba a Amparo. Ella y su madrina salieron en tromba a socorrerla y después me avisaron a mí, que ya estaba acostumbrada a escaparme a cualquier hora del hotelito de mis tíos sin ser vista.

Nosotras también habíamos empezado a madurar durante los tres

días que pasaron desde que vimos a Julia en el convento y en los que, sin faltar ni uno solo, llevamos a nuestra amiga el pote con el caldo de gallina que Amparo cocinaba cada mañana para ella.

Ni la Pequeña, que había dejado de hablarse con la Mayor, ni yo lo dudamos un segundo cuando Matilde apareció ese 15 de agosto con Julia.

La levantamos en volandas y la llevamos a nuestro rincón privado, al sótano de nuestras confidencias y nuestras lecturas, y estuvimos un buen rato abrazándola, besándola y acariciándola, tendida en nuestros regazos.

Lloramos con todo nuestro corazón, porque solo las amigas de verdad saben llorar juntas.

Hasta que Amparo y yo nos cansamos de llorar, tomamos las riendas y dimos órdenes como si las adultas fuéramos nosotras.

◆◆◆◆

A las siete en punto, la Mayor se fue deshecha en lágrimas con el encargo de remediar lo que ya no tenía remedio.

Regresó a y media.

—Penicilina, esto puede valer. Me la ha dado el de la botica sin preguntar, porque sabe que todavía sufro cola gonorrea del malnacido del Varisto, que en paz fuelgue.

A las ocho menos cuarto, Matilde volvió, esta vez con un colchón y una almohada de borra bien enrollados, varias sábanas remendadas y tres mantas, «que dentro de poco va a refrescar por las noches».

Amparo la Mayor lo llevó todo hasta nuestro sótano sin que nadie la viera. Menos mal que no habían llegado aún los bañistas, aunque los hubiera muy madrugadores.

—Los pobres de Canillejas son menos pobres que esta criatura — suspiró sor Matilde al ver al fantasma de Julia queriendo morirse y sin poder hacerlo mientras tuviera un hilo de vida y dos amigas.

Le dimos la razón y le pedimos que se fuera. Si las monjas no querían a Julia, nosotras tampoco queríamos a ninguna cerca, aunque aquella fuera buena y le hubiera salvado la vida.

Nos miró con mucha pena antes de salir de nuestro sótano.

—¿Puedo hacer algo más por ella…?

A mí no sé qué me pasó; fue como si una ventolera me cruzara por la cabeza, y descargué la tormenta sobre quien en realidad no tenía culpa. O la que menos culpa tenía de todas ellas.

—Pues mire, le pediría que rezase por Julia, pero mejor no. Si ustedes que tanto rezan son capaces de hacerle esto a una de las suyas, no quiero ni pensar en lo que harán con esos pobres a los que les dan colchones con chinches. Conque arreando, váyanse usted y su hábito de aquí, que para negrura en este sótano la de las cucarachas, que son más nobles que su superiora.

◆ ◆ ◆ ◆

A las ocho y media de la mañana, Julia dormía bien arropada en un rincón del sótano sobre el colchón de caridad.

No sabíamos qué efecto podría haberle hecho la penicilina, a la que también añadimos unas gotas del láudano que Amparo todavía conservaba de cuando se lo daba a su madre en Cornellana. Por si acaso.

En algo debimos de acertar, porque, entre los dos remedios, conseguimos que le bajara la fiebre, que cerrara los ojos y que su respiración se volviera algo más tranquila.

A las nueve menos cuarto dejé a Mateíto en el colegio, ya restablecido de su fémur roto y yo más liberada de mis tareas domésticas.

A las nueve le pedí a mi tía que ese día me permitiera quedarme en la piscina por la mañana leyendo. Subiría luego a casa y haría el almuerzo, le prometí.

A las nueve y media comenzaron a aparecer clientes dispuestos a darse las primeras zambullidas para hacer frente a un día de canícula ardiente.

Y a las diez llegó la primera de las sorpresas.

18

Se sentó en una silla de mimbre frente a una mesa con una cubitera para champán, una bandeja con tres ostras y un cenicero que empezaba a llenarse de colillas, a pesar de los esfuerzos de los camareros por limpiarlo una y otra vez. Y era solo la hora del desayuno.

Reconocí a la baronesa de Dinamarca, más escuálida que en mayo y esta vez con un pañuelo en lugar de turbante que solo le cubría la cabeza, no el cuello. No la había vuelto a ver desde San Isidro, aunque algo se me agitaba en el corazón cuando pensaba en ella y en las cosas que me dijo.

Esa vez volvió a clavarme unos ojos grandes como ventanas y pintados con kohl cuando pasé por su lado y saludé con tanta educación como me permitía la preocupación por mi amiga, pero también con la emoción que sentía al encontrarme de nuevo con ella.

Sin embargo, las ventanas de sus ojos vieron algo en las de los míos que no vieron el día que me conoció. Me llamó:

—Pequeña, ven, quiero verte desde tiempo.

Me acerqué con lentitud y mucha cautela.

—Señora baronesa excelentísima, a sus pies…

Hice un amago de reverencia y ella se echó a reír.

—Quita, quita, pequeña, no hagas tú cosas esas, ven, sienta a mi lado, ¿sí?, y llámame solo Tania. Anda, ven y sienta. Yo paso verano fuera, en Marbella, con condes, *you know?* Por eso no te veo antes.

—Qué bien, señora, creo que Marbella es un sitio precioso, nunca he estado.

—Hoy sola yo aquí, espero periodista. ¿*ABC*…? ¿Se dice así? *Interview*. Y yo digo aquí, no otro sitio. Quiero sol. Mañana, lluvia a Dinamarca. Y te veo a ti. Yo quiero que hablamos antes de que periodista viene, ¿sí?, tú eres la chica lista.

—Muchas gracias, señora…

Volvió a mirarme con la intensidad de sus ojos infinitos cuando contesté parca y con la vista baja. Algo le extrañó en mí.

—Dime, niña, pasa algo, ¿sí?

—No, a mí no me pasa nada. Es una amiga, que anda un poco pocha…, enferma, quiero decir, y yo iba a ver si necesitaba algo.

Seguía escrutándome hasta los intestinos.

—La amiga sufre, ¿sí?

—Mucho…

—¿Puedes decir algo de parte mía?

—Será un honor, señora baronesa.

—Dile que la cura no es agua dulce. Para todo, agua salada. Siempre.

—¿Perdón? No entiendo…

—Lágrimas, sudor o mar. No agua de piscina. Agua salada, lágrimas, sudor, mar… Agua salada. Cura todo. Tu amiga llora, ¿sí?

—Todo el rato.

—¿Y vosotras?

—Casi más que ella.

—Eso es agua salada. Tu amiga cura.

—¿De verdad, baronesa…?

—Prometo, niña, prometo. ¿Y sabes por qué lágrimas curan? Porque amigas lloráis también. Una amiga es más importante que amor. Di a ella, pequeña, di, ¿sí?

◆ ◆ ◆ ◆

A las diez y veinticinco y para poner fin a mi conversación con Tania Blixen, llegó el periodista de *ABC* que estaba esperando.

Y a los dos minutos, un mes después de haberse ido a la boda de su hermana, asomó Roberto.

Traía del brazo a una mujer rubia, diminuta y muy callada, con una cola de caballo que se mecía a la brisa de verano. No creo que fuera mucho mayor que yo. Tenía ojos de mirar lo que la rodeaba con recelo y desconfianza, porque, para algunas, así es como se mira el mundo

cuando se empieza a vivir, y con esa mirada se van también de él cuando toca cerrar los ojos para siempre. Y uno de esos ojos, con un ligerísimo cerco violáceo que ya estaba empezando a amarillear.

—Don Jesús, hombre, cuánto me alegro de verle… —El socorrista hizo aspavientos exagerados al abrazar a su superior y después, para neutralizar la reprimenda que le esperaba, soltó el gran anuncio—. Es que al final el que se ha casado soy yo, con mi novia de toda la vida, y no me ha dado tiempo de avisarle. Ya sabe, de penalti… —Le dio un codazo de complicidad—. Venga usted, que le he guardado un purito de mi boda y así le presento a mi señora. Mira, Marisa, este es el mejor jefe del mundo, don Jesús, del que te he hablado tanto.

El encargado y la chica se saludaron lacónicos, sin compartir la emoción de quien les unía. Jesús se volvió enseguida hacia Roberto para decirle con sequedad:

—Enhorabuena. Pero ahora deja a Marisa un rato aquí tranquila y ponte a trabajar enseguida, así puedo decirle a Mario que se tome su hora de descanso. Ya hablaremos tú y yo luego.

—A sus órdenes siempre, don Jesús. Y tú, chata, túmbate en una de estas, que yo termino en un rato.

Roberto dejó a la mujer diminuta en una hamaca, que la convirtió en más pequeña todavía; la besó rozándole apenas los labios e hizo lo que le decía Jesús: se cambió y se convirtió en gacela de piscina, con el torso al aire.

Los clientes lo miraron; era un espectáculo que llevaban un mes esperando.

Pero hubo algo que rompió el hechizo y desconectó a todos los ojos del cuerpo de la gacela. Ni el propio Roberto supo al principio por qué las miradas dirigidas a él de repente se desviaron a la derecha, hacia los veinticuatro escalones que comunicaban el restaurante con el área de la piscina.

Pero lo comprendió enseguida. Por esas escaleras descendía muy despacio ella: Ava en persona, la Eiva de belleza feroz y melena alborotada que en mayo se sentaba a la misma mesa que la baronesa. Una diosa bajando del cielo con una gran pamela roja y en sandalias con tacón de aguja, sonriente, sin mirar ni un segundo al suelo con sus

ojos de gata, sin siquiera sujetarse a la barandilla porque llevaba un libro en una mano y un cigarrillo en la otra como quien sostiene el mundo entre los dedos.

Y más todavía. Sobre su cuerpo perfecto, la provocación hecha carne: no llevaba traje de baño, como todas las demás, sino nada más que un calzón y un corsé. Alguna vez había escuchado yo de refilón a un par de clientes con una copa de más hablar de algo que se llamaba bikini, un invento francés y del demonio, un traje de dos piezas que convertía a las mujeres en sirenas.

Así iba vestida Ava al flotar con sus tacones sobre cada uno de los veinticuatro escalones: en traje de sirena con fondo blanco, lunares negros y un gran lazo rojo a la altura del corazón, que solo tapaba lo que todos los hombres querían adivinar.

Hasta Roberto se extasió ante el espectáculo, rendido a un cuerpo más perfecto que el suyo. Su rostro se encendió, los ojos le llamearon, incluso creímos distinguir que algo se le abultaba debajo del bañador.

Yo los vi a los dos sentada todavía junto a Tania mientras el periodista la saludaba: a Ava cuando bajaba y a Roberto cuando se la comía con los ojos.

Lo mismo que Amparo, que en ese momento traía otra bandeja de ostras.

Nos miramos las dos y no conseguimos aplacarle la una a la otra el volcán de ira que se nos acababa de abrir por dentro.

19

A las once llegó mi tío, pulcro y elegante como cada mañana. Le acompañaba Joaquín, el joven de las anillas del gimnasio.

Mientras caminaban por los jardines, algunos clientes se acercaban a felicitar al campeón, recién regresado de los Juegos Olímpicos de Helsinki primero y de Barcelona después. Nada menos que en el puesto cincuenta y seis de doscientos doce había quedado el muchacho en Finlandia. Una gloria nacional.

—¡Enhorabuena, chaval!

—¡Qué orgullo, muy bien hecho!

—Y qué pena si te hubieras quedado en Alemania…

Eso se lo dijo alguien en voz baja y mi tío le preguntó:

—¿Qué ha querido decir ese, Joaquín?

—Nada, Mateo, que me he pasado un poquito de la raya, parece ser.

—¿Y eso?

—Pues, mira, ¿tú ves normal que a los gimnastas españoles nos manden al extranjero en tercera clase de trenes que se caen a pedazos? Cuando llegamos al sitio de la competición, lo único que queremos es descansar en una cama, no ir a un pabellón a partirnos los músculos para representar a este país, que…

—Tienes razón, chico, pero mucha. —Mi tío lo pensó un poco y después pronunció una de las frases de las que más llegaría a acordarse el resto de su vida—: Desde luego, qué menos que os manden en avión…

—Pues eso he dicho yo. Pero me han amenazado con suspenderme.

—¿Suspenderte? ¿A ti?

—Sí, por hablar mal de… ya sabes quién. Me han dicho que no puedo oponerme a ninguna decisión de la Delegación Nacional de Deportes ni de la Federación Española de Gimnasia.

—¿Oponerte a ya sabemos quién es solo pedir viajar en avión? ¿Eso

es hacer política? ¡Qué país de…!

Noté que una palabra se le quedaba atascada dentro a Mateo, más por prudencia que por urbanidad.

—Ya ves. A veces me dan ganas de pedir el pasaporte alemán. Tú sabes que podría, por mi padre, pero no sé… Es que también quiero defender los colores de España.

—Y nosotros te lo agradecemos, muchacho, no sabes cuánto, aunque no sé si te merecemos. ¡Pero qué país de…!

◆◆◆◆

A las once y media, un cliente nuevo y extraño interrumpió la conversación de Joaquín Blume y mi tío Mateo.

Era extraño porque estaba en una piscina vestido entero, de arriba abajo, incluso con pajarita y sombrero. Olía a sudor, lo noté desde lejos. Lógico con el calor que hacía. Además, en la Stella el sol brillaba más y más fuerte que en el resto de Madrid.

—Busco al director de este sitio.

—Soy yo, Mateo Santiago. ¿Qué desea usted?

Se apartaron un poco y no oí la respuesta de aquel hombre, pero sí vi que le enseñaba algo que llevaba en el bolsillo. Mateo retrocedió unos pasos.

Traté de acercarme un poco más para no perderme lo que sucedía cuando comprobé que a mi tío la cara se le avinagraba.

Habló educado pero tenso con el desconocido.

—Pues no, no lo he visto. Aquí, desde luego, ya no está.

—Pero ha trabajado en este sitio durante las obras. Creo que las terminaron hace unos meses.

—Usted lo ha dicho, hace unos meses. Por aquí ya no tenemos albañiles ni obreros, como puede ver. Y todo nuestro personal ha sido escogido con el máximo rigor, respondo por ellos, uno a uno, así que, si no le importa, señor inspector, tengo mucho trabajo y…

—¿Me avisará si lo ve?

—No dude de que cumpliré con mis obligaciones de buen ciudadano, pero ahora debo rogarle que se vaya. Jesús, por favor,

acompaña a este señor a la salida. Y cierra bien la puerta detrás de él, si no te importa, que dicen que hoy habrá vientos fuertes y no quiero que se nos rompan otra vez las bisagras.

◆◆◆◆

A las doce menos cinco, una vez que, por suerte, el extraño que olía a sudor acabó de salir por la puerta que quedó bien cerrada a su espalda, todo parecía tranquilo.

A mi tío, sin embargo, se le veía preocupado. Me llamó.

—Sara, cielo, quédate aquí arriba un rato, anda, y avísame si el tipo ese con el que acabo de hablar vuelve.

—Pero, tío, es que tengo que…

—Nada, Sara, ya hablo yo con tu tía y le digo que no cuente contigo hoy. Tienes que hacerlo, hija, es importante. Vigila bien y me llamas si lo ves.

Sin darme más opción a réplica, se dio la vuelta y me dejó allí, dividida entre el ansia de correr al lado de Julia y la obligación de obedecerle. El dilema, por supuesto, se saldó a favor de lo segundo.

Miré alrededor.

Ava leía su libro en una hamaca, ajena a las miradas que aún continuaban comiéndosela entera, y la joven de la cola de caballo y esposa de Roberto seguía tumbada, tomando el sol con los ojos cerrados.

Solo los entreabrió cuando él le dijo:

—¿Qué? ¿Preparada para la función, chata? Verás las cosas que hago, te vas a quedar de piedra.

Ella no contestó.

Dieron las doce, la hora del circo. El de los animales bellos iba a comenzar. Y lo abría, cómo no, el rey de la selva.

Amparo acababa de servir una nueva bandeja de ostras en la mesa de Tania, que seguía hablando con el periodista. Y allí estábamos las dos juntas, aunque estuviéramos deseando correr al sótano al lado de nuestra amiga moribunda, cuando vimos cómo Roberto se subía a la tabla del trampolín más alto y cómo le asomaba en la cerviz una

cresta de grulla vanidosa.

Pero, al mismo tiempo que lo veíamos a él, no podíamos dejar de ver a Julia. Veíamos a la niña que murió desangrada en un convento y después resucitó sobre un colchón de borra en un sótano a seis metros por debajo de donde estaba Roberto en ese instante, gracias a los cuidados y a los abrazos de sus amigas.

Vimos al pedante levantar los brazos, enseñar sus axilas peludas y estirarse hasta parecer un tirachinas. Pero también vimos a Julia dormida, con un pañal hecho de siete trapos de cocina para retener los desperdicios del hijo de Roberto que aún llevaba dentro de ella.

A él lo vimos inclinarse hacia la superficie del agua y zambullirse en su interior, cuchillo y mantequilla, pájaro y viento. El salto perfecto.

Y yo, por unos segundos, dejé de ver a Julia y todo a mi alrededor se volvió rojo. Una ola se me levantó en el pecho. Me volví mala, casi tanto como él. Tan mala que recé para que no asomaran del agua sus rizos negros.

Pedí a un Dios en el que estaba dejando de creer que ese saco de fatuidad se hubiera quedado hundido en el fondo, con la cabeza reventada contra el cemento de la Stella. O que hubiera dejado de respirar a medio camino del suelo y que hubiera tragado tanta agua que ya no le cupiera oxígeno en los pulmones.

Deseé con todas mis fuerzas que aquel monstruo se matara en su salto de Ícaro.

Pero no tuve suerte.

Roberto emergió sonriendo, como siempre hacía después de cada pirueta, y saludando al respetable, que había comenzado a aplaudir antes de verlo reaparecer.

En cuanto lo hizo, no miró a su mujer, sino a Ava, deseoso de comprobar el efecto que el despliegue de sus únicas habilidades había causado en ella, la gran estrella del celuloide y también de la Stella.

Error. Ava solo había levantado sus ojos de mujer libre del libro que leía para sorber despacio su Dog's Face, un cóctel a base de pipermín, chinchón y coñac que, según me habían contado, ella misma les había enseñado a preparar a los camareros de la Stella: «*No shaking, boys*, ya se agita todo *enough* en el estómago».

Las dosis exactas de su cóctel merecían mucha más atención que Roberto. No lo miró ni una sola vez.

Yo, en cambio, no quitaba los míos de su persona. Le había deseado la muerte. Era la primera vez que sentía algo así: un odio que se me enredaba en las tripas hasta el punto de querer que alguien se muriera.

Qué culpable me sentí y, al mismo tiempo, qué poco me arrepentí.

Solo me consoló que, al darme la vuelta, vi que no era la única. Amparo y la chica diminuta con el ojo violáceo habían tenido un sentimiento idéntico al mío.

20

A las doce y cuarto, por fin apareció ella, una figura de porcelana.

Saludó con besos y abrazos a Tania y a Ava, y después se acomodó en posición tendida y perfecta sobre una hamaca algo separada de sus amigas.

Tenía el cuello aún más erguido que la vez anterior y vestía un traje de baño a media pierna de un maravilloso color rosa con gorro a juego de la misma tonalidad. Hasta las uñas llevaba pintadas así. El gorro me impidió distinguirla a la primera porque me faltaba la corona de pelo cardado con la que la vi el primer día. Pero pronto supe que en aquella tumbona estaba de nuevo nada más y nada menos que la condesa de Romanilla en persona.

No había vuelto a verla desde San Isidro. Le envié una carta muy florida expresándole mi más afectuosa y enardecida gratitud por los dos tomos de *Los tres mosqueteros* y ella me respondió con otra, mucho más escueta, en la que me informaba de que iba a pasar lo que quedaba de primavera y parte del verano en su casa de Marbella y que esperaba verme a su regreso.

Aquel 15 de agosto, tres meses después, estaba cumpliendo su deseo. Y creo que el mío también.

Porque yo, mientras tanto, había investigado por mi cuenta, fascinada como estaba por su garbo y su prestancia. Así, gracias a conversaciones escuchadas a escondidas en la Stella y leyendo mucho el ¡*Hola*!, averigüé varias cosas.

La primera, que Adele Gifford era una modelo de alta costura de Estados Unidos que había llegado a España en compañía de un tal Edmundo Lassalle, representante de Walt Disney. Lassalle la había introducido en la más alta sociedad de este país, en la que muy pronto consiguió crear un círculo muy personal del que ella era el centro, pero también el diámetro, la circunferencia y todos los radios posibles.

Su influencia era como los rayos del sol: omnipresente y deslumbrante.

Estaba claro que la dama aspiraba a un matrimonio de alta cuna, con el señorío asomándole por cada poro, aunque proviniera de la sociedad más burguesa del mundo que era la americana, de modo que su boda con Carlos de Arbeloa, conde de Romanilla, no resultó una sorpresa para nadie, como no lo habría sido si se hubiera casado con cualquiera que enarbolara un título de abolengo. En aquel momento ya le había dado dos herederos de estirpe y fortuna a la nobleza española, Alberto y Carlos.

Y esa reina de reinas, admirada y envidiada por todos, me había regalado dos libros. A mí, a una chica normal y corriente de Palencia. Más aún: estaba allí, en la Stella, y me hacía una seña discreta con la mano.

Me acerqué.

—Señora condesa, bienvenida sea usted. Mire que tenía yo ganas de volver a verla para darle las gracias otra vez por…

Se echó a reír.

—Tranquila, Milady, ya me las diste en su momento. Los cumplidos se han terminado, ahora somos amigas, así que puedes llamarme Adele. Ven, siéntate aquí conmigo.

Hablaba un español impecable, aunque con acento extranjero. Encogió las piernas en su hamaca y dejó sitio para que me acomodara yo.

—¿Te gustaron los libros?

—Son divinos, condesa, pero divinos. Los he leído ya tres veces.

—¡Tres! Qué barbaridad, sí que eres una buena lectora. Y dime, ¿sigues queriendo parecerte a Milady de Winter?

—Mucho más que cuando vi la película. Hay que ver, la pobrecita, si la ahorcaron y todo… Como para no volverse mala después.

—Sí, visto así, tienes toda la razón. ¿Qué opinas del trabajo que escogió?

—¿El de espía dice usted…?

—Sí, claro.

—Ya, las cosas que le encargaba Richelieu y eso… Hombre, muy

buenas no eran, no, pero las hacía obligada por la rabia que sentía. Y hay que reconocer que la reina aquella, Ana de Austria, y Buckingham no eran precisamente dos santos.

—Hablas del robo de los herretes, ¿verdad?

—Sí, sí, de eso hablo.

—¿A ti te parece que los robó por un bien superior? ¿Es eso lo que quieres decir?

—Bueno, muy superior no sé si era, pero la verdad es que la reina mintió cuando dijo que no se había separado de ellos, porque fue ella quien se los dio al duque inglés.

Yo me emocionaba al hablar de mi libro favorito, me iba subiendo la temperatura de la voz por momentos. Pero Adele guardó silencio, sonrió y me miró de forma extraña. Eso me hizo detenerme en seco.

—Perdón, seguro que he dicho una tontería. Discúlpeme usted, señora condesa, si es que a veces me embalo y no sé ni lo que digo.

—Tú eres muy observadora, ¿verdad?

No me esperaba ese cambio de tercio.

—¿Yo? Sí, no… no sé, supongo.

—Yo sí que lo sé y te lo voy a demostrar. A ver, ahora que estás de espaldas a la piscina, ¿podrías decirme el color del bañador de la señora que está sentada enfrente, justo al otro lado? No, no, sin volverte a mirarla.

—Pues claro, es un bañador rojo con hojas grandes de color verde, que yo no sé a ella, pero a mí no me gusta nada, los ramajos lo hacen un poco vulgar, y encima no le combina nada con las chanclas, de color amarillo, que sí, que querrá parecer una banderita, pero a mí…

La condesa soltó una carcajada.

—Vale, vale, para ya. ¿Ves? A eso me refería, a que te fijas en todo y, además, no solo lo describes, sino que también tienes una opinión. Me gustas.

Creo que me sonrojé.

—Pues muchas gracias, señora condesa Adele. —Me vi obligada a corresponder—: Usted a mí también.

—No, mentir no se te da tan bien. Eso tendríamos que arreglarlo.

—¿Tendrían? ¿Quiénes?

—A ver, ¿cuántos años tienes?

—Quince.

—¿Solo quince? ¿En serio? —Vi una decepción profunda en su cara —. Pareces mayor… ¿En España dejan que las niñas de quince años vayan a bailes como los de la Stella?

—¿Lo dice por lo de San Isidro? No, no, qué va. Fui yo, que me escapé sin que nadie se enterase y me colé en la fiesta. Ya les pedí perdón entonces, fui una tonta…

—No te disculpes, no hace falta. No te lo decía por eso. Lo decía porque… —parecía muy contrariada—. ¿Has dicho que tienes quince años, solo quince?

—Sí, pero cumpliré dieciséis en ocho meses.

—Pues lo lamento, Milady, pero no me vales.

—¿Que yo no…? Ay, perdone, lo siento… —No sabía de qué me estaba disculpando, pero sentí que debía hacerlo.

—No, la que lo siente soy yo. Mucho. Y también haberte hecho perder el tiempo.

No entendía nada. ¿Que no le valía? ¿En serio? ¿Me quería, me enviaba libros, me adulaba y me halagaba, y después, sin ton ni son, me rechazaba como si no sirviera para nada solo porque era joven?

Ella vio mi confusión y luego mi enfado.

—Mira, quizá pueda explicártelo dentro de unos años. Pero, por ahora, te voy a hacer un regalo.

—No se moleste, señora, si yo no necesito regalos.

—Ya lo sé. Lo que te quiero regalar es un secreto. Cuéntaselo a tu tío y te estará agradecido por toda la eternidad.

—Pues usted dirá.

—Ya sabes que, desde que España apoya a mi país, Estados Unidos, en lo de la guerra de Corea, y después de que hayan pasado un par de cosas más que no tengo tiempo de explicarte, ahora Franco ya no está tan a malas con nosotros. En un mes y pico tendremos elecciones y, si sale elegido Eisenhower, que es lo más probable, el año que viene podría haber varias bases militares norteamericanas en suelo español.

No veía yo muy claro todo aquello. ¿Qué le podía parecer tan interesante a mi tío de lo que me estaba contando?

—¿Sabes dónde estará, casi con toda seguridad, una de esas bases? En un pueblecito de aquí al lado, Torrejón de Ardoz.

Seguía yo sin verlo nítido.

—Cuando miles de mis compatriotas vengan a Torrejón, comprarán o alquilarán casas en Madrid.

Nada, que no le encontraba el interés.

—¿Y dónde crees que esos miles de americanos jóvenes, sanos y en la plenitud de la vida saldrán a divertirse por las noches o a darse chapuzones durante el día…?

Ahora, sí. Por fin lo comprendí.

—¿No querías vivir una aventura de espía? Pues esto que te digo es información confidencial y te la doy para que se la cuentes a tu tío y al dueño de esto. Seguro que lo entenderán a la primera, confío en que no tarden tanto como tú para que puedan adelantarse a la competencia haciendo algunos cambios aquí.

Acto seguido, dio por concluida la conversación con el donaire con el que solo una grande de España sabe decirle a otra persona que ya ha perdido todo interés para ella.

—¿Puedo preguntarle algo, señora condesa?

—Tú puedes preguntar, pero yo no sé si podré contestarte.

—Solo quiero que me diga una cosa: ¿usted cómo sabe todo eso que me ha contado?

La condesa rio.

—Tengo mis métodos. No pensarás que tú eres la única Milady del mundo…

Me tendió una mano lánguida e hizo ademán de querer estirar las piernas. Para eso, yo debía desalojar mi lado de la tumbona.

—Ha sido un placer charlar contigo, joven De la Fuente. Espero que tengamos la oportunidad de hacerlo más a fondo en unos cuantos años. Y ahora, si no te importa…

Entendí. Tenía que irme lo más lejos posible de una condesa a la que, según sus palabras, yo no le valía.

21

A las dos en punto ya me había olvidado de la conversación con Adele, Tania Blixen seguía hablando con el periodista y yo volvía a soñar con correr junto a Julia en cuanto mi tío apareciera y me relevara de mis labores de vigilancia, ahora que era la hora de mayor afluencia y Amparo debía dedicarse a su trabajo en la cocina.

Mi tía me había dicho que Mateo había quedado para comer en Ese Sitio con su antiguo jefe, Luis Gutiérrez Soto; al parecer, quería pedirle ayuda con algunos proyectos.

A las dos y cinco me acerqué a la mesa de mi tío y saludé a don Luis, que miraba alrededor con el mismo orgullo con el que Mateo contemplaba las buenas notas de su hijo al volver del colegio. Era su obra y se sentía satisfecho.

—¡Qué gusto volver a verte, querida Sara! ¿Y qué, cómo has pasado el verano en Madrid? ¿Te ronda algún chico de los que vienen por aquí? Mira que son todos muy guapos.

Pensé en Julia y me entró un escalofrío.

—Pero qué cosas dice, don Luis, si es una cría todavía —terció Mateo—. Además, me parece que quiere estudiar.

—Ah, eso es mucho mejor que echarse novio. ¿Y qué te gustaría estudiar? ¿Corte y confección, tal vez?

Mi tío sonrió:

—Creo que aspira a algo más. Por el momento, en septiembre seguirá con el bachillerato.

Me puse muy derecha y respondí muy seria:

—Es que yo quiero estudiar cosas que estén en los libros. Quiero leer mucho y aprender de ellos, porque después voy a escribir uno.

Don Luis y mi tío rieron al mismo tiempo. Otra vez alguien se reía de las cosas que decía. Era mi sino.

—Así me gusta, una mujer escritora, que buena falta nos hace ahora

una que diga verdades. Una Emilia Pardo Bazán, por ejemplo.

—O una baronesa Blixen, que está ahí, haciendo una entrevista para *ABC*. —No podía dejar de pensar en la mujer que, con solo tres o cuatro frases, había empezado a abrirme los ojos al futuro.

—Ah, ya sé quién es. Pero no hagas como ella —don Luis bajó un poco la voz—, que toda la vida ha tenido que firmar lo que escribe con nombre de hombre para que la tomen en serio. Isak Dinesen, creo.

Aquello no lo sabía y me horrorizó. El mundo tal vez algún día me robase mi sustancia, como a la mujer del pañuelo, pero me prometí que yo, como ella, terminaría comiendo ostras con champán y riéndome de los que se rieron de mí. En ese momento, Tania Blixen me pareció todavía más admirable.

Estaba a punto de decirles a don Luis y a mi tío que yo, en el fondo, lo que quería era ser una persona que dijera cosas sublimes y supiera dar consejos sabios si una amiga se desangraba, como hizo Tania conmigo, cuando alguien se me adelantó.

Era el chico con la cara llena de granos al que asusté en el sótano. Para mi sorpresa mayúscula, parecía conocer a don Luis y a Mateo.

Se quitó la misma gorra de espiga, la estrujó nervioso entre las manos y trató de hablar:

—Buenas tardes, señores, disculpen que les moleste…

Fue mi tío quien esta vez se levantó como empujado por un resorte y de un salto tan brusco que casi tira la mesa. Agarró al muchacho fuerte por un codo, miró hacia todas partes en busca de algo o alguien que por suerte no encontró, y le dijo muy bajito:

—Pero ¿qué haces aquí, desgraciado? ¿No sabes que te están buscando?

—Sí que lo sé, don Mateo, por eso he venido, por si pueden ustedes ayudarme, es que no tengo dónde ir…

—Pues te has equivocado apareciendo. Justo hace un rato preguntaron por ti.

—¿Por mí? ¿Y quién era…? —El chico temblaba.

Mateo no tuvo tiempo de contestar.

Enfrente de mí y a espaldas de los tres hombres, apareció aquel hombre, el de la pajarita y el sombrero. Lo olí antes de verlo. ¿Dónde

estaba? ¿Por qué no lo había visto yo llegar, con lo atenta que estuve? Puede que no se hubiera ido nunca de la Stella. O que hubiera salido de las sombras, que era donde debía vivir.

En cualquier caso, me percaté de su presencia demasiado tarde y supe que había fracasado en la labor de espionaje que me había encargado mi tío. Era la peor Milady de Winter del mundo.

Habló con voz de trueno:

—Renato Expósito Expósito, queda usted detenido por posesión de material subversivo e incitación a la rebelión general continuada.

El arquitecto Gutiérrez Soto se interpuso entre el hombre y Renato.

—A ver, un momento, un momento, que este chico ha sido nuestro capataz en la obra de la piscina y tanto mi colega, el señor Santiago, como yo sabemos que no ha hecho nada. Yo creo que se están confundiendo. Lo primero, preséntese, que yo sé muy bien quién es él, pero aquí nadie sabe quién es usted.

Aquello intimidó un poco al desconocido, que sí era consciente de con quién estaba hablando. Se quitó el sombrero y contestó:

—Soy el inspector José Antonio Melgar, señor Gutiérrez Soto, es un honor conocerle, pero permítame decirle que yo solo estoy cumpliendo con mi deber. Se lo explico, que usted lo va a entender enseguida. Este chico es un cerdo comunista, perdone mi lenguaje, que anda comiéndole la oreja a otros obreros como él para que se junten en no sé qué comisiones, y les ha dicho a los del metal y la construcción que hagan lo que hacen los vagos, cruzarse de brazos e ir a una cosa que llaman huelga. Huelga, señor Gutiérrez, huelga, que es lo más antipatriota que hay, porque este país necesita manos que lo levanten, no que lo metan en la mierda esa de la lucha obrera, que qué puta falta hará en España, otra vez mil perdones por mi vocabulario, si aquí todo el mundo trabaja y debería estar agradecido…

—Está bien, inspector, ya me queda claro lo que tienen contra él. Pero sin pruebas no pueden detenerlo, lo suyo es que…

El policía se envalentonó, levantó la frente por la que ya comenzaban a caer gotitas y poco a poco dejó de sonar servil:

—Lo suyo es detenerlo, señor arquitecto, para que cese de

inmediato en esos planes descabellados de destruir España.

—Pero ¿qué planes, hombre, qué planes, si es un crío?

—Sí, un crío, ya…, como esa fulana de la tumbona con el libro, que muy cría no será, pero un poco guarra sí, ahí, medio desnuda. Ahora que, si usted y el señor Santiago aquí presente me ponen pegas, no tengo ningún inconveniente en llamar a alguien de la DGS, que ellos saben mucho de prendas indecorosas y me parece a mí que las que lleva esa muy decentes no son… ¿Sigo?

—Usted no puede llevarse a Renato. Voy a llamar ahora mismo a…

—Llame, llame usted. Ya sé que está muy bien relacionado, señor Gutiérrez Soto, no hace falta que me lo recuerde, pero déjeme decirle que también lo estoy yo. Más aún: otros, en su mismo caso de usted, me llaman a mí porque yo soy la relación de muchos.

Hizo un gesto a un hombre más joven que se había quedado en la retaguardia, invisible como él unos minutos antes, a pesar de que iba tan vestido como su jefe, solo que con corbata torcida, y olía aún peor que él.

A la señal del primero, el otro llegó raudo, le puso a Renato las manos hacia atrás y le colocó unas esposas.

Vi lágrimas abriéndose paso como podían entre los granos del rostro del chico.

Entonces me arrepentí de haberlo asustado haciéndome pasar por un fantasma y entendí todos los porqués: por qué se sobresaltó al verme en el sótano, por qué se habría sobresaltado al ver a cualquiera que le hubiera sorprendido leyendo un libro a escondidas, por qué dijo que aquel sitio era suyo, por qué se jactó de que lo había construido él y por qué tenía tanto miedo.

Al pasar por mi lado con las muñecas esposadas a la espalda, sin que nadie me viera, le rocé la mano con un dedo y sentí una corriente eléctrica.

◆ ◆ ◆ ◆

A las tres menos cuarto, la piscina estaba ya casi vacía. Muchos clientes recogieron sus cosas y se fueron en cuanto vieron lo sucedido

con Renato.

Había cundido algo que hasta entonces no se conocía en la Stella: pánico. ¿La Brigada Político-Social en aquel lugar? No, por Dios, no. Y menos aún los vigilantes de la moral de la DGS, los que velaban por que a las mujeres no se les viera ni un centímetro de pecho ni de espalda cuando tomaban el sol bajo amenaza de multas astronómicas y, lo que era peor, de ignominia colectiva.

También se fue la condesa de Romanilla, aunque le costó mucho convencer a la baronesa Blixen y a la actriz Ava Gardner de que la acompañaran porque era lo mejor para ellas, que en realidad los agentes del orden que habían detenido a ese joven y habían amenazado en voz alta a las bañistas no hacían más que servir al gran hombre que había salvado a España del desastre y que, si el precio que el gran hombre exigía a las mujeres para que la nación saliera a flote era un poco de decoro…, se pagaba en público y se esquivaba en privado; ya les enseñaría ella cómo hacerlo.

—Tío, ¿qué va a ser ahora de ese chico, Renato?

—No te preocupes, Sara, cielo. Ya se está ocupando don Luis. Me da mucha pena ese chaval, lo dejaron en la inclusa de O'Donnell en la Nochebuena de 1933, fíjate qué triste.

—¿Es huérfano?

—Llamándose Expósito Expósito…

—Pobre.

—Sí, pobre crío. Pero no te preocupes. Don Luis hará unas cuantas llamadas y lo ayudará; hay mucha gente que le debe favores y este país funciona así, con la libreta del deber y el haber siempre abierta. A mí ahora lo que me preocupa es la piscina.

—Ya verá como mañana vuelven todos, tío.

—No estoy tan seguro. Si se corre la voz de que la Social nos tiene echado el ojo, ya nadie va a querer venir a la Stella. Este sitio le gusta tanto a todo el mundo porque aquí esas cosas no pasan, aquí la gente no tiene miedo… —Mi tío parecía realmente desolado.

Eran las tres y cuarto. Yo miré alrededor y comprobé preocupada que Mateo tenía razón, que la piscina estaba medio vacía. Era verdad que lo sucedido iba a ahuyentar a una buena parte de los clientes.

Pero también vi que aún quedaban unas cuantas valientes inmóviles en sus hamacas. Quizá porque llevaban bañadores recatados, dentro de los límites de la moral, y por tanto no tenían nada que temer, o quizá porque Roberto las abrasaba con solo mirarlas y, ahora que había vuelto de esas vacaciones tan largas, no iban a perderse la fiesta de ver su cuerpo moreno.

Así que, a las tres y media, se me ocurrió una idea. Una maldita idea.

—Tío, ¿y si le pide usted al idiota de Roberto que haga la cosa esa que hace y que le gusta a todo el mundo? No sé qué pinta en la cocina, ahí, tan relajado, cuando debería estar trabajando.

—¿Dices el salto del trampolín? Si es que estará comiendo, porque no le toca hasta las seis…

—Pues adelántelo, tío, que ahora es el momento de que los que quedan no se vayan. Que venga y que los distraiga a todos.

Y que le dé un corte de digestión. Y que vomite hasta el desayuno. Y que se lo haga todo encima y lo vean las señoras de alto copete que se mueren por sus huesos porque creen que son huesos de adonis.

Todo eso lo pensé, pero no lo dije.

Mi tío meditó un poco y, para mi asombro, me hizo caso.

—Tienes razón, Sarita. Jesús, dile a Roberto que baje ahora mismo y que se suba al trampolín, a ver si así esto se desengrasa un poco y conseguimos que las clientas que aún no se han ido se olviden del bochorno tan lamentable del tipo ese deteniendo al pobre Renato.

Jesús dudó, pero obedeció, aunque volvió con malas noticias.

—No sé yo si es conveniente lo de Roberto, don Mateo, lo veo un poco…, no sé cómo decirlo.

—¿Piripi…? —mi tío lo conocía.

—Borracho perdido, en realidad.

Mateo dudó, pero yo lo espoleé:

—Como si fuera la primera vez. Si ese ya desayuna carajillos migados, tío. Anda que no está acostumbrado a saltar así. Si quiere, subo yo a la cocina y lo mando para abajo.

—Sí, hija, te lo agradezco… —dijo al fin—. Es verdad, está en horas de trabajo. Me cago en todos sus muertos, ese Roberto me tiene harto,

si no fuera por la clientela que nos trae lo echaba ahora mismo. Que se suba al trampolín y que haga su numerito, a ver si con el chapuzón se le pasa la cogorza.

◆◆◆◆

—Roberto, que dice mi tío que bajes, que tienes que saltar. Arreando, chaval.

Amparo me miró asustada.

—¿Estás segura, Sara?

No, no lo estaba.

—Si es que mira cómo va…

Mi amiga insistía, pero no pudo detenerme porque yo ya le estaba empujando sin miramientos hasta la puerta.

Tampoco estaba segura cuando salimos con él a la terraza, ni cuando llegó al primero de los veinticuatro escalones, dejando atrás un vaho a canela, nuez moscada, pimienta y licor que me resultaba muy familiar.

Ni tampoco cuando dejamos que los bajara él solo haciendo el ridículo, sin mover un dedo por impedírselo.

Y entonces dieron las cuatro menos veinticinco.

Aún lo veo sobre la tabla a varios metros del agua y oscilar, columpiarse, ondear como una bandera, titilar como la llama de una vela y cimbrearse como un muñeco de goma.

Aún siento el eco de su cabeza golpeando contra el cemento.

Aún veo la tinta de su sangre extendiéndose por el agua limpia y pura.

Aún oigo el silencio atronador que siguió a su caída, antes de que se desataran los gritos, las carreras, el pánico; antes de que las mujeres llorasen y los hombres también, aunque trataran de disimularlo; antes de que mi tío diera órdenes desbocadas a botones y camareros, y don Manuel saliera de su casa con las manos en la cabeza.

Aún me retumba el tambor del corazón como lo hizo poco más de tres horas antes, durante su primer salto, cuando deseé con cada latido que el cráneo de Roberto se estrellara contra el fondo de la piscina y

se despedazara en él.

Y, por encima de todas las sensaciones que conservo de aquel día, aún oigo al lucifer que en mi cerebro me azuzó para aconsejar a mi tío que colocase a Roberto de nuevo en el trampolín, de tal forma que, esta vez sí, se hicieran realidad mis fantasías y consiguiera al fin asesinarlo.

22

Hasta ahí, los recuerdos que han sobrevivido hasta hoy.

Todo lo que vino después se me nubla en la memoria. Se me confunde y luego, cuando estoy a punto de perfilar alguna imagen coherente, se me disipa.

Me acuerdo de que la Stella se vio obligada a cerrar durante una semana, eso sí que lo recrea mi cabeza con nitidez.

No solo por las indagaciones de la policía. Después de interrogar a las decenas de testigos que vieron con claridad el estado de embriaguez en el que se encontraba Roberto cuando se subió al trampolín; después de conocer con exactitud cuánto y qué había bebido gracias a las dos Amparos, que lo vieron abusar del vino y de otros licores durante el almuerzo con su esposa, y después de la declaración de la propia Marisa, que sabía mejor que nadie hasta dónde llegaba el vicio de su marido, alcoholizado hasta las pestañas, los agentes que acudieron a la Stella concluyeron que quedaba probado sin asomo de duda que lo de Roberto había sido un accidente, un desgraciado y lamentable accidente sufrido por un joven en la flor de la vida.

Ya digo que no fue por la policía, que enseguida dio vía libre para reabrir el negocio.

Ni por la opinión del cura que llegó veloz al olor de la muerte, con sus óleos y una extremaunción que ya de nada iban a servirle al pobre Roberto, cuyo cadáver demostraba a las claras el pernicioso efecto de los placeres de la carne a los que en aquel lugar demoniaco se rendía pleitesía y la enorme importancia de una vida de contención y de renuncia.

Tampoco por las labores de limpieza. Vinieron los mejores expertos, incluso algún técnico alemán especializado en la maquinaria instalada para la higienización del agua, que pronto quedó traslúcida y más

clara incluso de lo que siempre estuvo. Aunque, eso sí, sin trampolines sobre ella, que desaparecieron para siempre de la Stella.

Ni siquiera por las habladurías del barrio, hay que ver, un muchacho recién casado y a punto de formar una familia, qué tragedia tan grande, Señor, dónde iba a terminar este país si seguía habiendo manga ancha con Sitios como Ese.

No, no fue por nada de todo lo dicho.

La razón por la que la Stella permaneció cerrada aquella semana fue porque mi tío dimitió.

Y yo compartí con él en silencio la misma sensación de renuncia, sin saber que lo que nos angustiaba lo hacía por igual a cada uno de nosotros: la conciencia ensordecedora.

Mateo, porque obligó a Roberto a tirarse desde el trampolín a sabiendas de lo borracho que estaba y sin tener en cuenta el peligro cierto para su vida que aquella orden acarreaba.

Yo, porque era de mí de quien había partido la idea y porque unas horas antes había deseado con todas mis fuerzas lo que de verdad sucedió.

Los dos, porque creíamos que Dios no castiga a los malos con la muerte, sino a los vivos con la culpa. Esa fue nuestra penitencia.

Sin embargo, cuando mi tío presentó por escrito su dimisión ante Manuel Pérez-Vizcaíno y yo hacía las maletas para regresar a Palencia, el dueño de la Stella rompió la carta sin leerla delante de su nariz.

—El 15 de septiembre acaba la temporada de piscina, Mateo, y ya verás como el año que viene todo vuelve a su sitio y nadie recuerda lo que ha pasado. Tú no has tenido culpa de nada. Ese diablo iba a terminar mal, y todos lo sabíamos.

Estaba en lo cierto. También en lo referente al tiempo de duelo, que fue el que mi tío y yo necesitamos para sobreponernos.

Y es que un buen día de mayo, nueve meses después del 15 de agosto de ese 1952 manchado de rojo, nos asombramos al descubrir que la Stella nos había tomado la delantera. Sin darnos cuenta, la piscina y su club ya se habían perdonado a sí mismos y habían vuelto a ser el oasis que aquella nación todavía sombría necesitaba.

La vida había regresado, aunque ni nosotros ni nuestras conciencias

lo hubiéramos advertido. Para cuando la piscina reabrió sus puertas, todo Madrid estaba deseando atravesarlas.

Las risas volvieron a sonar, los cuerpos volvieron a brillar, el viento de la libertad volvió a soplar.

España poco a poco iba cambiando y la Stella, como siempre, le llevaba ventaja. Caminaba en la vanguardia, abriéndole el camino.

Fue entonces cuando mi tío y yo nos rendimos al paso del tiempo, nos dejamos mecer por él y conseguimos que, por fin, se nos cayera la carga de las alas.

2022

Aunque yo sé una canción de África (…),
de la jirafa y de la luna nueva africana tendida de espaldas,
de los arados en los campos y de los rostros sudorosos
de los recolectores de café,
¿sabrá África una canción sobre mí?

Isak Dinesen (Karen Blixen),
Memorias de África

Me mata el *jet lag*.

Ya casi acaba conmigo hace cuarenta años, cuando las tres hicimos el mismo viaje que ayer, aunque en dirección contraria. Y única, sin billete de vuelta. Eso creíamos. Pero lo tuvo, claro que lo tuvo. Todo en la vida tiene billete de vuelta. Solo que hemos tardado cuatro décadas en utilizarlo.

Decía que el *jet lag* me mata y es verdad. No suelo andarme con metáforas innecesarias, solo las imprescindibles, creo que ya lo he mencionado antes. Gabi se ríe cuando lo digo, anda ya, si nada te gusta más que una metáfora, me replica. Tiene razón, pero yo le contradigo: todo lo más, me permito de vez en cuando una exageración. Y es que ¿no se moriría cualquiera si tardara, como nosotras hace cuarenta años, el mismo número de horas, cuarenta, en viajar desde Madrid a Londres, de Londres a Nueva York, de Nueva York a Miami, de Miami a Dallas y de Dallas a una ciudad de Texas cuyo nombre yo había oído por primera vez unos meses antes de verlo impreso en un billete de avión compuesto de tantas cartulinas grapadas que parecía un libro?

Dejémoslo en exageración, pero de verdad que entonces, a pesar de ser una jovenzuela de cuarenta y cinco y todavía con las articulaciones y los ovarios en perfecto funcionamiento, casi me muero.

El vuelo de ayer ha sido distinto y, aun así, también ha estado a punto de acabar conmigo.

Solo Abilene-Dallas-Madrid. Rapidito.

No obstante, el ahorro de tiempo no ha sido la mayor diferencia con el primero. Ni los asientos en *business* que los niños nos han regalado, ni el precio desorbitado pagado con una moneda que ni siquiera es la misma con la que compramos los billetes hace cuarenta años. Ni que Julia y yo hayamos pasado doce horas hablando sin parar, sin dejarnos meter baza, casi sin respirar, y no como cuando éramos jóvenes, que el viaje no tenía retorno y las tres lo hicimos mudas; será

porque esta vez vamos con prisa y queremos decirnos lo que se nos ha quedado atragantado antes de que sea demasiado tarde.

O porque hablar es la única forma de respetar el silencio de lo que no nos atrevemos a decirnos.

O porque ya es tarde para arrepentirnos de nada.

O porque ya no tenemos miedo.

No, en todo eso el vuelo ha sido diferente, pero más o menos lo mismo que antaño, un vuelo y nada más, aunque ahora, aquí y con el barco enfrente, nos hayamos vuelto a quedar sin voz.

La verdadera diferencia, la mayor y la más dolorosa, es que Amparo, la tercera pasajera, siempre tan obsesionada con las dietas, hoy pesa tres kilos.

Y viaja hecha cenizas en un pote de hierro colado.

◆◆◆◆

Madrid huele distinto. Es lo primero que le hemos dicho a Amparo nada más salir del Adolfo Suárez: Amparo, esto no huele igual. Ella ya no puede oler nada. Nosotras somos su olfato, su vista y sus oídos.

A Amparo nos la ha robado una mama traidora. Porque que a una mujer se la lleve al otro mundo algo que solo tiene por ser mujer es una traición y una bajeza de quien nos haya hecho. Las mamas y los úteros deberían ser sagrados. Lo son en algunas religiones, pero todavía no hay credo ni dios que pueda contra el demonio del cáncer. Julia me regaña porque cree que blasfemo, pero en el fondo está de acuerdo conmigo.

Hemos llegado a un aeropuerto con ese nombre, Amparo, fíjate tú. Se llama como alguien a quien dejamos en una pantalla de televisión tirando la toalla porque no pudo cumplir lo que tanto trató de prometer. Y ahora estamos aquí, Amparo, en el Adolfo Suárez, por muy extraño que nos resulte a nosotras decirlo y a ti oírlo si pudieras.

—Sí que huele distinto, sí.

Julia me da la razón porque la tengo. Suele pasar.

En Madrid hoy los churros se mojan en café o chocolate, como antes, y también en matcha, cha, roiboos o kombucha. A todo eso

mezclado huele. Y a especias, a kebab y a cocido. Y a pitaya, a fruta de la pasión y a naranjas de Valencia. Madrid huele a moho de maleta sin abrir y a gasolina. A ruido, a sol, a lluvia o a calle recién regada, que son el mismo olor en esta ciudad. Y a juventud y a experiencia, a edificios de cristal y cemento armado, a velocidad de ruedas y de pasos, a cláxones discretos y estruendosos, a prisas sin meta ni horario fijo.

Madrid, para nosotras, huele a vida nueva y a recuerdo antiguo.

Ya olía así cuando salimos ayer del aeropuerto y cuando bajamos la ventanilla del taxi. Ha olido hoy durante todo el trayecto entre el hotel Mediodía y la calle que, cuando nosotras nacimos, estaba tan lejos que era el lugar al que iban los madrileños a veranear y ahora es una más del callejero, céntrica como si partiera de la Puerta del Sol.

Y sigue oliendo así aquí, justo enfrente de nuestro destino, incluso con el Veuve Clicquot a la mitad y centelleando en nuestros corazones.

—Espera —me pide Julia—, ahora no podemos, que el semáforo se ha puesto en ámbar y a mí con la cojera no me da tiempo de cruzar. Siéntate otra vez en el banco, Sara, anda, y ponme otra copita.

Me siento. Pero más tarde o más temprano tendremos que cruzar. Y después, recordar. Eso es lo peor.

Ella lo sabe y yo sé que lo sabe. Hasta Amparo en su pote lo sabe.

Si son solo veinticinco metros en línea recta, le digo.

O veinticinco vidas, me replica ella.

1953-1962

Las vanas ilusiones de este mundo se habían disuelto ante sus ojos como el humo y habían visto el universo como verdaderamente es. Se les había concedido una hora de eternidad.

ISAK DINESEN (KAREN BLIXEN),
El festín de Babette

1

Con el tiempo, una vez que mi tío Mateo encontró el modo de vivir con el recuerdo de lo sucedido con Roberto, la piscina y el club recobraron lo único de lo que carecían si les faltaba el buen hacer de su vara de mando: recuperaron la magia.

Me acuerdo bien porque ocurrió cuando terminaron de rodar una película en los jardines, una de suspense policiaco, por supuesto con viriles agentes de la ley en defensa de muchachitas desesperadas y para castigo de mujeres descarriadas. A nosotros no nos importaba el argumento, solo ver a Alfredo Mayo y María Asquerino paseando por los enlosados de la terraza de la Stella. Ese fue el espaldarazo final, el peldaño que la piscina necesitaba para reconquistar de modo definitivo el encanto.

Y para regresar a lo que siempre quiso, pero todavía más: a hacer soñar a la gente, como Gutiérrez Soto con los cines que construía.

He de reconocer que el devenir histórico trabajó a su favor, ayudado un poco por mi amiga frustrada la condesa de Romanilla, la inefable Adele Gifford, porque muchos de sus vaticinios se cumplieron al pie de la letra.

El primero, que Eisenhower ganó las elecciones, como había predicho. Y el segundo, que un año después, cuando a Estados Unidos le preocupaba más impedir que la amenaza comunista cruzara el charco que defender la democracia y la libertad en España, se nos instaló en nuestra propia casa. En concreto, en Rota, Morón, Zaragoza y Torrejón.

Yo le anticipé a mi tío todo eso antes de que sucediera tras la muerte de Roberto, cuando le desvelé mi conversación con esa condesa que hablaba con tanto misterio, y Mateo se lo dijo a su amigo Manolo Pérez-Vizcaíno.

Ambos lo entendieron a la primera y pensaron que era verdad lo de

Perogrullo, que para hacer guiso de liebre primero hay que tener liebre.

Es decir, para que los soldados que se iban a acuartelar a apenas veinte kilómetros quisieran venir a la Stella lo principal era disponer de una liebre que darles.

Don Manuel Pérez-Vizcaíno, el emprendedor, tenía liebre. Y una ilusión por cumplir. Poco después de conocer el secreto de Adele Gifford y aun sin estar seguro de que eso de las bases algún día se hiciera realidad, se lanzó a construir algo con lo que siempre soñó, por si acaso: una bolera.

Además, una auténtica bolera americana y única en Madrid, no por ser bolera, porque ya teníamos una, La Casuca, muy cerquita, en Alfonso XIII, sino por su ubicación privilegiada a cielo abierto.

Mi tío fue el encargado de proyectar, diseñar y fabricar seis canchas al aire libre entre la trasera de la pista de baile y la valla que lindaba con el arroyo Abroñigal, abajo del todo, incluso más abajo que mi sótano, a unos doce metros de escaleras empinadas desde la planta de calle.

Las canchas estaban acondicionadas hasta el último detalle: árboles cercanos que dieran sombra durante el día y una iluminación potente para jugar por la noche, además del mismo servicio esmerado de botones y camareros, atentos a los deseos y a la sed de cada cliente.

Iban a ser y fueron la sensación de Arturo Soria y de otros lugares, como uno de más de un millón de metros cuadrados que Estados Unidos alquiló en Alcobendas para construir una pequeña ciudad en la que alojar a sus oficiales, de nombre formal Royal Oaks y coloquial Little America.

Y lo mejor de Royal Oaks era que estaba a menos de diez kilómetros de la Stella, más cerca aún que Torrejón.

2

Por nuestro lado, el verano que murió Roberto aprendí la primera gran lección que me enseñó la Stella: que hay dos gasolinas indispensables para que el alma siga en movimiento, el olvido y la ilusión.

Y fue aquel verano también el que nos llevó hasta quien nos ayudó de verdad a recargarnos con ellas, Tania Blixen.

La baronesa regresó al inicio de la siguiente temporada, en la primavera de 1953. Lo hizo por sorpresa, sola y sin reservar. Aseguró que había estado enferma, por eso no había podido venir, pero sabía lo ocurrido con Roberto. Quería darnos su consuelo y su apoyo, así que pidió que Amparo y yo nos encontráramos con ella al día siguiente porque deseaba invitarnos a comer.

—¿Puede venir también nuestra amiga Julia? —le pregunté, abusando de su generosidad.

—¿Amiga que llora?

—Sí, esa.

—*Mais oui, chérie*! Yo quiero conocer amiga, quiero mucho.

Para entonces, Julia ya se había recuperado a medias del aborto del matarife. Digo a medias porque así, partido por la mitad, se le quedó el cuerpo después. Salvó la vida, pero ya no pudo dársela a nadie más. La perforación de su útero maltrecho por la aguja de punto con la que le habían extraído a picotazos el hijo que no quería la dejó sin poder ser madre para siempre.

Solo Amparo y yo lo supimos. Al resto del mundo le contamos que Julia Puente Ramón era una novicia con dudas de fe que prefería esperar un poco antes de decidir si se dedicaba o no a lo divino tomando los hábitos, y que por eso se había ido del convento.

Esa también fue la explicación oficial que le di a Sol cuando le hablé de mi amiga y, al parecer, acerté con el argumento, porque mi tía no

tardó ni un minuto en aceptar mi propuesta de que, mientras Julia reflexionaba sobre si quería ser monja o no, podría ayudar como sirvienta en el hotelito. A la familia le haría un favor, ya que a mí mis estudios de bachillerato no me dejaban mucho tiempo libre para el plumero, y la familia le haría otro a ella: quién sabía si la atmósfera catecumenal en la que mi tía había envuelto su hogar lograría que Julia, por fin, se decidiera a celebrar los esponsales con Dios.

Sol permitió con gusto que Julia saliera a comer con Tania y con nosotras en cuanto supo quién iba a ser nuestra anfitriona.

—Pues claro, nena, con lo importante que es esa señora, una escritora y encima baronesa… La pena es que tengas que ir a Ese Sitio, pero no importa si es por una buena causa. Anda, ve, ve, no la hagas esperar.

Era un mediodía frío pero luminoso de mayo. Quedamos con Tania temprano, a las doce, porque a esas horas, al parecer, se come en Dinamarca y no queríamos que ella trastocara sus costumbres.

Amparo había encargado las mejores ostras de la ría del Eo y un Veuve Cliquot de *pinot noir*, que era el que solía pedir Tania.

Lo miramos con ojos golosos mientras Jesús se lo servía a ella y así, pestañeando como animalillos heridos y ante las carcajadas de la baronesa, enternecimos al *maître*, que nos dijo en voz muy baja:

—Os pongo un dedito en un vaso de los de Coca-Cola para que parezca Casera con limón si me prometéis que no le decís nada a vuestro tío.

Nuestra boca estuvo sellada desde entonces hasta hoy.

—Esto igual que escena de libro mío —Tania seguía riendo mientras nosotras nos relamíamos con cada gota de aquel don divino hecho burbujas—, *Babettes Gæstebud*… Creo que *Babette's Feast* en inglés, no sé en español… Tú, pequeña —se volvió hacia Amparo—, tú eres Babette.

Y entonces nos contó, o creímos entender en su mal español, a qué se refería: a una historia que había escrito unos años antes cuya protagonista era una cocinera francesa que consiguió elevar los espíritus de todo un pueblo de puritanos inflexibles y estoicos gracias a un banquete. En una de las escenas del cuentecillo, el ayudante de

Babette llenó los vasos de los comensales, que enseguida se dieron cuenta de que el líquido que les daba a beber centelleaba. Debía de ser una especie de limonada, se dijeron, pero una limonada muy extraña: iba tan bien con su exaltado estado de ánimo que parecía elevarlos del suelo hacia una esfera más alta y más pura, recitaba Tania. ¿Limonada? Un general que participaba en el banquete y tenía mucho mundo se asombró. Lo probó varias veces y después dictaminó: «Esto no es limonada, señores, es un Veuve Cliquot de 1860». Sin embargo, los demás puritanos se negaron a escucharlo. Para ellos, aquello era limonada, estaba buenísima y no pensaban dejar de beberla. Y punto.

—Y esto ye Casera con limón, doña Tania. Y punto.

Reímos tanto y tan alto con la frase de Amparo, y las tres con el estado de ánimo tan exaltado, que nos sentimos levitar sobre los asientos lo mismo que los puritanos de su cuento.

Incluso creímos en ese momento que todo lo malo se había hundido con Roberto en el agua clara de la Stella.

Que cualquier cosa que la vida tuviera preparada para nosotras iba a ser igual que aquel líquido prodigioso: centelleante, luminoso y estimulador.

Nos equivocamos, como es obvio.

Pero creerlo durante dos horas en aquel almuerzo con Tania Blixen fue el primer regalo que recibimos de ella y aún no lo hemos olvidado.

◆ ◆ ◆ ◆

—Pequeñas, tres necesitan abuela para llorar, ¿sí? Yo abuela de tres.

Las burbujas dieron paso a la melancolía. Amparo y Julia pensaron en sus madres muertas y yo en la mía viva pero lejana.

—No, no, no. No tristeza, *please*. Sonrisa, por favor, ¿sí? ¿Quieren historia? Yo cuento. Yo solo sé cuentos. Yo no escribo largo, solo cuentos. Pero este cuento de verdad, cuento de amigo, poeta… Fue amigo, ya no.

Por supuesto que queríamos oír sus cuentos, ya fueran de puritanos abstemios o de poetas daneses. Reales o ficticios. Todo lo que saliera de labios de Tania nos hechizaba.

Y la historia que nos contó esa vez no fue alegre. Giraba alrededor de un escritor joven con quien la escritora hizo un trato: la sabiduría de ella a cambio de la entrega de él.

—No entendió. Él creyó que yo… ¿cómo digo? Que yo Mefisto, el pacto del diablo.

Nosotras tampoco lo comprendimos del todo. Algo así como que Tania quiso apadrinar a un poeta y que este se sintió atrapado y después manipulado. Nada más.

—Pues ese poeta era tonto. —No sé si hablaba yo o el champán, pero dije lo que dije y volvería a decirlo, ahora que ya conozco la historia real—. Si usted me hubiera propuesto hacer ese pacto a mí, yo lo habría dejado todo. Es que yo también quiero ser escritora como usted, baronesa. Deme algún consejo. ¿Qué tengo que hacer?

—¿Consejo, pequeña…? Okey, mi consejo es este: silencio.

Me quedé perpleja. No pude contestar.

Ella siguió:

—¿Sabes dónde leerse cuento profundo…? Cómo se dice… un cuento dulce, alegre y cruel. ¿Tú sabes dónde? En página en blanco. ¿Consejo mío, pequeña? Respeta silencio. Hay más sabiduría en silencio que en ruido.

Eso me pasaba a mí. Cuando me acostaba por las noches y cerraba los ojos, mi mente repasaba las horas que había vivido durante el día y trataba de comprender lo que no había entendido. Y lo curioso es que lo lograba. Allí, en la cama, yo sola y en silencio.

Julia intervino:

—¿Y el dolor, baronesa? ¿Cómo se lucha contra el dolor? Porque a mí aún me duele, aquí, aquí mismo —se estrujó la barriga—, y no puedo quitármelo de encima.

—Tengo consejo también, pequeña. Dolor tuyo es historia tuya. Ya es vida tuya también. No lo quites, ¿sí? Siente, es tuyo, solo tuyo. Siente, pequeña, ¿sí? Solo sentir, después verás cosas claras, ayudará a vivir. Tantos, tantos años delante… también tuyos, tuyos como dolor, entiendes, ¿sí?

Sí, lo entendíamos todo. También lo que le dijo a Julia: que para luchar contra el dolor no es preciso olvidarlo, que a veces conviene

hacerle frente y mirarlo a los ojos. Ese fue su consejo.

A pesar de la oscuridad de sus frases, de lo intrincado de su filosofía y de sus enrevesadas composiciones gramaticales, para nosotras Tania Blixen hablaba como una fuente de agua cristalina.

Nos dijo más cosas, muchas más. Y las comprendimos, una a una.

Con los años supimos que, al final de aquella comida, después del último dedito de falsa Casera que nos sirvió Jesús, habíamos recibido el regalo más importante de Tania.

Porque, como ella escribió, las personas no solo olvidan, sino que también renuncian a toda idea de alimento y bebida cuando comen y beben con el estado de ánimo adecuado.

3

Madrid olvidó el verano rojo de la Stella y pronto volvió al único lugar en el que había las liebres necesarias para hacer guiso de liebre.

Porque, además, disponíamos de otros ingredientes únicos, unos que solo nosotros podíamos ofrecer.

Las piscinas de La Isla fueron destruidas por un obús de los sublevados en 1937 y, aunque después de la guerra se reabrieron, ya nunca volvieron a ser lo mismo. La Isla cerró definitivamente en 1954. También se abrieron otras piscinas con salas de baile en los alrededores de Arturo Soria, sí, pero solo en la Stella se encontraban las mejores liebres para los platos más exquisitos.

Sin embargo, yo no puedo dar cuenta de ellas aquí, porque, para cuando mi amiga Amparo, quién si no, aprendió a cocinarlas, ya me había tenido que marchar de Madrid.

Lo malo fue que, a mi regreso, muchos años después, traje de nuevo conmigo a la parca y su guadaña. Y hubo más antes de entonces, porque, cuando la vida echa a andar, deja el camino sembrado de alegrías, pero también de dolores.

Con todo, sí que hubo un segundo muerto con una historia que contar y a los efectos de este relato, aunque para explicarlo deba hablar de los que le precedieron.

◆◆◆◆

Antes de que tuviera que marcharme de Madrid, viví los mejores tres años de mi vida, porque tres años de confidencias entre amigas, y a esas edades, dejan huella para siempre.

El día antes de mi partida los recordé minuto a minuto. Los hubo alegres y festivos, de películas con besos interminables en cinemascope, pipas saladas que dejaban los labios como bulbos de

remolacha, chapuzones y más chapuzones, y una lista infinita de secretos susurrados en nuestro sótano que se quedaron para siempre ahí abajo y en nuestros corazones.

Como los del día en que Julia al fin, después de mucho interrogarla, nos contó lo que no sabíamos, que para eso era la única que tenía experiencia.

A Amparo y a mí nos urgía conocerlo: teníamos que averiguar cómo se hacía. Para estar preparadas, claro, no nos fuera a sorprender desprevenidas y desinformadas, como a ella.

—Pues, hijas de mi vida, no es para tanto porque duele y no da gustito. Mira, él se te pone encima y se lo coge así, y después lo pone aquí, y entonces lo mete ahí, y lo mueve así-así-así-así, unas seis o siete veces, no creo yo que muchas más, y entonces dice ay-ay-ay que me corro, pero no corre, se queda, y le sale algo caliente que tú te sientes dentro toda sucia, pero no se lo dices porque te da vergüenza, y después se te echa encima todo descangallado, aunque si pesa mucho lo empujas y se queda acostado bocarriba, y se duerme un ratito, nada, un ronquido solamente, porque se levanta enseguida, se lo guarda otra vez dentro del pantalón y sale corriendo, que los hombres siempre se tienen que ir después, es como si les picara el mosquito de la prisa cuando sueltan lo que llevan dentro…

—¿Y ya está?

—¿Y sin besos?

—No. Los besos se dan antes, pero no después.

—Pues en las películas solo se dan besos y duran mucho.

—Entonces eso será otra forma de hacerlo. Yo solo sé cómo lo hacía Roberto.

—Sí, seguro que hay más formes de hacerlo…

—A mí como me va a gustar va a ser solo con besos, creo yo.

—A mí tamién.

—Yo al próximo le digo que solo vamos a besos, que de la otra forma ya os digo que duele.

—Meyor te calles, neña, que como digas al siguiente que ya lo hiciste de la otra forma, seguro que ese sí que corre y nun para hasta que llegue a Gijón.

—Pues yo ya sé con quién quiero hacerlo…

Amparo y Julia callaron de golpe. No se esperaban eso de mí y solo se me quedaron mirando con los ojos muy abiertos.

Enrojecí, pero, ya que estábamos en la conversación más íntima de nuestras vidas, creí que había llegado el momento de confesar.

—Es que me gusta un chico…

—¿Quién, quién?

—Pero ¿quién, quién, quién?

—Suéltalo ya, Sarina, fía, que te esgaño como no lo digas.

—Es el comunista…

—¿Quién? ¿Renato…?

—Sí, el que ha estado en la cárcel, y eso es lo que más me gusta de él. Es como D'Artagnan, que también lo metieron preso.

—Mira que te chifla a ti lo de la Constanza esa…

—Que no, que Constanza no. Que a mí me gusta Milady.

—Bueno, ye igual. A ver, ¿onde ta Renato ahora?

—Ha salido ya y el otro día lo vi en la Stella, solo de lejos…

—¿Y no hablaste con él?

—No, me da vergüenza. Es que seguro que no le gusto ni nada.

—Pues eso no se sabe hasta que habléis. ¿Por qué no vas a verlo?

—¿A verlo yo? ¿Y cómo voy a ir, si no sé ni dónde para?

—Pues pregúntale a tu tío, que es buena persona y seguro que te lo dice.

—Y además de buena persona, ye guapín aunque sea vieyu y aunque sea tu tío, Sarina.

—¡Amparo, no me digas que te gusta mi tío!

—Para el carru, neña, que solo dije que ye guapín, querer quiero como padre, namás.

—A ver, Sara, a lo que íbamos. Tú lo que tienes que hacer es ir donde Renato y ponerle ojitos, a ver si también te los pone él, y después ya vas viendo.

—¿Ojitos? ¿Tú crees…?

—Ojitos, ojitos. Pero más importante: dile que, si quier hacerlo, que sía del que se hace solo con besos, ¿oíste?, tu solo a besos.

Ojalá me hubiera dado tiempo de decirle eso a Renato, aunque no

sé si me habría atrevido a algo más que a hacerle ojitos. Antes de que hubiera podido reunir el valor para acercarme siquiera a él, sucedieron dos cosas: mi tío le encontró trabajo en una obra de Linares y allá se fue corriendo, de la noche a la mañana, sin que pudiera volver a verlo.

Y lo peor: el mismo día, Mateo me dijo que mi madre había enfermado y que tenía que regresar de urgencia a Palencia para cuidarla.

◆◆◆◆

Me fui un día frío de diciembre con el corazón destrozado. Creí que se me había acabado la existencia. Tan joven y ya sin futuro, así me compadecía de mí misma.

Porque en la capital lo dejaba todo, absolutamente todo lo que me importaba.

Dejaba una tía a la que había terminado tomando cariño por su devoción tan desmedida e irracional que a veces resultaba un esperpento. Y eso que, pese a no haberme conseguido un buen novio y, en cambio, haber tenido que soportar que mi tío me matriculara en el instituto Isabel la Católica hasta que acabara el bachillerato, nunca tiró la toalla.

—En cuanto vuelvas, Sarita, te llevo al Servicio Social, que eso te falta todavía. Mientras, mete este artículo de doña Pilar Primo de Rivera en el bolso, léetelo en el tren, anda, que te va a venir muy bien para que se te quiten de la cabeza las cosas que has visto en Ese Sitio.

Lo que no quería decirle a mi tía Sol para no herirla es que Ese Sitio era de lo que más me dolía dejar en Madrid. En aquel barco naufragado a las afueras de la ciudad había vivido yo los mejores y los peores días de mi vida. Era el velero en el que había encontrado el rumbo, con sus barandillas, sus terrazas, sus jardines y su agua límpida, lo mismo que mi sótano, mis libros y mi misterio.

Además, dentro de él estaba lo que, por encima de todo lo demás, me rompía el corazón abandonar: mis amigas del alma.

—No te vayas, Sara de mi vida, qué voy a hacer yo sola en nuestra

habitación de esa casa de tres pisos con tu tía… Por lo más santo, Sarita de mi corazón, no te vayas…

Julia lloraba en el andén abrazada a mí mientras Amparo esperaba su turno.

—Toma, fixe unes farrapes en tartera y un cachopo partido a cachinos para el camino. Cómeslos fríos, ¿oíste?, que tan igual de buenos, y ya de paso, acuérdeste un poco de mí…

—Pero cómo voy a olvidarme de vosotras dos, pero cómo, si sois mi vida entera…

Mi tío las había dejado acompañarme en el coche en el que me devolvió a Atocha, adonde había llegado yo con mi maletita de cartón hacía media vida, para que pudiéramos despedirnos con todas las hipérboles adolescentes que quisiéramos.

Mateo me abrazó muy fuerte y me entregó un sobre para mi madre.

—Dáselo en cuanto llegues, cielo. Te llamaré todos los jueves para saber cómo sigue mi prima. Y tú cuídala mucho, Sara. Eres lo único que tiene.

Fue de las pocas veces que oí a mi tío hablar de mi madre. Y ninguna con la emoción con la que lo hizo en la estación ese día.

Cuando miré por la ventanilla del tren manché el cristal de lágrimas, saliva y vaho porque, en plena desesperación de drama juvenil, no me cansé de decirles adiós a gritos a los tres hasta que se hicieron muy pequeños, cada vez más lejos de mí.

Entonces lloré con toda la fuerza que me quedaba, preguntándome cuánto tardaría el olvido en devolverme la ilusión.

4

A mi madre, Enriqueta Santiago, en su niñez la conocieron como Queta y luego, a base de insistencia y tozudez, con un nombre de estilo anglosajón, como si fuera actriz de Hollywood. Ketta quiso ser llamada desde joven, más por subversión que por esnobismo.

Aunque algo de lo segundo había, porque era una mujer de una languidez tan refinada que muchas lenguas envidiosas y socarronas la llamaban la Dama de las Camelias.

Siempre tenía un cigarrillo en la boca y la envolvían unos aires a lo Marlene Dietrich que me esforcé en imitar durante mucho tiempo, hasta que me di cuenta de que no había heredado su belleza ni su elegancia. Ni su cintura estrecha, ni sus brazos y piernas largos, ni el pelo rubio y sedoso, ni los ojos rasgados, ni la mirada felina y distante. Me resigné: éramos distintas en todo.

Pero lo fuimos todavía más el día de diciembre que la vi en una cama de la recién inaugurada residencia Lorenzo Ramírez con una mascarilla sobre la cara que se conectaba mediante un tubo a una especie de lechera grande de zinc. Me dijeron que dentro de la lechera había oxígeno y me costó mucho entender dos cosas: cómo era posible meter aire en una jarra grande y por qué mi madre necesitaba lo que flotaba por todas partes y se podía capturar tan solo aspirando por la nariz.

Sin embargo, lo que en realidad me costaba entender era que aquella mujer se hubiera convertido en una sombra de sí misma. La vi hundida en el colchón, casi sembrada entre almohadones, y con la piel reseca como si sus pulmones hubieran tratado de encontrar las moléculas del oxígeno que les faltaba absorbiéndolas de todo su cuerpo hasta dejarlo agrietado.

Era una camelia marchita.

El doctor Herranz me dijo que padecía una extraña bronquitis, algo

parecido a lo que hacía solo un año había matado a cuatro mil personas en Londres después de que una niebla misteriosa cubriera la ciudad.

—Pero aquí no ha habido niebla, ¿no?

—No, Carmela… perdona, Sara. En Palencia no hemos tenido niebla, pero tu madre fuma mucho. Se mete ella sola la niebla dentro y no deja sitio para que le entre aire bueno. Esto del tabaco, por mucho que a todos nos guste, algún día terminará matando a mucha gente.

Mi madre, me dijo el médico, adolecía de algo que en aquellos años tenía un nombre diferente, pero que después he visto en otras personas y me ha descrito Julia muchas veces: una enfermedad pulmonar obstructiva crónica, así se llama ahora.

Solo que a mí entonces nadie me dijo que fuera crónica ni yo tampoco habría podido captar el alcance de su significado. Lo supe mucho después, cuando el tiempo me demostró que una enfermedad crónica significa dos cosas: sufrimiento ilimitado para quien la padece y una bola de hierro atada con cadenas al tobillo de su familiar más cercano.

Sobre todo, si es hija única.

Por eso, desde el día en que mi madre Ketta abandonó el hospital agarrada de mi brazo y con una de esas lecheras a cuestas, nos convertimos las dos en presidiarias.

◆◆◆◆

No conseguí acostumbrarme de nuevo al cielo cargado, ni a la lluvia, ni a la nieve, ni al frío de Palencia.

Pero, sobre todo, no conseguía acostumbrarme a echar de menos la luz de Madrid y, en especial, la que salía del barco blanco de secano que iluminaba mi ventana.

Como tampoco lo hice a la tristeza que embargaba cada habitación de la casa.

Solo una semana tras mi vuelta a Palencia, después de una brevísima salida a la calle para hacer algunos recados, según abrí la

puerta un sonido me resultó extraño. ¿Era mi madre ahogándose? No, mucho más insólito que eso: era mi madre llorando.

No quise preguntarle. Esperé a que se durmiera, algo que podía suceder en cualquier momento del día y de la noche, aunque el sueño siempre durase media hora o menos, y entré despacio en su cuarto. Lo que la había hecho llorar estaba escrito en un papel que había caído al suelo desde la cama.

Lo reconocí, era la carta de mi tío Mateo, la que yo había traído desde Madrid con el encargo de entregársela a mi madre en cuanto la viera. Estaba muy arrugada y ajada. La había leído muchas veces. Y todas, como aquella, seguro que había acabado llorando.

Era más que una carta. Era la historia de su pasado y de mi futuro.

Queridísima Ketta, amor mío:

Sé que prometí no llamarte así nunca más y estoy dispuesto a cumplirlo a partir del punto final de esta carta. Pero, desde estas primeras líneas hasta que escriba las últimas, déjame decirte por última vez lo que llevo callando tantos años.

Durante unos pocos, he tenido conmigo a tu hija, esa criatura que es parte tuya y ojalá hubiera sido mía también. La he querido desde que la conocí, cuando no levantaba ni un palmo del suelo, porque siempre que la acariciaba sentía que te estaba acariciando a ti sin que nadie nos lo reprochara. Pero ahora he de decirte que he aprendido a amarla por sí misma y tanto como te he amado a ti. Por supuesto, de una forma diferente: a ella, porque salió de ti. A ti, porque nunca has salido de mi alma.

Ya te contará Sara (por cierto, ha decidido que no quiere ser Carmela; es una joven terca y de convicciones profundas, seguro que tú lo sabes mejor que yo) sobre el lugar que he ayudado a construir en Madrid y que tantas alegrías y nuevos amigos nos está dando. Solo me faltas tú. Todavía hoy no me he acostumbrado a vivir sin el amor que se nos frustró antes de que aprendiéramos siquiera a amar.

Los primos no se besan, nos dijo la tía Mercedes el día que nos vio y nos castigó a la separación eterna, ¿recuerdas? La gente no se besa porque los que se besan van al infierno.

Éramos niños, tan niños que no supimos contestarle que los que no deben besarse son los que no saben amar. Éramos tan niños que nos enamoramos. Y después nos hicimos mayores. Tan mayores que preferimos hacernos daño antes que dejar que nos los hicieran los demás ensuciándonos con sus reproches. Tan mayores que fuimos capaces de vivir una guerra y todos sus espantos sin huir

juntos. Tan y tan mayores que, precisamente por no besarnos, habíamos acabado en el infierno.

Así que aquí estamos hoy, querida Ketta. Yo, con una vida a la que le faltas tú. Y tú, con una hija a la que quiero tanto como a la que nunca concebimos nosotros.

Para hablarte de ella te escribo, en realidad. Sara quiere estudiar. Ya ha terminado en Madrid el bachillerato elemental, como sabes, y aunque ahora debe permanecer a tu lado porque tú eres lo más importante para los tres, te ruego que, mientras te cuida, le permitas seguir adelante con sus planes. Por favor, acepta el dinero que incluyo en este sobre para que puedas procurarle la educación que necesita y que ella misma elija. Te enviaré la misma cantidad cada mes, si te parece bien.

A una mujer lista no le será fácil ser lo que desee en este mundo de hombres tontos y vanidosos, te lo digo yo, que soy uno de ellos. En la Stella, Sara se hizo amiga de una baronesa danesa que hoy escribe libros muy importantes solo porque empezó firmándolos con nombre de varón. Y si eso pasa en Dinamarca, imagina en España.

Pero Sara es el futuro, nuestro futuro, el tuyo y el mío, y también el de este país. Vamos a ponérselo fácil. Tú, con tu cariño. Yo, con algo menos valioso, que es el dinero que me pagan con generosidad en el lugar en el que trabajo. Juntos los dos, cada uno a su manera, porque ella es la hija que no tuvimos.

Y tú, el amor de mi vida hasta que la muerte nos separe, aunque esta sea la última vez que te lo diga.

Tuyo eternamente,

MATEO

◆ ◆ ◆ ◆

Ni siquiera hoy, sesenta y tantos años más tarde y a pesar de haberme dedicado toda la vida a juntar palabras, creo que sea capaz de reunir las suficientes para explicar lo que experimenté al leer aquella carta.

Mi primera reacción, como es lógico, fue sentirme culpable. Me parecía haberme asomado a una ventana prohibida, porque así son todas las ventanas que dan a la intimidad de cada cual. Pero después me dije que esa ventana daba a mi propia casa.

Y entonces entendí el verdadero alcance del descubrimiento. Entendí eso y muchísimas cosas más.

Entendí los llantos de mi madre el 27 de diciembre de hacía diez

años, cuando vio marchar de Palencia a su primo tras pasar la última Nochebuena que vivimos en familia. Entendí los que derramó cuando asistió a su boda con Sol y cuando nació Mateíto. Entendí otras lágrimas también, como las que le provocaba el ramo de camelias blancas que, invariablemente, año tras año, llegaba puntual el día de su cumpleaños con una tarjeta que solo decía felicidades, amor y estaba escrita con la misma letra de aquella carta. Siempre pensé que lo enviaba mi padre desde el primer puerto que encontraba, incluso aquella vez que llegó a casa mientras él pasaba con nosotras su semana de asueto y ni siquiera se inmutó al ver el ramo ni las lágrimas de mi madre. Pero lo que más entendí fue que los amores imposibles no eran solo un asunto de novela, sino que los había, y mucho más dolorosos, en la vida real.

Aquello justificaba las caricias acompañadas de miradas de ternura de mi tío, que me llamara siempre cielo porque de verdad me veía como una criatura celeste que iluminaba su mañana, que se hubiera empeñado en darme un futuro, que me defendiera como me defendía ante los envites de mi tía cuando se esforzaba en educarme para que pudiera casarme bien, que me protegiera, que me cuidara, que me mimara y que me quisiera como me quería. Puede que tanto como quería a la que me había dado la vida.

Lo curioso fue que no me enfadé. No sé qué habrían hecho otras si a los dieciocho se hubieran enterado de que, tantos años después, su madre y su primo aún vivían la nostalgia de un amor que pudo ser y nunca fue. Sé lo que hice yo: me entristecí por ellos.

Y los amé más, mucho más. Y los comprendí mejor, mucho mejor. Y lloré con más lágrimas que ellos, muchas más. Porque yo era la fría, calculadora e insensible Milady de Winter por fuera, pero la hija de la Dama de las Camelias por dentro.

Nada más que una jovencita a la que una carta de amor le había despertado las ansias de romance. Porque, a los dieciocho, una carta y dos amantes que lloran es la tragedia perfecta para romper un corazón que aún no conoce los terremotos de la vida.

◆ ◆ ◆ ◆

Mis años palentinos tardaron en concluir, pero, desde que leí la carta, los viví marcados por ella. Y gracias a su contenido me dejaron un legado imprescindible.

Los soporté gracias a varias cosas: la primera fueron otras cartas, unas muy largas que mis tíos (sí, mi tía Sol también), Amparo y Julia me escribían, a veces con fotos del pino al borde de la piscina, que, como nosotras, no paraba de crecer, y también algunas de Tania Blixen, que nos escribía a las tres y que después mis amigas me remitían en paquetitos cuando juntaban unas cuantas.

La segunda me la declaró mi madre muy seria poco después de mi regreso, un día en el que la enfermedad le dio una tregua y pudo articular más de dos frases seguidas sin asfixiarse.

—Me ha dicho mi primo que te gustaría estudiar, Carmelilla… o Sara, que ya sé que quieres que te llame así ahora y por mí que no sea, que suficiente nos para a todos la vida como para que a ti te la pare tu madre.

Después, me entregó el dinero que yo ya había visto en el sobre y me dijo que escogiese los estudios que quisiera, que ella no me iba a poner pegas.

La pega, sin embargo, me la pusieron las circunstancias, porque hubo unos años, los primeros, en los que ambas tuvimos que adaptarnos al cambio radical de nuestras vidas.

La verdadera pega fue la falta de libertad.

Al principio, no era capaz de pasar ni un minuto más de los necesarios en la calle. Me acuerdo bien de mis recorridos, siempre los mismos o parecidos.

Unos días salía temprano a la plaza, casi antes de que abriera la carnicería, y otros, a por la mortadela o el salchichón de La Montañesa, y de ahí, a la mercería de Bustillo y a comprar algún tergal en San Luis para llevarlos a la modista de los Cuatro Cantones. Una escala corta en la panadería San Francisco y vuelta de prisa a mi casa de San Marcos.

Nada más entrar, corría al cuarto de mi madre para comprobar que seguía respirando, aunque con un ansia tan agónica que me daban ganas de sacarme el aire de dentro y dárselo todo a ella, y

prometiéndome no salir nunca más para no volver a dejarla sola.

Pudo ser una especie de agorafobia pasajera, me dijo Julia mucho tiempo después. Pero yo de fobias no entendía. Solo sabía que había cosas que odiaba.

Porque yo, en aquellos días lentos y espesos, lo odiaba todo. Especialmente, ver a mi madre morirse jadeo a jadeo sin que pudiera hacer nada por ella.

Pero después nuestra vida se estabilizó y nos acostumbramos: yo a cuidar sin agonía y ella a dejarse cuidar en medio de la suya.

Y llegó el momento de tomar una decisión.

Puesto que ya tenía el bachillerato elemental, el único requisito necesario, y a mí no me quedaba más remedio que permanecer siempre cerca de mi madre, elegí Magisterio, la única carrera disponible en Palencia, y no cualquier otra en una de las doce capitales universitarias de España con estudios aptos para mujeres.

La tercera alegría me llegó en 1960, cuando en la vieja Escuela Normal de la plaza de la Catedral de Palencia se nos hizo entrega de nuestra titulación de maestros de primera enseñanza a medio centenar de chicas y chicos (a estos los veía por primera vez porque habíamos cursado los estudios por separado, claro, nosotras por la mañana y ellos por la tarde) en una solemne ceremonia.

No obstante, a pesar de soportar durante tres cursos y solo para alumnas la asignatura de Enseñanzas del Hogar, que detestaba con todos y cada uno de los poros de la piel; a pesar de la escasez de la vieja Escuela Normal, que ni siquiera tenía calefacción y en la que, en lo crudo del invierno, dábamos clase en torno a una estufa que nuestra conserje Josefita encendía para que pudiéramos llegar vivos a la licenciatura; a pesar del famoso Servicio Social, que terminé cumpliendo para fingir que me dejaba adoctrinar por la Sección Femenina, ya que la adhesión al Movimiento era condición ineludible para convertirme en maestra; a pesar de todo eso… jamás me arrepentí.

En 1961 oposité para dejar de ser una simple maestra y convertirme en maestra nacional, es decir, para adquirir una plaza en propiedad. De las cien personas que aprobamos las oposiciones en la provincia,

setenta y cinco éramos mujeres. Entre ellas, yo gané una buena aunque provisional en el grupo escolar Blas Sierra, de los más modernos de Palencia. En él comencé a aprender todo lo que tanto he necesitado después, principalmente gracias a mis errores.

Con todo, ese no iba a ser mi nuevo lugar en el mundo, ya lo sabía yo, porque en aquellos años los funcionarios estábamos obligados a participar en un concurso de traslados de ámbito nacional.

Así llegó mi destino definitivo, si hay destino en esta vida que pueda llamarse así.

Fue un jarro de agua fría, una broma amarga del sino, una burla del demonio hiriente de la ironía: la plaza que el bombo del Ministerio de Educación Nacional me adjudicó para el curso 1962-1963 fue el colegio Fernán González de Alcobendas, muy cerca de Madrid.

Y a menos de ocho kilómetros de la piscina Stella.

◆ ◆ ◆ ◆

El lunes 8 de enero de 1962 supe cuántos sacrificios es capaz de hacer una madre por sus hijos, con una singularidad que solo la maternidad es capaz de conseguir: que ni ella misma sepa que se trata de un sacrificio.

Doña Ketta había hecho muchos por mí, lo comprendí ese día. Me tuvo al mismo tiempo que una bomba caía a las puertas de Palencia y el dormitorio del piso de San Marcos en el que ella me paría con dolores se quedó sin luz. Me crio sola y sin moverse de la ciudad siempre a la espera de mi padre, el ausente, mientras él se embarcaba en Ferrol para alejarse durante muchos meses de nosotras, un año tras otro, cuando lo más seguro es que ella hubiera deseado huir con Mateo, mi tío el poeta, para vivir su amor en libertad. Renunció a mí y me mandó a Madrid, junto al primo lejano de cuyas caricias se había visto privada desde siempre y que tanto le insistía en que «la niña tiene que respirar un poco, Ketta, por Dios, déjala que viva», sin importarle quedarse sola y ser ella quien dejara de respirar para tragarse toda la niebla del mundo y sustituirme a mí por humo en lo más profundo de su alma.

E hizo un último sacrificio, el que más le lloré y el que, si hubiera podido, le habría suplicado que jamás me entregara: el segundo lunes de 1962, el día en que yo me disponía a salir de casa con una carta en el bolsillo todavía sin franquear y dirigida al ministerio en la que renunciaba a mi destino en el colegio de Alcobendas por razones personales y, por consiguiente, a ser maestra con plaza propia para el resto de mi vida…, ese mismo día, Enriqueta Santiago Higuera tuvo su último ataque de tos y se murió.

5

Dejé arreglados todos mis asuntos en Palencia gracias a la visita de mi tío, que me ayudó con lo peor que les queda a los vivos cuando los seres queridos se van.

Entre otros, lo más doloroso: la retirada de la lechera de aire, ya vacía, de la que nadie podría volver a extraer oxígeno.

Y lo más práctico: el cierre y la venta de lo único que me legó mi madre, la casa de San Marcos, aunque para ello Mateo tuvo que apoyarme. A los veinticinco, me faltaban unos meses para ser mayor de edad y estaba sola, de modo que se convirtió en mi tutor ante notario y, puesto que ni aun así podía tener una cuenta corriente propia, como ninguna mujer de este país, él ejerció de depositario de mis cuatro pesetas.

Fue duro volver a verle por primera vez desde que leí la carta en la que declaraba su amor por mi madre y por mí también. Yo había crecido, ya no era una adolescente impresionable y llorosa, pero esa no era la razón. El verdadero motivo fue que entonces sabía lo que no sabía cuando, siete años antes, me despedí de él en Atocha.

Al ir a recogerlo a la estación del Norte no pude contenerme y me lancé a su cuello.

No nos hicieron falta palabras. Los dos lloramos abrazados largo rato; no sé cuánto duró, allí, en el andén, sin importarnos las miradas. Si mi tío se había guardado dentro un amor frustrado durante tanto tiempo, qué más daba que ahora perdiese unos minutos en sacar al exterior solo un poco de ese dolor.

—Ea, vamos, cielo, que tenemos mucho que hacer. —Le costó rehacerse, pero era valiente.

Lo hicimos: fueron varios días de gestiones intensas en los que no se mencionó el nombre de mi madre más que ante las ventanillas que nos preguntaban por él.

—Aquí tienes la cartilla, Sara, quédatela tú —me dijo cuando completamos todas las pertinentes—. Yo solo te pongo los dinerillos a trabajar por tu futuro, que algún día este país cambiará y para entonces espero que te ayuden a que seas y hagas lo que tú quieras.

—Debería quedarse este dinero, tío. Con todo lo que yo le debo a usted…

—Tú a mí no me debes más que ser feliz. Y libre, niña, libre, eso es lo que me debes de verdad.

Volvió a encogérseme el alma cuando regresó a Madrid, aunque esta vez sabía que la separación sería corta.

Después, acordé con el Blas Sierra que adelantaría unas semanas mi partida para poder presentarme a mi nuevo colegio de Madrid antes de que terminara el curso y antes también de que yo comenzara el mío como maestra titular en septiembre.

Pero, sobre todo, antes de que el corazón me estallara al pensar que estaba a punto de regresar a donde creía pertenecer de verdad.

Y, por fin, el 15 de mayo de 1962, tomé un tren con dirección a Madrid.

◆◆◆◆

Es difícil describir lo que sentí al llegar a la estación de Atocha, esta vez con tres maletas y un baúl cargados con todo lo que tenía, como lo que significó para mí realizar el mismo viaje de hacía diez años hasta Arturo Soria. El mismo no, en realidad. Fue uno muchísimo más largo.

—Vamos pallá —me dijo el taxista al decirle yo mi destino y al echar él el taxímetro a contar.

Pero me mintió. No íbamos hacia allá.

Me tomó por lo que era, una visitante de provincias, pero también por lo que no, una que no conocía Madrid, y decidió recorrer la ciudad entera hasta llegar a mi destino.

Mi espíritu de maestra estuvo a punto de lanzarle uno de los rapapolvos antológicos que eran mi especialidad en el aula en cuanto lo vi girar en Atocha a la izquierda en lugar de a la derecha, pero mi otro espíritu, el nostálgico de la ciudad a la que tanto amaba y había

abandonado hacía mucho tiempo, me aconsejó que esperase un poco.

Así pude ver que el Madrid que recordaba sin duda había cambiado tanto como yo.

Encontré más automóviles, más modernos y que corrían más. En especial unos redondos que se repetían en cien colores diferentes y que, en zigzag y a sorprendente velocidad, atravesaban las calles como pelotillas rodantes. Se llamaban Seiscientos y también los había en Palencia, aunque muchos menos. En Madrid eran plaga.

—¡Tontolaba, que estás agilipollao, a ver si miras por dónde vas, cenutrio! ¿Ha visto usté, señorita? —El taxista llevaba una mano en el volante y la otra fuera de la ventanilla para hacer gestos amenazantes y obscenos a todos los conductores que compartían ruta con él, así trataba de distraerme sin conseguirlo—. Ahora to quisqui tié un seílla y ya se cree sandiós. A la chatarra los mandaba yo a todos.

Sin dejar de arengar él y en silencio yo, callejeamos por Lavapiés y después por Embajadores. En la avenida de José Antonio me reencontré con el majestuoso cine Callao y se me encendió de nuevo la admiración por mi tío, el arquitecto Santiago, y por quien fue su jefe, Luis Gutiérrez Soto, que lo habían construido.

Algunos mercados se habían renovado, como el de la plaza de la Cebada, que estaba aún sin terminar, y otros seguían igual que toda la vida, como el vetusto de San Miguel.

Incluso vi un elefante haciendo el pino en Fuencarral, cerca de la iglesia de San Antón, para animar las fiestas de San Isidro, en lo que consideré el símbolo de la reinvención de una ciudad de aluvión que trataba de olvidar que había sufrido una guerra y que, por lo que veía, ya había empezado a tomar conciencia de que era, realmente, una capital.

Aguanté hasta el elefante y sus cabriolas. Había tenido suficiente para resarcirme de la melancolía. No necesitaba ver más.

Y entonces sí que saqué a relucir el talante que usaba cada día para domar una manada de niños indómitos.

—Mire usted, señor taxista, va a desenchufar ahora mismo el trasto ese que no hace más que sumar números, que ya me ha engañado lo suficiente por hoy y no pienso pagarle más de las diez pesetas que

marca en este momento. Así que tire usted por Bárbara de Braganza y Fernando VI, después gire a la derecha, cogemos el paseo de Calvo Sotelo, salimos a Cibeles y todo Alcalá para arriba hasta el camino de Aragón. Ahí ya le indicaré yo. Y si no está de acuerdo, pare aquí mismo, que hay un cuartelillo de la Guardia Civil.

Surtió efecto. Siempre surtía. Como los alumnos en clase, el hombre no volvió a abrir la boca. Condujo en línea recta, sin desviarse ni una sola calle.

Gracias a eso, tuve tiempo para pensar en que no solo había cambiado Madrid. Tampoco yo era la misma ni los ojos con los que la veía, que habían llorado más de lo que habían llorado a los quince años. El mejor indicativo de la edad es la acumulación de lágrimas, me dije.

En esos pensamientos tristes andaba cuando, subiendo por Alcalá, me sorprendió un griterío. Eran cientos, miles de mujeres marchando juntas. Taponaban la calle y nos impedían el paso.

Llevaban grandes carteles, que después supe que se llamaban pancartas, con lemas que me intrigaron: Solidaridad con las mineras, Mujeres de Madrid con las de Asturias, Por el carbón y por la libertad, La mina, siempre unida y muchas más que no recuerdo.

—Voy a tener que ir tirando pa la derecha y no tieso, señorita, si usté no tié inconveniente, que aquí las féminas nos han cortao la vía.

No soportaba el casticismo grueso de aquel taxista, pero tenía razón. Debíamos desviarnos para llegar a nuestro destino. No quedaba más remedio.

Con todo, me intrigó lo que había visto: tantas mujeres juntas que peleaban por lo que ni siquiera era suyo, que Asturias quedaba muy lejos. No las entendía del todo ni tenía suficiente información sobre lo que pedían; solo sabía que eran una estampa tan inédita ante mis ojos como el elefante de la calle Fuencarral.

Hasta que, de repente, lo vi y todo lo demás se esfumó de mi cabeza.

Ahí estaba. El corazón se me volvió a poner del revés, como en 1952.

Seguía siendo un cuento de hadas hecho realidad que me hizo

olvidar lo que había pensado y visto desde que llegué a Atocha.

Sentí paz. No, nada de lo verdaderamente importante había cambiado en Madrid. Los sitios en los que hemos sido felices jamás pueden morir en la memoria, por muchas lágrimas que nos dé la vida.

Recapacité en lo que la baronesa Blixen nos había enseñado hacía mucho tiempo en una de sus visitas: que los lugares inalterables son nuestros verdaderos lugares en el mundo, ya estén en una colina de África o en una loma de Madrid con un trasatlántico encima.

Y yo estaba a punto de regresar al mío.

6

Tuve que esperar al día siguiente para pisarlo, porque había anochecido cuando entré en el hotelito de Rodríguez Illanes esquina con Arturo Soria.

Mi tía Sol salió a recibirme con el mismo delantal de siempre, eso me pareció, y ni siquiera aguardó a que atravesara el porche para correr a abrazarme.

También me emocionó ver a Mateíto, un adolescente desgreñado que llevaba una cazadora de cuero negro y debajo una camiseta estampada con la cara de Elvis Presley, y que solo me dirigió un gruñido. Lo tomé como un saludo.

Detrás de ellos, mi tío Mateo. Pero él sí que había cambiado. O quizá no tanto, porque hacía pocos meses que lo había visto en Palencia, aunque entonces mi tristeza me impidió reparar en la que él traía encima.

Aquella noche me fijé mejor. No descubrí la pena con culpa de hacía diez años, sino aflicción de verdad. Dolor hondo, del que cuesta sacarse de dentro. Lo reconocí porque era el mismo que el mío. Y ambos, por la misma persona.

Sin embargo, agradecí que no se hablara de ella durante la cena, solo un pésame breve y turbado de mi tía.

Después, el ambiente se relajó, sufrí como pude la incombustible sopa de tapioca que jamás faltaba en la mesa de mis tíos y contesté a las preguntas de Sol, decidida a achicharrarme con ellas.

Me respetaba mucho, me dijo, porque me había convertido en maestra funcionaria.

—Que no es cualquier cosa, solo los listos aprueban una oposición y consiguen una plaza a la primera como tú, hija mía, qué orgullo para la familia, y encima con trabajo fijo para toda la vida. Te ha tocado la lotería, corazón.

Pero también le daba mucha lástima.

—Con lo bonita que eres y el tipito que se te ha quedado, niña, qué diferencia de cuando tenías quince años. Pero ¿ni así ni con eso tienes novio? A ver si te vas a quedar para vestir santos como esas dos amigas tuyas, qué desperdicio…

Esos dos desperdicios eran lo siguiente que yo estaba deseando volver a ver. Amparo y Julia formaban tanta parte de la Stella como de mi vida, y juntas en ese lugar, el todo que, creíamos entonces, ya no volvería a desmembrarse jamás.

◆◆◆◆

El que nos dimos esa misma noche fue el abrazo que más necesité de todos los que recibí después de la muerte de mi madre.

Primero llegó el de Julia. Volvió tarde ese martes festivo, el día de su cumpleaños, porque lo había pasado en Hoyo de Manzanares con su única pariente viva, Matilde, que también había dejado de ser monja y ahora vivía en la sierra.

—Ay, Sara de mi alma, qué alegría tan grande tenerte aquí… Pero mírate, lo guapa y lo fina que estás, y tan lista, toda una maestra ya, si es que tienes una cabeza que vale un imperio. Ay, Sara de mi alma, de mi vida y del amor hermoso, qué alegría tan grande…

—Y tú, Julia, qué guapa estás, pareces otra, y ese vestido que te queda tan bien, y esa sonrisa… Madre mía, qué ganas tenía de verte.

Seguimos abrazándonos y alabándonos en el cuarto de servicio del hotelito, que volvíamos a compartir como cuando teníamos quince años. Nada podía hacerme más ilusión.

A medianoche, cuando ya llevábamos un rato de confidencias, Amparo saltó por nuestra ventana con mucha soltura. Llevaba tiempo haciéndolo en mi ausencia, sabía muy bien cómo entrar y salir de ese cuarto sin romperse una pierna.

—¿Has estado en…? —le preguntó Julia una vez que terminamos de darnos piropos, besos y abrazos tan largos como los nuestros de hacía un rato o quizá más, porque era la primera vez que abrazaba a mi amiga después de saber que su madrina, Amparo la Mayor, había

muerto de una gripe mal curada el pasado invierno.

—Sí, de allá vengo.

—¿Y había mucha gente?

—No cabía un alfiler.

—Pues qué alegría tan grande, hija.

Hacía mucho tiempo que no las veía y, al oír esa conversación misteriosa cuyos entresijos las dos compartían y yo no, me di cuenta de la enormidad de mi ausencia.

Ellas también. Se miraron y solo con los ojos se dieron permiso la una a la otra para explicarme los detalles imprescindibles de forma que lo comprendiera sin entrar en honduras:

—Es que fui a la manifestación esa porque el Miguelón ahora es minero. Marchó hace ya para la mina Nicolasa de Mieres, que no quería ser mozo y aquí nadie le daba trabajo de cantante.

No me pasaron desapercibidos los cambios en el lenguaje de Amparo. ¿Dónde estaba su idioma antiguo?

—Yo vi un montón de mujeres en la calle cuando venía en el taxi, ¿eso es una manifestación?

—Manifestación la llaman. ¿Viste? Fue impresionante, ¿a que sí?

—Y que lo digas. ¿Tú estabas allí?

—Estaba, aunque costó volver, ¿eh?, que venían los grises dando palos y a alguna llevaron…

—¿A la cárcel…?

—O más lejos.

—Venga, ya está —interrumpió Julia—, se acabó el politiqueo, que ahora estamos juntas otra vez las tres y tenemos mucho que contarnos. Ay, Sara de mi alma, pero qué alegría tan grande…

Era verdad: la alegría era grande, teníamos mucho de qué hablar y no nos costó saltar de un tema a otro hasta liquidar tantos años de separación.

Mientras conversábamos, me di cuenta de que la Julia y la Amparo con las que me encontré a mi regreso a Madrid también eran otras y al mismo tiempo las de siempre.

Quizá decir que habían madurado no fuera una impresión, sino tan solo una descripción. En realidad, una obviedad: todo el mundo había

madurado, porque todo el mundo tenía diez años más que cuando nos conocimos. Y nuestra década era más decisiva que las de otras personas, porque de los quince a los veinticinco hay un universo de distancia.

Lo que vi entonces fue que Julia y Amparo se habían convertido en mujeres. Sí, esa era la mejor forma de definirlas. Mujeres enteras, como las de la manifestación.

Cuando mi tía Sol nos obligó a apagar la luz y antes de que se marchara Amparo, las dos me tomaron de las manos para terminar aquel primer encuentro y dar énfasis a una declaración más seria y solemne que si me estuvieran pidiendo en matrimonio:

—Sarita, por muchos años que hayan pasado, tú has sido y sigues siendo nuestra hermana del corazón —me dijo Julia en nombre de las dos— y te prometemos que eso no va a cambiar nunca. Palabra de honor. Ahora que la madrina de Amparo no está y doña Ketta tampoco, nos tenemos nosotras. Jamás dejaremos de ser amigas y jamás dejaremos de querernos.

No supe qué contestar. Solo se me escapó una lágrima, otra que se me iba a acumular en el alma con las demás.

De nuevo, me vino Tania Blixen a la mente: el agua salada lo cura todo.

Y, si las amigas lloran juntas, lo cura antes.

7

Volver a la Stella la mañana siguiente fue como atravesar de nuevo la puerta del futuro por la que había entrado en Atocha y regresar al pasado.

Pero a un pasado luminoso. Fue un retorno a la magia.

El agua de la piscina era más azul que nunca, aunque, con el frío que estaba haciendo esa primavera rara, «no va a haber guapo que se meta, ya me contarás tú», me dijo Sol.

—Lo que siempre hemos tenido hasta arriba es la pista de baile —mi tía seguía sin ser amiga del club y, sin embargo, noté que había dulcificado un poco el acento de sus críticas—, que no sabes la que se ha montado aquí esta Nochevieja, la Virgen santa.

A Mateo se le hinchó el pecho:

—Las mejores campanadas de todo Madrid, las nuestras. Este año hemos abierto unos días en invierno y ahora vamos a inaugurar la temporada oficial, con piscina incluida, este fin de semana, el de después de San Isidro, como siempre. Has llegado a tiempo para la fiesta.

—Ya puedes ponerte guapa, porque, eso sí —intervino mi tía—, aquí solo viene lo mejorcito. De condesas para arriba, todos los días.

—Como hace diez años, que ya entonces venían —dije yo.

—Qué va, qué va. Muchas más y a cuál más bonita y elegante, con unos modelitos que… madre mía. Y actrices, un montón de actrices de Hollywood, porque ahora España está de moda, para que después digan, aunque esas me gustan menos, son un poco descocadas. Pero guapas, guapísimas, ya las verás.

La miré más despacio. ¿Era una falda de Chanel lo que Sol llevaba debajo del delantal? Mi tía, decididamente, había cambiado también.

Mateo me dio un codazo y me dijo:

—Ya te contaré, ya, Sarita. Esto está siendo algo muy importante y

quiero que tú lo conozcas bien.

Me gustó el tono de mi tío. Me trataba como lo que era, una adulta, y no en la forma en que los demás trataban a las mujeres. Él me hablaba como a una amiga. Mejor aún: como a una igual.

—Si no te importa, Sol, querida, me llevo a la niña a dar un paseo. —Después se dirigió a mí—. Ven, cielo, que te voy a enseñar las cosas nuevas que hemos hecho por aquí.

A mi tía no le importó nada no tener que acompañarnos; qué le iba a importar, si los jardines estaban vacíos y aún no había actrices a las que admirar.

Agarré a mi tío del brazo y salimos los dos al sol de la mañana. La verdad es que al pobre Mateo el corazón le había dado muchos más disgustos que el bolsillo desde que fue nombrado director de la Stella, y eso es algo que les suele pasar a las personas buenas que hacen dinero con honradez.

El disgusto más reciente fue el de mi madre. Yo sabía por qué lloraba por ella más de lo que un primo lejano llora por otro. Para entonces ya era capaz de distinguir las lágrimas de amor, y las suyas me enternecían hasta dejarme el espíritu derretido.

Pero es que, además, también era un llanto acumulado.

◆ ◆ ◆ ◆

Por Joaquín Blume, entre otros. Se acordó de él cuando pasamos por delante del gimnasio. Se habían hecho muy amigos en los años transcurridos desde que se conocieron.

El deportista que entrenaba con las anillas que Mateo había instalado en la Stella no hizo más que cosechar éxitos internacionales después de Helsinki y se volvió más famoso aún por un ejercicio dificilísimo que, aunque otros ya lo hicieron antes que él, Joaquín perfeccionó gracias a la Stella.

—A ese ejercicio lo llamaban el cristo. —Mi tío tenía ganas de confidencias—. Joaquín nos dijo que, si no hubiera sido por lo mucho que lo practicó aquí, no habría ganado lo que ganó en París. Ya ves…

Calló unos segundos antes de seguir:

—Al final se casó con la chiquilla aquella, María José, la que conociste tú cuando te invitaron a la mesa de los condes y de la baronesa, ¿te acuerdas? Sol y yo fuimos a la boda. Ese día, tan elegante él, con su chaqué y su chistera, ni corto ni perezoso se colgó de las anillas y se hizo un cristo vestido así, con la sonrisa más ancha de su vida. Si lo hubieras visto…

Sí, ojalá hubiera visto todo eso.

—Y solo un año después…, ya ves tú.

No, no lo vi. Ni él pudo seguir. Pero yo lo sabía.

Para el miércoles 29 de abril de 1959, Joaquín Blume había conseguido ya que, por fin, el Régimen valorara a los atletas lo suficiente como para pagarles viajes en avión y no en trenes de tercera. Ayudó que los mejores deportistas fueran rusos y que las nuevas generaciones de españoles comiéramos mejor de lo que habían comido nuestros padres en la posguerra. No había que desperdiciar cualquier posibilidad de que el centinela de Occidente consiguiera derrotar al monstruo soviético.

Ese día, Joaquín y María José volaban de Barcelona a Tenerife con escala en Madrid para participar en una exhibición deportiva, pero el aparato se desvió de la ruta a causa de una tormenta. A la altura de Cuenca, se perdió el contacto con él y poco después se oyó un estruendo en las estribaciones de la sierra del Telégrafo.

No hubo supervivientes.

—Me lo dijo Raimundo Saporta, ya sabes, el vice del Madrid —mi tío lloraba mientras hablaba—, que viene mucho por aquí, y me pidió que llamara a su padre en Barcelona para informarlo…

—Pero ¿cómo le puede pedir a usted nadie que haga algo tan duro y horrible, tío?

—Raimundo sabe que soy amigo de la familia, es mejor que estas noticias te las cuente una voz amiga, solo que…

Solo que hay cosas que ni una voz amiga es capaz de contar.

Armand Blume descolgó el auricular al segundo timbrazo:

—Hombre, Mateo. —Nunca perdió la vocalización dilatada de su idioma nativo—. ¿Llamas para hablar con Joaquín? ¡Qué lástima! Esta misma tarde ha salido para Madrid con todo el equipo. No creo que

tenga tiempo de veros porque van a Tenerife, ¿sabes?

Mi tío le dio las gracias y colgó. No tuvo valor ni corazón suficiente.

—No pude, Sarita, cielo, no pude…

Ese era mi tío. Y aquella, otra muerte más en el camino de la Stella y una de sus ausencias más lloradas.

◆◆◆◆

Todavía hablaba con Mateo en nuestro paseo tratando de consolarlo por el recuerdo de Joaquín cuando vi un rostro conocido avanzar hacia nosotros. Mi tío cambió de gesto. Se le dulcificaron los ojos y le asomó una sonrisa.

—Hombre, muchacho, ven acá, que quiero que saludes a mi sobrina. No sé yo si llegaste a conocerla. Estuvo aquí hace muchos años, ¿cuántos, Sara?, siete u ocho por lo menos…

Era un hombre alto y musculoso dentro de una camisa algo más pequeña de lo que su talla requería. La llevaba remangada y un poco sudorosa. Se limpió las manos con un trapo sucio de grasa y me tendió una de ellas a medida que se acercaba a mí sonriendo.

Le faltaba la gorra de espiga, los pantalones deshilachados y los granos de la cara, pero supe quién era en cuanto lo tuve más cerca.

—Hola, Renato, me alegra saludarte otra vez.

Se me quedó mirando y no pudo reprimir una carcajada y una exclamación, sin darse cuenta de que mi tío estaba delante:

—¡Coño, la fantasma!

Me azoré como si de nuevo fuera adolescente. Nos reímos los dos y después tuvimos que explicarnos ante Mateo, aunque evitamos hablar del sótano y nos limitamos a la anécdota de los Episodios Nacionales heredados de don Manuel.

—Renato está aquí para hacer las reformillas que un sitio como este necesita cada día, que si un ladrillo que se cae, que si una pared que se desconcha…, ya te imaginas. Mejor que él, que fue capataz en la obra del 52, no conoce nadie esta finca.

—Bueno, don Mateo, mejor que yo la conoce usted, que fue el que la hizo…

En ese momento nos interrumpió Jesús con el andar saltarín que recordaba, siempre apurado y preocupado por algo que necesitaba la intervención inaplazable de mi tío, pero que, una vez que la lograba, de repente perdía toda la urgencia y se quedaba en una simple cuestión de intendencia. Siempre, siempre igual.

El bueno de Jesús, el *maître* y encargado, que tampoco había cambiado. Y que, por cierto, ya no era solo *maître* y encargado.

—Mira, Sarita, aquí Jesús Balsera ahora es mi mano derecha, el administrador de la Stella. ¿Lo recuerdas? Claro que lo recuerdas, qué cosas digo, como él a ti, lo que te hemos echado de menos. Y qué bien que tengamos a Jesús y Renato juntos esta mañana, así ya ves a los dos hombres de mi confianza, que también lo son de la tuya para lo que necesites.

—A sus pies, doña Sara, muy feliz de volver a verla tan, tan… tan señorita. Sea bienvenida a esta su casa —me dijo Jesús besándome la mano, igual de ceremonioso conmigo como lo era con las marquesas de hacía diez años, y aquello me hizo mucha gracia—. Lo único es que, si me permite hablar un minuto con su tío, verá, don Mateo, es muy importante, con su permiso, señorita…

Cómo no iba a dárselo si el pobre Jesús no conseguía pronunciar una frase coherente y parecía a punto de estallar.

Cuando mi tío desapareció con él en el interior de los salones y nos quedamos Renato y yo solos no supimos qué decirnos, así que decidí romper el hielo:

—¿Y qué? ¿Te has leído ya los veintitrés tomos de Galdós?

Renato rio, más relajado.

—Me quedé en el *Cánovas*, empecé por el final e hice mal. ¿Y tú cómo estás, después de tanto tiempo? Supe que había muerto tu madre, te acompaño en el sentimiento, si me dejas que te tutee.

—Pues claro, hombre. Estamos en los sesenta, no hace falta tanto protocolo como el de Jesús. Gracias por el pésame. Yo estoy bien, tratando de adaptarme. Tenía muchas ganas de volver.

Él me miró de forma extraña y me dijo algo más extraño todavía:

—Y yo, aunque no lo creas, también tenía muchas ganas de que volvieras…

Me sonrojé como no me sonrojaba desde que mis amigas y yo hablábamos de cómo hacer el amor a base de besos. Porque la memoria, que a veces es traicionera y delatora, me trajo esa conversación a la mente nada más ver a Renato. Es decir, en el momento menos oportuno para poder desechar el recuerdo.

Menos mal que llegó Amparo. Venía cargada con una olla que estaba tapada y aun así olía a gloria:

—Ya os topasteis, ¿no? Iba yo a ver si os juntaba, porque algo quedó pendiente va diez años ya.

—¿A nosotros? ¿Pendiente…? —Primero me sonrojé y después quise matar a la indiscreta de mi amiga, tan traicionera y delatora como la memoria.

—Bueno, vosotros veréis, que yo voy llevar esto al restaurante. A poneros al día los dos si os da la gana y, si nun, cada uno por su lado.

◆◆◆◆

Nuestros días respectivos habían sido muy largos y habían durado una década entera. Antes de ese tiempo Renato y yo solo nos habíamos encontrado en dos ocasiones y la segunda ni siquiera pudimos hablar, pero Amparo, que me conoció entonces y me seguía conociendo igual de bien, tenía razón, al menos en lo que a mí respectaba: algo se me había quedado pendiente.

—La última vez que coincidimos te estaban esposando aquí mismo, junto a aquella mesa. Me contaron que estuviste un tiempo en la cárcel y que después te fuiste de Madrid…

Renato bajó la voz.

—Sí, todo eso fue así, pero don Luis y tu tío me ayudaron, no te imaginas cuánto. Nunca podré darles las gracias, sobre todo a don Mateo. Se lo debo todo. Cuando salí, me buscó trabajo en una obra de Linares y hasta me mandó dinero. Tu tío es un santo, y yo nunca podré pagarle todo lo que hizo por mí.

—Sí, es un hombre extraordinario. Pero ¿qué pasó? ¿Por qué te pillaron?

—Porque era joven y tonto, pero eso ya no me va a volver a pasar.

—¿Es que sigues metido en política?

—En política estamos todos hasta el cuello mientras viva ese tirano.

Miré alrededor por si nos había escuchado alguien. Nunca había oído hablar así de Franco, ni siquiera en la Escuela de Magisterio, en la que todos éramos jóvenes y queríamos cambiar el mundo, pero no a España. A España no se la tocaba. Al menos, en Palencia.

—Yo no lo estoy mucho, no creo que me llegue más arriba del tobillo —le respondí en voz más baja todavía que la suya—, aunque tampoco me importaría estarlo un poco más.

Renato me miró con el ceño fruncido.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—¿Qué pasa? ¿Que esto también es como Soberano, solo cosa de hombres, o qué?

—No, no, si yo no he dicho eso.

—Haces bien en no decirlo, porque ayer vi a unas mujeres que ya quisierais muchos.

—¿Viste la manifestación?

—Lo que vi fue a un montón de ellas juntas por la calle Alcalá que llevaban sábanas pintadas con frases sobre los mineros de Asturias.

—Pues viste lo nunca visto aquí, tienen más cojones que todos los hombres de Madrid juntos, con perdón. Franco está que trina. Ayer se llevó a más de cuarenta a la trena.

—¿Presas? ¿A cuarenta mujeres de las de ayer? ¿Y por qué?

—¿No has oído hablar de la huelgona?

—No, ¿qué es eso?

—Empezó con la minería asturiana, que está en huelga desde hace un mes, pero ahora ya también la han seguido el metal, los astilleros y la construcción. Esto no hay quien lo pare.

—Pero ¿qué quieren, por qué hacen huelga?

—¿Qué se quiere cuando no se tiene nada?

Callé, lo pensé y dije en susurros, como toda nuestra conversación:

—O sea, que son revolucionarios de los de Galdós, «díscolos… contumaces en la rebeldía…» —lo declamé como si fuera Aurora Bautista: tratando de parecer trascendente—. No se me ha olvidado el *Cánovas* del tomo veintitrés, ya lo ves.

—No sé lo que son, pero yo soy como ellos.

—¿Revolucionario o díscolo?

Lo estaba empezando a poner nervioso, lo noté.

—Lo llames como lo llames, lo que está claro es que hay que cambiar este país.

—Si me explicas cómo, a lo mejor yo también quiero cambiarlo, lo mismo que tú y que las mujeres que vi ayer. A lo mejor resulta que también soy una revolucionaria.

—¿Tú? ¿Una señorita pera y bien vestida? Vamos, que no te veo yo con una pancarta. Y, aunque te viera, no sé, igual a tu…

—¿Igual a mi qué?

—No, nada.

—Acaba, hombre, dilo, que seré pera pero no muerdo.

—Que igual a tu novio no le gustaría mucho que te pasaras al otro lado.

Acabáramos, pensé. Así que eso era lo que el revolucionario quería saber.

Una mariposa me revoloteó por el estómago. Me acordé de Germán, el que durante un curso entero fue lo más parecido a un novio que tuve en Palencia: cuatro cafés en el Palentino o en el Royal, algún baile en el casino, muchas sesiones continuas en el cine Castilla y una Nochevieja en el Gran Vía, hasta que me pudo el aburrimiento y decidí que la soltería era mucho mejor que prometernos tedio infinito hasta que la muerte nos separase.

—Pues seguro que le gusta tanto como a la tuya que te hayas pasado tú. —Pagué a Renato con su misma moneda.

Él, a diferencia de mí, tardó en reaccionar, bajó la mirada y terminó confesando:

—Es verdad, a mi mujer le gusta lo justo.

La mariposa, de repente, dejó de batir las alas. Ya estaba todo dicho, así que traté de salir airosa.

—Hijo, pues lo mismo tiene razón la chica y a mí tampoco acaba gustándome. Mejor lo dejamos.

—Sí, mejor lo dejamos.

—Hasta luego, ya nos veremos por aquí.

—A las buenas.
—Con Dios.

8

Julia Puente Ramón ya había decidido lo que no quería ser: monja.

Pero en 1962 aún no tenía demasiado claro cuál de sus otras dos vocaciones pesaba más, ni si, a los veinticinco, estaba a tiempo de decantarse por alguna. Para ser enfermera le faltaban horas en el día, porque mi tía Sol ya no solo la empleaba como criada, sino como confidente y paño de lágrimas. Y para bailar le faltaba práctica, aunque seguía probándose a sí misma cada jueves en la pista de la Stella, ya que tenía algo de dinero propio con que costeárselo y edad para poder entrar siempre que le dieran permiso mis tíos.

Lo único que había conseguido por el momento era convertirse en la persona en la que más confiaba su señora. Y eso no lo lograba cualquiera.

—Julia es un desperdicio. —Otra vez, qué manía les tenía mi tía a los despojos—. Sí, Sarita, uno muy grande, tan limpia, tan ama de su casa, tan buena, tan mona y tan modosita, pero todavía sin novio. Qué pena y qué desperdicio, por Dios bendito.

El tal desperdicio, sin embargo, se había convertido en una mujer muy bella y sofisticada. Eso pensé y así la vi la noche que acudí al baile de inauguración de la nueva temporada en el club de la Stella, el fin de semana después de mi llegada.

Yo llevaba un modelito que en Palencia era el no va más: un vestido de cóctel de satén rojo cereza con cinturón celeste que me había hecho para mi graduación Pepi, la modista de los Cuatro Cantones que le cosía a mi madre de toda la vida, después de ver un desfile de Laroche en el ¡*Hola*!

Mi vestido era bonito, no digo yo que no, pero el de Julia era deslumbrante: una sobria túnica de crepé negro, ajustada y recta hasta los pies, con los tirantes anudados en un hombro con un lazo. También lo habíamos visto Pepi y yo en la misma revista muchos años

antes y sabíamos que se trataba de un diseño antiguo de Dior. Pero el de Julia era el de verdad, no hecho con patrones caseros, como el mío. El mismo vestido que ya había visto yo en el armario de mi tía Sol cuando era una niña, solo que lucido en una percha más armoniosa.

Julia completaba la imagen con un moño mucho menos tirante que el que solía llevar y que hacía que su pelo trigueño resaltara con el negro del vestido, los pequeños pendientes de oro en forma de corazón que le traje como regalo de cumpleaños y unas originalísimas medias que tenían piedrecitas y lentejuelas en el talón y en la puntera para lucirlas con las sandalias abiertas de medio tacón.

Mi tía Sol la acompañaba. Era visible que estaba orgullosa de Julia, de aquella belleza sin asomo de artificio, ni siquiera más maquillaje que un ligero rubor en los labios y las mejillas, y que consideraba obra suya. Y feliz al saber que esa chiquilla, a pesar de la pena que le daba verla a su edad sin un hombre al lado, tenía tanto empaque como para insuflar nueva vida a un vestido que sin ella se habría apolillado sin remedio.

No sentí ni el más mínimo asomo de envidia, en serio. Todo lo contrario: Julia resplandecía y a mí también me llenaba de orgullo. Incluso más que a mi tía, porque, a mi modo de ver, aquella mujer luminosa, muy lejos de ser un desperdicio, era la estrella más fulgurante de un salón de baile tan lleno de ellas que parecía el firmamento en primavera.

Y, además, mi mejor amiga.

◆ ◆ ◆ ◆

Amparo Salas Arias se había limado tanto a sí misma por dentro y por fuera que, cuando alguien recordaba a la Amparo de antes y contemplaba o escuchaba a la de ahora, le resultaba inevitable evocar las muchas diferencias que hay entre el tacto del tronco de un árbol sin talar y la superficie tersa y suave de, por ejemplo, la *boiserie* de mis tíos, sin ir más lejos.

La noche del baile de la Stella apareció tarde, solo cuando se cercioró de que todo en la cocina quedaba en perfectas condiciones

para que los invitados degustaran la mejor cena de su vida. Pero hizo bien porque le pasó lo mismo que a Julia: fascinó a su llegada.

Se había vestido como menos se esperaba que vistiera de fiesta una mujer en el año 1962: con un esmoquin negro de lana de angora con las solapas en contraste de satén y pantalón a juego, tacones de diez centímetros, pajarita roja como la sangre y un pañuelo de seda salvaje del mismo color que yo le había traído de la tienda Martín, el último grito en Palencia, cubriéndole la cabeza y con los faldones derramados por el pecho y la espalda.

Reconocí uno de los esmóquines de mi tío e imaginé que se lo había regalado para que Amparo lo reacondicionase a su talla, mucho más pequeña. Como me había ocurrido con Julia, también me sorprendió la extrema naturalidad con la que lucía aquel atuendo extravagante, la mezcla de desenvoltura y simpleza, lo mismo que la sonrisa que había sustituido al mohín ceñudo de cuando nos conocimos.

Sin embargo, lo que más me asombró de su aspecto fue el enorme parecido con alguien. Al principio no me di cuenta, aunque enseguida caí. Amparo era una versión joven de la baronesa Karen Blixen, nuestra Tania, con algo más de carne sobre su esqueleto y la misma expresión: la de alguien capaz de entender el mundo.

Y también era mi mejor amiga.

◆ ◆ ◆ ◆

Aquella fue una noche fantástica de verdad, con toda el alma y todo el ensalmo de la piscina Stella en su máximo esplendor.

Cuánto había cambiado ese lugar. Mejor dicho, cómo le habían crecido las alas y qué alto lo estaban elevando.

Sonaba la mejor orquesta y la música más romántica. Brillaban velas en cada mesa, que ese día, por ser el de la inauguración de la temporada, ofrecía un cóctel y, excepcionalmente, cena en lugar de almuerzo, seguida de un baile que podría prolongarse tanto tiempo como los invitados quisieran.

Era la misma Stella de 1952, pero más exuberante, más alegre, más esplendorosa y más, mucho más viva que entonces.

Allí estaba todo Madrid y el más importante. No por su prestigio social, sino por ser el más querido entre la clientela que le había sido fiel durante los últimos diez años.

Recordé, no sé por qué, la parábola aquella del hijo pródigo, el que se va de la casa familiar a vivir una vida de crápula y, cuando se cansa y regresa, el padre le organiza una fiesta de antología con el comprensible enfado del otro hijo, que se había quedado doblando la espalda para sacar la hacienda adelante.

Tal vez fuera porque, de alguna manera, quise creer que aquel año mi tío había propuesto inaugurar la piscina con una fiesta organizada secretamente en mi honor para darme la bienvenida a mi vuelta y escenificar en silencio un último acto de recuerdo a su verdadero amor, mi madre. Pero también porque vi a mi primo Mateíto sentado en un rincón y enfurruñado, no sé si por celos de mí o por la americana de cuadros, camisa blanca, corbata y pelo muy repeinado hacia atrás con fijador que mi tía le había obligado a llevar esa noche.

Ya digo que todos, absolutamente todos, estaban invitados. No solo mis amigas Julia y Amparo, sin quienes aquella fiesta no habría sido fiesta para mí.

Entre mis conocidos, acudieron Luis Gutiérrez Soto y su esposa, Asunción Hurtado de Mendoza; Jesús Balsera, el administrador, en noche de asueto con su señora, Soledad Estévez, y Renato con la suya, una jovencita malhumorada a la que me presentaron como Rosalía Lupiáñez y que no quiso bailar en toda la noche.

Cerca de todos ellos había un caballero al que no conocía. Venía sin pareja y tenía aspecto de encontrarse desubicado, como un pez fuera del agua o un pájaro lejos de la rama. Creo que en algún momento de la noche lo vi hablando con mi tía Sol. Nadie me dijo su nombre y pronto me olvidé de él.

Me sentí privilegiada de estar entre ellos, aunque hubo algo al comienzo del baile que me turbó: vi a un hombre que sacaba a bailar a una mujer. Era una estampa simple, cierto, pero lo turbador estaba en los protagonistas. Ambos vestían esmoquin. El hombre era mi tío, y su pareja, mi amiga Amparo.

No sé qué fue. Quizá el recuerdo de mi madre, simplemente al

imaginar cuánto le habría gustado estar en los brazos de Mateo del mismo modo en que Amparo se deslizaba por la pista entre ellos. O quizá una frase inocente, «Qué guapín ye tu tío», dicha a los quince, que es cuando menos importancia tiene todo lo que se dice.

Pero en ese momento vino don Manuel Pérez-Vizcaíno en persona, el padre del dueño del lugar, a pesar de estar ya mayor y achacoso, y me dijo con galantería, tendiéndome la mano:

—Señorita De la Fuente, ¿me haría usted el honor…?

Gracias a él, olvidé a la pareja de los esmóquines y procedí a concentrarme en el resto de la hermosura congregada, que era mucha y refulgente.

Recordaba a más de uno y a más de dos, hasta que, al girar por la pista en brazos de don Manuel, alguien me llamó la atención de forma especial. Yo ya había visto antes aquella mole humana, era imposible olvidarla. Medía casi dos metros y tenía una cara bondadosa que no hacía demasiado juego con su aspecto de bombardero destructor.

—¿Ese hombre tan alto y tan grande no se llamará Alfonso por casualidad, don Manuel?

Él se rio:

—Por casualidad, no. Ese es su nombre verdadero, aunque cuando empezó su carrera le pusieron Pepe. Pepe Chicharro, ¿no te suena?

—Del nombre, ni idea. Pero sí me acuerdo de que hace diez años lo vi romper una silla al sentarse y casi me caigo también de la risa.

—Ahora se hace llamar Hércules Cortez y aquí Jesús le pone siempre una butaca de hierro de las del jardín, por si acaso. Es una estrella en España y, sobre todo, en Estados Unidos.

Ya me había dado cuenta. No se me habían escapado las miradas de admiración que le lanzaban los muchos militares de la base americana de Torrejón de Ardoz que esa noche estaban presentes y a los que era fácil distinguir, aunque se mezclaran bien con la alta sociedad madrileña.

—Hércules Cortez… Qué buen nombre, le pega.

—Se le ocurrió a su mujer. Las mejores ideas siempre se os ocurren a vosotras.

—¿Y a qué se dedica?

—¿A qué crees tú, con ese cuerpo? Pues a una especie de boxeo un poco bruto que se llama lucha libre. Pero ahí donde lo ves con ese aspecto de rinoceronte enfadado, es un pedazo de pan. Y además muy culto, no sé cuántos idiomas habla el muchacho.

Seguí paseando los ojos a mi alrededor. El baile me daba una perspectiva fabulosa.

—¿Y aquella pareja tan rara? —Me refería a un hombre de unos sesenta años con bigotillo y un chihuahua en brazos, que discutía acaloradamente, a veces sin importarle hacerlo en un tono más alto que la orquesta, con su acompañante, una pelirroja guapísima mucho más joven—. No se llevan nada bien. ¿Son padre e hija?

—No, reina. Están casados, él le lleva treinta años a la chica.

—El caso es que el señor me suena mucho.

—Y tanto que te suena, si su trabajo consiste en sonar. Es un director de orquesta que seguramente habrás visto en alguna película. Se llama Xavier Cugat, y ella, Abbe Lane.

—Ah, claro, a él sí que lo he visto alguna vez… —mentí para no tener que confesar lo poco que recordaba de mis escasas escapadas al cine con Germán. Prefería leer un libro junto a mi madre que soportar una película entera aguantando sus dedos en mi escote.

La música se interrumpió y las parejas de la pista nos detuvimos para aplaudir a los músicos y dar la bienvenida a un nuevo cantante. Había cenado en una de las mesas con velas. El aplauso lo acompañó hasta el estrado y se incrementó cuando se acercó al micrófono.

No podía creer lo que estaba viendo.

—A este artista seguro que lo conoces también —me dijo sonriendo don Manuel.

—Cómo no voy a conocerlo, pero si es Antonio Machín…

—En persona. ¿Ves a la señora que está en la mesa en la que ha cenado? Es su esposa, la ama con locura. Se llama María de los Ángeles. Ella es sevillana y él cubano…

Antonio Machín, el de verdad. Seguía sin creerlo.

—El mismo, niña. Le encanta venir, ya lo verás más veces. Y hoy canta para nosotros.

La magia de la Stella, recordé, cuyos prodigios, diez años después,

habían crecido en fascinación y hechizo.

Repiquetearon las maracas, se alzó su voz de caramelo, nos obsequió a todos con *Dos gardenias* y los comensales se pusieron en pie al unísono para aplaudirle.

Don Manuel y yo también, desde la pista.

El patriarca me dijo al oído:

—Pobre. Es un ángel, puede que el corazón más puro que hay aquí, pero ahora ya no lo contrata nadie. Con tanto rock y tanta música moderna, los boleros están pasados de moda. Una pena. Lo que he bailado yo con Machín en mis tiempos…

Los tiempos. Esos que pasan para todos, nos hacen más viejos y traen modas nuevas.

Los tiempos que yo empecé a vivir en la Stella y que entonces, cuando ya me creía en la madurez, me retornaban a mis orígenes, como Machín le devolvía la juventud a don Manuel.

Los tiempos, que son los nuestros mientras nos quede vida, hoy lo sé mejor de lo que lo sabía entonces.

—No diga eso, don Manuel. Estos tiempos también son los suyos, que baila usted mejor que Fred Astaire.

◆◆◆◆

Algo menos filosófico nos distrajo. Un griterío y unas carcajadas rompieron la noche. Machín dejó de explicarnos lo que ocurriría el atardecer en que las gardenias de su amor murieran y la orquesta tocó un redoble de tambores.

Era Hércules Cortez, que caminaba abriéndose paso por la pista con los brazos levantados en ángulo y dos señoras sentadas en cada uno de sus bíceps: en el brazo izquierdo, la mujer de Hércules, Valeri, y en el derecho, ni más ni menos que mi tía Sol riéndose nerviosa, entre el miedo, la vergüenza y la excitación. Ya empezaba yo a comprender por qué creía ella que Ese Sitio había dejado de serlo para convertirse, simplemente, en un buen sitio. Un sitio en el que la gente no perdía el alma, como decía mi tía hacía diez años, sino precisamente donde la encontraba. Y, si no la tenía, donde conseguía una.

El público aplaudió a rabiar y entre carcajadas. Don Manuel, con el gesto un poco más serio de lo que la situación provocaba. Su hijo Manolo, tratando de contener la risa a borbotones. Mi tío Mateo, con mueca de impotencia y, a la vez, divertido. Y yo, sin poder salir de mi pasmo.

Seguí mirando a los presentes por si estaba soñando. Al principio, aquella noche me había parecido irreal, pero comenzaba a pensar lo contrario. Me preguntaba si mis años en Palencia no fueron en realidad los años de sueño y ahora, de regreso a Madrid, estaba despertando a la vida.

Entonces la vi y ella a mí.

◆◆◆◆

Estaba sentada en una mesa con su marido y una pareja a la que no reconocí, aunque sus rostros me resultaron vagamente familiares, seguramente gente importantísima que salía cada semana en el periódico. Todos reían y aplaudían a Hércules y a las dos señoras a las que paseaba sentadas en sus brazos.

Todos, excepto ella.

Elegante como entonces y con el pelo más oscuro y más voluminoso, quizá un par de arrugas imperceptibles alrededor de los ojos, perfecta envuelta en un vestido de rayón azul marino y bordados en el cuello con hilo de oro.

No aplaudía, ni reía, ni dirigía la mirada a la pista. Me miraba a mí.

Me paralizó al momento y paralizada me dejó mientras, ignorando al mundo que bullía a nuestro alrededor, cruzó la pista y llegó a mi lado.

Adele Gifford, la suprema condesa de Romanilla, seguía siendo mucho más alta que yo. Y más esbelta. Y más hermosa. Y mucho más lista.

Chocó las mejillas con las mías para simular dos besos, que se quedaron flotando en el aire.

—Bienvenida, Milady. Me alegra mucho volver a verte. Estás guapísima. Y muy mayor.

No sé si me alegró o me inquietó encontrarme con ella de nuevo.

Antes de regresar a Palencia y desde la escena de la piscina, conmigo sentada en su tumbona y sintiéndome rechazada solo por tener quince años, apenas nos habíamos visto de lejos un par de veces, nunca a solas.

En aquellos años, la condesa siempre acudía a la piscina acompañada de grupos de amigos muy relevantes e influyentes. Unos, condes o duques; otros, productores y directores de cine extranjeros, muchas veces con una nebulosa de gente de las películas alrededor de la estrella que más brillaba, Ava Gardner, gran amiga de la condesa y el objeto de las miradas extasiadas del conde. Pero pocas veces lo hizo para lo que todos los clientes iban a la Stella: a descansar y a relajarse. Para Adele Gifford, la vida social era su trabajo. Solo se distendía mientras dormía. Y eso, me temía yo, le debía de ocupar muy pocas horas al día, aunque su esteticista hiciera milagros para ocultarlo.

Ahora, sin embargo, había pasado el tiempo por las dos. Yo ya no era Milady, aunque ella siguiera siendo una aristócrata altiva.

—Señora condesa, qué alegría tan grande volver a verla. Es un honor y un privilegio tenerla aquí —fingí, pero a ella no le importó. A los patricios les encanta la adulación, aunque sea falsa.

—Qué bien hablas, querida. Se nota que has crecido porque ahora ejerces de anfitriona, lo mismo que tu tío.

Me eché a reír.

—Puede ser. Es que ahora que sé lo difícil que es su trabajo lo valoro mucho más.

—Qué bonito que el amor familiar crezca con los años. A veces sucede al revés.

—Pues en mi caso no, ya ve. He echado mucho de menos a mis tíos.

—Por cierto, supe de la muerte de tu madre. Lamento tu pérdida.

—Gracias, señora condesa.

—Adele.

—¿Perdón?

—Ya te lo dije hace tiempo, pero, ahora que ya somos las dos adultas, te agradecería mucho que me tutearas. Confío en que eso no te haga sentir incómoda.

Esa precisión dejaba muy claro que no me estaba pidiendo que le hablara de tú, sino que me estaba autorizando a hacerlo. El matiz era importante.

—Cuéntame algo de ti. ¿Has conseguido vivir alguna aventura al estilo francés del xvii?

Reí:

—Era muy joven y soñadora, como todas a esas edades.

—Hay sueños que nunca se olvidan hasta que se cumplen. ¿Me estás diciendo que ya no quieres ser Anne de Breuil, la Milady de Richelieu?

—Bueno…, digamos que quiero ser parecida a ella en muchas cosas, pero no exactamente una malvada como la De Winter.

—Pues qué pena. Creo que habrías hecho un papel estupendo en la corte de Luis XIII. Aunque también podrías hacerlo en esta, si quisieras.

Volví a reír.

—Pero si aquí no hay rey… No, yo solo soy maestra y bastante tengo con reinar en un aula llena de niños salvajes. Aunque, mirándolo bien, un poco Milady sí que tengo que volverme a veces para gobernarlos.

—Ya. Yo me refería a otra cosa. Creo que tenemos una conversación pendiente y que deberíamos mantenerla en otro momento y con más tranquilidad. Oye, ¿por qué no nos vemos mañana?

¿Una conversación pendiente? No, lo que ella tenía pendiente conmigo era una disculpa por haberme rechazado entonces, pero dudaba de que se acordara de eso.

Se me notó lo que pensaba cuando contesté:

—Por supuesto, si usted gusta…

—De tú, querida.

—Cuando desees. Yo voy a estar aquí cada día ayudando a mi tío hasta que empiecen las clases…

—Estupendo. Vendré mañana al mediodía. Lo dicho, joven: me ha alegrado mucho verte y espero que esta vez tengamos más ocasiones para charlar y para hacerlo con más profundidad que hace diez años.

No esperó mi respuesta y regresó a la mesa.

◆◆◆◆

Esa noche, a pesar de las pocas horas que pasé en la cama, soñé con la condesa de Romanilla. Con la admiración que sentía por su elegancia y sus maneras de altísima ralea, pero también con la rabia que había guardado en algún lugar del corazón y no sabía que siguiera viva.

Hacía diez años que quería saber por qué la gran dama me había rechazado expulsándome de su tumbona. «No me vales», recuerdo que me dijo entonces.

De modo que ahí, en esa misma hamaca y una década después, estaba yo a las doce en punto del día siguiente, embutida en el último grito en bañadores de Nisida, debajo de una pamela blanca y detrás de unas gafas de sol para ocultar que la noche anterior había bebido más champán del conveniente. Me había puesto rímel, delineador, barra de labios roja y la cara más de mujer de mundo que me pude encontrar en el espejo.

Toda mi persona decía que ya era lo suficientemente adulta como para mantener esa conversación pendiente, una en la que yo pudiera demostrarle que había leído algo más que *Los tres mosqueteros* y que casi me sabía de memoria todas las obras de Galdós.

Y una en la que, después, Adele me dijera mirándome de frente si ahora, por fin, con unas oposiciones ganadas y una plaza de maestra en propiedad, valía o no valía yo para algo.

9

No me esperaba lo que llegó esa mañana: un grupo de damas alborotadas, ruidosas e imperiales. Eso me parecieron.

Era otra manifestación de mujeres, pero de índole opuesta a la que me encontré el 15 de mayo en la calle Alcalá. Porque con lo que menos contaba era no solo con que la condesa llegara tan acompañada a su cita conmigo, sino descubrir quiénes eran.

No logré ponerles nombres a todas, solo a algunas. Allí estaban Lola Flores y Marujita Díaz, por ejemplo, inconfundibles. También la hija del marqués de Santo Floro y pariente del marido de Adele, Natalia Figueroa, con una pamela tan grande que dejaba a la mía en ridículo. Y una musa de Oscar de la Renta que recordaba haber visto muchas veces en el ¡*Hola*!, Beatriz Lodge de Oyarzabal, hija de esa aristocracia americana sin títulos salida de la base de Torrejón, más bella y más rubia aún que en papel cuché. Entre muchas más, unas veinte en total.

—Aquí estás, queridísima Sara. Señoras, esta es la joven de la que os he hablado, la señorita De la Fuente Santiago, sobrina del director de este sitio.

Me saludaron con la mano sin perder la algarabía y siguieron su camino hacia los vestuarios.

Nos quedamos solas Adele y yo.

—Tenemos que hablar, Sara.

—Pues no sé de qué ni cómo, si ha venido usted con tanta gente.

—Antes que nada, insisto: llámame Adele, por favor, y de tú. En mi idioma no tenemos estos problemas, *thank God*. Segundo, puesto que, aunque ya seas adulta, yo lo soy más que tú, permíteme enseñarte algo: para disimular lo que nadie quiere ver, lo mejor es guardarlo a la vista de todos, y para mantener la privacidad, nada como esconderse en medio de una multitud.

No me gustó lo de la enseñanza. Adele aún no sabía que la que daba

lecciones era yo, que para eso tenía plaza propia en un colegio, pero admití en mi interior que no le faltaba razón.

Volvieron las damas del vestuario ya en traje de baño y todas con una copa de champán que seguramente había colocado algún camarero en sus manos casi sin que se dieran cuenta.

Detrás de ellas, para mi sorpresa, aparecieron dos señores con maletín vestidos de traje negro y corbata, tan fuera de lugar como una catalítica en el desierto.

—Señoras mías, un momento de atención, por favor. —Adele se levantó, impecable, ella sí, para dejarse ver en toda su lujosa sencillez: pantalones tobilleros y camisa de popelín de color salmón, y pulsera y gargantilla de perlas en cuatro vueltas—. Ya conocen a estos caballeros, Ángel y Juan Blanco, los hermanos que nos peinan a todas y a los que amamos tanto. Pues bien, hoy nos han convocado aquí porque, gracias a los dispositivos que la peluquería Stella pone a nuestra disposición, nos harán la demostración de un ingenio de su invención que nos facilitará mucho la vida, sobre todo en verano. Vamos a bañarnos y a mojarnos la cabeza tanto como queramos, y después, con unos semipostizos que han ideado, saldremos de aquí con un peinado perfecto y de nuestra elección para almorzar con nuestros esposos, que nos estarán esperando en el restaurante. ¿Preparadas, señoras? Pues adelante, al agua, disfruten buceando y no teman por sus cabelleras.

No tardaron en obedecer a Adele. Ella, a su vez, aprovechó el bullicio para dirigirse a mí:

—Sara, querida, ¿te importaría acompañarme a los vestuarios mientras nuestras invitadas se divierten para que me pueda poner yo mi traje de baño?

Desconfiaba, pero la seguí.

Y eso que no sabía si el precio de esconderme con ella en medio de una multitud iba a consistir en olvidar el camino de vuelta.

◆ ◆ ◆ ◆

—Aunque nos conocemos desde hace diez años, creo que no sabes

mucho de mí.

—Sí, sí que sé, es usted… eres una mujer muy famosa.

—No, no me refiero a las cosas que salen en las revistas. Eso solo es alimento para la masa. Quiero que me dejes que te hable de mí, que te hable de verdad de mí.

Cómo no iba a dejarla, si me comía la intriga.

—¿Eres buena guardando secretos? No me contestes, imagino que sí, porque no has dicho nada delante de las señoras, y eso ya es un síntoma.

Se repasó el carmín de los labios despacio, frente al espejo de su cabina, cuya puerta dejó abierta. Luego encendió un cigarrillo y siguió:

—En la Segunda Guerra Mundial yo era muy joven e impetuosa y quería ir al frente. Pero no sabía cómo hacerlo porque no tenía preparación de enfermera, que era la forma en que las mujeres podíamos contribuir. Y entonces una amiga me invitó a una cena con su prometido y varios conocidos en Nueva York. Entre ellos estaba su futuro cuñado, Frank Ryan, quien me ofreció una posibilidad de ayudar a mi país: trabajar con la Oficina de Servicios Estratégicos.

Adele calló. Esperaba una reacción por mi parte, pero yo estaba completamente perdida. No sabía de qué me hablaba.

—Inteligencia, Sara.

—¿Espionaje?

—Sí, llámalo así. Es verdad que aquella oficina fue una red de… enviados especiales, digamos, creada durante la guerra para acabar de una vez con Hitler. Yo acepté y me hice agente.

—¿Tú? ¿Espía…?

Era lo último que imaginaba que iba a oír aquella mañana llena de acontecimientos extraños. La condesa me había llamado tantas veces Milady… ¿y resultaba que la verdadera espía era ella? Increíble, todo era increíble.

—Yo no suelo usar mucho esa palabra. Tal vez en las novelas, pero la realidad es distinta —lo dijo riendo—. Y no te asombres, hay muchas mujeres espías, es más fácil que la gente se fíe de una mujer. Eso lo sabía hasta Richelieu. Ni mi marido, Carlos, me creyó cuando le

conté lo que hacía después de que nos casáramos.

—¿Y qué hacías?

—Lo que me ordenaban. Primero me preparé bien en La Granja, un lugar en el que nos adiestran para ese trabajo en Estados Unidos. No te aburriré con detalles…

—No, si no me aburres, qué va. —Ya había conseguido toda mi atención.

—El caso es que me enviaron a España porque hablaba bien español, como puedes ver. Vine en busca de nazis. Aquí había muchos entonces, era el único lugar en el que se sentían a salvo y no necesitaban esconderse demasiado. Me mandaron para investigarlos.

—¿Los encontraste?

Yo abría cada vez más los ojos y ella cada vez se divertía más con mis reacciones.

—Alguno sí, pero eso no viene al caso ahora. Déjame seguir. Al final de la guerra, yo ya no me quería ir. Estaba enamorada de España, admiraba a Franco y las amenazas no habían terminado, porque el KGB soviético tenía y tiene desplegados a miles de espías por toda Europa. Sobre todo, aquí. Derrocar al generalísimo es uno de sus objetivos, están deseando que regrese el comunismo.

—Pero si España nunca ha sido comunista como la URSS…

—Eso es lo que tú crees. Habría llegado a serlo con la República, ya estaban preparándose. Por eso aquí había atraso, pobreza y escasez, ni siquiera los ricos podían comprarse un coche aunque tuvieran dinero. Gracias a Franco ahora no vivís como en Leningrado, te lo aseguro.

No, pensé, aquí cuando hubo atraso, pobreza y escasez de verdad fue en la posguerra, y no resultó ser por culpa de los comunistas, sino de Franco, como tampoco vi yo jamás un rico sin coche. Me lo había enseñado mi madre, aunque no lo pudiera decir en voz alta.

Por eso no lo dije. Preferí que continuara.

—El asunto es que, ahora que ya no hay guerra en Europa, la amenaza soviética, como te digo, aún se cierne sobre el mundo entero. Mira, desde que pisé por primera vez este país, en los años cuarenta, he preparado a cientos de agentes a mis órdenes, muchos de ellos mujeres; he redactado decenas de informes de campo sobre

actividades sospechosas y he realizado misiones de las que no te puedo hablar, pero que más de una vez han salvado a Occidente de…

—¿Has matado a alguien? —interrumpí, con los ojos muy abiertos.

Adele calló unos segundos y después retomó su charla:

—Primera lección si quieres ser espía: pregúntalo todo y a todo el mundo, menos a tus compañeros, porque de que no salgan a la luz sus secretos depende muchas veces que ellos y tú salvéis la vida.

Si quería ser… ¿espía? ¿Yo? ¿Es lo que había dicho la condesa o lo había oído mal?

Y si esa fue la palabra que empleó, ¿de verdad que llevaba una década creyendo que mi admiración por una espía francesa de ficción cuando tenía quince años era algo más que una tontería de juventud?

—Te decía que he hecho muchas cosas, algunas que nunca admitiré y otras, casi todas, de las que me siento muy orgullosa —siguió, ignorando mi confusión—. Hasta que conocí a Carlos y me casé con él. Entonces mi vida cambió, he dejado atrás mi pasado. Ahora solo quiero cuidar de mis hijos y de la finca Tomasete.

Yo continuaba sin entender por qué me lo estaba contando, de forma que guardé silencio.

—Aunque te confieso que algunas veces me piden ayuda de nuevo y no puedo negarme. Con lo que llegamos, querida, a lo que he venido a decirte. En la CIA saben que el Partido Comunista está realizando movimientos en contra de Franco. No tienes más que ver la huelga de Asturias y la manifestación del otro día.

—Eran mujeres y pedían salarios decentes, no eran espías soviéticas.

—Eso jamás puedes asegurarlo de nadie. Quienes quieren acabar con el milagro económico de este país están infiltrados por cada rincón. Y ya te dije que todo el mundo piensa que las mujeres somos inofensivas. Veo que incluso tú.

—No, yo no pienso eso, solo he dicho…

Adele me cortó y, en apariencia, cambió de tema:

—¿Sabes que el ministro Castiella pidió en enero empezar las negociaciones para un acuerdo especial con el Mercado Común Europeo? ¿Y que, si esas negociaciones van bien, pronto podrían admitir a España como un miembro más? Lo que quizá no sabes es

que, por culpa de los comunistas rusos, que están intoxicando a las demás naciones en contra de España, puede que ni siquiera se lleguen a iniciar las conversaciones y que rechacen la petición. Uno de mis agentes me ha dicho que espías soviéticos están intrigando para que los comunistas españoles preparen algo importante y con mucha propaganda en el extranjero, aún no sabemos qué exactamente, aunque lo sospechamos. No sé si contarte algo, tal vez no debería…

Volvió a callar. Puede que en la escuela de espías le hubieran enseñado a dosificar esas pausas tan elocuentes que abrían aún más el apetito por el misterio. Aquella vez lo hizo de forma magistral, porque el mío, desde luego, era voraz.

Cuando vio que ya me tenía entregada, siguió:

—Bueno, sí, voy a decírtelo. Hemos interceptado la invitación de un político francés y de otro belga a unos cuantos antipatriotas españoles para que asistan a un, ¿cómo lo diría?, un contubernio que están preparando en Múnich. Lo llaman Congreso del Movimiento Europeo, pero es un contubernio.

—¿Un congreso de comunistas…?

—De todo, desde liberales monárquicos hasta socialistas radicales, a cuál más traidor. Ya sabemos de algunos de ellos, pero no tenemos los nombres al completo. Deben de ser unos ochenta.

—¿Y qué piensan hacer?

—No lo sabemos con seguridad. Algo muy aparatoso en contra de vuestro país para que al final no os dejen entrar en Europa. No creo que haya algo más desleal con la patria que eso, ¿no te parece, Sara?

Sí, visto así, aquello no estaba bien. Un país es como una madre, pensaba yo entonces: solo los hijos, y no los extraños, pueden criticarla.

—Y aquí es donde entras tú, como te decía. Tal vez no sepas que en la Stella hay trabajadores comunistas. Sí, como lo oyes. De hecho, me consta que uno de ellos, un tal Renato Expósito, está formando comités de obreros para que sigan el ejemplo de los que han montado esta huelga tan dañina para España y hagan otras en más lugares. ¿Tú conoces a Renato?

Solo asentí con la cabeza.

—Excelente. Quería pedirte que te hagas amiga de él, incluso novia, si es necesario…

—Pero si está casado.

Adele me miró fijamente a los ojos, se acercó mucho a mi rostro y me susurró:

—Eso nunca ha sido obstáculo para una buena espía.

Callamos las dos. No creí que toda una condesa me estuviera diciendo lo que creí que me estaba diciendo.

Después, se alejó un poco y recuperó su tono normal.

—En fin, puedes hacerlo como quieras, pero nos vendría muy bien que averiguases qué están preparando esos intrigantes y, sobre todo, quiénes son. Una lista con sus nombres, solo te pido eso.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué no lo haces tú misma?

—Porque, si esto te sale bien, podrías serle muy pero que muy útil a España en el futuro.

—¿Yo…?

—Es tu país, no el mío.

—Ya, pero tú estás mucho mejor relacionada y tienes experiencia.

—Yo solo te he dicho lo que nos gustaría a España y a mí que hicieras. Después, lo que hagas de verdad es cosa tuya.

—Pero tú eres la espía, no yo…

Apartó los ojos de mí y volvió a retocarse los labios en el espejo, en señal de que la conversación estaba finiquitada, como si nunca la hubiéramos mantenido. Era inútil insistir, me di cuenta.

Para que quedara claro, Adele tomó un sorbo de champán, rio con una carcajada más sonora de lo debido, exagerada, y habló en una voz también más alta de la que había usado hasta entonces:

—¿Yo? Pero qué cosas dices, Milady. ¿Yo, espía? ¿Una esposa y madre de grandes de España? De dónde te habrás sacado tú eso. Has debido de volverte loca o has tenido visiones. Ahora déjame y vete, por favor, que tengo que cambiarme.

10

Fue por curiosidad, no por convencimiento. Quería saber si la condesa de Romanilla se había mofado de mí, si todo había sido un cuento para comprobar hasta qué punto la pobre e inocente pescadilla de Palencia estaba dispuesta a morder cualquier anzuelo. Incluso uno tan disparatado como esa propuesta de convertirme en espía. Tal vez el choteo de ingenuas era la forma que tenía la aristocracia de divertirse en sus ratos libres.

Por eso, y solo por eso, entablé de nuevo conversación con Renato tres días después, cuando me lo encontré en los jardines de la piscina.

—Al final, ¿qué? ¿Me vas a enseñar a ser una rebelde contumaz de Galdós o tengo que ir a la huelga para que me hagas caso?

El hombre se asustó.

—Calla, mujer, pero qué hablas tú, baja la voz. No, si yo no sé para qué te dije nada, me vas a terminar buscando un problema.

—Vale, vale, más bajito, ¿así? Venga, a ver, cuéntame algo de las cosas que hacéis.

Vaya forma de conseguir información: pidiéndola. Desde luego, era la espía menos disimulada del mundo. Creo que hasta me sonrojé.

Pero Renato tampoco era bueno en lo suyo, que era la precaución:

—Qué te voy a contar, hija mía, si llevamos varias semanas sin poder reunirnos.

—¿Reuniros? ¿Quiénes?

—Los de la célula. Es que nos encontrábamos todos los martes en una imprenta de Carabanchel y nos la han precintado.

—¿Una imprenta?

—Bueno, imprimimos cosas, pero en realidad es una mercería. Tenemos una multicopista en la trastienda.

—¿Y qué imprimís?

—Pues lo que podemos, pasquines, octavillas… Los tiramos por

todas partes, desde las ventanas o las azoteas, por la ventanilla del autobús, en el metro.

—¿No os pilla nunca nadie?

—No mucho, porque los tiramos desde sitios de los que podemos salir corriendo enseguida o en los que ya no estamos cuando los grises se dan cuenta de lo que pone en los papeles.

—Ah, ya, ya, pero ¿qué decís en esas octavillas?

—Oye, ¿y a ti por qué te interesa tanto?

—Pues porque quiero comprender. ¿No ves que ahora solo soy díscola y trato de ascender a revolucionaria? Anda, hombre, dime más cosas.

—No te van a interesar ni las vas a entender.

—Eso tendré que decidirlo yo, aunque, si no me las cuentas, ya me dirás tú cómo.

—Déjalo, anda, que me he ido demasiado de la lengua. Al fin y al cabo, eres la sobrina del jefe.

—¿Te vas a poner en huelga tú también? ¿Te tratan mal aquí, te pagan poco?

—Qué va, para nada, si soy de los que tienen suerte. Pero es que no luchamos por el individuo, sino por el interés colectivo. Todos tenemos que pelear unidos si queremos cambiar lo que está mal. Como no lo hagamos así, perderemos. La peor lucha es la que no se hace.

No sabía entonces que estaba citando a Marx, pero sí que aquella debía de ser una de las consignas de sus octavillas. Y muy convincente. A mí estuvo a punto de ganarme para su causa.

—Yo quiero probar también…

—Es peligroso….

—Llévame a una de tus reuniones peligrosas y ya veremos después si corro algún riesgo.

—No es el que corras tú, sino en el que nos pones a nosotros.

—¿De verdad crees que soy una gris disfrazada?

—No digas tonterías.

—Bueno, ¿qué? ¿Me llevas?

—¿En serio?

—¿Me ves riendo?

—Vale. Aunque primero tenemos que encontrar otro sitio donde podamos reunirnos.

—Quizá yo pueda daros uno, como muestra de buena voluntad.

—¿Tú? Pero si acabas de llegar de Palencia, ¿qué vas a darnos tú?

—Yo, sí, yo. Bueno, no lo sé todavía. Déjame hacer unas gestiones y ya te diré.

No fui consciente del lío en el que me estaba metiendo hasta que vi a Renato alejarse de mí con una sonrisa.

Aunque puede que sí lo fuera y por eso no pude evitar exclamar para mis adentros lo mismo que el don Tito de *Cánovas* cuando estaba fuera de sí: «¡Canastos y mil porras!».

Eso o algo parecido, entiéndanme.

◆ ◆ ◆ ◆

No les conté nada a Julia y Amparo de mi conversación con Adele Gifford. Primero, porque no terminaba de creérmela. Segundo, porque, si era verdad que la condesa era una espía, no quería ponerlas en peligro.

Las dos habían mantenido nuestro sótano limpio, bien conservado y en el mismo secreto en el que lo dejé, y habían impedido con un gran candado y como cancerberos la entrada de cualquiera, incluido Renato, aunque fuera quien lo construyó.

Esa tarde nos sentamos juntas en el colchón de borra que Matilde nos había dado el día que pasó lo que pasó con Julia. Estaba limpio de sangre y acondicionado de la forma más acogedora posible, con unos cojines de ganchillo y otras comodidades, para que nos sirviera como sofá en el que pudiéramos acurrucarnos a hablar de nuestras cosas.

Cuando les insinué que tal vez podríamos ceder el sótano a Renato y a su célula una vez a la semana, me sorprendió la reacción de mis amigas. No solo no tardaron en darme su aprobación, sino que Amparo lo hizo incluso antes de que terminara yo de hablar, con algunos tintes de su antiguo vocabulario astur que me agradó mucho volver a oír:

—¡Meca! Pues claro, que vengan al sótano, faltaría más, aunque sea

por el Miguelón, que ahora ye uno de los que van delante en la huelgona.

—Pero ¿eso de la huelga qué es, Amparo, hija, que estoy perdida? ¿Quiénes son y para qué la hacen? Si es que no me habéis contado nada…

—Al principio eran mineros asturianos —esta vez fue Julia quien me contestó—, pero ya hay de todo y en todas partes, hasta en las Vascongadas y en Cataluña.

—¿Y tú cómo lo sabes? Porque ni en los periódicos ni en la radio se dice una palabra.

—Ay, Sara, nena, pues porque pongo la oreja y me entero.

Y yo no. Eso me venía a decir mi amiga, aunque más como consejo que como reproche, así lo entendí.

—No, si ye que no vas a oír nada en ninguno de esos sitios, que todos los periodistas son del Régimen y tienen la boca bien cerrada —medió Amparo.

—Pero seguís sin explicarme en qué consiste lo de la huelga.

Se lanzó la de Cornellana, locuaz como nunca:

—Pues va de que los mineros están fartucos de pelear desde guajes pa después morir jóvenes de algo tan malo como lo de tu madre, Sara, que el carbón entra en los pulmones y déjalos negros, pero lo peor es que, además, déjalos negros por dos reales, porque no está pagada tanta roña y tanta miseria, eso no es vida.

La ayudó Julia:

—Hacen una cosa que me pone la piel de gallina, me lo ha contado Amparo: los trabajadores van cada día a la mina, se cambian de ropa, cogen su lámpara y se quedan quietos, sin trabajar y sin decir ni pío.

—Miguelón cuenta que tienen prohibido hablar, porque el que habla va a la cárcel y en la cárcel torturan a les criatures, así que hicieron claves para nun tener que abrir la boca.

—¿Claves?

—Contraseñas. Uno se apoya en la pared y lee un periódico, otro cruza los brazos y otro mira para el techo, ye un poner, y los demás ya saben que empieza la huelga.

—Después, tiran para la calle…

—Imagina, Sarina: miles de persones callaes como muertos y andando juntes. Eso tien que impresionar más que si salen pegando berros, dame a mí.

—Justo. La llaman la huelga del silencio…

Yo no supe qué decir. Había pedido explicaciones a mis amigas y me las estaban dando. Pero a mí me subían los escalofríos por la espalda a cada una que recibía.

Amparo seguía:

—Ya va más de un mes sin cobrar y Franco, pa apretar, cerró los economatos. Aunque no sirve de nada, porque vienen muyeres de to les partes de Asturias cargaes con potes onde los mineros y sus families. Así comen a lo menos.

—Y también hay mujeres en la huelga, ¿a que sí, Amparo?

—Está lleno de muyeres aquello. Tampoco hablan. Algunas solo tiran maíz a los pies de los esquiroles para llamarlos gallinas… Creo yo que por ellas sigue la mina entera en la lucha.

Como las que vi en las calles de Madrid a mi llegada, con Amparo en sus filas.

—Tu hermano te ha dicho que la semana pasada fue a verlos el ministro ese, Solís, ¿no? —Julia la informadísima continuaba.

—Ir fue, pero marchar tamién marchó y enseguida, aunque algo parece que van a darles.

Quise decir una frase honda como las suyas y solo acerté a preguntar:

—¿Y Miguelón cómo está?

—A ver cómo quieres que esté. Mal. Miedo me da que lo metan preso, pero más me da lo que nos está pasando a todos, que es que en este país no se puede respirar, ni en la mina ni fuera de ella.

Me quedé muda. Ya imaginaba yo que mis amigas tenían conciencia política, pero no sabía que tanta. Era el precio de haber estado lejos muchos años y de no haber crecido juntas: que no sabía cómo pensaban. Yo era la única que carecía de ese tipo de conciencia y también la única a la que el Régimen no le había quitado la voz porque ni siquiera me había molestado en levantarla hasta entonces.

De repente, la conciencia que me quedaba, aunque todavía no era

como la de Julia y Amparo, me dio un correazo y me pregunté si de verdad estaba yo dispuesta a ser espía, encima para una condesa que creía que lo peor que le pasa a un país es que los ricos no puedan comprarse el último modelo de automóvil aunque tengan dinero para hacerlo.

Amparo y Julia estaban unidas por una misma forma de ver la vida.

¿Cuál era la mía? ¿La de la condesa? ¿La de mis amigas?

¿En qué lado estaba lo correcto? ¿Y en cuál quería situarme yo?

11

La de 1962, además de la de las huelgas, fue también la primavera del amor en la Stella.

Dos historias nacieron entre sus lindes. Una llegó demasiado tarde, otra muy temprano, y las dos ocurrieron el mismo jueves en la pista de baile.

El primer paso lo dio el caballero solitario que yo había visto el fin de semana anterior, la noche de la inauguración de la temporada, cuando se acercó a Julia.

—¿Quiere usted un refresco, señorita?

—Ya tengo uno, muchas gracias.

—¿Y no puedo ofrecerle nada más?

—Pues no sé —Julia lo miró con ganas de reírse—, como no quiera usted bailar un poco…

—Bailar… Querer sí que quiero, el problema es que no se me da muy bien.

—No importa, yo lo llevo, que a mí sí que se me da.

—Vamos, no es que no se me dé, es que no he bailado en mi vida.

Aquello era raro, muy raro. El hombre debía de estar en la treintena y, en general, todo él era raro.

—Pues con más razón. Si quiere, yo le enseño, que a mí me encanta.

Salieron a la pista, Julia sin soltar su bolsito rojo y el hombre pisándose sus dos pies izquierdos.

Sonaba el *Sweet and Lovely* de Ella Fitzgerald en un disco. Los jueves la orquesta de música en vivo descansaba, aunque a los clientes de ese día les daba igual quién pusiera melodía ante el privilegio de pisar la Stella una vez a la semana.

Además, Ella hacía milagros. Julia, también.

Todo se confabuló a favor, o en contra, de los dos.

—Mire, usted me agarra por aquí y yo le pongo la mano tal que así.

Ahora cierre los ojos y piense solo en el ritmo, escuche a su corazón y gire despacio, como si la música le hablara y lo llevara en el aire.

Funcionó. La segunda vocación de Julia, aunque frustrada y con la que soñaba desde que vio a Palomita en Hoyo de Manzanares, al menos sirvió para que un hombre que parecía cargado de un peso que no era el de su cuerpo aprendiera a deslizarse.

—¿Y cuál es su gracia, señora?

Julia se echó a reír con todas las ganas.

—Ay, Dios, ni mi madre hablaba así. Yo gracia tengo poca. Pero nombre sí que tengo. Me llamo Julia Puente Ramón. ¿Y usted…? ¿Tiene gracia?

El hombre se sonrojaba más y más a medida que sus movimientos se iban soltando sobre las baldosas de la Stella.

—Soy Casimiro Paredes González, para servirle.

Julia frenó el baile en seco y lo miró.

—¿Casimiro Paredes? ¿De verdad?

—Sí… ¿por qué lo pregunta?

—Ya decía yo que lo conocía de algo desde que lo vi el otro día en la fiesta.

El hombre se volvió rojo del todo y, aunque conocía la respuesta, preguntó:

—¿Me conoce?

—Yo y medio Arturo Soria. Y usted conoce los pecados de esa mitad y alguno más, porque trabaja en la parroquia de San Saturio y es el padre Casimiro.

◆ ◆ ◆ ◆

En la segunda escena simultánea de la misma tarde participé yo.

Empezó en la zona de baile, como la otra. Renato llegó a unas horas en las que no era habitual verlo y pidió a su amigo el camarero Basilio que le pusiera tres coñacs en fila. Se los bebió en ese orden y casi sin respirar.

Yo también había ido. Me gustaban los jueves de la Stella. Tuvo razón don Luis Gutiérrez Soto cuando pronosticó que se harían

famosos. A más de un rico y poderoso vi yo allí y más de un jueves.

Sobre todo, por la música, que era mejor que la del resto de la semana.

Para entonces ya se sabía que el jazz estaba siendo una de las contribuciones importantes de las bases americanas a la vida social y cultural española, además del rock, bien conocido gracias a Elvis y Chuck Berry, pero ellos sin necesidad de bases extranjeras. Y se sabía también que cualquier novedad musical que se produjera en el mundo llegaba antes a la Stella que a España. A veces, llegaba solo a la Stella.

Los jóvenes de la edad de mi primo Mateíto eran conscientes de que iban a acabar en el infierno si escuchaban esas sensuales voces negras y las otras que sonaban con el freno quitado, pero no les importaba. Lo que no tenían muchos era dinero para comprarse los discos. Así que algunos al menos iban los jueves al club para disfrutarlos. Como yo.

Me acerqué a Renato:

—Si es verdad que se bebe para olvidar, tú ya debes de estar amnésico.

No me miró siquiera cuando me contestó y justo antes de levantar tres dedos para pedir otros tantos coñacs.

—Me ha dejado Rosalía.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Que ha cogido la puerta y se ha ido.

—Pero ¿a dónde se ha ido? ¿Y por qué? Las mujeres no se van así como así, sin más, hala, adiós, ahí te quedas.

—Pues así es exactamente como se ha ido, hala, adiós, y ahí me he quedado, con cara de gilipollas, que es lo que he sido toda mi vida.

Renato iba por el quinto coñac y estaba subiendo la voz.

—Anda, suelta esa copa y ven conmigo, que voy a llevarte a un sitio más discreto que este.

—No, déjame en paz. Basi, ponme más.

Me salió el alma de maestra, lo mismo que con el taxista, y lo agarré fuerte por el brazo para decirle al oído:

—Renato Expósito Expósito, haz el favor de venir conmigo ahora mismo si no quieres que le pida a mi tío que te despida por borracho

—me miró sorprendido, eso no se lo esperaba—y si tampoco quieres que te parta yo esa copa en la cabeza delante de todos.

Me lo llevé como pude al sótano secreto, que él ya conocía. Estaba frío y húmedo, a pesar de que las noches de aquel final de mayo empezaban a ser cálidas. Lo arrojé sobre el colchón y le dije:

—Te vas a quedar ahí hasta que se te pase la moña. No puedes dar estos espectáculos en el lugar en el que trabajas, si alguien le va con el cuento a mi tío…

—Mira lo que me importa tu tío y mira lo que me importa Rosalía. —Me mostró el dedo corazón de la mano izquierda.

Después, se echó a llorar como un niño.

—Lo siento, no quería…

Comencé a ablandarme, sin saber muy bien qué decir.

—Venga, hombre…

El llanto se le volvió desconsolado y con hipidos. Me dio más pena y me senté junto a él en el colchón.

—Es que no entiendo que se haya ido, no sé qué le he hecho yo. Seguro que me ha puesto los cuernos…

Le rodeé los hombros en una especie de abrazo, pero lejos de su cuerpo. Si mi tía nos hubiera visto en esa postura y en un colchón, se habría desmayado del sofoco.

—No, hombre, no. No pienses mal de ella. Lo que ha debido de ocurrir es que se ha desenamorado, esas cosas pasan y nadie puede evitarlas.

—La verdad es que no me extrañaría, porque yo hace tiempo que dejé de quererla.

Y yo dejé de abrazarlo de golpe.

—Entonces, ¿se puede saber por qué narices te quejas tanto?

—Pues porque era mi mujer, coño, y las mujeres no pueden irse del lado de los maridos por las buenas.

—Pobrecito. Y ahora no tienes quien te planche las camisas, ¿eso es lo que te da pena?

Renato me miró perplejo.

—Es que era mi mujer…

—Ya te he oído. Eso es lo importante, ¿no?, que era tuya.

No pudo contestar porque ni siquiera sabía qué había hecho él para verme así de enfadada.

—Mira, hijo, vamos a dejarlo, porque al final voy a terminar diciéndote lo que no quieres oír.

—Dímelo, que ya soy mayorcito.

—Pues que igual la pobre Rosalía ha hecho muy bien en dejarte.

Me apoyé en el colchón para incorporarme cuando Renato tiró de mí e hizo que volviera a sentarme de golpe.

Pero esta vez más cerca, mucho más.

◆◆◆◆

Julia y Casimiro salieron a pasear por los jardines de la Stella y bajaron hasta las boleras.

Aún oían la música, pero estaban solos.

—Verás, Julia, me gustaría explicarme…

—No, no tiene que hacerlo, padre.

—Es que quiero que sepas, antes que nada, que yo ya no estoy en San Saturio y que no trabajo en una parroquia.

—¿Ya no es cura?

—Sí, sacerdote sí que soy… —¿El hombre dudó?—. Atiendo a los feligreses en un barrio nuevo que ni siquiera tiene iglesia todavía. Está lejos de aquí, en Carabanchel. Se va a llamar Pan Bendito, no creo que hayas estado.

—Pues no, ni siquiera he oído hablar de él.

—Pero lo que no hago es trabajar como cura. Aprendí a ser albañil con mi padre y ahora estoy en la obra, levantando casas y cobrando un salario, como cualquier jornalero.

—Ah, entonces usted es uno de esos curas obreros —Julia bajó mucho la voz.

—Eso soy, sí.

—¿Y los curas obreros creen en Dios?

—Claro que creemos, pero también creemos en la justicia social y en la dignidad del ser humano, sobre todo la de los trabajadores.

—Como los mineros de Asturias.

—Pues sí, creemos en lo mismo que esos mineros que salen a la calle. Nosotros pedimos lo que ellos y a nuestra manera, sin cobrar de la Iglesia, sino de nuestras manos…

Volvieron a callar.

Julia sabía que había algo más y que la confesión de Casimiro no había terminado. Siempre tuvo intuición de lince.

—¿Y por qué ha venido hoy, padre? No será a bailar, porque, por lo que se ve, a los curas obreros eso no se lo enseñan ni en la obra ni en el seminario.

Casimiro volvió a vacilar:

—El otro día me presenté aquí porque me lo había pedido doña Sol, la mujer de don Mateo. Ya nos conocíamos de San Saturio y ahora viene alguna vez a Pan Bendito a traernos ropa, que el barrio está empezando con gente muy pobre y allí nos hace falta de todo. —Qué extraño que jamás se lo hubiera dicho ni le hubiera pedido que la acompañara, pensó Julia. Su señora era una caja de sorpresas—. Me dijo que eras una bellísima persona, pero que te habías apartado del camino del Señor. Y que, como ya es obvio que no quieres casarte, a lo mejor te podía convencer de que volvieras a pensarte lo de tomar los hábitos.

—¿Todo eso le dijo la señora Sol?

—Es porque te quiere, Julia, no te enfades con ella.

—¿Y por qué no me habló usted el otro día, en la fiesta del club?

Casimiro calló y bajó la vista.

—Pues porque… cuando te vi, a quien le entraron las dudas fue a mí. Y desde entonces también ha empezado a cambiarme la vida, porque no he dejado de pensar en ti.

◆ ◆ ◆ ◆

Había luna aquella noche, eso es algo que se suele recordar cuando las cosas importantes suceden.

Era la misma y brillaba por igual sobre el mundo entero, pero para nosotros fue distinta.

Más abajo, en los rosales junto a la sexta pista de bolos, Julia se

puso de puntillas para alcanzar a Casimiro, pegó los labios a los suyos sin que el cura se lo esperase y le dejó indeleble en ellos la memoria del día que probó el sabor de la primera y penúltima mujer de su vida.

Y todavía más abajo, dentro de la tierra mojada, en la gazapera de un sótano a salvo de censuras, Renato me introdujo la lengua como buscándome el corazón, entre la rabia y el deseo, justo antes de que yo le apartara de un empujón y me marchara corriendo con un regusto a miel y coñac que todavía recuerdo.

Con dos besos, exactamente al mismo tiempo y casi en el mismo lugar; así empezó aquella primavera inolvidable en la Stella.

12

La primera reunión tuvo lugar una semana después, el 31 de mayo, en nuestro sótano. Digo nuestro y digo bien, aunque no me refiera a Julia y Amparo.

Para esa fecha, Renato y yo ya lo habíamos hecho nuestro. Nuestro de verdad.

Todo empezó la noche que siguió a la del primer beso.

Yo no supe lo que me ocurría, solo que no podía quitarme de la boca el sabor a miel y coñac. Por un lado, no quería que se me borrara jamás y, por otro, me enfurecía que el beso me hubiera pillado por sorpresa.

Además, me maldecía: ¿por qué todas las tonterías que se dicen o se hacen en la juventud y que creemos haber enterrado para siempre terminan saliendo de nuevo a la superficie en cuanto las lluvias ablandan la tierra del corazón? Mis deseos de ser espía en la corte de Francia primero y ahora mi amor platónico de juventud…, estupideces todas. Pero ¿por qué la vida acaba cobrando siempre todas sus deudas atrasadas?

Recordé cuánto lloré hacía casi diez años cuando me enteré de que, al salir de prisión, Renato se había ido a Linares. De hecho, le escribí decenas de cartas de amor encendidas que nunca envié. Lo hice a sabiendas de que nadie las leería, solo para aliviarme el alma y también, todo hay que decirlo, para dar rienda suelta a mi fantasía desatada por tanta novela de caballería y aventuras.

A los quince, no hay mayor aventura que la de un amor no declarado que se lleva en los pliegues del cuerpo sin que nadie lo perciba. Yo también tenía un poco de la Alonsa Quijano que me legó mi madre.

Solo que, a los veinticinco y a diferencia de los quince, sabía más de lo que había leído.

No sé cómo explicarlo sin acordarme de Germán, el único hombre que había conocido.

Porque Renato y él eran la noche y el día. Renato, por supuesto, era la noche. Es decir, la cara oscura y salvaje de lo que había vivido con Germán en la mansedumbre y la rutina.

Lo de la virginidad era lo de menos. A mí mi madre nunca me dijo aquello de tener mucho cuidado con el hombre al que entregaba mi flor o con el que me iba a deshojar la margarita, por usar la terminología habitual de mi tía Sol, amén de otras imbecilidades botánicas que nos contaban a las niñas para convencernos de que el mayor don con el que a una mujer la hizo Dios es su himen.

Por eso no me he molestado siquiera en mencionar que el que se llevó la flor o lo que quiera que tuviese yo entre las piernas fue Germán. Solo un par de veces sin pena ni gloria y con mucho cuidado, eso sí, que ya había aprendido yo bien la lección en la cabeza de la pobre Julia.

Lo único de lo que mi madre me avisó cuando cumplí los dieciocho y ella aún podía respirar, aunque a duras penas, fue lo que se me quedó grabado:

—No te cases nunca, Carmelilla. No vendas tu libertad, que para eso estás estudiando. Jamás, ¿me estás oyendo?, jamás le laves los calzoncillos a un hombre. Tú, libre, siempre libre, aunque discreta. Haz lo que quieras, pero que no te vea nadie para que nadie pueda juzgarte. En esta España de meapilas todos estarán deseando encontrar un motivo para hacerlo con una mujer soltera y sola, así que cuantos menos les des mejor.

Me pareció un buen consejo. Lo tenía decidido desde que era niña y eso me reafirmó: nunca me casaría y nunca daría que hablar.

Pero lo de Renato fue distinto. Aunque no fue la flor, algo sí que perdí con él la segunda noche que nos encontramos en el colchón del sótano.

◆ ◆ ◆ ◆

Habíamos quedado allí para deshacer el equívoco del beso robado la

víspera, aunque ya para entonces sabíamos que el error corría serio riesgo de convertirse en disparate en cuanto nos viéramos a solas de nuevo.

Renato trajo una botella de coñac y dos copas.

—Venga, vamos a brindar para hacer las paces. No sé qué me pasó ayer, fui un bruto contigo y te pido perdón.

—No hay nada que perdonar. Pero la próxima vez que vayas a besar a una chica, asegúrate de que también quiere ella.

Llenó las copas y las bebimos despacio, saboreándolas y mirándonos cada vez más de cerca.

—Vale, sí, me equivoqué, pero es que creí que tú también sentías lo mismo que yo. Llevo diez años con tu carta bien doblada y guardada en la cartera. Casi se me deshace cada vez que la abro.

No sé si enrojecí o empalidecí.

—¿Carta? ¿Qué carta?

—No me digas que no te acuerdas. La que me mandaste a Linares. Creo que fue lo único que me ayudó a sobrevivir entonces y el motivo por el que resistí para poder regresar en cuanto dejara de vigilarme la Social. La pena fue que, cuando volví, tú ya te habías ido a Palencia. Yo también te escribí una carta, no te creas, pero no se me da muy bien, me dio vergüenza que me vieras tantas faltas y no te la mandé. Además, pensé que, como había pasado ya mucho tiempo, me habrías olvidado.

—¿Has traído la carta esa, la mía? Enséñamela.

Apenas me salía la voz del cuerpo, pero perdí la poca que me quedaba cuando la leí.

Sí, era mi letra, era el perfume con el que rociaba las cuartillas y que aún permanecía lejano, era mi sobre color sepia y eran mis palabras de pasión. Le decía cuánto lo admiraba por su valentía, por haberle plantado cara al bárbaro dictador y por haber soportado la ignominia de la cárcel. Le decía que lo iba a esperar toda la vida. Y le decía que, mientras me quedara aliento, estaría dispuesta a dárselo, aunque yo muriera después.

O sea, le decía todas las sandeces que se dicen a la edad en la que una puede permitírselas solo si está segura de que nadie va a leerlas

ni, por supuesto, a juzgarlas.

—Yo era una cría, Renato, esto no…, no te creas nada, era una estúpida…, y no sé cómo te llegó, si yo no la mandé, nunca mandé ninguna de las que…

Renato abrió mucho los ojos y sonrió:

—¿Me escribiste más cartas? ¿De verdad?

—No, hombre, no, yo no quería decir eso, yo lo que quería decir es… es…

Se acercó tanto a mí que volví a oler su respiración. Era la misma de la víspera, la de coñac y miel, pero a mí me pareció de almíbar.

Sentí un deseo irrefrenable y lo besé con la misma pasión con la que Lana Turner besó a Gene Kelly antes de que lo odiara.

Y aquel beso lo cambió todo.

Fue distinto, porque no lo había vivido antes, y fue mejor, porque supe que la llama de la adolescencia no se había apagado. Era lo que más deseaba en el mundo.

—Nunca beses a un chico si no estás seguro de que él también quiere —susurró Renato con los labios pegados a los míos.

Su lengua los lamía con ansia, primero los labios, después el cuello, después más abajo, mientras yo le contestaba:

—Es verdad. Si no quieres que te bese, me voy ahora mismo.

Ni siquiera me moví. Al contrario, yo también le di mi lengua, sorbí su boca, me dejé engullir.

Y ya no recuerdo más.

Para ser exacta, lo recuerdo, pero como quien rememora un buen sueño: entre la conciencia de irrealidad y las ganas de que no sea necesario despertar jamás.

◆ ◆ ◆ ◆

Ni siquiera sabía yo que aquello podía ser… así. Mi tía diría que era pecado, ignominia e indecencia, y que podría llevarme al infierno. Mi madre, que tuviera cuidado, no fuera a ser que terminara llevándome a la cárcel.

Sin embargo, que también pudiera ser así, exactamente así…, eso yo

no lo supe hasta que tuve a Renato dentro de mí.

Así como la primera noche me besó con la lengua hasta el fondo para buscarme el corazón, la segunda me penetró con la misma fuerza para hurgarme en el vientre hasta llegar al centro exacto, al punto de equilibrio, al botón del eje interno del cuerpo que nos permite mantenernos en pie y que, si alguien lo pulsa con fuerza, nos arroja sin remedio al vacío.

A un vacío del que ya es imposible levantarse. Y del que ya no se puede prescindir.

Ardimos en esa hoguera durante una semana.

En esos siete días, Renato y yo nos cabalgamos, nos recorrimos, nos empapamos, nos chupamos y nos arañamos enteros cada noche, tarde o mañana, siempre que podíamos y también cuando nos resultaba imposible.

Nosotros sabíamos cómo. Simplemente con mirarnos, sentíamos una descarga, ardíamos los dos al mismo tiempo por combustión espontánea y las llamas nos empujaban al sótano por separado y sin que hubiéramos intercambiado una palabra siquiera.

No conseguíamos colmarnos: cuanto más nos devorábamos, más nos consumía el hambre.

La electricidad que, en 1952, siendo adolescentes, saltó entre nosotros por el roce de un dedo; diez años después, por un beso en ese mismo sótano, y solo un día más tarde, por una carta fantasma que nadie envió, porque mis amigas me juraron por lo más sagrado que jamás se hubieran atrevido a hacerlo, se convirtió durante aquella semana en una tormenta de rayos incapaces de cesar.

Y así fue como, esclavos de la gula, pero intentando disimularla a duras penas para que nadie pudiera carbonizarse con el magnetismo que solo un rato antes habíamos encendido en el sótano de Arturo Soria, Renato y yo recibimos a la célula revolucionaria que estaba dispuesta a darle la vuelta al mundo el 31 de mayo de 1962.

13

También hubo pasión, aunque de otro tipo. Y no solo lo que se dijo entonces, sino quiénes lo dijeron fueron para mí las grandes sorpresas de aquella tarde clandestina.

Convocados los pocos miembros de la célula de Renato que no habían sido encarcelados o que no habían huido por miedo a la represión, se sumaron algunos de diferentes grupos políticos, además de quienes no teníamos ninguno todavía, como Amparo y Julia. Esta última invitó a Casimiro, el extraño que había resultado ser cura. Solo que él sí conocía a otro de los asistentes, al que saludó con cariño.

Esa fue la sorpresa inicial, porque se trataba de uno de los dos hombres que llegaron con maletines repletos de pelucas postizas la mañana en la que Adele Gifford se presentó en la Stella con su séquito de señoras importantes. Se llamaba Juan Blanco, uno de los Hermanos Blanco que daban nombre a las peluquerías de Madrid y peinaban a las famosas, como las amigas de la condesa.

—Anda, yo te vi el otro día ahí arriba, ¿no? —me dijo—. Estabas hablando con…

—Con Lola Flores, que me cae estupendamente —me apresuré a interrumpirle, por si me dejaba en evidencia o sembraba dudas entre mis compañeros, aunque yo no había decidido aún si estaba allí como espía o como simpatizante.

—Sí, sí, con doña Lola…

¿Y él? ¿Por qué estaba allí Juan Blanco? Eso fue algo que me pregunté durante una buena parte del encuentro.

También vino una chica retraída y de modales ariscos, Mari Carmen Trujillo. Era muy joven, no tendría más de dieciocho, pero ya era veterana en lides conspiratorias. Me dijeron que trabajaba en la mercería de Carabanchel que tuvo que cerrar cuando precintaron la multicopista de la trastienda. A su madre aún la tenían detenida en la

DGS, quizá fuera eso lo que le daba el aspecto de enfado y timidez en proporciones iguales.

Otro de los participantes fue don Rogelio. Pasaba de los sesenta, tenía el pelo blanco y las cejas muy juntas y taciturnas. Era un hombre resignado. Su presencia me sorprendió tanto a mí como la mía a él porque ya nos conocíamos: era el director del colegio Fernán González de Alcobendas, al que yo había acudido un par de veces desde mi llegada a Madrid con el ánimo de presentarme y plantear para el próximo curso mis ideas sobre la enseñanza, creía yo que innovadoras y, más ilusa aún, convencida de que me iban a permitir ponerlas en práctica.

—No, señorita De la Fuente, aquí no hay más plan de enseñanza que el que manda el ministerio, así que déjese de innovaciones. Si consigue que las niñas de su clase canten el *Cara al sol* sin reírse y que lleven la falda por debajo de la rodilla, será usted la mejor maestra que habrá tenido el Fernán González.

No supe cuánta razón tenía don Rogelio hasta septiembre. Pero, antes de entonces, en el cónclave del sótano, comencé a intuirlo.

Y, por último, allí estábamos Renato y yo. Los más asiduos del lugar, aunque solo mis amigas lo supieran.

◆ ◆ ◆ ◆

—Camaradas, no podemos participar en lo de Múnich. —Renato fue el primero en hablar y de inmediato recordé que Adele había mencionado algo que iba a suceder en aquella ciudad alemana.

—¿Y eso quién lo dice? —Don Rogelio lo miró por encima de sus lentes de presbicia y por debajo de las cejas espesas, más arrugadas que nunca.

—El partido.

—Será el tuyo, Renato, porque el mío, que es el socialista, sí que va.

—Los comunistas no, Rogelio. Nosotros no estamos de acuerdo con eso de Europa. Allí nos tratan como demonios, son todos anticomunistas. No pintamos nada. La posición oficial del PC es que no estamos de acuerdo con el Movimiento Europeo.

—Pues a mí eso me parece un error —el sacerdote Casimiro tomó la palabra—. Esto no se trata de Europa, al menos no solo de Europa. Esto va de aprovechar la ocasión que ofrecen los hermanos europeos para que podamos decir lo que aquí no se nos permite y que se nos oiga.

—Tú eres nuevo, Casimiro, y no nos conocemos. Lo único que sé de ti es que eres cura. Un cura trabajador, pero cura. Te has pasado la vida en un seminario y, aunque ahora estés en la construcción, ya te crees que sabes de lucha obrera. Si ni siquiera hablas de compañeros, sino de hermanos…

—Mira, Renato —le interrumpió—, tienes razón, no nos conocemos. Tú no sabes lo que yo he hecho o dejado de hacer por la lucha obrera, pero imagino que estarás de acuerdo conmigo en que, sea novato o no, ahora lo importante es acabar con un régimen que no nos deja hablar, ni a nosotros ni al pueblo.

Don Rogelio levantó la mano:

—Es verdad. Ya veis lo que pasa en Asturias, que hasta para hacer huelga la tienen que hacer callados, sin decir ni una palabra, si no quieren que los encierren.

—Por eso mismo, si en Múnich se va a poder hablar en voz alta y se va a escuchar a los que vayan —concluyó el cura—, los llames compañeros o hermanos, benditos sean. Esa es mi opinión.

—Pero es que el problema está en quiénes van —Renato empezó a enumerar con los dedos de las manos—: los catoliquísimos monárquicos de Gil Robles y su consejo del Juan de Borbón ese que está lampando por ser el nuevo Franco, los democristianos de Álvarez de Miranda y de Íñigo Cavero, el Félix Pons de la Izquierda Democrática, ¡izquierda, dice el menda, me río yo!, los nacionalistas vascos y catalanes, hasta el falangista de Dionisio Ridruejo, que ahora se hace pasar por socialdemócrata… Con estos no podemos firmar nada, ellos también son el enemigo.

—Y Rodolfo Llopis y Salvador de Madariaga, que hace años que no pisan España porque no pueden… ¿Te parecen igual de enemigos? —le preguntó don Rogelio—. Anda ya, hombre. ¿Y qué si van todos juntos allí? ¿No lo entiendes, Renato? Lo que Franco lleva casi un

cuarto de siglo separando esto lo puede unir ahora.

—Yo no quiero que nada me una a esos.

—¿Lo ves? Nosotros, aquí y ahora, somos el mejor ejemplo de la división que tan bien le viene al déspota. Si es que ni siquiera le va a hacer falta meternos en la cárcel, ya nos matamos nosotros solos…

Por primera vez se atrevió a hablar el peluquero Juan Blanco:

—Estoy de acuerdo con don Rogelio y con el padre Casimiro…

—Llámame Casimiro, ya te lo he dicho muchas veces. Sin padre, que no he tenido hijos todavía.

Julia se ruborizó, me pareció a mí.

—Pues con Casimiro —continuó Juan—. Creo que muchos os preguntáis por qué estoy yo aquí hoy, sobre todo las señoritas de la Stella, así que os lo voy a explicar.

El joven carraspeó, estaba nervioso y se le notaba mucho. Sin embargo, cuando empezó a hablar fue como si una vela más se encendiera en el sótano:

—A ver por dónde empiezo… Pues por mi padre, claro, si es que os tengo que hablar de mi padre para que lo entendáis, que el pobre hombre si me oyera ahora se desmaya, no le gusta nada que cuente su historia, pero voy a hacerlo. Empezó a trabajar de aprendiz de peluquero en Estepona cuando tenía diez años, eso sería como por 1910, porque nació con el siglo. A los dieciocho se vino a Madrid y a los diecinueve ya estaba en el Sindicato de Peluqueros y Barberos de la UGT. También estudió Derecho, pero no pudo acabarlo, solo le faltó un curso. Después estalló la guerra y a lo mejor los que estáis aquí no lo sabéis porque sois muy jóvenes, pero los antifascistas de todos los gremios se juntaron para pelear contra el golpe con uñas, con dientes y con las pocas armas que encontraban. Mi padre estuvo en el de los peluqueros y barberos de Madrid, que se llamaba el Batallón los Fígaros.

—Muy bien elegido el nombre… —alabó don Rogelio.

—Pues sí. Nada más que eran cuatrocientos, pero los más valientes de la guerra. Mi padre me ha contado que defendieron el Puente de los Franceses solo con cincuenta fusiles, pero tenían tanto valor que no se quejaron de las bajas ni de las heridas, sino de que ese día iban

sin peinar y sin afeitar. «Hombre, por Dios, qué vergüenza, tanto peluquero junto y jamás me vi yo en otra igual», nos decía cuando éramos pequeños.

Reímos.

—No voy a ser pesado, nada más quiero contaros que mi padre peleó por España y creó un grupo sindical de peluqueros en el PSOE cuando a la gente la mataban solo por mencionar la palabra libertad.

—Tampoco ha cambiado mucho la situación ahora —suspiró don Rogelio.

—A él le hicieron un consejo de guerra en el 39, pasó tres años en la cárcel la primera vez y otros tres la segunda hasta el 51…, pero nunca dejó de creer en lo que siempre creyó y en lo que nos enseñó. La libertad, nos decía, vale más que la guerra, vale más que la muerte y vale más que la vida. Porque, aunque perdamos las tres cosas, es la única herencia que sobrevive a todos. —Juan volvió a aclararse la garganta, tal vez para tragarse las lágrimas—. Eso sigue diciéndonos todavía hoy, por eso no le importa que peinemos a las ricas, porque somos libres y tenemos que comer, pero también que vayamos cada semana a barrios como el Pan Bendito de Casimiro a dar lo que podemos a los que no tienen nada, que para eso también somos libres. Así que, si lo de Múnich sirve para que todos sean tan libres por dentro como lo somos nosotros, pero también por fuera sin necesidad de ocultarlo, y que toda España pueda hacer y gritar lo que quiera donde quiera, entonces yo creo que sí, que es bueno que vayan a Alemania los que tengan que ir y que lo digan bien claro y bien alto. Y que si yo pudiera, me iba con ellos.

◆ ◆ ◆ ◆

Se hizo el silencio. Solo Julia, Amparo, Mari Carmen y yo no habíamos pronunciado ni una sola palabra hasta el momento, así que, aunque al menos fuera por representatividad, iba yo a decir algo cuando la joven de la mercería se me adelantó.

—Renato, lo siento, pero también estoy de acuerdo y no es cuestión de ser o no comunista. Aquí la más comunista, yo. Pero si para que

esto cambie el PC tiene que tragar sapos y culebras y olvidar por un rato los desaires que nos hace Europa, pues se tragan.

—Mari Carmen, perdona, pero mejor te callas, que no estamos hablando ahora de eso…

No pude controlarme, salté como movida por un muelle, porque la química de nuestra pasión no me había vuelto ciega ni sorda:

—No, Renato, cállate tú y déjala hablar. Somos cuatro mujeres aquí, la mitad del grupo, y os hemos escuchado con educación. Ahora no te pasa nada porque tú tengas que oír a una de nosotras.

Renato no se lo esperaba y cerró la boca.

Mari Carmen tampoco y habló:

—Lo que quiero decir es que a lo mejor hay algo que se nos está olvidando a todos, camaradas, y es que en este país hay gente que está peor aún que los obreros de cualquier gremio. —Hizo una pausa parecida a las de Adele y, como ella, a mí me dejó con el corazón pendiente de un hilo—. Esa gente somos nosotras, las mujeres.

—Eso no viene a cuento… —Renato trató de interrumpirla, pero no lo consiguió.

—Desde luego que viene. Estamos hablando de obreros, ¿no? Pues pensad en un oficio, cualquiera. ¿Peluqueros y barberos, como el padre de Juan? ¿Maestros, como don Rogelio? ¿Camareros o cocineros? Ni os imagináis lo que pasa con las peluqueras, maestras o cocineras: que nos pagan una tercera parte que a los hombres y encima lo tenemos que hacer vestiditas como monjas para que no digan que somos unas cualquiera, aunque después lo terminen diciendo igual cuando no nos dejamos tocar el culo.

Amparo y yo asentimos en silencio por la alusión a nuestra profesión, y Mari Carmen se sintió reforzada para continuar:

—¿Y los trabajos más arrastrados, los que nadie quiere, los que sirven para limpiar la mierda de otros sin que nos miren ni a la cara? Esos solo los hacemos nosotras, ni un solo hombre, pero nadie pelea para que se nos respete.

—Y bien que servimos cuando hacemos falta. —La intervención de Amparo fue otra de las sorpresas de la tarde—. Mira lo que pasa en mi tierra, que sin muyeres habíase acabado la huelgona haz mucho y, en

cambio, si que así, ahí siguen todos.

—¿Qué estamos haciendo en el partido por las cuarenta que detuvieron en la manifestación el 15 de mayo? —volvió a preguntar Mari Carmen—. ¿Y por mi madre, que sigue en la DGS? Con todos los respetos, Juan, sé que tu padre debió de sufrir mucho en la cárcel, pero te aseguro que no le hicieron las perrerías que seguramente le están haciendo a la mía ahora mismo, porque esas solo se las hacen a las mujeres.

Se echó a llorar.

—Así que claro que me parece bien lo de Múnich, Renato —terminó, con la voz rota—. Me parece bien cualquier cosa que sea pedir que en este país seamos todos iguales de verdad de una puñetera vez, joder, lo pida quien lo pida y donde lo pida…

Entonces, para mi sorpresa, Julia decidió hacer uso de una palabra que yo ni siquiera sabía que llevaba dentro:

—Pues ya puestos, hablando de esto mismo, yo también tengo algo que decir, si estamos a defender lo que hay que defender, que eso es lo que queremos todos los que estamos aquí, ¿no? Es que no sé dónde he oído yo que los hombres pueden matar a sus mujeres y a sus hijas si las sorprenden en adulterio y no les pasa nada, que digo yo que es un pecado muy feo, pero matarlas…

—¡Calla, ho! ¿En serio? —Amparo se tapó la boca, no podía creerlo.

Y yo tampoco. Además de incredulidad, sentí un escalofrío y miré a Renato.

Después, les pregunté a todos:

—¿Eso es verdad, vosotros que sabéis tanto de leyes? Y si es verdad, ¿nadie hace nada…?

Renato enrojeció, pero no me contestó. Don Rogelio asintió con la cabeza y los demás la bajaron.

Julia avanzó en su argumento:

—Nadie, hija, nadie. Por eso lo pregunto, porque yo nunca he oído pedir una huelga para que se acaben las cosas malas que nos hace Franco a nosotras. A mí me da lo mismo quién vaya al sitio ese, al Múnich alemán del que habláis, como dice Mari Carmen, que aunque ya sé que no irá ninguna mujer, porque a esas cosas nunca nos llevan

a nosotras, si los que van piden que en este país se acabe todo lo horrible, y a las mujeres les hacen lo más horrible, por mí como si va Perico el de los Palotes, el caso es que quien vaya defienda lo que tenga que defender, y ya podemos darnos con un canto en los dientes. Después Dios dirá.

Hubo otra pausa muda. Hasta que la rompió la penúltima sorpresa de la tarde. Salió por la boca de don Rogelio, que enarbolaba unas cuartillas con la mano en alto.

—Muy bien dicho, Julia. Solo que, mientras lo dice Dios o no, por si os interesa, mi partido me ha dado la lista de los que estarán en Múnich. Aquí la tengo. Unos treinta ya viven fuera de España, pero ochenta están dentro y van a viajar. Lo que no sabemos es cómo van a volver ni si lo van a poder hacer. Estas son sus direcciones. Ojalá no nos haga falta usarlas, pero si les pasa algo, y no hay que descartar que a Franco se lo lleven los demonios cuando se entere, al menos podremos ayudar a sus familias. Y a mí, ya os lo digo desde ahora, me da igual del partido que sean, siempre que no sean del mismo que el del caudillo, que es el partido de la muerte. El caso es que hay que poner esto a salvo, más de uno tenemos los ojos de la Social en la nuca…

¿Aquello fue casualidad o providencia? Adele me había pedido que consiguiera una lista con los implicados en el asunto de Múnich y allí la tenía yo, delante de mis propios ojos.

No sé por qué lo hice. Es decir, en aquel momento no lo supe. Después sí. Pero cuando lo dije, fue un impulso. Ya vería más tarde si me estaba equivocando o no.

—Si quiere usted, don Rogelio, guardo yo esos papeles. A mí no creo que me esté vigilando nadie, conmigo estarán seguros.

Todos me miraron entre asombrados y confundidos. Muy especialmente Renato: yo, la nueva, la niña pera, la recién llegada de Palencia, la que no sabía cómo ser díscola ni mucho menos revolucionaria.

—La verdad es que, bien mirado, no es mala idea —dijo don Rogelio muy despacio—. Seguro que una respetada maestra de mi colegio, y además sobrina del director de la Stella, es la última

persona de la que nadie sospecharía.

Lo consideré un triunfo, aunque en ese momento no hubiera calibrado aún la sutil diferencia que existe entre saltar y despeñarse.

—De acuerdo, guarde usted la lista. Pero tenga mucho cuidado y protéjala con su sangre. Recuerde que tiene en sus manos las vidas de los que, con un poco de suerte, van a hacer algo por fin para acabar con la guerra, más de un cuarto de siglo después de que esos malnacidos la empezaran.

14

Pasé el fin de semana más angustioso de todos los que recordaba.

Por un lado, me sentía heroica. Había conseguido hacer lo que me había pedido la condesa que hiciera en mi primera tarea como infiltrada.

Pero, por otro, me preguntaba: ¿por qué acepté el guante, pero por qué? ¿Quería jugar a ser Milady? ¿En serio? ¿Me había creído, al menos por un instante, que tenía madera de espía al estilo de los agentes que reclutaba aquella condesa?

Después de formularme preguntas sin respuesta, vinieron otras, las peores, las más perturbadoras: si había logrado un laurel en mi primera misión como espía…, ¿era que de verdad quería serlo? ¿Estaba de acuerdo con trabajar para el mundo en el que se movía Adele, después de haber estado actuando como camarada y amiga de los del otro, del mundo que me parecía más real y cercano al mío?

¿De verdad quería convertirme en Milady y dejar que la condesa de Romanilla fuera mi Richelieu?

Mientras trataba de responder a tantos interrogantes, aquellos papeles me quemaban. No sabía dónde guardarlos, aunque solo una cosa sí sabía: no debía separarme de ellos ni un solo minuto.

Me hice con un bolso grande, de los que se usaban para transportar bronceadores, revistas, maquillajes y mil objetos con los que pasar un día entero en la piscina y sentirse como en casa. Tenía el estampado más neutro que pude encontrar, un fondo blanco con pequeñísimas margaritas amarillas, algo que no llamara mucho la atención cuando lo pusiera encima de una de las toallas, también de un blanco níveo, con las que la Stella agasajaba a sus clientes.

Y lo principal: el bolso iba siempre conmigo. Hasta cuando dormía.

—Sara, hija, déjalo en un vestuario. Ya son ganas de ir cargando todo el rato con ese bolsón tan poco femenino que te has comprado,

bonita.

—No, tía Sol, no se preocupe, si no pesa nada, pero es que es el único en el que entran los libros que me tengo que leer antes de que empiece el curso, y así adelanto trabajo mientras me pongo un poco morena.

Y el único en el que caben ochenta personas a las que no conozco, de las que no he oído hablar jamás y de las que, al parecer, depende el futuro de este país.

—Queridísima Sara de la Fuente, Milady de Winter en persona, cuánto bueno por aquí…

Esa voz. Era esa voz otra vez. Ese sábado y en ese preciso momento.

—Hola, Adele, ¿cómo estás? —Creo que contesté temblando.

La condesa de Romanilla repitió la misma escena que hacía diez años, cuando me invitó a sentarme en su tumbona encogiendo las piernas, solo que esta vez con los papeles intercambiados. Me pidió con un gesto que le hiciera un hueco en la hamaca y levantó el bolso de las margaritas con su contenido para moverlo a otro sitio.

A mí se me despertó todo un enjambre en el estómago cuando la vi poner las manos sobre él.

—Deja, deja, siéntate aquí, no te molestes en quitar esto, que ya te hago yo sitio. —Fui todo lo rápida que pude y le arrebaté el bolso de las manos antes de que siguiera tocándolo.

Debí de enrojecer, pero ella era una espía avezada y no dejó que se le notara que lo había visto, porque en ese momento solo planeaba cómo acomodarse para pasar la mañana en la Stella y pedía a un botones que colocara una hamaca al lado de la mía debajo del pino.

Ella sabía que era mi sitio favorito en el paraíso. No iba a ser fácil deshacerme de su compañía.

De su bolso verde vibrante, mucho más elegante que el de las margaritas y con las letras Y S L entrelazadas colgando de la cremallera de oro, sacó un ejemplar del ¡*Hola*!

—Mira, hoy también salgo —me dijo, como si a mí me interesara lo más mínimo verla en papel cuché enseñando sus joyas o sus vestidos.

Sin embargo, fingí que estaba dispuesta a leer el artículo y acerqué la cabeza a la suya para inclinarla sobre la revista, pero ella la cerró

tan de golpe que casi me hizo daño en un dedo, me miró muy fijo a los ojos y me preguntó en voz baja:

—Y de lo nuestro… ¿has averiguado algo?

Me estremecí entera. Creí que había perdido el esqueleto y que estaba a punto de desmoronarme por dentro, sin nada que me sostuviera. Ni siquiera la conciencia.

Pero aquello debió de durar una fracción de segundo tan corta que no creo que se me notase. Fue el tiempo que tardé en tomar una decisión sobre la que llevaba días dudando.

De repente, lo vi todo claro. No titubeé ni temblé al hablar.

—Nada, no he podido averiguar absolutamente nada. Y no sabes cuánto lo siento. He hecho todo lo que me dijiste, incluso me he insinuado a Renato. Pero no hay forma. Puedo decirte con toda seguridad que ese chico no es comunista. En realidad, es más bruto que un arado y no creo que sepa siquiera lo que es el comunismo, así que, por ese lado, tranquila, que en la Stella no hay soviéticos. Y de lo de Múnich, menos aún. Ni idea, pero es que ni idea. Vamos, que Renato no sabe ni dónde queda Alemania. Y yo lo sé porque enseño geografía, que si no, tampoco.

◆◆◆◆

Interrumpió nuestra charla un alboroto que, aunque me disgustó mucho, no pudo llegar en mejor momento.

Cerca de nosotras, al otro lado del pino, Valeri descansaba en su hamaca. La esposa de Hércules Cortez y la ideóloga de su nombre era una mujer hermosísima, con ojos grises como de plata y una cabellera rubia que se le derramaba por la toalla formando un sol y su halo.

Cuando la alta aristocracia o las estrellas de celuloide no nos visitaban, Valeri era la luz que más brillaba en nuestro jardín. Y todos los *robertos* que nos frecuentaban lo sabían. Amparo, Julia y yo habíamos acuñado el término para referirnos a los exhibicionistas de músculo y bronce que solían venir a la piscina con dos intenciones confesas en la mayoría de los casos: una, ser admirados; dos, presumir de admiración.

El jaleo que, gracias a Dios, había cortado mi conversación con Adele lo habían originado un par de *robertos* alrededor de Valeri, que trataba de tomar el sol tranquilamente y en silencio, como a ella le gustaba, porque, además de bella, era discreta y muy retraída.

Uno estaba en cuclillas, acodado sobre la toalla de la mujer y rozándole el muslo, y otro, de pie y reclinado sobre el tronco del pino, con los brazos cruzados y un pie sobre la tumbona, justo al lado de su tobillo. Ambos, por supuesto, sin permiso de Valeri.

Los dos competían por lograr una mirada y una palabra suya. Cada vez se acercaban más a su rostro y a su cuerpo, y cada vez eran más procaces en sus insinuaciones.

Recordé lo que se dijo en la reunión del sótano, que a las mujeres nadie nos defiende porque muchas de las cosas malas que nos pasan al mundo le parecen naturales, y se me subió la sangre a la cabeza. No soporté aquel espectáculo de acoso.

Me acerqué a ellos con los brazos en jarras y les increpé:

—¿Queréis dejarla en paz de una vez? ¿No veis que la estáis molestando y que la señora solo quiere estar tranquila?

Uno se me encaró. Vino hacia mí con sonrisa de lado y me escupió a dos centímetros de la nariz:

—¿Qué pasa, chati? ¿Estás celosa o qué? Pues si te esperas un poquito, a ti también te guardo algo, que hay suficiente para las dos.

Estaba yo a punto de darle una patada donde más le doliera cuando vino alguien a hacer ese trabajo por mí, y mucho mejor y con mayor eficiencia que yo.

El primer *roberto* no lo vio llegar porque estaba de espaldas a él; solo sintió que una montaña humana le tapaba la luz del sol. El segundo sí lo vio, pero el terror lo paralizó lo suficiente como para que, cuando trató de echar a correr, ya fuera demasiado tarde.

Alfonso Chicharro, o Hércules Cortez para el resto del mundo, agarró por los glúteos a cada uno con una mano de las suyas y aún le sobraba sitio, porque en una sola de ellas cabían dos culos de un *roberto*.

Los levantó en el aire a la vez y, cuando ya se veían catapultados al tejado, los lanzó de cabeza al agua.

Lo peor que aquellos sinvergüenzas recordarían de ese día no fue el remojón, y eso a pesar de que solo sabían nadar al estilo perrito y tuvieron que ser rescatados por el socorrista de guardia.

Lo peor que se guardaron muy dentro y no contaron jamás a nadie fueron las carcajadas unánimes que resonaron por toda la piscina, amplificaron su eco por las praderas, cruzaron el arroyo Abroñigal y muy probablemente llegaron hasta la Cibeles.

Nunca más volvimos a verlos en la Stella, pero estoy segura de que, si siguen con vida hoy, y es posible porque eran más jóvenes que yo, desde entonces se les quitaron para siempre las ganas y las intenciones de atosigar a nadie que no deseara ser atosigado.

Con esa satisfacción di por concluido el encontronazo con los *robertos*, me disculpé con Valeri y Hércules en nombre de la piscina, de la que me sentía representante en ausencia de mi tío, y pude regresar a mi tumbona.

Adele se estaba levantando de la suya. Afortunadamente.

—Muy bien, Sara, un entremés muy festivo ese que se ha organizado con el armario fornido de tres cuerpos que viene tanto por aquí y con su mujercita. Tu papel, querida Sara, impecable. Me gusta verte defender causas justas. Confío en que sigas haciéndolo con otras de designios más altos que una simple escaramuza de piscina… —Volvió a mirarme con aquellos ojos que me erizaban la piel—. Y ahora, si me disculpas, me voy al restaurante, que he quedado con unos amigos. Ya nos veremos otro día.

La vi subir las escaleras con la misma perfección con la que recordé que Ava las bajaba y suspiré aliviada. Cuánto agradecí que, por fin, me liberara de sus preguntas, de su cuello erguido y de su mirada incisiva.

Pero el alivio se me heló por dentro cuando fui a sacar un libro de mi bolso.

Pesaba menos que antes.

Lo abrí y me quedé petrificada: de su interior faltaban ochenta nombres, ochenta direcciones y ochenta vidas a las que, con mi falta de vigilancia, yo había traicionado.

15

Los días que siguieron al sábado de mi fracaso no solo fueron angustiosos. Fueron aterradores.

Pasé cada uno de ellos buscando hasta debajo de los setos de la Stella. Me hice ilusiones: quizá alguien robó el fajo de papeles creyendo que eran valiosos y, al ver una lista de nombres que nadie conocía, los desechó y abandonó en cualquier rincón.

Pero después me rendí a la evidencia: la mano que los había sustraído pertenecía a la misma persona que me había encargado conseguirlos. Ella era la espía. Ella era la que sabía de intrigas, robos, confabulaciones, manejos turbios. Y de contubernios.

Si la mano de Adele Gifford se había introducido en mi bolso y se había llevado la lista, aquello significaba, por un lado, que sabía que le había mentido al decirle que no pude averiguar lo que me había encargado y, por otro, que no los recuperaría nunca, ni aunque se los pidiera en persona. Y eso, encima, era difícil porque siempre estaba acompañada de personas ilustres ante las que yo jamás me atrevería a montar una escena y, sobre todo, ante las que ella lo negaría todo. La palabra de una condesa vale más que la de una maestrilla, eso lo sabía cualquiera.

Con todo, aquella no era la peor consecuencia de la desaparición de la lista. La peor, con muchísima diferencia, era mi conciencia. Me sentí culpable y miserable, una traidora. No solo a quienes habían depositado su confianza en mí, sino a quienes se habían jugado la vida por desenterrar un tesoro escondido en Múnich llamado democracia. Yo era la más vil de las perjuras. Una renegada desleal.

Con eso dentro, no hay conciencia que deje dormir por las noches.

Después de un par de ellas en blanco, estallé. De dolor, de rabia, de remordimientos y de culpa. Así, descuartizada a trocitos por dentro, confesé a Julia y Amparo quién era realmente la condesa de

Romanilla, qué me unía a ella y cómo se había aprovechado de mí en un descuido.

—Y ahora esa mujer tiene los papeles… y yo… y yo…

—Tú nada, neña, tú nada, que mucho has hecho ya, a ver si tanto D'Artagnan y tanta Milady se te subieron a la cabeza y te lo creíste.

—Tiene razón Amparo. Tú has hecho lo que has podido, hija de mi vida, y tanto que sí. Vamos a ayudarte a buscar esa lista, pero, si no la encontramos, nos plantamos las tres juntas donde la célula y les decimos a todos que la hemos perdido las tres.

—No, no, ¿cómo vais a hacer eso? De ninguna forma. La lista era cosa mía y seré yo quien dé la cara.

—A ver, ¿cómo decían los mosqueteros esos que te gustaban tanto…?

—Meca, ya me acuerdo, algo de tres pa tos, ¿non?

—Todos para uno y uno para todos —recordé con una sonrisa llorosa.

—Pos eso, fía, pos eso. Somos las mosqueteras, lo que pierde una lo perdieron todas.

Lloramos y nos acordamos de Tania Blixen: más agua salada, que lo cura todo.

Cuánto la echábamos de menos. Si ella hubiera estado allí, habría sabido qué decirnos. O qué deberíamos decir nosotras para aliviar el insoportable peso del deber incumplido.

◆◆◆◆

El lunes 4 de junio, mientras más de un centenar de españoles se reunían en Múnich para no se sabía muy bien qué y nosotras no dejábamos de maquinar el modo de resolver lo que tanto nos angustiaba, las mesas de la Stella se llenaron con los clientes más inesperados.

En la primera se sentaba un grupo muy numeroso, de unas treinta personas. Y lo más raro fue que todas, excepto una, eran chinas.

Hoy ya sé cuántas etnias hay en el mundo y cómo son los rasgos de cada una, incluidos los de la nuestra, aunque todavía muchos piensen

que cuando se habla de raza siempre es la de otros, porque la suya es la normal y los exóticos son los demás. Pero yo entonces era ciudadana media de la España que trataba de superar la incultura en que la guerra nos había dejado sumidos a todos, por mucho que mi trabajo consistiera en contribuir precisamente a eso. De modo que sí, que yo también sucumbí a la ignorancia y que lo primero que pensé al verlos fue que formaban un conjunto de lo más estrambótico y pintoresco.

Como extraño también me resultó ver quién presidía la mesa china. Yo llegaba en ese momento a la cocina para ayudar a Amparo y al principio no creí que fuera ella. Pero cuando levantó la mano para pedirle a Basilio la botella de Jack Daniel's que siempre le reservaba la Stella, no tuve dudas.

Hacía muchos años que no la veía en persona, aunque, desde que me fui de Madrid, no me perdí ni una sola de sus películas. También sabía que se había instalado en España y que reinaba en las noches de Madrid y en los días de la Stella como la emperatriz que era. Inconfundible, con su melena de tigresa y los mismos ojos de mujer libre: el alma de la mesa de los chinos era Ava Gardner en todo su esplendor.

—Vamos, *guys*, todos, *all together*, levanta la copa y brinda. *Toast, toast! Cheers to España, cheers to Madrid, cheers to China*!

Ava gritaba con su alborozo natural y los chinos que la acompañaban la jalearon con los vasos en alto, risitas de vergüenza y las mismas miradas de apetito que yo veía en los caballeros que se cruzaban con ella en la piscina.

—Está igual de guapa que antes. —No podía quitar los ojos de su belleza.

—O más. Esa muyer no envejece. —Amparo estaba tan boquiabierta como yo.

—¿Y por qué viene con tantos chinos?

—Han empezado a construir una ciudad entera para una película aquí cerca, en Las Rozas, y ahora celebran.

—¿Una película con chinos?

—Algo de Pekín, parece.

—Ya, serán actores, como Eiva. —Así la llamaba yo, con confianza, como si fuéramos amigas desde siempre.

—Serán. Y tos mezclados.

—Pero ¿hay tanto chino en España?

—Los han traído de fuera, de China digo yo que vendrán. Pero hay que xingase que tenía que ser hoy, cagüendiez, que mira quién ta en esa otra mesa de más pa arriba y tamién festejando algo, si ye que nun doy a to.

El verbo nativo de Amparo a veces se desataba solo porque se sentía más libre cuando estaba con sus amigas. Nosotras la entendíamos a la perfección.

Me giré hacia donde señalaba. El guirigay en varios idiomas de la mesa exótica no me había dejado verlos antes, hasta que Amparo los señaló, justo cuando Ava, de pie entre los chinos, les dirigía también otro brindis al aire con la mejor de sus sonrisas.

En esa mesa estaba sentada, cómo no, Adele Gifford. Había debido de ser la mejor de las espías, pensé, porque aquella mujer era ubicua. Mirase donde mirase, más tarde o más temprano siempre la veía a ella.

El único problema era que nunca la veía sola, ni siquiera el ratito necesario para sondearla, saber si fue ella quien había metido la mano en mi bolso blanco con margaritas buscando dar respuesta por sí misma a las preguntas que me encargó que formulara y a las que nunca di satisfacción, y distraerla el tiempo suficiente para que Julia o Amparo lograran registrar su bolso.

Ese día habría sido imposible, desde luego.

La acompañaba una pareja muy relamida. Los reconocí enseguida. No solo por las reverencias exageradas de Jesús, de Basilio, de toda la corte de camareros e incluso de mi tío Mateo y de don Manuel Pérez-Vizcaíno, que habían acudido a presentarles sus respetos. Supe quiénes eran porque lo sabía España y media, incluida la analfabeta, que también veía sin leerlo el ¡*Hola*! en todas las barberías y peluquerías del universo patrio.

—Altezas, Majestades, Ilustrísimos…

Ni mi tío ni el dueño de la piscina sabían cómo tratar a aquella

pareja. Solo bendecían la noche de un jueves de hacía diez años en que los condes habían llegado a la Stella acompañados de una actriz, un torero y una baronesa de Dinamarca, porque, desde entonces, la influencia de los de Romanilla, que se había ido extendiendo en ondas concéntricas por todos los sectores más importantes de la sociedad, había contribuido a dar a la piscina y al club su nimbo de lugar privilegiado e inimitable.

—Por favor, no, no, sin reverencias, amigos… —pidió el nuevo invitado de los condes en un español con fuerte acento británico simulando sentirse avergonzado, pero en el fondo sin poder contener una sonrisa de satisfacción por recibir en otros países los honores que en el suyo, según él, le habían arrebatado.

Eran ni más ni menos que los duques de Windsor, es decir, el que fue rey de Inglaterra durante ocho meses, y ella, el motivo por el que renunció al trono.

Pensé que ser rey era como ser cura, una condición que imprime carácter, y que quien ha sido cura o rey ya jamás deja de creer serlo por más que le quiten la sotana o la corona.

Era evidente que aquellos duques seguían sintiéndose en el fondo de su alma parte de un nirvana vedado a los mortales. Aunque insistieran en una humildad que no sentían.

—Aquí somos dos más como ustedes, damas y caballeros, olviden el protocolo. —El ex Eduardo VIII y entonces solo Eduardo batía una mano en señal de modestia para rechazar las genuflexiones de aquellos a quienes, si ya les habría costado saber comportarse ante un rey, estaban perdidos delante de uno que lo fue y ya no.

—Además, solo hemos venido a brindar para celebrar que vamos a pasar mucho tiempo en España —le secundó Wallis Simpson—. Gracias a nuestra queridísima amiga Adele, acabamos de encargar la construcción de un chalé en Los Monteros.

—Será un privilegio y un honor que seáis nuestros más ilustres vecinos de Marbella —contestó Adele levantando su copa por lo que consideraba una grata noticia.

Al observarlos detenidamente, con sus modales engolados y sus actitudes ampulosas, me acordé de lo que me había contado tantas

veces Renato que había dicho Marx: que los reyes y los dictadores que se comportan como reyes solo pueden seguir siéndolo hasta que el mundo al revés deje de ser el mundo real.

Ese día, la corte de camareros, botones y todos los asistentes posibles de la Stella estaba volcada en el mundo al revés de las dos mesas.

Tal vez por eso no vi a los ocupantes de una tercera, la que estaba en un rincón cercano a los aseos y que nadie reservaba nunca. Ellos, más tarde lo averigüé, eran el mundo real, pero la parte que estaba sumida en tinieblas.

No los identifiqué enseguida. El hombre y su acompañante me resultaban conocidos, aun cuando no lograra recordar sus nombres.

—Amparo, ¿y esos dos panolis de ahí quiénes son?

—El demonio y su llambeculos.

—Anda, reina de la metáfora, dime quiénes son.

—¿No te acuerdes de ellos, ho? El joven ye Arizmendi, inspector, creo, y el mayor, el de la pajarita, ye el comisario Melgar. Sí, muyer, el que detuvo a Renato hace diez años, que ahora ya ye comisario…

Ni siquiera pude contestar. Que alguien me hubiera robado la lista con todos los datos de los que en ese mismo momento estaban a miles de kilómetros haciendo lo que esos dos investigaban cada día, rebelarse contra el Régimen, me tenía horripilada. Pero saber que la Brigada Político-Social estaba allí, tan cerca, me heló la sangre. Porque yo, con o sin los papeles prohibidos, formaba una parte muy pequeña pero necesaria de esa conspiración contra todo lo que representaban.

Tras el susto, balbuceé:

—¿Y el otro?

—Pues el babayu aquel que lu acompañaba ese día, también te acordarás. Ahora quedó de inspector. Ellos lo guisan, lo comen y después vomítenlo encima de nosotros.

—Parece que tú los conoces bien, Amparo, o sea, que han venido mucho por aquí estos años. —Me temblaba la voz.

—Non tantu como últimamente, aunque sí a menudo. Nun me hagas mucho caso, pero yo creo que a esos dos los tienen untados.

—¿Untados?

—Sí, que les callan la boca, a ver si non cómo la tienen cerradina sin que metan a nadie na cárcel cola de coses que pasen aquí.

—Untados… ¿Quién los unta?

Amparo dudó.

—Sara, fía, que nun quiero líos, anda, ven y ayuda colos centollos, que tan vivos y hay que da-yos un hervor cristianu.

—Pero…

—Que non, que nun hablo más. Y si non ayudes, quita, ho, que hoy yo sola nun doy… ye que nun doy a to.

◆ ◆ ◆ ◆

El miércoles 6 se repitió una situación parecida a la del lunes, encima con una mesa más y yo con los nervios ya al borde del colapso.

Regresó la de los actores, con Ava a la cabeza, chinos nuevos y más de un americano. Algunos venían vestidos de rebeldes bóxeres, otros de mandarines y otros de marines decimonónicos. Y ella, siempre radiante, llegó con un maravilloso kaftán de seda azul semitransparente que a duras penas dejaba ver lo que había debajo.

También regresaron los duques de Windsor con Adele Gifford y, esta vez, con su esposo y conde de Romanilla, Carlos de Arbeloa y Fernández de Córdoba nada menos, porque posiblemente no habían concluido todavía las celebraciones por la casa de Marbella y también porque la condesa seguía esquivándome. El mejor modo de hacerlo era el de la intimidación con invitados insignes ante los cuales yo jamás me habría atrevido a armar un escándalo.

Además, había una mesa nueva que también tenía algo que celebrar y, como casi todo Madrid, no encontraba mejor lugar para hacerlo que almorzando en la Stella y disfrutando de la piscina hasta que llegaba la hora del baile.

En ella, una joven hermosísima recibía en silencio las felicitaciones de los cuatro hombres que la rodeaban. Cortaba la carne cuando se la servían, se limpiaba muy finamente las comisuras de los labios sin estropearse el carmín cuando tenía que beber, brindaba cuando le

tocaba brindar y sonreía cuando alguno de sus acompañantes se dirigía a ella, aunque eso ocurrió pocas veces. Apenas habló en toda la comida, y eso que era la protagonista, la única razón por la que los cinco estaban en la Stella.

Amparo y yo por fin nos enteramos a los postres de quién era la belleza silenciosa. Fue en el momento en que uno de los comensales, más bebido que el resto, alzó la voz, la copa y a sí mismo al levantarse tan bruscamente que casi tira la silla.

—¡Viva Marujita Nicolau, coño, qué orgullo de española miss Europa, la más guapa del mundo!

Ava la miró desde su mesa de cine, sonrió y, con paso seguro, se dirigió a ella de tres zancadas hasta abrazarla, para la estupefacción y envidia de todos sus acompañantes.

—¡Viva tú, coño, viva mucho! Viva mujeres guapas de España, viva todas. —Después, estiró en el aire el brazo al modo del saludo fascista, solo que no con la palma hacia abajo, sino sujetando el vaso de whisky que jamás se separaba de ella, y gritó más alto todavía mirando al cielo—: ¡Y ustedes, Franco, Perón, Frank, *my darling*…! ¡*Let us* vivir a todas las mujeres! ¡*Let us* en paz! *Leave us alone*!

Los chinos y los americanos aplaudieron, quizá porque la única palabra que habían entendido fue «Frank», aunque Ava hubiera omitido el Sinatra. Los ocupantes de la mesa de los Windsor y los condes de Romanilla bajaron los ojos y hundieron las narices en sus respectivas copas de champán. Y al resto de los españoles que estábamos allí y entendimos perfectamente los demás nombres nos dejó rígidos y en silencio.

Lo que terminó de escarcharnos fue lo que sucedió después.

Ava apuró lo que le quedaba de whisky y, tras dejar el vaso vacío en la mesa de la miss, se quitó con un solo gesto el kaftán.

Llevaba un traje de baño en dos piezas, parecido al que ya le vi en el 52, pero mucho más atrevido porque tenía menos tela, estampada en un tartán escocés de tonos rojos, negros y blancos.

Pero eso no fue lo más sorprendente. Con Ava, siempre había algo que podía sorprender más. Y con lo que más nos sorprendió ese día fue algo más prohibido todavía.

Cuando descendió los veinticuatro escalones que la llevaban del restaurante a la piscina y ya había conseguido que todos los ojos, los de arriba y los de abajo, los comensales y los bañistas junto al pino, siguieran cada uno de sus pasos, hizo lo impensable.

Justo al borde del agua, elevó un brazo. Con un movimiento perfecto de solo dos dedos, se desató el nudo que le ataba el sostén del bikini a la nuca y este cayó al suelo como la pluma de un gorrión.

Dejó los pechos al aire y se lanzó de cabeza.

Siempre creí que todas las mujeres teníamos lo mismo en el cuerpo, hasta que vi el torso desnudo de Ava y supe hasta qué punto estaba equivocada.

Idéntico pensamiento tuvo Amparo, porque me dijo muy seria, inmóvil y ajena por completo al horno en el que se le quemaba el suflé en la cocina, a través de cuya cristalera pudimos verlo todo:

—Tiés razón, Sarina. Esa muyer ye una diosa.

◆ ◆ ◆ ◆

Solo hubo una mesa cuyos ocupantes no movieron una ceja en toda aquella secuencia de desafíos lanzados a la cara del Régimen.

Ya todos sabíamos que el bikini estaba prohibido por decreto en España desde el año 60, porque si había algo más pecaminoso que dirigirse a Franco con chanzas en público era que una mujer exhibiera su cuerpo.

Por eso, mientras Ava nadaba con los senos desnudos, nuestro instinto nos hizo volver los ojos a la mesa donde se sentaban los que podían impedir con toda la fuerza de la ley que siguiera adelante en su exposición al viento y a las miradas: Melgar y ayudante.

¿Cómo iban a reaccionar ante semejante afrenta a la decencia? ¿Se atreverían a detener a una auténtica gloria internacional cuya pasión por España el Régimen exhibía como un espaldarazo al talante de apertura del país y por esa razón casi nunca osaba inmiscuirse en sus hábitos disolutos, por muy disolutos que fueran?

¿Y a los que la aplaudían y la vitoreaban? ¿A ellos sí serían capaces de detenerlos o, al menos, de inscribirlos en una de las listas negras

que tanto les gustaban?

Nada más lejos de su intención. Allí estaban los dos, uno con su pajarita perenne y el otro con la corbata torcida, bebiendo Courvoisier en grandes copas redondas, impasibles, sin mirar siquiera hacia la piscina, solo al horizonte del que tal vez esperaban que bajase un jinete del apocalipsis y se llevara a toda esa caterva de delincuentes para evitarles a ellos el trabajo.

O no.

O tal vez lo que les tapaba la visión era sencillamente un sobre con billetes de mil, que no hay mejor caleidoscopio que el dinero.

◆ ◆ ◆ ◆

El jueves no ocurrió nada. Por suerte y por desgracia.

Ava y los chinos, la aristocracia británica y la española, la miss y sus acompañantes, la Dirección General de Seguridad entera…, todos ellos se dieron un descanso ese día y en la Stella hubo paz.

En la Stella, pero no en mi corazón, donde la angustia crecía hasta quitarme el aliento.

Se acercaba el momento de que regresaran las ochenta personas que esos días estaban en Múnich decidiendo algo muy importante para el futuro de nuestro país, aunque no tuviéramos demasiado claro si realmente conseguirían cambiar las cosas cuando volvieran.

—Si es que vuelven…

—Ay, Julia, no me pongas el alma más en vilo de lo que la tengo.

—Tranquila, hija de mi vida, seguro que la lista no le sirve de nada a la condesa, ni siquiera la va a entender.

—Esa lo entiende todo, hasta lo que no está escrito. Buena es.

—Vale, pero solo con sus nombres y los de sus familias no puede hacer nada.

—Puede dárselos a los suyos, a la CIA, que ahora se come los mocos con la DGS, para que los persigan.

—Pos como no sea a esos dos de la Social… Y yo non-y quité ojo al Melgar de los coyones estos días. —Amparo quería apaciguarme, como si lo que me decía fuera un argumento contundente.

—Si yo pudiera acercarme al bolsazo ese que lleva…

—Julia, por Dios, ten mucho cuidado, que esa mujer tiene ojos en la espalda.

—Ya, es verdad, aunque de mí no sospecha. Desde luego, la que no puede hacerlo eres tú, que te pilla enseguida.

—No, yo no puedo ni acercarme sin que se dé cuenta. Pero es que tampoco creo que traiga los papeles a la Stella cada vez que viene con tanta gente importante. Los tendrá en su casa o se los habrá dado ya a quien se los haya pedido.

Callábamos pensativas. Y, mientras lo hacíamos, yo quería morirme.

Cambiamos de tema, para que no me muriera de verdad, y hablamos de amores.

Yo no había visto a Renato o a cualquiera de los de la reunión del sótano desde entonces.

—¿Tú tampoco sabes nada de tu cura, Julia?

—No lo llaméis así, leñe —se puso del color de una manzana—, que ni es mío ni me toca nada.

—Anda, muyer, que algo ya te tocaría, ya…

Nos echamos a reír, porque el amor y sus picardías son el mejor modo de limpiarse el óxido de una conciencia atribulada.

Hasta Julia sonrió.

—Bueno, un par de besos sí que nos hemos dado. Es que me gusta mucho.

—Que te guste es bueno, Julia, fía, pero ten cuidado con lo que hacéis.

El recuerdo de Roberto nos ensombreció.

—No te preocupes, Amparo, que soy gato escaldado. Además, ya nunca más me volvería a pasar, aunque no lo fuera…, ni tampoco aunque quisiera.

Amparo se arrepintió de lo que había dicho en cuanto recordó que el vientre de Julia era un páramo yermo y trató de disculparse.

—Pues claro, neña, pues claro, si ye que soy fatu, perdona.

—No, si no es eso. Es que el problema con Casimiro es otro…

Amparo y yo callamos. Vimos que Julia quería confesarnos algo que no se había atrevido a decir en voz alta hasta entonces, pero todo lo

que no fuera nuestro silencio podía hacer que se echara atrás.

—Es que no sé… Hay siempre como un velo entre los dos. Un día, que si Dios es quien nos ha creado y que, si a mí me ha hecho bonita y a él con ojos para mirarme, por algo será. Y otro, que si Dios le dio la vocación y lo llamó por la cosa esa del celibato o como se diga, por algo será también. Pero yo no sé lo que quiere Dios ni lo que quiere decirme él ni por hache ni por be, estoy hecha un nudo.

—Pa nudo, el que tien ese home na cabeza, fia, si es que al probe le dijeron que querer ye pecado y así les va a todos los curas, que llevan cara de destemplados.

—Pues sí, eso va a ser. Pero es que yo tampoco estoy muy segura por mí, porque en el noviciado me dijeron que…

—A ti en el noviciado te dijeron y te enseñaron muchas cosas malas —la interrumpí porque me volvió algo de la rabia antigua—, como que una niña engañada como te engañaron a ti es mercancía podrida y que hay que tirarla a la basura. Así que ya puedes ir olvidando de una vez todo lo que te dijeron en ese sitio.

—O sea, ¿que quererse no es pecado?

—Pecado ye odiarse, así que tú de vergüenzas ni por asomo, ¿oíste?, pero ni por asomo.

—Tiene razón Amparo. Arriba esa cara, Julia. Con lo preciosa que tú eres y el cuerpo que te ha dado ese Dios tuyo, a disfrutarlo, hija de mi vida, no se te vaya a poner a ti también cara de destemplada, como dice la asturiana.

Nos abrazamos y reímos. Pero ni el amor, ni sus picardías, ni todo el apoyo y la fuerza de mis amigas me hicieron olvidarme de lo importante nada más que por unos instantes, ni tampoco me dieron el bálsamo que yo necesitaba.

Muy por el contrario, me vine abajo al día siguiente. Tan abajo que creí haber llegado a mi fondo y que lo que tanto había deseado iba a suceder: creí que iba a morirme de verdad.

Porque el viernes 8 de junio, el día en que concluía la reunión de Múnich y los ochenta de mi lista estaban a punto de regresar, Franco decretó por sorpresa la suspensión del artículo catorce del Fuero de los Españoles, mediante el cual todos éramos libres para fijar nuestra

residencia donde nos diera la realísima gana dentro del territorio nacional.

Eso significaba que se abría la veda de caza y destierro al disidente.

16

Todos los días que siguieron al fin de semana angustioso y a la semana aterradora fueron peores aún. Fueron el infierno.

Pasaron algunos, no recuerdo cuántos, hasta que, por fin, apareció Renato. No le veía desde nuestra reunión secreta.

Estaba muy inquieto, miraba hacia todas las direcciones que podían abarcar sus ojos y traía un periódico que retorcía con dedos nerviosos.

Creí que me buscaba porque ambos echábamos de menos la piel del otro, pero me agarró por el codo un poco más fuerte de lo que la pasión prescribía. Y no había deseo, sino miedo en su voz cuando me dijo:

—Ven conmigo. Ya.

Lo acompañé en silencio, pero, en lugar de llevarme al sótano, me arrastró a un rincón del jardín, el más oscuro y apartado.

—¿Has leído esto?

No, yo no leía periódicos. No soportaba su lenguaje propagandista, ni su sectarismo, ni las consignas machaconas, ni siquiera el olor a tinta rancia que despedían.

Pero el que traía Renato era otra cosa. Ese sí que interesaba, aunque en España fuera imposible leerlo:

—¡*Le Monde*! —exclamé—, qué maravilla. ¿Dónde lo has conseguido? ¿Me dejas que lo vea?

—Pues claro, si precisamente te lo doy para que lo traduzcas. Me lo ha traído de contrabando un camionero amigo. Dice que esto es lo más grande que ha pasado aquí desde la guerra.

Yo me había empeñado en aprender francés lo mejor que pude en la Escuela de Magisterio y también gracias a mi vecina Yvonne, hija de un emigrante que había regresado a Palencia, por si algún día me especializaba como profesora de francés.

Pero nunca supuse que el idioma me iba a servir para enterarme de

lo que me enteré ese día.

El diario francés hablaba de lo que había sucedido en el hotel Regina Palace de Múnich y sobre lo que en España no se había escrito ni una sola palabra. A grandes rasgos, venía a decir que los ochenta españoles que habían viajado desde aquí junto con los treinta que ya estaban en el exilio, todos de diferentes familias políticas, desde socialistas a monárquicos católicos, separados por historia e ideología pero unidos en un bien común, habían contado a más de un millar de europeos que lo que hacía falta en este país no era un regreso a la República, ni una revolución contra el dictador, ni siquiera un atentado contra Franco.

No, lo que aquellos españoles les habían dicho a sus amigos era que, para que España pudiera formar parte de esa Europa a la que había solicitado su adhesión, antes el Régimen tenía que garantizar lo que no había y se necesitaba imperiosamente: democracia. Y con ella, claro está, todas las libertades que aquí faltaban.

—Esto no le ha debido de gustar nada a Franco, hay que estar preparados —reflexionó Renato cuando oyó lo que decía *Le Monde*—. Por lo pronto, no quiero ni imaginar lo que les va a pasar a los ochenta cuando vuelvan, que eso es para lo que ha suspendido el Fuero. A ver, ¿tienes a mano la lista de los que se marcharon?

Deseé que se hundiera el jardín de la Stella y que me tragara allí mismo. Pero después recordé lo que habíamos hablado mis amigas y yo en las últimas horas.

Amparo fue quien llevó la voz cantante en esto:

—Si alguien pregúntanos por separado, nin palabra, ¿oísteis?, nin palabra mientres nun estemos las tres juntas.

—Vale. ¿Y si me piden la lista?

—Tú dices que nun se la das a nadie hasta que se junte la célula.

—¿Y si la célula no se reúne?

—Pos hacemos que se reúna, cagüentó, que paecéis tontes con tanta pregunta, coño.

Y ahí estaba yo, ante el hombre que me había devorado entera con su boca y que ahora parecía querer hacerlo solo con los ojos.

Sí, cuanto deseé que se hundiera el suelo que pisaba, pero también

deseé que no se me notara el deseo y contesté lo más tranquila que pude:

—Pues claro que la tengo, pero no te la voy a dar, porque conmigo está más a salvo que contigo. Anda por aquí todos los días el de la Social, el comisario Melgar, que ya te tiene fichado y no te va a quitar ojo en cuanto te vea. Yo me quedo con la lista y ya me diréis lo que hacemos con ella, pero por ahora no se la doy a nadie.

Renato vaciló.

—Ese Melgar es un hijo de la grandísima puta. —Apretó los puños como si estuviera estrangulándolo en ese mismo momento—. Lo mataría ahora mismo si pudiera…

Frenó en seco, me miró y se disculpó:

—Perdona, es que lo odio con todas mis fuerzas, es una bestia, una rata de cloaca, si tú supieras… En fin, igual tienes razón y lo mejor es que sigas guardándola tú, que de ti no sospecha nadie.

Su respuesta me alentó a seguir.

—Mira, yo creo que lo que hay que hacer es convocar otra reunión en el sótano, pero por la noche, cuando el comisario se haya ido, y ya entonces decidiremos entre todos.

—Sí, va a ser lo mejor… Yo me encargo, aviso a la gente.

Estaba a punto de subir a la piscina cuando me llamó:

—Sara…, gracias.

Traté de disimular una lágrima y, a cambio, esbocé una mueca similar a una sonrisa.

—No hay de qué. —Aquella frase nunca fue más verdad—. Ah, y ni se te ocurra matar al comisario, que los bichos malos nunca mueren y tú te buscas la ruina. Me lo prometes, ¿verdad?

Renato se me quedó mirando con un gesto triste parecido al mío, pero no me contestó.

Cuando subí a la piscina sentí un ligero alivio, pese a que continuaba rota por dentro. Dijeran lo que dijeran mis amigas, estaba traicionando a los míos. Con la propuesta de Amparo de convocar un nuevo encuentro solo conseguíamos ganar tiempo para pensar en cómo comunicárselo a todos, en eso tenía razón. Solo que, aunque ellas quisieran participar en la hazaña de la culpa compartida como

las mosqueteras que éramos, yo jamás lo permitiría. Iba a decirles la verdad a todos los compañeros que habían confiado en mí y nada me lo impediría.

Pero la idea de hacerlo en una reunión era buena, porque, aunque no sabía cómo podría confesar semejante atrocidad ni tampoco si me perdonarían algún día, necesitaba tener a Julia y a Amparo cerca para sentir su apoyo.

No noté cuánto me temblaban las piernas hasta que, mientras caminaba y meditaba, una barriga se tropezó conmigo y casi me tira al suelo.

No podía creer que ese día tantos astros se hubieran alineado en mi contra y con tanto ensañamiento: era el mismo Melgar, en mucha carne y poco hueso, asiéndome por los hombros con las dos tenazas de hierro que tenía por manos.

◆◆◆◆

—Hombre, la señorita Sara, a usted y a su tío los estaba yo buscando.

—¿Buscándonos a nosotros? ¿Por qué? ¿Pasa algo? —Opté por descararme. Había tenido tantos sobresaltos juntos que creí que ya no había sitio para uno más.

Qué equivocada estaba.

Antes de que el hombre de la pajarita pudiera responderme, mi tío llegó corriendo.

—Un momento, señor comisario, ¿puedo ayudarlo yo en algo? ¿Hay algún problema con mi sobrina?

—Vaya, señor Santiago, esto también va con usted. Le estaba diciendo a esta joven tan amable que los buscaba a los dos.

—¿A los dos? Pero ¿por qué? ¿Necesita usted algo del club, del restaurante?

—No. Esto es oficial.

—No entiendo, si no hemos hecho nada…

—Lo que hayan hecho o dejado de hacer lo sabrán ustedes. Yo, por lo pronto, voy a registrar su casa. El hotelito es el de aquí enfrente,

¿no? Pues andando.

—¿Registrar? ¿Cómo que registrar? ¿Registrar por qué? Esto es un despropósito…

Noté que mi tío le lanzaba fuego con los ojos y con ellos decía mucho más que con sus palabras.

Pero eso no arredró al rudo policía, que contestó con una media sonrisa cargada de sorna:

—Y yo, la autoridad competente. —Se irguió en el sitio—. No está el horno para bollos, señor Santiago. Ya sabrá usted que hay estado de emergencia o como se llame. Si yo digo que se registra, esa casa se registra.

Estaba solo, sin su sempiterno acompañante desde hacía diez años, el tal Arizmendi, que parecía su sombra. E igual de solo echó a andar hacia la cancela lateral de la Stella, junto a la casa del guardés, que daba salida a la calle de la residencia de mis tíos.

Había sido providencial que la famosa lista ya no estuviera en mi poder, pensé mientras caminaba. Por primera vez en la última semana, algo me salía bien.

Así que, cuando ya estábamos en la misma puerta y vimos la cara de incredulidad de mi tía y de Julia al vernos allí, me permití burlarme del hombretón con toda la insolencia de mis veinticinco años, cediéndole el paso como los caballeros se lo ceden a las damiselas:

—Hala, pues nada, adelante, registre usted. Si quiere, lo llevo hasta mi cuarto y le levanto los faldones de la cama para que pase usted bien la mano por el suelo y de paso quita la pelusa, que le va a hacer un favor a mi amiga Julia. Ahora que, como no encuentre nada malo y tenga que disculparse, olvídese de que hoy le invitemos a ese coñac tan caro y que a usted le gusta tanto. Todo lo más, a un carajillo y va que chuta.

La mirada de mi tío me dolió más que su codazo. Y eso que fue de los más fuertes que en la vida recibí por mis muchas indiscreciones.

◆ ◆ ◆ ◆

José Antonio Melgar salió del hotelito con las manos vacías y, lo que

más me desconcertó, lo hizo con la misma sonrisa de zorro viejo con la que había entrado.

Había pasado la lupa hasta por debajo de los armarios y de las alfombras; revolvió en cada uno de los compartimentos de la *boiserie* de caoba ante la alarma de mi tía; ignoró sus llantos y sus lamentos: «Mucho cuidado con la bailarina de Lladró que me dejó mi madre, por Dios, que es de las caras, de las que tienen flores»; metió los dedos incluso en los botes de harina, de arroz y de garbanzos, no sé si creyendo que guardábamos ahí algún microfilme secreto… Hasta que llegó a la habitación de Julia y mía.

Al entrar en ella, cerró la puerta a su espalda y nos dejó a todos fuera, confusos, sin saber por qué tanto mi amiga como yo éramos las sospechosas principales o, al menos, lo suficientemente sospechosas como para que el registro fuera un asunto reservado solo a él.

Mis tíos, Julia y yo contuvimos la respiración hasta que salió.

—Tenía usted razón, joven, no he encontrado nada. Dé usted gracias a Dios de que esté limpia, porque, con la que está cayendo, tres noches entre rejas no se las habría quitado nadie.

—A ver, limpia, limpia, ya le digo yo a usted que esta casa es la que más limpia está en todo Arturo Soria. —Julia se había dado por aludida.

Melgar rio a carcajadas.

—Pregúntele a su amiga, seguro que ella lo ha entendido mejor que usted.

Mi tío se me adelantó, quizá para impedir que otro de mis descomedimientos me llevara de verdad al calabozo:

—Pues si es así, caballero, ha sido un honor recibirlo en mi casa, pero, ya que su inspección no ha dado frutos, permítame que le ruegue que…

—Sí, sí, señor Santiago, no se preocupe, que ya me voy. Sepa usted que yo solo he hecho mi trabajo. Pero, ahora que ya lo he acabado y que aquí paz y después gloria, imagino que podremos volver a lo del coñacito francés, porque lo del carajillo, la verdad, no…

Según hablaba mi tío con aquel barrigudo indeseable, Julia y yo lanzamos una mirada rápida a nuestro dormitorio compartido y nos

asombró comprobar que seguía en el mismo estado en que lo habíamos dejado esa mañana, con las camas hechas, los cajones cerrados y los cuadros colgando en perfecta línea recta, sin inclinación alguna. Como si nadie hubiera registrado nada.

Después, cuando las dos nos quedamos solas y mientras Mateo trataba de consolar a una inconsolable Sol, que acababa de descubrir en el suelo una florecilla de porcelana que se había desprendido de su bailarina, supimos lo que había sucedido en realidad.

No faltaba nada, sino lo contrario. Había algo que no estaba allí antes de que el policía se quedara solo en la habitación.

Los papeles con ochenta nombres y ochenta direcciones, que por arte de magia se habían esfumado de mi bolso unos días antes, por arte de magia habían vuelto a aparecer encima de mi mesilla de noche.

Y no me cabía ninguna duda de que ambas cosas habían sido por arte de la misma magia.

Ya sabía yo cuál.

17

—Compañeros, Múnich ha sido un éxito, pero Franco ha hecho lo que esperábamos que hiciera, e incluso más y peor.

Fue don Rogelio quien habló primero. Nos habíamos congregado al día siguiente los mismos que en la anterior reunión, excepto Renato, que se retrasaba sin ninguna explicación; Julia, que todavía consolaba a mi tía tras el registro, y Amparo, que no podía abandonar la cocina. Ya no hacía falta que las tres mosqueteras estuvieran allí juntas, todas para una y una para todas, porque el misterioso registro y la todavía más misteriosa recuperación nos había salvado del trance.

Y, aun así, yo no terminaba de comprenderlo. ¿Por qué Melgar nos había devuelto los papeles? ¿Fue él quien los robó? ¿Fue a él a quien se los dio la condesa? ¿Fue todo un sueño y jamás los perdí…?

Ya estaba llegando al punto de la alucinación irracional cuando apareció Renato.

—Siento llegar tarde, camaradas.

Estaba muy nervioso y enrojecido, toda la sangre del cuerpo se le había subido a la cara y le había dejado las manos lívidas y temblorosas. Me miró de una forma muy rara antes de sentarse a mi lado. Cuando lo hizo, noté que palpitaba como una hoja recién caída de la rama.

Le susurré al oído:

—¿Qué pasa, amor? ¿Todo bien?

Volvió a mirarme con la misma expresión indescifrable. Le caían gotitas de sudor por la mejilla y otras de moquillo por una fosa de la nariz.

Me preocupé. ¿Es que nunca se iba a acabar la ansiedad entre nosotros?

Mari Carmen, mientras, hablaba exultante:

—Un éxito, todo un éxito. Ahora en el extranjero saben lo que está

pasando aquí. Y España sabe que, si quiere ser europea, tiene que comportarse como un país europeo. Solo siento que los comunistas no hayamos participado.

—Yo también —admitió Renato, ya más calmado—, pero vamos a decir las cosas claras: tampoco creo que nos hubieran dejado, que Europa ahora está muy enfadada con la URSS. Todo lo que lleve una hoz y un martillo es como mentarles la bicha.

—Es igual, Renato. Me han pedido un artículo en *Mundo obrero* y lo voy a escribir diciendo que los comunistas lamentamos no haber ido y que estamos de acuerdo con cada uno de los puntos de la declaración de Múnich.

—¿Te deja el partido decir eso…?

—Es exactamente lo que me han pedido que escriba. Y lo voy a hacer con el mayor convencimiento, por el bien y por la concordia de los que nos oponemos al bruto, que eso es lo más importante.

—Bueno, no nos desviemos del asunto. —El conciliador cura Casimiro trató de que no se perdiera de vista el objetivo—. ¿Qué vamos a hacer con los de Múnich?

—Ayudarlos en lo que se pueda, no hay otra. A mi padre le han dicho en el PSOE que ya ha empezado la sangría —dijo Juan Blanco.

—Y más sangría que va a haber después de lo loca que se ha vuelto la prensa del Régimen. Mirad, aquí tengo un *Arriba* y un *ABC*. —Renato sacó varios ejemplares del bolsillo interior de la chaqueta en el que unas horas antes guardaba *Le Monde*—. Loca pero loca loca.

Nos arremolinamos alrededor de los diarios y lo confirmamos: los voceros de su amo habían perdido la cabeza. «El contubernio de Múnich», «el contubernio de la traición», «sucio contubernio…», leímos.

—Y lo que les gusta la palabrita esa, «contubernio» —Renato se rio sin ganas—, que no sé de dónde se la habrán sacado.

Yo sí sabía de dónde había salido. Ya la había oído antes en boca de una condesa. En aquella España, nada sucedía por casualidad.

—«Reunión ultrasecreta en Múnich», «indigna maniobra contra España», «reconciliación de traidores», «condena a los antiespañoles de Múnich», «España entera con el Caudillo», «la Iglesia excomulga la

alianza con el socialismo», «Franco sí, no a los de Múnich» —siguió leyendo alguien antes de arrancar varias hojas, arrugarlas y lanzarlas al aire.

Esos y otros muchos eran los titulares y las consignas del Régimen encolerizado.

—Lo del Fuero es el primer paso, eso les deja manos libres para empezar a tomarla con los que viajaron a Alemania y quieren volver.

—Algunos se lo han ahorrado y se han ido ellos solos al destierro en París.

—Sí, pero a los que vuelvan les van a hacer la vida imposible.

—A mí me han contado que a unos los han metido en la cárcel y que ya han mandado a otros cuantos a Fuerteventura y a Hierro, o sea, al centro de la nada, para que se mueran allí de soledad y de tristeza, y sus familias, de hambre.

—Uno se ha refugiado en la embajada de Uruguay, pero no sé cuánto le va a durar el asilo…

—A todos ellos los estaban esperando en Barajas. ¿No os extraña que esos hijos de puta ya supieran quiénes eran y cuándo llegaban?

Tragué saliva y no sé si enrojecí, solo que toda yo sentía que me quemaba en el fuego de la culpa.

—Da igual cómo se enterasen, ahora lo que tenemos que hacer es ayudar a las familias de los que quedan, compañeros —dictaminó Casimiro cambiando de tema, para mi descanso—. Menos mal que tenemos la lista con sus datos y direcciones. Y menos mal que nadie sabe que la tenemos, así podremos ser más rápidos que ellos.

Volví a incendiarme sin decir palabra.

—Yo tuve un alumno en el Cervantes que ahora es profesor universitario y está dispuesto a ayudarnos —anunció don Rogelio—. No pertenece a ningún partido, pero es más europeísta que todos nosotros juntos. Nos ha ofrecido organizar una recogida de fondos para ayudar a los familiares de los castigados, por lo menos para que coman.

—Pues bendito sea ese alumno tuyo —sonrió el cura—. ¿Lo conocemos?

—No sé, no creo, aunque espero que lo conozcáis todos muy pronto.

Tiene algo más de cuarenta años y una cabeza brillante. Seguro que, cuando el sátrapa se vaya, trabajará mucho por este país, que buena falta le hace gente como él, cultísima y con un talante conciliador de verdad. A ver si así llegamos de una vez al siglo XX, porque vamos con treinta años de retraso.

—No nos has dicho cómo se llama, Rogelio.

—Enrique Tierno Galván. Acordaos de ese nombre.

◆◆◆◆

No habíamos terminado todavía cuando apareció por la puerta del sótano una Julia más arrebolada que nunca. La vela oscilaba en el pebetero porque la mano que la sostenía tiritaba tanto que estaba a punto de soltarlo.

Su voz, sin embargo, sonaba firme. Comenzó a darnos órdenes con voz de mando y sin asomo de flaqueza.

—Sara, tienes que subir ahora mismo, que te vea todo el mundo con tu tío, no te separes de él. Y los demás, esperad aquí hasta que os digamos. Apagad las velas y quedaos a oscuras. Ni una palabra, ni un suspiro, ¿me estáis oyendo? Que no se mueva ni una hoja aquí dentro mientras no vengamos a buscaros.

Mari Carmen se adelantó.

—Julia, no nos puedes dejar así, dinos qué ha pasado, por tu padre.

—Pues por mi padre os lo digo, porque ya me gustaría que a él alguien lo hubiera defendido como yo os voy a defender a vosotros —hizo una pausa para tragar saliva—. Al comisario Melgar acaba de darle un arrechucho ahí arriba.

—¿Al comisario? —No sé cómo pude gritar en un susurro—. ¿Y está bien?

—No, para nada. Lo que está es muy muerto. La Stella está llenita ahora de compañeros suyos policías registrándolo todo.

—Pero ¿qué ha sido? ¿Un ataque, un síncope…?

—Sí, sí, algo así, o eso parece. Pero a esas hienas, cuando uno de los suyos cae, lo que menos les importa es llevarse a los demás por delante. Aunque este haya caído por gordo y por borracho.

Callamos todos, hasta que Julia, la superintendente, volvió a decirnos lo que teníamos que hacer.

—Ea, hacedme caso. Sara, tú, conmigo para arriba. Los demás, aquí quietos y callados, así tengáis que quedaros toda la noche, ¿estamos?

—Pero…

—Ni pero ni pera. El primero que salga se da de narices con una pistola que se va a disparar sin que nadie pregunte primero. Y detrás vais todos los del sótano, así que vosotros veréis.

◆◆◆◆

Julia tenía razón.

Cuando salimos al exterior tras atravesar el largo pasillo que discurría por debajo de la tierra entre el hotelito de mis tíos y la Stella, y después de pasar tres horas conversando en murmullos y a la luz de una vela, dos sensaciones agresivas me abofetearon sin misericordia.

La primera, un olor fuerte y acre. No eran la dama de noche ni las rosas del jardín. Era algo fétido. Como a canela, nuez moscada, pimienta y licor, todo junto, algo que ya había olido yo antes, hacía mucho, mucho…

La segunda me hizo olvidar rápidamente la pestilencia, porque nos topamos con un hormiguero de policías que lo invadían todo. Varios de ellos se nos quedaron mirando extrañados cuando aparecimos por las escaleras por las que volvíamos de nuestro sótano.

Se me acercó el de la corbata torcida, quien hasta hacía un rato era compañero del fallecido, que parecía envalentonado al verse sin pareja y me dijo:

—Vaya, una que no había visto yo esta noche. ¿Y usted de dónde sale? ¿Andaba escondida por uno de esos sótanos?

Mi tío, una vez más, vino veloz a socorrerme:

—Es mi sobrina, inspector Arizmendi.

—Eso ya lo sé, lo que le he preguntado es que dónde se había metido, porque es la primera vez que la veo hoy.

—Es que la había mandado yo ahí abajo para que recogiera las

boleras, siempre lo hace cuando cerramos por la noche.

—¿Boleras? ¿Por ahí se va a las boleras?

Julia fue rápida de reflejos.

—Bueno, a las boleras se va por ahí y por más sitios. ¿Quiere usted verlas? Venga, que le llevo por las otras escaleras, que son más cómodas que estas.

—No —insistió el hombre—, yo quiero ir por las mismas por las que han salido ustedes. A ver, aparten.

No creí que Mateo supiera qué ocurría, ni por qué estábamos tan inquietas, ni por qué nos temblaba la barbilla, ni por qué Julia y yo nos agarrábamos de la mano entrelazando los dedos hasta dejarnos blancos los nudillos.

Lo que sí sabía era que, por algún motivo del que él no estaba al tanto, era mejor evitar que el policía bajara y dijo lo primero que se le ocurrió:

—A ver, chicas, ¿al final habéis limpiado bien los canales y recogido todos los bolos? Mira que os dije que lo hicierais, que cuando los dejáis todos amontonados no hay quien cruce. Ahora no sé si el señor inspector va a poder pasar por ahí…

Y Julia también hizo lo primero que se le ocurrió, aunque para ello tuviera que jugarse la vida.

—Ay, qué cabeza la mía, don Mateo, ahora mismo bajo y los quito.

Simuló hacerlo a trompicones y, a la mitad de los escalones, tropezó consigo misma y cayó rodando.

Todos contemplamos espantados cómo el tobillo de Julia se quedaba torcido en un ángulo imposible, una imagen imborrable.

Amparo vino corriendo, alertada por los aullidos de dolor de nuestra amiga. La abrazamos como hicimos diez años antes y por motivos completamente distintos, pero nuestro consuelo fue inútil esta vez.

Menos mal que, con la ambulancia y el médico que el club pidió para Melgar, había llegado una enfermera. La mujer no dudó un segundo en responder a la llamada del policía de la corbata torcida que, en cuanto vio que su insistencia en bajar al sótano había causado una debacle, gritó tanto como la pobre Julia pidiendo ayuda.

La enfermera era de edad indefinida, bajita, sin nada que reseñar en su físico; sin embargo, tenía un magnetismo excepcional. Lo comprobamos tan pronto como empezó a hablar con una voz de terciopelo que tuvo un inmediato efecto sedante, casi hipnótico.

—Tranquila, tranquila, tesoro. Mira, agarra las manos de tus amigas… ¿Cómo os llamáis? ¿Amparo y Sara? Pues toma las manos de Amparo y Sara y piensa en los ratos buenos que hayáis pasado juntas. ¿Cuántos años hace que os conocéis? ¿Desde los quince, dices…?

De la boca de la enfermera salían palabras de seda al mismo tiempo que, sin que Julia lo esperase, giró el pie con brusquedad. Después, haciendo como que no había oído el nuevo grito de dolor de la accidentada, siguió hablando y trasteando en su maletín.

—Piensa, Julia, tesoro, piensa en los momentos en los que os habéis reído las tres, ¿a que han sido muchos? A los quince una no para de reír, ya os imagino, tan jóvenes, tan inocentes y tan bonitas, tomándolo todo por los cuernos, como esos locos que se la juegan delante de un toro, pero vosotras con la vida y a carcajadas. Qué bien lo habéis debido de pasar y qué maravilloso es que sigáis juntas después de tantos años, porque os queréis, se nota que os queréis, si a tus amigas les duele lo de tu tobillo tanto como a ti, que se lo veo a las dos en la cara. Y es que ya sé que vivir es algo muy puñetero, que nos da días duros, pero también nos da otros más fáciles y al final son estos los que recordamos, porque en esos días siempre están los seres que amamos, aquellos a los que tenemos presentes cuando llegamos al final, y no es que yo os quiera hacer pensar en eso, que a vosotras el final os queda muy lejos aún. Yo los llamo los días ligeros, y es que, aunque parezcan vaporosos, son los que terminan pesando más que el dolor, y lo suficiente para que se nos graben en la memoria y no los olvidemos jamás. Si lo miráis bien, esos son los días que de verdad importan… Hala, ya está, tesoro.

Hala, ya está… ¿qué?

Habíamos estado tan absortas en sus palabras y en su filosofía elemental, aunque llena de sabiduría, que ni Amparo, ni Julia, ni yo, abrazadas y embelesadas por la dulzura de su tono, nos habíamos dado cuenta de que la enfermera había entablillado y vendado el pie,

y le estaba dando un masaje drenante en los dedos para que bajara la hinchazón.

—Ahora te tomas este optalidón y te vas con la ambulancia al hospital. Allí te ponen un yeso, te dan una muleta y, en un mes, como nueva.

Julia pudo decirle entre lágrimas lo que ni a Amparo y ni a mí nos dejaron las nuestras.

—Señora, es usted un ángel, no sé cómo darle las gracias por lo que ha hecho esta noche por mí. Si es que casi no me he enterado de nada, con lo que me dolía antes de que llegara. ¿Me puede decir su nombre, si no le importa?

—Me llamo Mariela. Y no tienes que darme las gracias, solo he hecho mi trabajo, que es cuidar a las personas cuando tienen dolor para que, si no las curo, al menos no sufran.

—Pues gracias de igual modo, Mariela. Y le repito que es usted un ángel.

—Y vosotras unos tesoros, porque la amistad es un tesoro. No lo olvidéis ninguna: cuando os lleguen los zarpazos de la vida, como el de hoy, pensad en los días ligeros que habéis compartido. Solo eso nos salva a todos.

Esa noche, quien me salvó a mí y a todos los amigos escondidos en el sótano sacrificando su pie fue Julia, porque, aunque todavía hoy lo niegue, estoy segura de que lo hizo a conciencia y muy segura del riesgo grave que corría al caerse adrede.

Cuando vimos al uniforme blanco alejarse y perderse en la espesura del jardín, donde yacía un cuerpo grande cubierto por una sábana y el médico firmaba el acta de defunción sin dirigirle siquiera una mirada, supimos que no volveríamos a encontrarnos con aquella enfermera.

Pero también que, a pesar de eso, siempre la recordaríamos.

18

Múnich, el sótano, Melgar, la caída de Julia, la enfermera filósofa, la adrenalina …

En las semanas que siguieron a aquella noche me sentí dividida en dos.

Por una parte, la culpa que sentía por la suerte que habían corrido los de Múnich me estaba corroyendo el alma. Yo había sido la causante de tanta venganza, tanto exilio y tanta desazón. Yo, solo yo. Yo había permitido que la jauría se hiciera con la lista de todos ellos, yo había dejado que se los comiera con los colmillos afilados, yo estaba contemplando impotente como los masticaba y los deglutía mientras se reían todos con los hocicos manchados de sangre.

Pero, por otro lado, puede que todo eso me hubiera inoculado un antídoto contra el miedo. Actuaba como embriagada por un elixir nuevo que me daba un vigor inusitado y que me lanzaba de cabeza a todas las amenazas. No sabía yo que fueran tantas hasta que las vi de cerca. Ninguna me asustaba. Perdí la noción del peligro.

No hubo más encuentros en el sótano. Después de lo ocurrido con los que regresaron de Alemania y de la muerte del comisario se imponía la cautela. Sobre todo, que nadie sospechara siquiera que nos conocíamos los que esa noche estábamos juntos.

El berrinche de Franco, la sobreactuación de sus ministros y la euforia persecutoria de cualquier discrepante con el Régimen hicieron que, una vez más, la Comunidad Económica Europea rechazara la adhesión de España. De nada sirvió que el Gobierno quisiera dar muestras liberalizadoras con gestos como el nombramiento de su niño prodigio, Manuel Fraga, convertido en ministro de Información y Turismo, qué ironía de título si aquí nadie informaba de nada. Ni tampoco sirvió que los aperturistas plantaran cara a los tecnócratas, porque en el fondo todos querían afianzarse para ocupar un buen

puesto de salida cuando Franco no estuviera.

Lo cierto es que, entre la ambición de unos y el oportunismo de otros, además del disgusto de lo de Múnich, ese verano arreció la represión, de modo que optamos por mantenernos en la sombra.

Yo, en realidad, decidí apearme de aquel tranvía.

Colaboré en alguna ocasión con las iniciativas del profesor Tierno Galván para ayudar a las familias desprotegidas después de que los de Múnich fueran enviados al destierro o a la cárcel. Hice lo que pude y tanto como pude, que no fue mucho, y lo hice para acallar los gritos espantosos de mi conciencia.

Pero, si quería que se ahogaran definitivamente, sabía lo que debía hacer: abandonar la lucha. No era apta para ella. Aquella vez había enviado a varios hombres al destierro. La próxima, quién sabe, tal vez mi imprudencia los mandase al paredón.

Sí, tenía claro que mi etapa revolucionaria debía terminar, por el bien de España, por el bien de la revolución y, sobre todo, por el bien de la democracia que todavía no teníamos.

Solo que, como ya había aspirado el aroma del riesgo, eso me recargó de una excitación insólita.

Me quemaba en la hoguera que se me había encendido dentro. No sabía explicar qué me sucedía, solo que un anhelo extraño me mantenía a todas horas caminando por una cuerda floja de la que estaba deseando caer para levantarme de nuevo con más fuerza.

También me consumía de deseo. Uno desenfrenado y sin límites.

A Renato le debía de pasar lo mismo, porque juntos nos deshicimos por completo de toda moderación. No hubo lugar en la Stella en que no entrelazáramos nuestros cuerpos en cualquier postura y a cualquier hora. Lo hacíamos con prisas, con sed, una y otra vez. Sin cansarnos, siempre en celo.

Sin embargo, algo había cambiado. En las breves treguas que nos daba la fogata, mientras tomábamos aire exhaustos y desnudos sobre el colchón, a Renato se le escapaban los ojos. No sé dónde iban, pero sí sé que no se quedaban a mi lado como antes, ni me miraban pidiendo más; solo se posaban en el techo y ahí permanecían unos minutos, en silencio. Como tampoco se enredaban sus dedos en el

vello de mi sexo buscando un nuevo combate sobre las ascuas que todavía hervían, ni me provocaba paseando la lengua entre mis pechos, su lugar preferido, hasta que yo misma, loca de pasión, conseguía introducirlo dentro de mí con mis propias manos.

No, nada de eso pasaba. Sencillamente, después del trance, me subía otra vez a su grupa y me hacía cabalgarlo desbocada, ensartada en él una vez y otra, pero sin preámbulos ni avisos. Y sin palabras.

Lo único que nos desinhibía de verdad era saber que podíamos repetirlo en tantas ocasiones como deseáramos y en cuantos rincones nos acogieran, porque nos sentíamos en una isla, en nuestra isla, y allí nada estaba prohibido. La Stella seguía siendo un lugar seguro.

Por eso, por el alivio de la crisis superada y con la obsesión de superar los extravíos de Renato, yo estaba permanentemente encendida. Era una tea viva.

◆ ◆ ◆ ◆

Tanto que, un buen día de finales de agosto, cuando ya estaba a punto de concluir la temporada de piscina, conseguí realizar mi primer acto de protesta individual. O quizá se tratase de mi forma de darle la razón a Mari Carmen Trujillo y decir a los cuatro vientos que la libertad de la mente también pasa por la liberación del cuerpo.

Fue gracias a Ava.

El bikini de ese día era el más bonito que le recordaba, uno de damasco rojo, con pequeñísimos relieves en forma de estrella.

Me acerqué a su tumbona y me atreví a decirle:

—Eiva, quiero que sepa que es guapísima y que ojalá fuera yo la mitad que usted. Eso no puedo conseguirlo porque soy como nací. Pero lo que más me gusta es lo libre que es, y a eso sí que puede usted enseñarme.

La carcajada de Ava Gardner sonó con eco en toda la Stella.

—Pequeña, pues claro, ven, bebe conmigo…

—No, no, yo no bebo alcohol.

—Pues ser libre es beber si dicen que no. Yo bebo mucho, *too much*. Dicen que mujeres no… ¿Cómo se dice? *They shouldn't*. Hombres sí.

Mujeres no. Por eso bebo. Porque mujeres hacemos lo que queremos. Tú bebe *as much as you wish*, *stop* cuando quieras, *go on* cuando quieras… Eso es *freedom*.

Estaba en pleno proceso de reacción química por lo vivido días atrás, así que decidí lanzarme. Acepté.

—Basilio —gritó Ava—, trae *stuff*, voy a hacer Matador's Mule para señorita y olé.

Llegó el camarero con una bandeja llena de todos los aperos, ya sabía él lo que le gustaba a Ava. Pero, para mí, verla hacer lo que hizo fue todo un ritual inolvidable.

Llenó de coñac dos enormes copas de balón hasta llegar al borde. Luego acercó una cerilla y dejó que ardiera el líquido.

—Esto es el *lake*. Ahora vamos a apagar fuego, ¿okey?

Y lo hizo: lo extinguió con el champán de otra de las botellas que traía Basilio en la bandeja.

—Bebe, pequeña, *drink*. ¡A tu salud, a la salud de España, viva España!

Aquello estaba malísimo, pero bebí solo porque ella me había dicho que bebiera. Hacer lo que me pedía Ava también ayudaba a dejarme arrastrar por la nube en la que volaba últimamente.

Se nos unió Julia, que llegó hasta nosotras a duras penas todavía con muletas, y Amparo, que se había tomado un receso en la cocina, ambas atraídas por el escándalo que oían desde el restaurante.

Hubo un Matador's Mule para cada una y, aunque nos horrorizaba, no podíamos parar de beberlo y de reír.

La piscina se convirtió en una fiesta.

Amparo y yo nos bañábamos, chapoteábamos, regresábamos a la tumbona en la que Julia nos jaleaba con palmas, dábamos un trago largo y volvíamos a lanzarnos al agua. Nos sentíamos de nuevo las tres mascotas de la Stella, el Trío Calaveras. Ni siquiera nos acordábamos de que teníamos diez años más que cuando empezamos a serlo.

Ava ya había tomado tres de aquellas copas gigantes cuando me preguntó:

—¿Tú quieres ser más *free*?

—Claro, mucho más *free*.

—Pues haz lo que hice cuando… ¿Cómo se llama? Ese hombre estreñido vuestro, muy *constipated, you know*… Blas Piñar, sí, cuando Blas Piñar vino a mi casa.

—¿Blas Piñar fue a su casa?

—Sí, mucha música, dijo, *too loud*.

—¿Y qué hizo usted?

—Segunda vez, le abrí puerta desnuda.

No pude ni pestañear.

—*Naked*, entera. Usted no puede ir así, *he said*. Y yo contesto, sí puedo. Aquí sí puedo. En dos sitios de España sí puedo, mi casa y Stella.

Acto seguido, para reafirmar sus palabras, repitió lo que hizo el día del almuerzo con los chinos: se desabrochó la parte superior del bikini y dejó los pechos a la vista.

Julia, Amparo y yo ya reíamos descontroladas.

Hasta que se me congeló la carcajada en la boca: Arizmendi, el inspector que nos vio salir del sótano hacía un par de meses y cuya actuación inquisitorial provocó la caída de Julia, estaba en el mismo rincón en el que solía sentarse con Melgar, ahora en solitario.

Ni él ni Melgar miraron a Ava cuando se desnudó, pero ese día Arizmendi sí lo hizo. No le quitó ojo.

Se levantó nada más verla desprenderse del sostén rojo. Tenía los puños cerrados y las cejas muy juntas mientras bajaba de cinco zancadas hasta donde estábamos:

—Alto ahí, señora, eso que está haciendo va contra la moral y contra la…

Ava le interrumpió:

—Déjame, hombre, ¿qué dices tú?, déjame, ¡yo soy *free*…!

Se me ocurrió sin pensarlo antes, porque, de haberlo hecho, jamás habría obrado como lo hice. Fue culpa del segundo Matador's Mule: me puse en pie junto a la tumbona de Ava, me bajé la parte de arriba del bañador hasta la cintura y, como ella, dejé al aire mis pechos.

—¡Yo también soy libre!

Nadie creía lo que estaba viendo. Pero más imposible era imaginar lo que vino después.

Julia, en su asiento, hizo lo mismo que yo. Después, Amparo, de pie.

Estallaron las risas. Muchos hombres aplaudieron. Otros miraron de reojo a sus parejas. Algunas mujeres batieron palmas también, se unieron más y al final todas.

Y entonces, ellas hicieron lo mismo que nosotras: en total, un centenar de pares de pechos impúdicos a la vista del mundo.

—¡Mujeres de Stella *are free*! —gritó Ava, que era quien más aplaudía.

Cuánta razón tenía. Quedarme con el bañador colgando a medio cuerpo y sentir por primera vez la brisa del exterior en los pezones, lo juro, fue la mayor sensación de libertad que había sentido en la vida.

Estábamos a punto de recibir los rayos y truenos del policía de la Social cuando llegó el director, mi tío Mateo Santiago, y reaccionó como jamás soñé que reaccionaría en una situación así.

—Señor inspector Arizmendi, déjeme decirle que en esta piscina eso está permitido. No solo es un lugar de recreo privado en el que no se deja entrar a cualquiera, solo a nuestros abonados, que, como puede comprobar, son clientela selecta y escogida, sino también medicinal, y ya sabrá usted, que es un hombre moderno e instruido, que hoy en día todos los médicos recomiendan tomar baños de sol en los senos. Lo único que le rogaría, si es usted tan amable, es que deje ahora mismo de mirar tan fijamente a todas las señoras o tendré que denunciarlo ante algún colega suyo por obscenidad.

Hubo un momento de extraordinaria tensión; creíamos que el policía se iba a llevar a mi tío detenido y realmente temí por él. Sin embargo, el hombre volvió a ponerse el sombrero, hizo un ligero gesto de saludo tocando el ala y se marchó por la misma puerta por la que había entrado.

Todos los clientes de la Stella, las mujeres y los hombres, volvimos a aplaudir, esta vez a mi tío Mateo Santiago.

—Si es que ye el más valiente de España —dijo Amparo, que aplaudía hasta reventarse las palmas.

Y en el lugar más lleno de magia del mundo, estuve a punto de añadir yo.

19

Siempre recordaré la última vez que la condesa Adele Gifford y yo hablamos a solas aquel año. Que, por cierto, también fue la primera desde la desaparición de la lista secreta.

Nos vimos un día después del acontecimiento nudista, con la resaca de los Matador's Mule a cuestas, lo que me impuso un receso en mi efervescencia.

Ese día, Julia ayudaba a Amparo en la cocina, sentada y pelando patatas. Mi tía Sol no quería que se moviera e insistía mucho en que descansara, pero ella no se resignaba a no ser útil, de modo que lo de las patatas la salvaba durante un tiempo del aburrimiento.

Yo bajé un rato a la piscina para leer y maldije el momento en que vi a la condesa llegar y tumbarse debajo del pino, de mi pino.

Estaba enfadada con ella. Mucho. Y, al parecer, ella conmigo.

—He venido para despedirme por un tiempo.

No levanté la vista del libro.

—Pues adiós, señora, espero que le vaya bien.

—Vaya, ya no me hablas de tú.

—No. No somos amigas.

—Eso es verdad, no lo somos. Me voy a Marbella, con los duques de Windsor y con un jovencito que me manda un amigo americano, Fred Trump.

—Pues muy bien.

—Su hijo Donald es un demonio, dice. Está en una academia militar de Nueva York, pero no hacen carrera de él.

—Pues estupendo.

—Quiere que cambie de aires, a ver si en Europa se enmienda este verano.

Perdí la paciencia.

—¿Y todo esto por qué me lo cuenta a mí? ¿Va a ser ese crío su

próximo espía?

—No, no creo que tenga inteligencia suficiente.

—Una pena.

—Antes de irme quería darte algo que Karen Blixen me entregó en Dinamarca para vosotras la última vez que la visité allí.

Sacó de su bolso verde vibrante tres paquetes y un sobre. La furia que sentía contra Adele se me aplacó un poco. Incluso en la distancia, nuestra querida Tania, con quien no habíamos dejado de mantener correspondencia todos esos años, aunque no habíamos vuelto a verla desde que probamos por primera vez con ella el Veuve Cliquot, era capaz de infundirme paz con la sola mención de su nombre.

—Karen está muy enferma, quizá no dure mucho.

—Sí, sabía que estaba muy delicada, por eso no había podido volver a España. ¿Ha empeorado? ¿Qué le pasa?

—Le pasa, querida, lo que le viene pasando desde hace mucho, exactamente desde que su marido, el barón Blixen-Finecke, le contagió la sífilis. Los médicos le prescribieron primero mercurio y después arsénico contra los dolores, y poco a poco se ha ido envenenando. ¿Recuerdas lo delgadísima que está? ¿Y que solo comía ostras, gambas, espárragos, uvas y cosas así? Ahora ya ni eso. Ahora no come casi nada.

También bebía champán, recordé. El único deleite de los sentidos que su frágil organismo se permitía. Recibí tantos consejos sabios de aquella mujer…; sin embargo, ella jamás tuvo a nadie que la protegiera de sí misma, nadie que la liberara de su propio veneno. El que se toma voluntariamente mata igual, pero da más alegría, habría dicho Tania. Hasta que la muerte viene a reclamar las deudas con el placer, le habría contestado yo de haber sabido lo que tomaba, y ella nunca deja de cobrar lo que se le debe. La muerte siempre gana.

Adele me devolvió al presente y a la ira con su siguiente frase:

—Y también he venido para decirte que estoy muy decepcionada contigo.

Cerré el libro de golpe y me salieron relámpagos de los ojos.

—¿Usted? ¿Conmigo?

—Pensé que valías para esto, pero me equivoqué.

—Ya me lo dijo hace diez años, que no valía, y ha comprobado que tenía razón, entonces y hoy. Así que punto para usted, gana el partido, adiós muy buenas.

—Reconozco que es la primera vez que me equivoco al reclutar a un agente.

—¿Agente? No me haga reír. Yo soy una maestra de escuela, nunca dije que estuviera dispuesta a ser… eso.

—Es verdad. Solo dijiste que querías ser la Milady de los mosqueteros.

—Eso fue cuando tenía quince años. Vamos, señora condesa, no me diga que se toma tan a pecho lo que dice una niña. También podría haberle dicho que quería ser astronauta y eso no la habría obligado a usted a buscarme un trabajo en la NASA.

—Eres muy ingeniosa, Sara. Sí, lo de Milady fue hace mucho, una fantasía infantil. Por eso te dije que entonces no me valías, eras demasiado joven. Pero cuando hablamos en el vestuario y te propuse lo que te propuse no me dijiste que no…

—Tampoco le dije que sí.

—No, pero no te negaste del todo. Lo que más me ha dolido ha sido ver que no solo no sigues valiendo para agente, y esta vez no tienes la disculpa de la edad, sino que eres una traidora.

Callé. Por mucho que doliera, tenía razón.

—Sí, Sara, has sido una traidora a tus amigos, pero sobre todo a tu país.

—Usted me puso una trampa, me mintió, me acorraló, me obligó a hacer lo que no quería…

—¿Yo? ¿Estás segura? Mira, Sara, Franco no necesitaba la lista esa que os ibais pasando de unos a otros como si fuera un secreto de verdad. En la DGS sabían hacía tiempo quiénes habían pedido pasaportes y visados para ir a Múnich.

—¿Lo sabían…?

—¿Tú quién supones que elaboró esa lista, alma cándida? ¿Y quién te imaginas que os la hizo llegar, aunque todos pensarais que la habíais conseguido por vuestros medios y gracias a lo listos que os hizo Dios?

—Fue usted… —no lo pregunté, empezaba a comprenderlo todo.

Ella siguió:

—¿Y quién os llevó a creer que solo vosotros estabais conspirando? Sois torpes hasta para esto, caísteis en la trampa. Se nota que los comunistas no estaban en lo de Múnich, porque guardar una información así por escrito es un error que jamás habrían cometido. Ellos sí que son listos y hacen mejor las cosas, eso tengo que admitirlo, no ponen nombres negro sobre blanco para que los pueda perder cualquier descuidada como tú.

—Pero… ¿entonces por qué me pidió usted a mí que consiguiera la lista, si ya la tenían?

—Pues para ponerte a prueba, obviamente. Una prueba que no has pasado. Primero, no supiste guardar los papeles como es debido. Me resultó más fácil quitártelos a ti que un caramelo a un niño.

—Así que usted fue quien se los dio a la DGS…

—No, yo se los di a la CIA, y ya viste a quién se los dieron ellos después.

—A la policía, o sea, a Melgar…

—Cometiste más errores, como al mentirme diciendo que no tenías la lista. Y uno más: no les contaste a tus amigos nada de lo que había pasado con ella.

—Iba a hacerlo, de verdad…

—Traidora, Sara. Eso es lo que eres. Nos traicionaste a todos.

No se equivocaba. Siempre lo supe. Había sido una auténtica traidora.

Tomé aire:

—Sí, lo admito. Lo soy. Pero necesito entender todo este lío. A ver: primero, Franco tiene la lista de los que van a Múnich…

—Correcto.

—Y se la hace llegar de tapadillo al partido socialista, imagino que con un topo.

—Más o menos.

—Después, usted me pide que la consiga solo para saber si estoy dispuesta a convertirme en una, ¿cómo los llama?, en una agente, supongo que al servicio de la CIA, que a su vez es amiguita de Franco.

—Vas bien.

—Y al final, cuando la consigo y usted sabe que la consigo, me la quita y luego me la devuelve para humillarme y demostrarme lo mala, traidora y torpe que soy.

—Podría añadir algún matiz, pero, en conjunto, sí, ese es el resumen.

Callé unos momentos. Tuvo razón cuando me conoció: yo no valía, ni para todo eso ni para la vida.

Pero después recapacité y decidí que no me iba a dejar pisar por su bota.

—Pues mire usted, señora condesa, en el fondo tengo que estarle agradecida.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Le doy las gracias por dos cosas: una, por haber organizado toda una operación rocambolesca como esa para saber si sirvo o no. Ya supongo yo que lo hará con todos sus agentes, no va a confiar en la primera que le dice que quiere ser una espía de Richelieu, eso lo entiendo. Pero reconozca que el berenjenal que me ha montado a mí solo para examinarme ha sido de lujo, así que muchas gracias por el honor que me ha dispensado.

La sonrisa de la condesa comenzó a decaer.

—Y lo segundo por lo que le doy muchas gracias es porque todo esto me ha servido para saber de qué parte debo ponerme. En la España de hoy hay una raya fina pintada en el suelo. A un lado están ustedes, y al otro, nosotros. Si antes tenía alguna duda, ahora sí que sé en cuál de los dos lados debo quedarme.

Adele comenzó a mirar a todas partes para asegurarse de que nadie nos oía.

—Ten cuidado con lo que dices…

—Me da igual quién me oiga a mí o a quién se lo cuente usted. Lo que he descubierto es que había mucha más honestidad en uno solo de los nombres de esa lista de la que tendrán los suyos jamás. Y mucha más valentía y fidelidad en todos los que intentan hacer algo para que aquí se pueda volver a respirar como dicen que se respira en Europa y en su propio país, ese Estados Unidos que lo único que hace es

mandarnos soldaditos a las bases y le importa un pimiento si en este se mata o se tortura.

—Para, Sara, o al menos baja la voz.

—No me da la gana. ¿Y sabe por qué? Porque aquí me siento libre. *Free*, como diría Eiva, para que usted me entienda mejor. Estoy empezando a creer lo que dicen todos de este sitio, que la Stella es un oasis. Aquí decimos y hacemos lo que queremos. ¿Que Eiva quiere desnudarse? Pues se desnuda. ¿Que nosotras también? Pues lo hacemos. ¿Y qué? El único lugar de toda España en el que se puede, ya lo ve, y nadie nos detiene. Lo que siento es que, como lugar libre que es, también se deje entrar a gente como Melgar y Arizmendi. Pero, en fin, esa es la libertad, y yo sí creo en ella.

Traté de volver a concentrarme en mi libro, aprovechando el silencio de Adele, sentada en la hamaca.

Hasta que por fin habló.

—Efectivamente, aquí sois tan libres que incluso se puede cometer un asesinato sin que pase nada —dijo muy enfadada, mientras recogía sus cosas para irse.

Aquello no me lo esperaba.

—¿Qué…? ¿Qué estás diciendo?

Volví a tutearla en medio de mi confusión.

—Lo último que venía a contarte antes de irme. ¿Te acuerdas de que te hablé de Torrejón antes de que ganara Eisenhower? Pues ahora te hago otro regalo de despedida. Melgar no murió de un infarto. Al comisario lo asesinaron.

—Pero si… si yo no he oído… si nadie ha dicho…

—No, nadie lo ha dicho y nadie lo dirá. Solo te lo digo yo, que, aunque ya ejerza poco, sí que soy buena en mi trabajo. Tenía veneno en la sangre, aún no saben cuál. Lo descubrieron en la autopsia, pero prefieren mantenerlo en secreto. Así que descuida, nadie le va a hacer nada a la Stella, los responsables de esto no son los culpables, y eso lo sabe la DGS.

—¿Han descubierto ya quién lo mató?

—Sí, tienen una idea. Pero ya te digo que tu tío el director y su amigo el dueño pueden dormir tranquilos, la policía no va a tocar el

club, sabe que no ha tenido nada que ver.

—No lo entiendo… ¿Por qué están tan seguros, si en este país se persigue a todo el mundo por mucho menos?

—Porque solo dos días antes mataron a otro comisario en Guipúzcoa y con un método parecido.

—¿Y han sido los mismos, estando tan lejos?

—Puede que no las mismas personas, aunque sí los que piensan igual. Tú conoces a unos cuantos, ¿no? Al Gobierno, sin embargo, no le interesa que esto se haga público, porque ahora lo último que necesita es dar una imagen de flaqueza. De hecho, van a impedir por todos los medios que se sepa.

—Pues yo sigo sin comprenderlo…

—A este sitio viene mucha gente importante y no es conveniente que salten alarmas innecesarias.

—Como usted y el señor conde…

—Exactamente. Y también muchos extranjeros importantes, sobre todo los de la base. Sería una muestra de debilidad, como si España fuera incapaz de controlar los lugares a los que van los que llegan de fuera y en los que deberían sentirse seguros. Además, ya han pasado un par de meses, es asunto antiguo. Para todo el mundo, ese gordinflón murió de un ataque al corazón. ¿Por qué crees que el inspector se marchó ayer sin decir nada después del espectáculo que montasteis todas desnudándoos delante de él?

—O sea, que prefieren la discreción a…

—Discreción absoluta, sí. Y eso no va con mi querida amiga Ava. Ella puede hacer lo que quiera, que para eso es Ava Gardner. Pero vosotras no, que sois mortales. Y tus compinches del sótano, tampoco. Todo lo que te he dicho no va con ellos. A vosotros no os protege el mismo paraguas que resguarda a Ava y a la Stella, el sótano es territorio aparte, así que diles a todos que vayan con mucho cuidado. Puede que uno de ellos sea el asesino, quién sabe…

—Nosotros no hemos matado a nadie.

—Verás, Sara, que algunos renegados antipatriotas fueran a Múnich no enfadó a Franco. Lo que le indignó de verdad fue lo que dijeron allí, todo cosas malas sobre España. Y, encima, le han matado a dos

capitostes de la policía casi al mismo tiempo, aunque uno fuera en las Vascongadas y otro en la capital. Ya te he dicho que a la Stella no le va a pasar nada, pero los del sótano andabais cerca de aquí la noche que murió Melgar, ¿verdad? Pues dos y dos son cuatro. Preparaos, porque, tanto si fue uno de vosotros como si no, la cacería solo acaba de empezar.

No supe qué decir. Mi mente trabajaba deprisa, tenía que contárselo a todos, tenía que dar la voz de alarma…

Adele interrumpió el huracán de mis pensamientos:

—Adiós, joven Milady de Winter. Te diría que te deseo cosas buenas en la vida, pero sería inútil porque me temo que te esperan momentos difíciles.

La vi alejarse mientras se balanceaban sus Y S L de oro en el bolso verde vibrante.

Entonces, cuando me quedé sola, descubrí lo que la adrenalina de los días atrás me había impedido sentir y lo que creí que había dejado atrás para siempre: supe lo que era el miedo de verdad.

20

Me di cuenta de que, para ayudarme a vencerlo o por lo menos para aprender a luchar contra él, lo mejor era sincerarme con mi tío.

Él había sido para mí mucho más que mi propio padre, sabía que me apoyaría, aunque tuviera que soportar primero una avalancha de reproches.

—Tío, es que no sé cómo contarle…

Ningún discurso que empezase de ese modo podría augurar una conversación serena.

Cuando le hablé de nuestros cenáculos clandestinos en el sótano, sin dar más nombres que los de mis amigas (habría sido absurdo negarlos, porque Julia, Amparo y yo éramos inseparables), Mateo se quedó en silencio. Ni siquiera me preguntó por los detalles.

—Hay más. La condesa de Romanilla me ha dicho que la policía acaba de descubrir que el comisario Melgar fue asesinado.

Su reacción fue discreta, solo un ligero bote en el sillón, el mismo junto a la chimenea en el que me había recibido a mi llegada de Palencia diez años antes, cuando yo aún creía que la vida era bella y me iba a deparar aventuras colosales.

—Y más todavía, tío… —dudé sobre si debía seguir, pero había empezado ya y debía volcarlo todo—. Tengo una sospecha: creo que el veneno que lo mató estaba en el Courvoisier, en la copa esa a la que la Stella le invitaba cada vez que venía.

—¿En el coñac? ¿Y cómo lo sabes?

—Pues porque Amparo se lo oyó decir a Arizmendi una vez que lo llamaron al teléfono del bar. Dijo que habló con alguien sobre la autopsia y mencionó el Courvoisier…

Fue un mazazo para Mateo, aunque seguía sin movérsele ni un solo músculo de la cara. En realidad, yo sabía lo que pasaba por su cabeza. En la Stella había libertad, sí, pero sus gestores, con mi tío al frente,

habían cuidado con el mayor de los esmeros que nada empañara su reputación de integridad. Para evitar los males de la noche como la prostitución o las borracheras, el baile jamás se prolongaba hasta la madrugada, como tampoco hubo nunca, que nosotros supiéramos, ni una sola de las drogas nuevas que empezaban a llegar por el Estrecho o por los Pirineos. La Stella era un paraíso de libertad, pero también de prestigio, que es algo que tarda mucho en labrarse y puede perderse en un instante.

Lo que no consiguió evitar es que hubiera muerte. Primero Roberto y, diez años más tarde, Melgar. Recordé lo que pensé cuando Adele me dijo que Tania Blixen estaba enferma: que la muerte nunca deja una deuda sin cobrar.

Mi tío también lo sabía. Y que por eso, más tarde o más temprano, el asesinato de un comisario nos extendería a todos una factura que deberíamos pagar.

—¿Amparo sabe que me estás contando lo del Courvoisier, o sea, lo que le oyó ella decir a Arizmendi?

Qué pregunta tan extraña. Pues claro que Amparo lo sabía, mis amigas eran las únicas personas sobre la tierra que sabían todo lo que había que saber sobre la maraña macabra en la que nos encontrábamos sumergidas.

Cuando le respondí que sí, mi tío pensó mucho rato, callado y aspirando la pipa. Me envolvió su olor a vainilla y madera, pero no me atreví a interrumpir sus pensamientos. Yo estaba perdida en el laberinto de los míos. Y los dos, sin encontrar una vía indolora de salida.

Terminó de meditar sobre todas las tribulaciones que habían sucedido a su alrededor sin que él lo supiera y me preguntó:

—¿Dices que hacíais esas reuniones debajo de la piscina?

—Sí, no… En realidad, el sótano del que le hablo está debajo de esta casa. Llegamos a él por un pasadizo que quedó sin terminar cuando la obra del 52 y cruza por debajo de la calle Rodríguez Illanes hasta llegar al hotelito. Digamos que queda justo donde están nuestros pies, aquí mismo, bajo la *boiserie*.

—Si tu tía se entera…

—Madre mía, Dios no lo quiera.

—De todas formas, me alegro de que esté en esta propiedad y no en la de la piscina, no quiero que nada manche el buen nombre de la Stella.

—No se preocupe, que no lo mancha.

—Y dime, ¿la condesa te ha dicho que van a ir a por tus amigos del sótano, sean quienes sean?

—Eso fue lo que le entendí. Una amenaza velada, pero amenaza. Ella es demasiado exquisita para decir algo fuera de tono y demasiado cuidadosa para que una sola palabra la delate, pero fue lo que no dijo lo que me dio más miedo.

—¿Y Renato? ¿Dónde está?

Otra pregunta extrañísima. Llegué a pensar si conocía a mi tío tan bien como creí conocerlo el día en que leí la carta que dirigió a mi madre. Quizá aún tuviera secretos que yo desconocía.

—¿Renato? Pues no sé, lo vi ayer…

—Debería tener cuidado, seguro que van a querer hablar con él. Hace tiempo que lo tienen enfilado.

—Ya lo he pensado, tío, y es verdad que está muy raro últimamente.

—¿Raro? ¿A qué llamas tú raro?

Enrojecí. No iba a contarle los cambios que había notado en su forma de hacer el amor, evidentemente.

—Llamo raro a estar muy raro, yo qué sé, tío, pues rarísimo, habla poco, se queda mirando a un punto fijo y tarda mucho en volver… No sé, supongo que debe de estar preocupado por lo que pasa en este país, como todos nosotros.

Sabía que no era la respuesta que Mateo esperaba de mí, pero no me dijo nada. Calló otra vez.

Estábamos los dos de nuevo junto a la chimenea y volví a pensar en la estampa de Sherlock Holmes. Seguro que su cerebro funcionaba a mil revoluciones, como el del inglés, para encontrar un puente con el que salvar la sima que yo acababa de abrir ante él.

—Mira, Sara, lo que está claro como el mediodía es que esto lo cambia todo. Tenéis que alejaros de aquí. No voy a permitir que os pase nada, ni a ti ni a tus amigas, como tampoco puedo permitir que

la Stella se vea afectada ni que ocurra en ella otra desgracia más.

Lo sabía, pero era lo último que quería oír.

—Esto es lo que vamos a hacer —siguió—. Llevo tiempo pensándolo, pero ya no voy a retrasarlo más. Con el dinero de la venta de la casa de Palencia y con los beneficios que te ha dejado estos meses en la cartilla, voy a ayudarte a encontrar un pisito en Alcobendas, cerca del colegio en el que empiezas a trabajar en quince días. Amparo seguro que quiere irse a vivir contigo, porque después de la muerte de su madrina le han subido mucho el alquiler de la casa de Alfonso XIII. Y Julia, si lo desea, también, así pueden venir juntas las dos en autobús para trabajar aquí cada mañana, que Alcobendas está muy cerca. Ya hablaré con Sol para tranquilizarla y que sepa que no se va a quedar sin Julia. Yo estoy dispuesto a ser vuestro tutor hasta que cumpláis los veintiséis. Pero las tres me tenéis que prometer dos cosas.

Aún trataba de digerir la propuesta de mi tío: un piso para nosotras solas, para las tres… Contesté sin pensarlo:

—Sí, claro, tío, hago lo que usted diga.

—Vais a dejar la política hasta que esto cambie. Esa es la primera. Se acabó lo de querer arreglar España, cuando todo el mundo sabe que no tiene arreglo. La piscina se cierra en septiembre y, para cuando vuelva a abrir el año que viene, tengo otra condición.

No supe qué contestar. Ya estaba empezando a asustarme.

—Usted dirá.

—Ni Julia ni tú volveréis a pisar la Stella hasta que las aguas de ahí fuera se calmen, tarden el tiempo que tarden. Julia solo trabajará en casa, a las órdenes de Sol, como hasta ahora, pero no cruzará la calle, y Amparo no pasará de la cocina. Las tres tenéis prohibido dejaros ver en la piscina. Al menos, hasta que yo lo diga.

Algo se me cerró dentro. Quise rebelarme, pero solo respondí:

—Tendré que consultarlo con Julia y con Amparo.

—No. Tendrás que comunicárselo, no consultarlo. Esto no es opcional. Si no aceptáis mis condiciones, os quedáis solas. No vuelvas a pedirme ayuda jamás porque no te la daré.

Entonces ya solo quise llorar. Había empezado a ver la magnitud del

peligro.

—Y una cosa más, cielo.

—Usted dirá, tío.

—Dile a Renato que tiene que salir de España. Yo voy a ayudarlo, pero antes debe venir a verme, tengo que hablar con él.

Me tembló el corazón.

—Pero ¿por qué, tío? Si Renato no ha hecho nada malo, si él…

—Lo que haya hecho o dejado de hacer no importa. Solo importa lo que esos buitres crean que ha hecho. Las cunetas están llenas de hombres inocentes, Sara.

Me eché a llorar de verdad. Sabía que tenía razón, pero había algo más que no comprendía. Todo aquello era una pesadilla sin luz al final de la noche.

Mi tío me miraba llorar en silencio, había renunciado a consolarme.

—Lo siento, Sara querida. Es por vuestro bien. No sabes de lo que son capaces los que mandan, y luchar contra ellos no es un juego. Aquí han matado nada más y nada menos que a un comisario, y no quiero que os involucren a Renato ni tampoco a vosotras. Ahora mismo vuestra seguridad es lo que más me importa, lo que tengo que salvar a toda costa.

Él quería darme unas explicaciones que no me convencían y yo solo podía llorar. Lloré y lloré. Y seguí llorando. Y lloré más aún.

Seguía sin entender sus razones, por más que se esforzara en dármelas.

¿Por qué me parecía que había algo oculto en la voz de mi tío?

Seguí preguntándomelo hasta que Mateo dijo algo que arrojó un poco de luz:

—Te suplico que me hagas caso, Sara, cielo. No te resistas, por favor. Todo lo hago por tu bien. Y se lo debo a tu madre…

Ketta. Esa era la razón final, la palabra mágica.

Y aun así…

21

El miedo nos conduce por caminos que nunca antes habíamos pisado. El mío me hizo arrinconar lo que, en otras circunstancias, jamás habría olvidado: los tres paquetes y la carta que llevaba en mi bolsa de margaritas desde el día que hablé con la condesa.

Los recordé el último que pasamos en la Stella y leímos la carta las tres juntas por primera vez debajo del pino aquella mañana gris de septiembre.

Rungstedlund, 15 de agosto de 1962

Mis queridas Julia, Amparo y Sara:

Me estoy muriendo y lo sé, quizá haya sido profeta. En uno de mis cuentos dije que tenía diecisiete años y que me quedaban sesenta de vida. Eso es lo que tengo ahora, setenta y siete, vividos algunos como he querido y los demás como otros quisieron que los viviera.

Pero no me voy a ir sin deciros antes lo que me queda por escribir. Estoy dictando esta carta a Clara. Ella la traducirá después al español perfecto que yo nunca conseguí hablar porque quiero que esto que os voy a decir, lo último, lo comprendáis bien.

Ya os conté que, unos años antes de conoceros, quise transmitir a alguien lo que sé y lo que creo que hago bien, que es escribir cuentos, porque yo soy cuentacuentos, no sé hacer otra cosa que contar. Intenté ser novelista, pero no me gusto en ese trecho del camino. Yo cuento. Hay diferencias entre un cuento y una novela. Se puede contar *Alí Babá y los siete ladrones*, pero no se puede contar *Anna Karenina*. Seguro que con esa comparación me explico mejor, y vosotras, que sois listas, la entendéis.

Os dije que escogí a alguien, un poeta llamado Thorkild, y que hice un pacto con él: mis conocimientos a cambio de su fidelidad. Ahora ya sé dónde estuvo mi error: elegí a un hombre, que, además, no era demasiado joven, tenía ya treinta años, con su propia familia y rodeado de privilegios y libertad.

Cuando os conocí, las tres estrellas de la Stella, empecé a verlo mucho más claro. Tendría que haber hecho ese pacto con vosotras. Teníais quince años,

pero fuera de la Stella os faltaba la libertad que solo encontrabais en ella. La gente no puede vivir con alegría si no se le da al mismo tiempo una cierta medida de libertad, ni siquiera puede poner toda su personalidad en un trabajo si no es con libertad. Por eso vosotras erais tan felices en ese lugar, y por eso también lo era todo el mundo. Reíais, vivíais la vida contentas. Vi cómo vuestra juventud suplía otras faltas, entendí cuánta y qué hermosa era vuestra curiosidad y supe que yo os habría podido dar lo que necesitabais para satisfacerla. Solo con vosotras, en esa piscina en la que os habéis criado y en la que la vida se vive más feliz, y también a través de mis cartas en ese español nefasto que vosotras milagrosamente tan bien entendíais, he conseguido ser verdad. Muchos opinan que soy dura, inflexible, incluso antipática. Seguro que tienen razón. Pero, si soy más cosas, vosotras las habéis visto, porque con las tres he podido ser yo misma.

Ahora ya es tarde para todo, pero no quería irme sin decíroslo.

No deseo lágrimas, todo lo contrario, voy a recordaros riendo y os pido que también vosotras penséis así en mí cuando me haya ido.

Yo soy vuestra abuela Tanne, ya lo sabéis. Soy la Tania que desea permanecer en la parte más alegre de vuestros corazones. Quiero que, después de mí, no dejéis nunca de reír.

Opino que muchos de los problemas de este mundo vienen de la falta de capacidad para divertirse, o, para decirlo de manera simbólica, de gustar el vino de la vida, porque todos tendemos a ver la felicidad humana en términos de pan y leche… Pero hay algo más que la materia. Si hubiera estado en mis manos hacer algo por la humanidad, lo que habría hecho sería divertirla.

Hacedlo vosotras, bebed el vino de la vida y apurad la copa hasta el final.

Ojalá estuvierais en Dinamarca, cerca de mi cama. Os pediría que no dejaseis que pusieran lápida en mi tumba, tan solo una señal con un nombre, Tania. Pero estáis lejos, así que solo os ruego una cosa: nunca vengáis hasta aquí para colocar flores donde me entierren. En lugar de eso, arrojadlas al agua en mi memoria.

Y sed felices, mis jóvenes amigas, vivid riendo. Os quiere,

TANIA BLIXEN

P. D.: Os envío tres regalos como recuerdo, que son tres cuentos para cada una de vosotras: *El festín de Babette*, para Amparo; *La página en blanco*, para Julia, y *Los soñadores*, para Sara. Están en inglés, pero estoy segura de que algún día podréis leerlos y sabréis por qué he pensado en vosotras con cada una de estas historias.

◆ ◆ ◆ ◆

Ese mismo 7 de septiembre en que nosotras leíamos su carta, Karen Blixen fallecía en la casa familiar danesa de Rungstedlund y en la misma cama desde la que había dictado a su secretaria y amiga Clara Svendsen las últimas palabras que estábamos leyendo.

Julia, Amparo y yo la lloramos con el alma arrugada. Tratamos de reír, como nos pidió, pero al principio no pudimos.

Después recordamos que Tania nos quiso decir lo mismo que aquella enfermera, Mariela: que solo la alegría es eterna y que el dolor es lo que se va con la muerte, y entonces buscamos por todo Madrid quien nos hiciera un bonito ramo de alhelíes, aquileas, flores de cera, margaritas y cardos rosas, como los que ella solía componer en su jardín de Dinamarca, según nos contó hacía mucho tiempo.

Lo arrojamos al agua de la piscina, ya sin bañistas, y tomamos una copa de vino en las últimas hamacas sin recoger, debajo de nuestro pino. Siguiendo su consejo, nos bebimos la vida que habíamos pasado juntas y la que todavía nos quedaba por vivir.

Al día siguiente, sentí que, como Tania cuando se fue de África, también se moría una parte de mí al marcharme de la Stella.

Yo lo hice con la misma pena que me llevé a Palencia cuando tenía quince años. Solo que esta vez hubo algo mejor y algo peor.

Lo bueno, que las tres amigas no tendríamos que separarnos. Lo horrible, que viviríamos muy cerca del lugar de sombras y luces en el que la cuenta de suma y resta siempre dio como resultado final la felicidad. Y, al igual que todo ser humano ha comprobado al menos una vez en su vida, duele más lo que se tiene al alcance de la punta de los dedos, pero está prohibido tocar.

Regresé, claro que regresé. Sin embargo, no es lo mismo tener un hogar que ir de visita a casa ajena durante un par de horas para sentarse en el borde del sofá mientras te sirven café en tazas de porcelana.

Tardó mucho en volver a ser lo que fue para nosotras.

Pero, una vez más, llegó la muerte y se puso de nuestro lado.

2022

Si quieres crear (…), primero tienes que imaginar (…).
Soñar es la posibilidad de suicidarse de la gente educada.

Isak Dinesen (Karen Blixen),
«Los soñadores», *Siete cuentos góticos*

—Mira qué moderna se nos ha vuelto España, Sara, *dear*, ha sido acercarnos al semáforo y se ha puesto verde para los peatones. No hay ni que tocarlo.

Julia ríe a carcajadas y yo bendigo el Veuve Clicquot.

No le digo que yo le he dado al botón antes sin que me viera. No se lo digo para no quitarle la ilusión de creer que hemos aterrizado en otro planeta.

Gracias a él y a los tres kilos de Amparo, vamos a poder recorrer esos veinticinco metros. Nos costará, pero, más tarde o más temprano, podremos.

Julia se levanta, cojea y se apoya en mi brazo. Me gusta que lo haga. Me hace sentirme fuerte, aunque yo, con el que me queda libre, deba buscar la ayuda del bastón. Es un artilugio precioso. Tiene mango de plata, un palo cuajado de flores esmaltadas y base hexagonal para un apoyo más firme y aerodinámico. Algo así. O no. Yo qué sé. Solo repito lo que me dice Laura, que es quien me lo ha regalado especialmente para la ocasión. La creo, siempre la he creído. Ella sí que es mi bastón.

Este viaje a Madrid es nuestro billete de vuelta. No hemos regresado a España desde 1982.

Ni siquiera hemos venido al continente. Mucho ir a Disneyworld cuando los niños eran pequeños y, si queríamos volver a oír nuestro idioma por las calles, alguna escapada a Costa Rica, Colombia, Ecuador… Hasta el desierto de Atacama hemos llegado, aunque solo fuera para tratar de ver extraterrestres hablando en español.

Ahora ya no es necesario, porque incluso en la mismísima ultraconservadora, puritana, piadosa, cristiana vieja, puro-sajona y profundo-americana Abilene no solo se han instalado Julio Iglesias, el espanglish y el tex-mex, sino Rosalía, la paella y las tapas. Qué quieren los texanos, si allá el español lo habla casi tanta gente como habitantes tiene España. Lo del *America First* solo sirve para que al

zanahorio rubio, loco y mentiroso que nosotras conocimos hace mucho lo coronen emperador sin que nadie se atreva a decirle que está desnudo. Cada uno se organiza la vejez como puede.

Decía que desde entonces no hemos viajado a ningún lugar con mar de por medio.

El mar y los barcos nos recuerdan a este, el que fue nuestra casa, aquí, en pleno Madrid.

Es el único que hemos añorado cada minuto y al que no hemos regresado hasta hoy. ¿Por qué? Pues porque al principio nos retuvo el miedo y luego la lealtad. Ahora, sin embargo, nos ha traído el destino, que nos llama para que no demoremos más la cita. Hace cuarenta años que nos espera.

Así que aquí estamos.

Lo vemos, lo tenemos delante, a veinticinco metros. A veinticinco vidas más bien, como dice Julia.

Lo reconocemos. Lo hemos soñado tanto que jamás podríamos olvidarlo.

Y, no obstante, no nos parece el mismo.

Nosotras no somos las mismas. Dejamos de ser las mismas cuando nos fuimos de aquí.

No, jamás seremos quienes fuimos.

¿A que no, Amparo?

1962-1972

Las personas, cada una, deberían ser más de una, sí, y de ese modo tendrían más alegre el corazón. Se divertirían un poco. ¿No es extraño que ningún filósofo haya pensado en eso y que se me tenga que ocurrir a mí?

Isak Dinesen (Karen Blixen),
«Los soñadores», *Siete cuentos góticos*

1

El tercer cuerpo con una historia que contar no fue culpa nuestra, pero aún hoy nos preguntamos cómo podríamos haber evitado que perdiera la vida.

En cualquier caso, fue el que más nos dolió, el que más nos conmovió, el que perturbó nuestras existencias y el que empezó a desviar el rumbo de nuestro camino hasta traernos donde nos encontramos ahora.

El que más de todos hasta 1972, claro, no de los de después.

Aunque, como los demás, no pueda explicarse sin los que llegaron antes.

◆ ◆ ◆ ◆

El pisito de Alcobendas en el que nos instalamos en 1962 era pequeño pero coqueto. Estaba en la plaza de la Iglesia. Y no es que me falle la memoria al recordar el verdadero nombre de la plaza, sino que así, sin pizca de imaginación, fue llamada desde el 39 para borrar su denominación republicana anterior, del Catorce de Abril. Las autoridades municipales tardaron casi treinta años en discurrir uno nuevo y al final parieron: le pusieron a la plaza el nombre de un párroco de comienzos de siglo, Felipe Álvarez Gadea, hasta hoy.

Pero cuando nosotras llegamos, la plaza no tenía nombre y era un rellano arenoso y sin gracia, con la iglesia que le daba sentido al fondo, y atravesada por vehículos que circulaban sin orden, concierto ni señales viales que los regularan.

No me detendré en los días de nuestra mudanza, ni en la tristeza de unas ventanas asomadas a un descampado en lugar de a las copas de los castaños y los pinos que pintaban de verde el blanco de la Stella, ni en el decaimiento de encontrar en ellas cada mañana una polvareda

castellana en lugar de la imagen de un buque escapado del océano.

Para todos los vecinos, éramos tres primas bajo la custodia de un mismo tío, don Mateo Santiago.

Y para todos, su sobrina favorita (dos palabras pronunciadas con mucho retintín por el vecindario) era Amparo. Quizá porque cada vez que mi tío anunciaba su llegada, mi amiga compraba en el mercado lo mejor y lo más fresco.

—Nun me des eses sardines que huelen hasta aquí y hoy viene mi tío.

—La cabeza del pixín tamién, ho, que voy hacer la sopina que gusta a mi tío.

—¿Dónde sacaste el pollo, neña, que parece el abuelo del que comimos ayer? Pon solo las alas, que gustan a mi tío.

Confieso que, especialmente en los primeros días, sentí algo que entonces no sabía cómo se llamaba.

Mateo era mi tío, solo mío, aunque hubiéramos mentido diciendo que lo era de las tres. Cierto que se comportaba con Amparo y Julia como un buen tutor y que nos quería con la ternura de un padre. Pero el esmero de Amparo hacía que algo se me moviera en las tripas.

Celos, sí, celos. Eso era lo que sentía.

Se aplacaron cuando, en vista de que las visitas de Mateo comenzaron a desatar todo tipo de habladurías, cada día más crueles e insidiosas, Sol decidió acallarlas dándole el relevo y vino a verme en su lugar todas las semanas, porque, de las tres, yo era la única que no había vuelto a pisar la capital desde que nos trasladamos, «y el calor de la familia es necesario, nena, que para eso estamos».

Tampoco me explayaré en explicar los nervios que se me enredaron con la angustia el primer día de clase en el Fernán González. Era un colegio para señoritas a las que les enseñaban solo maestras, pero dirigido por un hombre, don Rogelio, ejemplo claro de cómo en aquellos años, para las cosas serias, aunque fueran cosas de mujeres, se requería indefectiblemente el gobierno de un varón. Y de cómo todos lo aceptábamos con naturalidad.

Sin embargo, que don Rogelio estuviera cerca de mí en aquellos días me dio tranquilidad. No por ser hombre, sino por ser nuestro antiguo

compañero de sótano, el que mejor comprendía nuestros miedos y nuestras noches en blanco.

Él me ayudó a resignarme y a aceptar que ahora vivía en la España de verdad, no en la de ensueño de la Stella.

Porque lo peor que tanto temíamos ya había comenzado a ocurrir a finales de 1962.

◆◆◆◆

El asesinato de Julián Grimau no fue la primera ni la última, pero sí la más deleznable consecuencia de la furia del Régimen, como mi tío había predicho, en represalia tras el contubernio de Múnich y las muertes de Melgar y del comisario vasco, cuyo nombre nunca conseguí averiguar, porque nunca se hizo público.

Renato admiraba mucho a Julián, sustituto del encarcelado responsable del partido comunista, Simón Sánchez Montero, y ya me había hablado de él cuando sucedió todo.

El día de noviembre que Grimau se montó en un autobús en el que solo viajaban dos personas no se fijó en un hombre con la corbata torcida que olía mal. Si Renato hubiera estado allí con él, habría podido advertirle de que ese hombre se llamaba Francisco Arizmendi, aunque era más conocido como Pacocho; de que en pocos meses se había convertido en una de las bestias más sanguinarias de la Brigada Político-Social, y de que era el anodino inspector que desde hacía diez años acompañaba siempre a Melgar, incluido el día que murió en la Stella, y que, si no llega a ser por el tobillo roto de Julia, casi descubre a todos nuestros amigos escondidos en el sótano.

A Julián Grimau lo acusaron de crímenes durante la guerra que no había cometido, treinta años después de que acabara la contienda; lo llevaron a la DGS de la Puerta del Sol y lo torturaron sin piedad, incluso lo arrojaron, con las manos esposadas por delante, a través de un ventanuco a un patio interior para alegar después que había intentado suicidarse. Cuando ya no le quedaba un hueso sin romper, en abril de 1963, lo sometieron a una parodia de juicio y el Consejo de Ministros lo condenó a muerte. A los soldaditos de reemplazo les

temblaba tanto el pulso que ni con veintisiete disparos lograron matarlo. Tuvo que hacerlo el teniente del pelotón descerrajándole dos tiros en la cabeza.

No sirvieron las protestas internacionales ni las peticiones de clemencia de personajes como Kennedy, la reina de Inglaterra o el papa Juan XXIII, entre mil más. Después de lo de Múnich, era España contra el mundo. Y después de lo de sus comisarios, era Franco y su aparato contra todo lo que oliera a disidencia.

Renato había ido a ver a mi tío, como este pidió, pero nunca me enteré de qué hablaron. Solo supe que Mateo le ofreció escapar a Francia y que él lo rechazó.

—No te voy a dejar aquí, Sara. Lo que tenga que ser, que sea.

Estábamos en la cama. Nuestro amor era triste y nuestros coitos de cumplido. Ya no yacíamos sobre brasas ardientes, sino sobre cenizas.

Sentí un atisbo de la antigua pasión cuando le oí decir que se quedaba por mí y le quise más que nunca, pero también me preocupé más de lo que me había preocupado jamás por él.

Y entonces pasó lo de Grimau. Apenas dos semanas después del asesinato, una noche de mayo de 1963, Renato llegó temblando de pánico a nuestro piso de Alcobendas.

—Están en mi casa ahora mismo, han ido a buscarme…

—¿Que qué, ho? ¿En tu casa? Pero ¿vístelos? ¿Cómo lo sabes?

Fue Amparo quien le abrió. Empalideció nada más verlo.

—Vi por la ventana al Arizmendi ese de la corbata y supe que venían a por mí. Me escapé por el patio, me descolgué por los tendederos…

—Será hijoputa, si ese sigue viniendo y todo a la Stella, y tovía se toma un coñac como los de su jefe, el demonio lo tenga en su gloria, a lo peor hasta te siguió…

—Saben más de lo que creemos. Don Rogelio también ha visto a varios tipos muy raros rondando el colegio alguna vez. —Me angustié recordando una conversación con mi director, pero, sobre todo, la última con Adele.

—Ven y siéntate, ho, que ahora mismo te preparo un caldino.

Renato contó lo ocurrido con Julián Grimau, y había algo más que

no decía, pero que, mantenido en silencio, se convertía en un secreto todavía más preocupante.

Ya no nos cupo ninguna duda de que la pesadilla no era un sueño, sino algo muy real, y que un régimen que se resistía a morir sin matar antes estrechaba cada día el círculo alrededor de los que estuvimos cerca del comisario asesinado una tarde aciaga.

Aquella noche, Renato durmió en el piso conmigo, algo que siempre habíamos tratado de evitar para impedir el comadreo de las vecinas.

Le dije en susurros:

—Renato, te voy a preguntar algo, pero no me contestes si no quieres. Solo dime si…

—Sara, amor —me cortó—, si no quieres que te mienta, no preguntes.

—Pero…

—De verdad, déjalo.

Me callaron sus besos. Volvimos a hacer el amor. Y, una vez más, volvimos a bañarnos en cenizas.

Qué triste fue todo.

◆◆◆◆

Dimos cobijo a Renato solo unos días, antes de que las comadres del rellano, del edificio, de la plaza y de todo Alcobendas dieran la voz de alarma de que en la casa de las primas solteronas había un muerto de hambre con pinta de comunista.

Mi tío reiteró el ofrecimiento que le había hecho meses antes y comenzó a gestionar su huida de España. Lo hizo a través de don Rogelio, un director de colegio tan respetable como el de la Stella, y así, entre ambos directores, consiguieron para él un pasaporte falso.

Mi tío, además, buscó cuatro conductores de camionetas que lo llevarían de trasbordo en trasbordo hasta La Junquera, y don Rogelio encontró para él un lugar en Francia en el que pudiera dormir la primera semana: la casa de un maestro republicano exiliado en Perpiñán.

—A partir de ahí, compañero, el resto del camino lo haces tú, como

dijo Machado. Y, por cierto, ya que estarás cerca, ríndele mis respetos en Colliure —le dijo don Rogelio.

Estaba contento, y también mi tío, que se encontraba allí con todos nosotros esa noche. Quería despedirse de Renato y darle algunos consejos, todos valiosos.

Amparo había encontrado una tiendita pequeña a la vuelta de la esquina que traía una sidra aceptable. Ni mucho menos como la de Cornellana, pero al menos se podía beber.

Para celebrar la ocasión y el hallazgo de la sidra, además, había preparado fabada, la debilidad de mi tío y también la de don Rogelio.

Cuando a Mateo se le vació el plato, no pudo esperar y fue a la cocina para que Amparo le sirviera la tercera ración. Yo llegué un par de minutos después para llevar una segunda botella de sidra a la mesa y fue cuando los oí hablar:

—Pero, don Mateo, ¿seguro que nun sabe nada…?

—No, mi niña, solo sabe lo mío, de ti ni una palabra, no te preocupes…

Al verme llegar se sonrojaron enseguida. Y solo se sonroja quien tiene algo que ocultar, pensé. Regresó el vendaval de los celos, que me barrió de arriba abajo. Me maldije por sentirlos: si mi tío se había enamorado de Amparo, no solo estaba engañando a su esposa, sino sobre todo a su verdadero amor.

No, mi tío no tenía derecho a volver a enamorarse tras la muerte de mi madre.

Tomé una determinación: en esos instantes no tenía hueco en la cabeza para más preocupaciones, pero, en cuanto Renato estuviera fuera de España y a salvo, hablaría muy seria con Amparo.

Con esa firme voluntad cerré la puerta de mi dormitorio esa noche.

Y después, se me olvidó todo: Amparo, mi tío, los celos… Todo. Solo quería sentir a Renato dentro. Esa noche, la última que pasamos juntos, recuperamos algo de la furia antigua que nos fundía los cuerpos en deseo y hambre. Volvimos a ser faquires sobre nuestra cama de clavos, sin dejar de sentir dolor y placer a la vez, entre lenguas, manos, lágrimas y besos.

Fue una de las noches más cortas de mi vida. No tuvimos suficiente

cuerpo ni suficiente llanto para alimentarnos el uno al otro. Me juré y le juré que nunca sería como mi tío, que el amor que sentía por Renato me duraría eternamente y que jamás lo compartiría con nadie más. Nunca. En toda mi vida.

Cuando se fue de madrugada, aún no estábamos saciados.

Ni lo pudimos volver a estar, porque lo detuvieron antes de que la camioneta del primer trasbordo llegara a Calamocha.

2

Si las turbulencias sirven de algo es principalmente para colocar en el orden adecuado los asuntos importantes en la lista de la vida, así que todos reordenamos la nuestra después de la muerte de Melgar y la detención de Renato.

Pero antes tenía que saberlo:

—Amparo, ¿tú qué te traes con mi tío?

—¿Traerme yo? Sara, fía, dices unas cosas tú…

—Te oí hace poco hablar de algo que no sabía nadie, nada más que vosotros.

Amparo se enfadó, se enfadó mucho. Pero, con tanto enfado, tardó un buen rato en contestar.

—Yes una aguafiestes, ¿oíste?, una ceniza, una regañona y una vinagrera.

Aquello me confundió más de lo que ya estaba.

—¿Yo? ¿Y eso a qué viene?

—A que tu tío y yo díbamos preparar una fiesta de cumpleaños pa ti, cuando ya supiéramos que Renato llegara a Francia. Ahora ya nin fiesta nin nada, que el horno nun ta pa bollos. Y después de lo que me dijiste, toles ganas quitáronme. Hala, ¿tas contenta?

No, no estaba nada contenta ni orgullosa de mí misma, aunque tampoco sabía si aquella explicación me había convencido o no.

Estuve unos días de morros, pero, al final, opté por aparcar los celos y las suspicacias. Mi tío y Amparo eran dos de las personas que más amaba en este mundo. Si ellos también sentían un cariño especial entre sí, quién era yo para entrometerme.

La desgracia de Renato encarcelado me enseñó algo muy importante: que es necesario priorizar los miedos y las obsesiones para después colocarlos en una escala de importancia racional que nos permita dedicar las fuerzas a lo que merece nuestra lucha y relegar los

que, o bien no tienen remedio, o bien simplemente atañen a cada cual, sin que nadie tenga permiso para entrometerse en ellos.

Suficiente preocupación tenía yo como para dejarme consumir por unos celos de sobrinita mimada.

◆◆◆◆

La preocupación que barrió a todas las demás fue lo que nos contó el abogado de oficio de Renato, Isidro Ruiz, un pobre chaval que ni siquiera había terminado la carrera de Derecho y que temblaba cada vez que tenía que entrar en las mazmorras de la Puerta del Sol para ver a alguno de sus defendidos. Por más que insistimos en enviar a un abogado de nuestra confianza, no se le permitió que nadie más le defendiera.

—Se ha declarado culpable, señor Santiago. —Eso nos dijo un día que vino directamente a la Stella después de hablar con Renato—. Acaba de firmar su sentencia de muerte, yo ya no puedo hacer más por él.

—¿Culpable de qué, por Dios, hombre, de qué, si ni siquiera sabemos por qué le acusan?

—Ha dicho que él mató al comisario Melgar.

Yo sentí un pitido en la cabeza que no me hizo perder el conocimiento porque alguien se me adelantó: fue mi tío Mateo, que se desplomó en una silla.

Le asistimos como pudimos: paños fríos, un vaso de agua…, lo que hiciera falta para reavivarle.

—Ya está, ya está. Si ha sido solo un vahído. Hay mucho trabajo aquí y lo de este pobre muchacho me está afectando. Si hubiera querido irse cuando se lo dije, qué inconsciente, madre de Dios, pero qué inconsciente…

—Eso ya no tiene vuelta atrás, tío, ahora hay que encontrar la manera de ayudarle. ¿Qué podemos hacer, Isidro?

—Pues no sé, supongo que esperar al juicio y a ver…

Pero no, no hubo juicio. Pasaron los meses uno tras otro, lo trasladaron a Carabanchel y no hubo juez que lo sentara en el

banquillo.

Isidro nos traía noticias puntuales.

—Nada, que no, que no lo juzgan, ahí lo tienen, en el limbo.

—¿Pero al menos lo tratan bien?

—Sí, parece que le aplican guante de seda, eso me han contado. Es muy extraño, no es lo habitual.

Mi tío, que tras el primer desmayo aguantó impasible cada mala noticia que traía Isidro, tuvo la misma actitud con las buenas. Solo esa vez intervino.

—Bueno, no nos vamos a quejar por eso, ¿verdad? Ojalá que dure mucho tiempo.

Y siguió imperturbable, al contrario que cuando oyó la noticia de la confesión. Imaginé que habría pulsado alguna tecla, aunque no quise preguntar. Únicamente le di las gracias sin palabras y con todas mis fuerzas.

No sabía lo que pasaba dentro de mi tío, pero sí que había una batalla en marcha en mi interior desde que supe que Renato había confesado un asesinato que yo dudaba que hubiera cometido. Lo recordaba sudoroso y temblando la noche en que Melgar murió, y él llegó tarde a la reunión del sótano, lo recordaba diciendo que quería matarlo, lo recordaba con el brillo del odio en su mirada… Pero también lo recordaba mirándome con esos mismos ojos limpios mientras hacíamos el amor y algo me decía que no, que el asesino de un comisario vil y el hombre que me besaba no eran la misma persona. No. Imposible.

Por eso, yo también quería usar todas las fuerzas que tuviera para intentar que Renato saliera de la cárcel y poder preguntárselo en persona, solo que no era tan hábil ni tan discreta como Mateo, y me encontraba siempre con una superior, algo así como un candado divino que atrancaba todas las puertas a las que llamaba y las volvía infranqueables.

La única a la que me resistía a acudir era la de la condesa de Romanilla, pero cuando al final, desesperada y sin más recursos a mi alcance, decidí llamar a ella, me sorprendió la respuesta: Adele Gifford no quiso hablar conmigo.

Contestó a la carta que le mandé con un libro y un párrafo escueto:

> Estimada Sara:
>
> Lamentablemente, parto esta misma tarde hacia Marbella y después pasaré una larga temporada en Tomasete. La finca necesita mucha atención y, como comprenderás, no me sobrará demasiada para dedicártela a ti. Espero que encuentres algunas respuestas en este libro. Lo escribió el que confío siga siendo uno de tus autores favoritos. Disfrútalo y piensa en mí mientras lo leas.
>
> Saludos cordiales,
>
> ADELE

No mencionaba a Renato en su carta, que era por quien me había rebajado a acudir a ella. Pero el libro, una edición antigua y ajada de la colección Biblioteca Oro de antes de la guerra, sí que hablaba de él.

Contaba la historia de un presidiario encarcelado y, efectivamente, la había escrito el que fue mi autor favorito en la adolescencia.

Se titulaba *El conde de Montecristo*.

◆ ◆ ◆ ◆

Y la vida siguió, porque es lo que la vida hace cuando no renunciamos a vivirla.

Primero, asumí la situación y me resigné. Después, organicé y gestioné mis pases de visita a Carabanchel y acudía a ver a Renato todas las semanas, aunque fuera solo para encontrarme con un hombre cabizbajo, que jamás me miraba a los ojos y nunca abría la boca, por muchas preguntas que le hiciera. Ni siquiera para saludarme.

Amparo continuó cuidando de nuestros estómagos con tanto cariño y tanta destreza como siempre, y a mí, tras los caldinos de cada noche que me reconfortaban el espíritu, poco a poco se me quitaron las ganas de seguir interrogándola sobre la relación con mi tío. Allá ellos. Yo no era Dios, yo no juzgaba.

En cuanto a Julia y Casimiro, del mismo modo en que mis amigas nos regalaron a Renato y a mí algunas tardes de intimidad, Amparo y

yo hicimos lo mismo con nuestra amiga y el que ya era su novio, aunque se resistieran a llamarse así, una vez que los dos aprendieron a mirarse a través de ese velo del que hablaba Julia y que de tanto en tanto les emborronaba la mirada.

Además del piso de Alcobendas, ellos tenían otro lugar donde verse y estaba en Pan Bendito.

Lo que más les ayudó a levantar una esquina del velo fue la marea popular, que a veces desata olas impensables. Pan Bendito, un barrio creado desde la nada por quienes no tenían nada, se lo había demostrado muchas veces.

Convencido de que canalizar olas y mareas hacia un fin sublime debía ser la labor en la tierra de un sacerdote, Casimiro volcó todo su empeño y sus conocimientos acerca de ladrillos y argamasa en la construcción con sus manos, por fin, de una parroquia que albergara tanta solidaridad. Así nació la de San Benito.

Fue el mejor lenitivo para Julia y para él en aquellos días, durante el terror desatado por el Régimen en sus horas más bajas. Ambos se daban alivio mutuamente y en secreto siempre que podían, lo que no impedía que el que era cura y la que estuvo a punto de ser monja aún se avergonzasen de sus besos y de sus cuerpos. No siempre, pero con más frecuencia de la que debían.

A veces se amaban oprimidos bajo el peso del pecado. Otras, en cambio, se decían entre risas que la lujuria debería ser eliminada de la larga lista de ofensas a lo divino, porque algo tan bueno solo podría haberlo creado Dios.

Al principio se querían acostados en un lecho de lumbres, pero no las de la pasión, como las que encendíamos Renato y yo, sino las del desasosiego del remordimiento. Después, sin embargo, comenzaron a adentrarse con timidez en la fase siguiente, la del placer sin culpa. Más tarde, pasaron a otra superior, la de la necesidad. Y de ahí, a la del desenfreno: cada hora del día en la que Julia no trabajaba en casa de mi tía, ni Casimiro en la obra, ni ninguno de los dos con los pobres en la parroquia, la empleaban en acoplarse como engranajes exactos de una pieza de relojería, en meterse el uno en el otro por todos los rincones de sus cuerpos, en masticarse para regurgitarse después y

volver a devorarse con unas ganas de las que a ninguno de los dos, ni en el convento ni en el seminario, les había hablado nadie antes. Ni siquiera a Julia cuando Roberto le sembró en el vientre su regalo envenenado.

Solo que, por prudencia, hacían todo eso lejos de la vista ajena. O eso pensaban.

Porque, aunque ninguno de los dos lo supiera, tenían un escudo a su alrededor, y no solo era el abrazo protector de la mayor parte de los feligreses, que habrían dado sus dos manos por proteger a un párroco que lo hacía todo por ellos y que, si se había echado una amante, allá él, que la fe no quitaba que tuviera sus necesidades, como cualquier hombre bien terminado.

También fue porque el largo brazo de la represión de la DGS, que llegaba muy lejos, a Carabanchel lo hacía un poco más tarde y con más cautela. No en vano en ese barrio, con una cárcel llena de presos políticos y una parroquia con un cura rojo, había más concentración de opositores por metro cuadrado que en toda España.

Sin embargo, nada de eso conseguía que, más de una vez, el velo que se interponía entre Julia y Casimiro volviera a hacerse tupido como lana. Sucedía cuando alguno de ellos, o los dos al mismo tiempo, se dejaba invadir por el virus que su Iglesia les había inoculado hacía mucho en la conciencia, el de la culpabilidad de la carne.

De las dos conciencias, era la de Casimiro la que más a menudo y con mayor virulencia se infectaba. Y era entonces cuando, desnudos sobre su cama de párroco obrero y pobre, aún sudorosos de amor, dejaba que el velo se le volviera sábana negra:

—Esto no está bien, Julia, mi vida, no lo está, no merezco servir a Dios, he roto mi promesa, no, esto no está bien…

Solo los labios de Julia conseguían acallar los suyos. Solo sus besos le recordaban lo que tantas veces se habían dicho: que era imposible que algo tan excelso y creado por Dios pudiera ser pecado.

Pero el velo nunca cayó del todo, ni siquiera se rasgó.

—No, Julia, esto no está bien…

3

El año 1972 no habría sido como fue si no hubiera llegado antes el de 1968.

Esto es una perogrullada igual que la de la liebre, lo sé, pero me parece muy conveniente dejar constancia de ella. Ocurrieron tantas cosas en 1968, y todas tan desencadenantes, que, por fuerza, no pudo pasar más que lo que pasó cuatro años más tarde.

Yo me había afianzado ya como maestra; no me daban tanto miedo los niños e incluso empleé mi vocación docente para ayudar a Julia y a Amparo a que se sacaran el título de bachillerato superior con clases particulares en casa.

—Nunca sobra aprender y el saber no está de más.

No habrían sido necesarios esos tópicos para convencerlas porque resultaron ser buenas alumnas, dóciles y aplicadas.

Además, Julia dejó de viajar sola a Pan Bendito para reunirse con Casimiro y terminamos acompañándola casi siempre Amparo y yo, aunque a escondidas de mi tío Mateo, quien, si se hubiera enterado, habría dejado de ser nuestro tutor en castigo por arriesgarnos a ser vistas más allá de nuestro hábitat.

Y nuestro hábitat ya no era la Stella ni nada que se le pareciera. Habíamos vuelto juntas alguna vez, aunque no pasábamos de la cocina, donde trabajaba Amparo siempre bajo la supervisión de Mateo, o de tomar un refresco en la mesa más alejada del policía del Courvoisier, por si ese día aparecía. Nuestro hábitat lo marcaba mi tío, a pesar de que, por edad, ya éramos lo suficientemente adultas para saber por dónde y con quién andábamos.

Así que sí: íbamos a veces y sin que Mateo lo supiera a Pan Bendito, Pan Ben para sus oriundos.

Yo ya no podía ver a Renato, él mismo había pedido que le suspendieran todas las visitas, especialmente las mías. Entendía su

rabia, el fuego que le quemaba por dentro, como entendía también que encontrara en mí, la persona con la que más había intimado, el vertedero en quien volcar su desesperación. Y confiaba en que todo volvería a la normalidad cuando pudiésemos recuperar nuestra vida, si es que eso ocurría algún día.

Pero yo seguía yendo porque los Carabancheles y su Pan Ben, a falta de la Stella, se habían convertido en mi isla de paz, un nuevo lugar en el que me sentía feliz en medio de tanta desgracia, tan cerca y a la vez tan lejos del hombre que amaba.

Habíamos cumplido ya treinta años y, sin darnos cuenta, habíamos perdido los últimos cuatro entre la confianza en que Renato saldría pronto de la cárcel y el miedo a que lo hiciera tapado por una sábana ensangrentada.

Y digo que los perdimos porque un buen día reparé en que la espera de brazos cruzados y llorando por su rechazo no es esperanza, sino resignación.

◆◆◆◆

Me lo enseñó Mari Carmen Trujillo, a quien volví a ver en una de las interminables colas que debíamos guardar para visitar a nuestros presos en la cárcel de Carabanchel. Ella tenía un hermano dentro y aprovechaba sus entradas para pasar recados, libros y comida a los camaradas internos en la sexta galería, la de los políticos.

—Ahora las que quedamos fuera somos nosotras, las mujeres —me dijo Mari Carmen un día que, al salir del penal, nos fuimos a tomar café a una churrería de Lavapiés—, y estamos organizándonos.

—¿Os apoya el partido?

—No, esto no va con ellos. Algunas estamos más que hartitas de que no se nos oiga en el partido, si es que casi no nos usan para otra cosa que no sea hacerles bocadillos y café…

—Ya, lo de siempre.

—Mira, yo soy comunista hasta la médula, pero todavía soy más mujer que comunista, qué quieres que te diga.

—¿Eres feminista?

—Pues sí, ya ves. ¿Y tú también?

—No sé lo suficiente, pero creo que me gustaría serlo.

Mari Carmen bajó la voz.

—Eso está mal visto no solo por Franco, sino también por los nuestros.

—¿A los comunistas no les gustan las feministas?

—No le gustamos a nadie. Unos dicen que es cosa de burguesas y otros que es cosa de rojas. Pero se equivocan, porque es al revés: feminista se puede ser en cualquier lucha.

—O sea, que tú sabes de esto…

—Algo sé, sí. Y si tú quieres, puedes saber también. Unas cuantas hemos creado un movimiento para hacer las cosas que no nos dejan hacer solas en el partido. Lo primero, por ejemplo, pedir amnistía para los presos. ¿Por qué no te vienes a una de nuestras reuniones?

Aquella música tenía una melodía conocida: una nueva reunión y quizá en un sótano nuevo. Me sacudió una ráfaga de nostalgia. Cuánto echaba de menos mi Stella.

¿Por qué no?, pensé. Ya tenía experiencia en conjuras clandestinas, pero la idea de una solo de mujeres me atrajo como un imán.

◆ ◆ ◆ ◆

Convencí a Julia y a Amparo y acudimos en enero a una reunión del Movimiento Democrático de Mujeres («como llamarnos partido está prohibido, decimos MDM para abreviar, que no tenemos tiempo que perder con tanta palabra», me explicó Mari Carmen).

Había muchas delegaciones en toda España. Nosotras fuimos a la de Carabanchel, que solía congregarse en la parroquia de San Benito.

—¿Casimiro sabe que aquí se hacen… estas cosas?

—Me dijo que algunas mujeres le piden la sacristía por un rato de vez en cuando —me contestó Julia, tan intrigada como Amparo y como yo—, pero ya sabes cómo es, no pregunta porque todo le parece bien, nunca pone un pero.

Mi primera impresión fue que aquello era como debió de ser el encuentro de Múnich: una mezcla de personalidades y creencias

heterogéneas que terminaban dando un todo coherente. Y eficaz.

En el MDM de San Benito nos encontramos con unas quince mujeres y todas de las categorías más dispares: algunas politizadas, militantes de partidos en la clandestinidad, y otras provenientes del movimiento obrero, pero también trabajadoras y pequeñas comerciantes, miembros de asociaciones vecinales, amas de casa sin adscripción política, católicas practicantes y feministas en embrión, como nosotras. Un Múnich en pequeño.

—Aquí, el contubernio de Carabanchel —dijo Mari Carmen riendo para presentarnos a sus compañeras.

—Estamos haciendo una nueva remesa para los presos, a ver qué tenemos hoy —arengó Charo, una estanquera con libreta y lápiz que parecía ejercer de secretaria de la reunión—. Empiezo yo y me apunto dos cartones de Celtas cortos, ya los repartiremos allí mismo, una cajetilla por cabeza.

—Yo he traído tres kilos de naranjas, para más no me daba. Es que hoy ha venido Pepe al puesto del mercado y casi me pilla.

—Y yo, uno de mortadela. Hay que llevarla mañana como muy tarde, que si no empieza a oler.

—Yo, cuatro bollos de pan, una coca y dos cajas de barquillos. Es poco, pero ¿qué queréis? Esto al menos no se echa a perder.

—De la mercería he sacado doscientas pesetas esta semana. Me han dicho que la familia del Romu está pasándolas putas, con perdón. Con cinco criaturas, y hay días que no comen. —Mari Carmen metió varios billetes en un sobre y se lo entregó a Charo, que seguía apuntando en la libreta.

Las transacciones presentes y la promesa de futuras duraron media hora más. Luego, la reunión se disolvió y Julia, Amparo y yo salimos con una satisfacción extraña, algo que no nos había vuelto a llenar los alveolos de aire limpio desde que lo respirábamos en la Stella.

Después del primero, no podíamos vivir sin saber más. Yo, además, quise aprovechar la oportunidad que me daban aquellas mujeres para hacerle llegar a Renato algunas cosas que le permitieran sentir que, aunque él no quisiera verme, yo seguía a su lado. Así que continuamos yendo a encuentros como aquel.

No siempre servían para hacer inventario de los paquetes que se iban a mandar a la cárcel o a las familias de los que estaban presos en ella, sino también para hablar de lo divino y de lo humano.

Un día, una traía varias cajas de píldoras que llamaba *antibaby* y las repartía sin preguntar si éramos casadas o solteras, «que ya hay suficiente churumbel sin padre en este mundo y va siendo hora de que seamos nosotras las que decidamos cuándo hay que tenerlos». Otro día, la sacristía presenciaba encendidas discusiones de altura política sobre si ya se estaba resquebrajando la connivencia de Franco con la Iglesia católica o sobre la maldición de las bases norteamericanas en España.

Y después, un día cualquiera, se habló de pasar a la práctica. Ya no se trataba solo de un grupo de mujeres murmurando a la luz de una vela. Teníamos que salir ahí fuera y hacer lo que el propio nombre del MDM llevaba en su origen: promover la democracia.

—Y no ese ensayo de pantomima de la ley orgánica de hace dos años. Todos a votar, ¿y para qué?, para llamarnos borregos y después decir que es el rebaño el que quiere serlo porque sí, porque le gusta.

—Ahora mismo, la verdadera democracia tiene que estar en la calle. ¿Vosotras vais a venir también?

Todos los pares de ojos se volvieron hacia nosotras tres y no lo dudamos ni un segundo. Lo que sentíamos había dejado de ser una satisfacción extraña y se había convertido en frecuente. Formábamos parte de aquello. Si había alguna solución a todo lo malo que pasaba en el país, tendría que salir por fuerza de contubernios así.

Amparo, Julia y yo asentimos sin pensarlo.

◆ ◆ ◆ ◆

Algunos eran lo que llamábamos saltos, actos relámpago en los que un comando de mujeres interrumpíamos el tráfico y lanzábamos octavillas para huir luego a la carrera. Otros eran mítines de pocos minutos al acabar la misa, a la salida del metro o a las puertas del mercado, en los que nos quejábamos a voz en grito de la carestía de la vida o de la falta de equipamiento en los barrios y en las escuelas. Me

contaron que otras células del MDM compuestas por parientes de presos se encerraron con niños y todo en varias iglesias para reclamar amnistía y libertad, y que por muchos lugares de Madrid se desarrollaron actos similares.

Y a mí se me ocurrió uno más que me inspiró, paradójicamente, mi tía Sol.

Una tarde, cuando vino a visitarnos a Alcobendas, nos habló de su propio comando femenino.

—Doña Ascensión Sedeño es la mujer del siglo xx —sentenció, arrebatada—. ¿No la conocéis? Pues podríais venir un día a nuestras reuniones.

Las tres nos quedamos sin habla. ¿Reuniones? ¿Mujeres? ¿Mi tía?

—No me pongáis esa cara, que ahora ya se puede porque el Gobierno ha abierto la mano con eso de la ley de asociaciones. Nosotras, gracias a doña Ascensión, estamos en la de Amas de Casa de España.

—¿Y qué hacéis en esa asociación?

—Pues pedimos lo que no tenemos: derechos.

Seguíamos con la boca abierta.

—Pero, tía…, ¿y su admiración por Pilar Primo de Rivera, lo de que la mujer calladita está más guapa y todas esas cosas que me contaba?

—Ay, hija, Sarita, los tiempos han cambiado. Que no digo yo que ahora las mujeres tengamos que ser como los hombres, porque todo en la vida tiene su sitio y los que traen el pan a casa son ellos y eso es sagrado. Pero tampoco somos tontas ni nos tienen que tratar como niñas, me parece a mí. Anda que no he aprendido yo cosas de ver a tu tío haciendo planos y levantando casas, si es que casi podría hacerlas yo sola si me lo propongo. ¿Y vosotras tres? ¿Qué me decís de vosotras, aquí, valiéndoos solitas, cada una con su sueldo y su trabajo, sin un hombre que os tosa? Bueno, con mi Mateo detrás, eso sí, que él siempre vela por vosotras. Pero sin zurcirle los calcetines a nadie.

Cada vez estábamos más asombradas del feminismo rudimentario de mi tía, hasta que terminó de pasmarnos cuando nos dijo:

—Mirad, precisamente ahora, a finales de febrero, nuestras asociaciones hacen una asamblea general que será el no va más. ¿Por

qué no os venís conmigo?

No era una mala propuesta. Teníamos curiosidad. Pero antes debíamos consultarlo con nuestro propio grupo.

El MDM ya sabía de la asociación de mi tía.

—No os fieis. Es más de lo mismo, disfrazado de señoras —lo resumió Mari Carmen.

El colectivo fundado por Ascensión Sedeño tenía las mejores intenciones, me dijeron, pero estaba anclado en las consignas de la Secretaría General del Movimiento, es decir, formaba parte del Régimen.

—Ya, puede que tengáis razón —no estaba yo muy segura de que la explicación de mis compañeras del MDM me convenciera del todo—, pero os digo que hay buenas mujeres en la asociación, podríamos traerlas a nuestra lucha.

—¿Y cómo propones que lo hagamos?

Lo pensé un poco y lo dije.

—Tengo una idea…

◆◆◆◆

Entramos en contacto con las delegaciones del MDM de todo Madrid y al final conseguimos que unas sesenta compañeras se afiliaran a la Asociación de Amas de Casa para poder asistir a su asamblea anual del 28 de febrero en el salón de actos del Colegio de Médicos, tal y como nos había dicho mi tía Sol.

Antes de que Ascensión Sedeño se dirigiera a las trescientas participantes para leer un informe de la mutualidad, una de nosotras se levantó y en voz alta y clara dijo:

—Amigas y compañeras, nos debemos a todas las mujeres, no solo a las que están aquí, y por su bien debemos dejar constancia de lo que suceda hoy.

Sin dar tiempo a la reacción de la mesa, otra se puso en pie también y señaló a un señor bajito, con bigote y maletín, escondido entre las sombras del fondo de la sala:

—Por eso, hemos traído con nosotras a un notario, para que dé fe de

lo que se diga.

Otra habló:

—Vamos a proponer nuevas candidatas a la dirección de la asociación.

Otra:

—Queremos que los cargos sean decididos por votación, no a dedo.

Y, al final, yo:

—Que esta asociación sea un ejemplo de democracia, porque las mujeres estamos dispuestas a aceptar la voluntad del pueblo y de su mayoría.

No se me escapó la mirada atónita de mi tía Sol, sentada en tercera fila.

Doña Ascensión, la presidenta, elevó la voz por encima de nosotras:

—Muy bien, señoras, si quieren votar, pues se vota, pero a lo que no estoy dispuesta es a que hagan de esto un acto contra el Gobierno. A ver, ¿quiénes están a favor de que se vaya de aquí el señor notario y con él estas mujeres que han venido a reventar un encuentro pacífico de amas de casa y consumidoras y que, como no desaparezcan pronto, van a terminar haciendo que la policía venga a detenernos a todas?

Una ola de manos levantadas, acompañadas de gritos, insultos y abucheos, nos indicó el camino a la salida.

—Ea, ¿no querían democracia? Pues ya tienen democracia y ya tienen sus votitos. —Ascensión Sedeño lanzaba rayos por los ojos—. Váyanse con Dios a escandalizar a otra parte.

Nos fuimos. Y sí que vino la policía. Nos esperaba a las puertas del salón para asegurarse de que no volvíamos al interior.

Pero conseguimos lo que buscábamos. Al día siguiente, el Movimiento Democrático de Mujeres logró lo que no había podido hasta el momento: que toda la prensa franquista hablara de nosotras, aunque fuera mal.

Y, unos meses después, algo aún más importante. Algunas de las que habían estado presentes en el acto celebrado en el Colegio de Médicos y otras más que lo leyeron en el *ABC* decidieron que su lugar no estaba en esa asociación todavía lastrada por los preceptos de un régimen moribundo.

Un grupo numeroso se alejó de Sedeño y formó el suyo propio, la Asociación Castellana de Amas de Casa. Más libre, más cívica, más inclusiva, más democrática.

Y su primera afiliada fue, para estupefacción de propios y extraños, mi transformada tía Sol Martínez Limón.

—Pero de esto, ni media a tu tío, Sara, no se vaya a pensar que me he vuelto comunista. O peor aún, feminista.

4

Sin embargo, en aquella España todo tenía una contrapartida, especialmente las alegrías.

La primera que vino a oscurecer la luz que habíamos logrado encender durante 1968 fue la detención de Casimiro.

Se lo llevaron en agosto, cuando Arizmendi irrumpió en la sacristía con sus maneras de hipopótamo nauseabundo, oliendo como recién escapado de la ciénaga, igual que siempre.

No estábamos nosotras, solo Julia ayudándole a colocarse la casulla.

—Hombre, si están aquí Adán y Eva. Pues ya puedes despedirte de la chacha, Adán, que te hemos buscado otro paraíso.

Parecía que el Régimen hubiera estado esperando a tener terminada su nueva cárcel para detener a Casimiro, estábamos convencidas. A Pacocho Arizmendi, esa sensación de manejar con sus garras el volante del destino lo volvía loco de placer.

Acusaron a Casimiro de facilitar asociaciones ilegales para conspirar contra el Gobierno, solo que, como las que nos asociábamos ilegalmente éramos nada más que mujeres, la presa importante fue él y no nosotras.

No hubo juicio siquiera, para qué. Lo enviaron derecho a una prisión nueva de Zamora, que en realidad era un pabellón del antiguo presidio provincial. La habían inaugurado en verano y estaba destinada a acoger solo a sacerdotes: los obreros, los disidentes, los separatistas, los demócratas…

El Régimen lo denominó cárcel concordataria, una en exclusiva para curas, toda una novedad. Y lo de concordataria para que quedara claro que contaba con el beneplácito del Vaticano, no fuera a ser que viniera Pablo VI y exigiera ponerlos a todos en la calle, que suficientes problemas estaba teniendo ya Franco con la Iglesia y con ese arzobispillo Tarancón, que cada dos por tres sacaba los pies del plato.

Julia y yo, siempre apoyadas en Amparo, nuestra eterna columna, nuestro cimiento y nuestro sostén, ya teníamos algo más en común: a las dos nos habían puesto el amor entre rejas.

◆ ◆ ◆ ◆

En mayo de 1969, unos meses después de que Casimiro fuera a la cárcel, Renato salió de ella. El hombre que asomó por la puerta de hierro la mañana en que fuimos a buscarle no era el mismo que había entrado seis años antes. Hacía honor a su nombre, porque era un renacido, otra persona. Pero una que había ido a muchísimo peor.

Vivió con nosotras en Alcobendas una semana mientras don Rogelio y mi tío reactivaban todos los planes de huida a Francia que quedaron en suspenso cuando la DGS lo interceptó en la provincia de Teruel. Había perdido quince kilos, aunque casi ninguno de músculo. En realidad, era una versión reducida de Hércules Cortez, todo tendones y ligamentos y apenas nada de carne.

Y algo parecido le pasaba en la cabeza. Hablaba poco, se comunicaba con nosotras a base de gruñidos que rara vez entendíamos y jamás le vimos una sonrisa.

Durmió en mi cama los dos primeros días, aunque no me tocó. Traté de abrazarle, de ablandarle a base de caricias el cuerpo encallecido. Pero no pude, porque me equivocaba: no era la carne lo que se le había embrutecido, sino el alma. Por eso, creo yo, al tercer día decidió dormir en el suelo de mi cuarto.

Cuando comprobé que el contacto físico no iba a dar resultado, lo intenté con la conversación. Hablaba con él siempre que podía, solo que con la sensación de que no me escuchaba. Puede que me oyera, pero no me escuchaba. También esa facultad la había perdido en la cárcel.

Hasta que, la víspera de que se fuera a Francia, me venció la ansiedad, quise arrancarle aunque fuera una palabra de afecto y me dejé llevar por la locuacidad.

—Vamos, cariño mío, levanta el ánimo. Esto va a durar poco, en dos días vuelves a España y ya verás como todo cambia. Esto no puede

aguantar mucho más, que a esos cerdos ya no los quiere nadie, si hasta el papa les da tirones de orejas. Te aseguro que vamos a poder con ellos, estamos trabajando todos, amor, hay muchas manos moviéndose. Y yo ya soy otra; he aprendido una barbaridad, si vieras la de cosas que hacemos las mujeres del MDM… A mí ahora ya no me volverían a cazar en una como la de la lista de Múnich, que vaya susto me dio la condesa de las narices cuando me la quitó…

Me di cuenta tarde. Mi error no solo fue hablar, sino creer que Renato llevaba la antena desconectada. Lo había escuchado todo y, lo peor, lo había entendido todo.

—¿Te quitaron la lista?

—Bueno, en realidad…

—¿Fue tu culpa que los mandaran a la cárcel o a tomar por culo donde Cristo perdió los clavos?

—No, Renato, no fue mi culpa, ellos ya sabían quiénes eran…

—¿Y fue tu culpa también que nos tuvieran vigilados en el sótano?

—¿Vigilados…? No, yo no creo…

—¿Y también fue culpa tuya lo mío?

—¿Pero qué dices…?

—¿Después de todo lo que me he callado?

—Estás desvariando…

—¿Con todo lo que he hecho…?

—No entiendo, ¿a qué te refieres…?

Veía crecer el odio en sus ojos con cada pregunta, aunque, después de la última, por fortuna tuve reflejos suficientes.

Cuando alzó el puño cerrado, dispuesto a descargarlo en mi cabeza, fui rápida. Levanté el brazo, detuve el suyo en el aire y nos quedamos así los dos, en un pulso vertical que duró unos segundos, los suficientes para darnos cuenta de que, fuera cual fuera el resultado del lance, ambos lo habíamos perdido todo ya.

Renato se fue de madrugada de nuestro piso de Alcobendas y no nos dijo adiós. Sé que lloraba, porque me lo contó después don Rogelio, pero no me dirigió ni una sola palabra.

Jamás he vuelto a verlo.

◆◆◆◆

Casimiro volvió de Zamora unos días después de la liberación de Renato. Y lo hizo circulando por el carril contrario: regresó eufórico.

—Ahora más que nunca tenemos que seguir por el camino que nos ha marcado Dios, Julia, si es que la vocación, en el fondo, es eso, ayudar en el tiempo que nos toque vivir, y a mí me ha tocado este, el tiempo de la opresión…

El Casimiro retornado estaba pletórico. No tardó en volver a compartir cama con su amante y resultó mucho mejor que antes. Lo hizo feroz y ávido, sin asomo del velo de la culpa, con pasión de hombre y no con inhibición de cura.

—Sí, mi vida, sí, hay que luchar contra la opresión, no te digo que no, pero con un poco más de calma y algo de prudencia, que después mira… —Julia aprovechaba los intermedios del amor para devolverle los pies a la tierra.

Pero eran los besos de él y no los de ella los que hacían que callase la boca que aconsejaba mesura, a diferencia de lo que ocurría antes de que fuera encarcelado.

Y es que a Casimiro, entonces, ya no se le podía hablar de calma ni de prudencia. Todos imaginamos que esto es lo que pasa si a uno no lo encierran con navajeros o matones, como a Renato en Carabanchel, sino con hombres de Dios que debieron de pasarse el año que compartieron en Zamora rezando y dándose misas diarias los unos a los otros para distraerse. Cuando eso sucede, se vuelve como había vuelto Casimiro, henchido de fe, levitando en una nube por encima de los mortales.

Su primera decisión, sin embargo, no fue espiritual y sí muy terrenal.

—Vamos a montar un hospital ambulante, Julia. No he dejado de pensar estos años en la cantidad de niños de Pan Ben que están enfermos, claro, con lo que comen, si es que comen… Tenemos que organizar una recogida de mantas y de medicinas, que en todas las casas las hay que sobran. Seguro que tus amigas y tú podréis ayudar pidiendo cosas a las vecinas.

Y más, pensó Julia. Podemos ayudar en eso y en mucho más, que ya habíamos aprendido de nuestras camaradas del MDM que las mujeres tenemos dos manos, pero también cerebro.

Mi amiga se acordó de la noche en que una enfermera desconocida le recolocó el hueso de un tobillo que quería escapársele del cuerpo y de que entonces descubrió dos cosas sobre su futuro.

La primera, que, una vez descartada la vocación religiosa, acababa de perder también la del baile. El cuerpo es sabio y aquella noche le anunció por intuición lo que después terminó ocurriendo: que ya nunca dejaría de sufrir una cojera para la que yo, sesenta años más tarde, aún tengo a su disposición un brazo en el que siempre encontrará apoyo.

De la segunda puede que se diera cuenta la misma noche, pero no tomó verdadera conciencia de ella hasta que su amante salió de la cárcel. Cuando Casimiro le habló de un hospital ambulante, se le despertó la vocación que toda su vida creyó como la más improbable y entonces se dio cuenta de que era la verdadera, la que le dictaba el corazón.

Julia supo que a lo que en el fondo de su alma siempre aspiró era a ser enfermera. Pero no ayudante de un cura obrero con buenas y caritativas intenciones, no. Ella quería ser enfermera de verdad, profesional y titulada.

Además, quizá fuera ese el empujón definitivo que necesitaba su relación con Casimiro. Jamás podrían casarse, eso ya lo sabía ella, pero sí formar una pareja profesional dedicada al cuidado del cuerpo y del alma de quienes lo necesitaban. Iba a ser la unión espiritual perfecta. Sin remordimientos, sin culpa, sin velos. Ya nunca más.

Así que se lanzó: presentó la solicitud y en septiembre de 1969 fue admitida en la Escuela San Francisco de Asís de Madrid para estudiar la carrera de Ayudante Técnico Sanitario, según el circunloquio que entonces se usaba para referirse a la noble profesión de la enfermería.

—¿Ves cómo el saber no está de más? —le dije el día que le dieron la plaza en la escuela.

Porque lo había conseguido gracias a que tenía el bachillerato superior, que además la eximía de algunas asignaturas nefastas que

todavía pervivían, como la de las Enseñanzas del Hogar, que yo tanto odié en mis tiempos.

Y gracias también a que todavía, a pesar de tener treinta y dos años y ser la alumna más vieja de la escuela, aún era lo suficientemente joven para soñar.

5

En lo que a mí respecta, el giro de mi destino comenzó con una visita de mi tía Sol a mediados de 1970.

—Sara, hija, ¿cómo estás…?

Venía sin arreglar, cansada y demacrada. Además, sonaba a ultratumba.

—Uy, tía, esa voz y que venga usted a verme sin avisar… ¿Qué le pasa?

—No, nada, es que solo quería hablar contigo.

—Mire que la conozco, tía, ha pasado algo, si no, no llegaría con esa cara de funeral. Cuéntemelo, no me asuste.

—Si es que lo que pasa no es nada bueno…

—No me tenga así, por Dios se lo pido, dígame qué pasa, no me haga rogarle más.

—Yo solo he venido para charlar y para desahogarme un poco, que Mateíto está con los exámenes finales y no quiero que el niño… Si es que eres la única a la que le puedo contar estas cosas…

—Tía, por favor…

La mujer cedió, aunque lo hizo llorando.

—Tu tío ha ido hoy al médico. ¿Te acuerdas de esas diarreas tan raras que le daban? Le hicieron pruebas y le han dado ya los resultados…

—¿Y qué tiene?

—Te lo digo si me juras por Dios y por la Virgen que no le vas a decir nada a él hasta que quiera contarlo.

—Se lo juro, tía, pero no me tenga así. Dígame de una vez que tiene el tío.

—Algo muy malo, Sarita, mi vida, muy malo…

—Pero ¿cómo de malo?

—Malísimo. Vamos, que le queda un año como mucho.

Ya no pudo seguir hablando, ni yo escuchando. Cuando todo se acaba, no hay nada que añadir.

◆ ◆ ◆ ◆

Lo peor es el largo camino que a partir de entonces queda por delante. El nuestro tuvo una última escala meses después y vino en forma de llamada telefónica.

La recibí en el colegio a la hora del recreo en abril del año siguiente, un poco antes de que la piscina Stella abriera su temporada de 1971.

Era mi tía Sol, esta vez para decirme, escuetamente, que mi tío Mateo quería vernos a las tres.

Cuando al día siguiente Amparo, Julia y yo llegamos juntas al hotelito y nos quedamos paradas enfrente de su cancela, ni siquiera nos preguntamos para qué quería vernos mi tío. Solo sabíamos el dolor que se escondía detrás de aquella puerta.

Mis amigas me agarraron cada una de una mano y, unidas como siempre lo estuvimos, la cruzamos.

Encontramos a mi tío Mateo sentado junto a la misma chimenea y con los mismos rizos de siempre, pero convertido en otra persona distinta.

En el último año, habíamos ido a verle con tanta frecuencia como nos permitió desde que nos enteramos de lo suyo, aunque hacía un mes que nos daba todo tipo de excusas para que no apareciéramos por el hotelito.

Pero aquel día fue él quien nos llamó y Sol ya nos había puesto sobre aviso. Estábamos preparadas. O eso creíamos. Porque no había nada que nos pudiera haber advertido de lo que íbamos a ver: un fantasma enflaquecido, la verdadera imagen del abatimiento y, al mismo tiempo, con la energía de la entereza.

Allí, junto a él, estaban mi tía; mi primo Mateíto, que acababa de terminar la carrera de Derecho y preparaba oposiciones a notario, y Jesús Balsera, que ya era un anciano de pelo blanco, bastón y espalda encorvada.

Aún recuerdo lo que oí de la boca de Mateo y mi sorpresa al verle sacar fuerzas de donde no creí que las tuviera para lanzarnos a todos el último discurso largo que pudo dar en su vida:

—Mis queridas niñas, que siempre vais a ser eso para mí, cómo me alegra que hayáis venido las tres hoy. Le pedí a Sol que no os preocupara, pero, conociéndola y a juzgar por las caras que me traéis, creo que ya os ha hablado de lo rápido que corro cuesta abajo. No importa. Esa parte del trabajo me la ha dado hecha y no quiero ni una lágrima. Vamos a lo práctico, que ahora el tiempo para mí es más corto que para los demás y tengo que aprovecharlo mejor. Creo que ya no me queda mucho, me dijeron que un año, y ahora que está cerca de cumplirse noto que se me van las últimas fuerzas, así que, por si acaso, quiero dejarlo todo arreglado antes de que sea tarde. No, por favor, no lloréis y escuchad lo que voy a deciros. He pensado que, además de hacerlo por escrito, os voy a dar mi testamento de viva voz y en este mismo momento para que después no haya equívocos con que si mi última voluntad era voluntad o no. Lo primero, la familia, que sois vosotros, y también mi querido Jesús, mi mano derecha, como yo he intentado ser la de don Manuel durante tantos años. Mateíto, hijo, vas a convertirte en el mejor notario de Madrid, así que vete ensayando y da fe de mi deseo de que estudies como el que más, que te encierres y que saques las oposiciones, olvídate un tiempo de esa chica, Petri, que ya habrá tiempo de recuperar el noviazgo cuando tengas un trabajo para toda la vida. Después, si os seguís queriendo, os casáis en la Stella. Alguna vez hemos tenido bodas, ¿verdad, Jesús?, y han sido las mejores bodas de Madrid. Pues la tuya con Petri también, Mateíto, que aunque yo no pueda verla estaré a tu lado ese día. Sara, querida, eso te tocará organizarlo a ti, que a la boda de cualquiera de vosotras tres hace tiempo que renuncié, a ver si pensáis que no sé que todos en vuestro bloque os llaman las Vistesantos y las Tulas. Sí, no me mires así, hija, digo que tendrás que organizar la boda de tu primo, porque lo que te voy a decir ya lo tengo hablado con don Manuel. Está mayor y cansado, como yo, pero él sano como una lechuga, eso sí que lo tiene. Don Manuel está de acuerdo en que, cuando yo falte, seas tú, Sara de mi vida, la directora de la Stella.

Anda, no pongas esos ojos y deja que me explique. Tengo muchos motivos para dejarte al frente de esto, y el primero es lo mucho que vales. El segundo, lo mucho que amas ese lugar, no se me olvida lo que has sufrido desde que te pedí que te alejaras de aquí, pero también lo obediente que has sido, que no te has metido en política desde entonces. —Al llegar a este punto, a mi tía Sol le dio un ataque de tos, lo recuerdo bien—. El caso es que ya tienes edad y sabiduría suficientes para que el sentido común guíe tus pasos, y no hace falta otra cosa para que la Stella mantenga su esplendor. Además, hay algo que quiero pediros a las tres: me gustaría mucho que, cuando yo falte, dejéis el piso de Alcobendas, podéis alquilarlo o venderlo, lo que decidáis, y que os vengáis a vivir aquí con Sol. No sé si para entonces Mateíto seguirá en casa, pero no me gustaría que mi esposa se quedase sola y en este chalé hay espacio suficiente para dos familias enteras. Ya no tendrá sentido que estéis tan lejos. Julia, tú serás una enfermera formidable y compasiva; Amparo, tú, la mejor jefa de cocina de todos los restaurantes de la capital, y Sara, la directora de la piscina Stella, el lugar con más historia y con más magia de toda España. Además, para que nadie os ponga pegas, voy a nombrar a Jesús, mi amigo fiel, albacea de todos los bienes a administrar. Confío en que acepte, aunque se haya jubilado ya. No se me olvida que, cuando yo no esté, os vais a quedar sin hombre que os guarde, que me parece mentira que en el siglo xx tengamos que andar con estas, si una sola de las mujeres que estáis en esta sala vale más que todos los hombres juntos que conozco. Sí, Mateíto, hijo, perdona, pero es así. Lo que pasa es que, mientras España no cambie, esto es lo que hay. Y, a menos que el que manda se vaya al otro barrio antes que yo, y eso no parece probable, esto es lo que habrá cuando yo me muera. Pero basta ya de hacer planes para el futuro y vamos al presente. —Dio una palmada de falsa alegría y sin apenas fuerza—. Sol de mi vida, ¿no decías que habías preparado esa tarta de chocolate que nos gusta tanto a todos para merendar…?

6

En el verano de 1971 hubo tres despedidas en la Stella, aunque a ninguna de ellas me refiero cuando hablo de muertos con una historia que contar. Los tres ya habían contado las suyas antes de morir y se fueron con todo dicho.

O casi. El que menos tiempo tuvo para hacerlo fue el bueno de Hércules Cortez. El 24 de julio conducía un coche en el que viajaba con su amigo también luchador Red Bastien. Ambos volvían a Minneapolis de un combate en Winnipeg cuando, por motivos que nunca nadie descubrió, perdió el control del automóvil y se estrelló. A Bastien no le pasó nada, pero él salió despedido y cayó a más de cien metros. Al hacerlo, su cuello de columna griega, prácticamente irrompible, se le quebró como una rama. Alfonso Chicharro, nuestro Hércules, murió en el acto, con solo treinta y nueve años.

Aún estaba la Stella vestida de luto por uno de sus más queridos clientes y amigos cuando, un mes después, nos dejó el padre de don Manuel, el origen de todo, el primer Manuel Pérez-Vizcaíno.

Al verle pálido y serio en la caja durante el velatorio, no pude evitar sonreír. Volví a sentirme en sus brazos, bailando en la pista de la Stella al son de las maracas de Machín y aspirando el perfume a madreselva y azahar de una noche de primavera.

Hasta la vista, don Manuel, le dije.

Hasta dentro de muy poco, sueño últimamente que me responde él cada noche.

◆ ◆ ◆ ◆

La despedida más triste para mí fue la menos inesperada.

A mi tío Mateo la vida le duró, efectivamente, el año que habían predicho los médicos. Resistió al cáncer de pie, como había vivido, y

aprovechó su tiempo de descuento para enseñarme todo lo que sabía e incluso lo que no sabía que sabía, mientras el esqueleto le sostuvo.

Si desde que éramos niñas ya amábamos la Stella, cuando la conocí tan a fondo como mi tío me la enseñó descubrí que aquello era de verdad un vergel fuera de las miserias del mundo.

Gracias a él, me enteré de sus entresijos, de su columna vertebral, de las maquinarias ensambladas que cada día hacían que un aparato bien engrasado funcionara tan a la perfección que quien lo probaba una vez volvía sin remedio.

—A ti te ha parecido siempre natural ver aquí a tanta gente importante, educada y…

—Bonita, tanta gente bonita.

—Eso, gente bonita por dentro y por fuera es la que viene aquí. Pero esto no es gratis, Sarita. Podemos perderlo en cualquier momento, solo con un error… Que alguno de nuestros clientes perciba que aquí no están a salvo y que este lugar no les ofrece tanta seguridad como sus propios hogares, y se nos van todos, uno detrás de otro. Esa tendrá que ser tu mayor vigilancia, cielo.

Entendí. Entonces, con la perspectiva de la madurez y la vida vivida a cuestas, supe hasta qué punto todo eso podría haber sucedido en dos ocasiones: una, casi veinte años antes, tras el accidente de Roberto, y otra hacía apenas diez, cuando una copa de Courvoisier servido por la Stella acabó con la vida de todo un comisario. Una esmeradísima dirección como la de Mateo Santiago fue lo único capaz de lograr que el lugar no perdiera su gloria, sino que la conservara y la ampliara.

En todo eso reflexionaba yo cuando vi caer el primer puñado de tierra sobre el féretro de mi tío en el cementerio de la Almudena, precisamente el mismo día de septiembre en que la Stella cerraba sus puertas y se despedía hasta la temporada siguiente. Otra metáfora.

Me miré las manos y vi más.

Eran venosas. Noté que las palmas empezaban a ponérseme ásperas; había tocado muchas tizas en mi vida, incluso me había acostumbrado a borrar la pizarra con la mano cuando desaparecían del aula los pedazos de espuma verde que luego tanta burocracia costaba reemplazar.

Me había gustado mucho mi trabajo, sí, escribir páginas nuevas sobre cerebros vírgenes produce una descarga de emociones mezcladas que rara vez volví a sentir después de dejarlo. Sin embargo, hacerlo en los años en los que yo lo hice, siempre con la sombra alargada de un sistema que no era educativo, sino propagandístico, destinado a criar adeptos y no seres libres y pensantes…, aquello también me había hundido los hombros tanto como me los levantaba la sonrisa agradecida de un solo niño entre veinte con el brillo de la inteligencia en la mirada.

Pero todo eso, me hubiera gustado o no en los tiempos en los que lo ejercí, era lo que dejaba atrás con la excedencia que pedí y tras la que, ya lo intuí entonces, nunca regresaría a mi vida anterior. Ahora, el lugar en el que a los quince creí encontrar el mío en el mundo iba a serlo de verdad.

Vi desaparecer en las profundidades el cuerpo vacío de quien lo había hecho posible. Sentí vértigo. Me recorrían hormigas por dentro.

Abracé a mis amigas y tuve que apretar más fuerte los hombros de Amparo, que se convulsionaban de llanto tal vez por el amor perdido, para darle un consuelo que también a mí me faltaba.

Solo la despedida final nos aplacó.

Ese fue mi nuevo comienzo.

Y no consistió en un adiós, sino en tan solo dos palabras que murmuré entre lágrimas:

—Gracias, tío.

7

Nada más que lamento el tiempo que tuve que perder en hacerme respetar durante los primeros meses tras la muerte de Mateo. Y conseguirlo con adultos en lugar de con niños de ocho años resultó ser un trabajo mucho más duro, más difícil y más ingrato.

Cuatro camareros se despidieron al conocer mi nombramiento oficial. Dijeron que no aceptaban órdenes de una mujer. Ya suficientemente ofensivo era para ellos recibirlas cada día de Amparo, que ejercía el poder absoluto en la cocina. Sin embargo, ella era solo cocinera, un puesto menor en el escalafón que Dios había asignado a cada sexo, según ellos, de modo que sus exigencias formaban parte de un orden más o menos natural de las cosas. Pero ¿una directora también…? No, hasta ahí podíamos llegar.

Me alegré de que aquellos camareros se fueran; ni siquiera recibieron una contraoferta por mi parte para permanecer en sus puestos, porque así conseguí modernizar la plantilla. No los sustituí por personas más jóvenes, sino del género que tanto odiaban: contratar cuatro nuevas camareras fue una de mis primeras decisiones.

Y entre ellas, a dos en especial. Ofrecerle el puesto a la primera me dio tanta satisfacción interior como la que sentí al conocerla veinte años antes, en Canillejas: era Remedios Fernández Roca, Reme, la niña a la que le llevábamos libros y que le devolvió a Julia la ilusión de su Juanín Pérez. Ahora era una mujer adulta, que hablaba inglés a la perfección porque a los dieciocho emigró a Brighton para huir de la tiranía de sus cinco hermanos holgazanes y se formó en la mejor escuela de hostelería de Gran Bretaña. Cuando se presentó un día en la Stella, ya de vuelta en España, para pedirme trabajo y con la duda en la mirada, sin saber si yo la recordaría, la abracé con toda el alma. Otra voltereta del destino, pensé. Pero esta, de las buenas.

También contraté a Mira Prego Romea. Era hija de una buena amiga

de mi tía Sol, que me pidió el favor.

—Ha trabajado unos años en el bar de la Reina, ¿sabes cuál te digo, Sara? Sí, mujer, el de la carretera de Extremadura.

Ni idea. Tenía mis dudas, pero mi tía insistía:

—Es buena chica, quizá le falte un poco de categoría para trabajar en la Stella, lo sé, pero tú podrás ayudarla, que a ti te sobra estilo. Anda, mujer, qué te cuesta, dale una oportunidad a la pobre…

Se la di, claro que se la di, cómo iba yo a negarle nada a mi tía. Puse a Mira bajo el mando de Reme para que la adiestrase y pensé que entre las dos quizá pudieran dar un aire nuevo a un restaurante que siempre se había caracterizado por tener clase y una buena carta, pero al que le hacía falta un poco de actualización.

Hubo otras decisiones, como la construcción de grandes platos de piedra con chorritos verticales que surgían del suelo y ocupaban por completo los accesos a cada piscina, sobre todo la de los niños, de forma que nadie pudiera entrar en ellas sin lavarse los pies primero.

Eso lo aprendí de las muchas cochinadas que vi en los recreos del colegio, gracias a las cuales tomé nota de la importancia de crear barreras de higiene a las bacterias y a los gérmenes que tan fácilmente se transmitían cuando se andaba descalzo.

Tuve la inmensa suerte de que don Manuel Pérez-Vizcaíno, que había sentido tanto como los demás miembros de nuestra familia la muerte de su querido amigo Mateo Santiago, me apoyara en todos los cambios que emprendí. Más aún: me dio carta blanca para hacerlos sin consultarle.

E hizo posible uno de los sueños que me quedaba por cumplir en los terrenos de la Stella: pude entrar por primera vez en veinte años en la residencia privada de los Pérez-Vizcaíno.

◆ ◆ ◆ ◆

La señora María de la Peña, la esposa de don Manuel, me invitó a tomar café una tarde en el santuario familiar, el hotelito que ya estaba allí cuando Arturo Soria empezó a dar forma a su fantasía de una ciudad lineal y mucho antes de que la piscina fuera piscina y todos la

llamaban pilón.

Al comienzo del sendero que iba del jardín común al privado, me recibió doña María, una sevillana hermosa y feliz que no paraba de reír. Era una campanilla.

—Ven por aquí conmigo, mi alma. Pero qué linda eres y qué alegría tan grande que la Stella tenga una señorita al frente. Si es que el nombre lo dice, prenda mía, Stella, Stella, Stella… Un sitio con nombre de mujer tiene que tener una mujer que la gobierne, que no digo yo que tu tío no lo hiciera bien, en paz descanse, pero ahora son otros tiempos, y anda que no sabemos nosotras cómo hacer que funcione una casa, pues lo mismo con esto, que es una casa grande y aquí todos somos familia…

Me condujo bajo los arcos de hiedra y los naranjos por un camino bordeado de bancos de madera que me recordaron a los bellísimos del parque del Retiro, atravesamos un porche emparrado, nos saludó la gárgola de una fuente y entramos en el chalé. Había un servicio de café ya preparado sobre la mesa de roble, rodeada de paredes con frisos de azulejos nazaríes, aparadores de ébano con incrustaciones de nácar, candelabros de plata, adornos orientales, cortinajes de terciopelo y una inmensa lámpara de araña que colgaba sobre nosotras.

—Ay, niña, qué lástima lo de tu tío, con lo buena persona que era. Mi más sentido pésame.

—Gracias, doña María. Lo mismo digo de don Manuel, su suegro. Yo lo quería mucho, ¿sabe usted?

—Lo sé, hija mía, lo sé. Los Santiago siempre habéis sido una parte muy importante de esto. El bueno de mi suegro… —La campanilla pasó de la condolencia de nuevo a la risa—. ¿Tú sabes que llegaron a acusarle de la muerte de Eduardo Dato?

—Pero ¿qué me dice? ¿Del que fue presidente…?

—De ese mismo. Tendría mi Manolo unos diez añitos. Ya sabes que mis suegros llevaban una granja de pollos en la finca, pero también eran los dueños de un pabellón que alquilaban de vez en cuando para que los vecinos guardasen sus cosas, las palas y las azadas, porque entonces aquí había mucho más campo que ahora. Pues resulta que va

un día y llega la guardia civil, que abran ustedes el pabellón enseguida, que andamos persiguiendo a no sé quién con una moto y un sidecar… A mi pobre suegro no le llegaba la corbata al cuello. Da vuelta a la llave del pabellón, que se lo tenía alquilado a unos que habían llegado hacía tres días, ¿y qué se encuentran allí? ¡La moto y el sidecar! Con las dos, a lo que parece, un par de canallas habían asesinado hacía unas horas al presidente y allí las habían dejado, escondidas en el pabellón. Al principio pensaron que mi suegro era uno de los del atentado. Vaya estupidez. Menos mal que, con la cara de pedazo de pan que tenía y con cuatro averiguaciones más, se dieron cuenta enseguida de que tenían que ir a buscar a los asesinos a otro lado.

—¡Menuda historia! —exclamé—. No tenía ni idea, es asombrosa…

—Y lo que nos hemos reído desde entonces con esa anécdota en la familia; a mí me dio un ataque cuando me la contaron. A veces, cuando don Manuel estaba malo y le dábamos pescadilla hervida, él se ponía pesadito con que quería el pollo ese que hace tu amiga la asturiana y que le sale tan rico, pero nosotros le decíamos «Ande, hombre, y cómase la pescadilla, que peor comería usted si le hubieran enchironado en el 21». O cuando se le antojaban más copitas de orujo de las que le dejaba el médico: «Pero, bueno, ¿qué se habrá creído usted? Al asesino de Eduardo Dato no se le da ni agua, hombre ya».

Y la campanilla volvía a reír.

Y yo volvía, una y otra vez, a pensar que todo lo que sabía y lo que aún me quedaba por aprender del sitio del que creía saberlo todo era más valioso que muchas de las lecciones que me pasé la vida tratando de enseñar a mis alumnos y que seguramente olvidaron media hora después de haberlas recibido.

Y me volvía a sentir una adolescente en el paraíso.

◆ ◆ ◆ ◆

Hasta que llegó el primer revés.

Aún no había empezado el año decisivo, el de 1972, cuando tuve que encajarlo.

El nuevo administrador de la Stella tras la jubilación de Jesús se llamaba Inocente Díaz. No sabía yo si era buen nombre para administrar un barco de tonelaje como el nuestro, así que preferimos llamarle Tino. Era un hombre apocado, con los hombros cargados, tal vez porque siete hijos son muchos hijos para llevar la espalda recta y esos eran los que él tenía, más el octavo que andaba en camino.

También contratamos a un abogado, Pedro Márquez, pero este, a diferencia de Tino, no tenía hijos y estaba viudo. Era un hombre alto, muy delgado, de pelo gris en las sienes, que había avanzado ya un buen trecho de la cuarentena con un porte admirable. Tanto que pronto se convirtió en otro aliciente para que muchas clientas quisieran pasar el día entero en la Stella. Un aliciente nuevo, desde luego, porque algunas ya habían olvidado al desgraciado de Roberto y otras ni siquiera lo conocieron. Pedro era distinto, muy distinto, pero también una alegría para la vista.

El día que Tino y Pedro llegaron a mí con un fajo de papeles en las manos, cara de preocupación y ambos con las gafas en la punta de la nariz, como queriendo resbalárseles de la cara, supe que mis días de cortesía como nueva directora de la Stella habían terminado.

—Sara, tenemos malas noticias…

No hace falta que lo digas, Pedro, me dieron ganas de contestarle, pero esperé a que fuera más concreto.

—Acaba de llegar esta comunicación del Ayuntamiento de Madrid…

Arias Navarro, el temible, pensé. El de las orejas grandes que dirigía la misma DGS que encarceló, torturó y asesinó a Julián Grimau, y más tarde puso entre rejas a Renato y a Casimiro. El que en 1972, tal vez como recompensa o castigo por sus atrocidades pasadas, solo él podría haberlo dicho, era el alcalde de la ciudad más importante de España. Arias Navarro… A ver qué tenía que decirle ese personaje ahora a la Stella.

—Nos expropian, Sara.

—¿Qué?

—No todo, solo la parte de abajo. Es por la carretera que están construyendo, la que va alrededor de todo Madrid y le da la vuelta.

—¿La M-30?

—Esa misma.

—¿También va a pasar por aquí?

—Sigue el trazado del arroyo Abroñigal, y parece que necesitan nuestros terrenos.

—A ver, Pedro, que me estoy perdiendo, explícamelo todo bien: ¿cuánto nos quieren quitar?

—Necesitan unos nueve mil metros cuadrados…

—¿Cómo dices? ¡Pero si tenemos quince mil, eso es…!

—Sí, como el sesenta por ciento, ya lo sé.

—¿Y no podemos hacer nada?

—Nada de nada, es lo que hay. En todo caso, podemos apelar y ganar un par de miles de metros, no mucho más.

—Pero al menos nos darán una compensación, nos tendrán que comprar lo que es nuestro en lugar de quitárnoslo, ¿no? Señor, qué desgracia…

—Sí, compensación habrá, pero imagínatela: con lo que nos den no pagamos ni un tercio de la obra que tenemos que hacer para que esto vuelva a quedar decente.

Tino y Pedro tenían razón. Con lo que nos ofrecieron no podíamos pagar ni un tercio ni un cuarto.

Apelamos con todas nuestras fuerzas: Pedro hizo guardia en los juzgados hasta que encontró un despacho que lo recibiera; Tino y yo compulsamos decenas de solicitudes, y los tres anduvimos de ventanilla en ventanilla hasta que el arañazo brutal a la finca de la Stella se quedó en siete mil metros cuadrados, no los nueve mil de aquellos papeles del demonio. Pero seguía siendo una enormidad.

No nos quedó más remedio que repasar los planos de nuevo. Después de varias reuniones con los herederos del estudio de Luis Gutiérrez Soto, decidimos que había que demoler y reconstruir como buenamente pudiéramos los frontones, tres de las seis boleras y una buena parte del gimnasio al aire libre. Y, desde luego, decir adiós a la enorme explanada del arroyo que permitía a nuestros clientes aparcar en la parte baja de la Stella. Una hecatombe.

El día que vi cómo una bola de derribo arrancaba del suelo las columnas y el travesaño del que colgaban las anillas en las que

Joaquín Blume ensayaba su cristo, lloré.

Pensé lo que no había dejado de pensar desde que accedí al cargo: que yo no era competente para dirigir la Stella, que no había sabido evitar el desastre porque era una fracasada, que nunca debí dejar mi colegio, mis tablas de multiplicar y mis mapas de ríos y montañas. Que toda yo era un gigantesco fraude.

Entonces Pedro me abrazó por los hombros y me dijo algo:

—No te equivoques, Sara, habría sucedido igual contigo y sin ti. Es más, incluso podría haber sido peor. Tú al menos luchaste hasta que el Ayuntamiento nos devolvió los dos mil metros con los que al final nos hemos quedado. Seguro que esta carretera es la modernidad, el futuro, lo que Madrid necesita, pero se ha hecho como se hacen las cosas en este país, a base de ordeno y mando. De este porrazo te vas a levantar…, de este también, que tu tío me había hablado mucho de ti antes de conocerte.

—¿Mi tío?

—Sí, me consultó hace tiempo, cuando metieron en la cárcel a un chico que trabajaba aquí, Renato Expósito, creo recordar. Lástima que no pude ser de mucha ayuda. Aquel fue un asunto muy oscuro, no sé muy bien qué ocurrió.

Me estremecí con el recuerdo. Y después volví a pensar en mi tío con cariño. Dejó apalabrada la contratación de Pedro antes de morir, quizá porque sabía lo mucho que me iba a gustar trabajar y estar cerca de él.

—Así que cabeza alta, señora directora —resumió el abogado—, que a la Stella aún le queda mucho camino por andar y tú vas a ser su guía.

La que terminó de convencerme, sin embargo, fue Amparo con su ciencia ancestral:

—Mira, Sarina, lo que tien arreglu se arreglará y lo que no lu tien arreglao ta, así que tú palante, neña.

Los dos venían a decir lo mismo. Les hice caso a los dos.

Y, con la cabeza todavía alta, llegué por fin a 1972.

8

Fue un año distinto a todos: el primero que la piscina inauguró su temporada en mayo conmigo como directora en solitario y sin la sombra protectora de mi tío; el primero en que Julia, Amparo y yo por fin pudimos disfrutar de aquel lugar sin miedos ni vergüenzas; el primero también en el que la finca lucía solo ocho mil de sus quince mil metros cuadrados originales con toda la dignidad y el pundonor con que pudo sobrellevar el hachazo; el primero en el que, por más que contemplé con nostalgia cada día los veinticuatro escalones que unían el restaurante con la piscina, no volví a oír el taconeo ni la risa ronca de Ava Gardner pidiendo un Matador's Mule, tras su partida definitiva a Londres, y el primero en el que otra mujer vino a ocupar el espacio de la provocación y el escándalo que tan bien se le daban a nuestra Eiva, pero esta de un modo mucho más oscuro.

Porque 1972 fue también el año en que vimos por primera vez a Nati.

Aún no había cumplido los veinte y ya era un fantasma que venía a devolvernos a todas al pasado: era la hija de Roberto.

◆ ◆ ◆ ◆

Quise que ese primer año la Stella tuviera una fiesta de inauguración de la temporada como la que viví a mi regreso de Palencia, en 1962.

Y la tuvo. Fue el sábado 13 de mayo, el del fin de semana previo a San Isidro.

Hubo algunas diferencias. Por ejemplo, contratamos más empleados. Unos eran camareros y camareras muy especializados, algunos traídos de los mejores locales de Gran Bretaña gracias a los contactos de Reme, y todos capaces de hablar inglés y francés a la perfección, algo poco habitual en la hostelería de aquella España; otros vestían

elegantísimas libreas y recogían las llaves de los coches que llegaban a nuestra puerta para que los clientes no tuvieran que molestarse en buscar un lugar donde aparcarlos, una vez desprovistos de la explanada que ahora era propiedad del Ayuntamiento para su M-30.

Por lo demás, todo estaba igual que en 1962: volvían a alumbrar las velas en las mesas, el aire estaba fragante con las primeras rosas y la orquesta tocaba versiones de Aretha Franklin y las Supremes. Todo era perfecto.

Pero faltaba lo más importante: las personas. Faltaban mi tío Mateo y don Manuel Pérez-Vizcaíno padre, claro está, pero es que tampoco estaban quienes le daban color y distinción a otras cenas que yo recordaba.

Solo aprecié en una mesa rostros que me resultaron vagamente conocidos y ni siquiera supe identificarlos hasta que Pedro, mi cicerone en el nuevo puesto, me susurró sus nombres para que pudiera saludarlos con toda la ceremonia que requería hacerlo en representación de la Stella:

—Son del Real Madrid. Uno es Pirri con su mujer, la actriz Sonia Bruno. Seguro que has visto alguna película suya…

—Qué guapa, se parece a Audrey Hepburn.

—Es verdad. Uno de sus acompañantes es Amancio, ¿te suena? Sí, mujer, un jugador de fútbol muy famoso.

Después de unos cuantos años de tertulias con las compañeras del MDM, podría haber distinguido a Betty Friedan o a Gloria Steinem, mis musas feministas, en medio de una multitud, y si hubiera entrado Simone de Beauvoir le habría puesto la alfombra roja antes de que se bajara del coche. Pero mis conocimientos sobre el mundo del deporte se habían detenido en Joaquín Blume y Hércules Cortez. Era absolutamente lega en esos asuntos, algo que, en los tiempos que vivíamos, suponía una absoluta falta de profesionalidad para un puesto como el mío.

Pedro vio mi cara de ignorancia y, tratando de restarle gravedad, continuó:

—Pero al tercero sí que lo conocerás, vamos, digo yo. Es Alfredo Di Stefano…

Sonreí:

—Sí, sí, a ese sí. Luego voy a darles la bienvenida. Gracias por la información, Pedro, me has salvado del ridículo.

Seguí recorriendo con la mirada el resto del restaurante. Reconocí otra mesa, porque en ella se sentaban mis invitadas especiales: Mari Carmen, Charo, Julia y otras dos compañeras de nuestras luchas clandestinas, la única de las señoras solas de esa noche y la que parecía más feliz. Les hice a todas una reverencia dieciochesca a modo de saludo.

Y no vi más mesas reseñables. No había actrices con ojos de mujer libre, ni directores de orquesta con chihuahuas en el regazo, ni cantantes de boleros a la antigua usanza a ritmo de maracas, ni reyes destronados, ni siquiera aristócratas empeñadas en convertirme en espía.

En cambio, lo que sí había era mucho griterío en un inglés nasal y gatuno, galones y medallas brillantes, y alcohol, litros de alcohol que cobrábamos a precio de oro, pero no hacían más que enardecer el ambiente de un modo inquietante. La Stella estaba llena de oficiales estadounidenses de la base de Torrejón de Ardoz, ruidosos y alborotadores, y con dos características en común: estaban acompañados de mujeres españolas y me fijé en que todos tenían unas manos enormes, desproporcionadas.

Amparo había preparado un menú extraordinario basado en la última moda culinaria: dátiles con beicon y jamón de York relleno de huevo hilado de aperitivo, melón con jamón serrano y cóctel de langostinos de primero, y el mejor lenguado menier que los americanos jamás habían probado.

Pero inútil. No lo supieron apreciar. Muchos platos volvían llenos a la cocina en la misma proporción en que aumentaban las comandas de cócteles y combinados.

Amparo estaba angustiada. Y yo también, porque conocía a mi amiga y sabía lo que vendría después de la angustia, cuando la sustituyera por la ira. Temí que alguna pieza de la vajilla con restos de lenguado terminara volando hacia la cabeza de alguno de aquellos oficiales americanos que, después de botella y media, ni siquiera la

vería llegar.

Menos mal que hubo una ayuda inesperada para salvar la noche.

—Señora De la Fuente, ¿tú eres señora De la Fuente?

Me giré y vi que me llamaba un cliente cuyo rostro me era familiar. Tenía barba poblada y una sonrisa en los ojos. Conseguí ponerle nombre cuando miré a su acompañante:

—Pero qué alegría, Ana Mari y Alfred. Cuánto tiempo hace que no os veía… Desde el 62, ¿verdad? Es un placer volver a teneros por aquí.

Evoqué en unos segundos la historia de aquellos dos, porque fue una de las grandes historias de amor que vivieron los clientes de la Stella y porque las historias de amor siempre merecen ser recordadas.

◆◆◆◆

Era la de un joven americano y una española que se conocieron a principios de los sesenta.

Él se llamaba Alfred Gradus; ella, Ana María Galindo. Él, un soldado neoyorquino de la base aérea de Torrejón de Ardoz, y ella, traductora sevillana para muchos de los que llegaban a España de lugares remotos de Estados Unidos y a los que, si ya les costaba expresarse en inglés, ayudó a sobrevivir en un país de idioma ininteligible. Él tenía veintiún años y ella veinte. Y los dos eran un par de querubines atontados de cariño.

A Alfred, después de hacer la mili en Texas, lo mandaron contra su voluntad a una de las cocinas de los muchos restaurantes de la base, porque sus padres tenían un pequeño local junto al estadio de los Yankees en Nueva York, y los soldados echaban de menos las comidas de su tierra. Y es que en España se aclimataron a todo menos a la alimentación, incluso me contaron el caso de un jamón de pata negra que terminó como pienso para los animales de una granja, aunque no sé si eso forma parte de la leyenda aumentada que rodea a todo lo desconocido.

Lo que es verídico es que lo que empezó siendo un castigo para Alfred terminó gustándole. Sobre todo, porque se sintió halagado

cuando sus compatriotas comenzaron a hacer cola para probar dos de sus especialidades: las pizzas y las hamburguesas.

Saturado de cocinar para otros y con el paladar aún virgen de lo que se comía fuera de la burbuja, acudió un jueves a la Stella con otros soldados solo por saber lo que había más allá de las fronteras de su gueto dorado, y así fue como le conocimos.

Desde entonces, habíamos seguido viéndonos y admirándonos, aunque hacía algunos años que no aparecían por la Stella. Nos extrañó, porque a él le encantaba la comida de Amparo, y a nosotras, contemplarlos juntos, enamorados, felices y risueños. Sus risas cantarinas elevaban el espíritu.

—No venimos antes porque yo destinado a Alemania, pero vuelvo año pasado y ya quedo en Madrid…

—Y yo, que no le dejo que se vaya más, digo. Ya no está en el Ejército, pero lleva el restaurante de oficiales de la base —puntualizó Ana Mari.

—Hombre, qué buena noticia. —Me alegré de verdad por los dos—. Y qué lástima que no pueda ir yo a devolveros la visita a vuestro local para probar tus platos, en la base no dejáis entrar a los españoles. Espero que disfrutéis de estos hoy, aunque, por lo que veo, no están teniendo mucho éxito.

Alfred me hizo una seña para que bajara la cabeza a su altura y me dijo con voz suave:

—Tú venir base cuando quieras. Yo doy pase especial y tú venir. Pero ahora… —Miró a su alrededor—. *You're right*, esto no bien, señora De la Fuente…

—Sara, ya te dije que me llamaras Sara.

—No, no bien, Sara. Esta comida no gusta americanos. Yo sé qué gusta a amigos. Yo ayudo si quieres. ¿Puedo?

Dudé, pensando en Amparo. ¿Admitiría mi amiga la intrusión en sus dominios? Pero estábamos en una situación crítica. Recordé el consejo de mi tío: cuida a los clientes porque, si uno se va, todos los demás le seguirán.

Accedí.

—No se pierde nada por intentarlo. Muchas gracias, Alfred, ven

conmigo. Vamos a hablar con la jefa de cocina.

Amparo lo reconoció enseguida, no fue lenta como yo.

—Alfred, ho, gusto verte otra vez por aquí.

—También, amiga, también. Pero tú en problemas y yo ayudo. ¿Tienes carne ahí?

—Algún solomillo me queda, sí.

—¿Y *grinder*? Cómo se dice… ¿Picadora?

—Claro.

—¿Y pan?

—El más tierno.

—Okey, ya tener menú tú. Yo enseño.

Alfred se remangó, troceó unos solomillos casi de mantequilla que acababan de llegar desde Ponferrada y con ayuda mecánica los convirtió en picadillo de carne. Después lo sazonó con ingredientes y especias que le iba pidiendo a Amparo y de los que ella tomaba nota, y lo amasó hasta obtener unas tortas compactas de carne.

—*Here you are! Now just get them on the grill…*

—¿Ya está? ¿Así? ¿Estás diciéndome que a los de ahí fuera lo que de verdad les gusta son los filetes rusos y no esos llinguaos que estaban vivos hace dos horas?

—*Hamburgers,* decimos. Mejor *burgers*. Sí, ellos gustan, *sorry*. Más que gustan, *they love them*.

◆ ◆ ◆ ◆

Entre tanta contingencia gastronómica y tanto guirigay alcohólico, no me di cuenta de quiénes estaban en una de las mesas del rincón, la misma en la que solían sentarse Melgar y Arizmendi.

Procuraba no mirarla nunca. No podía borrar de mi mente la imagen de aquellos dos ángeles del mal sorbiendo una copa de coñac en silencio y traspasándonos a todos con la mirada en busca de una razón para llevarnos al infierno con ellos.

Pero cuando esa noche descubrí a una pareja solitaria que, por algún motivo, me llamó la atención, tuve curiosidad y fui a saludarles.

—Señores, buenas noches, soy la directora de este lugar, Sara de la

Fuente. Permítanme darles la bienvenida. Confío en que estén disfrutando de la velada.

Mi mano no era áspera comparada con la de aquel hombre. La suya era una lija. Y grande, una mano enorme en forma de pala, que estrujó la mía hasta dejar los nudillos blancos.

—*Glad to meet you, honey*. —Su sonrisa blanca brilló en la noche de la Stella—. Mi nombre es Tyrone Homer… Smith, capitán de la Fuerza Aérea del Ejército de los Estados Unidos de América.

En el apellido vaciló, seguro que dijo uno falso, quizá no para ocultármelo a mí, sino a su acompañante, pero el resto de la frase con título y graduación le salió de corrido, sin titubeos, la llevaba bien aprendida porque debía de soltarla cada vez que se tropezaba con una española a la que quería impresionar.

A mí, sin embargo, me dejó indiferente, aunque hice gala de mis buenos modales.

—Encantada, capitán Smith. —Me volví a su pareja—. Y encantada de saludarla a usted también, señora…

—Wayne, me llamo Kerry Wayne, señorita, para servirles a Dios y a usted; el gusto es mío.

Cuatro cosas me sorprendieron de aquella chica: una, su marcadísimo y afectado acento gringo, y, sin embargo, lo coloquial de las frases que me dirigió y su construcción perfecta, sin asomo de inseguridad gramatical, a diferencia de sus compatriotas, que componían discursos como quien juega al parchís y lee los dados según caen al azar. Dos, sus ojos, de un verde esmeralda intenso. Tres, su pelo, tan amarillo que era imposible que la naturaleza hubiera dado ese color a nadie por nacimiento. Y cuatro, que llevara las uñas pintadas en una tonalidad también inusual: el esmalte era plateado, lo mismo que su bolso y sus zapatos, al estilo intergaláctico de *Star Trek*.

—Buen whisky aquí, *honey*, volvemos otro día, *nice meeting you*. —El capitán me sonrió, levantó un pulgar y me dio la espalda para propinar un largo beso a su pareja y dar por finalizada la conversación conmigo.

Anduve entre las mesas el resto de la noche y comprobé que las hamburguesas que salían de la cocina eran recibidas con mucha más

avidez y jolgorio que los que tuvieron los pobres lenguados.

No importaba, ya hablaría yo más tarde con Amparo para resarcirla de lo que estaba segura consideraba su primer fracaso profesional. Me costaría algunos días, pero sabía que terminaría convenciéndola de que no, el fracaso no era suyo, sino de aquellos paladares mal entrenados. Que ella no hizo más que sacrificar su arte por el bien del negocio, porque, si en mis manos lo habían dejado mi difunto tío y don Manuel, era como si hubiera quedado también en las suyas. Y que, si nuestro público iba a venir de Torrejón a partir de entonces, dado que ese era el designio de los nuevos tiempos en la Stella, no quedaría más remedio que adaptarse para no morir. Aunque fuera a base de hamburguesas.

Cuando acabó el baile, los americanos se fueron (algunos, a regañadientes) y apagamos las velas, aún no había podido quitarme de la cabeza a la chica galáctica que se dejaba besar por el hombre de las manos como palas. Tal vez porque vi algo en sus ojos verdes que me recordó a alguien de otra vida o simplemente porque me llamó la atención el color de sus uñas.

El caso es que un impulso me hizo volver a pasar junto a la mesa vacía y allí, en el suelo, debajo de la silla, descubrí un monedero grande de mujer que se había debido de escapar del bolso de la chica.

Llamé a Reme:

—Ven, por favor. Mira, guarda este monedero en la taquilla, que se le ha caído a una clienta esta noche.

—Claro, jefa, aunque a lo mejor no vuelve. ¿No sería conveniente que mirásemos dentro por si lleva un carnet o algo?

—Sí, buena idea. Yo solo sé que es una americana de la base de Torrejón y que se llama Kerry Wayne.

—Bueno, pues por lo menos podemos encontrar su dirección, porque a lo mejor no vive dentro de la base. Así, si no viene, se lo mandamos el lunes.

Reme era lista, mucho más que yo, que a esas horas ya estaba cansada y con ganas de quitarme los tacones.

Abrimos el monedero y encontramos varios billetes de dólar, dos de cien pesetas, algunas monedas, una medallita de oro con la inscripción

Pili 13-8-69 y un carnet de identidad español. Primero pensé que era robado, pero después vi la foto y coincidía con el rostro de Kerry, aunque ahí llevaba el pelo negro azabache.

Natividad Jiménez González, leí. Nacida en Madrid el 19 de febrero de 1953.

Padre, Roberto. Madre, María Isabel.

Y profesión, sus labores. Cualesquiera que fueran.

9

No fue necesario que enviáramos el monedero, porque Kerry, o Natividad, o como se llamase, regresó al día siguiente. Solo que con nuevo acompañante y nuevo color de pelo.

No la reconocí, lo admito. Lo hizo Julia en mi lugar, y la aparición de la joven fue para ella una epifanía.

Así es como recuerdo yo aquella escena.

Sucedió antes de que anocheciera, cuando oímos un escándalo de gritos, sillas volcadas y varios vasos estrellados contra el suelo. Yo estaba en la cocina con Amparo y no llegué a tiempo.

Se me adelantó Julia, que ese domingo había decidido darse un descanso en la preparación de los exámenes finales y quiso pasar la tarde en la Stella.

Al llegar a la mesa de donde provenía el estrépito, se quedó inmóvil. No podía creer lo que veía: una joven pelirroja con uñas metálicas gritaba, lloraba y pateaba, lanzaba objetos al aire e increpaba con todo tipo de exabruptos en perfecto español a su acompañante, un americano rubio y fofo que se había arrugado en un rincón, entre el asombro por una reacción que no esperaba y el miedo que provocan unos ojos desorbitados por la locura, aunque sean los del rostro de una muñeca pequeña y casi adolescente.

Así eran los de aquella chica, pero no los que encontró mi amiga cuando corrió a la mesa del escándalo. Lo único que vio Julia fueron unos ojos verde esmeralda.

Se acercó mucho a ella y le habló con esa voz suya de jabón capaz de arrastrar los resuellos sucios y dejarlo todo limpio a su paso.

—Cálmate, cariño, cálmate. Yo puedo ayudarte si te calmas un poco. Si es que gritar no sirve de nada, tú eres muy joven y no lo sabes todavía. Ven, ven conmigo, niña, y dime, a ver, lo primero: ¿cómo te llamas, quién eres?

En ese mismo momento llegué yo, pero supe enseguida que allí estaba sucediendo algo más que un simple altercado por exceso de alcohol.

Todos callamos. La chica dejó de llorar de golpe, le devolvió la mirada a Julia, inclinó la cabeza a un lado hasta casi dejarla en horizontal, levantó los brazos y los enlazó al cuello de la mujer que le había hecho la que era, tal vez, la pregunta más difícil de su vida.

La imagen de la muchacha abrazada a Julia, sollozando con el desconsuelo de un bebé en lugar de con la rabia de pantera herida con la que la habíamos oído rugir segundos antes, fue una estampa desconcertante.

Como también lo fue todo lo que siguió después.

Julia le devolvió el abrazo, le acarició el pelo, le susurró unas palabras que nadie pudo oír y la acompañó con sus propias lágrimas.

Yo creí entender algo de lo que había sucedido entre el americano y la joven, de forma que pedí al hombre con la mayor de las cortesías, aun tragándome la bilis que me subía por la garganta, que abonara la cuenta y abandonara nuestras instalaciones. No me costó mucho convencerlo. Seguro que había planeado acabar la noche de otra forma, pero, dado el desvío que habían tomado los acontecimientos, prefería desaparecer cuanto antes.

Después, Julia y yo nos llevamos a la chica a la cocina para darle agua y también para que el resto de los clientes pudieran olvidar lo que habían presenciado y regresaran a aquello para lo que habían venido.

—Mira, no estás obligada a decírmelo si no quieres, pero tú no eres americana, ¿verdad? —le pregunté—. Te he oído hablar en un español que ya quisieran muchos nacidos aquí.

La chica me horadaba con los ojos. Tenía el rostro surcado por riachuelos negros de rímel y el carmín ya no le pintaba solo los labios, sino parte de la piel de la cara. Pero no decía ni una palabra. Solo trataba de esconder la cabeza en la clavícula de Julia, su único refugio aquella noche, que aún la mantenía abrazada.

Amparo nos observaba tan callada como la criatura extraña que habíamos llevado a su cocina.

Yo continué:

—¿Sabes que ayer se te debió de caer el monedero del bolso? Lo encontramos en el suelo de la mesa en la que estuviste.

Se enderezó y me miró con el ceño fruncido, todavía callada.

Volví a hablar:

—Sí. Si me vas a preguntar si lo abrí, sí. Tuve que hacerlo para saber de quién era y poder enviárselo a su dueña si no volvía a venir. Tómalo, aquí está, con todo lo que había dentro.

Me lo arrebató de un tirón y comprobó que todo lo que había dentro significaba eso exactamente: todo, incluida la verdad sobre ella.

—Vale, pues ya sabéis quién soy —por fin habló, pero lo hizo dirigiéndose primero a Julia—. Tú puedes llamarme Nati. —Y después a mí—: Pero sí que me llamo Wayne. En América, por lo menos.

—¿Tus padres eran americanos? —le preguntó Julia con ternura, sin dejar de acariciarla.

—No. Me casé con uno.

—¿Casarte? —exclamé—. ¡Tan joven! Si no has cumplido aún los veinte.

Me miró con ira, aunque esta vez me contestó:

—Soy mayor y sé follar, no sé por qué no puedo yo casarme. Bueno, ya te lo imaginarás tú, que me has estado cotilleando el monedero desde ayer.

—No, hija, yo no te he cotilleado nada…

Julia intervino de nuevo con palabras de algodón para sosegarla:

—Sara lo hizo para ayudarte, Nati, no para molestarte. Y dime, ¿ese rubio de ahí fuera es tu marido?

—No, ese es un gilipollas que conocí hace un rato y que me debe dinero… —Volvió a acurrucarse en el hombro de Julia—. Mi marido murió en Vietnam hace más de un año.

Fui a decir algo, que seguro iba a ser inconveniente, y Amparo se dio cuenta. Menos mal que se me adelantó.

—Venga, vente para acá, que voy date un caldino, muchacha, que me da a mí que no tuviste mucha suerte en la vida, ni con marido ni con amigos, y que a ti esto de los americanos ta llevándote por

caminos un poco negros.

Nati no quería soltarse de Julia ni Julia de ella, como si un hilo las mantuviera atadas. Al fin, la chica liberó una mano para aceptar el caldo de Amparo y, al hacerlo, se detuvo un momento rozando sus dedos. Amparo no los retiró y algo se enredó también alrededor de ellas.

—Dime algo más. —Yo no podía olvidar mi cargo en la Stella ni mi obligación de velar por nuestro establecimiento—. Y disculpa si te ofendo, no es mi intención, pero entiende que tengo que saberlo. Esos americanos con los que viniste ayer y hoy… ¿te pagaron para que los acompañaras?

—¿Me estás llamando puta?

—No. No te lo llamo, solo te lo estoy preguntando.

Nati, al fin, se desprendió del abrazo de Julia y, en cuanto dejó de sentirse arropada por su calor, irguió mucho la cabeza, se limpió el rostro como pudo con el dorso de la mano y, de golpe, se transformó en lo que habíamos visto en la mesa del americano, un súcubo furioso que quería arrasarlo todo a su paso.

Así, con los ojos convertidos en piras, lanzó el cuenco con el caldo de Amparo contra la pared de la cocina. Nos sobresaltó a todas, pero más nos asustó cuando, con la vista torcida, desde la insolencia, pero también desde el desabrigo de un páramo de diecinueve años que debieron de ser oscuros, comenzó a chillar:

—Sí, puta soy y puta pienso morirme. Y vosotras una panda de viejas solteronas que no tenéis quien os la meta, con esas caras de acelga pocha. Anda y que os den a las tres por culo. Y no os preocupéis, que ya no me vais a volver a ver el careto en vuestra puta vida.

Me pareció que la última mirada se la dirigió a Julia y que en ella había una petición silenciosa de perdón.

Salió corriendo antes de que nos diéramos cuenta y, cuando la perdimos de vista y dejamos de oír el claqueteo de sus zuecos de plataforma plateados Arturo Soria abajo, Julia se echó a llorar.

No me di cuenta de lo que había leído en el carnet de la chica hasta que oí lo que decía mi amiga entre lágrimas:

—Pero ¿es que no la habéis reconocido?

—No, ¿por qué? ¿Tú la habías visto antes?

—Esa criatura tiene los mismos ojos de Roberto. Es la hija que no tuvimos juntos…

◆◆◆◆

El siguiente espectáculo corrió a cargo de una persona que sí identifiqué enseguida.

Llegó al día siguiente por la mañana, cuando ni siquiera había bañistas, porque aquel mayo se había despertado con un frío casi invernal.

—¿Usted es la que manda en este sitio?

—Yo soy la directora, sí…

No tardé en darme cuenta de que se trataba de Marisa, la viuda de Roberto, la mujer diminuta que había venido de Illescas hacía veinte años y con la que aquel ser despreciable se había casado de penalti, por emplear su propia expresión, que es la más desprovista de romanticismo con la que un padre puede anunciar que está esperando descendencia.

—Vengo a hablarle de mi hija.

Me acordé de la Marisa que observaba desde su tumbona en silencio las corvetas de grulla engreída de su marido, de su cola de caballo, de sus ojos llenos de recelo y desconfianza, y de que uno de ellos lucía un cerco violáceo que estaba empezando a amarillear. Y me acordé también de que entonces pensé que así era como algunas personas miraban el mundo al comienzo de la vida, pero también cuando se les acababa.

Puede que a la vida de Marisa aún le quedaran unos cuantos años, pero una parte de ella hacía mucho que se le había muerto.

Lo que vi en la Stella tanto tiempo después fue una mujer desaliñada, arisca, resentida y montesa. Como si los veinte años transcurridos la hubieran despojado de alma.

Ni ella me había reconocido a mí, ni yo dejé que descubriera que había visto todo eso en ella desde que atravesó la puerta de la Stella.

—Pase usted a mi despacho, señora, y dígame: ¿quién es su hija?

—La que les montó el numerito de ayer, según me han contado. La morena, mi Nati.

—Bueno, ayer tuvimos una clienta que, efectivamente, se llamaba Natividad, pero era pelirroja, no sé si estamos hablando de la misma persona.

—Pues pelirroja se habrá puesto ahora, vaya usted a saber, si es que esa hace lo que no está en los escritos para llevar la mala vida que lleva. Lo que venía yo a pedirle es que, si vuelve, me avise o le diga que me llame.

—¿No vive con usted?

—¿Conmigo? Ya va para más de un año que no la veo. Esta hija mía hace tiempo que se me echó a perder, sabe usted. El padre se mató aquí mismo, en esta piscina, antes de que naciera. Era el socorrista.

—¿Es usted la viuda de Roberto Jiménez?

—El mismo. ¿Lo conoció usted?

Tragué saliva.

—Lo recuerdo vagamente. Mi tío era el director por aquel entonces, y yo, casi una niña.

—Yo también era muy joven. Desde que el padre de mi Nati murió, no he levantado cabeza. Me he roto los cuernos para sacar a la criatura adelante, he fregado escaleras y limpiado la mierda de otros, porque a mí nunca se me cayeron los anillos, y todo para criarla como he podido. ¿Que le han faltado cosas? Pues no le van a faltar, si lo que había en casa no nos daba ni para comer dos veces al día, pero al menos una sí, y ha sido gracias a mí. La vida es así, y ella, una desagradecida desde que nació, la de guantazos que he tenido que darle para ponerla derecha, aunque nada, siempre torcida, como la mala hierba que nace para el lado contrario, ya me entiende, y al final todo para que me la preñaran, porque a esa le ha gustado un pito más que a un tonto una tiza desde que le salieron las tetas, y mira que yo se lo decía, Nati, hija, que si te hacen un bombo como a mí no le dejes que se vaya de rositas, pero a ella le daba igual lo que yo le dijera, porque la que sale lagarta se muere lagarta, ya me entiende.

Sí, empezaba a entender muchas cosas.

—Me ha dicho que Nati tuvo un hijo, imagino que con el soldado americano que murió en Vietnam y con el que se casó, ¿no? Eso nos lo contó ella ayer.

—No, yo he dicho que la preñaron, pero fue a los quince, antes del americano. Lo que pasó con el crío se lo pregunta usted si le interesa a las adoratrices esas de la calle Padre Damián. Allí tuve que dejarla, ya me entiende, que esas monjas son las únicas que saben meter en cintura a una como mi Nati, porque la niña, además de lagarta, ha salido loca perdida, si ya me lo vi de venir el día que me hizo correr por el pasillo con el cuchillo del pan detrás de mí, que fue el mismo día que se la llevé a las adoratrices porque dije se acabó, hasta aquí hemos llegado, que una por una hija da la vida, pero no de esa forma, coño, que va a terminar cortándome a rebanadas.

—Entonces, ¿no sabe qué fue de su nieto?

—Qué voy a saber yo. Se le moriría dentro por alimentarlo con la mala bilis que tiene, que a esa no puede crecerle nada en la tripa. Ni lo sé ni me interesa, solo me dijeron que de las monjas se escapó y en un putiferio de esos a los que le gustaba ir debió de conocer al americano de Vietnam. Ahora va muy digna por la vida de viuda, como yo, pero no nos parecemos en nada, porque yo soy una viuda decente y ella, ya le digo, sigue siendo una lagarta.

—Muy bien, señora, ya me ha quedado bastante claro lo que opina de su hija. Lo que no sé es por qué me lo está contando a mí.

—Pues porque yo vivo en Manoteras, sabe usted, que queda cerca, y una vecina me ha dicho que ha visto rondar a mi Nati por aquí, y otra me ha contado que una le ha contado que otra le ha contado que le han contado lo de ayer, y yo solo quiero decirle a usted que, si la vuelve a ver, le pida que venga a verme, porque ahora me han echado de las oficinas que limpiaba y no me llega ni para pagar el alquiler, pero a la niña le mandan todos los meses una pensión por el de Vietnam, sabe usted, una en dólares y todo, que si es puta es porque quiere, porque falta de dinero no tiene ninguna, y sin embargo su pobre madre, que lo ha hecho todo por ella desde que nació, se va a morir de hambre. Nada más, señora directora, nada más que eso quería contarle yo.

10

El pasado estaba empeñado en regresar, de eso estuvimos seguros aquella primavera de 1972.

Al poco tiempo de tomar posesión de la dirección y una vez que Julia, Amparo y yo nos instalamos en el hotelito con mi tía Sol para cumplir la última voluntad de Mateo, reabrimos el sótano de nuestra adolescencia y juventud. No nos costó demasiado abandonar el piso de Alcobendas, que dejamos alquilado a una pareja muy bonita de recién casados. Ellos, a esa edad y en esa circunstancia, iban a ser felices en cualquier sitio. Nos alegró que fuera el nuestro.

Era el mismo sótano de siempre. Pero, más que un sótano, empezaba a ser una logia.

Nos gustaba esa idea. No solo el sótano era nuestra logia física, sino que las integrantes de aquella delegación del Movimiento Democrático de Mujeres también podíamos ser consideradas una. Principalmente, porque Franco nos odiaba, lo mismo que odiaba a los masones.

Comenzamos a invitar a mujeres que nos contaban de su lucha y de las de otros, las que se ganaban y sobre todo las que se perdían, que eran la mayoría, pero todas convencidas, con el optimismo que solo las vicisitudes saben imprimir en el corazón para que pueda seguir caminando, de que un paso adelante compensaba con creces el sufrimiento de tres hacia atrás.

El sábado 24 de junio, el día mágico de San Juan y una noche después de la de las brujas, cuando las puertas de la Stella ya habían cerrado y solo reinaba el silencio en Arturo Soria, nuestro sótano tuvo su propio aquelarre y entró en ebullición.

Encendió la mecha una compañera nueva que, en realidad, para mí supuso otro retorno al ayer. También era una mujer que surgía de las sombras, pero esta lo iba a hacer para quedarse en la luz: Rosalía Lupiáñez, la que fue esposa de Renato.

◆◆◆◆

Nos reconocimos con la primera mirada. Yo solo había visto a Rosalía una vez hacía diez años, durante la fiesta de inauguración de temporada, en mayo de 1962, pero era tanto lo que habíamos compartido sin conocernos que nos sentimos de alguna forma hermanadas.

—Sara, me alegro de que podamos hablar por fin —me dijo al estrecharme la mano, con el semblante muy serio.

Aquel «por fin» encerraba un mensaje, lo supe.

Después de saludarme, se dirigió a la logia. Ese día, además de Amparo y Julia, la formaban Mari Carmen Trujillo, la mercera comunista, que era quien había invitado a Rosalía; la estanquera Charo Velázquez, nuestra notaria especial, porque siempre tomaba apuntes de todo lo que hablábamos; Lola Hinojosa, dueña de una pequeña frutería en el mercado de San Miguel que tenía a un sobrino preso, y dos grandes sorpresas: mi tía Sol y su amiga Altamira Romea, madre de la camarera Mira, ambas miembros de la Asociación Castellana de Amas de Casa, que últimamente se había mostrado muy interesada en colaborar con las iniciativas del MDM. Me habían rogado que las dejáramos participar en esa reunión. Al fin y al cabo, daba igual la ideología de cada una, si todas perseguíamos los mismos dos preceptos más su anexo: democracia, libertad e igualdad.

Allí, ante las ocho mujeres reunidas, habló la número nueve, Rosalía, de la delegación de Cuatro Caminos, esa noche de junio:

—Compañeras, tengo muy malas noticias. Esta mañana han detenido a los de la coordinadora de Comisiones Obreras. —Fue una sacudida de la tierra—. Un momento, amigas. Dejadme hablar y os lo cuento. Fue en el convento de los oblatos de Pozuelo. Iban a encontrarse allí los diez de la coordinadora cuando llegaron varios furgones con más grises que si Francia nos hubiera invadido. Se los han llevado a todos a la DGS de Sol y a saber lo que hacen con ellos. Menos mal que están juntos, aunque tampoco sé cuánto tiempo les va a durar lo bueno.

Aquello me traía recuerdos duros. Traté de que no me temblara la

voz al preguntar:

—¿Y qué les va a pasar ahora?

—Pues hay que temerse lo peor, Sara. Franco está rabioso, os acordaréis de lo de octubre en la huelga de la Seat de Barcelona…

—El que murió era primo de mi marido —dijo Lola.

—Al que mataron, querrás decir.

—Yo tengo familia en Galicia y creo que andan preparando huelgas para el otoño, que es que esto no se puede soportar —dijo Charo.

—Pues por esa misma razón se han llevado a la cúpula entera de Comisiones, compañeras, para que no haya más huelgas, porque creen que un león sin cabeza pierde toda la fuerza —insistía Rosalía.

A mí se me ocurrió seguirle el juego de la metáfora, y eso que no me gustaban:

—Ya, pero lo que no saben es que no somos un león, sino una hidra. A nosotras nos salen dos cabezas por cada una que nos corten.

—Muy bien dicho, Sarita, mira que eres lista. —Mi tía Sol aplaudía, y a mí me dio tanta vergüenza como cuando una madre besa a su hijo ante sus amigos en la puerta del colegio.

Rosalía pedía silencio de nuevo:

—A ver, tenemos que estar preparadas. Ahora están haciendo redadas. Esta misma tarde han caído siete compañeros más en Madrid y tres en Barcelona. También van a por nosotras, las del MDM, porque saben que, con ellos en Carabanchel, la lucha está toda en nuestras manos.

—Siempre lo ha estado, con o sin hombres, Rosalía.

—Tienes razón, Charo, y por eso nos han cerrado ya veintitantas delegaciones.

—En cualquier caso, yo creo que nos temen, aunque no tanto como a los hombres. O, por lo menos, no creen que tengamos tanta fuerza como cuando vamos del brazo de un marido.

—Hay que demostrarles lo equivocados que están, compañeras. Se me han ocurrido algunas propuestas, sobre todo ahora que la ONU acaba de anunciar que 1975 será el Año Internacional de la Mujer, no sé si os lo han contado ya.

—Sí —dijo alguien—, van a hacer una conferencia mundial en

México y España se quiere sumar, que Franco ya está donde hace tanto tiempo quería estar, en esa ONU que encima le ha dado la razón varias veces con lo de Gibraltar.

—Pero ¿cómo va a contribuir España a dar homenaje a las mujeres, si nos trata como a niñas?

—Tenemos menos derechos que los animales.

—Pero trabajamos como mulas.

—Y encima necesitamos permiso de un hombre para todo, hasta para tener un empleo y llevar un dinero a casa que después muchos se lo beben en los bares.

—Hay que luchar para que a las mujeres nos dejen trabajar con libertad, igual que los hombres.

—Sí, pero… —fueron las primeras palabras que pronunció Julia esa noche—, es que yo creo que es más importante aún que a las mujeres nos den acceso a la educación.

—Eso es verdad —la secundé—. Si ahora se abriera de par en par el mercado de trabajo, estoy segura de que las mujeres ocuparían los puestos más bajos, porque no están preparadas ni formadas para los de arriba.

Rosalía asintió con energía:

—Tenéis mucha razón, esa debería ser nuestra bandera para el Año de la Mujer: denunciar lo que no hay en España y pedir educación y trabajo en igualdad para todas. Sin eso, no hay progreso.

Todas estuvieron de acuerdo.

—Pero a ver, ¿qué va a llevar España a la ONU para ese 1975? ¿Quién va a hacer los preparativos?

—Pues imaginad quiénes: las de la Sección Femenina, claro.

Risotada general.

—Pues como hagan lo mismo que con el congreso internacional de la mujer que organizaron hace dos años… ¿Os acordáis?

—Como para olvidarlo. Una vergüenza. Un congreso para decirle al mundo que las españolas somos las que mejor fregamos de toda Europa.

Mi tía Sol volvió a hablar y a desconcertarme; aquella mujer siempre fue una caja de sorpresas para mí:

—Que sí, que tenéis razón en todo y hacéis bien en reíros y hasta en enfadaros, si sabré yo cómo se las gasta la Sección Femenina, si es que vamos a ser la rechifla de la ONU como vayamos a México con las pancartitas de la Primo de Rivera esa, que me tuvo comido el cerebro mucho tiempo. Pero yo, así, a bote pronto, tengo una idea para matar dos pájaros de un tiro, y es una idea que podemos poner en práctica desde ahora mismo, no hay que esperar a dentro de tres años.

Se aclaró la garganta y, nerviosa por el interés que había despertado en el auditorio, se levantó y todo para hablar.

—No nos dejan hacer huelgas, ¿no?, porque hasta han detenido a los señores de esas comisiones, que no sé yo cuáles son, pero imagino que en ellas hay trabajadores para que así los obreros se queden sin nadie que los gobierne. Pues a mí se me ocurre que la huelga la hagamos al revés…

Hizo una pausa efectista, porque ya había captado la atención de todas, sin excepción.

—Lo que digo es que la huelga la hagamos, precisamente, las amas de casa. O sea, ponemos un día y hacemos correr la voz con octavillas, o con lo que se os ocurra, de que ese día no se compra. Las tenderas no podéis ir a la huelga porque os meten en la cárcel, ¿verdad, Mari Carmen, Charo, Lola…? Pero si nosotras dejamos de comprar, si los mercados se quedan vacíos, si no salimos siquiera a la calle ni se nos oye con los carritos por las aceras, no nos pueden hacer nada. Y eso también manda un mensaje al Régimen, ¿a que sí?

Callamos todas, hasta que alguien dijo:

—Pues a mí me parece una idea fabulosa, si es que ya lo estoy viendo… Galerías Preciados, el Corte Inglés, Sepu y Simago, sin una cristiana que les compre…

Sí, lo veíamos todas. Ciudades vacías, con los hombres trabajando, muchos en la cárcel, y los mercados, las tiendas, los ultramarinos vacíos.

—Y sin almuerzo, ni merienda, ni cena, que no se van a morir de hambre. Menos se comió en la guerra y aquí estamos todas.

—Muy bien pensado, tía Sol.

Nadie como un ama de casa para sacar riqueza de la escasez, así

que, si el Régimen nos otorgaba un poder mezquino relegado a la cama y la cocina, sin educación ni trabajo ni acceso a ellos, lo usaríamos como palanca para mover el mundo.

Por ahora, íbamos a comenzar por la huelga de la cesta de la compra y de la cocina. La de la cama quizá llegase algún día, aunque no todas tuviéramos con quién hacerla.

Mi tía, la Lisístrata de Arturo Soria, había hecho diana.

11

Mientras Julia, Amparo y yo repasábamos en el restaurante una y otra vez el mejor modo en que las diferentes asociaciones y delegaciones podrían coordinarse para secundar una movilización inédita, llegó Nati por sorpresa.

Julia fue quien la vio primero.

—Pero, niña, ¿qué haces aquí a estas horas?

—¿Qué pasa? ¿No queréis que venga?

Las tres le sonreímos y ella, con paso indeciso y casi sin atreverse, avanzó hacia donde estábamos.

Julia le hizo un gesto con la mano.

—Claro que queremos, reina, ven, siéntate un rato con nosotras. Nos encanta verte sola.

—No empiece usted con eso otra vez, doña Sara, que yo me gano la vida como puedo…

Se sentó. Julia le acarició la mejilla con ternura y le dijo con voz muy suave:

—No, chata, nosotras sabemos que eso no te hace falta para vivir.

—¡Ya está! —Dio un puñetazo encima de la mesa y se levantó—. Ya ha estao aquí la hija de puta de mi madre contando chismes sobre mí, ¿no? Y vosotras la creéis.

Julia no se alteró:

—Ven, hija de mi vida, cálmate y siéntate tranquila, que nosotras no queremos hacerte daño. Sí, tu madre vino el otro día y nos contó algunas cosas. Pero a nosotras lo que nos importa es lo que nos cuentes tú.

Seguí notando el hilo invisible que unía a Julia con aquella niña desorientada, porque volvió a inclinar la cabeza de ese modo tan peculiar, dejándola casi apoyada en el hombro y mirando a Julia sin pestañear.

La observé más detenidamente. Sus ojos eran, inconfundiblemente, los de Roberto —nadie lo habría podido dudar—, pero no su expresión. Traía la mitad del pelo rubio casi blanco y la otra mitad con raíces negras. Venía sin las cuatro capas de maquillaje con las que la habíamos visto hasta ahora y eso dejaba ver su juventud. Era una cría, una triste y acomplejada, que movía las manos de una forma extraña y hacía aletear los dedos como si quisiera echar a volar. Toda ella parecía a punto de emprender un vuelo que la transportase muy lejos.

Sé que en ese momento Amparo, Julia y yo sentimos lo mismo, aunque Julia lo hubiera sentido antes: nos dieron ganas de abrazarla, besarla y acunarla. Sentimos un deseo irrefrenable de calmarla en nuestros brazos y decirle que todo estaba bien, que todo iba a estar bien, que, fuera como fuera su vida, aún tenía tanta por delante que nosotras queríamos ayudarla a abrirse camino en ella, que no siempre lo que empieza con una piscina teñida de sangre termina convertido en un infierno.

No se lo dijimos así, pero Julia interpretó nuestros pensamientos de forma que ella pudiera entenderlos.

—¿No quieres contarnos algo de ti para que te conozcamos mejor, mi vida?

La táctica de Julia era emplear siempre algún apelativo cariñoso en cada una de sus frases. Podía parecer empalagoso, pero en aquella tarasca asilvestrada surtía un efecto narcótico. Sin duda, Julia iba a ser la mejor enfermera del mundo.

—Pues no sé qué quieren ustedes…

—De tú, mi reina, de tú.

—Ea, pues de tú. Que digo que qué queréis que os cuente.

—Por ejemplo, háblanos de tu vida con tu madre, de cómo lo pasaste con las adoratrices de Padre Damián…

Le volvió la furia:

—Eso ni mentarlo, coño, pero ni volver a mentarlo porque os jodo vivas, viejas cabronas…

—Cálmate, cariño, cálmate… No nos hables de ellas si no quieres. Háblanos, por ejemplo, de tu marido.

Las facciones de Nati se suavizaron.

—Era el mejor hombre del mundo. Tenía la piel así como de carbón, más negra que la pez. Fue el único que no me folló el primer día.

—¿Lo querías?

—Mucho. Y él a mí. No estaba encoñao, ¿eh?, era solo que me quería.

—Pero lo mandaron a Vietnam…

Nati inclinó una vez más la cabeza y se echó a llorar.

—Me dijeron que lo mataron tal que un jueves, ¿no?, pues no es verdad, porque ese mismo jueves yo le oí.

—¿Le oíste, te llamó por teléfono?

—No. Estaba en la habitación conmigo, yo le sentí la voz, Natita, Natita mía, que te voy a meter mi polla negra en tu coño blanco en cuanto vuelva de Vietnam, qué ganas tengo, Natita. Eso fue lo que me dijo. No estaba muerto, que no. Ese jueves desde luego que no.

—¿Ya le habías oído antes?

—Sí, sí, yo le oía mucho. Todavía le oigo, a él y a otros, que ahora como conozco a tanta gente…

—¿Y te hablan todos?

—Sí, todos, bueno, casi todos. Estoy mu acompañá.

—¿Los ves también?

—No, solo los oigo, a veces hablan con voz mu alta y me marean.

—¿Y son todos hombres?

—Todos. A uno de la base más que a los otros, el que vino un día con una bandera de esas suyas redoblá y me la dio. Na más.

—¿A ese le oyes mucho?

—A veces, pero es raro porque ese también la palmó, se cayó del ala de un avión, me lo dijo la Luci.

—Ya… —Julia la miraba muy preocupada—. Cuéntame lo del día de la bandera doblada. ¿No te llevaron a las exequias…?

—¿A lo cuálo?

—Al entierro, al homenaje que seguramente le hicieron, porque es lo que hacen cuando muere un soldado en combate y tú eras su mujer.

Nati volvió a llorar.

—Es que yo, cuando él se fue a la guerra, tuve que hacerme puta,

¿sabéis ustedes vosotras?, porque no tenía ni pa fumar y a la cabrona de mi madre no le pido yo ni agua. Asín que los americanos no quieren que vaya a la base, las putas les gustan fuera, no dentro, porque después bien que me llaman todos pa joderme, seguro que lo de metérsela a la viuda del negro les pone cachondos.

Amparo y yo presenciábamos aquella conversación en silencio, porque Julia sabía lo que hacía.

—Después, ya con la pensión de viuda, fue otra cosa, pero el puterío no lo dejé, a ver, ¿pa qué?, ¿pa quedarme sola otra vez…?

Las tres la acariciábamos mientras hablaba, que no dejara de sentir en ningún momento nuestro contacto. Julia y yo la tomamos de las manos y Amparo apoyó la suya en un brazo. Creo que fue por eso por lo que Nati nos estaba contando retales de su vida con una tristeza inmensa, pero en calma, sin la furia con la que entró.

Eran las cinco. Amparo debía volver a la cocina, Julia a sus estudios y yo a lo mío. Pero Nati era tan lista que se dio cuenta antes que nosotras.

—Ea, ya he dicho suficiente hoy, que sois mu cotillas y queréis saberlo todo el primer día.

—Querida. —Julia la detuvo con una caricia cuando se levantó para irse—. ¿Por qué no vienes mañana, que es lunes y hay menos lío, y seguimos charlando las cuatro?

No dijo que no.

—Es que no sé qué carajo hago yo en un sitio tan fino…

—Pues lo que has hecho esta tarde, contarnos cosas y charlar con nosotras, que podemos entenderte y ayudarte si hace falta…

—Vale. ¿Y me daríais un chocolate de esos que he visto en otra mesa? Es que me gusta más que el whisky que tengo que beber con esos.

Un ramalazo de ternura nos hizo temblar. Las tres asentimos con mucha rapidez, que no viera ni asomo de duda por nuestro lado. Y yo le dije:

—Pues claro, mi niña. Mira, vamos a hacer una cosa. Tú puedes venir aquí cada tarde, todas las que te apetezca, y Amparo te va a poner el chocolate más rico de todo Madrid con los churros más

crujientes. Puedes estar todo el tiempo que quieras, estás invitada, es gratis para ti. ¿A que sí, Amparo?

A Nati se le iluminaron los ojos de niña y nuestra amiga solo asintió, no podía hablar de la emoción.

Pero Julia quería aprovechar el momento.

—Solo tenemos una condición, mi vida…

Nati retiró la mano y frunció el ceño. Ese era el sino de su existencia, pensó por un momento, nadie le daba nada gratis.

—Ya estamos. ¿Cuála, a ver?

—No te acuestes con nadie por dinero ya nunca más. Si no te llega con la pensión de tu marido, nosotras te ayudamos. Pero tienes que prometernos que, mientras vengas aquí a tomar chocolate, no vas a irte con ningún hombre.

Para nuestro grandísimo asombro, Nati le contestó, de nuevo con la cabeza inclinada:

—Vale.

Y se fue.

◆◆◆◆

Nati cumplió su promesa. Venía a tomar chocolate cada tarde y siempre sola, aunque con colores de pelo diferentes cada día. Al principio nos costaba reconocerla, pero nos acostumbramos enseguida.

Nos contó que le habían dado trabajo limpiando unas escaleras: «Pagan poco, pero a mí tampoco me hace falta mucho más con la pensión». Gracias a esos nuevos ingresos, se había ido a vivir a un piso de la calle Ardemans con su amiga Luci, «que no es puta ni nada, hasta sabe leer».

Julia le preguntó:

—¿Tú no sabes leer, cariño?

—Saber sé, pero poco. Mira, ahí pone pis-ci-na. Y ahí detrás, ves-tua-ris… No, no: ves-tua-rios. Así, si las letras son grandes, sí que sé.

Mi alma de maestra encontró nueva una misión para recuperar la vocación arrinconada:

—¿Y quieres aprender a hacerlo bien, de corrido? Yo puedo

enseñarte, antes era maestra.

—¿De niños chicos?

—Sí, eran pequeños, aunque no tenían muchos años menos que tú. Si quieres, yo te doy clases, que tengo paciencia y me encanta ver cómo aprende la gente. Venga, Nati, dime que sí.

Miró a Julia con un bigote de chocolate sobre el labio y su gesto característico de cabeza torcida, nunca hacía nada sin consultarlo con la que ella había tomado ya por su mentora.

—Ea, pos venga.

Las tres sonreímos de alegría y Julia volvió a bajarnos a la tierra.

—Ahora dime, Nati, bonita: ¿has cumplido con lo otro que te pedimos? Ya sabes…

La niña se levantó muy seria, se puso la mano en el corazón y le dijo:

—Juro por lo más sagrao, que es esta medallita que llevo al cuello —la sacó del escote y la besó—, que no me he follao a nadie.

Nos reímos.

—Vale, vale, no hace falta que te pongas tan solemne. Te creemos.

—Y ahora que he cumplido y lo he jurao y todo, ¿puedo tomar más chocolate…?

◆ ◆ ◆ ◆

Nati había desatado una corriente de aire fresco entre nosotras.

Aunque no siempre era todo suave con ella. Unos días llegaba altanera e insultante, desafiándonos a llamarle la atención, a provocar nuestro enfado e incluso a amenazar con expulsarla, lo que nunca hacíamos. Otros, venía zalamera y cariñosa como un corderillo para pedirnos algo a lo que no podíamos negarnos. Pero la mayoría de las veces se presentaba como lo que realmente era: una niña inerme, perdida y asustada.

Al final, la habíamos adoptado prácticamente entre las tres, porque había conseguido ensancharnos de tal manera el corazón que el cariño que sentíamos por ella era mucho más fuerte que la compasión.

Una tarde en la que no vino porque trabajaba y Julia y yo

preparábamos el boicot que íbamos a realizar con nuestras camaradas del MDM, Julia me pidió que parásemos un rato para tomar café.

Resultó bueno despejar la mente y hablar de otra cosa que no fuera la política.

—Ayer estuvo aquí Nati —me dijo.

—Anda, pues no la vi.

—No, tú tenías algo que hacer con Pedro. La pobre no tiene un lugar al que ir y desde luego ninguno en el que la traten tan bien como nosotras aquí. Esa pobre criatura necesita ayuda, está tan desvalida, tan sola…

—Sí, tienes razón. Además, es muy lista. Está aprendiendo con mucha rapidez. Si todos mis alumnos hubieran sido así… Solo hay un problema.

—¿Ah, sí?

—Sí, su madre ha venido varias veces preguntando por ella. Me gustaría que pudiéramos hacer algo más de lo que ya hacemos por esa cría, cualquier cosa menos entregársela a Marisa.

—No te preocupes, dejará de venir en cuanto consiga dinero en otro lado. Pero nosotras sí que podemos hacer algo más por la niña. He estado investigando sobre lo que le pasa… Es que no sé si te he dicho que me gustaría mucho especializarme en enfermería psiquiátrica.

Me asombré:

—No, Julia, no me lo habías dicho, pero me parece una idea maravillosa.

—¿Verdad que sí? Dudaba mucho, pero desde que he conocido a Nati estoy cada día más convencida. Mira, la mayoría de las personas con problemas de la mente son mujeres y ya sabes lo que se les hace: no se las trata como lo que son, enfermas. Nada más que como locas y ya está, nadie se molesta en buscarles una cura o por lo menos en aliviarles el sufrimiento. Se las encierra en manicomios de por vida y que se pudran ahí. ¿Recuerdas que Marisa te dijo que la había metido en las adoratrices de la calle Padre Damián?

—Sí, es verdad, eso dijo. Nati no ha querido nunca hablar de eso, pero, si no recuerdo mal, fue cuando se quedó embarazada, a los quince años, madre de Dios. Como tú, Julia…

—Por eso estoy tan horrorizada con su historia. Tú no sabes lo que es ese sitio. La cámara de los horrores, me lo han contado algunas chicas que he conocido en las prácticas de La Paz y que han tenido la suerte de salir de allí. Esas adoratrices trabajan para el Patronato de la Mujer de Franco, con eso te lo digo todo, y se supone que acogen a muchachas desviadas, dicen ellas, o sea, que son rebeldes y fuman, las peores llegan con un niño en la barriga y otras están locas, también según las monjas.

—¿Y qué les hacen a esas pobres?

—Lo peor que te puedas imaginar. Ninguna sale de allí con su hijo, si es que llega a tenerlo, y ninguna sale cuerda, por muy sana que entre. Las hay que ni siquiera salen vivas. ¿Sabes que Nati tuvo allí una niña?

—No me lo ha dicho ella, pero lo imaginé. Nunca pensé que las monjas la hubieran ayudado a abortar. Su madre dice que el niño debió de morírsele en la tripa.

—Ni una cosa ni la otra. La criatura nació el 13 de agosto del 69 y le puso Pilar de nombre.

—Lo mismo que en la medallita… ¿Y qué pasó? ¿Murió?

—Eso fue lo que le dijeron las monjas, que nació muerta, pero Nati nunca vio su cadáver. Y jura que la oyó llorar.

—Es tremendo, deberías hablar de esto en la próxima reunión del sótano, a lo mejor se puede denunciar o algo…

—Lo haré. Pero, mientras, quería pedirte un favor, Sara.

—Dime, amiga.

—Tú le mandas deberes para casa, pero allí le da vergüenza hacerlos.

—¿Y eso por qué?

—Porque su amiga Luci, con la que vive en Ardemans, se burla de ella por haberse puesto a estudiar de mayor. La llama burra y no sé cuántas cosas más. Nati prefiere que no la vea estudiando para que no se meta con ella. Yo creo que a la Luci esa lo que le gusta es sentirse superior porque sabe leer, vamos, que no quiere que su amiga sepa tanto como ella.

Me entristeció pensar en cuánta pena es capaz de provocarnos la

ignorancia de los demás.

—Nati solo quiere que le dejemos un vestuario en el que pueda guardar los libros que le regalas —siguió Julia.

—Vale, dile que le puedo dar el veinticinco, el de la esquina del primer sótano, ese pequeño que nadie usa nunca. Mañana le doy la llave. Pero…

—¿Pero qué?

—Pues que hay una cosa que me preocupa. ¿Tú estás segura de que ya no se dedica a lo de antes? Si va a pasar aquí más tiempo, con vestuario fijo y todo, tengo que estar segura, no quiero que Pérez-Vizcaíno la eche, sería terrible para ella.

—Parece mentira que lo digas tú, Sara —Julia me regañó y con razón—. Las prostitutas son pobres chicas que no han encontrado otro oficio en la vida, pero los verdaderos delincuentes son los que las contratan.

—Es verdad, Julia, lo sé…

—¿Y qué vas a hacer? ¿Prohibirles la entrada a todos los puteros? Pues te ibas a quedar sin clientela masculina, hija de mi vida.

—Tienes razón. Pero vamos ahora a lo de Nati, es que quien me preocupa.

—La niña nos ha jurado que ya no sale por las noches y yo la creo. Es verdad lo que decía su madre y lo que nos ha dicho ella, que tiene una pensión bastante generosa por su marido muerto en Vietnam. Nati no se iba con hombres por dinero, sino por algo mucho más angustioso. Lo hacía por soledad. Desde que nos conoce, eso ha cambiado.

Callé y miré a Julia. Qué buena cuidadora de personas tristes y solas iba a ser. Qué mujer tan recta y honrada era ya.

—Hay más, Sara…

—¿Más?

—Sí… verás, es que, como te digo, he estado estudiando su caso. ¿No has visto lo pálida que está siempre? Pues estoy segura de que, además de otras carencias, creo que a esa niña le falta vitamina D. Es muy necesaria para los huesos, pero también ayuda en los trastornos mentales. He leído que muchos esquizofrénicos la tienen por los

suelos.

—¿Vitamina D? ¿La del sol? —Me eché a reír—. Aquí hay para aburrir, tiene cien hamacas a su disposición para tomar todo el que quiera.

—Ya. Es que creo que debería darle en todas partes, hasta en…, ahí mismo…, en el potorro, vamos.

—¿Desnuda?

—Tal cual. En pelota picada.

Mi primer impulso fue contestar un no categórico, pero me acordé de nuestra Eiva bajando los veinticuatro escalones en bikini primero y despojándose de la parte superior después, cuando ambas cosas estaban prohibidas. La Gardner fue un símbolo de libertad, y la Stella, el lugar que se lo permitió sin juzgarla ni censurarla.

Quizá había llegado la hora de ir un paso más allá, mi amiga Julia y la pobre Nati me estaban dando una oportunidad de oro.

—Voy a pensarlo. Ya veremos cuando Nati venga mañana, algo se me ocurrirá.

Y algo se me ocurrió, algo que nadie esperaba.

12

El día elegido para el boicot a los comercios fue el 3 de julio. Por tradición, quizá fuera esa la jornada en la que más se compraba en España, con el sueldo recién cobrado y la paga extra ya en el bolsillo o muy cerca de él, y los preparativos estivales a las puertas, aunque no todos los españoles pudieran permitirse unos días junto al mar.

En los días previos, las delegaciones del MDM de toda España imprimieron e hicieron volar desde tejados, autobuses e incluso torres de alta tensión miles de octavillas.

En algunas señalábamos directamente a Franco: «El culpable de la carestía de la vida es quien la decreta, el Gobierno, no los pequeños comerciantes. Pequeños comerciantes y amas de casa, unidos contra la carestía».

En otras pedíamos para el pueblo lo que era del pueblo: «¡Derecho a la huelga, igual a defensa de la cesta de la compra! ¡Libertad sindical, igual a defensa del puesto de trabajo! ¡Derecho de reunión, asociación y expresión, igual a tener nuestras propias asociaciones que nos representen!».

En otras, exhibíamos nuestras exigencias políticas: «¡Abajo la represión! ¡Liberación inmediata de los compañeros del Proceso 1001!», porque con ese número de caso aguardaban los de la coordinadora de Comisiones Obreras su juicio en Carabanchel.

Pero lo que más nos ayudó fue el mensaje de la convocatoria transmitido como mejor se transmiten los mensajes cuando los medios oficiales y de masas están vetados: mediante el boca a boca. Corrió como el cauce de un río, inundó caminos y veredas, y llegó hasta los últimos rincones en un tiempo récord.

Y fue un éxito.

El 3 de julio de 1972, los pequeños comercios abrieron sus puertas como cada día, porque sin ellos no habría tenido sentido nuestro

boicot, pero la inmensa mayoría lo hizo con la satisfacción de saber que, sin faltar a la legalidad, estaba contribuyendo a socavarla.

En cambio, los grandes comercios sufrieron, ellos sí, y nos alegró. Ese era el objetivo, porque en sus consejos de dirección y en sus sillones de cuero repujado se sentaban los parientes de los mismos que se sentaban en el Consejo de Ministros.

Madrid, lo recuerdo bien, se quedó vacío. Las invisibles, las ignoradas, las desdeñadas, las relegadas… Al final resultamos ser más evidentes, necesarias, respetables y valiosas de lo que las leyes nos reconocían.

Hasta la misma Stella acusó el impacto de estar dirigida por una mujer y de tener a los fogones a la mejor y más reivindicativa de las cocineras españolas, aunque nadie supiera que además las dos formábamos parte de la conspiración.

Porque ese día tampoco fue nadie al mercado. Del restaurante solo salieron platos con lonchas de jamón de York, acompañadas de algún que otro tomate ya cercano a la madurez.

Y si a alguien no le gustaba el menú, siempre podía remojarse en la piscina para saciar el hambre.

◆◆◆◆

Pero no todo fue intenso aquel día.

Es verdad que yo echaba de menos la atmósfera de sofisticación y libertad discreta de los primeros años de la Stella, solo que los tiempos habían cambiado, los clientes también y nosotras tres con todos ellos. Era inútil resistirse al paso de la vida. Sin embargo, paradójicamente, uno de los días que más nos recordó a aquellos en los que la Stella brillaba y, desde luego, uno de los más divertidos que vivimos el verano del 72, fue el mismo 3 de julio de nuestro boicot.

El calor apretaba y, mientras las tiendas se vaciaban, la piscina se llenó. Clientes y empleados sabían el porqué del jamón de York y el tomate, y todos lo aplaudieron de forma tácita. Así que, sin que el Régimen lo advirtiera, al mismo tiempo que luchábamos contra el fuego que caía del cielo con chapuzones y hamacas bajo los árboles,

pusimos nuestro granito de arena para celebrar un gran y concurrido acto de subversión.

Y hubo otro más, no solo el del boicot.

Aproveché la laxitud de un día dedicado a ella a propósito para hablar discretamente con cada clienta que llegaba a la piscina.

—Querida señora —vine a decirle a cada una, más o menos y en voz baja—, hoy inauguramos un nuevo espacio. A petición de algunas de ustedes, que se están recuperando de alguna operación o que por prescripción médica deben tomar el sol en lugares del cuerpo donde nunca ha dado la luz, le comunico que todas tienen a su disposición la azotea de la Stella, que a partir de ahora se convierte en un solárium nudista. Hemos dispuesto ahí arriba varias tumbonas para que las que deseen suban y puedan tomar el sol desnudas. Por supuesto, garantizo absoluta discreción, privacidad y protección. Y todo el mundo contará con la atención personalizada de nuestras camareras, que servirán la comida y la bebida que deseen. Excepto hoy, claro está, que ya saben que es el día sin compras y solo tenemos jamón y tomate.

Me sorprendió la tremenda acogida de la iniciativa. En unos momentos, el solárium se llenó de mujeres contentas, las risas se oían desde abajo, en la piscina. Eran risas, como los ojos de Ava, de mujeres libres.

Así, gracias a la idea de Julia, a la necesidad de Nati y al cariño que las dos sentíamos por ella, el 3 de julio de 1972 no solo fue la jornada del boicot a los comercios en señal de protesta contra un régimen que había descabezado a los obreros, sino también la de un nuevo desafío a la moralidad trasnochada de un país que, por mucho que trataran de impedirlo sus gobernantes, estaba abocado a entrar en la modernidad.

Y en la Stella, como siempre, se había abierto una puerta que conducía a ella.

13

El día siguiente, 4 de julio, fue otro día excepcional. Así lo habíamos concebido, no solo para celebrar en secreto el éxito de la víspera, sino por ser una efeméride de exaltación nacional para los que entonces ya se habían convertido en nuestros principales clientes, los militares estadounidenses de la base de Torrejón.

Lo que ellos no imaginaban, ni nosotras tampoco, era lo extraordinaria que iba a ser aquella jornada.

La primera sorpresa lo fue solo para mí y estaba sentada en una mesa de comensales imprevistos.

Distinguí a dos damas con sus acompañantes, aunque no parecían sus parejas. A una la conocía yo bien y era quien lideraba el grupo.

Seguía teniendo ese pelo ahuecado como una nube de tormenta alrededor de la cabeza. No había cambiado de peinado en veinte años ni se le había borrado del rostro la sonrisa de cartón. Ni tampoco había olvidado yo ninguna de las dos cosas. Las habría reconocido en cualquier lugar del mundo, aun cuando no esperase volver a encontrarlas en la Stella.

Se levantó de la mesa y se dirigió a mí con la mano tendida.

—Joven De la Fuente, cuánto bueno por aquí. He oído que es usted ahora la flamante directora de este lugar.

—Señora condesa de Romanilla, un placer volver a recibirla en esta casa.

—De Quiñones.

—¿Perdón?

—Que ahora soy condesa de Quiñones, el padre de mi marido murió hace unos años. Si hubiera venido con más frecuencia por la piscina de su tío en este tiempo lo sabría. Al menos, debería leer más el ¡*Hola*!

—Es que, desde que la señora ilustrísima condesa dedica todo su tiempo a la finca Tomasete y usa botas de campo en lugar de zapatos

de Dior, sale menos en la prensa, así que tengo pocos motivos para comprar ese tipo de revistas.

—Bien, veo que al menos sabe algo de mi vida. Yo también sé de la suya, no se crea.

Aquel cruce de sarcasmos estaba entrando en arenas movedizas, me dije.

—No me parece a mí que tenga mucho interés saber sobre mi persona, soy una maestra de escuela reconvertida en directora de este sitio, con diez años más de los que tenía la última vez que nos vimos y veinte desde que nos conocimos. Poco misterio.

—Olvida usted decir que todo lo ha conseguido siendo mujer y estando sola y sin marido, joven Milady, si me permite que la siga llamando así, aunque ya haya renunciado a ser una De Winter de verdad.

—Llámeme como quiera. ¿Y eso de lo de no tener marido es digno de mención, en su opinión?

—Eso es digno de tener en cuenta, cuando menos. Supongo que también se lo dirán a usted sus amigas, ¿cómo se llamaban?, Julia y Amparo, ¿verdad?, cada vez que se reúnen en el sótano con todas las demás.

Logré que no se me moviera ni un músculo de la cara.

—Ese sótano lleva vacío una década, señora condesa, y si alguien ha entrado ahí en alguna ocasión durante ese tiempo habrá sido para barrerlo, que ya sabe usted el mucho polvo que se acumula en los sitios cerrados. Y sobre mis amigas, están bien, gracias por mencionarlas.

—Una trabajaba en la cocina, ¿no?

—Era y es la jefa de cocina, condesa. Algunos la llaman chef.

—Sí, eso mismo, si ustedes lo prefieren así, aunque muy buena tiene que ser para que le den tanto bombo a una simple cocinera.

—Pues compruébelo usted misma. Veo que han pedido uno de nuestros nuevos platos estrella, hamburguesa con una salsa de mostaza y miel, que Amparo la borda. No se quejará, ahora tenemos gastronomía típica de su país, Estados Unidos, y más hoy, que es un día grande para ustedes. Como ve, nos adaptamos a los nuevos

tiempos bastante mejor que la aristocracia. —Dirigí una mirada sutil pero significativa a su cabeza cardada con más laca que pelo.

No le gustó, lo noté. A una reina de la moda no le gusta ese tipo de comentarios. Así que contraatacó:

—Pues si algo tan vulgar como las hamburguesas aquí son tan buenas como dice tendrán que decidirlo también mis acompañantes. Mire a quiénes he traído hoy a la Stella. —Señaló a los invitados de su mesa—. Una es Pepa Flores, la niña prodigio Marisol que ya no es ni tan niña ni tan prodigio. Me temo que se va a separar de Carlos Goyanes, el que está a su lado, ya ve que casi no se hablan. También vengo con Mel Ferrer. Pepa y él están rodando una película, la segunda que hacen juntos. Y a punto he estado de traer a mi queridísima amiga Audrey Hepburn, la ex de Mel, pero últimamente se pasa la vida viajando a Ronda y a Gibraltar porque se ha convertido en el hada madrina de dos pobres diablos separados por la Verja. No para de hablar de una tal Lisa y un tal Manuel, unos don nadie. Hay cosas de Audrey que no entiendo, tiene el corazón demasiado grande.

No sabía a dónde quería llegar, pero nada de lo que la condesa dijera o hiciera carecía de sentido, porque todo iba siempre dirigido a un destino concreto, lanzado como un dardo al centro de la diana. Respondí con diplomacia:

—Pues son todos ustedes muy bienvenidos. Y si la señora Hepburn desea venir alguna vez a la Stella, será recibida con honores. Yo la admiro mucho.

—A eso voy. A que mis invitados volverán o no dependiendo de lo que yo les diga. Y recuerde que la americana soy yo y que de hamburguesas sé más que ellos. Bueno, Mel también lo es, pero está tan delgado que dudo mucho que llegue a comerse una entera. Dígale a su maravillosa jefa de cocina o chef o como quiera llamarla que ya puede esmerarse hoy.

—Amparo se esmera igual cada día, tengamos o no una mesa de invitados ilustres. Estoy segura de que las hamburguesas que han pedido obtendrán la aprobación de una americana tan de pura cepa como dice que es usted, a pesar de ser grande de España.

—Tampoco creo que les guste mucho a mis amigos que aquí haya,

¿cómo lo diría?, mujeres de vida fácil.

—¿A quién se refiere, condesa? Y le ruego que tenga mucho cuidado en la respuesta.

—Pues, sin ir más lejos, a la jovencita del pelo color caoba tan chabacano a la que acabo de ver subir a la azotea.

—Esa jovencita es una estudiante amiga nuestra que viene con frecuencia y siempre sola. Y le aseguro que su vida ha sido de todo menos fácil.

—Ya…

—Y ahora, señora condesa de Quiñones, le ruego que regrese a su mesa, porque ha llegado el momento de la actuación más esperada de la tarde. Ya verá, espero que esto también le guste lo suficiente como para que siga recomendándonos a sus amigos.

Incliné cortésmente la cabeza y me marché.

El corazón me latía fuerte, pero la compostura, creo yo, no la perdí ni por un segundo.

◆◆◆◆

No exageraba. La de la tarde de ese 4 de julio fue una actuación única.

Para explicar cómo llegamos a ella debo hablar de nuevo de Alfred Gradus.

A la noche en que Alfred le desveló a Amparo cómo cocinar hamburguesas americanas no le siguió un ataque de ira de mi amiga, tal y como yo esperaba. No, todo lo contrario.

—Cagüentó, Sarina, fía, que va a tener razón el paisanu esti del sombrero vaquero que díxome ayer cómo se hacíen los filetes rusos americanos. Si ye que ya ta bien de esos platos que ponemos aquí, que son más antiguos que les pesetes. Dátiles con beicon, güevu hilau… si ye que esto nun hai quien lo coma, ho. ¿Hamburgueses quieren estos? Pues hamburgueses hago, pero les mejores de to Madrid, vas a ver.

Y lo que Amparo prometía Amparo lo cumplía. Vaya si lo cumplía.

Alfred se convirtió primero en asiduo y después en amigo, amigo de verdad. El mismo 4 de julio por la mañana llegó eufórico a la cocina de la Stella.

—Amparo, Amparo, *good news*! ¿Sabes quién venir hoy? Mira…

Detrás de él entró una diosa. Tenía la piel del color del ébano, el busto generoso de las dadoras de vida y una boca grande, de labios gruesos y sonrisa sincera.

—¿Puedo presentar amiga Donna? *The great Donna Hightower*!

Supe enseguida quién era: ella, en persona. Y no pude creer que la tuviera allí mismo, delante de mí. La reconocí no solo por lo famosa que se había hecho en España gracias al Festival de Benidorm de hacía un año o dos, sino porque para mí era más que una intérprete de temas melódicos: era una princesa del jazz, aunque hasta ella misma lo hubiera olvidado.

Ya dije que, desde que los americanos de la base comenzaron a frecuentar la Stella en los años cincuenta y sesenta, a España llegaron ritmos desconocidos. Por supuesto que siempre me gustó el rock de Bo Didley, de Jerry Lee Lewis o de Roy Orbison. Pero cuando escuché el *Blue Monk* al piano de Thelonious Monk en el disco que me regaló un soldado de la base que quiso besarme un par de veces, sin éxito alguno, sencillamente caí rendida a los pies del jazz y, por extensión, a los de toda la música de raíces negras. Puede que Thelonious no fuera el mejor del mundo ni tal vez el mejor con el que iniciarse en el género, pero siempre se recuerda la primera vez que una luz se nos enciende en el alma, porque cuando alumbra ya es difícil de apagar.

Por eso, con la bombilla encendida, no dejé de navegar por el océano nuevo y así conocí a muchos más, desde Miles Davis hasta el patrio Tete Montoliu, pasando por las grandes como Billie Holiday, Nina Simone, Sara Vaughan, mi querida Ella y la inimitable Alice Coltrane, ese piano…

Julia, Amparo y yo tuvimos la suerte de ir a un concierto de Lionel Hampton en la sala Pavillón y a otro de Lou Bennett en el San Juan Evangelista. Pero la actuación en directo que más se me grabó en la memoria fue la de una intérprete negra en la discoteca J&J de la avenida José Antonio que cantaba con voz profunda *I Can't Stop Loving You*, de Ray Charles.

Y allí, en la Stella, la teníamos aquella mañana del 4 de julio, a Donna Hightower en carne y hueso.

—Amiga mía, Donna, presento otras amigas. Sara y Amparo, ellas lindas y buenas, *you'll like them*.

Yo la saludé casi con una reverencia, sin saber qué decir, y Amparo, una vez más, me sorprendió:

—Tú yes la negra que sale con un amigu del mi hermanu, la de les mariposes.

Donna rio fuerte:

—¿Tu hermano conoce Danny?

—Sí, ho, que Daniel ye de Gijón y alguna vez han cantado juntos. A Miguelón lo que le presta ye cantar, pero no tiene dónde.

Capté la indirecta de Amparo, que llevaba mucho pidiéndome que le diera a Miguelón la oportunidad de actuar en la Stella, pero yo no había vencido aún mis dudas. Por eso traté de cambiar el curso de la conversación:

—Donna, no sé explicarte el gran placer que supone para esta casa y personalmente para mí tenerte aquí.

—Sorpresa, Sara, *dear* —me explicó Alfred enlazándome por el brazo y apartándome un poco del grupo—. Quiero Donna enseñar salsa a Amparo. Donna era cocinera, *you know*, muy buena cocinera en Chicago. Ella hace salsa hamburguesa *North Carolina style*, llama barbacoa. *Delicious*! Pero *too sweet* para mí, trabajamos los dos en ella, me gusta más… ¿Cómo se dice *hot*? Picante, me gusta picante. Amparo puede ayudar, *we're still trying*, pero quiero ensayar aquí, *may we*? A cambio, Donna canta esta tarde.

—¿Donna está dispuesta a cantar en la Stella? ¿De verdad?

¿Era un sueño?

—*Serious, sweetheart*. Donna canta hoy, 4 de julio. Sola, sin Danny.

Donna se nos acercó.

—Pide canciones, *my friend*, y yo canto. *Whatever*! Soy tuya *tonight*.

Emocionada, puse a su disposición nuestra pista de baile y nuestra orquesta, todo era poco para ella. Solo tuve una petición: que dejara para otro día lo más novedoso de su repertorio, *El vals de las mariposas* y otras parecidas. Quería que cantara góspel, jazz, *blues* y *soul*, todo lo que cantaba antes de llegar a este país, cuando lo hacía cocinando para ganarse la vida y cuando brillaba en los clubes nocturnos de

Nueva York.

Sabía que a Amparo le habría encantado ver volar las mariposas de Donna, porque eran la creación de un asturiano amigo de su hermano, ese Danny Daniel del que la americana se había enamorado y por el que se había quedado en España.

Pero el amor no siempre saca lo mejor de nosotros mismos, me dije, aunque fuera por amor por lo que la diosa de ébano se desperdiciaba a sí misma en canciones que no la merecían.

No, el amor no siempre es justo.

Y entonces volví a acordarme de Renato.

14

La actuación de Donna Hightower en su versión más auténtica hizo enloquecer a nuestros clientes y atrajo a muchos otros de Torrejón que aún no conocían la Stella.

Colaboraron en el éxito las hamburguesas de Amparo y de Alfred, quienes, después de aquel memorable 4 de julio, habían convertido nuestra cocina en un laboratorio de ensayos clínicos. Muchas tardes se reunían los dos, probaban mezclas, añadían ingredientes y después los apuntaban o los descartaban. Usaban algunos que tenían poco que ver con el arte culinario, como las hierbas del jardín o ciertas botellas de licor del bar. Yo traté de fisgar, pero no entreví más que una etiqueta de Jack Daniel's. Ellos sabrían.

Y lo mejor es que Donna les acompañaba más de una vez y después nos regalaba algún recital hechizador de los suyos.

Así, la Stella comenzó a adquirir otro tipo de renombre, el de un oasis de culto en el que, además de libertad, había buena música, la mejor.

Gracias a ella, el espectáculo ganó en riqueza y alegría, y el ambiente, en entusiasmo y risas.

Pero lo que más nos hizo reír fue un nuevo apellido que nos llegó del cielo, nunca mejor dicho, gracias a una institución que solo nos había traído desgracias y a la que procurábamos mantener lo más alejada posible: la policía.

◆◆◆◆

Hasta explicar la razón me hace gracia.

Fue unos días después del boicot a los comercios, cuando vimos sobrevolar un helicóptero de la DGS por encima de nuestras instalaciones. Una y otra vez, dando vueltas sin parar, siempre

alrededor de la Stella.

Primero nos asustamos.

—Sarina, fía, encontráronnos, cagüentó, hay que avisar a les otres.

Reconozco que me invadió el pánico. Creíamos que habían descubierto que allí se reunía una pequeña pero molesta célula de mujeres subversivas, así que mandamos aviso a todas para que nadie se acercara ese día al sótano.

Maldije para mí a la condesa de Romanilla y de Quiñones. Esa señora era una pesadilla, nunca dejaría de ser mi sombra. No, peor: era mi némesis, la villana que persigue a la heroína. Veinte años agazapada en cada una de las esquinas por las que yo pasaba, siempre al acecho, siempre tramando cómo hacerme caer en su tela de araña. Era sibilina, escurridiza, malévola y sin alma. Ella sí que era una Milady de Winter. La espía perfecta. Y yo, su presa.

De esa forma renegaba yo de Adele para mis adentros cuando el segundo día no vi un helicóptero, sino dos. Entonces me fijé mejor. Buscaban mujeres, sí, pero con otras intenciones. Lo hacían al más puro estilo rancio y casposo de quienes tenían todos los mecanismos del Estado a su disposición, incluidos los aparatos de vuelo, y lo mismo los usaban para cazar rojos que para ver un solárium lleno de cuerpos desnudos.

Esa era la verdadera razón por la que, a partir de ese día y con la frecuencia que a la policía le daba la gana, sobrevolaban la Stella.

Iban en busca de la azotea, no del sótano. Eso nos tranquilizó. Después nos enfadó. Y al final nos divirtió.

Las clientas del tejado, ajenas a lo que hacíamos las revolucionarias en las profundidades de la tierra, no tenían motivaciones políticas. Eran, simplemente, mujeres libres, aunque quizá por eso mismo tuviéramos en común más de lo que ninguna imaginaba.

De modo que siguieron el mismo proceso que nosotras: tras el disgusto inicial al verse acechadas contra su voluntad, decidieron cambiar las tornas y ponerse al volante de la situación. Cada vez que veían aproximarse un helicóptero, se alzaban de pie en toda su generosa desnudez y batían los brazos con la carne al viento mientras increpaban a gritos a los policías: «Bajad si tenéis lo que hay que

tener», *«Come on down here, you fucking nosy guys»*, «Eh, ¿no queréis venir a tomar el sol con nosotras?», «Vamos, gallinas, cloc, cloc, cloc…».

Y entonces ocurría lo que suele suceder en casos similares: los gallitos solo lo son cuando saben que intimidan a sus víctimas, pero si son ellos los intimidados se vuelven pequeños y buscan alas bajo las que cobijarse. En su caso, las de la comisaría de la que habían salido.

En cuanto veían a las mujeres libres plantarles cara y avergonzarlos con sus chanzas, se volvían por el mismo cielo por el que habían llegado e incluso pasaban varios días sin aparecer por la Stella. Lo que no impedía que, al cabo de unos cuantos, otros gallitos de otros corrales tomasen los mandos del helicóptero y viniesen en busca de su ración de teatro.

Al final, terminó convirtiéndose en eso exactamente: una comedia de máscaras, con los de las nubes y las de la azotea interpretando cada cual su papel. Ellos, provocando. Ellas, riéndose de los provocadores. Y solo cuando tenían ganas, porque muchas tardes, a la hora de la siesta y una vez que la sangría de Cointreau ya había hecho efecto en todas ellas, era mucho más fuerte el deseo de broncearse en el dulce descanso del sopor que el de responder a los mirones.

De esa forma, con la danza de helicópteros de la policía flotando sobre la cabeza de la Stella como una bandada de cuervos y la burla o la indiferencia de quienes ya ni siquiera se sentían ofendidas por aquellos pobres aburridos, al parecer sin delincuentes ni comunistas a los que detener, nuestro negocio y su boina de vigilantes del orden cubriéndonos con su manto protector nos permitieron beneficiarnos del que llegó a ser nuestro nuevo lema publicitario sin que ninguno de nosotros lo acuñara ni lo publicara:

«La piscina Stella, el lugar más seguro de España».

15

Sin embargo, la venia de los días suaves estaba tocando a su fin, como lo hizo veinte y diez años atrás. Como parecía que nunca iba a dejar de hacerlo.

Era el signo de los tiempos, decía siempre don Manuel Pérez-Vizcaíno.

Y yo no dejé de repetirme que los tiempos, los de aquel entonces muy en especial porque caminaban a paso acelerado, eran los que dirigían realmente nuestras vidas.

Aunque no siempre acertaban. Los tiempos no eran Dios.

No sé si fueron ellos los que nos condujeron desde los días de luz hasta el lugar tenebroso en el que terminamos aquel septiembre de 1972, pero deseé con toda mi alma tener la potestad de doblegarlo, de hacer retroceder las manecillas del reloj, de conseguir que todas las del mundo se detuvieran.

Solo que no, no era posible. Los tiempos no eran Dios. Ni yo tampoco.

◆◆◆◆

El primer síntoma de que los tiempos se oscurecían vino de donde menos esperábamos que viniera.

—Julia, tenemos que hablar.

Esa es la frase maldita que nadie desea que le diga jamás su pareja. Casimiro la pronunció una tarde que llamó a la puerta del hotelito. Ni siquiera quiso pasar del porche; Julia tuvo que salir para escuchar lo que hacía algunos meses sospechaba que tendría que oír algún día.

Porque la euforia del cura tras su salida de la cárcel y al ver los progresos de Julia como futura enfermera titulada hacía tiempo que se había evaporado. El velo había regresado. Y con él, los escrúpulos, el

remordimiento, la conciencia, la culpa, la culpa, la culpa… Siempre la culpa, que es un bumerán que nunca se aleja del todo y que, cuando más convencido estás de haberlo perdido de vista, te golpea a traición en la nuca y te deja vencido y sin más conocimiento que el que se necesita para seguir respirando. Y a veces, ni eso.

—Queridísima Julia, es que no sé por dónde empezar…

Mi amiga esperó. No se lo iba a poner fácil. Y él siguió titubeando.

—Sabes que te he querido mucho…

Así, en el pretérito perfecto menos perfecto que existe cuando se conjuga el verbo amar.

—¿Pero qué, Casimiro? Porque ahora viene el pero.

—No es uno, son muchos.

—Pues empiezo a contar, te escucho.

—Verás, habrás visto que cada vez paso más horas en San Benito. Hay mucha necesidad, tú misma lo compruebas cuando vienes, que esas criaturas con los maridos en la cárcel no lo están pasando nada bien. La iglesia es el único consuelo que les queda. Yo, además de darles comida y ropa siempre que puedo, también he sido su, no sé cómo decirlo, he sido su pastor. Y los pastores son los primeros que tienen que dar ejemplo al rebaño. Ayer mismo vino Conchita y me lo volvió a decir, porque me lo dice siempre; pero, padre, con la falta que me hace a mí confesarme, que es el único desahogo que tengo, ¿cómo le digo yo que me absuelva de lo mío si sé que usted está haciendo un pecado mayor porque hay días que no duerme solo?

Julia se echó a reír.

—¿Eso te dijo Conchita? ¿De verdad?

Casimiro parecía confundido.

—Mujer, entiéndela…

—¿Y tú qué le contestaste?

—Ese es el problema, que no sé qué decir de lo nuestro, Julia, porque el que ha estado yendo a confesión día sí y día también soy yo, y el padre Hilario me lo ha dicho más de una vez, que he roto mis votos y mis votos deberían ser lo más santo para mí, me siento sucio y…

—Alto ahí, para un momento, que ya estoy harta de oírte esas

barbaridades desde que te conozco. ¿Lo que hacemos te parece sucio después de haber visto la verdadera suciedad, que es la que en este país tienen los pobres porque no se la limpia nadie, y después de haber luchado contigo codo con codo para que esto cambie durante diez años? ¿Me lo estás diciendo en serio?

—Julia, compréndeme…

—No, no te comprendo. Yo nunca te he pedido nada. He renunciado a tenerte como marido, porque sabía que eso sí que era imposible. He renunciado incluso a que compartamos un techo, aunque sea a escondidas. He soportado tus ataques de culpabilidad en silencio. Nunca, nunca he querido nada de ti que yo supiera que no podías darme. ¿Y ahora me dices que el que se siente sucio eres tú?

—Sé lo que has hecho por mí… por nosotros, Julia. Pero es que hay más cosas en la vida y todas, al final, se terminan conociendo. Por ejemplo, en San Benito ya se sabe lo que hacéis las mujeres ahí enfrente, en la Stella.

—¿Perdona? Esto sí que es nuevo, madre del amor hermoso. A ver, y según tú y todas las chismosas de San Benito, ¿qué es lo que hacemos las mujeres en la Stella?

—Exhibiros, Julia, exhibiros. Mancilláis lo más sagrado que os ha dado Dios, que es vuestro cuerpo, y lo exponéis al aire en esa azotea, con los helicópteros de la policía cada día encima de vosotras. Eso ya está en boca de todos en Madrid.

—Me estás diciendo que la suciedad está en nosotras y no en los que nos miran, ¿verdad?

—A ver… Tú sabes que tengo razón, Julia, no me malinterpretes… Si es que yo…

Julia calló mientras él tartamudeaba. Encendió un cigarrillo y, con la primera bocanada, trató de lanzar la mayor cantidad de humo posible a la cara de Casimiro, que de repente se había convertido en un extraño para ella.

—Mira, el otro día en clase hablamos de Florence Nightingale, ya sabes, la primera enfermera de verdad. —Cansada de oír pretextos sin base sólida, Julia le interrumpió al fin—. Pues ella dijo algo curioso: que lo peor de la guerra no son las heridas o la fiebre, o sea, lo que le

pasa a la carne, sino la brutalidad, la indiferencia y el egoísmo. Más o menos, lo mismo que vino a decir tu Jesucristo, que el pecado no está dentro del cuerpo, sino en lo que sale de él.

—Ya, Julia, pero es que…

—Pero es que nada. Que no sé si me estás entendiendo, Casimiro. Que yo respeto mi cuerpo mucho más que tú el de los dos, porque en unos meses me dedicaré a atenderlos a todos, y te recuerdo que decidí hacerlo para ayudarte en tu hospital. Pero para la mezquindad de espíritu no creo que encuentre cura.

—Espera…

—Tus feligresas y tus confesores harían bien en olvidarse de mi cuerpo y del tuyo y mirarse por dentro. A lo mejor encuentran ahí mucha más porquería de la que creen ver en una azotea llena de señoras que no hacen más que cuidar lo más sagrado que nos ha dado Dios, tú mismo lo has dicho.

—No me estás entendiendo, yo…

—Perfectamente, Casimiro, que no quieres que sigamos juntos para que no te critiquen los meapilas de San Benito, a los que haces muy bien en llamar rebaño, y porque crees lo que ya he visto que creéis muchos que os decís defensores de la libertad, quién lo iba a decir: que es bueno que la tengan los hombres, pero para las mujeres, con cuentagotas.

Casimiro la tomó suavemente por los hombros y le dijo:

—No, Julia, déjame hablar un momento, porque no es eso lo que he venido a contarte.

Ella calló, convencida de que ya estaba todo dicho.

—Lo que quería explicarte es que, aunque en el fondo siempre he creído que mi confesor y mis feligreses tienen razón y que quizá mi relación contigo me ha impedido vivir la vida de santidad que le prometí a Dios hace mucho, también sé que no puedo dejar de quererte.

Aquello confundió a Julia, que solo contestó con silencio.

—No sé cómo decírtelo… ¿Recuerdas el encuentro de teólogos al que asistí en julio en El Escorial? Vinieron de todos los lugares del mundo y allí me hablaron de una corriente con la que algunos

católicos y también protestantes llevan un tiempo trabajando en América Latina. La llaman teología de la liberación, que, en el fondo, es lo que queremos muchos curas progresistas, que el Evangelio sea la fuerza liberadora de los pobres.

—Perdona, pero sigo sin entender todo esto, no creo que hayas venido a darme una clase de teología.

—No, he venido a decirte que lo he estado pensando mucho desde julio y quiero proponerte que nos vayamos de aquí juntos.

—¿Irnos…?

—Sí, a Brasil. A mí me gustaría trabajar con uno de esos teólogos, Leonardo Boff, y con su hermano, Clodovis, y tú podrías ser de ayuda con los enfermos en esos lugares, donde la pobreza abunda.

—Pero… si yo acabo de terminar mis estudios y todavía no…

—Lo sé, lo sé. Mira, Julia, en España nunca podremos ser felices. Yo no he sido capaz de hacer la revolución porque me he enamorado de ti, eso me ha debilitado, me ha quitado fuerzas, incluso me ha restado la autoridad que necesitaba ante los míos. Pero en América las cosas son diferentes. Muchos sacerdotes de la liberación están casados y tienen familia…

—¿Me propones que nos vayamos en lugar de plantarles cara a los que tú sabes que están equivocados? Renuncias a intentar cambiar las cosas desde dentro, ¿no?

—Dilo así, si lo prefieres, vale, lo admito. Lo único que sé es que no puedo continuar como estoy, siempre juzgado por mi relación contigo y no por mi trabajo.

—Y quieres que huyamos. De ellos y de nosotros.

Casimiro guardó silencio unos segundos. Después, con la vista baja y la voz muy débil, le preguntó:

—¿Vendrás conmigo?

—Estás decidido, ¿verdad? Te vas a ir, tanto si te acompaño como si no.

De nuevo, silencio. Esta vez sepulcral.

—¿Cuándo habías pensado que nos fuéramos?

—Juntos, no. Yo me voy a marchar dentro de dos días, Boff me ha mandado ya los billetes. Había pensado que es mejor que llegue yo

solo a Brasil, que me asiente en la comunidad y, dentro de un mes más o menos, cuando ya esté instalado y haya preparado un mínimo de comodidades para ti, podrás venir tú. Así tendrás tiempo de recoger el título de ATS, dejarlo todo organizado con tus amigas y…

Julia hizo un gesto con la mano para interrumpirlo.

—Sí, ya veo que lo tenías todo muy bien pensado, aunque no me hayas consultado nada hasta ahora. Desde julio has dicho que vienes meditando en esto, ¿verdad? Lo que pasa es que todo el tiempo que has tenido tú me ha faltado a mí, así que voy a tener que darle más de dos vueltas a cada cosa que me has dicho. No sé si tendré suficiente con un mes.

—Julia, yo…

—No, no, si lo entiendo. Ni siquiera estoy sorprendida. Vamos, que llevo diez años esperando esta conversación contigo o al menos una parecida. Solo que ahora soy yo la que necesita pensar. Y puede que tarde un mes o el tiempo que me dé la gana, los plazos los voy a poner yo, no tú.

—Como quieras, mi amor, pero prométeme que lo harás con la mente abierta, mira que…

—No me digas también cómo debo pensar, Casimiro.

—No es mi intención.

—No, ya lo sé. Todo esto ha sido una sorpresa muy grande para mí…

—Mi vida, míralo por el lado positivo: va a ser bueno para nosotros, nos va a venir bien…

—No sigas, Casimiro. Tú vete pasado mañana, no hagas esperar a los nuevos colegas de tu empresa. Ya has dicho suficiente y ahora me toca digerirlo a mí.

—Julia, no seas así…

—Soy como me hizo Dios, ya te lo he dicho antes.

—Te estaré esperando, mi amor.

—Y yo estaré pensando. —Ahora sí que ya estaba todo dicho—. Adiós, Casimiro.

Antes de irse, él volvió a hablar:

—Recuerda que te he querido y te sigo queriendo, Julia. Muchísimo.

Y que te esperaré siempre.

Se dieron un beso leve, como de despedida forzosa, y oímos el silencio estridente que quedó al otro lado de la puerta cuando se cerró.

Después, Julia subió las escaleras casi sin fuerzas para hacerlo.

Nosotras la esperábamos arriba. Lo habíamos escuchado todo, no hacía falta que hablara.

La abrazamos y lloramos con ella toda la noche. Y eso que aún faltaba lo malo, pero lo malo de verdad, que llegó como siempre solía llegar: con la visita de la policía a la Stella.

Pero por la puerta, no por los aires.

16

Esta vez las fuerzas del orden no llegaron en helicóptero, sino en misión oficial.

Y tampoco fueron las de la omnipresente DGS, sino las de uno de sus brazos que hacía gala de siglas propias: la Brigada de Investigación Criminal, más conocida como la BIC.

Nos temimos lo peor y teníamos razón, porque aquello era lo peor. Peor incluso que lo que nos temimos que fuera.

Algo me dio un vuelco dentro y, nada más ver a los policías llamar a las puertas enrejadas de Arturo Soria, susurré a nuestro administrador:

—Tino, por favor, llama a Pedro, que está en la oficina, y dile que venga corriendo.

No solo porque Pedro era abogado, sino porque nos habíamos hecho amigos y su presencia, siempre calmada y objetiva, me infundía paz.

Sabía que iba a necesitarla cuando oyera lo que los policías tenían que decirme, aunque ni siquiera pudiera calcular cuánto.

—Buenos días, señorita. Subinspector Diego Macías. Querría hablar con el responsable de este lugar, haga el favor de llamarlo —dijo el que parecía tener más rango de los dos.

—Soy yo, subinspector. Sara de la Fuente, directora de la Stella, mucho gusto. —Le tendí la mano, pero no la tomó.

Hubo unos segundos incómodos, me tragué la rabia por el desaire y, cuando ya habían dado diez pasos dentro de nuestras instalaciones, llegaron Pedro y Tino. El policía nos miró a todos y se dirigió solo a ellos dos.

—Tenemos que hacerles unas preguntas. ¿Hay algún lugar al que podamos ir para hablar que no sea… una piscina?

Fue Pedro quien contestó:

—Estaremos encantados de contestarlas, pero, como le habrá dicho ya la señora De la Fuente, ella es la directora y la única con autoridad

suficiente para ayudarles.

No les di tiempo de hablar. Les ordené con mi antigua voz de amaestradora de fieras de colegio:

—Acompáñennos al restaurante, que ahora está vacío.

Eché a andar sin comprobar siquiera si me seguían y, una vez allí, continué luchando contra su reticencia a tener a una mujer como interlocutora.

Sin embargo, todo, absolutamente todo empezó a darme igual cuando el policía Macías me mostró un pañuelo blanco abierto en el que había dos objetos.

—A ver, ¿qué sabe usted de estas cosas, señorita? Y no me venga con que es la primera vez que las ve, porque al menos una de las que traigo aquí han salido de esta casa, que lo pone ahí bien clarito, así que ya puede empezar a cantar.

Me quedé mirando fijamente lo que me enseñaba, pero no quise llorar e hice un esfuerzo sobrehumano para sobreponerme al vahído que empezaba a nublarme la cabeza, porque lo que en realidad no deseaba era darle a aquel policía una razón más para pensar como pensaba, que yo no iba a ser lo suficientemente fuerte al ver lo que estaba viendo en ese momento.

Así que me enderecé en la silla por si eso me hacía parecer más altanera y le contesté:

—Por supuesto que puedo darle información sobre esto que me enseña usted, pero comprenderá que mi obligación primera es la confidencialidad que les debo a mis clientes y el respeto a su intimidad. De manera que, si usted me pide que le diga lo que sé sin darme antes una razón muy poderosa para que lo haga y, por supuesto, una explicación de por qué me los muestra así, con tanta crudeza y sin que su dueña esté presente, no me quedará más remedio que negarme a colaborar con ustedes. Si no les parece bien, aquí mi abogado, el señor Márquez, seguro que encontrará unos cuantos argumentos más y no tendrá inconveniente en explicárselos.

No sé si entendieron toda la perorata. El caso es que, mientras los dos policías trataban de hablarse con la mirada y decidían si yo tenía razón o no, tuve tiempo de volver a concentrarme en aquellos dos

pequeños bultos que brillaban dentro del pañuelo.

El primero era una chapa con la palabra stella grabada, que estaba unida mediante un aro a la llave del vestuario número veinticinco, el del rinconcito en el primer sótano que nadie había usado hasta hacía un par de meses. El segundo, una medallita de oro con la inscripción Pili 13-8-69.

Y ambos tenían algo en común: estaban manchados de sangre.

Entonces, aprovechando el instante de duda que había conseguido implantar en el cerebro minúsculo de aquellos dos hombres, se me escapó una lágrima.

Ignoro si la vieron, pero ya para ese momento, todo, absolutamente todo me daba igual.

◆◆◆◆

Había ocurrido la víspera, en la tarde del domingo 3 de septiembre, nos contaron los policías.

Fue un conductor de los bomberos, que solía ir con frecuencia a una alquería abandonada de la Hinojosa, no muy lejos de Arturo Soria, para ejercitarse y ponerse en forma, quien la encontró.

Allí, en aquel conjunto de ruinas, destacaba un edificio grande y derruido que todos conocían como la Casa de la Viuda. A esa finca de Hortaleza, casi donde Madrid perdía el nombre, no solo iban los que buscaban un lugar al aire libre en el que hacer ejercicio, sino también algunos pastores con sus ovejas y grupos de adolescentes para jugar a hacerse los valientes desafiando a los fantasmas de las ruinas por la noche.

Un detalle en una antigua tinaja de aceite a la que los visitantes solían arrojar botellas y restos de comida llamó la atención del bombero. La vasija siempre había estado ahí, medio enterrada y con los bordes rotos, pero ese día no parecía la misma, había algo extraño. Se acercó y vio lo que era: del recipiente sobresalían unas piernas desnudas de mujer con unos pantalones azules arrugados en los tobillos.

Alguien había arrojado el cuerpo a la tinaja de barro y lo había

dejado ahí dentro bocabajo.

No quiso tocarlo e hizo bien.

Cuando la policía y los forenses llegaron, descubrieron más cosas. Se trataba del cadáver de una mujer joven, de alrededor de un metro sesenta, teñida de rubio platino. Tenía numerosos arañazos y hematomas, con un cúmulo importante de sangre coagulada debajo de la barbilla.

Había sido golpeada con saña y después estrangulada por alguien que, al parecer, usó una mano para inmovilizarla en el suelo y otra para asfixiarla. Le había bajado los pantalones hasta dejarlos en los tobillos y después le había anudado el suéter negro alrededor de la garganta, tal vez para ocultarse a sí mismo las marcas de sus dedos en un cuello tan pequeño que solo hizo falta una mano para impedir que circulara el aire por él.

Después, la arrastró desde la Casa de la Viuda, el lugar en el que la asesinó, hasta la tinaja en la que arrojó su cuerpo prácticamente desnudo. Y en aquella postura, bocabajo, para más escarnio.

El asesino solo dejó atrás un par de pistas: unas huellas de neumáticos y restos de un espejo retrovisor que, con las prisas y el nerviosismo, debieron de caer de su coche al chocar con alguna esquina de las ruinas en su huida precipitada. Más tarde se supo que, por las trazas de esmalte del retrovisor, se trataba de un automóvil rojo, pero resultaba imposible determinar la marca.

Tampoco encontraron la documentación de la víctima. Sin embargo, por sus huellas descubrieron que en los archivos de la policía había una ficha abierta por prostitución a nombre de Kerry Wayne, nacida en Venecia, casada, de profesión sus labores y nacionalizada estadounidense. Pero esa ficha no era creíble. Muchos otros pormenores evidenciaban que no había nada de cierto en ella.

En el cuerpo, en cambio, hallaron dos cosas que sí podrían ayudar a descubrir su identidad y una tercera que quizá, a base de preguntas por el barrio, llegaría a servir para dar con su nombre auténtico.

Las dos primeras, la llave y la medallita, las tenía el policía dentro de un pañuelo blanco y me las estaba enseñando en el restaurante de la Stella sin dejar de inquirirme con los ojos después de oír sus

explicaciones.

Habían encontrado la llave en el bolso, y la medallita, al cuello de la víctima, solo que, al quedar con la cabeza hacia abajo, se le había metido dentro de la boca.

La tercera era un dato curioso, pero que podría resultar un distintivo de reconocimiento eficaz: los zapatos, el bolso y el esmalte de las uñas de aquella pobre mujer asesinada eran de un extraño color metálico plateado.

—No es muy común; seguro que encontramos la tienda en la que los compró. Vamos, que tenemos un cadáver psicodélico —dijo lo más ingenioso que se le ocurrió, con una sonrisa de medio lado.

Pero no. Lo que tenían era una soñadora, un alma enferma que vivía en su propia galaxia y a la que quisimos hacer bajar a la tierra a base de vitamina D, cuadernos de caligrafía y un poco de cariño, hasta que una sola mano se la llevó para siempre.

Lo que aquellos dos hombres tenían, además de una ficha policial, era una historia de desamor.

Entonces, puesto que ya todo me daba exactamente igual, incluidas las opiniones de aquellos dos sobre mujeres que detentaban cargos de responsabilidad sin ser capaces de controlar sus emociones, no pude ni quise dominar las mías y me eché a llorar.

17

Mi primera temporada completa al frente de la Stella concluyó casi como había empezado mi idilio con aquel barco zozobrado sobre la M-30: con la muerte tiñendo de rojo sus aguas cristalinas y, veinte años después, la llave de un vestuario.

Me pregunté si no era yo quien atraía a la fatalidad. Me pregunté si realmente el mundo merecía que lugares como el que yo dirigía realizaran esfuerzos cada día para hacer más brillante la existencia de quienes buscaban paz y descanso.

Me pregunté si la vida no era solo eso, muerte y desolación, nada más que tristeza, violencia y abandono.

Y me pregunté muchas más cosas que nunca he llegado a contestarme.

Aunque a regañadientes, colaboré con la policía, pero quise ser yo la única portavoz de la Stella. No involucré a ningún empleado, ni por supuesto a Amparo y ni mucho menos a Julia, con la marcha de Casimiro tan reciente. Era ella quien había tenido más contacto con Natividad, quien sufrió su muerte más que su propia madre y quien lo hizo en medio de otro duelo, el del amor perdido.

Conté a las autoridades quién era en realidad la mujer asesinada. Les dije que había dejado la prostitución, que estaba aprendiendo a leer y escribir y que guardaba sus libros y cuadernos en el vestuario número veinticinco, cuya llave encontraron en el bolso. Yo misma abrí la puerta del habitáculo y les mostré su interior. Los agentes corroboraron una a una mis declaraciones. Y comprobaron que no mentía.

Tuve que ir varias veces a comisaría para que el subinspector Diego Macías pudiera enseñarme fotos de posibles sospechosos. Pero yo solo había visto a Nati con un par de hombres en mi vida y ninguno de ellos figuraba en las imágenes que los policías me mostraron.

—Los únicos acompañantes que le conocí fueron dos americanos, aunque de eso hace algunos meses y no recuerdo ni sus caras ni sus nombres. De todas formas, si quieren encontrarlos, deberían buscar en la base de Torrejón.

Hubo un silencio incómodo por parte del policía, que cerró la carpeta que había puesto delante de mí.

—De la base salen los americanos cuando quieren, pero a la base solo entran los de la base, señorita, parece mentira que no lo sepa usted ya. Si ha sido uno de allá dentro, apaga y vámonos.

—¿No hay ninguna clase de colaboración entre la policía española y la americana?

Se rio con una ceja levantada.

—Si casi no hay colaboración con la Guardia Civil, imagínese la que va a haber con la de un país que nos lleva la delantera en todo.

Iba a replicar cuando nos interrumpió una mujer que entró en el despacho gritando. Era Marisa, que había pasado unos días en Illescas y acababa de ser localizada e informada del triste final de Nati.

—Mi Nati, mi niña, mi Nati… Si es que no podía pasarle nada bueno con las cosas que hacía, mira que le dije, Nati, mi vida, pero ¿por qué te ha dado ahora por poner acento americano, si tú eres de Manoteras de pura cepa?, y ella, que lo pongo porque así me pagan más, madre, que con este acento me los llevo antes a la cama y me dan más dólares o como se llamen, y esos pelos que me traía, ¿cómo los tenía cuando murió?, ¿rubios?, pues rubios le tocarían ese día, porque se los teñía tres veces a la semana si no más, ay, mi niña, mi Nati, que es que estaba muy loca, muy mal de la cabeza. Nunca se pudo hacer carrera de ella, nunca, señor policía, ay, mi Nati, que lo era todo para mí, y ahora a ver quién se queda con su pensión. Seré yo, claro, porque hijos nunca tuvo, menos mal, lo que nos hubiera faltado, una criaturita con una madre puta…

Eso y unas lágrimas que le caían de los ojos, pero no mojaban fue lo que me rompió por dentro.

No fui capaz de saludarla siquiera.

—Si no necesita nada más de mí, subinspector, con su permiso me marcho.

—Anda, está aquí la estirada del club de Arturo Soria. —Marisa se fijó en mí cuando me iba—. ¿Sabe usted, señor policía, que ahí murió mi marido, en paz descanse, el padre de la Nati? No, si voy a terminar creyendo que esa mierda de piscina tiene mal fario…

No me molesté en mirarla y me fui.

Volví a cruzarme con ella por tercera y última vez en mi vida dos días después, en el entierro de Natividad en La Almudena. Y allí me di cuenta de que, al final, no hay fingimiento que cien años dure ni que resista lo peor de un duelo.

En el cementerio ya no había policías delante de los que hacer circo.

Vimos a la madre de Nati cruzarse de brazos y, antes de que el féretro se perdiera en lo más oscuro de la tierra, la oímos decir con una voz de hielo:

—Si es que quien mal vive mal acaba…

◆ ◆ ◆ ◆

El desgarro de Julia por la muerte de Nati fue más hondo y más sangrante que el nuestro. Nunca, ni siquiera cuando se le escapó la vida del bebé que no nació y ella casi perdió la suya, vi tanto dolor en su rostro como cuando conoció la suerte fatal de aquella que pudo y debió haber sido su hija.

Desde ese momento, además, supo que no podría irse a Brasil con Casimiro. No, desde luego, mientras el asesino estuviera libre. A Julia se le había abierto otra herida, pero esta aún sangraba. Jamás encontraría la paz si se la llevaba consigo al otro lado del mundo para hacer lo que sabía que había hecho el hombre que amaba: esconderse de sí mismo.

«El crimen de la tinaja», como fue conocido en toda España, alimentó mil morbosidades desde que Margarita Landi empezó a escribir sobre él en *El Caso*.

Lo hizo durante varias semanas y siempre en primera página, con grandes fotos de Natividad y su marido, el soldado que murió en Vietnam; de su compañera de piso, Lucía Gutiérrez, y de su novio, David Echanove, sereno del barrio donde estaba la calle Ardemans,

sospechosos en un primer momento y después descartados; otras de Nati con diferentes colores y cortes de pelo; de la medallita con la inscripción en la que recordaba a su hija perdida…

Y lo peor, los textos que acompañaban a las imágenes: «Un asunto sucio, turbio, harto escabroso…», «Mujer de mala vida…», «Joven tarada mental…», «Interpretaba el papel de gringa, dependiendo del cliente de turno…», «Excéntrica y camorrista…», «Abusaba del whisky…», «Conducta provocativa y pervertida…», «Ocho meses presa en Ventas por ladrona…», «Con inclinaciones hacia las de su mismo sexo…».

Una mujer de vida fácil, así llamaba a las que eran como ella mi amiga la condesa espía.

La campaña contra la víctima fue cruel, aunque del verdugo se dijo poco. Pero cada cosa que se escribió de ella obviaba lo principal: que, por encima de todo lo que hubiera sido o hecho, estaba muerta.

—Si es que era una borracha y además lesbiana, Sara, yo no sé cómo dejaste a alguien como ella tener un vestuario aquí —me dijo Tino en uno de nuestros días más grises tras la muerte de Nati.

Creo que la furia me desbordó, porque me acuerdo de las palabras que le disparé, pero no de mucho más.

—¿Cómo has dicho, Tino? Repítemelo si tienes huevos para hacerlo, anda. ¿Borracha? ¿Borracha, dices? ¿Tú sabes cuántos hombres vienen a la Stella cada día y salen viendo doble porque se han bebido hasta el agua de los floreros? Y que ellos se emborrachen nos parece bien, ¿verdad?, porque nos dejan un buen dinero y hasta nos hacen gracia esos americanos diciendo estupideces en inglés y tambaleándose, siempre intentando tocarle el culo a la primera española con la que se cruzan en la pista de baile. Pero eso tú, por lo visto, lo debes de ver divertido, porque nunca te he oído llamarlos borrachos. Ahora, que una mujer beba es un vicio tan grande que merece que la maten. Como eso de que le gustaba acostarse con mujeres. Si era así, ¿qué? También te gusta a ti, que tienes ocho hijos. ¿Te he preguntado yo qué es lo que te gusta o te deja de gustar en la cama con tu señora? Pues no, porque cómo te bajes los pantalones y con quién es cosa tuya. Lo que te garantizo es que yo nunca justificaría que te desnudaran, te

estrangularan y te metieran en una tinaja bocabajo. No puedo creer que pienses así, Tino, pero si eso es lo que realmente opinas lo mejor es que te vayas…

Yo estaba desvariando y a nuestro administrador se le saltaban las lágrimas.

—Perdona, Sara, ha sido una estupidez por mi parte, tienes razón, de verdad, perdona.

Pedro me abrazó y me llevó aparte.

—Cálmate, Sara, por favor. Tino es un bocazas que no piensa lo que dice.

—¿Y tú, Pedro? ¿Qué piensas tú?

Me miró con toda la sinceridad que yo ya le conocía en los ojos:

—Yo lo que pienso es que Nati era un alma muy desgraciada que solo tuvo una suerte en la vida: conoceros a vosotras tres. Pero a cambio tuvo dos horribles: una, ser hija de quien era hija, incluido su padre muerto, y dos, tropezarse con el hijo de puta que la mató. Eso es lo que pienso.

No pude evitarlo, el dolor me había ofuscado lo suficiente como para que no me diera cuenta de lo que hacía hasta bastante después: me abracé al cuello de Pedro y le besé, muy despacio y muy suave, en los labios.

Él me devolvió el beso con mucha cautela pero con inmenso cariño, me acarició la mejilla y me dijo la única frase que me dio consuelo en aquellos días:

—Si Nati hubiera seguido viva, habría llegado a ser una gran mujer, fuerte, alegre e inteligente como vosotras. Merecía haber sido hija vuestra.

18

Y así fue como el 17 de septiembre de 1972 cerramos la temporada de la piscina Stella vestidas de luto una vez más.

Celebramos una última reunión del MDM en el sótano de nuestras confidencias. Se habían congregado allí nuestras amigas, pero esa vez sin ninguna finalidad política, simplemente para darnos apoyo y calor.

—Me han arrancado a otra criatura de dentro —decía Julia entre lágrimas.

—Cuando una mujer muere así, nos arrancan a todas una parte de nosotras.

Callamos todas unos instantes y después hablé:

—Compañeras, creo que necesito un otoño de reflexión, ahora que la piscina se cierra unos meses. Si no os importa, me voy a retirar durante un tiempo de la actividad política. Tengo mucho en qué pensar después de lo de Nati y algunas cosas que recomponer en mi vida. Quizá deba enmendar algunos de los errores que he cometido. Quizá deba replantearme este cargo. Quizá tienen razón los que creen que me queda grande. No sé…, no sé nada. Ahora solo quiero un tiempo de soledad para pensar.

Julia me tomó de la mano:

—Yo necesito lo mismo que tú, Sara.

Y Amparo:

—Y yo, ni te cuento.

—Recuerda que siempre estaremos cerca, no tienes más que llamarnos en cuanto nos necesites —nos dijeron todas antes de irse.

Ignoraba si íbamos a tardar mucho en pedirles ayuda, pensé, pero sabía que algún día lo haríamos.

Porque hubo algo que no dije en voz alta en aquella reunión y fue lo único que ocupó mi mente en los meses siguientes: a partir de ese día, mi objetivo en la vida consistiría en escrutar a cada hombre que

cruzara la puerta de la Stella.

Una intuición, aunque sin ninguna base empírica, me dijo que quien mató a Nati ya había estado allí, posiblemente con otra mujer. Y yo iba a descubrirlo.

Dicen que el asesino siempre vuelve al lugar del crimen. Yo no sabía si eso podía ser verdad. Pero lo que sí era cierto entonces y por desgracia seguirá siéndolo toda la vida es que quien ha cometido un hecho atroz y ha salido impune de su fechoría con el tiempo termina perdiendo la prudencia.

Cuando el asesino de Nati olvidara la suya, confiaba en que lo hiciera en la Stella, porque allí estaría yo esperándole.

Aquella muerta, nuestra niña, nuestro pobre ángel caído desheredado de Dios que nos miraba con un bigote de chocolate implorando una comprensión que jamás había recibido de nadie, sí que tenía una historia que contar.

Y yo me dejaría la vida hasta que consiguiera oírsela desde el más allá, como Nati oía la voz de su marido muerto en Vietnam en sus noches de soledad.

2022

¿Quién es (…) el que relata un cuento
mejor que todas nosotras?
El silencio.
¿Y dónde se lee una historia más profunda
que en la página mejor impresa del libro
más valioso?
En la página en blanco.

ISAK DINESEN (KAREN BLIXEN),
La página en blanco

La hiedra mala no ha podido con él y estoy segura de que la buena continuará tan verde y tan frondosa como cuando daba la bienvenida a los visitantes lamiendo los arcos de la entrada.

Sus paredes siguen siendo deslumbrantes, si acaso hay alguna mordedura a desconchones en el exterior que solo se ve desde donde resulta difícil llegar. Aún se viste con el mismo traje de etiqueta blanco que lo hacía parecer de día y de noche una nave fantasma, el arca sobre el monte de la reconciliación con Dios después del diluvio.

En otros edificios cercanos más jóvenes que este hay pintadas, grafitis creo que los llaman. No sabemos lo que dicen ni nos importa. Nada bonito, seguro. Pero han respetado a nuestro barco. A él le hacen justicia, guardan la memoria de lo que un día fue.

Todavía lo presiden seis letras negras bien legibles. Quizá porque alguien se ha preocupado de renovarlas desde que cerró para siempre. Quizá porque son letras inmortales.

Y las puertas… Las tres, indestructibles: la grande de carruajes y dos a tamaño humano. Están hechas de una forja que el tiempo no ha conseguido oxidar ni ha borrado su silueta romántica de nudos como dedos cruzados para conjurar al visitante: cuando me atravieses verás cosas que no creerás, dejarás atada a mis rejas la densidad que te rodea, serás pluma en el aire y sirena sobre el agua; a cambio, solo te exijo silencio, discreción y elegancia de espíritu. Promételo. Es un precio asequible.

Eso decían las verjas cuando las cruzamos por primera vez hace setenta años.

Eso nos parece a Julia y a mí que siguen diciendo hoy.

Ahí están las puertas que hablan, tanto tiempo después de que se cerraran a nuestra espalda. Selladas con un candado del que nosotras todavía tenemos llave, si nada ha cambiado y el cerrojo nos ha sido fiel hasta hoy.

Vamos a comprobarlo enseguida porque el semáforo ha vuelto a

ponerse verde.

—Venga, *honey*, levanta, ahora sí que tenemos que cruzar.

A esas puertas nos dirigimos Julia y yo, ella con su cojera, yo con mi bastón, y las dos con Amparo en su pote de hierro y la bolsa en la que hemos guardado lo que queda de champán y, otra vez bien envueltas, las copas de cristal alemán.

Sabemos que, en cuanto las atravesemos, se nos van a venir encima cuarenta años. No, peor aún: se nos van a derrumbar sobre los hombros solo cuatro, los decisivos, los años en los que pasó todo. Así, de golpe, sin misericordia. Solo cuatro.

Estamos preparadas para recordar los últimos setenta, pero ¿lo estamos para revivir esos cuatro años, que condensan lo que fuimos entonces y nos han convertido en lo que somos hoy?

¿Lo estamos para recordar el último, el principal, aquel en el que pasó todo lo que hizo que nuestro destino se convirtiera en otro?

Y volvemos a preguntarnos: ¿lo estamos para arrepentirnos?

¿Volveríamos a hacer lo que hicimos si pudiéramos desandar el camino?

Por lo pronto, hemos avanzado en él, porque ya hemos cruzado la calle, así que no tardaremos en saberlo.

Stella, aquí estamos de nuevo.

Hemos regresado.

1972-1982

Qué difícil es conocer la verdad. Me pregunto si es posible ser absolutamente veraz cuando se está solo. ¿Cuál es la verdad de un hombre en una isla desierta?

Isak Dinesen (Karen Blixen),
«Los caminos de los alrededores de Pisa»,
Siete cuentos góticos

1

En los momentos de mayor zozobra siempre leí y sigo leyendo el cuento que me legó Tania Blixen, porque, aunque no lo escribió para mí, puesto que no sabía de mi existencia cuando lo hizo, sí que pensó que lo que había en sus páginas contenía un mensaje personal y privativo para aquella adolescente alborotada que había conocido en una piscina de Madrid.

En *Los soñadores* estaba yo y también estaba ella. Mi zozobra, después de aquel septiembre negro de 1972, la llevaba en el corazón.

«Tendrás que entender lo que puedas y dejar lo demás. No es malo que de una historia comprenda uno solamente la mitad…», me dijo Blixen desde el cuento que eligió para mí y que alguien me tradujo entonces, aunque hoy lo leo sola de corrido.

En aquellos años yo no entendía ni siquiera lo que podía. No entendía nada. No sabía por qué, cómo, quién. Solo dónde y cuándo. Y hasta eso era impreciso.

Por qué mataron a Nati era la pregunta para la que todo el mundo, incluida la prensa, parecía tener respuesta: por su culpa.

También sabíamos el cómo, con una sola mano. Era lo único claro, aunque ignorásemos a qué brazo, a qué cuerpo y a qué alma estaban unidos los cinco dedos de la muerte.

Pero averiguar quién… Esa era la pregunta de verdad, el acertijo cuya solución podría resolver la mitad de la historia y la más importante.

¿Quién asesinó a Natividad Jiménez?

Nuestra amiga muerta tenía una historia que contar y nosotras, con el permiso de Tania Blixen y con el mayor de los tesones, nos lanzamos a por esa mitad como los bañistas se lanzaban a las aguas cristalinas de nuestra piscina.

Pero sin salvavidas.

Por eso, antes de volcarme en la tarea, tuve que bucear hasta salir de las profundidades de mí misma.

◆ ◆ ◆ ◆

Los tiempos son enemigos o amigos, según el devenir de cada uno. Me lo dijo Manuel Pérez-Vizcaíno y tenía mucha razón.

Yo no podía dejar de llorar, en cualquier momento y por cualquier rincón. Estaba abatida, hundida, vencida. No era capaz de ejercer mi cargo correctamente. Así que lo primero que hice cuando las pesquisas policiales dejaron de acordonar, sellar y revolver el vestuario número veinticinco de la Stella fue lo mismo que Mateo Santiago cuando murió Roberto: presenté mi dimisión a don Manuel.

Pero la reacción del propietario, un hombre tan exquisito de espíritu como lo era el club que había creado cuando en España no había exquisitez, sino solo hambre y miseria, también fue la misma que la que tuvo en 1962 con mi tío: rompió el papel que le tendí.

Ya no era un hombre joven. Algunas enfermedades y dolencias habían empezado a minar su salud, aunque él nunca se quejara ni quisiera hablar de ellas. Pero lo que tampoco deseaba era que, al final de su existencia, el sitio por el que tanto había luchado y al que tanto había amado cayera por una pendiente abajo.

—Sara, entiendo que estés muy afectada por lo de esa chica, Nati. Tú eres una buena directora, aunque también debo decirte que fue un error que le cedieras un vestuario a escondidas.

—Tiene razón, don Manuel, y le pido perdón, yo solo quería ayudarla.

—Pues claro que lo sé, como sé que, si no lo hubieras hecho, tampoco habría cambiado en nada la fatalidad de su muerte. El despreciable que la mató lo habría hecho igual.

—Lo que más me aterroriza es pensar que ella pudiera haber conocido a su asesino aquí, y eso sí que es mi culpa.

—No, hija. Tú no tienes la culpa de que los que vengan a la Stella sean buenas o malas personas. Lo que es innegable es que, desde que abrimos esto hasta hoy, las cosas han cambiado mucho, ya no viene el

mismo público de los cincuenta y los sesenta. ¿Te acuerdas de cómo eran nuestras fiestas entonces, Sara?

Recordé el brillo, el encanto, el esplendor de sus bailes. Recreé las conversaciones llenas de inteligencia y humor, desinhibidas a pesar de la opresión y abiertas a pesar de la cerrazón. Volvieron a fulgurar por un momento las lentejuelas de las damas y las sonrisas de todos, hombres y mujeres, que, en los días radiantes de la Stella, hicieron de ella el oasis que todos buscaban y todos necesitábamos.

—Cómo no me voy a acordar, don Manuel.

—Pues si esas personas ya no están entre nosotros no es culpa tuya. Es culpa del tiempo, que pasa igual para todos. Ahora vienen los americanos de la base y servimos hamburguesas en lugar del pollo que hacía Amparo y del que todo el mundo hablaba. Los tiempos, Sara, los tiempos. Ellos son los que dirigen nuestras vidas, por más que creamos que el timón lo llevamos nosotros.

—Los tiempos, sí. Algo parecido me decía su padre. Pero es que a veces los tiempos se nos vuelven en contra y nos soplan en la cara como un mal viento hasta que nos derriban… Perdone la tontería poética, don Manuel, es que estoy muy afectada y ahora mismo no sé ni lo que digo, me siento inútil para todo.

—¿Sabes cómo se llama eso que te pasa a ti?

—No, ojalá lo supiera.

—Pues te lo digo yo. Se llama depresión y no voy a permitir que te lleve por delante. Mira, vamos a hacer una cosa, porque no quiero que el exceso de responsabilidad te abrume, pero tampoco quiero prescindir de ti. Te propongo que hagamos un triunvirato…, ¿no se dice así?

—¿Un triunvirato? —Aquel visionario al que un día se le ocurrió encallar un buque sobre un cerro nunca dejaría de sorprenderme.

—Sí, una dirección de tres personas. He visto que Pedro Márquez y tú os lleváis bien; él es una persona excelente, y tú también, hasta me parece a mí que haríais buena pareja. —Yo enrojecí y don Manuel sonrió—. Y Amparo y tú sois uña y carne. Así que voy a nombraros a los tres directores de la Stella con la misma plena autoridad.

—¿Tres directores…?

—Tres, exactamente. Pedro, además de los asuntos legales, puede encargarse de la política de admisiones, en la que a partir de ahora seremos más cuidadosos. Voy a sugerirle que contrate a un guardia de seguridad que esté siempre en la puerta y decida quién entra y quién no. No es que eso vaya a ser una garantía absoluta contra los indeseables, pero algo ayudará.

—Sí, es buena idea…

—Amparo se va a dedicar a lo mismo que ahora, pero con poderes más amplios, o sea, se hará cargo de las compras y del abastecimiento. Y tú, Sara, del resto, que es mucho y lo has hecho siempre a las mil maravillas, solo que tendrás dos muletas en las que apoyarte para que no te sientas sola frente a la carga de tantas obligaciones.

Indiscutiblemente, pensé, ese hombre fue un emprendedor cuando nadie emprendía nada y ahora era un jefe con psicología cuando en este país a muchos se les había ido la cabeza.

Logró que sintiera como si el peso enorme y abrumador que llevaba sobre los hombros se hubiera aligerado.

Ya no era un fardo, sino tan solo una mochila. Y, además, compartida.

◆◆◆◆

El triunvirato funcionó.

Primero, yo aprendí a delegar.

En Reme, sobre todo, porque se había convertido ya en mi mano derecha, la persona a mis órdenes que contaba con toda la confianza que se necesitaba para lidiar con los asuntos cotidianos, esos a los que siempre presté demasiada atención sin darme cuenta de que nadie, ni siquiera yo, es irreemplazable en este mundo. Ese fue uno de los pasos que me aligeró de carga en el nuevo camino que emprendía la Stella.

Amparo, por su parte, demostró ser una magnífica gestora. Encontró nuevos proveedores, optimizó los gastos, buscó productos menos perecederos, pero sin sacrificar la frescura, e hizo cambios potentes en la carta para los que contó con el asesoramiento de Alfred, nuestro indispensable amigo americano, que acudía varias veces a la semana

con su esposa, Ana Mari, y ayudaba en la cocina.

El día que Amparo y Alfred gritaron eureka fue un día especial, aunque todavía no había comenzado la nueva temporada de la Stella.

—¡La tenemos, la tenemos!

Alfred y Amparo saltaban de alegría abrazados en medio de la cocina y aquella estampa me pareció un milagro. Primero, porque Amparo nunca abrazaba a nadie que no fuéramos Julia o yo, ni tampoco era amiga de efusiones ni muestras de alegría en público. Segundo, porque lo hacían en el lugar más sagrado de la Stella, la cocina, el sanctasanctórum en el que no estaban permitidas profanaciones como saltos o gritos.

Pero es que la ocasión lo merecía, me explicaron, porque se sentían como los Curie tras descubrir el polonio y el radio: después de mucho ensayo, prueba y error, y después de muchas deliberaciones con Donna Hightower, que también se había convertido en aliada de Amparo y Alfred, al fin habían conseguido dar con la salsa barbacoa perfecta. Tenían la fórmula y todo, bien anotada en un papel, ingrediente a ingrediente y cada uno con su dosis exacta.

—Ye una maravilla, ho, vas chupate los dedinos uno a uno, Sara, verás.

Me la dio a probar con una cucharilla y no le faltaba razón, aquello era como maná del cielo: melosa y densa pero no demasiado, de ligero sabor ahumado, ácido y dulce, y algo más que no supe definir.

Entonces cometí un error garrafal:

—Está buenísima. ¿Qué lleva?

Parecía mentira que no hubiera aprendido nada de la hosca de mi amiga en los veinte años que habíamos compartido.

Tanto Julia como ella se habían empeñado en depurar su lenguaje, y Amparo a veces hacía esfuerzos por hablar como si fuera de Valladolid, pero cuando le salía el idioma de su infancia es que estaba muy enfadada o muy preocupada. Esta vez estaba enfadada.

—Y qué coyona va a importate lo que lleva, Sarina, fía, anda que te lo vamos a contar a ti. ¿Ves el papelín esti con la fórmula? Pues va metelu Alfred en la caja fuerte de su casa y ahí va quedase, esto ye secreto de Estado. Nin que me tortures.

No se me ocurrió insistir.

Tal vez fuera esa la primera lección que don Manuel quería que aprendiera para salir de la depresión: que, en mi condición de miembro de un triunvirato, iba a haber cosas que escaparían a mi control. Y, aun así, el mundo seguiría girando y lo haría bastante mejor de lo que lo hacía cuando solo yo estaba al frente.

Eran los tiempos, me había dicho mi jefe.

Y eso que aún quedaban los más imprevisibles por llegar.

◆◆◆◆

Mi relación con el otro miembro de la terna fue la que, definitivamente, me hizo regresar del abismo poco a poco.

Ni Pedro ni yo olvidamos el beso que nos dimos cuando el mundo se nos vino encima, tras conocer los detalles de la muerte de Nati.

El primer día después de que la Stella cerrase la temporada de 1972 era lunes, 18 de septiembre.

—Tómatelo libre, Sara.

—No puedo, tenemos que cuadrar los libros, ver lo que hay que reponer, hacer inventario de lo que sobra y no se puede guardar…

—Recuerda que ahora Amparo se encarga de eso. Anda, vamos, que te invito a comer.

—Bueno, voy, pero no me invitas. Pagamos a medias.

Se echó a reír.

—Perdona, olvidaba que eres una mujer liberada. Mira, hoy te invito yo y la próxima pagas tú. Así me aseguro de que haya una próxima.

Hacía un día espléndido. Condujo su Renault 12 verde botella alrededor de El Escorial, desvié la mirada cuando en un recodo asomó la horrenda cruz del Valle de los Caídos, atravesamos las montañas de Guadarrama y paramos en un lugar de ensueño, el azud del que partía el agua que una vez alimentó el acueducto de Segovia.

Y allí, entre montañas y árboles, respirando quietud, volvimos a besarnos. Después, en el coche, nos pudieron las ganas y nos acompañó la soledad, sin miradas indiscretas, porque detrás de los

besos se nos escaparon los cuerpos.

Fue distinto a lo poco que había conocido hasta entonces, aunque, a mis treinta y cinco años, hubiera estado con tres hombres, es decir, más que la mayoría de las mujeres españolas de mi edad.

Respecto a Renato, no es que Pedro fuera distinto, es que fue exactamente lo opuesto.

Cuando buscó mi vientre, primero con la lengua, después con las manos y por fin con el sexo, lo recibí voraz, pero sin ansiedad. Noté que se derramaba dentro de mí y no lo sentí como la sangre del guerrero durante el combate, sino como el licor que se liba en tiempos de paz.

Quiero decir que todo fue suave, tranquilo y apacible.

Incluso mi grito final, más de sorpresa que de orgasmo. Porque ese día supe lo que era la otra cara del placer, que hasta entonces siempre había sido salvaje.

Yo creía que lo conocía mejor que nadie, que el que tuve con Renato era el verdadero: engarzada por el centro hasta verme taladrada, eso era el éxtasis. Había sentido avidez, codicia, impaciencia, un galope en los intestinos y apremio en todo el cuerpo. Pero no ese gozo casi de inconsciencia, como de volverme líquida, un placer dulce y blando y al mismo tiempo vertiginoso que veía en Renato y en Germán cuando eran ellos quienes alcanzaban la cumbre y yo me quedaba con un hambre que no sabía que se podía saciar. Siempre quería más, aunque no supiera lo que quería.

Pensaba que se debía a que yo era insaciable, pero lo que en realidad no sabía era que yo fuera capaz de experimentar lo mismo que ellos. Ni siquiera que tuviera cumbre.

Sí, sentí un placer sereno, pero, a la vez, completo por primera vez en mi vida.

Y calma. Por primera vez desde que murió Nati.

2

Contra los tiempos no cabe apelación posible. Fueron ellos, y no nosotras, los que avivaron el ritmo a partir de 1973.

Se volvieron veloces. La lentitud de la rueda en cuyo interior había girado España como un ratoncillo en su noria de repente aceleró hasta convertirse en una montaña rusa. Y nosotras dábamos vueltas con ella, subíamos, bajábamos, entrábamos y salíamos sin saber muy bien adónde nos conducía aquel juego de espejos de feria.

No olvidábamos que la manija que nos daba cuerda cada mañana nos indicaba que la meta, aunque aún estuviera lejos, seguía siendo una meta: encontrar al asesino de Nati.

Nos propusimos que, hasta que lo consiguiéramos, no íbamos a dejar que el caso llegara a dormir el sueño de los archivos policiales olvidados, de modo que, cada semana, íbamos las tres juntas a comisaría y preguntábamos al subinspector Diego Macías, que seguía llevando el asesinato de Nati, qué novedades tenía. Nunca había ninguna, pero nosotras empezamos a ser conocidas entre los policías como las solteronas de la Stella que, aburridas como estaban todas las de nuestra edad y sin marido, no teníamos nada mejor que hacer que ir a tocar los pies y robar su precioso tiempo a los guardianes de la ley.

Algo parecido debían de pensar los reporteros de *El Caso,* a los que visitábamos con la misma frecuencia que la comisaría, a los que pedíamos información con insistencia similar y de los que obteníamos idéntica respuesta. Solo algo positivo conseguimos de ellos: nos dijeron que, desde que mataron a Nati, no había vuelto a aparecer en toda España un cadáver que sugiriera que era obra del mismo asesino. Nadie mejor informado que los periodistas de ese rotativo sobre cosas así.

Un día del nuevo año decidimos aceptar el ofrecimiento que nos

hicieron nuestras amigas del Movimiento Democrático de Mujeres y acudir a ellas para pedirles también ayuda, por si acaso.

No fue en nuestro sótano, que acababa de inundarse y estaría poco utilizable hasta que consiguiéramos achicar el agua que aún salía a borbotones de una tubería rota. Nos encontramos con ellas en el lugar en el que se reunían entonces, la trastienda de la mercería de Mari Carmen Trujillo.

Ver otra vez a la logia me dio tranquilidad por un lado, pero por otro me inquietó.

Estaban todas nuestras compañeras, incluida Rosalía Lupiáñez, con quien me reconfortó encontrarme y no sabía por qué.

Y también una que no conocíamos.

—Queridas Julia, Amparo y Sara, os presento a Eva Forest. A lo mejor os suena. La encarcelaron hace más de diez años en la manifestación aquella de mujeres a favor de los mineros de Asturias, ¿os acordáis? Es que fue una de las organizadoras.

—Pues claro —dijo Julia—, yo te recuerdo. Te metieron en la cárcel con tu hija, ¿verdad?

—Eso hicieron los cabrones, sí.

Era una mujer de unos cuarenta y tantos años, alta y grande. Pero lo que más me llamó la atención de ella fue su gesto huraño. Estaba enfadada. Y, sin duda, no le faltaban motivos para estarlo, ya imaginábamos cuáles, solo que nosotras, en aquella reunión, no buscábamos agitación política, sino complicidad humana.

—Compañeras, necesitamos vuestra ayuda. —Fue Julia quien llevó la voz cantante ese día—. Estamos seguras de que quien ha matado a Nati es un americano de la base de Torrejón.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Es solo una suposición, pero lo imaginamos por las manos. Sara se ha fijado en que todos los soldados americanos que vienen a la Stella tienen las manos muy grandes y el que mató a esa pobre chica la estranguló con una sola, porque con la otra la tenía paralizada. Eso es lo que han dicho los forenses.

Al oírlo así, pensé que podíamos parecer cándidas y poco científicas con nuestra arriesgada teoría de las manos. Sin embargo, la nueva,

Eva, me contestó en voz alta y airada:

—Yo sé lo que hay que hacer.

—¿Sí? Dinos, por favor, que necesitamos ideas.

—Lo que hay que hacer es entrar en la base y darles a todos un escarmiento.

—¿A todos?

—A todos. Los yanquis están a partir un piñón con Franco, son el enemigo.

—No, Eva… No sé, no es eso lo que hemos venido a contaros… Es que, en realidad, no entiendo muy bien lo que dices. —Julia estaba tan confundida como yo.

—Pues no puedo decir más, joder, pero España y Estados Unidos son dos Estados opresores. Hay que eliminarlos.

—A ver, Eva —Rosalía trató de imponerse—, creo que yo sí que entiendo por dónde vas, pero por ahí no queremos ir nosotras.

—¿Qué pasa? ¿Os da miedo? La violencia solo se acaba con más violencia. Vosotras aquí, creyendo que un puñado de mujeres con el carrito de la compra vacío vais a cambiar el mundo. No, vosotras no sois nada, nadie os escucha, nadie os tiene en cuenta. Pero si hablamos por la fuerza, entonces sí que nos oirán.

—Ya, como si todo se solucionara poniendo una bomba en la base. —Se me ocurrió bromear con esa majadería, igual que se me podría haber ocurrido proponer que nos ayudasen los marcianos.

Y aun así, para mi sorpresa, parece que di en el clavo.

—Eres lista tú, chica, ¿eh?, muy lista tú. Mira, hay cosas que solo se solucionan con dinamita.

Hubo un coro de voces hablando a la vez.

—Pero ¿se te ha ido la cabeza a ti o qué?

—No estás bien, Eva, tú no estás bien, ¿eh?

La nueva se levantó y nos señaló a todas con el dedo, con el entrecejo más arrugado que antes y con más fuego en la mirada.

—Sois unas cagadas. ¿No os dais cuenta de lo que tenemos entre manos? Vosotras, jugando a las casitas para molestar a Franco con vuestras simplezas. Si ni siquiera sabe que existís, y él, mientras, preparándolo todo para cuando palme, que espero sea pronto. Ahí está

el ogro, ese Carrero Blanco, aprendiendo a matar y a torturar, siempre a los pies de su señor para ser el nuevo tirano, que por cierto ya tiene títere, el tal Juan Carlos, que es un pichafloja mujeriego y que va a hacer todo lo que le deje dicho el ogro. Pero no, vosotras, las amitas de casa refunfuñonas, nada más que dando palmas todo el día y pidiendo democracia. ¿Democracia? Pero ¿qué democracia ni qué hostias, si lo que van a hacer es un paripé para que la dictadura no se acabe nunca? En Euskadi nos tienen encadenados y ahora quieren condenarnos a muerte. ¿Que lo de Burgos no terminó en fusilamientos? Pues porque nos echamos a la calle, aquí y en el mundo entero. Pero volverá a pasar, volverán a torturarnos, a juzgarnos sin garantías y a matarnos. Hacedme caso, amigas, el feminismo tiene que ser obrero o no será, no se puede estar predicando la revolución en Vietnam y la reforma en casa.

Terminamos aturdidas por aquel discurso en el que cupo todo, desde el juicio a dieciséis vascos en Burgos hacía dos años, pasando por la guerra de Vietnam y el feminismo obrero, hasta el vicepresidente Carrero Blanco y el futuro rey Borbón.

De ese magma difuso y encendido solo se me grabó una palabra en la cabeza y no quería salir de ella: dinamita.

—Compañera —habló Rosalía—, te agradezco mucho todo lo que dices y es posible que tengas razón, sí, puede que hayamos sido un poco ingenuas, pero, aunque tú creas que cuando Franco muera va a haber una democracia de mentira, yo estoy segura de que el pueblo tendrá mucho más que decir que ahora.

—No si dejamos que sigan en el poder los mismos.

—Seguirán, pero los echaremos —dijo Charo.

—Que te lo has creído tú. Esos no se van si no es con los pies por delante.

—Ya estamos otra vez. —Mari Carmen hizo un gesto de fastidio. Era obvio que Eva no le caía bien.

—A ver, señoras, vamos a dejar eso un rato, por favor, que hoy hemos venido a pediros ayuda para una cosa concreta, una sola. —Julia estaba al borde de las lágrimas—. Tenéis maridos, amigos y parientes en Carabanchel. En las cárceles se habla, se cuentan cosas, se

saben muchas más. Ayudadnos a encontrar a ese asesino, por favor. Igual alguien oye algo o le dan un soplo… Es posible que esto no tenga que ver con la lucha política, pero de vosotras hemos aprendido que lo que sufre una lo sufren todas. No podemos ni imaginar lo que sufrió Nati. Solo nos queda hacer algo para que nadie vuelva a pasar por lo que pasó ella si ese bestia sigue suelto.

Eva calló y se sentó. Miré a mis camaradas. Algo me dijo que se había abierto una brecha entre ellas y nosotras, porque las tres habíamos entrado en una fase distinta de nuestra vida y de nuestro pensamiento.

Habíamos dejado de querer pelear por el todo y ya solo nos preocupaba una parte. Teníamos una obsesión. Creo que fue Baltasar Gracián quien escribió que olvidar es más dicha que arte, pero a nosotras no nos corría sangre de artista por las venas ni éramos prolijas en dichas últimamente. Ninguna de las tres fuimos agraciadas con ellas.

Y la que menos, la más desdichada, Natividad.

Por eso, y puesto que no teníamos miedo al rechazo ni al silencio, a los que tan acostumbradas llegamos a estar, un lunes de marzo de 1973 nos montamos en un autobús y nos plantamos ante una de las puertas que todavía no habíamos atravesado.

Era la más desconocida y la más arriesgada: la de la base militar aérea de Estados Unidos instalada en Torrejón de Ardoz.

3

Fue Alfred quien nos consiguió, en su calidad de anfitrión, los cotizados pases de visitantes cuando aceptamos la oferta que nos había hecho muchas veces y nunca tuvimos demasiadas ganas de aceptar, porque no creíamos que en la base hubiera nada que nos pudiera interesar.

Pero entonces, sí. Entonces puede que lo hubiese. Por lo pronto, allí vivían o trabajaban los dos únicos americanos con los que vimos a Nati en la Stella. ¿Qué probabilidades había de encontrar a uno de ellos en un lugar con tres mil quinientos militares? Suponíamos que muy pocas y no nos importaba. No perdíamos nada por intentarlo.

—Vosotras sois mis invitadas. —Alfred había aprendido un español bastante tolerable, con pronombres, artículos y posesivos en su sitio y verbos bien conjugados—. Vais a comer hamburguesas en la patria de las *burgers*, yo cocino para mis amigas.

Pisar la base fue lo mismo que viajar al extranjero. No, más lejos todavía: fue como visitar otro planeta. Éramos tres mujeres hechas y derechas nacidas durante la Guerra Civil que no habían conocido más universo que nuestros lugares de nacimiento y la capital de España. Es verdad que, dentro de ella, éramos prácticamente las dueñas de un sitio en el que se daban cita muchos mundos. Pero no dejaba de ser un bellísimo jardín con una piscina en el centro. Aquello, la base de Torrejón, sí que era una galaxia lejana de verdad.

Ana Mari y Alfred vinieron a recogernos al control de seguridad cuando allí nos dejó el autobús y nos condujeron por aquel curiosísimo lugar, una mezcla de fortín en estado de guerra lleno de soldados, camiones militares y sonidos atronadores sobre nuestras cabezas, y ciudad apacible y residencial, con chalecitos de una sola planta pespunteados de jardines privados y algunos cubos blancos de dos pisos que se llamaban dúplex, unos y otros reservados al personal

esencial de la base. Y, por las calles, automóviles enormes como los de *West Side Story*, cafeterías, escuelas, iglesias raras, bancos, boleras, una tienda de licores y varias naves de algo similar a la uralita en las que, según Alfred, se podía comprar todo lo que cualquier americano compraría en su país: desde papel higiénico hasta electrodomésticos de tamaños impensables.

—Parecen las casinas de los Picapiedra —dijo Amparo.

Nos reímos, pero en el fondo reflejaba lo que un español medio podía pensar de una miniciudad como aquella: lo más parecido a lo que solo conocíamos por el cine o la televisión.

—Y eso que no habéis visto Royal Oaks, un barrio cerca de Alcobendas solo para americanos. Aquello sí que es el Bedrock de los Flintstones…

Conocíamos la existencia de Royal Oaks, claro, nosotras habíamos vivido en un piso cerca de allí, pero todo el mundo sabía también que era un lugar más misterioso aún que la base y aquello engordaba su leyenda.

Lo que sí era cierto es que la base funcionaba como una maquinaria de precisión. No había improvisaciones. Era 1973 y el enclave tenía ya dos décadas, tiempo suficiente para que hubiera visto pasar por sus instalaciones varias generaciones de soldados y de mandos, que no siempre dejaron buen recuerdo en el país en el que cumplían sus obligaciones militares.

Mientras recorríamos las calles en el Chevrolet descapotable de Alfred, «un Chevy del 68, no sabéis qué joya», dejé que se me escapara la imaginación. Voló hasta los años cincuenta, aquellos en los que yo vivía una vida de españolita de provincias cuidando a mi madre en Palencia, mientras en Torrejón, por entonces un pueblo de tres mil habitantes y agrícola, caía una bomba atómica: la llegada de miles de militares que representaban el sumun de la abundancia y del desarrollo. Es decir, lo que no había en la España de después de la guerra, dijera la condesa de Romanilla lo que dijera.

No solo aterrizó dinero a raudales a las orillas del Henares cuando los propietarios de terrenos fértiles los vendieron para la construcción de la base, sino la prodigalidad que vino después: españoles

empleados como albañiles o limpiadoras, no tan bien pagados como en Ohio, pero mucho mejor de lo que habrían estado en España; tiendas de ropa usada en la que los americanos vendían lo que ya no querían y aquí nos hacían soñar con parecernos a Rita Hayworth o Gary Cooper; leche en polvo, chicles, vaqueros Levi's, juguetes de última tecnología…

Al principio, por lo que Ana Mari nos iba explicando en el coche, cumplieron con las expectativas.

—Dieron trabajo a muchos españoles dentro de la base, sí, se mataban a tortas por ver cómo vivían los americanos, hijas de mi vida, qué fiebre nos entró a todos. Yo vine aquí como traductora en los sesenta. Siempre se me han dado bien los idiomas.

Pero la luna de miel duró lo que duran los deslumbramientos de todo lo que brilla.

Porque aquel microcosmos también tenía un lado oculto: borracheras, noches de juerga y escándalos, embarazos indeseados con padres que ponían mar de por medio mucho antes de que nacieran las criaturas y coches a velocidad impensable que atropellaban a la gente, por no hablar de unos cuantos misiles soviéticos apuntando directamente a esa zona de Madrid en plena Guerra Fría.

La luna, con sus dos caras y el resplandor de cada una.

Y, en la invisible, el hombre de manos grandes al que Julia, Amparo y yo íbamos buscando el día que entramos por primera vez en otro país, aunque estuviera en el nuestro.

◆ ◆ ◆ ◆

El comedor de oficiales ocupaba un chalé grande y acristalado en medio de los hangares para unos aviones modernísimos gracias a los cuales la tropa podía leer cada mañana el *Stars and Stripes* traído caliente desde Alemania, solo que con lujos que no combinaban demasiado bien con el olor a gasolina y pólvora que impregnaba todos los locales de la base.

En aquel comedor había manteles de tela, lamparitas acogedoras en las mesas y cubiertos de metal.

—Es que aquí comen los superiores —justificó Alfred en voz baja tanto boato.

—Ah, ¿y qué hay donde comen los soldados? —preguntó Amparo.

—Pues lo mismo, pero peor —terció Ana Mari—, cubiertos de plástico y sin mantel.

—Y sin salsa barbacoa…

—Aquí tenemos carne que traemos de un matadero de León, no de Minnesota, aunque ellos no lo saben. Ya veréis qué cosa más buena.

Estaban deliciosas, sí, pero no era por las hamburguesas por lo que habíamos aceptado la invitación de nuestros amigos. Nosotras buscábamos algo. Mejor dicho, a alguien.

Al recordarlo hoy, me río de lo ilusas que fuimos cuando llegamos a ese comedor creyendo que un americano de manos descomunales llegaría hasta nosotras y nos saludaría diciendo: «Hola, yo maté a vuestra amiga, podéis denunciarme».

Y no fue eso lo que pasó, sino algo no menos sorprendente.

¿Qué probabilidades había de encontrar a un militar que ya hubiéramos visto con Nati? Pues allí estaba, a tres mesas de distancia: el rubio fofo al que aquella criatura chillaba loca de ira en su segunda visita a la Stella; el cliente que, según ella, le debía dinero y al que pedí que se fuera para conseguir calmarla e impedir que el espectáculo de histeria no espantara al resto de los clientes.

—Alfred, ¿conoces a ese del rincón, el que come solo?

—*Sure*, es el comandante Collins de la USAFE —lo dijo con cierto soniquete, deduje que no eran precisamente amigos.

—¿Me lo presentas?

—*Of course*, pero no te va a gustar.

No, no me gustó. Me tendió una mano grande y blanda como toda su persona.

—*Nice to meet you, honey, what can I do for you*?

Pedí a Ana Mari que nos tradujera, porque en aquella micro América nadie se molestaba ni siquiera en chapurrear el poco español que sabía.

La conversación transcurrió más o menos así en su transcripción al castellano, si la memoria no me falla:

—No sé si me recordará, comandante, pero soy la directora de un lugar en Madrid que usted visitó el año pasado, la piscina Stella.

—Ah, sí, sí, me acuerdo. No he vuelto nunca. No me gustó.

—Lamento oírlo. ¿Puede decirme por qué?

—Porque usted no fue nada amable conmigo, me echó, pero sobre todo porque la chica con la que fui estaba loca.

—Le pido disculpas si le importuné. ¿Le importaría si le pregunto algunas cosas de esa chica?

—No he vuelto a verla. Ni siquiera recuerdo cómo se llamaba. Estaba loca, era fea y olía mal. Era puta.

—Esa chica era casi una niña, tenía diecinueve años…

—Me da igual, parecía mayor, ponía unos ojos que daban miedo.

Se me empezaron a calentar las venas y a ascender hirviendo por todo el cuerpo.

—Ya, pero no le importaron sus ojos cuando se acostaba con ella.

—Oiga, yo sí que soy mayor y hago lo que quiero. Además, pagué por lo que valía.

—No, por lo que vi yo, pagó mucho menos de lo que valía, porque no hay dinero para pagar a una mujer y menos a una como aquella.

El fofo se echó a reír. La carcajada rebotó contra las cristaleras y debió de llegar a los hangares.

—*What the fuck? You're also a* puta*, honey? Want to sleep with me? Come on, say the price*!

Esto no se atrevió a traducirlo Ana Mari, pero lo recordé durante mucho tiempo y entendí su significado más tarde. Como tampoco se atrevió a interpretar mi respuesta, que grité más que dije, ya con las venas abiertas:

—Esa mujer de la que usted se burla está muerta, alguien como usted la mató.

—¿Muerta? No me extraña. Y claro que debió de ser alguien como yo, alguien harto de que le estafen las putas españolas.

—O usted en persona, porque tiene más papeletas que los demás en esta rifa. La conocía y, por lo que veo, la odiaba. En cuanto salga de la base voy a contarle todo eso a la policía y a decirle que usted salió con Nati y que la trajo un día a la Stella. Ahora ya sé cómo se llama y

dónde está. Ya se encargarán ellos de hacerle las pruebas que tengan que hacerle. No sé si encontrarán alguna que demuestre que la ha matado usted, pero que le van a incluir entre los sospechosos, eso ya le digo yo que sí. Por lo pronto, van a tomarle las huellas de esas manazas de gorila que tiene usted y después a ver si se pone tan…

Todos los oficiales del comedor me miraron, algunos se levantaron indignados solo al percibir el tono de mi voz y otros entendieron a medias lo que dije.

Alfred y Ana Mari se asustaron. Se asustaron mucho. Nos rodearon a las tres y nos sacaron corriendo del restaurante antes de que terminara mi última frase. Después, Alfred volvió a entrar y oí cómo hablaba con los comensales en ese tono suyo característico, siempre alegre y tranquilizador, que los devolvió a todos a sus mesas, a sus manteles de tela y a sus cubiertos de acero inoxidable.

Cuando salió, yo ya me había calmado un poco y me disculpé con los dos:

—Lo siento mucho, Alfred, seguro que te he buscado un problema. Pero es que tengo una intuición, estoy segura de que en la muerte de Nati estuvo implicado un americano, no sé si ese Collins o cualquier otro…

Alfred estaba muy serio mientras conducía su Chevy a toda prisa por las calles de la base en dirección a la salida:

—Pues sí, Sara, seguro que estaré en *trouble* unos días por ti, pero no importa. Yo estoy tan harto de este sitio… Algún día me iré de aquí. Ya no soy soldado, civil, solo civil. Ahora me preocupo por ti *however*.

—No, amigo, no te preocupes. Lo más que puede pasar es que los americanos dejen de venir a la Stella. Pero igual nos hacen un favor.

—No, eso no pasará. Ellos son felices con hamburguesas de Amparo, con piscina y con bailes. Me preocupa que vayas a la policía española. Ellos no hacen nada, nunca hacen nada.

—¿No pueden venir aquí a interrogar a ese comandante?

—¡Tú estás loca! ¿Sabes quién es el comandante? Te dije, él es de la USAFE. Eso significa el enlace de la Air Force con la Fuerza Aérea de España.

Ana Mari se rio con amargura y me dijo:

—El prenda tiene más relación con Franco que Fernández-Miranda. Y yo diría que mejor. Esto es otro país, chiquilla, aquí no hay más autoridad que la americana.

—¿Y van a dejar que un asesino quede libre? ¿No van a buscar pruebas? —preguntó Julia.

—Puedes apostar, amiga.

—Pos a la policía hay que ir. Por intentarlo nun va a quedar. —Amparo rechinaba los dientes.

—Vosotras mismas. —Ana Mari se encogió de hombros—. Pero tened mucho cuidado, que los policías españoles tampoco son unos santos.

◆ ◆ ◆ ◆

De santidades no estaba llena la comisaría, desde luego que no.

Regresamos una vez más al despacho de Diego Macías, que nos conocía mejor que a su sombra.

—Es que estoy prácticamente segura de que es él, subinspector, de verdad. Si viera las manos que tiene… —dije con tanto ardor como pude.

—No se puede detener a un hombre por tener las manos grandes, señorita De la Fuente. Y voy a decirle más: no se puede detener a un comandante americano y menos si está dentro de la base de Torrejón.

En eso tenía toda la razón. Dicho por su boca, nos dimos cuenta de lo extrema que era nuestra ingenuidad al utilizar un argumento tan peregrino y falto de consistencia.

A Julia se le ocurrió:

—Pero ¿podrían al menos interrogarle si conseguimos que salga de la base?

—Vamos a ver, ¿ustedes por qué están tan seguras de que ese es el que mató a la prostituta?

—Natividad, llamábase Natividad. Les persones llámense por su nombre, no por su profesión. —Amparo nunca le pasaba ni una a Macías.

—Vale, digamos que lo de las manos no es razón suficiente —puntualizó Julia, que, como yo, empezaba a avergonzarse de la puerilidad del argumento de las manos—, pero hay más cosas.

Por ejemplo, el numerito que presenciamos el día que vino a la Stella con Nati.

—Yo misma tuve que echarle del club —recordé.

—¿Por qué le echó usted? ¿Estaba montando un escándalo? ¿Estaba borracho? ¿Gritaba…?

Callamos un momento, no sabíamos cómo decirle que todo eso era lo que hacía Nati, no él. Menos mal que Julia tuvo reflejos:

—Todo lo contrario, señor subinspector. No hizo nada de lo que dice usted, porque un asesino no querría llamar la atención, ¿no le parece? Lo último que le gustaría era que se le reconociera.

—Vamos a ver, que se están liando ustedes. ¿Cuándo dicen que vieron a ese hombre?

—En mayo del año pasado.

—Y la finada murió en septiembre. No creo yo que el americano en ese momento estuviera pensando en disimular para que no se le identificara cuando la matara, cuatro meses después. Mucha premeditación veo yo ahí. ¿Y no se han parado a pensar que pudo ser cualquier otro, que seguramente la chica se encontró con más clientes después de ese en los meses que estuvo viva?

—Pues no, no lo creemos, porque Nati dejó de prostituirse. —A Julia se le empezaron a saltar las lágrimas—. Yo la quería como a una hija, ella me lo contaba todo. Me juró que desde ese día había dejado la calle, y yo la creí porque era verdad. Háganos caso, el comandante Collins…

—Espere. ¿Collins? ¿Ha dicho usted Collins? —ojeó los papeles de un archivador que tenía detrás de él, en un armario—. ¿Hablan del comandante Randall D. Collins?

—Pues sí, ese Collins debe de ser. Que le estaba diciendo yo que fue el último hombre con el que estuvo Nati. Imagíneselo usted: pongamos que se quedó prendado de ella, que quiso repetir, que estuvo acosándola para que volviera a acostarse con él y que un día se enfadó tanto porque ella no quería que la estranguló.

—¿Cuatro meses más tarde?

—Bueno, ya sabe que muchos americanos se van de permiso en verano a su país para ver a la familia. De los cuatro meses, quite dos, y tampoco sale tanto tiempo. —Julia se lo demostró con los dedos de una mano.

El policía se nos quedó mirando unos segundos y después volvió a negar con la cabeza.

—Que no, que no me convencen ustedes.

—Vale, no le convencemos —me acerqué más a su mesa y opté por la adulación—, pero al menos concédanos el beneficio de la duda. Vaya a la base y hable con él. Ustedes son la mejor policía del mundo, ya quisieran los americanos llegarles a la suela del zapato, con lo que han tenido que ver en este país y con la de cosas que pasan cada día en las calles… Estoy segura de que saben cómo sacarle las verdades a la gente, aunque sea con sacacorchos. ¿A que sí?

Pero no funcionó. El policía también se inclinó sobre su mesa y se me acercó más que yo a él:

—Mire, señora directora de la Stella y acompañantes, les voy a decir una cosa y quiero que les quede muy clarita desde ahora y para siempre: la policía española no tiene autoridad ni potestad para interrogar a un oficial norteamericano, por muy sospechoso que nos parezca. Y mucho menos a ese Randall Collins, que es el responsable de la USAFE, seguro que ya saben ustedes lo que es eso. ¿Qué quieren? ¿Que ahora que Estados Unidos por fin apoya a España, no como esa Europa que no hace más que darnos por saco en lugar de los buenos días, nos pongamos en contra del mejor aliado que tenemos? Si Nixon y Kissinger nos quieren tanto es porque somos los únicos que sabemos pegarles patadas en el culo a los comunistas, así que no me toquen ustedes ahora los cojones pidiéndome que vaya yo a estrujárselos a un comandante precisamente de la USAFE. Porque de lo que sí estoy convencido es de que, puesto a hacer algo malo, a lo único a lo que habrá llegado habrá sido a matar a una pobre puta que se lo estaba buscando. Si no lo hizo él, pudo haber sido cualquier otro, pero mucho no habría durado esa chica. Así que no, rotundamente no: ni voy a ir a Torrejón a interrogar a nadie ni voy a darles a ustedes la

más mínima oportunidad de que vuelvan a acusar a otro de ellos, porque si lo hacen las que acaban entre rejas son ustedes. ¿Me han entendido bien, señoritas? Pues ahora, adiós, disfruten del día, que el mío acaba de empezar y tengo mucho trabajo. Cierren la puerta al salir.

4

Soñé con el comandante Collins y con sus manos durante mucho tiempo. Incluso cuando otros sucesos interfirieron en mis noches y mis sueños.

Uno de ellos llegó en diciembre de ese mismo año, 1973. Rosalía vino al hotelito para vernos a las tres, pero ese día yo estaba sola.

—Casi mejor así, Sara, tenía ganas de hablar contigo desde hace tiempo.

—Yo también, Rosalía, no sé por qué no lo hemos hecho antes.

—Pues porque la política lo ocupa todo, al menos en mi vida, y casi no deja sitio para otras cosas.

—Como las del corazón.

—Mira, yo quería decirte…

—Verás, yo…

Habíamos hablado las dos a la vez, así que nos echamos a reír y le pedí que lo hiciera ella primero.

—Lo que te iba a contar es sobre Renato —me dijo—. No sé si habrás tenido noticias de él.

—No, en absoluto. La última vez que lo vi y hablé con él fue en el 69. Se iba a Francia.

—Sí, allí sigue.

—¿Tú mantienes contacto con él?

—Me fui a Perpiñán a verlo después de lo de Comisiones Obreras y volvimos a vivir juntos un tiempo.

Un hervidero me germinó de pronto en la boca del estómago. Tardé en reaccionar.

—Enhorabuena, Rosalía. Habéis vuelto, me alegro por vosotros. Si me lo cuentas por lo nuestro, no temas. Hace mucho que enterré lo que sentía por él, aunque no te niego que sufrí mucho.

—No, no hemos vuelto a ser pareja. Los meses que viví en Perpiñán

me sirvieron para confirmar que Renato ya no es el hombre que yo conocí. Con el de ahora no quiero tener nada.

—Sí, salió muy cambiado de la cárcel.

—Puede ser. Pero también ocurrió algo antes de que lo pillaran la primera vez. Era muy joven, casi un niño…

—Fue en el 52, me acuerdo, yo estaba allí cuando lo detuvo Melgar.

—Exacto. Ya éramos novios y lo esperé mientras lo tuvieron preso, pero cuando salió hice un descubrimiento…

—¿Un descubrimiento…?

—Sí. No sé si sabes que tu tía Sol de vez en cuando me contrataba para limpiar la Stella. Me ganaba unas perrillas y tampoco sabía hacer otra cosa.

—Pues nunca te vi allí.

—Ya. Pero yo a ti sí. Incluso había visto cómo te miraba Renato sin que tú lo vieras a él. Ojalá me hubiera mirado a mí igual.

¿Cuántas sorpresas tiene la vida preparadas? ¿Y cuándo acaba de darlas?

—Un día quise conocer ese sótano misterioso del que me había hablado y en el que, según me contó, te había conocido. Allí estaban los famosos libros de Galdós, Renato me había contado que se los había regalado Pérez-Vizcaíno, pero que te los habías quedado tú…

—Bueno, eso no fue exactamente así…

—Es igual, no es importante. Lo que importa es lo que encontré en el sótano: un montón de cartas que olían a jazmín. Leí una al azar. La firmabas tú y le decías a Renato que lo amabas, que era tu héroe y no sé cuántas ternezas más.

Me puse colorada.

—Cosas de adolescente tonta, ya ves. Pero… ¿fuiste tú quien le envió la carta a Renato a Linares?

—Me avergüenzo, Sara. Solo trataba de ponerlo a prueba. A esas edades, quieres que el amor de tu vida sea el único y para ti sola. Yo, además, era una revolucionaria absoluta en todos los sentidos, no solo en el político, y aquello me parecía un acto de amor de lo más revolucionario. Pensé que, si le mandaba la carta y la tiraba a la basura, es que no te quería, que solo me quería a mí. Además de una

revolucionaria, era una inconsciente.

—Pero él guardó la carta…

—Creo que aún la lleva.

—Dios mío, Rosalía, lo siento, no sabía nada…

—No, la que lo siente soy yo. Hace tiempo que quería pedirte perdón por mi indiscreción, por haberme metido donde no me llamaban y por haber creado un lío innecesario. Tal vez si no lo hubiera hecho, Renato y yo podríamos haber seguido juntos.

—Sí, hija. Dicen que la ignorancia da la felicidad.

—De todas formas, en aquellos tiempos yo opté por la ignorancia.

—Porque al final os casasteis, ¿no?

—Sí, nos casamos y fuimos felices unos años. Hasta que volviste tú de Palencia.

—¿Yo? ¿Tuve yo algo que ver con vuestra separación?

—No directamente. Pero yo lo conocía tan bien como a mí misma. Cuando te vio en la Stella, creo que regresó el Renato de antes, el hombre del que me enamoré, solo que no fui yo quien lo despertó, sino tú. Lo vi muy claro el día de la inauguración de la piscina en el 62, ¿te acuerdas?, con la fiesta maravillosa aquella que organizó tu tío. Vi cómo te miraba mi marido y entonces supe que, si no terminaba yo con mi matrimonio, lo haría él y sería mucho más doloroso. Por eso le dejé.

Jamás me habría figurado nada de lo que me estaba contando Rosalía.

—No sé qué decirte… Yo… de verdad que no tenía ni idea de todo eso. Cuando Renato y yo empezamos, vosotros ya estabais separados, te lo prometo. Además, siempre pensé que nos unía mucho más la política que el amor. De hecho, no sé si llegó a haber amor entre nosotros, solo nos movía la fuerza de aquello en lo que entonces creíamos y con el ímpetu y las ganas de la juventud.

—Él sí te quiso, te quiso mucho. Pero tienes razón, os unían más los ideales que el amor. Me contó en Francia tu odisea con la lista de Múnich, cómo te engañaron y te la quitaron, até cabos y traté de hacerle comprender lo que me imaginé que había pasado, pero no me escuchó. Después de lo de Carabanchel, Renato dejó de escuchar a

todo el mundo.

—Lo vi. Era otro. Ya no nos ataba nada, ni siquiera las reuniones de la célula.

—Otro mérito de la condesa de Quiñones. Os separó, eso sí que le salió bien, menuda loba disfrazada de cordero de Balenciaga. Para tu consuelo te diré que no fuiste la primera a la que esa mujer engañó. A mí también quiso reclutarme una vez como espía.

—¿A ti también?

—Como lo oyes. No caí en sus redes por pura suerte. Para ella, yo no era lo suficientemente lista.

—Ya… Te dijo que no le valías, ¿verdad? Lo mismo que a mí.

Callamos las dos unos momentos y Rosalía continuó:

—En realidad, no era de todo esto de lo que quería hablar contigo. Al menos, no solo. Vengo a advertirte sobre una de nuestras camaradas, que me está dando mucho miedo. Quería decíroslo a las tres, pero ya se lo contarás tú más tarde a Amparo y a Julia.

—Dime, dime.

—Quería pediros que no acudáis a ninguna reunión en la mercería, aunque os convoquen. Ni la misma Mari Carmen desea que vaya nadie a su tienda.

—Entonces, si no nos convoca Mari Carmen, ¿quién puede querer que nos reunamos?

—Eva Forest.

—¿La nueva del otro día?

—Es una mujer muy culta y muy inteligente, un cerebro brillante. Yo la admiro…, la admiraba, más bien. Ahora se ha radicalizado tanto que temo que haya cruzado alguna línea roja que no quiero ni imaginar.

—¿A qué te refieres?

—No te lo cuento para no ponerte en peligro, pero hazme caso. Vamos a olvidar las reuniones de nuestra delegación del MDM por ahora. Sea lo que sea lo que esté planeando Eva, no podemos dejar que salpique a las mujeres del movimiento.

—Te haré caso, claro que sí, descuida.

—Más aún: si te piden que distribuyas y secundes algo escrito por

un tal Julen Agirre, desconfía. Es el seudónimo que ha empezado a usar Eva.

—¿Seudónimo? ¿Y para qué quiere uno?

—Pues no lo sé, pero tú, por si acaso, ten cuidado. Puede ser una trampa.

—Vale, vale. Lo recordaré. Gracias por avisarme.

Se levantó para marcharse.

—Ha sido un placer charlar contigo, Sara, ya te he dicho que tenía muchas ganas.

—Y yo también, Rosalía. —Me quedé pensando un momento y me atreví a añadir algo antes de que se fuera—: Espera, quería… quería preguntarte una cosa, si no te importa.

—Pues claro.

—¿De verdad que mató Renato al comisario Melgar?

Rosalía calló y bajó los ojos.

—No, no fue él.

Las dos guardamos silencio unos instantes.

—Te creo, no fue él. Pero por tu cara veo que sabes quién fue.

—No me preguntes más, Sara, por favor. —Las mejillas se le tiñeron de rojo—. Me voy. Recuerda lo que te he dicho, aléjate de la mercería. Y deja de hacer preguntas que no tienen respuesta, Sara, por tu bien.

◆ ◆ ◆ ◆

Le hice caso y empecé a dejar de hacerlas unos días después.

Al principio, por miedo.

Fue cuando comenzó el juicio a los compañeros de Comisiones Obreras encarcelados desde hacía un año, la misma mañana en que una bomba de cincuenta kilos de dinamita, detonada al paso de un vehículo en la calle Claudio Coello, muy cerca de Diego de León, dejaba un cráter en el asfalto y hacía que el coche y sus tres ocupantes volaran hasta el tejado de una casa cercana. Uno era un policía, otro el chófer y el tercero el presidente del Gobierno y delfín de Franco, el almirante Luis Carrero Blanco.

Pero el día en que creí haber terminado con las preguntas de verdad

fue el 13 de septiembre de 1974 y lo hice por pura rabia.

Primero, cuando treinta kilos de dinamita reforzada con clavos y tuercas que actuaron como metralla destruyeron un lugar muy frecuentado por agentes de la Social, la cafetería Rolando, en la calle Correo, y dejaron más de setenta heridos y doce muertos en el lugar, todos civiles. Segundo, cuando supe que en Francia se había publicado un libro sobre cómo se gestó la Operación Ogro, es decir, el atentado contra Carrero Blanco, firmado por Julen Agirre. Y al final, definitivamente, cuando me contaron que Genoveva Forest había sido detenida por haber ayudado a quienes cometieron la brutalidad de la calle Correo.

Desde entonces, los muertos de aquel día acompañaron al comandante Collins en cada una de mis peores pesadillas.

Y todos ellos juntos me dejaron, al fin, sin preguntas, que es una de las formas más atroces de secarse por dentro.

5

A partir de entonces, la espiral del tiempo comenzó a virar de una forma distinta. O nosotras, a hacerlo más alejadas de la realidad.

Mi tía me decía que era cosa de la edad, que nos hace más prudentes. Que estar bordeando los cuarenta da otra perspectiva de la vida. Que el corazón late más despacio y con más sabiduría, la cabeza piensa con más templanza y las piernas nos conducen con más lentitud, porque ya vamos viendo por dónde queda la línea de llegada y no tenemos prisa por alcanzarla.

Pero yo creo que exageraba.

Lo que nos pasaba era que nos faltaba la alegría de antaño de la Stella y nos sobraban penas. Habíamos conocido la muerte a nuestro alrededor, pero eran muertes asumibles: con la de Roberto, a mí ya se me había pasado la terrible angustia de la culpa, y la de Melgar, una vez superado el miedo, había quedado en el olvido. Las de mi madre y mi tío fueron inevitables e incluso las de amigos como Joaquín Blume o Hércules Cortez, pese a ser igual de injustas, fueron accidentales.

Pero la de Nati, no. La de Nati, la más indigna de todas, fue evitable y en absoluto accidental. Así que debió de ser el deseo de venganza por el que los corazones de mis amigas y el mío sangraban la verdadera razón que hizo que el camino que llevábamos recorriendo desde los veinticinco se nos bifurcara.

Por eso y por lo vivido tras el breve pero decisivo paso de Eva Forest por nuestras vidas, además de la imagen de los muertos de la calle Correo, que, como la de Nati, no se me iba de la memoria.

De ese modo llegamos a 1975 sin el estado de fiereza existencial y política que nos había acompañado durante los últimos años. Lo sustituimos por otro de distanciamiento prudente, una especie de coraza protectora que nos permitió observar los acontecimientos desde la barrera primero y desde el palco después, y no desde el mismísimo

ruedo, como hasta entonces.

Que, por otra parte, ahora que lo pienso, me parece que fue el mejor estado de ánimo con el que se podía afrontar un año como el de 1975.

6

La nueva temporada de la Stella, abierta en mayo y durante San Isidro, como siempre, llegó vestida de gala.

El triunvirato de directores se había propuesto hacer que don Manuel se sintiera orgulloso de nosotros y de la decisión que había tomado al designarnos como tales, y creo que lo cumplió con creces el sábado 7 de junio.

Ese día, los jardines de la Stella florecieron para la ocasión. Nunca vi la hiedra más verde y lustrosa, nunca nuestro pino llegó tan alto ni rozó tanto las nubes, nunca perfumaron más y mejor las rosas de la rosaleda ni el azahar de los naranjos. Cuántas veces recordé las palabras de mi tío Mateo cuando me dijo que lo que Luis Gutiérrez Soto y él hacían en su estudio de arquitectura era dar vida a los edificios para que después se pudiera soñar en ellos. En definitiva, para que tuvieran alma: «Les damos magia. Y la magia, niña, es necesaria para tener alma».

De todo eso hubo aquel día: vida, alma y sobre todo mucha magia.

Fue un día perfecto, porque ese sábado no solo contrajeron matrimonio Petri Novo Ochoa y mi primo Mateíto Santiago Martínez en Los Jerónimos, sino porque, al celebrarlo después en la Stella, estábamos cumpliendo uno de los deseos finales de mi tío Mateo, el gran ausente y sin embargo siempre presente en cada palabra que en aquella ocasión se dijo o se pensó. Su espíritu nos elevó a todos, como hizo él en vida.

En su memoria y también por amistad hacia el flamante notario don Mateo Santiago («vale, me caso en la Stella, prima, como quería mi padre, pero, por el amor de Dios, no me llames más Mateíto y menos delante de los invitados»), tuvimos una asistencia variada cuyos integrantes, sin embargo, supieron acoplarse tan bien entre sí que hicieron del festejo uno de los más divertidos y espléndidos de cuantos

se recordaron entonces y en los años venideros en la Stella.

Amparo sirvió, por fin, su menú soñado, en el que llevaba años trabajando y para el que había inventado tantas combinaciones como mezclas hicieron Alfred y ella hasta dar con la salsa barbacoa. Porque mi amiga era una pionera en lo que hoy es el moderno arte de la gastronomía, pero ella entonces no lo sabía todavía.

Para la boda de mi primo ingenió aperitivos y entrantes compuestos de *foie* de pato al amontillado con mango encurtido, brioche de trufa y helado de espárragos, seguidos de merluza con berenjena asada y pilpil de gamba y bogavante servido como chuleta, acompañados de ajoarriero ahumado, entre muchas otras exquisiteces.

Soy capaz de transcribirlas porque ninguno de los invitados a aquella boda, ni uno solo, pudimos olvidarlas mientras nos funcionó correctamente la memoria. A los que tenemos esa suerte y aún quedamos con vida se nos sigue haciendo la boca agua.

No solo el menú fue memorable. También la luz —a pesar de la luna nueva—, el baile, el embeleso y sobre todo el aire que nos envolvía y que, al aspirarlo, nos aturdía con la droga más euforizante, la alegría.

Y los cantantes. Todo un hito, porque los famosísimos Donna Hightower y Danny Daniel accedieron a actuar juntos para los novios.

—Pero nada de jazz y esas cosas extranjeras tan tristes que te gustan, prima, anda, dame ese gusto, que el que se casa soy yo.

—Pues habla con Amparo, que ella es la que se encarga ahora de las amenidades. Y no te preocupes, que no voy a poner ninguna pega, no me va a pasar nada por escuchar un día alguna de Perales.

—Y *El vals de las mariposas*, Sarina, muyer, no seas así, que tampoco hay que poner música para intelectuales todo el tiempo —me recordó Amparo, que en ese momento llegaba a la mesa en la que Mateíto y yo tratábamos de planificar su boda.

Me resigné, otra de las cosas buenas de la edad.

—Vale, pues las mariposas también.

—Y esa otra que me gusta mucho, prima, ¿cómo se dice en inglés? La que canta Donna que te mueres y además es muy bailable.

—Algo de que este mundo es una mierda —lo recordó Amparo.

—Eso. Más o menos.

—A mí me rechifla.

—Sí, esa no está mal —concedí—. Es que Donna es una artistaza, menuda fuerza, qué vozarrón, qué…

—Que sí, prima, que ya sabemos que te gusta mucho, pero apunta ahí bien clarito que en mi boda quiero que cante las mariposas.

Así que, cómo no, hubo de todo: melódicas, más de una de Perales y, lo más sorprendente, un cantante nuevo.

Desde su integración en el triunvirato, Amparo había conseguido ver satisfecha otra de sus aspiraciones: traer a su hermano Miguelón al escenario de la Stella y colocarlo ante su orquesta. Lo cierto es que no se equivocó. El primer día que le oí cantar, dos semanas antes de la boda, me arrepentí de no haberle dado una oportunidad antes. No era Luis Mariano, pero se le aproximaba.

El hombre debió de verme la cara de admiración ese día, porque cuando acabó me dijo muy serio y mirando al suelo:

—Gracies, Sara, no voy a olvidalo, que la mio hermana y tú dísteisme la oportunidá de hacer lo que más me gusta na vida, ya veo que nunca ye tarde.

—Nunca, Miguelón, hijo, nunca lo es —se lo dije a él y también a mí misma—. Me alegro mucho de que estés con nosotros.

La segunda vez que le oí cantar fue en la boda de mi primo y entonces los aplausos por la actuación de Miguelón junto a su paisano Danny y la inconmensurable Donna creo que se oyeron en Torrejón. Solo por ver iluminarse el rostro de mi amiga Amparo, de natural apagado y tan poco acostumbrado a la expresividad, mereció la pena haberlo contratado.

◆ ◆ ◆ ◆

Debo volver a hablar de los invitados a aquella boda, que, como digo, no formaban un grupo uniforme. Estaban los de la parte del novio, en su mayoría abogados y notarios, y los de la de Petri, casi todos compañeros suyos y, lo mismo que ella, estudiantes de Económicas en la facultad de Somosaguas. Una señal de que las cosas estaban cambiando de verdad en las nuevas generaciones.

Teníamos también algunos, muchos, por parte de la Stella, amigos y clientes habituales a los que quisimos dar las gracias por su fidelidad a lo largo de los años, conocieran o no a los novios, invitándoles a participar en aquello que era más fiesta que boda.

Entre aquellos a los que más me enterneció ver fue a don Rogelio, ya jubilado en su Soria natal, que llegó en una silla de ruedas conducida por su nieta. Y los que más me punzaron de nostalgia el corazón, Juan y Ángel Blanco, no solo invitados al convite, sino también los artífices del espectacular moño italiano que lucía la novia. Brindé con ellos sin palabras, porque así brindan los que comparten secretos.

Sin embargo, también estaban otros a los que hubiera preferido no ver, pero a los que la cortesía de la Stella no podía dejar sin invitación. Dos de ellos estaban en una mesa que me recordó mucho a la que vi en la primera tarde engalanada de la Stella hacía ya casi un cuarto de siglo y en la que conocí a Karen Blixen.

En la de 1975, como entonces, también se sentaban los condes de Romanilla y Quiñones, que seguían trayendo invitados muy especiales; aún querían exhibir ante la alta alcurnia de Madrid que se daba cita en la Stella el alcance de su influencia y su estatus social, y demostrar así a todos que eso seguía permitiéndoles codearse con la cúspide de todas las pirámides.

La pirámide de aquel 7 de junio fue, sin embargo, la más heterogénea que jamás vi en un espacio presidido por Adele Gifford, mucho más incluso que la mañana en la que trajo a toda la jet a bañarse a nuestra piscina para colocarles una peluca después.

Esa noche, a los condes los acompañaban cuatro personajes, dos de ellos singulares.

—Señorita directora De la Fuente —la condesa recalcó el «señorita», que en su boca sonó más a insulto que a título de tratamiento—, permítame presentarle a nuestros invitados. Aquí, a mi izquierda, el encantador mister Donald Trump, un conocido empresario neoyorquino que está haciendo mucho por su país.

Señalaba a un hombre con aspecto altanero y la piel color calabaza que apenas me miró.

—*Hi, sweetheart, what a show you have here for us*!

—Dice que le gusta mucho el espectáculo que habéis montado hoy —tradujo Adele en versión libre, y yo pensé que sí, que puede que fuera eso lo que me había dicho, pero la forma en la que me lo dijo sonó obscena.

Le acompañaba una joven guapísima, altísima y rubísima que nadie tuvo la delicadeza de presentarme, aunque tampoco ella me miraba, solo paseaba los ojos con desgana por todo lo que tenía alrededor.

El joven Trump, tan ajeno a su pareja como los demás, susurró algo al oído del conde, y ambos se echaron a reír mientras miraban a Donna saltar sobre el escenario.

Le miré las manos. A diferencia de las de sus compatriotas, las suyas eran minúsculas y flácidas. Lo anoté en mi memoria.

Siguieron las presentaciones de la mesa: una joven morena y de elegancia casi sobrenatural que se llamaba Paloma, sentada junto a Rafael, un elegante dramaturgo y director teatral, me dijeron. Los saludé a los dos y a ella con admiración. Tuve la suficiente memoria como para decirle, al estrecharle la mano, con afecto sincero:

—Lamento muchísimo la muerte de su padre, señora Picasso. La Stella abrió sus puertas el 8 de abril de hace dos años solo para celebrar una vigilia en su memoria. En mi opinión, era el mejor. Yo le admiraba muchísimo. Algún día este país le hará justicia.

Se le encendió una sonrisa y, cuando agradeció mis palabras, pensé que quizá la mesa en la que se encontraba no merecía tanta belleza.

—Por cierto, señora directora —Adele se levantó y se alisó su espléndida falda de organza de seda turquesa, dispuesta a tomarme del brazo para alejarme de los invitados—, ya que se ha acercado a saludarnos, me gustaría comentarle algo. ¿Tiene unos minutos…?

No tuve ocasión de responder, porque, al parecer, quien no tenía esos minutos era ella misma. Su marido, Carlos, tiraba de ella y quería obligarla a sentarse de nuevo a la mesa. Le exigía que siguieran hablando juntos con un Donald cada vez más ruidoso.

Oí que le susurraba en español:

—No te vayas, Adele, te lo pido. Ha bebido más de la cuenta y está soltando pestes de los negros, va a terminar oyéndolo la cantante.

Anda, dale conversación, por favor, no me dejes solo con él…

La condesa dudó, me miró y comprendió que la llamada de la sangre azul era más fuerte que la de cualquiera que fuera la que le corriese a una espía por las venas, que nunca dejaría de ser plebeya.

Sí, Richelieu quería decirme algo aquella noche, pero no fui yo quien se lo impidió, sino un joven americano racista con manos de mono enano que la estaba dejando en evidencia.

No supe qué fue. No me molesté en preguntárselo. No volví a pensar en ello.

Hoy sé que debería haberla escuchado. Pero esa noche lo único que me importaba era ver a mi primo Mateíto y a su esposa Petri bailando felices un vals rodeados de mariposas.

Sin contubernios.

7

Sí, 1975 fue un año raro.

Nuestras camaradas del MDM nos contaron las maravillas que lograron durante las celebraciones del Año Internacional de la Mujer declarado por la ONU, que les dieron la vuelta por completo a las reivindicaciones, hasta entonces casi candorosas, que habíamos estado planteando con nuestros boicots a las tiendas, nuestras octavillas y nuestras intervenciones frente a la Sección Femenina.

No obstante, en lo personal, nuestras vidas en 1975 no fueron más que lo que venían siendo en los últimos tiempos.

Amparo, desde que tras la boda de Mateíto descubrió lo que su imaginación podía hacer en los fogones, convirtió la cocina en un laboratorio en el que no guisaba, sino que creaba verdaderas obras de arte, tanto que hasta daba pena comérselas, y eso hizo que la Stella, en medio del ocaso que ya empezaba a vivir, conociera una segunda aunque efímera época dorada.

Julia, por su parte, hacía ya mucho que había dejado de pensar y soñar con Brasil. No tardó un mes, sino tres en decirle a Casimiro que jamás podría abandonar Madrid mientras el asesino de Nati siguiera libre. Y él solo tardó un año, desde el día que se fue, en escribirle a Julia una carta muy breve para contarle que acababa de casarse con una parroquiana de la misión de Alagados, la favela de Salvador de Bahía en la que trabajaba, porque, como le había dicho, era verdad que allí los curas podían casarse sin que nadie se escandalizara. Para demostrárselo, acompañó la carta con una foto suya junto a una mulata muy delgada y muy seria que sostenía un ramo de flores casi secas y que llevaba impresa en el rictus la huella del hambre. Julia se alegró sinceramente por ella. También, aunque menos, por Casimiro. Y ya en 1975, con el espíritu sereno y el pasado en paz, además de con un título de ATS y tres años de prácticas en el hospital Francisco

Franco, consiguió trabajo en un nuevo centro para la rehabilitación de adicciones que estaba en Torrejón de Ardoz, con la primordial intención de llegar a conocer algún día a un soldado que, gracias a su experto interrogatorio, terminaría confesando haber matado a una prostituta en una alquería de Hortaleza.

Yo hice lo mismo, pero desde otras atalayas, observando diariamente a mis clientes, escrutándoles las manos ingenuamente y muy en especial a los militares de la base, cada vez más numerosos.

Todo, como siempre. A diferencia del mundo, para el que 1975 fue un año distinto a todos.

En él sucedieron cosas importantes y trascendentales, pero también hubo otras que pasaron sin pena ni gloria. Por ejemplo, que la nave soviética Soyuz XIX y la estadounidense Apolo se encontraron en el espacio; que en Hungría alguien patentó el cubo de Rubik; que triunfó la *Bohemian Rhapsody* de Queen; que Simon y Garfunkel reaparecieron juntos en televisión; que Francisco Franco murió en una cama del hospital de La Paz aquejado de quién sabía qué; que se publicó un libro escalofriante llamado *Vida después de la vida* que a muchos españoles nos puso la piel de gallina; que nunca pasamos las tres tanto miedo en un cine como cuando, después de leer el libro, fuimos a la filmoteca a ver *La noche de los muertos vivientes*, y que, a pesar de la psicosis sobre muertos que no morían jamás y además regresaban para repetir sus dictaduras en bucle, España fue consciente de que ya no habría vaivén ni zombi capaz de pararla en su carrera hacia una nueva era.

Eso, y algún acontecimiento más que ahora olvido, fue lo que pasó en 1975 y, como resulta evidente, resultaron ser todos asuntos sin importancia.

Excepto el último, el único digno de ser mencionado en párrafo aparte, que ocurrió la misma noche del 31 de diciembre, a pocos minutos de que comenzara 1976: que nuestro abogado, Pedro Márquez, me pidió que me casara con él.

Y que yo, por supuesto, le dije que no.

8

—Han detenido al asesino de Nati, Sara. Por fin.

Con esa frase, pronunciada por la periodista Margarita Landi al otro lado del hilo telefónico una mañana de febrero, antes de que amaneciera, se me introdujo por alguna rendija del alma el primer rayo de esperanza en mucho tiempo.

Fue en 1976, el año en el que sí pasó algo realmente decisivo para nuestras vidas personales.

Y si hago hincapié en lo de personales es porque de ellas quiero hablar, no porque ese año no fuera igual de fundamental para lo público en la España nueva que nacía.

—Han detenido al asesino de Nati…

Las palabras que durante tanto tiempo habíamos querido oír primero me dejaron paralizada. Después, pregunté:

—¿Han pillado por fin a Collins…?

—No, Sara, ese ya no está en España.

Era verdad. Me acordé de que Alfred nos había contado que el comandante había regresado a su país con honores y sin que nadie le hubiera tocado un solo cabello de su rubia cabeza.

—Pero entonces… ¿quién, cómo, dónde, cuándo, por qué…? Pero ¿quién, quién…?

—Pareces periodista, niña. —Margarita rio—. Anda, venid las tres a la redacción y os lo cuento. Y cuidadito, ni se os ocurra pasaros por comisaría, que me cortan el grifo si se enteran de que os he dado el chivatazo.

◆ ◆ ◆ ◆

Fue por casualidad, porque, cuando la policía no hace bien su trabajo, tiene que fiarlo todo a los dados.

Hubo un altercado en un bar del Madrid viejo al que solían ir proxenetas y lo peor de la peor calaña, sobre todo los días que las mujeres terminaban un buen servicio y ellos se gastaban en alcohol el dinero que sus trabajadoras habían ganado. La bronca terminó con un chulo muerto por negarse a pagar la consumición y con una redada en la que se reencontraron policías y viejos conocidos del hampa.

Así fue como el que ya era inspector Diego Macías volvió a ver a Cayetano Esteban, el Tano, un chulo asiduo de la noche y del inframundo, que ese día estaba en el bar de la reyerta por casualidad.

Hacía tiempo que Macías se la tenía jurada al Tano, así que aprovechó la circunstancia, lo llevó a comisaría y le hizo pasar toda la noche y parte del día siguiente sometido a un interrogatorio suave, nada más que nombre, apellidos y dirección, pero que, repetido durante horas y hasta la saciedad, habría hecho perder los nervios a cualquiera.

Hasta que, al cabo de día y medio, el Tano, con todas las fibras de su cuerpo a flor de piel por la falta de sueño, soltó una bomba que nadie esperaba:

—¡Ya está bien, hombre, por Dios! Pero ¿usted qué quiere? ¿Que confiese lo de la chica de la tinaja? Pues lo confieso, sí, ya está, yo la maté.

No estaba Macías en ese momento, otro policía le había dado el relevo, pero lo llamaron de inmediato. Cuando el inspector llegó a toda prisa a medio afeitar, desplegó sus artes de sabueso viejo.

—Vamos a ver, ¿a quién dices que has matado tú, muerto de hambre, a quién?

—Pues a la Nati, que me quiso tangar.

—Serás gilipollas… Si tú no pasas de dar palizas a tus gachís, para matar te faltan huevos.

El Tano se envalentonó.

—Pregúnteselo a la de la tinaja, a ver si tengo huevos o no.

—¿Y cómo la mataste, listo, que te quieres hacer el listo ahora?

—Con estas manos, señor inspector, con estas mismas. La conocí en un *night club* de alterne y me la llevé de copas toda la noche, pero después, como no quiso venir a mi casa, nos fuimos al descampado de

Hortaleza.

—Anda ya, tú no has estado ahí en tu vida, chaval.

—¿Que no, dice? Allá me las llevo a todas para que las del centro no se pongan celosas.

—¿Y qué te hizo Nati para que la mataras?

—Pues que, como estaba loca, de repente, en medio de toda la faena, va y me dice que me quiere cobrar más de lo que me había dicho, y se reía de mí, no paraba de llamarme enano, y yo con la polla dentro todavía. Si es que se lo estaba buscando; con un par de palos donde más les duele todas terminan cerrando la boca.

—Entonces, solo le diste una paliza.

—Que no, que fue más. ¿No le he dicho que esa estaba como una cabra? No paraba de chillar, así que le apreté el cuello para que se callara. Cuando me vine a dar cuenta, la había palmado. Después le robé la cartera y las joyas que llevaba, y a ella la tiré dentro de la tinaja, así, con los pantalones y el jersey arrebujados, para qué me iba a molestar en volvérselos a poner.

—¿Y ya está?

—Ya está. ¿Qué más quiere? ¿Ve como fui yo?

Añadió algunos datos más, por ejemplo, que durante unos meses anduvo viviendo de casa en casa de amantes por si la policía iba detrás de su pista. Pero con el tiempo se relajó porque se dio cuenta de que nadie lo buscaba a él y regresó a su vida de siempre, sembrada de borracheras, pendencias y palizas a sus prostitutas.

Vinieron policías del Grupo de Investigaciones Especiales y, ante ellos, el Tano repitió la misma historia, una y otra vez, una vez y otra, casi al dedillo, sin saltarse ni una coma.

Lo tenían. Por fin, tenían al asesino del caso que había despertado la mayor expectación de los últimos tiempos.

Y, después de muchas falsas alarmas a las que no habían dado ni una pizca de crédito a lo largo de los años, esa vez parecía que iba en serio.

◆ ◆ ◆ ◆

El juicio se celebró en otro año crucial, el de 1977, en el que la España nueva comenzaba a dar pasos impensables.

Como nosotras, que nunca creímos que podríamos presenciar la vista en la que el asesino de nuestra Nati se enfrentaría, por fin, a la justicia. Y, sin embargo, allí estábamos, en una sala abarrotada de los juzgados. El morbo congrega más que la lucha por la democracia, pensé. Pero las tres formábamos parte del público y alguien también podría haber pensado lo mismo de nosotras.

No nos importaba. Puede que fuéramos las únicas con un motivo real para presenciar lo que estaba a punto de suceder.

Nuestra primera decepción hizo acto de presencia en cuanto vimos llegar al acusado.

Medía un metro sesenta, quizá menos. Delgado, moreno, de pelo rizado y mirada retorcida, con una sonrisa de estúpida socarronería que hacía juego con el cerebro de mosquito que se le transparentaba a través de los ojos.

Con todo, lo que más me chocó fueron sus manos. Parecían rugosas, tenían dedos arqueados y eran pequeñas, muy pequeñas.

El segundo desengaño no tardó en llegar y confirmó el fiasco.

En cuanto el juez le preguntó lo esencial, el meollo del caso, que era si había matado a Natividad Jiménez, el Tano contestó alto y claro:

—No, señor juez. Yo no la maté.

El murmullo de la sala subió en decibelios, los flashes de los fotógrafos chispearon con más rapidez y los reporteros de la sala no tenían cuartillas suficientes para tomar notas de lo que estaban oyendo.

Una vez que el interrogador superó la confusión, volvió a preguntarle:

—Pero usted declaró ante la policía que lo había hecho.

—Ya, señor juez, pero es que me estaban torturando y así uno no sabe ni lo que dice. Yo igual podía haber confesado la muerte de Manolete que la del toro para que me dejaran en paz.

Risas. Había conseguido su primer éxito ante una claque que en aquellos tiempos estaba más dispuesta a reírle las gracias a un asesino que a compadecerse de la víctima.

—Sin embargo, usted les dio muchos detalles.

—Todos los que leí en *El Caso*, señor juez. Ni uno más, porque yo no lo hice.

Efectivamente, así había sido. Nada de lo que había confesado el Tano ante Macías ni ante el resto de sus colegas era nuevo, todo estaba en cada una de las páginas impresas que se habían publicado desde entonces.

Y había conseguido lo que quería y se le había ocurrido sobre la marcha: hacer que un interrogatorio agotador y rutinario desembocase en dos horas de fama, con todos los objetivos apuntando a su persona.

Cuando se emitió el veredicto que lo absolvía y salimos de los juzgados, Julia, Amparo y yo nos quedamos sentadas y calladas un buen rato en un banco de la calle tratando de respirar aire frío para que nos despejara las tinieblas de dentro.

Sabíamos lo que pensaba cada una de nosotras.

Que ese descalabro ocurrió porque la policía se lanzó en tromba a por la mayor, el asesinato de la tinaja, ya que prefirió que se juzgase al Tano solo por el crimen más mediático y el que daba más lustre, en lugar de sentarlo en el banquillo por todos los demás, que eran muchos, como el que solo unos meses antes de su detención protagonizó al apalear hasta casi matar a una de sus prostitutas, y de eso sí que había pruebas y hasta testigos.

Que los agentes lo hicieron así porque aquello podría haber sido la ocasión perfecta para redimir la imagen del cuerpo en los papeles, tan maltrecha ante la opinión pública, que ahora, envalentonada, pedía cuentas a quienes conservaban los mismos cargos que cuando Franco estaba vivo y pisaban la cerviz sin que nadie pudiera ni rechistar.

Y que la prensa de sucesos turbios debería revisar su código deontológico: con tanto afán de ser los primeros y los únicos en ofrecer a los lectores hasta el más ínfimo detalle escabroso que pudieran encontrar, lo contaron todo, absolutamente todo, sobre Nati y le pusieron en bandeja al Tano la vía de escapatoria, una vez que se propuso sacar partido del error de haber confesado lo que no debía tras casi dos días sin dormir para que lo dejaran tranquilo.

—Solo nos queda un consuelo, amigas.

Ya eran muchos años de amistad y nos conocíamos. Julia respondió enseguida:

—Que ese mequetrefe no mató a Nati.

—Para nada. Esi patallu solo mata a les que son más pequeñes que él. No había más que ver las manos —ratificó Amparo.

Exactamente. Puede que fueran fuertes y que le hubieran servido para maltratar a muchas chicas más menudas y débiles que él, y también peor alimentadas. Pero una sola de esas manos no daba abasto para rodear un cuello.

Aunque fuera un consuelo endeble:

—La pena es que no lo hayan metido en la cárcel por todo lo demás, porque les ha hecho daño a muchas mujeres y se lo seguirá haciendo —se lamentó Julia.

—Tampoco le habrían echado demasiados años. Todo lo más, cinco por rufianismo. Así están las cosas, con democracia o sin ella.

Y así nos quedamos nosotras, con la rendija del alma otra vez a oscuras. Lo mismo que antes.

No, peor, porque mientras el Tano estaba a la espera de juicio para después cosechar su minuto de popularidad, la policía y nosotras mismas nos habíamos relajado y perdido un año en nuestra búsqueda del verdadero asesino y en nuestras vidas.

Demasiado tarde para que Julia se fuera a Brasil, con un asesino quizá ya a varios años luz de España y Nati sin justicia.

Otro año más.

◆ ◆ ◆ ◆

Pero, a pesar del Tano, el de 1977 siguió su curso implacable.

España, aunque todavía con lastres del franquismo, daba pasos de gigante. Ya teníamos derecho a la huelga, una ley de amnistía, el fin de la censura, la legalización de todos los partidos, incluido el último, el comunista, con todo el revuelo que aquello supuso…, y, como siempre, muerte, mucha muerte: once asesinatos de ETA, ocho de los GRAPO y cinco de terroristas de extrema derecha que entraron a balazos en un bufete de abogados de la calle Atocha.

Pero lo que Julia, Amparo y yo seguíamos sin tener era lo que nuestros corazones más necesitaban para aplacarse por fin.

Y eso que, de las tres, yo era la más afortunada en asuntos del corazón. Ellas no tenían amor que se lo calentara por las noches, pero el mío, a pesar de mi negativa a casarme con Pedro, seguía ocupado por él.

—Entiéndeme, Pedro, mi vida, no es que no te quiera —le dije más de un año antes, aquella Nochevieja de 1975—. Es que no me quiero casar, ni contigo ni con nadie.

—Pero ¿por qué, Sara, por qué?

—Pues porque el matrimonio no es un territorio seguro. Mira, tú y yo hoy nos queremos, nos cuidamos y nos respetamos. Pero ¿y si uno de los dos cambia con el tiempo? ¿Y si encuentras a otra que te guste más o yo dejo de pensar como pienso ahora?

—Te aseguro que a mí no me va a gustar nadie más que tú.

—Eso lo dices hoy, pero yo voy camino de los cuarenta, mi amor, y a esta edad todo es relativo y, al mismo tiempo, todo se ve más claro.

—Entonces, ¿no me vas a dar esperanzas? ¿Nunca nos vamos a casar?

Le acaricié y le besé sonriendo.

—Sí, cariño, claro que nos vamos a casar. Pero Franco aún está caliente en su tumba, y vete a saber lo que puede pasar en este país. Si de verdad vuelve la democracia y hay divorcio, como lo hubo antes de la dictadura, entonces, te lo prometo, nos casamos. Solo así sabré que seguimos juntos no porque nos obligue un papel, sino porque nos queremos. Y estoy segura de que no nos divorciaremos jamás.

—Pero, al menos, ¿me quieres?

—Con locura, Pedro, eso no necesita anillo ni firma, vida mía. Déjame hacerte una propuesta a cambio de la tuya: ¿te gustaría que viviéramos juntos…?

A mí ya me daban igual las lenguas, las malas y las buenas, que a veces decían todas lo mismo. Además, compartir techo con mi tía y mis amigas había tenido un recorrido maravilloso, pero ya tocaba a su fin.

Pedro no fue tan remiso a mi propuesta como yo a la suya. Vendió

enseguida su pequeño apartamento de La Latina y yo el pisito de Alcobendas, y así pudimos comprar uno a estrenar en la parte nueva de Prosperidad, bastante cerca de nuestro trabajo. Concretamente, en la calle Padre Claret, e irónicamente en un edificio con piscina privada.

Dos años después de aquella conversación, en 1977, nuestra vida en común ya me había dado una calma de corazón que no creí que llegara a tener jamás. Éramos felices. Lo que no impedía que Pedro siguiera deseando lo que deseaba entonces, ni que yo lo amase más todavía.

Pero las promesas y el orgullo atan tanto como el matrimonio. No podía echarme atrás.

Así, entre el desencanto por ver al Tano libre, la rabia por saber que eso nos había obligado a desviar la atención del verdadero objetivo, la búsqueda reanudada de quien mató a Nati y mis plegarias en secreto para que pronto se promulgara la ley que yo más ansiaba de la democracia y que me permitiría casarme con Pedro para no dar mi brazo a torcer, llegamos al 23 de febrero de 1981.

9

El 23 de febrero de 1981 alguien gritó otra vez lo que el Régimen franquista había estado cuarenta años gritándonos: «¡Se sienten, coño!», y a punto estuvo toda España de volver a sentarse de nuevo. Menos mal que no lo hicimos, porque entonces sí que nos habríamos quedado sentados para siempre.

Pero eso no fue lo más importante que ocurrió. Ese día, la Stella estaba a punto de vestirse de luto otra vez. Y no por culpa (solo) de Tejero.

Estábamos todos en el hotelito. La piscina aún no había abierto la temporada de baños, aunque jamás estaba vacía, siempre había empleados, incluido un batallón de jardineros que operaba por turnos cada día y solo descansaba los de Navidad y Año Nuevo. Sin embargo, aquella tarde se encontraba cerrada a cal y canto para todo el mundo.

Siempre supe que el verdadero amor de mi tío Mateo fue mi madre, su prima Ketta. Pero también que terminó compartiendo con Sol un lazo tan irrompible como el amor y tal vez más duradero: la amistad. La de ambos fue inquebrantable, a pesar de sus diferencias en todo: de opinión, de ideología, de carácter y de costumbres.

Y, aun así, he de reconocer que quien de los dos más cedió para acercarse al otro, hasta terminar dándole la vuelta a su postura y pasar de compañera hostil a aliada por convencimiento, fue mi tía Sol.

Mi tía Sol… Esa era la mujer que, el 23 de febrero de 1981, agonizaba en su cama de la habitación de la primera planta del hotelito de Rodríguez Illanes, la que tenía mejores vistas a la Stella y en su día a las vaguadas apacibles que nos unían con Madrid y después a los atascos de la M-30.

La suya no fue una enfermedad larga. Hacía solo tres meses que le había crecido «el mal» en la cabeza, decía ella para referirse a un tumor de avance rápido y fulminante que, quizá para compensar la

premura de la muerte por llevársela, a cambio, y por extraño que nos pareciera entonces, le permitió conservar la lucidez hasta el último día.

—Míralos, pero míralos. —Señalaba con un dedo débil la pantalla de la televisión que hacía unas semanas habíamos instalado en su cuarto—. Si es que nos van a volver a meter en las cavernas, verás tú. Tanta democracia les ha tocado demasiado las narices, que llevaban mucho tiempo siendo los dueños del cotarro.

—Vaya, mamá, estás peleona hoy, ¿eh? Eso es que te vas a recuperar enseguida, seguro. —Vi brillar la esperanza entre las lágrimas de mi primo.

Él la agarraba de una mano, Amparo de otra, Julia le acariciaba el pelo y Petri y yo le hacíamos masajes en los pies. Los médicos nos habían dicho que el fin estaba a punto de llegar y no queríamos dejarla sola.

—Ay, Mateíto —ella era la única autorizada a seguir usando ese nombre—, no te fíes para nada, que el mal ya viene a por mí, solo me está dando un alivio. Pero, calla, hijo, calla, déjame oír, a ver si me da tiempo de saber en qué acaba la canallada esta de las Cortes. Porque esto se va a acabar, mucho no puede durar.

Mi tía era obstinada y perseverante, así que lo consiguió: la vida le duró las diecisiete horas y media que tardaron en entrar y salir del Congreso de los Diputados los que querían volver a quitarnos el ozono que tanto trabajo nos estaba costando aprender a respirar.

Para ser exacta, le duró diecisiete horas y tres cuartos, que pasó entre el sueño y la vigilia. Cuando vio que la canallada se terminaba de verdad, los últimos quince minutos los empleó en despedirse.

Primero nos dijo un adiós global y nos recordó una vez más, práctica hasta el final, dónde se encontraba su testamento. Después, se despidió uno a uno de nosotros.

—Y tú, Sara, mi vida —me dijo en voz ya muy débil cuando llegó mi turno—, quédate con la cajita blanca que tengo en el tocador, la llave la he dejado puesta. Creo que ahí dentro hay algo que te interesa… No sé qué es… Tu tío… me pidió que te lo diera solo cuando… cuando ya no estuviéramos ninguno de los dos… No la

abras hasta que yo…

Se le fueron apagando las palabras hasta hacerse casi ininteligibles, solo ya las comprendí. Después se le apagaron las manos con las que nos acariciaba y más tarde se le apagó la mirada.

Y, al final, mientras los diputados salían uno a uno del Congreso y España dejaba de contener la respiración, vino el mal y la apagó del todo.

Así, con el legado de mi tía y lo que iba a significar, quedó inaugurado 1981, el año de las sorpresas.

10

—Juan Kreisler, ya sabéis, el galerista, nos ha hecho una oferta y creo que la vamos a aceptar, ¿verdad, *sweetheart*?

La primera sorpresa fue la emocionante.

Nos la dieron Ana Mari Galindo y Alfred Gradus una tarde de marzo, antes de que abriera la piscina, mientras veíamos brillar el último sol del día desde la mesa mejor situada, la que miraba a poniente, y Julia, Amparo y yo bebíamos un martini con ellos.

Era el primer descanso que me permitía. Recoger y organizar todas las pertenencias de mi tía Sol tras su muerte al mismo tiempo que dirigía la Stella estaba resultando una tarea agotadora. Menos mal que le había pedido a Mira Romea que me echara una mano.

Mira no era la mejor camarera del mundo, debo reconocerlo, ni tampoco la más simpática. A veces me daba respuestas ariscas que me descolocaban y otras montaba algunos desaguisados de difícil arreglo que ella nunca reconocía. Pero, a cambio, cuando quería, resultaba ser una muchacha dispuesta y servicial.

Conocía a mi tía desde pequeña y, cuando le propuse que me ayudara a ordenar los recuerdos de la fallecida, incluidas todas sus figuritas de Lladró, con y sin flores, así como a clasificar sus objetos personales en dos categorías, valiosos y desechables, se emocionó. Y a mí me emocionó su emoción, no estaba muy acostumbrada a verla. Aunque, en realidad, cualquier cosa que tuviera que ver con mi querida Sol llegaba a emocionarme en aquellos días, por eso agradecí mucho a Mira que me asistiera.

No fue tarea fácil. De hecho, tanta dedicación a los enseres de mi tía había hecho que mis obligaciones al frente de la Stella comenzaran a resentirse, de forma que en los últimos días había dejado que Mira se quedara al mando de los baúles que faltaban por revisar y su distribución.

Gracias a eso, allí estábamos aquella tarde bebiendo martinis.

Ana Mari confirmó lo que decía su Alfred:

—Kreisler nos deja un localito en la calle Lagasca… Hace tiempo que estamos pensando en salir de la base, ya lo sabéis.

—¿Queréis poner vuestro propio negocio?

—Pues sí, si las hamburguesas de Alfred han triunfado entre los americanos, imagínate en España, donde no las conoce nadie.

—Aquí solo hay Foster's Hollywood y Knight 'n' Squire, las de Magallanes y Félix Boix.

—Dice de las buenas, buenas —apostilló Ana Mari—. Porque de Burger King y de McDonald's, que abrió el otro día en la Gran Vía, ni hablamos.

—Esas son *burgers* de plástico.

—Pues eso. Nosotros queremos hacer algo de calidad, chiquilla, algo que llame la atención de lo bueno que va a ser.

—No solo hamburguesas, también costillas…, cocina americana en general.

—Y yo me encargaré de las tartas, a ver si me aprendo los recetarios que me traen las mujeres de los soldados de la base y hago una de esas de tres pisos que les gustan tanto.

—Me parece fantástico y que hacéis muy bien, sois jóvenes y tenéis ilusiones —les dije de corazón—. Qué buena noticia, enhorabuena. Allí nos vais a tener a nosotras de primeras clientas.

—Y no olvides poner a todo la salsina barbacoa, ho, que nuestro trabajo costó encontrarla. Vas a triunfar, amigo.

No sé si vi en la mirada de Amparo un destello de envidia sana o de añoranza de lo que jamás conseguiría cuando, después de felicitar muy sinceramente a la pareja, perdió los ojos en los pinos de nuestro jardín.

—¿Y ya tenéis pensado un nombre para vuestro restaurante?

—Alfredo's Barbacoa, así, entre español e inglés.

Alfred, ya con cara de Alfredo, se dirigió a Amparo:

—¿Te gusta, Amparo? Lo de la barbacoa va por nosotros. No olvidaré *never ever* los días que pasamos juntos en la Stella.

—Ni yo, guaje, ni yo.

Y a Amparo volvió a extraviársele la vista en la maleza.

11

Cuando el último día de abril de 1981 un niño de ocho años, hijo de una limpiadora de la base aérea, murió envenenado en Torrejón de Ardoz, ya comenzaba a crecer una ola en toda España en contra de la actitud colonialista del coloso, que invadía países que no eran el suyo a base de armas, soldados y vaya usted a averiguar qué más.

Nadie sabía aún si Estados Unidos tenía algo que ver con la muerte de ese niño ni con las de cientos, miles de personas que desde ese día empezaron a fallecer o a quedar con órganos vitales seriamente dañados.

Pero la ola de rechazo a lo americano subía como la espuma. No se detuvo siquiera cuando al fin se conoció que tanto horror partió de unos asesinos carroñeros que importaban aceite industrial de Francia, lo destilaban para quitarle los colorantes y lo vendían como si fuera bueno.

Antes y después de que el apocalipsis comenzara a verterse en las sartenes de cada casa y de que el mundo se estremeciera al mirar a la cara a los desaprensivos que nos envenenaban a base de aceite de colza adulterado a propósito, las calles ya se habían levantado contra Estados Unidos, el país que apoyó a Franco, a Pinochet, a Somoza y a Trujillo solo porque le importaba más contener el avance del comunismo soviético que los derechos humanos.

—Vamos a una manifestación en la Puerta del Sol contra las bases. ¿Por qué no te vienes, anda? —llegaron un día Rosalía y Mari Carmen a la Stella para animarme y me hicieron salir hasta el coche en el que venían para enseñarme una cosa—. Mira qué pancarta hemos hecho.

OTAN NO, BASES FUERA, leí las letras enormes pintadas en un esmalte rojo con el que habían simulado un chorro de sangre que caía de la N de la OTAN.

—Chula, ¿a que sí? Es que no sé por qué los dejamos invadirnos con

bases que parecen búnkeres, a saber lo que se trama ahí dentro.

—Ya, la pancarta está muy bien…, pero es que no puedo, queridas. Pedro está de viaje, Amparo tiene mucho trabajo ahora que no la ayuda Alfred, Reme libra, y yo, imposible moverme de aquí. A la próxima manifestación voy, prometido.

En la respuesta que di a mis antiguas camaradas y siempre amigas me di cuenta de lo sabia que era mi tía cuando me decía cómo y cuánto nos cambia la edad. No solo la forma en que nos aplaca los ánimos, sino también hasta qué punto hace que nuestros intereses materiales comiencen a imponerse a los ideales de la conciencia.

A mí tampoco me gustaban los americanos de la base, como a ellas. Pero, para mal o para bien, eran los mejores clientes de nuestro establecimiento. A veces, los únicos.

La Stella ya no era el paraíso que fue, ni famosa por ofrecer lo que nadie ofrecía. Ese era el signo de los tiempos, también según la sabiduría de los Pérez-Vizcaíno.

Por una parte, en Madrid, que había conocido durante los últimos años una explosión de vivienda de nueva construcción, la mayoría de los bloques modernos y vanguardistas que brotaban como setas de quince pisos contaban ya con piscinas privadas. Sobre todo, en los barrios que iban desde Arturo Soria hasta casi el de Salamanca pasando por el de Alfonso XIII y Corazón de María, como nuestro apartamento de Padre Claret; es decir, en toda la zona que nos circundaba y que, gracias a la M-30, ya había dejado de estar en las afueras para empezar a convertirse en un distrito residencial cotizado.

Por otra, las terrazas con bailes al aire libre y música serena habían comenzado a formar parte del pasado.

Esa fue una de las consecuencias culturales más inmediatas y visibles de la llegada de la democracia. Las nuevas brisas ya no eran políticas, sino lúdicas. También de forma especial en Madrid, donde una generación más joven que la nuestra, pero que, como nosotros, venía de pelear en las barricadas contra el franquismo y se había criado bajo las porras de los grises, se había quedado sin monstruo contra el que luchar y buscaba desesperadamente aire limpio para metérselo a bocanadas.

La noche madrileña se convirtió en un nuevo foro de libertad, solo que no para reunirse en conciliábulos secretos de activistas puño en alto o en células de mujeres con ansias de liberación que pedían amnistía y democracia desde sótanos clandestinos, sino, simplemente, para bailar a ritmo de músicas nuevas. Y lozanas, como el aire.

La primera vez que oí a Nacha Pop y a su *Chica de ayer* en la radio, el corazón me dio un bandazo de melancolía, otro de entusiasmo y un tercero de resignación. Aquellos eran los nuevos tiempos, esos que hacía muy poco estaban a punto de venir y, de repente, ya estaban aquí.

La melancolía fue porque, como decía Antonio Vega, yo también llegaba «demasiado tarde para comprender» una música que me quedaba lejana. O quizá fuera yo la distante. Yo, que me había quedado anclada en la Pavillón mientras oía a Lionel Hampton y soñaba que estaba en el club de jazz Paris Blues de Nueva York. Yo, que creía que hasta *El vals de las mariposas* era de una modernidad tan vulgar que no la permitía en los bailes de mi club. Yo, que ya no estaba preparada para el futuro por el que había luchado ni llegaría a estarlo nunca.

El bandazo de entusiasmo no fue por mí, sino por las nuevas generaciones que sí lo estaban, en cambio. Por las que llenaban lugares como el Penta, el Rock-Ola o la Vía Láctea, y por las que ya se estaba empezando a poner nombre a una nueva corriente que no se adscribía a ninguna cultura política, sino a su contracultura: la Movida madrileña.

Y el de la resignación fue porque, como cantaba Antonio Vega, las calles mojadas que me habían visto crecer, en las que hacía media vida yo arrojaba octavillas o pedía anticonceptivos gratis, ya no eran mías. Eran de ellos, de los que venían empujando.

Yo miraba alrededor y, fuera de la Stella, todo era fiesta. Madrid, en 1981, era una gigantesca fiesta continua y sin tregua. Sin días, solo con noches. Una ciudad que nunca dormía y cuyo alcalde, aquel profesor Tierno Galván que veinte años antes nos había ayudado a coordinar las ayudas a los familiares de los represaliados por el contubernio de Múnich, ahora no solo era el fiestero mayor, sino que,

desde su corazón eternamente joven, enardecía a las multitudes cuando confundía a Lennon con Lennox o les pedía que estuvieran al loro, es decir, a lo moderno. No como yo, que me había quedado rezagada.

Ese era el nuevo Madrid, el de la fiesta, el de la alegría, el de las noches eternas, el de las piscinas en cada esquina y el del viejo alcalde roquero.

Pero ninguno de los tres directores del triunvirato que seguía en vigor y tan bien había funcionado hasta entonces pudo seguirle el paso.

Nuestra Stella había dejado de ser un oasis de luz en medio de la oscuridad de una dictadura, porque ahora lo que tenía alrededor brillaba tanto o más que ella. Había perdido la hegemonía. Ya no era única.

Solo hubo una clientela que, tal vez por la cercanía geográfica, o por las hamburguesas que aún servíamos, o por la música que mis gustos trasnochados se empeñaron en mantener y que a ellos les recordaba a su tierra, nos sostuvo en pie: los oficiales estadounidenses de la base de Torrejón.

Y esa fue la razón por la que, avergonzándome hasta lo más profundo por no haber sabido ser fiel a mis principios, preferí no colocarme detrás de una pancarta que pedía que España expulsara a casi los únicos que, por el momento, garantizaban nuestra supervivencia.

◆◆◆◆

Pero hubo un instante de 1981, uno solo, en el que las manecillas del reloj dieron vueltas en sentido contrario y sí que volví a sentirme joven, como cuando era díscola y revolucionaria, y le ganaba pulsos al dictador.

Fue gracias a nuestra amiga la frutera de San Miguel, Lola Hinojosa, que llegó como una exhalación un día de junio a la churrería de Lavapiés en la que desayunaba con Mari Carmen. Yo seguí la conversación entre las dos en silencio.

—¿Habéis visto el periódico?

—Hoy no. ¿Qué pasa?

—Que ya está, que la han aprobado, y el trabajito que ha costado, la Virgen. Ayer, en el Congreso.

—¿La ley? ¿Por fin? Dios bendito, ya era hora.

—Yo el mismísimo 7 de julio estoy en el juzgado pidiendo la vez para que me lo tramiten por la vía de urgencia, que no lo aguanto más.

—No va a ser tan fácil, Lola, mujer, que parece que han puesto condiciones, no lo puede pedir todo el mundo.

—¿Qué condiciones, a ver?

—Pues no sé, algunas. Por ejemplo, que esté en la cárcel o que sea un borracho. Y si no, por la vía ordinaria, que es la lenta.

—Lo de la cárcel ya no, pero lo otro todos los días. Solo hasta que la muerte nos separe, no te jode. Y, si tenías esa suerte, después el luto. ¿Os acordáis de cuando había que ir de negro riguroso de la cabeza a los pies?

—Sí, pero solo nosotras. Que los hombres se ponían solo una cintita en el brazo y, hala, al bar, como siempre, y las mujeres, encerradas en casa dos años. Como mi madre, la pobre, que iba encadenando parientes muertos y nunca la vi de otro color.

—Pues ahora ni siquiera hay que esperar a que se muera, ya se le puede decir anda y que te den. Aunque tarde, qué más da, mejor eso que lo de esperar a la muerte. Adiós, maris, me voy a preparar la maleta, qué ganas tengo.

Reímos las dos ante la resolución de Lola, pero yo reí más y reí por dentro.

Para mí, la nueva ley de divorcio del ministro Fernández Ordóñez, bendito fuera, iba a significar lo contrario de lo que significaría para todas las parejas que, a partir del 7 de julio, cuando se hiciera realidad la primera norma que desde 1932 garantizaba ese derecho fundamental, se acogerían a ella.

Para mí, la ley significaba que Pedro y yo, por fin, ya podíamos casarnos.

De modo que reservé para el día siguiente la mesa de poniente, con

vistas al sol más romántico de Madrid, en la que iba a pedirle lo mismo que él me había pedido a mí cinco años antes.

12

Qué poco podía figurarme yo que ese mismo día iba a suceder algo mucho más insospechado que lo que llevábamos cinco años aplazando, porque en la Stella apareció la verdadera sorpresa del año: ella.

Era una oficial estadounidense con una insignia metálica en forma de rectángulo plateado en el uniforme.

Tenía ojos de inteligencia, lo más relevante de su persona. Además, una sonrisa de gentileza que pocas veces vi en sus compatriotas, bocazas por lo común. La piel, del mismo color y suavidad que la de Donna Hightower. Los labios, carnosos como los de Ava Gardner. Y los ojos, del mismo cielo del que bajaron los de Pepa Flores.

—¿Visteis eso que lleva en el hombro, la chapina plateada? Esa ye teniente como poco. —Amparo sabía cosas de la base que nosotras no, su amistad con Alfred había dado mucho de sí, y tampoco ella podía apartar los ojos de la nueva clienta—. Pa ser tan joven y encima muyer, ye la repanocha.

Pero, a pesar de su estampa colosal, el galón de su uniforme y sin duda el respeto que debería inspirar solo por su rango, aunque no fuera el más alto, lo que vimos la tarde en que las tres la conocimos fue un cuadro lamentablemente habitual en los últimos tiempos de la Stella: siete oficiales americanos, todos hombres, que acosaban a la única mujer que se sentaba a su mesa.

Excepto uno, al que los demás se dirigían con respeto. Lo llamaban coronel, creímos entender.

—Sí, eso es lo que es: el coronel Kenneth North, creo, un jefazo de la base —nos dijo Julia en modo cotilleo—. Me han hablado de él algunos de los soldados que los fines de semana se rompen la crisma. Vienen a las Urgencias del centro para que yo se la cosa y así no se enteran sus superiores de lo que hacen cuando salen por ahí de juerga.

—¿Y por qué está aquí con todos esos cretinos y una señora que ni lo mira?

—Reservaron una mesa para la despedida de alguien —dijo Amparo, que consultó la lista de reservas—, debe de ser la de ese coronel.

—Seguro, porque me han contado que lo va a sustituir otro que llega de Estados Unidos. Parece que están preparando algo nuevo y muy importante, por eso traen a uno distinto y largan a este.

—Pues como lo nuevo sea igual a lo del veneno de la colza de los coyones…

—Yo creo que es precisamente por eso. Han debido de mandarlo para mejorar un poco la imagen de la base.

—¿Y onde ta el sustituto?

—No parece que sea ninguno de los que están ahí…

—A lo mejor no llegó todavía.

—O a lo peor.

—El que se va seguro que aún tiene mando en plaza, así que ya podría darles una colleja a los de la mesa, que hay que ver lo que le están haciendo pasar a esa pobre mujer, criatura…

—Y ye tan educada, ¿eh, ho?, tan fina… —Amparo estaba encandilada, como nosotras.

—Y esa piel… lo que yo daría por ser negra.

Todo en ella era admirable: su elegancia, su figura fastuosa de reina de Saba y su estoicidad ante las muchas impertinencias y ordinarieces que debía de estar oyendo cuando alguno de sus colegas se le acercaba al oído y le dejaba los rizos llenos de babas.

—Y que lo digas. Es exquisita.

Ninguna de las tres podía dejar de observarla sin ser vista a través de la cristalera de la cocina. Eso creíamos, pero, justo en el momento en que yo dije la última frase, la mujer exquisita giró de pronto la cabeza hacia donde estábamos como si nos hubiera escuchado y sonrió.

No supimos lo que vimos en aquella sonrisa hasta mucho más tarde. Quizá fuera solo cortesía. O agradecimiento. O nada más que quiso verse reflejada en el espejo de la mampara de cristal y le lanzó una

sonrisa a su propia imagen devuelta.

Sin embargo, lo que en ese momento vimos en realidad fue a una persona que durante mucho tiempo habíamos buscado.

Y aún no sabíamos por qué o para qué.

◆ ◆ ◆ ◆

La mesa se había descontrolado. Después de que cayeran cinco jarras de sangría, dos botellas de Jack Daniel's y otras dos de orujo de hierbas, el asunto rozaba el caos.

Solo a la reina de Saba y al coronel saliente se los veía sobrios. Ella, a punto de perder los nervios, y él, hierático; le daba igual lo que hiciera una panda de gamberros que habían dejado de ser cosa suya. Quedaba claro que a aquel hombre, a pesar de seguir teniendo la máxima autoridad, ya no le daba la gana ejercerla.

En medio del griterío, se levantó en silencio, sin llamarlos al orden siquiera, y se fue al aseo.

No pude más. Me acerqué a la mesa y les hablé tan alto como pude.

—Señores, están ustedes importunando a los demás clientes. —Menos mal que ellos eran los únicos en aquel almuerzo, ni siquiera estaba Faustino, el gorila de la puerta, a quien ante la poca afluencia de público le habíamos dado el día libre, pero no se me ocurrió nada más convincente—. Les ruego que paren inmediatamente de…

No sirvió de nada. Me trataron con el mismo desprecio con el que se dirigían a su compañera, que en ese momento estaba intentando zafarse del abrazo de uno.

—*Jump*! —gritó el más bajito, que parecía el de más graduación después del coronel.

—*Jump! Jump*! —le corearon los demás con los mismos bufidos de orangutanes hambrientos.

—*Jump! Jump! Jump*!

Seguían bramando los cinco cuando empezaron a hacer lo que Ava había hecho tanto tiempo atrás, pero con muchísimo menos glamur, fineza y elegancia, y nada de belleza: comenzaron a desnudarse.

La mujer que les acompañaba sabía lo que pretendían, así que

consiguió correr como pudo hacia la barandilla del restaurante y abrió los brazos en cruz para detenerlos.

—*No, please, don't, come on, boys*…!

Pero era inútil. Por la cara de pánico de la militar y la de estulticia absoluta de sus compañeros supe lo que querían hacer, un imposible: saltar desde esa barandilla a la piscina.

Desvarío colosal, porque el agua no estaba justo debajo del antepecho del restaurante y porque la distancia que lo separaba del suelo era de casi diez metros.

No, más muertos aquí, no, por Dios, recé como supe. Pensé en Roberto, pensé en Melgar, pensé en cuánta estupidez llega a caber en frentes tan pequeñas como aquellas y me lamenté de que fuera la suficiente como para que, al grito de la selva de uno solo de ellos, el resto de la manada estuviera dispuesto a seguirlo hasta el precipicio.

—¡Estamos llamando ya a la policía, paren inmediatamente! —les chillé, pero ni me entendieron ni me oyeron.

Fue la mujer quien me contestó en español impecable:

—No va a servir de nada. Estos animales desprecian todo lo que no sea americano, incluida la policía. Entreténgalos, que yo me encargo.

Salió disparada hacia el bar y le pidió a Reme, que ese día atendía la barra:

—Páseme el teléfono, por favor, rápido.

A mí lo único que se me ocurrió fue hablarles en un lenguaje que entendieran, aunque no supieran ni una palabra de español: enarbolé una botella.

—*Hey*, americanos, os traigo un whisky especial español, este seguro que no lo habéis probado. Corre por cuenta de la casa.

Saqué un DYC que teníamos abierto desde el 73 y que ya se había debido de echar a perder. Se abalanzaron a él sin pensarlo y eso hizo que se alejaran durante unos minutos de la barandilla, los que tardaron en vaciar la botella en cada vaso y en bebérselos.

La tregua no fue suficiente. Tuve que desempolvar además un Fundador, un Baileys y un Calisay, y a punto estuve de sacar el pipermín que ya nadie pedía nunca desde que Ava dejó de encargar sus Dog's Face. Solo lo bebía Julia y siempre después de una guardia

extenuante, cuando se acordaba de nuestra Eiva. Habría funcionado, estoy segura. Se habría convertido en el somnífero final, pero no hizo falta porque, media hora después de que saliera la primera botella y antes de que la del licor verde llegara a la mesa, aparecieron cinco agentes en la Stella.

De nuevo teníamos uniformes allí, pero esta vez no eran españoles, sino los únicos a los que aquellos idiotas en calzoncillos de Mickey Mouse y Batman más temían: los de la policía militar del honorable Ejército de los Estados Unidos de América, llegada a toda la velocidad que pudo desde la base en respuesta a la llamada de auxilio de la teniente.

Solo respiramos todas, ella y nosotras, cuando los seis imbéciles se montaron esposados en un furgón de cristales tintados, con el coronel en el asiento delantero.

Ese fue nuestro momento.

—Venga usted y siéntese en esta mesa con nosotras, creo que le hace falta relajarse un poco. Queremos invitarla a un whisky, pero a uno bueno de verdad —le dije a la oficial, que suspiraba aliviada al ver cómo se alejaba el hatajo de simios.

—Son ustedes muy amables. Creo que ahora sí que me hace falta. Pero no se preocupen, yo bebo poco y no soy como ellos.

—No necesita jurarlo, señora.

Nos echamos a reír con ella, aunque a todas aún nos temblaran las manos.

Poco a poco se nos fueron apaciguando, el ámbar que bebíamos consiguió templarnos y, así, al fin, conocimos de verdad a Vanessa Pandora Grass.

13

—¿Y dónde aprendiste a hablar como una española de nacimiento, que pareces de Chamberí…? —Amparo se interrumpió al darse cuenta de la falta cometida—. Ay, perdón, ¿puedo hablarle de tú?

—Podéis hablarme como queráis, por supuesto, y de tú me encantaría.

—Es que no sé cómo se habla con una…

—*First lieutenant*, teniente primera, no sé si aquí se dice igual o solo teniente. En la Fuerza Aérea de mi país esa es mi graduación. Pero no sois americanas ni estáis en el ejército, y, aunque lo estuvierais, para vosotras soy Vanessa. Hablo español por dos razones: porque mi madre es de Valencia y porque me crie en Madrid, en Royal Oaks. Mi padre estuvo destinado en Torrejón en 1955, cuando se instaló la base. Era coronel entonces. Yo tenía unos diez años y los siguientes cinco fueron los más felices de mi vida.

La escuchábamos extasiadas. Después siguió contándonos de ella. Todo lo que decía sonaba a proeza y, sin embargo, al mismo tiempo era de una sencillez que aplastaba cualquier asomo de sentimiento que no fuera alegría por sus logros.

Nos dijo que, al crecer como creció en una familia militar, supo desde muy joven que esa iba a ser su carrera. Hacía solo un año que había terminado los cuatro de preparación en la USAFA de Colorado Springs.

—Es la academia de la Fuerza Aérea y me siento muy orgullosa de ser de la primera promoción de mujeres, las que empezamos en el 76.

—¿En tu país una mujer puede llegar a teniente así, por las buenas?

—Por las buenas, no —rio—. Estudiando mucho, casi más que los hombres.

—¿Y cuánto tardaste tú en llegar al grado que tienes?

Vanessa se azoró un poco.

—Yo, en solo un año, pero habitualmente se tardan dos. Creo que le puse mucho empeño, le dediqué muchas horas. Así me evadía un poco de las cosas de casa.

Nuestro asombro crecía. Cuando aquí salíamos a duras penas de una dictadura y a las mujeres todavía no se nos permitía, por ejemplo, administrar bienes gananciales o se nos obligaba a cumplir el Servicio Social femenino para aprender a bordar como mandaba Dios, Vanessa Pandora era una de las primeras alumnas de una academia de aviación militar. Casi nada.

No es que yo admirara a quienes decidían dedicar su vida al arte de matar a los demás, que eso y no otra cosa era para mí un ejército, fuera del país que fuera. Lo que yo realmente admiraba era a las mujeres pioneras. Porque, también fueran del país que fueran, todas, invariablemente, tenían que vencer muchos más obstáculos que sus compañeros masculinos para después quedarse siempre un paso por detrás de ellos.

No había más que recordar lo que acababa de suceder en el restaurante de la Stella ese mismo día.

—No te estará resultando fácil en esta profesión tan de hombres, ¿verdad? —Julia me tradujo el pensamiento.

Vanessa rio y nos enseñó unos dientes tan blancos como las paredes de la Stella.

—Está siendo bastante más que difícil. Cuando eres civil y un hombre se te acerca para lo que no quieres, puedes tirarle una copa encima y salir corriendo. En mi trabajo, si ese hombre es tu superior, solo te queda rezar para no quedarte nunca a solas con él.

—Hoy no has tenido uno, sino siete.

—Y todos, tenientes como yo, excepto el coronel, pero ya veis cómo tratan a una mujer, aunque tenga el mismo rango que ellos. Son unos cafres, ¿se dice así?

—Sí, así se dice. E incluso peor se dice. —Amparo no se había perdido ni una sola de las palabras que había pronunciado nuestra invitada—. En Asturias llamámoslos zaramiellos, ababayaos y abobaos. Y a veces otres coses que nun digo. Pero pa los de hoy nun tengo palabres.

—Estoy acostumbrada. Es así siempre. —La invitada sonrió a Amparo—. Por cierto, me encanta cómo hablas. No lo entiendo todo, pero me gusta mucho.

—Gracies. ¿Y… —Amparo, colorada hasta las cejas, no se atrevía a seguir— estás tú sola aquí con todos ellos? ¿No tienes familia, nadie ha venido contigo?

No sé explicar por qué, pero vi lo mismo que vi el día que conocimos a Nati. Mejor dicho, el día que ella nos conoció, especialmente a Julia primero y a Amparo después, cuando creí distinguir un hilo invisible que la unía a cada una de ellas. El mismo hilo enredó aquella tarde a Amparo y Vanessa, que bajó los ojos al contestar a mi amiga:

—Mi marido, TH —nunca, ni siquiera ahora, dejará de sorprenderme la manía americana de llamar a los suyos por las iniciales—, llegará a Torrejón dentro de unos meses.

Silencio breve de Amparo y después:

—Meca… ¿Y ese Ti Eich —exageró la pronunciación aposta— tamién ye militar como tú?

—Es el nuevo coronel que sustituirá a North, el que estaba aquí hoy.

—Claro, ya me extrañaba a mí que la de la graduación alta de la familia fueras tú. —Julia no lo dijo con ánimo de ofender, es que le salió del alma.

Vanessa siguió:

—A TH le han encargado una misión concreta en la base que… bueno, para qué os la voy a contar, si es un aburrimiento.

»El caso es que yo he decidido venir primero para ir buscando casa, comprando muebles, arreglando papeles, ya sabéis, las cosas que a los maridos les da tanta pereza hacer en una mudanza.

—Sí, eso pasa en todas partes. Nosotras ye que nos las arreglamos mejor, todo hay que decirlo.

No sé si Julia estaba notando lo mismo que yo, que aquello se estaba convirtiendo en una conversación entre Vanessa y Amparo, solo entre las dos.

—Además, en las parejas no viene mal un tiempo de distancia…

—No, nada mal. —Amparo la miraba—. Respirar siempre ye bueno.

—A ver, que yo con TH respiro, pero… dormir sola en una cama grande de vez en cuando se agradece. —Reímos con ella, hasta que se levantó, como recién despierta de un trance—. En fin, señoras, ha sido un placer, es que tengo que irme ya.

—Claro, el deber te llama, ser soldada tien que ser bien exigente… —Amparo se lo dijo sin pestañear en su mirada fija.

—Lo que es muy exigente es ser madre.

Se hizo el silencio. Hasta que Julia lo rompió tratando de sonar jovial.

—Anda, qué bien, tienes niños. ¿Cuántos…?

—Dos. Una de nueve años y otro de siete, más el tercero, que llegará pronto.

—¿Estás embarazada? —Amparo preguntó lo evidente con el mismo tono que usaba Macías cuando nos interrogaba.

Vanessa no contestó a esa pregunta, pero yo traté de intervenir deprisa, aunque la americana continuase mirando solo a Amparo.

—Enhorabuena, vaya familia tan bonita. ¿Y de cuánto estás?

—Creo que lo tendré antes de Navidad —hizo una pausa—. Espero que TH haya llegado ya para esa fecha.

—Seguro que sí, pero mientras, si necesitas cualquier cosa, sea la que sea, puedes contar con nosotras. Para estar aquí sola con dos niños de esas edades y rodeada de tontos es bueno tener amigas, aunque no estemos en la base contigo.

Vanessa Pandora sonrió con su boca perfecta, pero no con sus ojos color de agua. Eso también lo noté.

—Muchas gracias, Sara, lo tendré en cuenta. Lo mismo digo, si necesitáis algo de la base, allí me tenéis.

Para nuestra sorpresa, Amparo se acercó a ella, le puso una mano en el brazo, algo que jamás hacía con nadie, y le dijo:

—¿Y cuándo te dan libre? ¿Les fines de semana?

—No todos, pero este sí. Creo que después de lo de hoy me lo he ganado.

—Anda, mira qué casualidad, este sábado precisamente había pensado yo poner hamburguesinas de eses que me enseñó a hacer uno de los tuyos. Seguro que tus neños quieren. ¿Por qué no los traes a la

piscina pequeña y pasáis aquí el día? ¿Verdad que ye buena idea, Sara?

Tener a aquella mujer como invitada de la Stella era lo mínimo que podíamos hacer para resarcirla por no haber tenido ni el personal suficiente ni la fuerza necesaria para contener a la piara de necios con los que había llegado y que estuvieron a punto de organizar un desaguisado con tragedia incluida.

Pero, además, contar con ella como huésped especial de Amparo era un añadido más a nuestro afán por conocer mejor a quien tal vez resultase ser la persona más interesante que había pisado la Stella desde los tiempos de Ava Gardner.

—Por supuesto que sí, ya te he dicho que eres nuestra invitada siempre, Vanessa. Las puertas de la Stella están abiertas para ti.

Y las de nuestro corazón, pensé, que ya iba siendo hora de que nos lo volviéramos a dejar de par en par con una desconocida, aunque fuera solo de vez en cuando.

◆◆◆◆

La cena de petición de mano a Pedro, esa misma noche, transcurrió de aquella manera, como diría Julia.

Estaba yo tan fascinada con nuestra nueva clienta americana que la conversación giró más en torno a ella que a nosotros.

—Imagínate, una negra guapísima, con los ojos azules y acento madrileño. Encima, mujer en un ambiente de testosterona pura…

—Mujer, yo también tengo testosterona, que soy hombre, y no salto barandillas.

—Ya, pero la tuya es de la buena, Pedro, no de la que he visto yo esta tarde aquí. Menos mal que no estabas. Tu testosterona y tú habríais querido intervenir, e igual habríais salido todos volando por los aires. Vamos, es que no quiero ni pensarlo.

—Bueno, a ver, si me has invitado a cenar es porque quieres decirme algo, ¿no?

—Si ya sabes lo que quiero decirte, amor. Llevamos viviendo juntos cinco años, anda que no me conoces tú bien.

—Ya, pero me gustaría oírtelo.

—Pues que, si aún sigues queriendo casarte conmigo, vamos a tener que esperar un poco más.

—¿Esperar? ¿Más aún?

—Mira, Pedro, yo quiero casarme en la Stella, como mi primo, aunque el mejor momento va a ser en la última quincena de septiembre, cuando acaba la temporada, así no tenemos que cerrar ningún día por el festejo, que no estamos para desperdiciar jornadas hábiles con clientes.

—¿Este septiembre…? Sí, vale, estaría bien…

—No, no, el del año que viene. Este estamos aún de luto por mi tía.

—¿Luto? Tú, que eres tan moderna, tan progresista, tan mujer liberada…

—Es que el que no es liberado ni moderno es mi primo Mateíto, hijo. Me ha pedido que le guardemos a su madre la memoria en la Stella este año entero. Así habla él, como un viejo, y eso que aún no ha cumplido los cuarenta.

—Ya, mujer, y yo respeto su voluntad, pero un año y medio es mucho tiempo.

—¿Y a ti qué más te da? Si hemos esperado cinco años, nos da igual aguantar otro más. Total, ya dormimos juntos cada noche, que es lo que importa, ¿no?

—Está bien. Si quieres que sea en el 82, resisto hasta el 82. Yo te esperaría hasta el fin del mundo, mi vida. Aunque para entonces, igual ha llegado ya.

—¿Cómo que habrá llegado ya? ¿Qué es lo que habrá llegado?

—Pues el fin del mundo si España queda muy mal en el Mundial. Como la depresión dure hasta septiembre, el único invitado que va a venir a nuestra boda va a ser el Naranjito.

Reímos, nos besamos y esa noche hicimos el amor más largo de todos, quizá porque queríamos apurar la cuenta atrás hasta que llegáramos al altar y sucumbiéramos a ese estado de las parejas en el que, como todo el mundo decía, la pasión muere y los rencores afloran.

—A nosotros no nos va a pasar eso, ¿a que no, Pedro? —le rogué

que me mintiera en una tregua del amor de aquella noche.

—Jamás, mi amor. Te voy a querer toda la vida como el primer día.

Yo también lo hice.

Aún le quiero.

Aunque me haya faltado vida para demostrárselo.

14

Fue como un retorno a los días de luz, a los más brillantes que vivimos en la Stella.

Vanessa Pandora y sus hijos, Laura y Gabriel, se convirtieron en nuestros mejores clientes y, lo que era más importante, en nuestros nuevos grandes amigos.

Poco a poco aprendimos a conocerlos.

Primero a ella. Nos dijo que no solo era teniente en el Ala Táctica 401 de la base de Torrejón de Ardoz, sino que la habían enviado a España con una misión concreta después de haber acumulado muchos puntos a su favor: fue de las mejores de su promoción en la academia de Colorado Springs, hablaba un español perfecto y ella misma se ofreció como voluntaria para integrar el equipo en cuanto tuvo conocimiento de él.

Y lo consiguió.

Para su suerte y la nuestra, Vanessa fue destinada al cuartel general del Grupo de Comunicaciones 1989, instalado en Torrejón, del que dependían un buen número de destacamentos de transmisiones esparcidos por el Mediterráneo y desde donde Estados Unidos coordinaba y supervisaba las conexiones y el tráfico aéreo en el sur de Europa. La invasión soviética de Afganistán no había hecho más que añadir tensión a una guerra fría que, aunque simulaba haberse relajado, no dejaba de hacer permanentes equilibrios en el filo de la navaja.

—¿Veis el emblema? —Laura nos mostraba con orgullo la manga del uniforme de su madre cuando venía vestida con él—. *Mommy* dice que el azul y el amarillo son los colores de la USAF, por el cielo y el sol.

—Ya…, y ese *Servitio Dedicati*, qué guapo. —Amparo acariciaba el trozo de fieltro. Nunca la habíamos visto tan emocionada por algo

relacionado con aquello de lo que estábamos tan en contra, como eran los americanos, la base y el militarismo.

—Los lemas del ejército, ya sabéis. Nos encanta presumir de abnegación. —Vanessa tenía más sentido del humor que talante castrense.

—A mí lo que me gusta es la bola del mundo —Laura seguía acariciando la insignia—, con el avioncito dando vueltas, como el que nos ha traído a España para que *mommy* trabaje con los más listos de la base. Es que ella hace una cosa que se llama *intelligence*.

A veces, el pequeño Gabi intervenía:

—¿*Daddy* también es listo? —lo preguntaba, no lo afirmaba.

Y Vanessa se apresuraba a matizar:

—Claro, *honey*, él es listísimo. Fíjate si lo es que va a venir a cambiar los aviones de la base… ¡con lo que pesan!

Todos nos reíamos, sobre todo los niños, que habían nacido creyendo que las armas y los cazas de combate eran juguetes, como los pequeños aparatos teledirigidos último modelo recién llegados de California con los que jugaban en las praderas junto a la Stella.

Pero, a pesar de lo críptico de las definiciones del trabajo que realizaban su marido y ella, y que Vanessa nos daba con cuentagotas, limitada por la confidencialidad de un trabajo que la requería más que ninguno, algo nos quedó claro desde que la conocimos: que ningún otro puesto le habría resultado más emocionante que el de servir a los dos países de sus padres ni nada podía ilusionarle más que regresar al lugar de su infancia.

Allí era donde quería ver crecer a sus hijos durante sus mejores años, por eso hacía meses que había solicitado a la oficina militar de San Antonio encargada de los traslados un piso en uno de los edificios de cuatro plantas de Royal Oaks. Ella los recordaba bien, porque era el lugar en el que sus padres la criaron a ella y al que solo tenían derecho los oficiales. Al final consiguió que le dieran uno de cuatro dormitorios de los casi sesenta de ese tipo que había en la zona.

Su apartamento era soleado, tenía una terraza grande y estaba muy cerca del economato. En él, además, Vanessa hizo lo que a ningún americano se le ocurriría hacer jamás: el aparato de televisión que

instaló no solo estaba conectado vía satélite a las programaciones norteamericanas del sur de Europa, como los de los demás, sino también a las dos únicas cadenas de Televisión Española.

—Yo quiero que mis hijos vean *Sesame Street* en español, que aprendan bien lo de arriba y abajo, delante y detrás, pero en este idioma, aunque ya lo hablen de maravilla. Para hacerlo en inglés tendrán tiempo, que les quedan muchos años por delante cuando volvamos a Estados Unidos.

Y entonces callaba, mientras brillaba algo en sus ojos. Aún no sabíamos qué. A veces nos parecía tristeza y otras esperanza.

Aprendimos a quererla como era, con sus silencios y sus brillos en los ojos.

A ella y a los dos apéndices que siempre llevaba consigo, las dos extensiones de ella misma.

◆◆◆◆

Laura tenía la piel y los ojos de su abuelo jamaicano, y el pelo liso, negro y brillante de su abuela valenciana. Solía llevarlo suelto y con una pequeña coletita que le brotaba a un lado, siempre con una cinta verde: «*No pink*, odio el rosa».

Los ojos de Gabi, con el pelo igual de oscuro y además disparado como si fuera un cepillo, eran dos fuentes de chispas que hablaban sin necesidad de palabras y decían si el niño estaba triste o contento, si tenía hambre o si se moría de sueño, y también si algo le gustaba o le causaba terror.

Los dos, además, olían a nardo, coco y vainilla, tenían voces de cascabel y asemejaban dos espíritus enviados a la Tierra para hacer menos miserable el paso de todos nosotros por ella.

Creo que por eso me enamoré de esas dos bolas de cacao desde el primer día que las vi.

Sus risas en la piscina infantil cada vez que una roca escupía agua al pequeño acuario en el que aquellos pececillos chapoteaban a carcajadas resonaban en la Stella, y su eco, me parecía a mí entonces, cruzaba la M-30 y se extendía por Madrid.

Laura y Gabi me recordaron a tres muchachas adolescentes, apenas con cinco años más que la mayor de los niños Grass, que llegaron a esa misma piscina en la posguerra y vivieron allí sus mejores días, despreocupadas y felices, ajenas al dolor y a la tristeza.

Me transportaron a los tiempos oscuros que entonces vivía España fuera de sus puertas y que, nada más traspasarlas, se convertían en luminosos por arte de magia.

Y me dije que sí, que, aunque nuestro público hubiera cambiado mucho en los últimos treinta años, aunque nuestras recaudaciones hubieran mermado, aunque necesitáramos un guardián en la puerta y de vez en cuando la ayuda de las fuerzas de seguridad de dos nacionalidades, aunque nuestras aguas se hubieran teñido de rojo alguna vez, aunque nuestras copas se hubieran llenado de veneno, aunque tuviéramos un sótano en el que todavía escondíamos una parte importante de la historia reciente de España, aunque nunca pudiera borrarse de nuestra mente la imagen de la muerte asomando con unos pies desnudos por fuera de una tinaja… Aunque todo eso hubiera sucedido, la Stella siempre sería un lugar con alma.

Y con magia.

◆◆◆◆

El verano de 1981 no solo fue el verano de las bullas infantiles. También fue el verano en que, por primera vez en su vida, Amparo se enamoró.

De nuestra amiga nunca habíamos conocido más de lo que ella había querido contarnos, y siempre fue la mínima expresión. Nunca tuvo un amor confeso, nunca nos habló de sus sentimientos, nunca se descubrió ante nosotras, a diferencia del modo y la profusión en que Julia y yo nos desahogábamos con ella y le narrábamos nuestros amores y desamores.

Sin embargo, Amparo siempre supo escuchar. Era nuestro hombro, nuestro paño de lágrimas. Su parquedad era nuestro refugio, no necesitábamos muchas palabras para sentir que estaba a nuestro lado.

Pero eso a veces también nos daba miedo, porque sabíamos que

quien se come la pena de los demás puede llegar a ser devorado por ella y después termina muriendo solo.

Recordé que, hacía muchos años, creí que Amparo y mi tío mantenían una relación, aunque nunca supe hasta dónde llegó ni cuál fue su naturaleza, e incluso ya para entonces hasta lo dudaba. Eso fue lo más parecido al amor que vi brillar en sus ojos desde que la conocía. Y también era cierto que alguna que otra vez Amparo desaparecía de nuestras vidas. Decía que marchaba a Asturias a encargar productos de su tierra para el restaurante, o que necesitaba ir con Miguelón al médico, o que iba al médico ella misma, pero, si le proponíamos acompañarla, nos replicaba que solo podríamos hacerlo saltando por encima de su cadáver.

—¿Para qué carayo queréis venir a una puya del *campanu*, ho? Si yo solo voy pa ver amigos de cuando era pequeña.

Eso debía de ser verdad, porque siempre volvía sin salmón.

—¿Y a vosotras qué coyona os importa lo que tenga el Miguelón? Yo quedo con él esta noche pa cuidarle y mañana Dios dirá.

Pero Miguelón aparecía al día siguiente sin asomo de calentura ni de indigestión.

Era muy evidente que ninguna de esas excusas para sus desapariciones era cierta. Alguna idea nos hacíamos sobre ellas, solo suposiciones, pero la reserva que debíamos a quien nos la exigía y la fidelidad hacia quien, hiciera lo que hiciera con su vida, siempre iba a tenernos a su lado nos obligaron a mantenernos tan al margen de la cara oculta de Amparo como ella nos pedía.

Hasta que llegó Vanessa Pandora Grass e intuimos lo que de verdad había pasado siempre.

Aquel fue el verano en el que vimos a la Amparo más sonriente, más contenta e incluso más parlanchina, lo que era en extremo inusual.

Hacía ya muchos días que parecíamos tener una amiga distinta a la que conocíamos desde hacía treinta años cuando yo averigüé la razón.

Para ser exacta, cuando confirmé lo que Julia y yo sospechábamos, aunque sucediera sin querer.

◆◆◆◆

Ocurrió una tarde de ese verano a la hora tonta: habían terminado los servicios del restaurante, cada vez más escasos, y antes de que Amparo tuviera que regresar a la cocina. O sea, a la hora de la siesta.

Vanessa descansaba en una tumbona bajo uno de los castaños cercanos a la piscina de los niños y yo estaba con los dos debajo de otro más allá, lejos y detrás de ella, mientras les enseñaba a jugar a las Familias del Mundo con una vieja baraja infantil que alguien olvidó en la Stella.

Así les distraía para que respetasen el tiempo de digestión y, lo admito, para que me permitieran una vez más empaparme con su cariño, porque nada me hacía más feliz que compartir mi tiempo con aquellas dos criaturas divinas.

—Lo de la digestión es una costumbre muy española, ya lo sé, Vanessa, pero hazme caso, no les dejes bañarse hasta dentro de un par de horas. Si las madres lo han dicho toda la vida, por algo será.

Y Vanessa, que solo vivía por y para sus hijos, la alegría de sus ojos, me hizo caso sin cuestionarlo siquiera.

Esa tarde, como digo, todo era apacible, todo sereno, todo etéreo.

Los tres habíamos formado un corrillo: yo, de frente, mirando hacia donde estaba Vanessa, por si necesitaba algo, y los niños, alrededor de mí y de espaldas a su madre, buscando desesperadamente a la abuela bantú, porque esa era su familia preferida. La mía también.

Amparo llegó en bañador; hacía tiempo que el bikini se le apolillaba en un cajón. Había empezado a tener sofocos, según decía, los primeros síntomas de que el cuerpo entraba en una fase nueva, que, se lamentaba, también la estaba haciendo engordar.

Pero, dijera lo que dijera ella, yo la vi llegar en su plenitud, bellísima, con una luz que le salía de dentro y lo iluminaba todo en aquella tarde de agosto en la que el sol ya no reinaba en nuestro prado, sino ella, mi amiga, la linterna. Amparo era una estrella.

Ninguna de las dos me vio. Vanessa había olvidado que me encontraba detrás con los niños, porque cuando yo los cuidaba sabía que lo hacía como si fueran mis propios hijos y todas las alarmas de madre se le apagaban y ella se relajaba. Y Amparo ni siquiera sabía que yo andaba por allí.

Para ambas, estaban solas. Se sentían solas.

Yo a ellas, en cambio, sí las vi.

Primero vi cómo a la reina de Saba, al sentir que llegaba Amparo, también se le despejaba el rostro adormilado y se le encendía el azabache de las mejillas. Se hizo a un lado, a pesar de que el torso ya abultado le hacía ocupar casi todo el espacio de la tumbona, y dio un par de palmadas en el asiento junto a ella, invitando a Amparo a sentarse en él.

Obedeció. Las dos se acomodaron en la hamaca, contentas de que fuera estrecha y más sonrientes que nunca, rozándose los cuerpos, alabastro blanco contra jaspe negro.

Y, sin que me diera tiempo siquiera de hacerles notar mi presencia, mi amiga comenzó a acariciarle el vientre con el hijo dentro; después, se inclinó sobre ella, le besó el ombligo y con la lengua le recorrió el abdomen hasta llegar al surco de los pechos. Con lentitud, bajó una de las cazoletas del bikini y le lamió el pezón despacio, me pareció sentir desde donde estaba la tibieza de la saliva y toda su ternura. La misma con la que Vanessa le acariciaba el pelo con una mano y con dos dedos de la otra descendía despacio por la línea de las vértebras hasta perderlos por dentro del bañador.

Todo con tanto mimo que un torbellino de emoción me volteó por dentro. Hasta se me saltaron las lágrimas. Aquella era una escena de amor de delicadeza sublime, una que todo el mundo debería vivir al menos una vez en la vida. Por eso lloraba yo: porque, si había algún ser humano que la mereciera por encima de los demás, esa era mi querida amiga Amparo. Y porque el hecho de que le hubiera llegado tarde, cuando ya se avergonzaba de su cuerpo y todavía no sabía lo que era dormir junto a un ser amado de verdad, la hacía todavía más hermosa.

Susurré a los niños muy, muy bajito:

—Pareja, vamos a jugar a una cosa: a ver quién consigue subir al restaurante por este caminito de aquí detrás sin hacer ni un solo ruido ni decir una palabra. El que llegue arriba primero más en silencio se lleva un helado. El juego empieza ahora mismo, shhh…

Los niños me obedecieron y fueron como fantasmas pisando nubes,

ni una ramita crujió a su paso.

Cuando, antes de desaparecer yo también, miré hacia atrás para comprobar que ni Vanessa ni Amparo nos habían visto, las dos se besaban en los labios con la misma dulzura con la que se habían lamido y acariciado.

Creí que nada podría hacerme olvidar la perfección de lo que acababa de presenciar.

Lo creí de verdad, hasta que, nada más llegar al restaurante, observé que los dos niños que competían con su silencio por un helado de repente se habían quedado más callados de lo que mi juego les exigía y, además, paralizados, dos pequeñas estatuas de sal.

Miraban al mismo sitio, a la única mesa ocupada del restaurante desde la que no se veía ninguna de las dos piscinas, solo el horizonte.

En ella se sentaba un hombre solo, con un whisky en la mano, la vista perdida, barba prieta y un uniforme cuajado de medallas.

Sentí que ya lo había visto antes, quizá fuera un cliente antiguo. Pero la sensación se quedó en una impresión fugaz, apenas un pálpito en forma de brisa que me recorrió de lado a lado el cerebro por una décima de segundo y después se desvaneció.

No, era un absoluto desconocido.

Pero, al parecer, solo para mí, porque Gabi, tan petrificado como su hermana, al fin dio un paso al frente y le dijo flojito, con una vocecilla que ya no era de cascabel:

—*Hi, daddy*…

15

Cuando vi a TH aquella tarde de finales del verano de 1981 y le di la mano, sentí un escalofrío. No soy bruja ni clarividente, eso ya ha quedado claro. Fue sencillamente que su tacto, áspero y helado, casi me dolió al contacto con mi palma.

—Bienvenido, coronel Grass. Vanessa nos ha hablado mucho de usted. Espero que haya tenido un buen viaje.

TH me miró y sonrió por un segundo a modo de saludo, pero no me contestó.

Llegó Vanessa y, al verle y dejarse abrazar y besar por él, primero se mostró sorprendida, después triste y al final resignada.

—*Come on, kids, let's go*.

Fue lo único que el coronel les dijo a Laura y Gabi, y los niños le hicieron caso en silencio. Formaron una fila cabizbaja detrás de él y emprendieron la marcha hacia la salida, y yo recordé uno de los muchos cuentos de puro terror de los Grimm: reconocí al flautista de Hamelín conduciéndolos a la gruta.

Vanessa se despidió de nosotras con una sonrisa amarga y cerró la comitiva de sus hijos detrás del flautista.

Antes de salir por la puerta enrejada, miró hacia atrás y recordamos todo lo que nos había contado.

En primer lugar, el motivo del destino de TH a Torrejón.

El 8 de septiembre de 1981, y durante cuatro días iba a tener lugar en la base aérea una reunión en la cumbre, y el coronel Grass fue el encargado de dirigirla.

No solo venía para sustituir a North, sino con dos misiones principales: la primera, el estudio de la modernización de los aparatos del Ala Táctica 401, que básicamente consistiría en cambiar los Phantom del momento por unos modernos cazas ligeros Falcon F-16 provistos por General Dynamics. Se trataba de un nuevo despliegue de

plumaje de pavo real de la Fuerza Aérea americana para lucir músculo y poderío. La constante mejora de tecnología militar no era un hito para Estados Unidos, sino una rutina: el ejército la exhibía cada poco tiempo por tierra, mar y aire, con el fin de advertir al mundo de que eran ellos, y no la Rusia soviética, quienes lideraban la carrera armamentística. Y para eso, nada como la espectacularidad de la aviación de combate.

La segunda misión del coronel Grass, sin embargo, era la más difícil, mucho más que lograr que un milagro de la ingeniería militar consiguiera soltar bombas desde los aires con mayor precisión de lo que lo hacían sus antecesores.

Su segunda misión era prácticamente imposible y consistía en recuperar a su esposa.

◆◆◆◆

Hacía diecisiete años que Vanessa Pandora Robertson-Canet había conocido a un joven oficial de pelo oscuro y sonrisa irresistible en uno de los bailes a los que su padre la llevó cuando tuvo edad en la base de Brooks, en San Antonio, Texas.

Él chapurreaba español y ella hacía solo cuatro años que había vuelto de Torrejón. Se entendieron, se gustaron y comenzaron a amarse una noche tres meses más tarde.

Él le hablaba de su pasión por el ejército, de cómo ocupaba su pensamiento cada hora del día e incluso las de sus sueños, de cuánto deseaba compartirlos con alguien que sintiera la misma pulsión que él y de cómo su alma sabría que había encontrado a su gemela cuando descubriera el mismo fuego en los ojos de la que sería su mujer para toda la vida.

La pasión de Vanessa, sin embargo, era otra: desde que en 1964, a los diecinueve años, sus padres la llevaron a Nueva York y vio una lata de sopa Campbell magistral en una exposición del Upper East Side, decidió que ella no quería ser militar, sino artista.

Pero, de vuelta a Texas, el ambiente castrense familiar y la sonrisa irresistible del joven oficial fueron más fuertes que el recuerdo de

Andy Warhol o Robert Indiana, y arrastraron a Vanessa a lo que siempre pensó que era su destino, sin darse cuenta de que por el camino dejaba perdida la vocación.

Se casaron y el joven matrimonio Grass avanzó en sus respectivas carreras, aunque con algunos años de diferencia cada uno. Él, de acuerdo a su edad y al protocolo militar, ascendía según le correspondía por los años de servicio. Sin embargo, ella no ascendía aún, solo era una joven soldada, pero sus superiores la tenían en mayor respeto que a su marido por su inteligencia, su perseverancia y su brillantez.

La primera vez que discutieron llevaba a Laura dentro y fue como si de repente le hubiera visto la cara al demonio. Solo pensaba en la criatura que le estaba creciendo en la tripa cuando le llovió encima una tormenta de palos.

Tuvieron que trasladarla al Centro Médico Militar Brooke de urgencia y la niña nació aquella misma noche. Llegó al mundo bien, fuerte y sana, pero a Vanessa se le había quebrado ya algo en su interior que no tenía reparación.

Los años transcurridos entre el nacimiento de la pequeña y el siguiente embarazo la devolvieron al infierno. Hubo una noche peor aún que la primera y, al final, perdió el segundo niño.

A sus padres y al ejército entero les dijo que se había caído por las escaleras después de que viera verdadera contrición en el rostro de TH al pedirle perdón de rodillas: «Yo no soy así, mi amor, no sabía lo que hacía, te juro que es la última vez». Le rogó, le suplicó y le prometió que nunca más perdería la razón. Y ella le creyó.

Tal vez porque era verdad, pensó Vanessa, la gestación de Gabi resultó más pacífica. Además, fue un embarazo de alto riesgo por placenta previa y tuvo que permanecer mucho tiempo en reposo, lo que ralentizó y acabó por paralizar la carrera meteórica de la joven promesa de la Fuerza Aérea.

Pero todo cambió cuando, aprovechando que a él lo habían destinado a Colorado, Vanessa quiso ingresar en la USAFA. Empeoró cuando cosechó honores entre las de su promoción y llegó al borde del precipicio cuando ascendió a teniente en solo un año.

Esa noche la bronca terminó con un hueso roto, pero también, por primera vez, con una huida. Vanessa consiguió salir de la casa con sus hijos y refugiarse en la de sus padres, que entonces ya vivían en Abilene. No les dijo nada de los motivos por los que les pedía alojamiento, pero hay pocas cosas que se le escapen a una madre. Y menos a una madre valenciana.

Volvieron los arrepentimientos y los juramentos, las lágrimas sinceras, las promesas de redención y una novedad: por qué no probaban a empezar de nuevo en otro país y en otro ambiente en los que pudieran poner el contador a cero y comenzar a vivir como cuando bailaban en la fiesta de oficiales de San Antonio y creían tener el mundo por delante para comérselo entero.

Lo único que convenció a Vanessa fue el lugar al que TH le proponía ir: la base aérea de Torrejón de Ardoz. Él podía gestionar que le consiguieran a ella un puesto de relevancia en los *headquarters* de inteligencia y comunicaciones; sería perfecto, porque nadie más inteligente y mejor comunicadora que Vanessa, con su cultura, sus idiomas, su sensibilidad y su don de gentes.

A él, a su vez, le habían ofrecido supervisar el cambio del Phantom al F-16 en la misma base madrileña, puesto que también hablaba español y tenía experiencia. Ya había hecho algo parecido nueve años antes, cuando se preparaba la modernización del F-4E para convertirlo en el F-4C, aunque entonces era solo capitán e integraba el equipo en lugar de dirigirlo.

—Es el destino, mi vida, que nos llama. Vámonos juntos al lugar en el que fuiste feliz de pequeña y criemos a nuestros hijos allí como te criaste tú. Borrón y cuenta nueva, mi amor.

Vanessa ya estaba embarazada de dos meses, pero aún no se lo había dicho a su marido. No estaba segura de querer tenerlo. No estaba segura de querer emprender una nueva vida con quien le había dado la peor y la más amarga hasta el momento. No estaba segura de nada. Excepto de una cosa: que irse a España y alejar a sus hijos de los lugares con malos recuerdos era lo que más deseaba en el mundo.

—Con una condición —accedió por fin.

—La que quieras, amor.

—Que dejes que nos vayamos primero nosotros tres para que yo pueda buscar apartamento e inscribir a los niños en el colegio con tranquilidad. Después, vienes tú. A ti no te necesitan hasta la reunión de septiembre, ¿verdad? Pues dame de plazo hasta entonces y, cuando llegues a Torrejón, ya veremos cómo enfocamos nuestra nueva vida.

◆◆◆◆

Pero la vida de Vanessa sola en España con sus hijos no solo adquirió un nuevo enfoque, sino una nueva dimensión. Y con eso no contaba ninguno de los Grass.

El marido debió de notarlo, porque, desde que aterrizó en España, todo comenzó a cambiar.

Las visitas de la teniente y sus hijos a la Stella empezaron a espaciarse, y la actitud de Vanessa, a volverse más retraída.

Incluso los niños a veces perdían la mirada en un horizonte que solo ellos veían. Sus ojos parecían haber visto mucho, demasiado. Eran ojos de adultos cansados.

Sí, todo estaba cambiando.

La llegada de TH coincidió con el fin de temporada de la piscina, de forma que, siempre que quedábamos con Vanessa y con los niños, lo hacíamos en el restaurante vacío o en el hotelito.

Amparo y ella se miraban y se acariciaban, pero ya cada una solo veía en la otra el paraíso perdido.

Nosotras hablábamos, reíamos, abrazábamos a Laura y a Gabi, y jugábamos con ellos, pero ya no eran solo nuestros.

Pasó el tiempo y la vida siguió. Pero no, nada era igual ya.

Excepto para Vanessa: a pesar de las promesas de TH antes de viajar a Madrid, solo necesitó unos meses para cerciorarse de que no es que no hubiera cambiado nada en sus vidas, sino que nada iba a cambiar jamás.

◆◆◆◆

Lawrence nació el día de Navidad de 1981.

—Lorenzo es el guaje más perfecto que vi en la vida, porque anda que no son feos todos nada más nacer. —Amparo lo tomó en brazos como si fuera su propio hijo cuando fuimos a visitarla a La Paz tras el parto.

Vanessa quería dar a luz en ese hospital y no en el del Ala Táctica 401 de la base, dado su historial de embarazos complicados, y por eso pudimos ir libremente a verla, sin necesidad de pases especiales.

Y sí que era perfecto, con su botón de nariz, todos los dedos en su sitio y bien contados, y el mismo color de una noche de luna, como sus hermanos.

—Lorenzo me gusta mucho más que Lawrence —sonrió Vanessa.

—Pues Lorenzo es ya para nosotras —dijimos Julia y yo a dúo.

Lo disfrutamos todos los días que Vanessa tenía libre cuando se incorporó a su trabajo después de una baja corta. Incluso alguna vez nos lo dejaba para que lo cuidáramos, mientras ella daba alguna charla a soldados que llegaban por primera vez a España, y a nosotras nos hacía felices. Teníamos un nuevo juguete, una pelotita de puro amor que solo dormía, comía y gorjeaba.

Recuperamos, al fin, la alegría.

◆◆◆◆

Una noche de febrero, Vanessa llegó sola con Lorenzo, sin Laura ni Gabi, a la Stella. Precisamente ese día Amparo y yo habíamos tenido una reunión con varios funcionarios municipales para intentar que nos concedieran los permisos necesarios de forma que pudiéramos abrir nuestras instalaciones fuera de la temporada habitual, que iba de mayo a septiembre. Al menos, el restaurante y los bailes, si climatizábamos los salones interiores y ofrecíamos una carta más variada. Mantenerlo todo abierto solo cuatro meses al año ya no era suficiente para pagar las facturas.

Allí seguíamos, haciendo números que no sumaban del todo y que de pronto se nos olvidaron cuando vimos aparecer a la teniente abatida, con una camiseta desgastada y unos vaqueros sucios. Jamás la habíamos visto así, a ella, siempre perfecta, siempre inmaculada, la

reina de Saba.

Y lo más insólito: lloraba.

Amparo corrió a abrazarla.

—Vanessa, por Dios, ¿qué pasa? Dime qué tienes, vida mía, dime qué es.

La teniente le devolvió el abrazo mientras mi amiga le servía una taza del caldino que nunca faltaba en la cocina, hubiera o no clientes, y yo corría a tomarla de la mano.

—Es que no sabía dónde ir, no sé qué hacer…

—¿Qué te ha pasado, Vanessa? Tienes que decírnoslo. ¿Ha sido TH? ¿Te ha hecho algo?

Se restregó con fuerza las mejillas y afloró la rabia donde hacía un segundo había pena.

—Me ha echado de la casa y los niños están dentro, con él.

—¿Que te echó? Será hijoputa, cagüentó… —Amparo ardía.

—Eso no puede ser, Vanessa, no puede echarte de tu propia casa. ¿No tenéis una policía militar o algo así en Royal Oaks? —pregunté—. ¿No puede ayudarte nadie allí?

—¿Ayudarme? ¿Sabéis lo que harían si llamara a alguien de los míos y les dijera que un coronel no deja entrar a una teniente en su casa, por muy madre de sus hijos que sea?

—Vamos a ver —quise poner raciocinio a todo aquello—, ahora lo principal es lo inmediato. Mientras pensamos qué hacer, Lorenzo y tú podéis quedaros en el hotelito con Julia y con Amparo. No necesitas volver a llamar a su puerta esta noche.

—Pero mis hijos…

—Claro que sí, tus hijos siguen allí y en ellos estoy pensando. Lo más importante es conseguir que te los devuelva, pero tenemos que hacerlo con cabeza. Si ahora vamos todas y montamos un número, puede que le demos razones para que se los quede para siempre. A ver, ¿a qué hora salen mañana de casa para ir al colegio?

—A las ocho.

—Bien. —Sentí que volvía a ser la que fui hacía muchos años: resolutiva y eficaz—. Entonces esto es lo que vamos a hacer: antes de que lleguen los niños al colegio, dales una autorización por escrito

para que Julia, Amparo y yo podamos recogerlos en cualquier momento en vuestro lugar si algún día ni TH ni tú estáis disponibles.

—Ya tienen una autorización para Rocío, la señora que nos ayuda…

—Pues ahora has contratado a otras tres cuidadoras más. Eso es lo que vas a decir en el colegio, que somos tus asistentas.

—Puedo mandarla por fax, que es más rápido, y después llamo por teléfono. ¿Tenéis fax?

—Sí, claro. Buena idea. Si lo haces a primera hora, por la tarde los tienes aquí contigo y no los vamos a dejar ni a sol ni a sombra.

—En el hotelito hay sitio de sobra para todos —a Amparo le temblaba la voz—, para los críos y para ti, ¿oíste?, y el tiempo que haga falta.

Vanessa trató de sonreír.

—¿De verdad haríais eso? ¿De verdad que…?

—Y tan de verdad. Anda, tranquila, vamos a llevarte a casa, que está aquí enfrente, y no te preocupes porque mañana todo se solucionará.

Vanessa echó a andar sostenida por Amparo mientras yo apagaba las luces y echaba el cierre.

Ya en el portón de Rodríguez Illanes se volvió a mirarnos.

—Gracias…

—No tienes por qué.

—Sí, sí que lo tengo. ¿Y sabes por qué os las doy? Porque no me habéis preguntado ni una sola vez por qué me ha echado TH de mi propia casa.

Contesté yo:

—¿Y tú crees que nos hace falta, criatura? ¿Crees que no te hemos visto los cardenales en los brazos, que te duele la espalda solo con apoyarla en el respaldo de la silla y que el tobillo se te está hinchando? Sea cual sea la razón que haya tenido ese demonio para echarte, nunca podrá ser suficiente para justificar todo esto. Así que por eso no te lo hemos preguntado, porque nos importa un carajo.

◆ ◆ ◆ ◆

Afortunadamente, no hizo falta que al día siguiente secuestráramos a los niños en el colegio porque, aunque Vanessa ya había enviado por fax la autorización, a las siete y media de la mañana el coronel TH Grass llamó a la puerta del hotelito. Venía con dos críos somnolientos de la mano.

Pedro y yo habíamos pasado allí la noche, por si algo así sucedía, y fuimos nosotros quienes abrimos.

Al oír la vocecilla de Gabi, Vanessa bajó corriendo las escaleras y abrazó a sus hijos hasta casi hacerles daño.

—Amor mío, yo… —TH era la misma imagen de la compunción y el remordimiento.

—Sí, ya lo sabemos —le interrumpió Pedro, en pijama y con la voz de perro rabioso que ponía en los juicios—, que lo siente mucho, que no lo volverá a hacer y que la quiere con el alma. Pero eso ya no se lo cree nadie, señor coronel. Su mujer no desea volver con usted. Y esto no es la base, se encuentra en territorio español y, si quiero, llamo ahora mismo a la policía y…

—Espera, Pedro… —Era la voz de Vanessa.

Acarició una vez más a sus hijos, los mandó dentro de la casa, donde Amparo les iba a preparar el desayuno, y después irguió los hombros frente a su marido.

—TH, he pensado mucho esta noche y creo que hemos llegado al final.

—No, no, no, mi amor…

—Sí, ya no hay remedio. Estoy muy cansada. Se ha acabado, se ha acabado todo.

—Por favor, no me hagas esto, te lo suplico… —Su tono de voz transitó del lloriqueo al desafío en dos segundos—. Ya, ya sé qué pasa. Otro hombre, ¿verdad? ¿Es este *stupid little piece of shit*?

—Eh, eh, oiga —salí yo en defensa de Pedro—, que está hablando usted de mi futuro marido y esto no es el Bronx. Tengo que pedirle que se vaya ahora mismo o llamo de verdad a la policía. Vamos, de hecho, creo que mi amiga Julia ya está marcando…

Le miré a los ojos indignada y de nuevo tuve la sensación vaga y muy difusa de que los había visto antes, en otro lugar y puede que en

otro tiempo. La barba me confundía y el paso de los años también, pero cada vez tenía menos dudas de que ese hombre había cruzado su camino con el mío en alguna ocasión, aunque hubiera sido de forma brevísima.

El coronel calló, nos miró a todos con ganas de aniquilarnos y después nos amenazó con el dedo:

—Vais a pagar, todos vais a pagar. Vanessa es mía, *you hear me*?, mía. Y esto no va a quedar así, *fucking* putos españoles de mierda.

Se fue y nos quedamos encogidos en la puerta viéndolo marchar, pero Vanessa, con el sosiego que dan los asuntos zanjados, se dio media vuelta y entró en la casa con paso lento.

16

Hubo un periodo de tregua y, por tanto, de paz. Para fortuna de todos.

En él hicimos dos cosas: una, aprender mucho más inglés del que ya sabíamos y tanto como Vanessa quiso enseñarnos con la mayor paciencia del mundo, la que yo no tuve durante diez años con mis alumnos. Y dos, disfrutar de la suerte infinita de conocer, por fin, a Marimar Canet, la madre de Vanessa Pandora.

Cuando fui a recibirla a la puerta por la que salían todos los pasajeros que llegaban a Barajas en su vuelo, procedente de Texas después de varias escalas, supe quién era enseguida. No solo por los ojos azules y la gracia de su paso, los mismos que los de su hija, sino por algo que también había heredado Vanessa: la bondad que transpiraba y que impregnaba el aire de todo el que lo compartiera con ella.

—Ay, bonica, que eres muy bonica, Sara, nena, ya me lo ha dicho mi Vanessa.

Se me abrazó en el aeropuerto como si yo fuera su propia hija aguardándola igual que mayo a la lluvia. Después, con la misma confianza, no paró de hablar en el taxi hasta Arturo Soria.

—Mi nena es un alma de Dios, eso ya lo habréis visto vosotras, que sois iguales que ella, me imagino, porque qué ganas tengo de conocer a las otras dos, sobre todo a Amparo, tiene que ser muy especial para que mi nena la quiera, y es que mira, a mi marido le habría dado un *fit*, como dicen allá, un patatús, me vengo a referir, si hubiera visto a su *little daisy* con una mujer, solo que él ahora está muerto, Dios lo tenga en su gloria, y a mí me da exactamente igual con quién duerma mi Vanessa, que yo salí de España hace cuarenta y pico años precisamente para que los indecentes que ganaron la guerra no me dijeran cómo tenía que pensar, y eso que también pasé lo mío en América, imagina, una hispana, da lo mismo de qué continente,

porque eso es lo que somos allá, que los hay que creen que México tiene frontera con España, y encima casada con un negro, y para colmo en Abilene, que es más carca que las flechas de la Falange. Por eso nadie mejor que yo para comprender que, si el amor de mi nena la hace feliz a ella y a mis nietos, aunque al mundo le parezca pecado, más me hace feliz a mí, al revés de lo que pasa con el desgraciado de su marido, un animal, un bestia, un *asshole*, perdona la expresión, Sara, hija, pero es que es lo que es, la mala vida que le ha dado a esas pobres criaturas…

Y así, un trecho más, hasta que el taxi se detuvo frente al hotelito.

Cuando llegó, dejaron de salir quejas por su boca y, a cambio, hizo que aquella noche fuera una fiesta para todos.

—¡Mimi, mimi!

Laura y Gabi se le abalanzaron al cuello nada más verla. Julia la saludó con un par de besos, Amparo le dio un abrazo con su retraimiento habitual y Vanessa lloró sobre su hombro. Después, la nueva huésped repartió regalos como una Santa Claus con retraso, además de caricias y besos a todas las caras que se le ponían al alcance.

Pero lo más emocionante llegó cuando la abuela valenciana de los ojos azules conoció a su nuevo nieto, Lorenzo.

—Qué bien que lo llaméis así y no Lawrence, a mí ese nombre no me gusta, pero Lorenzo sí, qué bonico suena, ¿verdad? Lorenzo, Lorenzo. Como lo de mi niña, que tuve que ponerle Vanessa por mi suegra, pero el Pandora fue por mí, solo por mí, ya os habrán dicho que yo enseñaba Historia Antigua de Europa en la universidad y lo que más me gustaba contarles a mis alumnos eran los mitos griegos, así que siempre me dije: Marimar, si tienes una niña, la llamarás Pandora…

Esa mujer sí que era una caja inagotable de sabiduría y de conocimiento, que interpretaba a su manera pero con una congruencia que al mundo le hacía falta.

—Y cuánto os agradezco que los dejéis vivir aquí con vosotras. —No había parado de hablar en toda la noche, pero esto nos lo dijo en un aparte, cuando Julia, Amparo y yo coincidimos con ella a solas en la

cocina, mientras Vanessa dormía al bebé y los niños jugaban junto a la chimenea con sus nuevos coches teledirigidos y las Barbies recién llegadas de Texas.

—En absoluto, Marimar, no tienes que darnos las gracias. —No quise que siguiera mostrándonos una gratitud que no necesitábamos.

—Además, nosotras no los dejamos vivir aquí. Son ellos los que nos dejan que los disfrutemos. —Julia era sincera.

—Sois muy buena influencia para mi familia, queridas —nos lo dijo tomando las manos de las tres entre las suyas—. Y ahora que no nos oye la nena, una cosa os quiero pedir: cuidádmelos bien, por favor. Sufro mucho pensando en ellos, en el monstruo que tienen como padre, no sé cómo dejé que mi pequeña se casara con él…

—No te preocupes, Marimar, cuidaremos de ella.

—Y tú, niña —acarició el óvalo del rostro de Amparo—, eres su ángel de la guarda. Sé que te quiere con locura, nunca la he visto tan feliz. Que ese animal no destroce lo que tenéis, no se lo permitas, ¿me lo prometes?

Amparo le dio lo que no nos había dado a nosotras jamás: un beso en la mejilla.

—Yo adoro a tu hija, ye lo que más quiero en el mundo. Ve tranquila, que antes mátolo que dejar que el TH de los coyones vuelva a hacerle daño. Por estas.

Vanessa llegó en ese momento.

—Vaya, vaya, reunión a mis espaldas. ¿Qué, *mommy*? ¿Contándoles a mis amigas las cosas que hacía de pequeña para avergonzarme?

—¡Y peores, menudo rabo de lagartija estabas hecha…! —Julia siempre sabía salir de cualquier paso, por estrecho que fuera.

—Hala, venga, a cenar, que el caldino se enfría, ho.

Así nos trajo Marimar la jovialidad necesaria para vencer los sufrimientos pasados.

Sí, hizo de aquella casa una fiesta, que nos duró casi un mes, hasta que la mujer regresó a Abilene.

Si es verdad lo que alguien dijo, que las mejores fiestas son las que acaban a tiempo, la que celebramos con ella se nos quedó corta.

Pero al menos sirvió para olvidar, aunque fuera por un momento,

que detrás de una batalla siempre viene otra.

◆ ◆ ◆ ◆

Un mes después de que su madre se fuera, cuando la Stella ya se preparaba para inaugurar una temporada que ansiábamos y necesitábamos, Vanessa volvió un día de la base más apagada que nunca.

Cenamos con ella en silencio y, a la mañana siguiente, nos dijo que regresaba a Royal Oaks. Así, sin más explicaciones.

—Pero ¿por qué te vas, por qué? No lo entiendo, es que no lo entiendo… —Amparo se desesperaba viéndola hacer la maleta—. ¿Lo quieres aún, ye eso? ¿Te amenazó…?

Vanessa se detuvo, acarició el rostro de la mujer que amaba y le dijo:

—No, mi amor, yo solo te quiero a ti. Pero es que mis hijos están por encima de todo. Lo hago por ellos.

—Entonces te amenazó.

Vanessa calló y siguió empacando.

—Sí, ye eso, te amenazó y tú tienes miedo. Pero ¿no te das cuenta de que, si cedes ahora, tas perdida? ¿Que igual la que acaba muerta yes tú, ho?

Yo había ido a desayunar con ellas antes de empezar mi trabajo en la Stella, así que, junto a Julia, me asomé a la puerta de la habitación.

—Vanessa, esto no va a ser bueno, en serio. —Julia estaba tan preocupada como yo—. El que es así no deja de serlo por las buenas. Que no digo yo que no vaya a cambiar, pero tiene que hacerlo con ayuda.

—Exactamente, Vanessa. Mira, Julia está trabajando ahora en ese centro psiquiátrico nuevo de Alcalá de Henares, que está muy cerca de la base. Ella puede ayudar a TH, aconsejarle…

Vimos pánico en sus ojos cuando dejó de doblar las camisas del uniforme.

—No, por favor os lo pido, no le digáis ni una palabra de eso, no, no, no…

—Tranquila, que no se lo decimos. Pero entonces inténtalo tú, Vanessa. Yo estoy dispuesta a ayudarte en lo que necesites, hablo con el doctor Sánchez, que es un psiquiatra buenísimo…

—No, Julia, por favor, déjalo ya. Te he dicho que no quiero oírlo siquiera. —Vanessa se estaba enfadando y entonces su voz sonó por primera vez a la de una teniente del Ejército americano dando órdenes. Después se suavizó—: Perdonadme, amigas, es que de verdad que no podéis hacer nada más de lo que habéis hecho, que es muchísimo, y yo os agradezco de corazón vuestra hospitalidad y vuestra ayuda. Pero hasta aquí ha llegado. Ya no podéis hacer nada más. Lo que queda ahora me toca a mí.

Nos aferramos a aquella frase porque quisimos creer que encerraba un atisbo de esperanza. «Lo que queda» significaba futuro. Y si hay futuro, hay fe. Eso pensamos.

El caso es que no nos dijo en ningún momento la razón por la que aquella mañana de marzo se fue llorando del chalé de Rodríguez Illanes, en el que tal vez hubiera pasado los mejores días desde que vio una lata de sopa convertida en obra de arte y creyó que la vida también podía ser eso: belleza donde solo había vulgaridad.

Después de permitir que nos despidiéramos de los niños cubriéndolos de besos y cuando acomodó el canastillo de Lorenzo en el taxi y dejó a Laura y Gabi bien atados con los cinturones de seguridad, nos abrazó fuerte a cada una.

—Jamás, *ever*, olvidaré lo que habéis hecho por mí.

—Y lo que vamos a seguir haciendo, no lo dudes —le contesté.

Me miró con esos ojos de cielo capaces de aniquilar a cualquier enemigo mucho mejor que todos los cazabombarderos del ejército al que servía.

—No, querida Sara, a partir de ahora seré yo quien lo haga. Nadie más va a estar en peligro por mi culpa.

—Pero ¿qué peligro ni qué peligro, anda ya, muyer, si entre les tres damos-y de hosties a esi manguán y nun sal vivu de aquí como se acerque?

Vanessa acarició el pelo de Amparo para hacer que callara:

—Guarda lo que te di, algún día regresaré a recogerlo. Mientras, no

olvides nunca que eres mi amor de verdad. Te quiero como no he querido a nadie y te querré siempre.

Sin esperar respuesta e ignorando las lágrimas de Amparo, se instaló en el asiento del copiloto del taxi. Se volvió a mirarnos por última vez, pero no pudo hablar. Solo batió una mano y nos dedicó una sonrisa.

Qué poco imaginábamos que, con su partida, habían comenzado los días de las últimas cosas.

◆◆◆◆

Amparo habló con ella varias veces por teléfono. Vanessa le decía que tenía mucho trabajo, pero que lo hacía desde el apartamento de Royal Oaks, en el que los mandos le habían instalado una oficina completa, con toda la tecnología necesaria para que cumpliera con su labor como si estuviera en la base, pero con más privacidad incluso.

Que estaba inmersa en una misión de alto secreto y que no podía decir más, porque su puesto en inteligencia le prohibía tajantemente dar ningún dato a civiles, mucho menos a los de otro país. Que no se preocupara, que se sentía bien y entera. Que, además, estaba contenta porque, trabajando desde casa, podía cuidar mejor del pequeño Lorenzo. Que sí, que los niños se encontraban perfectamente y que echaban de menos a sus amigas españolas, las señoras de la piscina que daban besos como los de Mimi, y ese era el momento en el que se le quebraba la voz al otro lado de la línea telefónica. Pero que, por lo demás, todo estaba en orden y no había nada de qué preocuparse.

—O sea, que es para morirse de preocupación —concluía Julia cada vez que nuestra amiga nos contaba su conversación con Vanessa y después se echaba a llorar.

Con el paso de los días, la teniente dejó de llamar a Amparo e incluso de contestar al teléfono. Siempre era TH quien lo hacía y ninguna de nosotras quería hablar con él, de forma que colgábamos.

Hasta que una mañana Amparo no pudo más y se presentó en Royal Oaks, porque aún tenían validez los pases especiales y permanentes que Vanessa nos hizo poco antes de irse de nuestro lado.

Vio desde la calle una lucecita como la de la lamparilla de estudio

que la teniente usaba para trabajar. Llamó al telefonillo, aporreó la puerta, gritó tan alto como pudo el nombre de Vanessa una vez, dos, diez, veinte, cien… Pero no tuvo respuesta.

Solo una, la de la vecina del piso de al lado, una americana con la cabeza llena de rulos de pelo rubio que gritó desde la ventana:

—*What the hell…! Go away, I'm calling the police*!

Y Amparo se fue.

Se marchó de casa preocupada y volvió triste. Sabía que Vanessa se encontraba en el apartamento, al menos eso había conseguido averiguar, porque le constaba que TH estaba en la base y aquella lucecita significaba vida entre aquellas paredes.

Pero la tristeza le sobrevino cuando pensó que, tal vez, todo había resultado ser como ella siempre temió: Vanessa había decidido volver con el hombre al que una vez amó y al que volvía a amar por el bien de sus hijos, una vez que dio por terminado el romance con una cocinera española de la que dentro de poco se habría olvidado para siempre.

De hecho, al parecer, ya había empezado a hacerlo.

17

La Stella abrió de nuevo, como cada año desde hacía treinta, el sábado 15 de mayo de 1982.

Hicimos una exhaustiva campaña de publicidad en la base de Torrejón con el mismo sistema que usábamos para luchar contra Franco: a base de octavillas que, por entonces, cuando tenían fines comerciales, se llamaban folletos. Contratamos publicidad en *Stars and Stripes* a precio de oro y colocamos grandes carteles al borde de la carretera por la que pasaban los coches cuando salían de la base y de Royal Oaks.

Para nuestra sorpresa, surtió efecto, porque a partir de ese día nuestra piscina se llenó a rebosar. Hacía mucho que no la veíamos tan bulliciosa. Tanto, que nos atrevimos a subir el precio de la entrada a ochocientas pesetas. Y todos las pagaron sin objeción.

Aquel fue un beneficio colateral, pero no el principal que buscábamos con nuestra inversión en lo que entonces algunos estudiaban hasta en la universidad, el marketing dirigido, es decir, una mercadotecnia destinada a convencer a un tipo de cliente concreto. El potencial que buscábamos nosotras era el obvio, los oficiales de la base aérea de Torrejón de Ardoz: los que ya nos conocían y solo nos habían visitado un par de veces, sin fidelización, y aquellos que aún no habían oído hablar de nosotros.

Aunque, como digo, no era ese el principal objetivo de la campaña. El primordial fue que Vanessa Pandora regresara a nuestro lado. Aunque lo hiciera del brazo de TH.

—Verla, solo necesito verla. —Amparo se deshacía de dolor y no sabíamos cómo ayudarla.

Aguardamos de primavera a verano, vigilando la puerta de entrada cada día y con instrucciones muy concretas de que se nos avisara en cuanto alguien viera a una oficial de características similares a las de

Vanessa. Era inconfundible. La habría reconocido cualquiera que hubiera oído hablar de ella, aun sin haberla visto jamás. Cómo no la iban a reconocer, si era la reina de Saba.

Pero no. La reina no apareció.

Quien sí lo hizo a principios de septiembre fue un personaje nuevo.

No vestía uniforme, sino traje y corbata torcida, como la de aquel Pacocho Arizmendi de infame memoria. Tampoco era americano, sino de Barakaldo. Y no venía a bailar, ni a bañarse, ni siquiera a probar una de las hamburguesinas de Amparo.

Lo que aquel señor traía bajo el brazo era una colosal campanada.

◆ ◆ ◆ ◆

—Busco a la señora… —el hombre consultó sus papeles y nos preguntamos que por qué no se habría aprendido el nombre antes de llegar— la señora Amparo Salas Arias.

—La misma.

—Encantado, señora Salas. Soy Epifanio Generabarrena, abogado. ¿Podemos sentarnos en algún sitio para hablar?

—Podemos, pero mejor hablamos donde mis amigos, están allá mismo. —Salió la Amparo desconfiada de siempre y aquella vez con más motivo.

En nuestra mesa de poniente, la más alejada del bar en el que ya a aquellas horas de la mañana varios oficiales en chanclas y camisas hawaianas sobre el bañador bebían cubalibres, estábamos sentados Pedro y yo tratando de acoplar en un dibujo a los invitados de nuestra boda, para la que solo faltaban quince días.

—Que aquí este hombre viene a decirme nun sé qué y que, como yo entiendo poco, mejor estáis vosotros tamién y ayudáisme. ¿Os importa?

—Qué nos va a importar, mujer.

Pedro se levantó, estrechó la mano al desconocido, lo mismo que hice yo, pero sentada, y nos presentamos.

Escuchamos con atención todo lo que venía a decir, explicado con un raudal de papeles, documentos y recibos, pero ni Amparo ni yo

entendimos ni una palabra. Nos lo tuvo que repetir varias veces. Sin embargo, el lenguaje con el que hablaba era siempre tan complicado como su nombre, de forma que Pedro, al fin, se vio obligado a traducirlo a román paladino.

Y entonces sí que oímos clara y nítidamente la campanada.

◆ ◆ ◆ ◆

El abogado Generabarrena nos contó una historia sucedida hacía cuarenta y cinco años, la de un asturiano llamado Bonifacio Menéndez que un buen día dejó a su novia, Avelina Viejo, en Cudillero, y se fue a Argentina a hacer fortuna.

Volvió años después cargado de ella para recuperar el amor de la mujer de la que no se había olvidado y que siempre lo esperó. Era una aldeana ya en la treintena, redondita, sonrosada y siempre sonriente. Se reencontraron y fue como si nunca se hubiera ido. Cuando ella quedó encinta, no se le quitó la sonrisa de los labios los nueve meses que tuvo a la criatura dentro. Pero, del mismo modo en que ni un solo día de su embarazo trató de ocultar la barriga, tampoco salió de su boca el nombre del padre.

El caso es que nadie necesitó preguntarlo en Cudillero, porque todos sabían del mozo que un día fue su novio y después la dejó para irse a Argentina. El indiano estaba podrido de dinero gracias a las minas de allende el mar y planeaba construirse un palacio en un solar más arriba del cementerio en cuanto acabase la guerra «para tener mejores vistas que los muertos». Ya había dejado el prado apalabrado, los planos de la casa diseñada en blancos y azules porque eran los colores de su segunda patria, y el nombre de la casona elegido: La Carolina, como el pueblo de la sierra de San Luis sembrado de oro que le hizo rico y que ahora iba a tener un merecido homenaje en su Asturias querida.

Bonifacio solo le pidió dos cosas a Avelina cuando supo que iban a tener descendencia: una, que si era niña le pusiera Carolina, como el lugar en el que estaban las minas de las Américas que le hicieron rico. Dos, que esperase un poco más, solo hasta que pudiera darles a ella y

al retoño la casa grandiosa que los dos merecían, una construida en lo alto del montículo y que pintarían de azul y blanco. Entonces serían felices para siempre.

Pero todos los planes se fueron al traste. La madre de la Carolina que nunca llegó a serlo murió de una sepsis puerperal y La Carolina blanca y azul de Cudillero se quedó sin construir porque al asturiano que había hecho fortuna en las Américas lo mató una granada de mortero cuando volvía de firmar el último papel del prado que pasaba a ser de su propiedad ante un notario de Oviedo.

Avelina, la aldeana sonrosada, y Bonifacio, el indiano, no llegaron a casarse y tampoco se les conocía a ninguno de los dos más familia en toda Asturias que una tía de ella, Bernalda Viejo, una pobre mujer que temblaba solo de pensar en cómo iba a hacerse cargo de un bebé y las vaquinas a la vez, a sus años y en plena guerra.

Mientras trataba de encontrar una solución, le dio la niña a un ama de cría para que la alimentase, al parecer llamada Nicolasa Gómez Gómez, por el pueblo entero conocida como Colasa. La mujer lo hizo durante una semana, pobritina, no iba a morirse de hambre por haberse quedado sola en el mundo con aquella vieja huraña.

En todo ese tiempo, el ama se esforzó mucho en no quererla. Pero fue tiempo perdido. Colasa se enamoró sin remedio del bebé que chupaba de ella mientras la miraba con ojos de embeleso como nadie la había mirado en su vida, ni siquiera cuando el berza de su primo le puso la primera y última mano encima y juntos concibieron a Miguelón, que iba para dos años y, aunque todavía mamaba, ya era hora de que fuera capaz de alimentarse solo.

Al cabo de esa semana, el ama de cría no es que no pudiera apartar a la nueva criatura de su teta. Es que tampoco pudo quitársela del corazón, conque huyó con ella y con Miguelón una noche y debió de andar de aldea en aldea en los montes más perdidos que encontró, trabajando y comiendo de lo que podía, y cuidando bien de no pasar más de una semana en cada una.

Cuando se cumplieron dos años, la guerra parecía estar llegando al final y la niña tenía edad suficiente para que no pudiera ser reconocida por nadie que la estuviera buscando. Así que Colasa pensó

que era el momento de sentar la cabeza y se refugió con los niños en su aldea natal, Cornellana, de la que había salido veinte años antes y en la que no le quedaban familia ni conocidos, nada más que una chabola junto al Narcea que se caía a pedazos.

Mientras, durante esos dos años, en un despacho de abogados de Buenos Aires durmió un testamento firmado por Bonifacio Menéndez en el que decía que legaba todos sus bienes, fueran cuales fueran en el momento de su muerte, a Avelina Viejo Fernández, con domicilio en Cudillero, o, en su ausencia, a los parientes más cercanos. Para ello, dejaba bien provisto un fondo, de forma que la búsqueda no cesase hasta dar con su destinataria.

Cuando terminó la guerra y los abogados de Bonifacio viajaron a Asturias, solo hallaron a la tía de Avelina, Bernalda, que nunca había cejado en sus pesquisas para encontrar a la bebé desaparecida. Después de heredar un prado y varios millones del que fuera el padre de la criatura y en ausencia de Avelina, incluso redobló los esfuerzos, porque la buena mujer siempre pensó que disfrutaba de un dinero que no era suyo.

Aunque aquella ama de cría traidora a la que ella llamaba Colasa se había desvanecido en la noche, algo dentro de Bernalda le decía que la niña seguía viva. Por eso, ella también se lo dijo una y mil veces a su hija, Berni Bustamante Viejo, que llegó a ser rica y alcanzó buena posición ya cercana a cumplir los cuarenta, después de conocer a un abogado americano, Neil McCormack, que un día comía oricios en el puerto y se prendó de ella.

Berni y Neil vivieron cuarenta años felices, solos y sin hijos en Nueva York. Él murió a los ochenta en 1979 y ella lo hizo un año después, incapaz de soportar el dolor de su pérdida, al cumplir la misma edad. Berni McCormack dejó encargado en su testamento que, ahora que ya había esas cosas modernas que se llamaban computadoras y que eran capaces de hacer lo que ni la mente humana pudo en cuatro décadas de búsqueda, se localizara a la niña que era hija de su prima y que alguien raptó en el 37, como siempre fue el deseo de su pobre madre y tía abuela de la criatura. Y que, cuando se la encontrara, costase lo que costase, se la nombrase heredera

universal de la fortuna duplicada que le había dejado su padre, el indiano muerto, y de la que su madre y ella fueron depositarias, así como de la otra, nada desdeñable, proveniente de los negocios de McCormack en Estados Unidos.

El rastro de la niña fue seguido concienzudamente por los prestigiosos abogados en el bufete del marido de la prima de su verdadera madre: de Cudillero a Cornellana, de Cornellana a Madrid y de Madrid, al fin, a la Stella.

Así que allí delante la tenía Generabarrena.

Amparo Salas Arias, la mujer que en realidad debió haberse llamado Carolina Menéndez Viejo, estaba a punto de dejar de ser la heredera de tres collares en un pote de hierro colado para convertirse en la de una fortuna equivalente a unos cientos de millones de pesetas.

Y de las de 1982, que valían mucho más que ahora, que ya ni siquiera existen.

◆ ◆ ◆ ◆

—Pero ¿cómo voy a ir yo al Nueva York ese para firmar los papeles, ho, cagüentó, señor Geneloquesea, que tengo que preparar el menú para la boda de estos dos, con el trabajo que eso lleva?

Ni una noticia así podía hacer que Amparo cambiase. A nuestra amiga lo que le daba pánico era ir sola al otro lado del mundo y enfrentarse a lo desconocido y, sobre todo, a sus propias limitaciones: no sabía de dinero, no tenía más estudios que el bachillerato y todavía hablaba a duras penas una mezcolanza de asturiano y castellano, como para entenderse en inglés sobre asuntos serios.

Además, habría preferido mil veces que el abogado le hubiera traído a Vanessa y no una herencia millonaria que ni esperaba ni, decía ella, necesitaba.

Menos mal que entre Pedro y nosotras la hicimos entrar en razón.

—A ver, Amparo, no puedes rechazar ese dinero. Es tuyo y, si no lo recibes tú, se lo va a quedar el Gobierno de Estados Unidos.

—¿El del país del Ti Eich de los coyones…?

—Ese. Y para pagar al mismo ejército que le paga a él un sueldo,

porque parte de la herencia está en dólares y es capital estadounidense.

—Meca…

—Además, tienes que ir, porque deberás cumplir con los impuestos allí primero y después aquí.

—Eso impórtame pimientu y mediu, los impuestos sirven pa hacer escueles y hospitales, y si hay que pagalos, págolos con gusto, ho. —Algo de cultura política habíamos adquirido de nuestro activismo en la izquierda—. Lo que no quiero es marchar de la Stella, ahora no puedo.

Ni entonces ni nunca. Jamás habría ido a Nueva York sola, hubiera boda o no. Eso lo supimos Pedro y yo sin necesidad de que ella nos lo dijera.

—Vale. —Pedro encontró la solución—. Pero ¿aceptarías la herencia si alguien va a recogerla por ti?

—Sí, ho, eso sí…

—A ver qué te parece esto: nos llegamos mañana donde Mateo, que tiene la notaría cerca, me firmas un poder mediante el que me concedes autoridad para representarte en Nueva York y, cuando Sara y yo nos casemos, nos vamos allí de luna de miel y yo me encargo de todo. ¿Te parece?

Generabarrena terció:

—Eso estaría muy bien, solo que, si la señora Salas no quiere pagar un dineral, convendría hacer toda la operación cuanto antes, la semana que viene, para que las cuentas se salden en este ejercicio, porque en Estados Unidos el año fiscal empieza en octubre. Al menos, es lo que me han dicho.

—Bueno, pues entonces mejor me voy a Nueva York yo solo. Si nosotros ya teníamos los billetes para Cancún de luna de miel.

Yo quería ayudar a Amparo, cómo no iba a querer, pero aquello me asustó:

—Ya, pero recuerda que nos casamos en menos de quince días, Pedro, cariño…

—A ver cómo lo consigo, pero no os preocupéis ninguna de las dos. Así tenga que dar la vuelta al mundo, me voy cuanto antes y vuelvo

con la herencia a tiempo para que nos casemos y nos vayamos a la playa. Que sí, Sara, mi amor, no me pongas esa cara, que no he esperado yo cinco años para perderme ahora mi boda por una baratija de no sé cuántos millones de pesetas para tu amiga. Prometido.

18

La vida es un casino. Por mucho que alguna vez ganemos apostando al rojo y creamos que la suerte nos sonríe, siempre llega el día en el que solo sale negro y la casa termina llevándoselo todo.

A Pedro, el verdadero amor de mi vida, lo despedí con un beso largo a las seis de la mañana del lunes 13 de septiembre.

Después, tomó en Barajas el vuelo 995 de Spantax, un chárter que viajaba de Madrid a Nueva York con escala en Málaga, el único billete de ida y vuelta que encontró que lo llevara a la ciudad de los rascacielos a tiempo de volver a tiempo para casarse conmigo.

A las diez, cuando subía por los aires desde el aeropuerto andaluz en dirección a América, hubo un problema en uno de los neumáticos del tren delantero. El avión empezó a vibrar, pero, para cuando los pilotos quisieron abortar el despegue, ya era demasiado tarde y no tenía pista en la que volver a aterrizar.

El avión rodó por donde no debía y se estrelló contra una caseta de hormigón, una verja y tres coches que pasaban por la cercana carretera nacional.

Todos los ocupantes sobrevivieron al choque.

Pero el aparato iba cargado de combustible, preparado para cruzar el Atlántico, y a raíz del tremendo impacto se incendió.

Sobrevivieron trescientos treinta y cuatro pasajeros y diez miembros de la tripulación. Pero cincuenta de los ocupantes del aparato murieron.

Entre ellos, Pedro Márquez Esteban, mi segundo amor y el primero que hizo que mi corazón, al fin, conociera la felicidad verdadera.

◆ ◆ ◆ ◆

Por eso sé que la vida es un casino en el que los dados te dan un día lo

que te arrebatan al siguiente.

Y es entonces cuando te quedas indigente, tiritando de frío y dolor a la intemperie, creyendo que ya nada puede hacer más honda tu herida ni romperte por dentro en pedazos más pequeños.

Pero también en eso te equivocas.

Porque la vida, que es un casino y de naturaleza codiciosa, usurera, mezquina y avarienta, siempre guarda un escalón más hacia abajo por el que puedas despeñarte hasta el infierno.

◆ ◆ ◆ ◆

No tuve fuerzas en tres días para explicarle a Amparo mi teoría del casino y de la vida codiciosa, usurera, mezquina y avarienta, porque en esos tres días permanecí en estado casi catatónico en La Paz. La lipotimia que sufrí al conocer la noticia de la muerte de Pedro sacó a la luz una anemia galopante que, por lo visto, hacía tiempo que venía aquejándome sin que yo hubiera notado más síntomas que el cansancio de unos días extenuantes, con la Stella a rebosar y los preparativos de una boda que nunca llegó.

Cuando ya, al fin, pude articular más de tres palabras seguidas, pedí que viniera Amparo.

Al verla, supe que había llorado más que yo, porque yo no había tenido tiempo ni salud suficientes para hacerlo.

Venía con Julia, pero ni siquiera se atrevió a pasar de la puerta de la habitación del hospital. Yo no estaba sola, la compartía con una señora, porque, gracias a una compañera de mi amiga la enfermera, había conseguido el milagro de no tener que hacerlo con siete enfermas, sino solo con una.

—Amparo, por favor, ven… —pude decir, casi sin fuerzas.

—Fue culpa mía, Sarina, mi querida Sarina, fue solo culpa mía…

Julia la abrazaba por los hombros. Las tres llorábamos sin consuelo.

—Ya le he dicho yo que no, que aquí no hay culpas, que fue un accidente… —Julia no sabía cómo intervenir sin herir a ninguna de las dos.

Pero no hacía falta, porque yo no culpaba a mi amiga Amparo.

Jamás se me habría ocurrido. Quise decir lo que de verdad sentía, pero no lo conseguí, me faltó el aliento.

Hasta que se levantó la anciana de la cama de al lado y vino a nosotras arrastrando el soporte con ruedas del gotero que llevaba unido al brazo.

—A ver, niñas, ya sé lo que le ha pasado al novio de esta amiga tuya, que la enfermera me ha contado lo del accidente del avión de Málaga. Y tú debes de ser la de la herencia, ¿verdad? ¿Amparo te llamas? Pues mira, Amparo, querida, piensa qué habría pasado si hubieras sido tú la que iba en ese avión, porque seguro que eso es lo que te reconcome la conciencia, que no te montaste en él, sino que lo hizo otro en tu lugar.

Nos quedamos calladas, no esperábamos esa pregunta.

Sin embargo, yo fui la primera que la entendió y le contesté como pude:

—Que yo estaría en esta misma cama, igual de enferma, llorando tanto como ahora y con la misma pena.

—Pues eso. Que cuando la vida os dé rabias, penséis primero en cuántas se pudieron evitar y procurad hacerlo a partir de ese momento. Pero cuando os dé accidentes, simplemente agradeced lo que os ha dejado en pie.

Cuando la mujer regresó a su cama, nos abrazamos las tres sobre la mía.

Ya para entonces habíamos tenido que recordar varias veces lo que dijo nuestra lejana Tania Blixen, que el agua salada lo cura todo.

Y que, si las amigas lloran juntas, lo cura antes.

◆◆◆◆

Cuando me dieron el alta, cinco días después, era el de mi boda.

No quise pisar la Stella, ni ver las flores que no me dio tiempo de anular y que irían llegando durante el día, ni los regalos que desde la víspera se habrían estado amontonando en la caseta del guardés, ni la comida que quedó en el congelador porque la perecedera pedí que la llevaran antes de que se estropeara a Pan Bendito, tan necesitado

entonces como lo estaba en tiempos de Casimiro.

Solo quería dormir. Mis amigas me habían preparado mi antigua habitación del hotelito, la que ocupé con Julia hacía treinta años y que seguía teniendo vistas a aquel barco blanco en el que había conocido lo mejor y lo peor de mi vida. Ni siquiera tenía vigor suficiente para entrar en el piso que compartí con Pedro en Padre Claret.

Amparo se fue a la Stella para organizar el día de luto en lugar de boda y Julia con ella para ayudarla. Y, al quedarme sola en la habitación, mirando por esa ventana, me dio un ataque de coraje y me rebelé.

Volví a mirar y a admirar el buque varado como cuando tenía quince años, recapitulé todo lo sucedido desde que entré en él por primera vez y me pregunté de qué había servido.

Era como si la muerte hubiera estado todos mis años vividos estrechando una soga a mi alrededor, solo que últimamente había endurecido el juego. Con Nati primero y con Pedro después, me apretaba más y más el cuello, me iba dejando sin aire.

No, no quería más muerte a mi alrededor. Que la mía fuera la próxima o que no hubiera ninguna más.

Lo grité a través de la ventana, en la misma dirección del viento, para que se lo dijera a Caronte.

Ni una, ni una más, le exigí.

Pero la muerte es como la vida: codiciosa, usurera, mezquina y avarienta.

Así que no, tampoco esa vez me hizo caso.

19

Para el lunes 11 de octubre, la Stella ya llevaba diez días abierta fuera de la temporada que había sido la habitual durante treinta años. Lo conseguimos con el beneplácito de las autoridades y de don Manuel Pérez-Vizcaíno, que no tenía ni fuerzas ni ganas de oponerse a cualquier decisión que tomara yo, porque sabía que siempre iría en beneficio del lugar que ambos cuidábamos por encima de todo.

Habíamos acondicionado bien los salones para que, a falta de baños en la piscina, pudiéramos ofrecer almuerzos, copas vespertinas y bailes al anochecer, y me empeñé en acelerar los permisos para adelantar la apertura del club en otoño e invierno no solo para aprovechar la segunda vida de éxito que estábamos experimentando, sino también, lo admito, por puro egoísmo.

Necesitaba trabajar. Necesitaba dejar de mirar por la ventana. Necesitaba dejar de estar furiosa. Sobre todo, necesitaba dejar de llorar. Me dolían los ojos, las lágrimas eran piedras y me hacían daño. Que parasen, por favor. Aunque solo fuera por obligación y por mantener las formas ante los clientes. En especial, ahora que el equipo de directores había dejado de ser un triunvirato y el dúo que quedaba era uno abatido y de negro.

Así, con la Stella abierta como si fuera verano, aquel lunes 11 de octubre recibí dos visitas inesperadas.

◆ ◆ ◆ ◆

La primera llegó poco antes de las cinco de la tarde.

Era el coronel Grass, que se apoyaba en la cancela de una de las puertas y apretaba tanto las garras sobre la verja que parecía querer retorcerla. Estaba muy nervioso, ni siquiera hilaba bien su limitado vocabulario en español.

—¿Dónde está? Dame ahora mismo. *Now*.

Me negué a abrirle, hablamos a través de las rejas. No quería que nada de su cuerpo pudiera acceder a la Stella, ni siquiera el aliento.

—¿Dónde está quién o qué?

—La *briefcase*, ¿cómo se dice? La cartera de Vanessa. La necesita.

—No sé de qué me hablas. Vanessa se llevó todas sus cosas, aquí no hay nada de ella y en la casa tampoco. Y, aunque lo hubiera, jamás te lo daríamos sin su permiso.

—*Get the damn thing now, you bitch*!

—Vete a la mierda, TH. Si no te marchas ahora mismo, llamo a la policía.

—¿A qué policía llamas tú? *I know*, policía española, escondida para que no maten como perros. Los *terrorists* de ETA, los únicos *they care about*. Llama, llama, y yo río.

—¡Faustino! —pedí a gritos al guardia de seguridad que viniera.

El hombre acudió corriendo, pero, al ver a un oficial norteamericano de uniforme, se detuvo.

El coronel rio a carcajadas.

—Di que se vaya. ¡*Bye bye*, Faustino! No quieres que él oiga lo que yo digo.

Lo pensé, me intrigó y le dije al guardia:

—Espérame en la garita, Faustino, y si te hago una señal, llamas a la policía enseguida, ¿vale?

—Como diga, doña Sara, pero yo no le quito ojo, ¿eh?

Cuando se retiró, TH siguió hablando:

—Si policía española viene, yo gano, tú pierdes. Ellos no pueden poner a mí en prisión, *but*… pueden poner Amparo.

Lo miré despacio y creció aún más ese sentimiento impreciso pero martilleante de que éramos viejos conocidos.

—No sé de qué me estás hablando.

—Tengo papeles, dicen lo que hizo tu amiga. *So*, te cambio, tú me das la *briefcase* de Vanessa, yo te doy Amparo.

—Esa cartera no está aquí y, además, no te creo. No puedes tener nada contra Amparo porque no ha hecho nada malo.

—*Sure*? Pregunta a ella. Busca. Te doy un rato, *that's all*. Hoy mucho

trabajo, pero vuelvo luego, *this evening*. Y quiero *briefcase or*…

—¿O qué?

—O tú arrepientes, puta.

◆ ◆ ◆ ◆

Media hora después apareció quien menos esperaba volver a ver en mi vida. Y mucho menos a esas horas y en otoño. Y muchísimo menos con una parka verde olivo, botas de andar por el monte y el pelo menos cardado que nunca.

—¿Adele? —Fue tanta la sorpresa que olvidé todos mis enconos pasados y usé el nombre por el que me autorizó a llamarla cuando tenía quince años y me sentía ascender al cielo solo porque una condesa me dejara sentarme en la misma tumbona que ella.

Adele Gifford, la de Romanilla y Quiñones, estaba en la Stella. Y sola.

—Perdona que venga vestida así, me voy dentro de un rato a Trujillo, pero no podía esperar. Acaban de darme esto y tenía que traértelo.

Me mostraba una caja blanca, que, como TH, también me resultaba familiar, pero con mucha más intensidad que los ojos del americano.

—No, no te preocupes. Tú estás elegante siempre. Además, hoy vienes vestida de gala en comparación con las palmeras y las cacatúas de las camisas de tus compatriotas. Pero soy una maleducada, te tengo aquí de pie… Ven, vamos a sentarnos en una mesa.

Adele y yo nos acomodamos en la de poniente, cuya disponibilidad, dado el auge reciente de la Stella, ya no tenía yo siempre garantizada. Pero aquel día sí, porque estaba en la terraza, el sol se estaba yendo, hacía frío y, sobre todo, porque era lunes y hasta los soldados americanos trabajan los lunes.

Adele puso la caja encima de la mesa.

—¿No te suena esto?

Era un cofrecito de madera blanco que yo había visto muchas veces… ¿Dónde?, me pregunté, pero ¿dónde dónde?

Hasta que caí. Recordé unas manos de venas azuladas que

descansaban sobre una cama y a la dueña de esas manos que me decía que conservara la cajita, que en ella había algo, no recordaba qué, algo que mi tío…, sí, algo que mi tío quiso que yo tuviera solo cuando su esposa muriese.

Entonces me sobrevino una ráfaga de lucidez: vi a Sol despidiéndose de mí y diciéndome que esa caja guardaba una cosa que yo debía tener. Pero también me vi a mí misma inmersa, una vez más, en el duelo y la tristeza, tratando de recomponer la vida de todas, especialmente la de la Stella, y en medio de los albures de la historia, que nos atacaba de nuevo con sus hachazos: un intento de golpe de Estado, la monstruosidad del envenenamiento por aceite de colza y la relación de amor-odio que por entonces comenzábamos a sentir hacia la base de Torrejón. Y después vino la muerte de Pedro, que borró de un bofetón todo lo que hubiera podido quedarme en la cabeza cuando sucedió.

Lo confieso: tras el fallecimiento de mi tía, me olvidé por completo de aquella caja de madera que me había dejado con la llave puesta. Y lo más curioso es que no la había vuelto a ver desde aquel mismo día, porque, de haberlo hecho, se me habría despertado la memoria.

Eso mismo le dije a Adele Gifford cuando la vi en la mesa. Y añadí:

—Pero ¿cómo ha llegado a tus manos? No lo entiendo, no entiendo nada…

—Traté de avisarte hace tiempo, en la boda de tu primo, ¿te acuerdas?, pero lamentablemente ese molesto Trump nos lo impidió. Aunque entonces no sabía todo lo que sé ahora.

—¿Y qué sabes más ahora que entonces?

—¿Recuerdas también lo que te dije hace veinte años? Que, para un buen agente, su vida no solo depende de que no salgan a la luz sus secretos, sino de que sus amigos no les hagan preguntas. Esta te la vas a responder a ti misma dentro de poco.

Volví a ver a la Adele de mi juventud. A pesar de ir vestida de agricultora, aunque seguramente con diseño de Pierre Cardin, tenía de nuevo el brillo en los ojos de la estatua imperturbable y depositaria de enigmas sagrados que fue en otros tiempos. La gran condesa de Quiñones, que había instalado su reino en la finca extremeña de

Tomasete, en el fondo seguía siendo una espía.

Continuó:

—En esta caja hay una cosa que puede salvaros la vida. Perdona, exagero un poco. En realidad, lo que puede hacer es salvar la de este lugar y ayudaros a conservarlo con el prestigio que tiene ahora y que siempre tuvo, que no es poco. Solo dime esto: ¿alguien te ha hecho chantaje ya sobre algo relacionado con Amparo?

Callé, asombrada. Era mucho mejor espía de lo que siempre supuse.

—Pues sí, hace un rato. ¿Cómo lo sabes?

—Recuerda: sin preguntas. Solo yo puedo hacértelas. Otra: ¿cómo habéis quedado? ¿Volverá ese desgraciado a por lo que te ha pedido?

—Sí… —Mi estupefacción crecía—. Dice que volverá luego. ¿También sabes que es un hombre? ¿Y que me ha pedido algo? Perdón, ya sé que no me vas a contestar, pero es que no doy crédito…

—Sí, Sara, hija mía, yo lo sé todo y lo sé siempre. A ver, esto es lo que te interesa saber a ti: en la caja hay unos papeles que el chantajista cree que todavía están en su poder, no sabe que los tengo yo. Aunque ya me haya retirado, aún puedo conseguir cosas. Es lo bueno de haber tenido muchos agentes y de que algunos me deban favores.

—No agentes como yo, que te salieron rana…

—Eso es el pasado. Vamos ahora al presente, que es lo que importa. Te hablaba de esas cuartillas. Léelas, pero ya puedo asegurarte desde ahora que es verdad todo lo que dicen. A tu tío no se lo puedes preguntar, pero a Amparo sí, y seguro que ella no te mentirá. Recuerda que no te ha traicionado, porque ocultar no es lo mismo que mentir.

Cada vez estaba más confundida, pero continué escuchando y sin preguntar, para qué.

—Lo que pone en los papeles es agua muy pasada, ni siquiera tiene validez legal, después de tanto tiempo. Pero el escándalo afectaría a la Stella, hasta puede que tuvierais que cerrar, por no hablar de la mancha que caería sobre tu familia.

—¿Es tan grave…?

—Déjame seguir, por favor. Bien, una vez que los hayas leído,

quémalos enseguida. No lo olvides. Eso es lo más importante. Y después, cuando venga el hombre al que estás esperando, vosotras veréis qué hacéis. Sois libres, ya no tiene nada contra la Stella ni contra Amparo. No puede haceros daño. Solo que, hagáis lo que hagáis, tened cuidado. No sé de qué será capaz cuando descubra que no tiene la caja. Recordad que un león sin colmillos todavía puede matar a zarpazos.

—Pero… perdona, no puedo evitar preguntártelo, Adele, es que parece que eres Dios y no hay nada que se te escape: ¿sabes también por qué quiere hacernos ese chantaje, qué es lo que busca a cambio? Pide que le demos una *briefcase* y yo no sé de lo que habla.

La condesa calló unos segundos, encendió un cigarrillo, dirigió el primer humo al aire puro de octubre que ya empezaba a darnos en la cara, y esta vez sí que me respondió:

—Busca algo que Vanessa le dejó a Amparo antes de irse de vuestra casa y que tu amiga guardó. No sé dónde, pero puedo imaginarlo: seguramente está en el sótano, en ese sitio en el que tantas maldades inventasteis contra Franco y que creíais que era el lugar más secreto del mundo, aunque todos sabíamos lo que hacíais allí.

Nuestro sótano… Había estado cerrado durante años, me había olvidado de él tanto como de la cajita de mi tía. Empecé a pensar que a mí la menopausia no me daba sofocos ni gordura, sino que me restaba neuronas.

—¿Y crees que ahí está la *briefcase* que busca ese hombre?

—No lo sé. Pregúntaselo a Amparo o averígualo tú.

—¿Y qué hay en ella? ¿Documentos secretos de la base? ¿Los planos confidenciales de un avión? ¿La fórmula de la bomba atómica? ¿Qué coño hay en la cartera para que ese estúpido nos haya querido meter a todos en una película de James Bond?

—No, nada de eso. Lo que hay ahí es algo mucho más importante que lo que dices. En esa *briefcase* están los pasaportes de Vanessa y de sus hijos.

◆ ◆ ◆ ◆

Cuando despedí a la condesa en la puerta enrejada de la Stella tuve la corazonada de que esa vez sí que iba a ser la última que la veía. Sentí una pequeña aguja en el esternón.

—Espera, Adele…, déjame preguntarte algo. —Ella ya tenía un pie en la calle—. Por favor, te lo suplico.

—Adelante, aunque no sé si podré contestarte.

—Dime cómo has conseguido averiguar todo lo que me has contado.

Adele rio.

—No ha sido difícil. Lo que me extraña es que no lo hayas hecho tú antes. Te creía más avispada.

—¿Yo? ¿Por qué debería haberlo hecho, si no conocía de nada a TH ni a Vanessa antes de que llegaran?

—¿Estás segura?

—¿De qué? ¿De que no los conocía? Completamente segura.

—Fíjate bien cuando vuelvas a ver a TH.

Volvió a golpear mi mente esa reminiscencia sutil y pasajera que me asaltaba cada vez que me encontraba con él.

La condesa añadió:

—De hecho, quizá en la próxima ocasión te resulte más fácil, porque me han contado que hoy mismo se ha afeitado…

No pude evitar una risa amarga.

—¡Sabes hasta eso!

—Pues sí, tengo buenos informantes. TH se ha afeitado porque el ejército se lo exige. Solo le han dejado llevar barba un tiempo por prescripción médica, debido a un eccema que no le permitía pasarse la cuchilla. En el ejército están prohibidas las barbas, ya sabes, por si hay que llevar mascarillas antigás y esas cosas. Pero ahora, cuando lo veas rasurado, seguro que descubrirás algo.

—¿No me lo vas a decir tú?

—Prefiero que lo descubras tú sola.

—De acuerdo, tendré paciencia. Dime solo algo más.

—Si puedo…

—¿Para qué tiene TH tanto interés en esos pasaportes si puede hacerlos nuevos cuando quiera?

—Para no tener que dar explicaciones. Si los renueva, tendría que

contar lo sucedido con ellos.

—Ya, y además le llevaría demasiado tiempo. Tal vez tenga prisa por llevarse a Vanessa de aquí.

La condesa no respondió a mi reflexión.

—Permíteme una última pregunta, por favor.

—Adelante.

—¿Por qué haces todo esto por nosotras, Adele? Tú y yo no tuvimos una relación del todo buena en el pasado.

No pensé que una grande de España haría lo que hizo conmigo, más pequeña que nunca: me acarició la barbilla.

—Porque te lo debía, joven De la Fuente. Los años me han enseñado muchas cosas y, entre ellas, la más importante es que, como decimos en mi tierra, necesitas caminar una milla en los zapatos del otro para comprenderlo. Yo no me porté bien contigo, no supe entenderte. Tenía idealizada a esa España contra la que tú luchabas y sigo pensando que aquellos fueron buenos tiempos para todos los españoles, aunque los de ahora sean mejores. Pero quiero que sepas que todo lo que hice lo hice por el bien de tu país, que desde hace muchos años también es el mío y al que amo con todo mi corazón.

Aquello terminó de confundirme. Ella lo supo. Y también que la conversación había terminado.

—Ahora me voy y no sé si nos volveremos a ver, yo paso todo mi tiempo en Tomasete, apenas vengo a Madrid y tampoco estoy ya para fiestas. Espero haberte ayudado, Milady de Winter. Te deseo lo mejor siempre. Y, por favor, hazme caso: ten mucho cuidado…

◆ ◆ ◆ ◆

La tercera visita no se produjo. El coronel TH Grass no cumplió su amenaza, no volvió a la Stella esa tarde, ni tampoco por la noche.

Gracias a eso, yo tuve tiempo suficiente para leer los papeles de la caja blanca de madera y dejar que, con su lectura, todo lo que yo creía que era de una forma súbitamente se volviera de otra, como visto a través de un cristal biselado.

Esto es lo que decían:

Madrid, 20 de enero de 1971

Querida Sara, mi cielo:

Cuando leas esto, tu tía y yo ya no estaremos en este mundo. Con esas instrucciones he encargado a mi esposa que conserve esta carta y estoy seguro de que ella respetará mi voluntad. No sé cuánto tiempo pasará desde que escribo esto hasta que llegue a tus manos, espero que sea mucho, por el bien de mi querida Sol. Pero me revolvería en la tumba si supiera que tú jamás has llegado a saber lo que voy a contarte.

Comenzaré por aquel día de agosto de 1952, ¿lo recuerdas?, ese en el que el agua de la piscina se nos llenó de sangre. Quiero llevarte a una hora antes de que pasara lo que pasó, a las dos y media, cuando Roberto y su mujer fueron a la cocina para comer. A él le tocaba comenzar su espectáculo a las seis, como cada día, pero vosotras estabais furiosas porque, un poco más abajo, en el sótano, teníais a vuestra amiga Julia que se desangraba por el aborto que un carnicero le hizo para quitarle de dentro la vergüenza de Roberto, que de eso también me enteré.

Con esto quiero decirte que entiendo lo que se le cruzó a Amparo por la cabeza al ver llegar a ese muchacho engreído a la cocina y ponerle delante un plato de fabada: que no pudo contenerse. Ella se acordaba de la embriaguez que causaba en su madre enferma el láudano que le daba cuando tenía dolores y pensó que, si conseguía atontar a Roberto lo suficiente para que, con las gotas que echó en el vino, se quedase dormido, no podría actuar a las seis y haría el ridículo delante de todas las clientas. No la juzgues, Sara, fue su venganza, una pequeña e infantil, pero ¿qué quieres? Teníais quince años y una amiga maltratada. Compréndela, al menos tanto como ella nos comprendió a ti y a mí cuando decidimos adelantar el salto del trampolín. ¿Te acuerdas de que trató de impedirlo? El láudano había hecho efecto ya en Roberto, lo había mareado, aturdido y trastornado, pero aún no lo había tumbado. Cuando se mató al tirarse al agua no estaba borracho, estaba drogado.

Y la pobre Amparo cargó con ese peso en su conciencia hasta que un día no pudo más y me lo contó. Prefirió que fuera yo su cómplice por ocultación y no tú, por eso no te dijo nada.

Lo malo es que tardó mucho en confesármelo. Lo hizo poco antes de que volvieras de Palencia, llorando como una magdalena. Le había abrumado demasiado el alma la muerte de Roberto y, cuando el comisario Melgar y su ayudante Arizmendi comenzaron a venir de nuevo por la Stella, además tuvo miedo. Le pedí que me diera a mí la botella de láudano para que nadie más pudiera verla ni asociarla con ella. Yo me desharía del veneno y así no habría ninguna prueba contra Amparo.

Pero la fortuna no se puso de nuestro lado ese día, porque cuando la niña me

lo contó estábamos en el almacén de la cocina, que entonces, ¿te acuerdas?, tenía los baños muy cerca y a ellos iba Melgar con frecuencia; entre la próstata y el coñac, pasaba casi más tiempo allí que en la mesa. Por desgracia, lo oyó todo. A partir de ese día, aquellos dos satanases no solo sabían las cosas que se hacían y se decían en la Stella, como que nuestro club siempre fue una isla de libertad, la poca que Franco nos deja, y ahora ya no me da miedo decirlo porque estoy a punto de irme. Es que también conocían el secreto de Amparo.

Así que hice lo único que pude por salvarnos a todos: los soborné. Sí, mi niña Sara, usé el dinero que había ahorrado construyendo edificios con Gutiérrez Soto por todo Madrid, el que tenía que haberos dejado a Mateíto y a ti, y me lo gasté en comprar el silencio del comisario y de su vasallo. En eso y en consentir que se bebieran nuestro mejor Courvoisier, siempre gratis. Espero que entiendas ahora los motivos del cariño que me tenía Amparo: además de afecto, quería demostrarme su gratitud.

Funcionó hasta que regresaste de Palencia. Entonces te metiste en enredos políticos con Renato, la mercera, el cura obrero, el peluquero y los otros. ¿Pensabas que no lo sabía? Desde el primer día, Sara, hija, desde el primero. Te vigilé tanto como pude. Pero Melgar también lo hizo.

Un día llegó a la piscina para decirme que sabía que en la Stella se estaba cometiendo un delito aún mayor que el del homicidio de un socorrista que se dejó drogar y se mató por imbécil, porque, según él, el de rebelión contra Franco y traición a la patria era muchísimo peor que lo otro. Me dijo que, después de tantas tardes con nosotros bebiendo coñac y observando, ya se había dado cuenta de dónde se escondía la célula que habíais montado, en el sótano. Incluso nos organizó un registro en el hotelito y todo, ¿te acuerdas? Revolvió del primero al último cajón, no paró hasta que rompió una flor de la figurilla de Lladró de tu tía. No encontró nada, pero, aun así, me amenazó con que iba a tenerte muy vigilada y que te denunciaría en cuanto pudiera. A ti, Sara, vida mía, a la niña de mis ojos, porque tú sabes que eso es lo que has sido siempre para mí.

Me extrañó que el registro de la casa lo hiciera solo, sin Arizmendi. Ese mismo día me di cuenta de que, a partir de entonces, iba a subir la tarifa porque quería el dinero para él, nada más que para él. Y también me di cuenta de que aquel hombre era infinito. Su persecución a nuestra familia no iba a acabar nunca, ni iba a poner coto jamás a su acoso sobre la Stella, por mucho dinero que le diera. Siempre querría más, hasta que se me acabara, y entonces comenzaría a pedir nuestra sangre.

Por eso lo hice, Sara, solo por eso. El Courvoisier de la noche en que Julia se partió el tobillo tenía todo el láudano que le quedaba a Amparo en la botella y que yo no había destruido, como le prometí.

Yo maté al comisario Melgar. Su muerte fue cosa mía y solo mía. Me dio la idea el asesinato de otro policía en San Sebastián, envenenado con opiáceos dos

días antes. Solo tuve que imitarlo lo más posible. Tener láudano a mano fue casualidad y el único golpe de suerte en esta historia.

Me arrepentí enseguida, mucho más cuando me di cuenta de que iban a buscar culpables y de que lo harían muy cerca de tu círculo. Así que tuve que alejarte de la Stella. Te mandé a Alcobendas y a punto estuve de hacer que volvieras a Palencia. No me quedó más remedio. Tú corrías peligro y yo no podía permitir que te pasara nada malo. Hoy, cuando ya la vida se me acaba y apenas me queda tiempo para escribirte lo que estás leyendo, sigo pensando que fue lo único que pude hacer entonces.

Después, cuando ya estuviste a salvo, imaginé que culparían a Renato y por eso también me empeñé en ayudarlo a salir de España. Tardó demasiado en aceptar mi ayuda, lo detuvieron y él se declaró culpable. Al principio, fue un golpe. No sabía por qué lo había hecho. Pero me lo contó cuando lo visité en la cárcel. Me dijo que me había visto manipular la copa de coñac, pero que no me delató porque fue la única forma que encontró de agradecerme lo que hice por él cuando era un crío.

Sin embargo, yo no podía permitir que cargara con un castigo que solo debía corresponderme a mí. Cuando propuse entregarme y confesar lo ocurrido, Renato me convenció de que no lo hiciera, podría perjudicarte a ti y también a la Stella, que no resistiría un escándalo de semejante magnitud con su director. La cerrarían de inmediato y quién sabe qué otras calamidades caerían sobre nosotros.

Puede que Renato tuviera razón. Solo que yo no podía vivir con su condena en mi conciencia, de modo que recurrí a la única persona del otro mundo que quizá conservara una pizca de compasión por este otro, por el nuestro, por el mundo que se nos venía abajo: hablé con la condesa de Romanilla.

Se lo conté todo. Todo, Sara, cielo, todo. Fue una apuesta temeraria, lo sé. No sabía cómo iba a reaccionar, ni si estaba cavando mi propia tumba o, lo que era muchísimo peor, la vuestra y la de Renato. Pero creo que debí pulsar alguna tecla sensible de ese corazón que parecía de piedra, porque la condesa me escuchó. Nadie como ella había cultivado en España las relaciones más exquisitas, incluidas las del infierno. Deduzco que pensó que era mejor salvar a un pobre diablo que verse involucrada en un asunto tan sucio que supondría que el responsable del lugar que ella y su marido tanto frecuentaban y al que llevaban a muchos de sus amigos, algunos tan notables como los duques de Windsor, confesara el asesinato de todo un comisario.

En ese otro mundo suyo le daban siempre audiencia y, gracias a ella, la pesadilla del chico terminó en Carabanchel, y no ante un pelotón de fusilamiento. Nadie llegó a acusarlo de un asesinato que le habría costado una ejecución sumarísima. La condesa me lo había prometido. Solo me pidió que dejara que Renato pagara el precio de unos años de cárcel para salvar las apariencias ante el Régimen.

Fui muy cobarde al hacerlo, Sara. Fui cobarde al permitir que ese crío cumpliera la pena en mi lugar y lo fui al pensar en ti, en la Stella y en su reputación antes que en él.

Ese hombre fue el más leal, el más fiel y el más íntegro que seguramente hayas conocido y conocerás en tu vida. Y yo, el más pusilánime. No sabes cuánto me he arrepentido desde entonces.

Nunca he vuelto a verle. Nunca he podido darle las gracias por todo lo que hizo por nosotros y por la Stella. Espero que, allá donde esté, no tenga ninguna duda de mi agradecimiento y haya podido perdonarme.

Escribo todo esto y sé que arriesgo mucho al confesarlo por escrito. No por mí, que ya estoy a punto de irme, sino por vosotros, por Sol, por Mateíto, por Amparo y por ti. Pero, para salvar al menos a mi mujer, le he confiado a ella esta declaración. Tengo confianza plena, sé que guardará la carta en el lugar más seguro que encuentre y tú la recibirás cuando tampoco esté ella. Me ha asegurado que así lo ha ordenado en su testamento, por si muere sin que le dé tiempo de decírtelo.

Dentro de poco serás la directora de la Stella. Eso, además de la ignorancia de lo que te cuento aquí, confío y deseo con toda el alma que sea tu seguro de vida hasta que conozcas la verdad.

Después, cuando lo hagas, perdóname, no me guardes rencor y recuérdame con el mismo cariño que me tuviste en vida.

Yo me iré queriéndote como siempre te he querido y como siempre quise a tu madre.

Con todo mi amor,

TU TÍO MATEO

◆◆◆◆

Los recuerdos comenzaron a planear en remolino dentro de mi cabeza cuando leí la carta.

La piscina teñida de rojo y el olor a canela, nuez moscada, pimienta y licor que noté cuando Roberto pasó a mi lado antes de morir, que era el mismo que inundaba el jardín la noche en la que, al salir del sótano, vimos cómo se llevaban el cadáver de Melgar.

Renato, nervioso la noche del asesinato del comisario, con sus caricias temerosas y el miedo impreso en el alma desde entonces, su rectitud y su nobleza, su inmolación para no delatar a la persona que más admiraba en el mundo porque fue el padre que no tuvo, el único

que lo trató con el cariño de la familia que le faltó.

Lo recordé echándome en cara, con mucha razón, lo que había hecho, y a Rosalía, que lo sabía todo porque Renato se había desahogado con ella en Francia, bajando los ojos cuando le pregunté.

Y *El conde de Montecristo* que la listísima Adele Gifford me había dejado como pista para que comprendiera que ella ya había hecho lo que yo le pedía que hiciera, porque no podía hacer más sin delatar a mi tío.

La insistencia de Mateo en alejarnos a las tres de la Stella y sus cuidados paternales con todos sus errores, porque lo de Melgar fue uno enorme, una equivocación monumental de las que solo se pueden cometer por amor.

Mis celos absurdos hacia Amparo, que no estaba enamorada, sino agradecida. También para ella aquel hombre ejemplar había sido un padre, un amigo y un confidente. Que no fue cobarde, sino, como la propia Amparo dijo, el más valiente de España.

El amor que se tuvieron mi madre y él y que, por no poder vivirlo en libertad, mi tío volcó en todos los que tuvo cerca. Sobre todo, en mí.

Y sus atenciones, y su vigilancia, y su ojo avizor.

Y su devoción cada vez que me llamaba cielo.

Y su cariño. Siempre su cariño, tan grande y tan fuerte que le duró hasta más allá de la muerte.

Lloré a mi tío cuando murió y lo volví a llorar diez años después.

Me pidió que lo quisiera y yo, con todo el amor por Pedro que aún me quedaba dentro y me quemaba, con la experiencia de lo vivido a mis espaldas y con la incertidumbre de lo por vivir en el alma, sentí que desde que nací no había habido un momento en el que lo hubiera querido más de lo que le quería en ese.

Seguí queriéndolo mientras volví a leer tres, cinco veces más su carta, hasta memorizarla.

Seguí queriéndolo cuando la quemaba.

Y seguí queriéndolo cuando, después de secarme todas las lágrimas para que nadie viera ni su rastro, tomé la firme decisión de dejar que aquello durmiera en el silencio de mi corazón.

No hablaría jamás de su contenido, ni siquiera con Amparo. Con ella, menos que con nadie.

Jamás le diría que sabía lo que ella nunca había querido que supiera.

Era suyo y de mi tío, de los dos. Solo ellos tenían derecho a su custodia.

20

A las siete de la mañana del día siguiente, martes 12 de octubre, Julia llegó a casa con un ejemplar de *El País*.

Yo estaba de pie junto al exprimidor, preparando los zumos. No dejábamos que Amparo cocinase en el hotelito, ya lo hacía suficientes horas en la Stella.

—No tengo ganas de leer el periódico hoy, Julia, gracias, déjamelo ahí, por favor.

—No, si es que esto tienes que leerlo con ganas o sin ellas. Y tienes que leerlo antes de que lo haga Amparo. Por favor, Sara, por favor…

Me asusté.

Solo el titular que me señalaba hizo que me sentara de golpe.

Después, el resto hizo que casi me desmayara.

Una militar norteamericana estrangulada en su casa de Royal Oaks

Según las primeras investigaciones, fue asesinada por motivos pasionales

EL PAÍS, Madrid

Una norteamericana de color, Vanessa Pandora Grass, de treinta y seis años, teniente del Ala Táctica 401 de la base de Torrejón de Ardoz, murió ayer estrangulada en su domicilio, situado en Royal Oaks, un barrio residencial para oficiales arrendado por EE.UU. a una empresa española. El cadáver se encontraba desnudo, con rulos en el cabello, en medio de un gran charco de sangre y con síntomas de estrangulamiento por unas manos sin guantes. Presentaba asimismo

un fuerte golpe en la base del cráneo. El macabro descubrimiento, en el pasillo de su apartamento, fue efectuado por su propio esposo, también militar. La policía descarta el robo como posible móvil del crimen.

Según los primeros indicios, todo hace pensar que el asesino pudo ser una persona de su confianza. Además, se da por cierto que, al huir, saltó por la terraza de la vivienda, en un primer piso, que comunica con la calle paralela a la del portal de entrada.

La reunión de los testimonios de las vecinas hasta el momento ha permitido recomponer el suceso en todos sus extremos conocidos. Vanessa Pandora era de raza negra y estaba casada con un superior en graduación, el coronel T. H. Grass, cuyo baúl militar se conserva todavía en la terraza y que fue el que utilizó el asesino para saltar y huir. Una de las vecinas del matrimonio, que se había instalado el pasado verano en el mismo portal, asegura que la fallecida le había pedido el divorcio a su marido varias veces, pero que él se había negado a concedérselo.

En febrero, Vanessa dejó de ser vista en la casa o en las zonas por las que solía pasear con sus tres hijos, dos de nueve y siete años y un bebé de menos de uno, pero tres meses después regresó al domicilio familiar con los niños. Hasta que la víctima lo abandonó, el matrimonio nunca había promovido escándalos o altercados apreciables. El vecindario tenía además buena imagen de Vanessa, «una mujer muy distinguida que sabía elegir perfectamente su vestuario».

Es posible que el día de su muerte y en ausencia de su esposo, la teniente Grass dejara entrar al hombre que le causó la muerte y que, según las primeras declaraciones de su marido, era su amante.

La primera alarma saltó cuando, a las 16:15, una vecina del piso contiguo oyó gritos de mujer; segundos más tarde, el llanto de un niño pequeño y «la voz pausada de un hombre que probablemente estaba consolándolo», pero no llamó a la policía.

Una hora después, a las 17:30, llegó su marido, que pulsó con ansiedad el botón del portero automático de una de las vecinas, que vive en el bajo, porque su esposa no atendía a sus llamadas y él había olvidado las llaves.

La vecina abrió el portal al coronel Grass, que llegaba junto con un compañero de la base. El sargento trató de entrar en casa, pero no pudo hacerlo: el pestillo interior de la vivienda y la cadena de seguridad estaban echados, así que bajó a toda prisa y pidió a la mujer que había abierto el portal que llamara a la policía. Inmediatamente, el coronel Grass, alto y atlético, pasó al apartamento contiguo y saltó de terraza a terraza. Poco después, reapareció en la escalera, tras descorrer el cerrojo y soltar la cadena, con su hijo en brazos.

La policía española tardó muy poco en llegar. Vanessa Pandora Grass estaba tendida en el suelo del pasillo, completamente desnuda, bocabajo y con los brazos en una posición violenta; alrededor de su cabeza había un gran charco de sangre, y en la pared y en la almohada de la cama de la alcoba, varias manchas.

En la región occipital de la víctima se apreciaba la señal de un profundo golpe, una segunda herida en una pierna y marcas de dedos en el cuello. El asesinato, según las primeras hipótesis, fue perpetrado entre las 16:00 y las 16:30.

Aparte de los gritos de la víctima y el llanto del bebé, no había en la casa ninguna señal de disputa o de violencia. Según las fuentes policiales consultadas por este periódico, una mujer que se pone los rulos y se desnuda ante un hombre denota que tiene confianza con él; además, un niño pequeño que llora solo puede ser consolado rápidamente por alguien a quien conoce. Esto, de acuerdo a las primeras investigaciones, significa que el asesino «era una persona de confianza para la madre y para el hijo», es decir, que cuadra con la hipótesis de la existencia de un amante, al que el coronel Grass, en estado de total conmoción, acusa de la muerte de su esposa.

A las 20:00 llegaron a la casa los policías militares de la base de Torrejón de Ardoz.

◆ ◆ ◆ ◆

Así fue como llegó el fin del mundo. Al menos, el de nuestro mundo conocido.

Amparo quiso llorar cuando lo leyó, pero no le dimos tiempo.

Había que actuar. Ahora sí que, más tarde o más temprano, iba a volver a aparecer TH. Podía ser en cualquier momento y teníamos que estar preparadas para su llegada.

Nos costó un día y una noche enteros, pero qué es eso comparado con la eternidad.

Cuando el coronel regresó a la Stella, a la mañana siguiente, ya teníamos todo dispuesto.

No había marcha atrás.

21

—Pandora fue la primera mujer del mundo y la crearon por venganza.

Eso nos contaba Marimar, la erudita y sabia Marimar, junto a la chimenea del hotelito de Arturo Soria cuando los niños ya dormían, mientras nosotras la escuchábamos transportadas a otro mundo y a otro tiempo.

La modeló Hefesto en arcilla por orden de Zeus como uno de los muchos y atroces castigos contra Prometeo por haber entregado el fuego a los mortales, nos dijo. Hizo una figura, la más bella del mundo, dotada de todas las características propias femeninas: la mentira, la inconstancia, la seducción engañosa y la volubilidad. Además, le dio un recipiente, con el encargo de que no lo abriera jamás. Pero Pandora era de naturaleza entrometida, se dejó llevar por la curiosidad y lo destapó. De él salieron volando todas las calamidades que desde hoy asolan a los hombres. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que dentro del contenedor solo había males, volvió a taparlo deprisa y en el fondo se quedó lo único que puede salvar a la humanidad: la esperanza. Ahí sigue todavía.

—Unos la llaman Pandora y otros Eva —suspiraba Marimar—. De la segunda se dice que mordió una manzana, y de la primera, que lo que abrió era una caja. Pero las dos fueron las primeras mujeres en una tierra que, mientras solo estaba habitada por hombres, vivía feliz y despreocupada, y en la que, tras la llegada de las dos, se desencadenó la desgracia.

Y hacía mucho hincapié en la historia de Pandora, por eso repetía:

—No, no era una caja. Que no os engañen más, nenas, que lo que Pandora llevaba no era una caja. Eso es lo que cuentan los que escriben la historia, aunque sea la de mentira, porque siempre son hombres. Lo que Pandora llevaba era una *big jar*, ¿cómo se dice? Ah,

sí, una tinaja, ahora me ha salido la palabra, una tinaja, porque en las tinajas se guarda comida, aceite, quesos, vino. Pandora era una *nourisher*, ¿«nutridora» es correcto?, una guardiana de la vida, una protectora. Y por eso volvió a tapar la tinaja enseguida: porque la habían engañado, porque le dijeron que allí había alimentos para los suyos, pero lo que había era maldad pura.

De Pandora, de su tinaja y de Marimar me acordé cuando volví a ver a TH frente a la puerta de la Stella, cuarenta horas después del asesinato de Royal Oaks.

Porque, ya sin barba y a cara descubierta, tal y como había predicho la condesa de Quiñones, todas mis intuiciones comenzaron a cobrar una forma algo más nítida.

◆◆◆◆

—Nos hemos enterado por el periódico y lamento su pérdida, coronel, ya sabe que aquí queríamos mucho a su esposa. Lo acompaño en el sentimiento.

TH me miró extrañado. No sabía si estaba siendo irónica o sincera. Creo que le quedó más claro cuando le dije:

—Por cierto, está usted mucho más guapo sin barba, dónde va a parar.

Hubo un silencio incómodo que yo aproveché para seguir hablando.

—En fin, como ya imagino a qué ha venido usted, le informo de que tengo buenas noticias. He descubierto dónde dejó Vanessa la *briefcase* que tanto le interesa, aunque ya no creo que a la pobre le haga mucha falta. Pero hay un problema: la encontré en el sótano, solo que, como ahí no entra nadie casi nunca, al ir a sacarla del hueco en el que su mujer la dejó se cayó una pila de ladrillos encima y ahora no puedo quitarlos yo sola. Si usted es tan amable de acompañarme, igual con su ayuda…

—Vamos, *the sooner the better*.

Ni siquiera se dio cuenta de que en ese sótano había otras dos personas escondidas esperándolo.

Primero, Amparo le golpeó en la cabeza con toda su rabia y todas

sus fuerzas, que eran más de las que le suponíamos, usando el pote de hierro colado, lo que le dejó lo suficientemente mareado para que, entre las tres, pudiéramos colocarle rápidamente en las manos y en los pies las bridas de plástico que usábamos para sujetar los cables de la televisión y de la antena.

Después, lo sentamos en el colchón, esperamos a que se espabilara y Julia hizo el resto. Demostró su profesionalidad, actuó con celeridad y limpieza, un visto y no visto.

Cuando la aguja traspasó aquella piel de lagarto de cloaca, cruzamos los dedos.

—No es como sale en las películas, Sara, yo no sé si esto va a funcionar, no siempre sirve para que la gente diga la verdad. —El pulso de Julia fue firme mientras dejaba que el líquido penetrara, pero después se echó a temblar—. Mira que este tío está entrenado por el ejército, que tiene control mental y que…

—Y que ye un asesino. Intentarlo hay que intentarlo, Julia. —Amparo estaba más serena que nunca. Tanto, que daba miedo.

—Además, si no sale, lo sabremos enseguida.

No sé si convencimos a Julia, pero acabábamos de hacer lo que decía Amparo: intentarlo.

Al tiopentato de sodio que había conseguido en el psiquiátrico, y que utilizaban los médicos para las sesiones de hipnosis con algunos enfermos o como anestésico, también lo llamaban pentotal sódico, o más comúnmente, el suero de la verdad. Y no siempre funcionaba, eso era cierto.

Pero cuando empezamos a comprobar que, en el caso de TH, ni toda su preparación militar ni su pericia como mentiroso lo iban a librar de sí mismo, me acordé de Gandhi, que dijo que la verdad no es más que lo que dice nuestra voz interior.

La voz interior de TH comenzó a hablar a los veinte segundos exactos de la primera inyección en un inglés lento que no nos resultó nada difícil de comprender. Y a los veintidós, a darnos las primeras teselas del mosaico que estábamos a punto de componer.

◆◆◆◆

Vanessa se encontraba embarazada de Laura cuando se ganó la primera paliza, nos dijo la voz interior de TH. Por eso, para relajar la tensión en la pareja, a él le vino muy bien que, al poco del nacimiento de la niña y siendo capitán, lo destinaran dos meses a la base de Torrejón. Tenía como misión participar en el equipo que supervisaría la actualización de los F-4 para hacerlos más veloces y con armamento mejorado. Un buen empujón en su carrera.

En 1972 había un lugar en Madrid al que iban todos sus compañeros de la base y que tenía fama de ser el más divertido y alegre en la capital de un país triste y aburrido. Se llamaba piscina Stella. Además, si quería compañía, no faltarían oficiales que le aconsejaran dónde conseguirla.

Sobre todo, la de una que, aunque estaba loca, hacía mamadas como nadie. Era cara, pero también muy joven, hablaba inglés y encima era viuda de un héroe de Vietnam. Merecía lo que costaba. Se hacía llamar Kerry Wayne, pero era más española que el ajo, seguro que le haría pasar el mejor mes de su vida.

Se equivocaron, porque, menos de una semana después de pagar por sus servicios casi cada día, de repente la chica los interrumpió. No respondía cuando intentaba buscarla y se escabullía si la vislumbraba en el pub de Malasaña a la que todavía iba a ver a sus amigas.

Cuando ya estaba a punto de regresar a Estados Unidos, TH la volvió a encontrar un día en la puerta de la Stella y allí mismo la puta le confesó que ya no se dedicaba a lo que él creía, que ahora estaba estudiando. Cuando él sonrió y enarcó una ceja al oírlo, ella creyó que era de admiración y no de burla. Por eso se confió. Hasta llegó a pedirle que la acercara un momento a Madrid en ese coche nuevo que traía, un Cadillac Deville del 65 rojo que el coronel le había prestado al capitán esa noche «para impresionar a las chicas, que eso es fácil en España», porque llegaba tarde a casa y no quería que el sereno le abriera, que era muy antipático.

Pero la tonta se equivocaba, él no la admiraba. Simplemente, no la creyó: pensó que la pose de furcia estudiante era una treta para subirle el precio. Al enfilar en dirección contraria a la que la estúpida quería, ella no se asustó. Al contrario, se le puso levantisca y comenzó a

burlarse de él entre risas y a gritos. Que tres viejas que acababa de conocer le habían dicho que ella valía mucho más que para comer pollas americanas, le soltó, y que la suya era con la que menos merecía la pena el esfuerzo, tan pequeña que le sobraba boca cuando se la metía dentro.

TH le pegó el primer puñetazo mientras conducía López de Hoyos arriba alejándose de la Stella, tan solo lanzándoselo a la cara desde su asiento, y con eso al menos la atontó y consiguió callarla. Después, loco de ira, torció a la derecha y siguió conduciendo. Llegó a un descampado y siguió conduciendo. El coche saltó, se atoró, volvió a saltar, pero él siguió conduciendo. Llegaron a un lugar lleno de ruinas que no conocía y con una de las esquinas le hizo un raspón importante al retrovisor, que se dejó varios pedazos sobre los cascotes. Y él siguió conduciendo.

Hasta que se detuvo…, paró… y entonces…, entonces… ¿Qué estaba diciendo? ¿Por dónde iba? ¿Qué le habíamos preguntado…?

◆◆◆◆

—Más pentotal, Julia, por Dios, está volviendo a ser él y no ha hecho más que empezar a contar.

Julia no había dejado de llorar desde que oyó el nombre de Kerry Wayne, pero dudó.

Sin embargo, sabía que yo estaba en lo cierto. Ignorábamos cuánto tiempo aguantaría TH sujeto con las bridas de plástico, que podría romper con solo un gesto en cuanto se despejase. Algo que parecía a punto de suceder, porque estaba regresando del trance y sus ojos comenzaban a recuperar la mirada de realidad y a perder la de ensoñación.

No quedaba más remedio, así que Julia volvió a introducirle la aguja en la carne.

Y esta vez, más adentro y con un poco más de líquido.

◆◆◆◆

Era un lugar extraño, lleno de ladrillos y piedras y ya muy lejos de la ciudad. TH apenas se había dado cuenta de que se habían alejado tanto.

Justo cuando detuvo el auto, Kerry se despertó y comenzó a chillar como un gorrino de Missouri en el día de matanza. Tuvo que golpearla, una vez y otra, y otra, y otra. Pero sus alaridos parecían inextinguibles, no había forma de pararla.

La loca logró salir del coche y echó a correr, pero él estaba en buena forma, era un capitán del ejército más poderoso del mundo, y la alcanzó enseguida. La tumbó en el suelo, le bajó los pantalones y la violó. Solo una vez, la adrenalina no le duró para más, aunque también le sirvió para que, mientras la penetraba, con una de sus manos enormes pudiera sujetarle los brazos hacia arriba, por encima de la cabeza, y con la otra apretarle fuerte el cuello para que le dejara correrse en paz, sin oír sus berridos de histérica.

De que estaba muerta no se dio cuenta hasta que encendió un cigarrillo tras el que había sido el mejor polvo de su vida. Cuando vio que no respiraba, se puso muy nervioso. Miró alrededor, no había nadie. Tenía que esconder el cadáver, que lo encontraran lo más tarde posible, cuando ya hubiera vuelto a Texas. En su inspección de la zona encontró lo que buscaba: una gran tinaja medio enterrada junto a una de las casas derrumbadas, en la que quizá cupiera un cuerpo pequeño y menudo como el de la zorra que se había buscado su propia muerte.

No le subió los pantalones que le bajó para violarla; se los dejó enrollados en los tobillos, pero el jersey se lo anudó al cuello. Ahí se habían quedado los moretones de sus dedos y él no quería verlos, para qué, si ya no había vuelta atrás.

La agarró por los pies, la levantó por ellos como se levanta a un cordero antes de trasquilarlo y la metió con la cabeza hacia abajo en la tinaja.

Y entonces… lo que pasó entonces… es que lo que sucedió fue que…

◆ ◆ ◆ ◆

—Más, Julia, más, por tu vida te lo pido.

Amparo seguía sin llorar, pero a Julia se le estaban derramando todas las lágrimas que tenía.

—Es que es peligroso…

—¿Y eso te preocupa? —Me sorprendí a mí misma con la frialdad de mi voz.

Julia me miró casi desfallecida y después me contestó:

—Tienes razón, Sara…, mucha razón.

◆ ◆ ◆ ◆

Lo que sucedió fue que encontraron el cadáver antes de lo que imaginaba. Lo hizo un gilipollas que acudía siempre a ese lugar para hacer gimnasia. No había otro al que ir, no. Tenía que ser ese, maldito fuera.

El revuelo que se montó en España por la chica fue considerable, todo el mundo hablando de la loca de la tinaja, como si fuese la primera puta muerta. Así que, por miedo a que su coronel terminara sospechando de él porque le había devuelto el Cadillac rojo con el retrovisor roto y a que alguna otra pista que ni recordaba pudiera conducir hasta él, decidió buscar coartada.

La encontró en Altamira, una camarera de treinta años a la que todos llamaban Mira y a la que no le resultó difícil seducir. No solo estaba dispuesta a mentir por él diciendo que habían pasado esa noche juntos, sino a seguirle hasta el fin del mundo si se lo pedía. Ninguna de las dos cosas hizo falta, pero sí que supo gracias a ella que las tres de la Stella eran las mentoras y protectoras de la puta que ya no quería serlo.

Volvió a Estados Unidos sin decirle adiós siquiera a Mira y sin volver a acordarse de la camarera ni de sus jefas. Reanudó su vida junto a Vanessa Pandora, sí, pero ya había probado el sabor de la sangre y quería más. Qué pena que no estuviera aún en España, donde a un soldado como él le resultaba tan fácil matar. Y tan impune, con la policía de Franco entregada a los pies del amigo americano y al servicio de sus dólares.

Siguieron las palizas a su esposa. Cada vez que se acordaba de la putita que se hacía pasar por americana se empalmaba. Siempre se arrepentía después, pero siempre le volvía el ansia. A Vanessa le provocó un aborto, llenó de cardenales su piel de chocolate y le rompió un hueso. Pero nada como la emoción que había sentido al apretarle la garganta a la española.

Sin embargo, sabía que aquello no era lo correcto. No, no estaba bien. Por eso, conseguía parar a tiempo y pedirle perdón a su mujer. En el fondo, era consciente de que, si seguía por ese camino, terminaría matándola, como a la otra. Cuando le dieron la oportunidad de regresar a Torrejón y hacer lo mismo que en el 72, pero con los galones de coronel y al mando del equipo que sustituiría a los Phantom por otros cazas mejores y más modernos, se le abrió un campo inmenso de oportunidades.

Aquello era una señal divina. En España, donde se le metió el demonio que aún llevaba dentro, podría deshacerse de él. Era la ocasión perfecta para borrar el lienzo, volver a dejarlo en blanco y pintar encima el cuadro que a los dos les diera la gana.

Se juró que cambiaría. Que esta vez sí, esta vez iba en serio. Pero, a su llegada a Madrid, donde Vanessa había vivido sola con los niños en los últimos meses, se llevó el primer manotazo en la cara: le dijeron en la base que su esposa estaba en aquella piscina Stella de infausta memoria, el lugar en el que había comenzado su desgracia diez años antes, porque no había día libre que no lo pasara allí. Se había hecho muy amiga de las tres brujas que le habían quitado a Kerry.

Por eso no le extrañó ver que la que había cambiado de verdad era su mujer. Ya no veía sumisión en sus ojos. Al contrario, le llevaba la contraria, le rebatía, se le plantaba delante y, si tenía que desobedecerle, lo hacía sin recato.

Un día no lo soportó y volvió a golpearla. Más flojito que antes y, además, se contuvo a tiempo. Logró amordazar al demonio que llevaba dentro. Vanessa se agachó sobre la cuna para tomar a Lorenzo en brazos, pero, antes de que pudiera despertar a los otros, él la sacó a empujones de la casa y los dejó a los dos fuera. Mejor así. Si no la tenía cerca, el demonio no podría hacer nada contra ella.

Con todo, no fue suficiente. Al demonio se le cayeron pronto las cuerdas que le ataban. Regresó la ira y lo malo de esta vez es que no tenía contra quien desatarla, porque Vanessa y Lorenzo debían de estar ya lejos, él sabía dónde, no hacía falta mucha imaginación para intuirlo.

De modo que dejó que el demonio se abalanzase sobre Laura y Gabi y esa misma noche empezó a llenar la bañera. Por fin iba a cumplir aquello con lo que tantas veces había soñado: Vanessa iba a sentir un dolor que no podría soportar cuando la obligara a ver a sus hijos azules, sin oxígeno y bocabajo en el agua. Sin vida, por su culpa.

Por fortuna, el grifo funcionaba mal, era lento y le dio suficiente tiempo para pensar. Y lo que pensó fue que, con Vanessa en casa de las brujas, aquel no era el momento más adecuado para librarse de las chinches molestas y respondonas que siempre caminaban pegadas al uniforme de su madre. Además, lo mejor era tener la fiesta en paz con las de la Stella, no fueran a remover lodos que deberían quedar en el fondo del pozo, y después conseguir alejarlas de su esposa y de su vida.

Solo que, hasta que lo lograra, no deseaba tener cerca a los niños, ni siquiera verlos, así que, al día siguiente de su huida, los llevó donde las tres mujeres y le pidió perdón a la suya con toda la apariencia de sinceridad de que fue capaz.

Sin embargo, no hizo efecto. Vanessa era otra de verdad.

Por si podía recuperarla, hablaba con ella en la base todos los días, lejos de la influencia de las amigas. La agasajaba, le llevaba flores, le regalaba bisutería. Nada.

El tiempo que Vanessa estuvo fuera TH lo aprovechó para volver a verse con Mira, ya talludita y no tan de buen ver como a los treinta, pero todavía con un pase en la cama. A la camarera le contaba sus desdichas matrimoniales y, al mismo tiempo que volvía a encandilarla, alimentaba en ella la esperanza de que algún día pudiera sustituir a Vanessa y ponerse el anillo que llevaba la negra.

Entre los lamentos de TH siempre estaban incluidas las pérfidas que le daban órdenes a Mira sin concederle una sonrisa siquiera y que le habían comido el cerebro a su mujer. La camarera se sentía

identificada con el odio de su amante. A ella nunca la habían ascendido, como a Reme, ni le habían dado más responsabilidades que recoger las cosas de una muerta.

Estaba resentida y celosa, pero, al menos, pudo conocer el amor gracias a TH. Nunca le había olvidado. Por eso, para ganarse de nuevo su confianza, un día le confesó a su amante que, al morir doña Sol hacía solo unos meses, cuando una de las brujas le pidió que la ayudara a ordenar sus pertenencias, ella se había quedado con una cajita de madera blanca que la bruja debería haber heredado y de la que se había olvidado por completo. Qué bien le demostraba el cariño que le tenía a su tía, la muy pécora. Allá dentro no había joyas, como ella esperaba, solo un sobre cerrado que no se había atrevido a abrir, pero ya era tarde para devolverla. TH se la pidió. Quién sabe, tal vez el sobre contuviera algo que él podría usar algún día contra ese lugar endemoniado.

Y así fue.

Pero la caja que realmente lo volvió loco fue la que un día encontró él por casualidad: un joyerito bien escondido bajo el tablón suelto del suelo del dormitorio de Laura. Eran unas fotos de fotomatón. Estaban hechas en el Parque de Atracciones de la Casa de Campo y en las cuatro tomas aparecía Vanessa Pandora besando, con diferentes posturas pero siempre en los labios, a una mujer.

Él la conocía. Era una de las tres arpías, la que hablaba un español raro y miraba con el ceño fruncido. La que, además, se había atrevido a inmiscuirse en el mundo gringo de las hamburguesas y a la que, encima, le salían mejor que a los cocineros de la base.

Las fotos le activaron un interruptor y decidió cambiar de actitud. En lugar de suplicarle a su mujer que volviera con él, pasó al ataque y la amenazó con clavarle una daga definitiva en el talón de Aquiles: le habló de la bañera y le dijo que había formas peores de morir que dejar de respirar. Mucho peores.

Y Vanessa cayó en la celada. No tardó ni dos días en abandonar la casa de Arturo Soria para regresar a Royal Oaks con él.

Pero aquello ya no era un matrimonio, al menos no como lo concebía TH. La tensión aumentaba día a día, hasta que le estalló a él

en la cara durante una discusión amarga en el almuerzo del 11 de octubre. Toda la ira se le acumuló en las sienes y, con ella latiéndole en cada vena, se fue dando un portazo.

Esa tarde, cuando Vanessa creía que aún estaba en la base, él entró por la ventana en su apartamento de Royal Oaks. Lo hizo así para que no lo vieran, porque sabía que todas las vecinas tenían como pasatiempo favorito controlar las entradas y salidas a través de las mirillas de sus puertas. Incluso sospechaba que una de ellas, la rubia que siempre llevaba rulos como los que a veces se hacía Vanessa, era algo más que vecina, incluso podría ser espía de la CIA.

Sorprendió a su mujer saliendo desnuda de la ducha con esos cilindros puestos. Volvieron a discutir. Le enseñó las fotos con Amparo. Y ella, sin el menor pudor, ni se sorprendió ni negó que fueran amantes. Sí, se había enamorado de la española. De hecho, ya había presentado una demanda de divorcio para que pudieran dejar de estar casados cuanto antes. Quería volver con sus hijos a Abilene, a la casa de su madre, y pedirle a Amparo que la acompañara. Cuando su marido le dijo a gritos que ella no sabía quién era aquella mujer, que era una asesina, que tenía pruebas de que había matado a un socorrista hacía treinta años y que haría lo mismo con ella, Vanessa no se inmutó porque ya conocía la historia de Roberto. Amparo se lo había contado todo. Y no le importaba. Quien sí le daba miedo de verdad era él, no Amparo.

TH la amenazó con todo lo que su cabeza encontró: con delatarla por inmoralidad ante el ejército, con mandarla a un calabozo, con dejarla sin trabajo y en la calle, y con lo peor, con quitarle a los niños y hacer que no volviera a verlos jamás.

Entonces fue cuando Vanessa cometió el peor error de su vida. Le dijo que no iba a dormir ni una sola noche más a su lado, que esa misma tarde se iría de la casa con sus hijos y que se los llevaría a América en cuanto pudiera, lo quisiera él o no. Y que no podría impedírselo porque había dejado sus pasaportes en un lugar que jamás encontraría y bajo la custodia de una persona de su total confianza.

No resultaba complicado adivinar a qué lugar y a qué persona se refería, así que al hombre le volvió toda la sed de sangre acumulada y

contenida. La apaleó como un salvaje con la barra de la ducha. No sabía dónde golpeaba, ni siquiera se dio cuenta de que ya estaba inconsciente cuando comenzó a estrangularla, lo mismo que había hecho con la puta.

Apretó, apretó, apretó. Oyó el gorgoteo del oxígeno atascado en una garganta que no lo dejaba pasar, un sonido familiar, ya lo había oído diez años antes. Siguió apretando. Y después ya no oyó nada.

Salió por donde había entrado, por la ventana y usando su baúl militar para saltar. Acto seguido, vino a la Stella y trató de presionarme con el contenido de la caja blanca para que le devolviera la *briefcase* en la que él recordaba que su mujer guardaba siempre los documentos importantes. Tenía que llevarse a los niños cuanto antes. El ejército entendería que quisiera enterrar a su mujer en suelo texano cuando la descubrieran. No tenía un minuto que perder haciendo pasaportes nuevos que, además, levantarían sospechas. Ya se desharía de los mocosos en América, en territorio seguro.

No consiguió nada de mí, pero el tiempo apremiaba y él tenía que fabricarse una coartada. Pidió a un compañero de la base que lo acompañara a su casa porque Vanessa no contestaba al teléfono. Su testigo llegó con él al portal del apartamento y lo vio llamar insistentemente al telefonillo, igual que lo vieron las vecinas. Todos también lo vieron temblar al pensar que el supuesto amante de su mujer le hubiera hecho algo malo, todos lo vieron trepar con sus piernas musculosas hasta la terraza, todos supieron que la puerta estaba cerrada con pestillo y cadena por dentro, todos lo compadecieron al salir de la casa con Lawrence en brazos diciendo entre lágrimas que había encontrado a su esposa muerta…

Y entonces…

◆ ◆ ◆ ◆

Entonces nada.

Amparo le arrebató a Julia de un manotazo la jeringuilla, que aún tenía algo de líquido, y la vació de una sola vez en el cuello de aquel hombre.

A los pocos segundos, la cabeza se le desplomó sobre el pecho como la de un pajarillo al caer del nido.

—Ya ta.

—No, no está —Julia le tomaba el pulso, aunque el de ella se le hubiera disparado—, solo ha entrado en coma. Hay que llevarlo a un hospital enseguida.

Intentó levantarlo. Pero, mientras ella lo hacía y yo la ayudaba, Amparo hundió la mano en el maletín de Julia, pinchó un nuevo vial, extrajo el líquido y se lo inyectó al hombre de otro puyazo, todo en un movimiento tan rápido, como de prestidigitador, que no pudimos impedírselo.

O no quisimos.

—Pero ¿qué has hecho, Amparo, por Dios bendito? ¡Le has metido ya más de cinco miligramos…! —A Julia le temblaba la voz, estaba paralizada.

—¿Eso ye mucho o poco?

—Eso es demasiado.

—Pues entonces ahora sí que ta.

◆ ◆ ◆ ◆

No sé cuánto tiempo pasó. Poco, creo.

Después, TH se convulsionó, le cayó un hilo de baba sobre el uniforme y dejó de respirar.

Nos quedamos mirándolo en silencio. Sin pestañear. Con el aliento contenido y la mente en blanco.

Seguimos contemplándolo un rato más, hasta que Amparo se desmoronó sobre el colchón en el que estaba TH, el mismo que había conocido la muerte y la resurrección de Julia, mis combates de amor con Renato y las conspiraciones de un grupo de idealistas que desde ahí soñamos con hacer de España un país de verdad.

Y entonces se echó a llorar con todas las fuerzas de su alma. Como nunca la había visto nadie llorar y como no volvería a hacerlo jamás.

Julia y yo seguimos en silencio, respetando su llanto y tratando de que el nuestro no nos venciera.

Me quedé observando aquel despojo humano con la cabeza abatida sobre el pecho y, en décimas de segundo, comenzaron a abrirse paso en mi memoria dos destellos de clarividencia.

El primero fue la imagen de un hombre que decía apellidarse Smith y que, días antes de que la joven que le acompañaba apareciera muerta en una tinaja, la besaba con desprecio en una mesa de la Stella.

TH era Tyrone Homer Grass. Empecé a darme cuenta en cuanto lo vi afeitado, pero para entonces ya estaba segura. El primer americano con el que apareció Nati en nuestras vidas, antes que con Collins. El hombre de manos de lija y grandes como palas con el que estaba cuando yo la conocí y cuando a ella se le cayó el monedero que nos permitió conocer su verdadera identidad.

Y el segundo, la imagen de esa vasija a la que la humanidad lleva siglos culpando de todos sus males y en la que a veces deja hundida a Pandora.

A ser posible, desnuda, bocabajo, sin dignidad y sin vida.

Como Nati dentro de una tinaja y como Vanessa en un pasillo.

22

Aún teníamos pases especiales para entrar en Royal Oaks y aún estábamos autorizadas a recoger a Laura y a Gabi a la salida del colegio y a Lorenzo del *kindergarden*, ambos en el mismo centro.

La directora nos llamó, porque el padre, que había pedido a Rocío que no fuera ese día, dos después de la muerte de Vanessa, los había llevado por la mañana, pero no se había presentado por la tarde para buscar a sus hijos.

Después de dejarlos al cuidado de Petri, la mujer de mi primo, que ya tenía tres niños de edades parecidas a las de Laura y Gabi, nos dirigimos a la comisaría de la policía nacional de la calle Cartagena, que colaboraba con la americana de la base en el esclarecimiento del asesinato de Vanessa y nos había citado a las tres.

Hablamos con un agente, el inspector Antonio Barcón, que nos recordó a Diego Macías, pero por ser todo lo contrario de lo que era aquel subinspector que llevó el caso de Nati. Afortunadamente, dijeran lo que dijeran algunos, el cuerpo de policía de la democracia no era el mismo que el del franquismo. No solo había cambiado el color del uniforme, sino sus métodos. Empezaban a ser una fuerza de seguridad de verdad y no una de las mayores fuentes de inseguridad para los ciudadanos.

Después de un breve interrogatorio para ratificar lo que ya sabía, cómo, dónde y cuándo habíamos conocido a Vanessa Pandora, y también para certificar nuestras identidades, se mostró indudablemente cortés:

—Les agradezco que hayan venido, señoras. Quería hablar con ustedes porque son las únicas españolas que pueden aportar alguna información. Todos los demás son americanos, y eso es un muro que no se puede traspasar.

—Como siempre lo ha sido… —murmuré.

—Sí, tiene razón. El caso es que ahora nosotros también estamos en esta investigación porque el asesinato ha ocurrido en territorio español, pero lo que hemos averiguado no les gusta nada a los de la base. Queremos reunir la mayor cantidad de pruebas posible para que esto no quede en un secreto militar, y creo que las tenemos ya. Pero nos vendrían muy bien sus declaraciones. Díganme, puesto que eran amigas de la teniente, ¿cómo se llevaba con su marido?

Se me adelantó Amparo:

—Iba divorciarse de él. Ye un maltratador, palizas día sí día tamién. La vida de Vanessa era un infierno. Y si hay que ir al mismo Estados Unidos a declarar eso, voy.

Julia apoyó a su amiga:

—Nosotras lo confirmamos, señor policía. Era así, como dice la señora Salas. Todavía más: tenemos motivos para pensar que los niños están en peligro si se quedan con él y también estamos dispuestas a declararlo.

—Por supuesto que lo estamos… —Teníamos que saber más, así que traté de que nos lo contara—. Pero ha mencionado usted que tienen pruebas y que han averiguado algo. ¿Puede decirnos qué es?

—Es secreto de investigación, no estoy autorizado a…

Amparo se le acercó a través de la mesa.

—Mire, señor, Vanessa era la meyor persona del mundo y nosotras sus amigas más queridas. Si nos cuenta a nosotras, ¿a quién cree que vamos decirlo, que ni somos periodistas ni tenemos americanos con los que hablar?

El hombre dudó, se notaba que le habíamos caído bien. Bajó mucho la voz para contestarnos:

—Huellas.

—¿Huellas?

—Sí, en la barra de la ducha.

—¿De quién…?

Más titubeos.

—Del marido, el tal Tyrone Grass.

—Pero es normal que la barra tenga sus huellas, él también vivía allí, seguro que hasta fue quien la instaló.

—Ya, pero lo que no es normal es que esas huellas estén manchadas de sangre. En una ventosa había dos muy escondidas, casi invisibles, que se le pasaron al asesino cuando limpió a fondo la barra…

Eso sí que era definitivo, tenía razón.

—¿Y qué van a hacer? —preguntó Julia—. ¿Lo van a detener?

—Eso nos gustaría, pero parece que ha huido. Sabemos que hoy no ha acudido a su trabajo en la base ni tampoco al colegio a recoger a sus hijos. Nos han dicho que han tenido que hacerlo ustedes.

—Sí, están con nosotras.

—Imagino que lo estarán buscando, ¿verdad?

—Pues nosotros no, señora De la Fuente. De eso tendrán que encargarse los suyos, los de la base americana —suspiró—, que espero que ya le quede muy poquito en este país, a esa y a todas las bases. Como gane Felipe en diciembre…

Se le escapó la última frase y nosotras hicimos como que no la habíamos oído para no tener que responder. No era momento para el debate político, ahora nuestro foco estaba en otra parte.

Siguió haciéndonos preguntas, dos o tres más y algunas repetidas, hasta que la conversación comenzó a dar vueltas sobre sí misma y yo vi llegado el momento de terminarla.

—Es que no le podemos decir más porque no tenemos más que contarle, de verdad, señor inspector. Si no necesita otra cosa de nosotras, deberíamos irnos ya, que no queremos estar mucho tiempo lejos de los niños por si viene el padre a buscarlos.

—Si eso pasa, no le abran y llámennos inmediatamente. Aunque no sea nuestra competencia directa, voy a pedir a un agente que vigile el hotelito, no quiero que ustedes o los niños corran peligro.

—Eso es muy de agradecer, señor inspector. Y desde luego que le llamaremos, no se preocupe. Mientras, estamos siempre a su disposición para cualquier cosa que necesiten.

Nada más llegar a casa, telefoneamos a Marimar, destrozada y sin apenas fuerzas para levantar el auricular.

—Los niños están ya a salvo y con nosotras, por ellos no te preocupes —le dije—. Y no, Marimar, no vengas tú a España. Tu yerno ha desaparecido y ahora mismo tú eres la única que puede

tomar decisiones, así que mejor envíanos una autorización, como familiar más cercano de Vanessa que eres en este momento, para que seamos nosotras quienes te llevemos el féretro y a tus nietos. No voy a explicarte por qué, lo entenderás pronto, pero por ahora puedo decirte que está todo solucionado, absolutamente todo…

A aquella mujer prudente no le hacían falta nuestras explicaciones. No hay incertidumbre peor que la ausencia de respuestas, y a ella le bastaba con saber que nosotras las teníamos. Podía esperar.

Me entendió tan bien que hizo algo más que enviar la autorización.

◆◆◆◆

A la mañana siguiente, dos oficiales, dos civiles y un soldado de la base de Torrejón de Ardoz, todos estadounidenses, se presentaron en la Stella.

Primero habló en perfecto español uno de los civiles, el que parecía de más rango:

—Señoras, mi nombre es Terence Todman y soy el embajador de los Estados Unidos de América. Permítanme presentarles mis respetos y darles mi pésame por la muerte de la teniente Vanessa Pandora Grass, Dios guarde su alma, a la que yo conocía bien. Tengo entendido que también era amiga de ustedes.

Aquello era muy extraño. ¿El embajador venía a vernos? ¿En persona? ¿A la Stella?

No solo la policía americana, sino la propia embajada debía de tener la misma información que la policía española y que implicaba a uno de los suyos. Y yo pensé, mientras ese hombre se derretía en cortesías hacia nuestras personas, en cómo habían cambiado las tornas desde el día en que fuimos nosotras quienes quisimos denunciar a un americano. Ahora había indicios muy consistentes, casi indiscutibles, que apuntaban a un ciudadano de Estados Unidos y no a un asesino español, pero no se podía permitir que nada, ni siquiera la muerte de una teniente, enturbiase la recién estrenada entrada de España en la OTAN, hacía menos de cinco meses. Solo que esta vez eran sus propias autoridades y no las nuestras las que estaban dispuestas a encubrirlo a

toda costa, por lo que parecía.

El embajador continuó:

—Hemos venido por ruego e indicación de la señora María del Mar Robertson, viuda del respetado general Armand C. Robertson, que además fue mi amigo. Querríamos iniciar aquí mismo, sin necesidad de que vayan ustedes a la embajada, y si no les importa, los trámites necesarios para expedir los visados que les permitirán viajar con el cuerpo de la teniente. Así me lo ha solicitado personalmente la señora Robertson y por nuestra parte no hay inconveniente alguno.

Habló el otro civil:

—Mi nombre es Peter Llewelyn, encantado de saludarles y reciban también mi pésame. Represento a nuestros servicios consulares en toda España y, con su autorización, me voy a encargar de las gestiones. Permítanme sus pasaportes y los de los niños, si son tan amables. Y vayan ustedes cumplimentando este *form*, hagan el favor…

Afortunadamente, las tres nos habíamos hecho pasaportes cuando Vanessa y Amparo fantaseaban con irse a vivir a Texas, y nosotras, con visitarlas un mínimo de seis veces al año. Esos documentos nos recordaban que una vez tuvimos sueños y que nos los creímos tanto que llegamos a proveernos de los medios para cumplirlos.

Hicimos lo que nos decía aquella delegación de americanos tan protocolaria y formal.

—Muy bien, señoras, esta es toda la documentación que necesito para proceder a la preparación de sus visados —nos anunció Llewelyn al cabo de media hora de cumplimentación de formularios—. Ahora debo llevarme sus pasaportes para un último requisito en la embajada, pero los tendrán en su haber, con visados correctamente expedidos y válidos por tiempo indefinido, lo antes posible. Mientras tanto, aquí tienen la autorización de la madre de la teniente Grass para que se hagan ustedes responsables de devolverle el cuerpo de su hija y puedan quedarse a cargo de sus nietos hasta entonces, con la firma del señor embajador. También les devuelvo los pasaportes de los niños Laura Yvon, Gabriel Braulio y Lawrence Richard Grass, igualmente autorizados a abandonar el país en la compañía de ustedes y mientras su padre continúe en paradero desconocido. Por favor, vengan a la

Torrejón Air Base dentro de cuatro días. En el control de seguridad las estará esperando un automóvil que las llevará directamente a nuestro aeropuerto, donde tendrán toda la documentación lista. Desde ahí, un avión de la Fuerza Aérea las transportará a ustedes y al féretro a la base de San Antonio, en Texas, y…

—No —interrumpió Amparo.

—¿Disculpe…?

—Que yo no quiero ir en ese avión. Que no voy, ho.

Sara y Julia nos miramos con perplejidad y pedimos un receso en el torbellino de emociones que suponía para nosotras todo aquello.

—Si nos permiten unos minutos para hablar con nuestra amiga…

Nos la llevamos a la cocina.

—Amparo, por Dios, ¿qué haces? Vas a estropearlo todo.

—Yo no voy nel mismo avión que Vanessa, no podría soportarlo. A ver, Sara, ¿podrías tú pasar quince horas en un cacharro de esos con Pedro de cuerpo presente?

La miré y la entendí. Qué bien la entendí.

Volvimos. Hablé yo:

—Miren, señores, lo que nosotras queremos es irnos inmediatamente a Abilene, mañana mismo si podemos, mientras acaban con la autopsia de la teniente Grass y antes de que su cuerpo llegue a Texas, porque deseamos estar con la señora Marimar Robertson cuando reciba a su hija. No podemos permitir que esté sola en un momento así. Imagino que los días previos a la llegada del cadáver de un hijo son los peores y, puesto que ella ha confiado en nosotras, va a necesitar de la compañía de sus nietos y de sus amigas cuando vea aterrizar el avión con los restos mortales de Vanessa. Estoy segura de que lo entenderán.

—Pero es que nuestro Gobierno no está autorizado para cubrir los gastos de…

—Por eso no se preocupe. Nosotras pagaremos nuestros billetes.

—Pero…

—Señores míos, ¿de verdad creen ustedes que es el momento de discutir sobre esto?

El embajador medió entre la burocracia y nuestra tozudez:

—Está bien, señoras. ¿Cuándo querrían ustedes salir de España?

—Mañana si encontramos billetes, ya se lo he dicho.

Todman miró a Llewelyn, que asintió.

—De acuerdo. En cuanto sepan qué vuelo desean tomar, hágannoslo saber, por favor. La embajada tratará de acelerar al máximo la gestión de sus visados y, si les parece bien, un funcionario se los llevará al aeropuerto antes de que embarquen. De todas formas, permítanme que insista: ¿de verdad que no preferirían que un avión de nuestra Fuerza Aérea las transportase directamente a Texas y…?

—Ilustrísimo señor embajador, tenemos permiso de la abuela para viajar con tres niños que no son nuestros hijos, seis pasaportes en regla, los visados que ustedes nos van a expedir con todos los sellos en su sitio y suficiente dinero para que el glorioso Ejército de los Estados Unidos de América del que tanto hablan no tenga que darnos ni una peseta. Créannos, somos perfectamente capaces de llevar nosotras solas a esas criaturas junto a la única persona que en estos momentos puede conseguir que la marca que esta tragedia les deje para siempre sea lo menos dolorosa posible. Les agradecemos mucho todas sus atenciones, pero, ahora, si nos disculpan, nos quedan muchos preparativos por hacer…

◆◆◆◆

En realidad, no eran tantos: pasar por la ferretería para comprar ciertos artículos; guardar al viejo Juanín Pérez, ya convertido en un guiñapo, pero con el que Julia seguía durmiendo a veces, junto con tres trapos («Solo lo que más necesitéis, toda la ropa la compramos nueva allí», nos recordó Amparo, nuestra futura nueva amiga rica) y muchos recuerdos y libros en dos maletas; envolver bien cuatro copas de Josephinenhütte de las que tanto le gustaban a Tania Blixen para que nunca nos olvidásemos de la exquisitez de la Stella y con las que brindaríamos por Vanessa Pandora cuando estuviéramos a solas con su madre, y despedirnos de las personas que más queríamos en Madrid, a saber, don Manuel Pérez-Vizcaíno, sin que él supiera qué clase de despedida nos estaba dando; de Petri, de Mateíto y de sus hijos; de

Ana Mari y de Alfred, que vivían en el Alfredo's de Lagasca unos días de gloria inesperada, después de que el periodista Fernando Point escribiera el mejor y más merecido elogio de su salsa barbacoa; de Tino, en cuyas manos dejábamos el cuidado y la selección del nuevo personal de la Stella, aunque todavía no se lo habíamos dicho y con la única condición de que despidiera a Mira; y, por último, de Miguelón.

—En cuanto vaya a Nueva York y cobre l'heriedu, mándote dineru para que nun tengas que trabayar na vida y puedas pasátela cantando, ho.

—Voi echate de menos.

—Y yo, guaje, y yo.

Se abrazaron y pensé que, tal vez, era el primer abrazo que se daban aquellos hermanos en su vida y que lo hacían precisamente ahora, una vez que ambos habían descubierto que no eran hermanos. Cosas de familia.

Pero el preparativo más importante fue el que tuvimos que dejar terminado sin falta aquella misma noche. Sin él, el viaje no era posible.

Los niños ya debían de estar dormidos, Petri los cuidaba y sabíamos que lo hacía bien.

La mujer de mi primo invitó al policía que nos protegía a entrar para darle un caldino de los de Amparo, que buena falta le hacía al pobre, congelado de frío como estaba, mientras nosotras nos acercábamos un momento a la Stella. Teníamos que cuadrar la caja, dejar la cocina preparada para el día siguiente…, en fin, lo normal en cualquier negocio.

Eran las once. Dentro de poco, lo más seguro era que el agente, ya reconfortado con el caldino, se quedase dormido en el coche.

Disponíamos de cuatro horas sin su vigilancia y diez hasta que saliera el único vuelo a Abilene que pudimos encontrar para todos, con escalas en Londres y Nueva York, donde nos esperaban los abogados de McCormack, convenientemente avisados, para finiquitar los formalismos de la herencia, y después Miami y Dallas.

Teníamos tiempo. No mucho, pero el suficiente.

◆◆◆◆

Nos vestimos con los monos que usaban los jardineros y bajamos de nuevo al sótano con los tres sacos llenos del material que habíamos comprado en una ferretería autoservicio de la carretera de Extremadura.

No queríamos entrar de nuevo ahí, pero era ineludible. E imprescindible.

El último paso. El definitivo.

Allí seguía, justo enfrente de la pared del fondo y a unos setenta centímetros de ella: era el murete de ladrillo a medio construir que no se alzaba mucho más arriba de nuestras rodillas. Siempre pensamos que fue el comienzo de lo que se pretendió que llegara a ser un armario empotrado y que nadie terminó cuando el estudio de Gutiérrez Soto remodeló la Stella.

Había llegado el momento de que alguien concluyera lo que se empezó en 1952.

Era la hora de cerrar el círculo. Teníamos que terminar de escribir la metáfora.

Y empezamos a colocar ladrillo sobre ladrillo.

Amanecía cuando pusimos el último. Miramos nuestra obra. Para ser de albañiles aficionadas, no estaba demasiado torcida.

Nos abrazamos. Lo que importaba de aquel rincón sellado hasta el techo no era su perfección, sino lo que guardaba en su interior.

Nadie lo descubriría. Nunca.

Cuando subíamos las escaleras del sótano que había presenciado paso a paso, año a año, nuestra vida, miré hacia atrás.

Aquella era la última despedida.

Al decirle adiós, recordé para mis adentros un cuento de Allan Poe.

No teníamos gato negro, pero éramos personajes que a él le habría gustado inventar: nosotras, como el borracho de su relato, también habíamos emparedado al monstruo en su tumba.

2022

Si esto fuese un libro que hablara de ti y de mí, el lector podría saltarse unas páginas cuando la lectura se hiciese demasiado lenta o demasiado emocionante […]. A veces tengo la impresión de que en la vida pasa lo mismo, solo que no sabemos saltarnos páginas […]. ¿No sería maravilloso que pudiéramos saltarnos hoy dos o tres páginas de nuestra vida? ¿No volveríamos después contentas a la página en que nos encontramos ahora, para continuar desde ella?

Isak Dinesen (Karen Blixen),
Vengadoras angelicales

Es verdad que todos los muertos tienen una historia que contar, eso hace setenta años que lo empezamos a saber. Pero hoy, al introducir la vieja llave en la misma cerradura de siempre, al darle vueltas y al tocar después las verjas, hemos descubierto algo más importante: que la historia de los vivos es la que cuenta.

Ha sido una percepción extrasensorial. Y no es exageración. Ni siquiera una metáfora.

Creímos que al poner nuestras manos en la reja se nos volvería a venir encima la zozobra que dejamos atrás. Que nuestros recuerdos estaban hechos de exterminio y destrucción. Que los muertos empezarían a hablarnos y a contarnos todo lo que se les quedó por decir.

Pero no ha sucedido así.

Al contrario. En cuanto Julia y yo hemos atravesado la cancela blanca de la Stella, la luz ha salido a recibirnos.

Hemos recordado a Joaquín Blume haciendo el cristo en las anillas que don Manuel Pérez-Vizcaíno y mi tío Mateo instalaron solo para él y a Hércules Cortez transportando a dos damas en sus brazos de Tarzán o arrojando al agua a unos moscones de piscina.

Hemos vuelto a ver a Ava Gardner, nuestra Eiva, y sus piernas infinitas haciendo de los veinticuatro peldaños de la Stella la escalera más sensual de todo Madrid, con sus brindis de cócteles locos, sus pechos y los nuestros desnudos, y el sol bendiciéndonos solo porque donde estaba ella, la mujer más libre del mundo, nunca hubo sombra.

Hemos vuelto a oír lo que las gardenias de Machín hace tiempo adivinaron.

—Escucha, Sara, *honey*, escucha, ¿te acuerdas? Fue ahí, en la pista de baile, qué bien conservada está…, ahí mismo bailamos aquella noche.

Y también el *Sweet and lovely* de Ella Fitzgerald en un disco recién llegado a España. Y los mundos diferentes y opuestos de Donna

Hightower en directo, solo para nosotras y con su voz prodigiosa.

Y a reír con el chihuahua de Cugat, con los chapuzones de Lola Flores y Marujita Díaz en el agua cristalina y con la más deliciosa salsa para hamburguesas, todavía encerrada en la caja fuerte de un neoyorquino con sombrero texano en el corazón del barrio de Salamanca.

Y a soñar con ser algún día tan bellas como la miss María Nicolau; o tan distinguidas como los duques de Windsor; o tan elegantes como Paloma Picasso; o tan famosas como Di Stefano, Pirri o Amancio; o tan patriotas como todas las mujeres que ayudaron a levantar España cuando estaba en lo más hondo de su historia.

Y a recordar a visitantes, clientes y amigos que nos acompañaron desde nuestros albores, y sin los que nuestra vida habría sido otra y seguramente mucho peor.

Como la indescriptible Adele Gifford, la condesa de Romanilla y Quiñones, cuyo camino no siempre coincidió con el mío, pero que tuvo la honestidad necesaria para encontrar el cruce en el que los dos pudieron juntarse, aunque fuera solo un momento.

Y la amada Karen Tania Blixen, nuestra maestra, nuestra guía… Gracias a su inspiración, en los últimos cuarenta años he escrito una veintena de libros de cuentos. No soy Lovecraft ni Mary Shelley, ojalá tuviera en la sangre una décima parte de la literatura que llevaron ellos, pero he podido vivir de la mía y recordar en cada página que yo solo valgo para asustar primero con terrores y resumirlos después, otra metáfora de mi vida. Es decir, solo valgo para ser cuentacuentos porque, como me enseñó Tania, tal vez pueda tener talento suficiente para ser capaz de contar *Alí Babá*, pero nunca *Anna Karenina*.

Tampoco la Stella. En ella nos besaron, nos amaron, besamos, amamos y vivimos, pero nunca fui capaz de explicarla, ni siquiera ahora.

Porque cuando la Stella iluminaba Madrid, no se podía contar, había que vivirla.

Los años que nos regaló, los que creíamos que se nos iban a venir encima al tocar hoy, tanto tiempo después, esta puerta, nos han enseñado algo distinto: que el sumando determinante en el cálculo de

la vida, como nos dijo la enfermera mística que recolocó el hueso quebrado de Julia hace un siglo y nos llamaba tesoros, no son los días oscuros, esos en los que el abismo nos llama y apenas nos quedan fuerzas para resistirnos a su invitación. Desde que nos alejamos del que fue nuestro verdadero hogar, nosotras y el mundo hemos tenido muchos días tupidos, pero nunca olvidamos la enseñanza de la enfermera: cuando lleguen los zarpazos, dijo, pensad en los días ligeros, solo ellos nos salvan.

Y es lo que estamos haciendo ahora mismo.

A Julia se le murieron algunos pacientes en la sala oncológica del Hendrick Health de Abilene, donde trabajó hasta su jubilación, pero muchos más sobrevivieron y esos son a los que recuerda hoy porque todavía la felicitan por Navidad. Además, la vida le concedió el don de la reconciliación, porque se reencontró con Casimiro en un viaje que hicimos a Bahía y volvieron a ser amigos por correspondencia, ya sin rencores, hasta que él falleció de un infarto.

A Amparo la engañó un socio de Austin con el que quiso invertir en un restaurante y perdió la mitad de la herencia. Pero remontó, consiguió el mejor local disponible en el West Village de Dallas, triunfó sirviendo unos cachopos de su invención más sabrosos que hamburguesas y recuperó todo su capital hasta doblarlo. Jamás se le borró la pena por Vanessa, pero tuvo la suerte de encontrar una tercera madre en Marimar, que se apagó lentamente agarrada de su mano y con una sonrisa muchos años después.

A las tres un día se nos extravió el corazón y nunca más volvimos a encontrarlo. Pero de eso aprendimos que el amor, aunque muera, jamás desaparece.

A cambio, hemos conocido la felicidad verdadera en la mirada de tres niños que, gracias a lo que hicimos hace ya tantos años, siguen vivos y hoy son adultos. Y, además, adultos buenos, que no parecen hechos de carne, sino de sol.

La dicha y la pena salieron de una tinaja de Royal Oaks, ese sitio que ahora llaman Encinar de los Reyes tal vez para suprimir las huellas de un pasado que ya nadie quiere recordar, y las dos nos llegaron volando. Pero de ambas solo nos queda la dicha y así se lo

contamos siempre a nuestros niños: eso es lo que guardaba Pandora para ellos y lo que nunca perderán, sean como sean sus días.

A Julia y a mí se nos fue Amparo, sí, pero aquí la tenemos de vuelta, en su pote de hierro colado.

◆ ◆ ◆ ◆

Ya estamos junto al pino.

Os esperaba, habéis tardado mucho, parece decirnos.

Nosotras le contestamos que no lo hemos olvidado, que siempre ha sido nuestro árbol, nuestro refugio, nuestro abrigo. A cinco mil kilómetros o bajo sus ramas. Nuestro verdadero lugar en el mundo, siempre.

Y ahora, el de Amparo por la eternidad. A eso hemos venido. A cumplir lo que dejó escrito. Lo hacemos por imperativo moral y porque nosotras deseamos lo mismo para nuestras cenizas cuando faltemos, ya lo saben Laura, Gabi y Lorenzo.

Las de Amparo van a alimentar tus raíces, le decimos al pino.

Como yo he alimentado las vuestras desde que nací, nos contesta el murmullo de sus hojas de aguja.

Después, respiramos el silencio y la soledad.

Julia y yo nos sentamos con dificultad en el suelo, al borde de la piscina y con los pies colgando sobre el vacío. Así está, sin agua ni clientes ni vida, desde el año 2006. Solitaria y eternamente hermosa.

—Sentarnos ha sido fácil, lo difícil va a ser levantarnos luego de aquí.

—Pues nos quedamos sentadas para siempre, cerca de Amparo.

Reímos.

Julia ha vuelto a sacar las tres copas y lo que queda del Veuve Cliquot.

—¿Tú crees que lo encontrarán si alguien compra esto? —me pregunta.

—No sé. Estrictamente hablando, el sótano no está en la Stella, sino debajo de la casa de enfrente.

—Pero pueden entrar por aquí.

—Solo si hacen obra. Además, no debe de quedar demasiado. Una calavera, a lo más.

—¿Y la relacionarían con nosotras?

—Puede ser, nos fuimos tan de repente…

—Aunque eso será si alguien se acuerda, que no creo.

—¿Te preocupa mucho, Julia?

—Ni lo más mínimo.

—¿Y te arrepientes?

—Menos todavía.

Callamos, sorbemos.

—Bebed el vino de la vida y apurad la copa hasta el final. Nos lo dijo Tania, ¿te acuerdas?

—Yo prefiero el champán bueno, como ella, pero tenía razón.

Bebemos y callamos más. Dos minutos después, vuelvo a hablar yo.

—¿Recuerdas lo que escribió en aquella novelita…?

—La única. A ella no le gustaba mucho.

—Era más de cuentos, sí. Yo digo aquel párrafo que nos leyó, ¿te acuerdas…?

—¿El de las páginas…?

—Ese. Decía que, al hacer balance de la vida, estaría bien poder saltarse algunas páginas, como hacemos con los libros que no nos emocionan.

—¿Y con cuáles nos quedaríamos nosotras?

—Con las alegres, Julia, con las que no pesan. Solo con esas.

Volvemos a brindar.

—Entonces, por los tiempos felices, que fueron más que los desgraciados.

Chocamos una vez más nuestras copas con la tercera vacía de Amparo.

—Por los días ligeros de la Stella…

Y por las páginas del libro de nuestra vida que acabo de escribir.

Y por las que no queremos saltar ni olvidar, porque esas son las que contarán de verdad nuestra historia cuando hayamos muerto.

Verdades y ficciones

Es tanto lo que enseña un libro a quien lo escribe que siempre que concluyo una novela corro a contarle al lector los entresijos de lo que he aprendido. Quiero compartir mi entusiasmo con quien me lea y por eso suelo añadir este apéndice, *Verdades y ficciones*, para ayudarle a distinguir entre ambas.

La primera verdad siempre es la de una misma.

Cuando mi madre me hablaba de una sala de fiestas con piscina llamada Stella en las afueras de Madrid a la que ella iba a bailar los fines de semana a mediados de los cincuenta, yo soñaba con visitarla algún día. Cuando lo hice e incluso me bañé en ella a principios de los noventa, pese a haber perdido ya parte del encanto de sus orígenes, soñé con describirla algún día. Cuando a dos de los personajes de mi primera novela, *El huracán y la mariposa*, los llevé a bailar a la Stella y los imaginé en alguna de sus noches, soñé con que algún día ahondaría en la historia fascinante de ese lugar.

Y de aquellos sueños hoy llegan *Los días ligeros*.

Empiezo por contar lo que no es esta novela: no es la historia fiel de la piscina Stella, ni un recorrido cabal por la ligereza de sus días en medio de los oscuros y densos que vivía España. Tampoco es ni quiere ser un relato exhaustivo del momento en el que la sitúo: ni del franquismo, ni de la oposición a él, ni de la Transición, ni de la democracia recién nacida. Es, lisa y llanamente, una ficción compuesta en forma de *collage* y hecha a base de pinceladas de todo lo que acabo de decir, pero no siempre veraces. Un relato de lo particular para describir lo global, de lo de unos pocos para contar lo de todos.

Y, por eso, porque faltan acontecimientos y perspectivas y sobra imaginación, debo insistir una vez más en que esto no es un tratado histórico, sino solo una novela.

Lo que no implica que no haya verdades en estas páginas. Las hay, y muchas.

Por ejemplo, sus personajes.

Hasta donde he averiguado, leído y preguntado, algunos de los que menciono sí que visitaron la Stella, como Antonio Machín, Xavier Cugat, Hércules Cortez, Joaquín Blume, muchos jugadores del Real Madrid de la época, Paloma Picasso y, por encima de todos ellos, la diva, la diosa: Ava Gardner. Pero no tengo constancia de que la pisaran Donald Trump o los duques de Windsor, ni tampoco Tania Blixen, ni María Nicolau, ni Pepa Flores, ni Mel Ferrer… ¿Estuvieron alguna vez en la Stella?, quise saber mientras investigaba. Y me contesté con otra pregunta: ¿se puede asegurar que no la visitaron nunca? Suficiente para sentarme a escribir.

También son verdades y ficciones muchas de las cosas que cuento de cada uno. Por ejemplo, de alguien que siempre me fascinó: la baronesa Karen Christentze Blixen, más conocida como Isak Dinesen, a quien le gustaba esconderse detrás de una legión de seudónimos, tantos que a veces debía pedir a su secretaria que le recordara con cuál de ellos había escrito tal o cual cuento. Pero, entre todos, ella prefería el que usaba en la intimidad: Tanne o Tania. En junio de 1931, escribió desde Kenia a su amigo Gustav Mohr: «No quiero lápida sobre mi tumba […]. Si quieren una inscripción, pueden poner "por la gracia de Dios"; si no, solo Tania Blixen».

Suyas son las citas al comienzo de cada bloque y casi todas las frases que pongo en su boca en esta novela, incluida su «medicina para todo, agua salada», según escribió en «La inundación de Norderney» de sus *Siete cuentos góticos*, y la mención al joven poeta Thorkild Bjørnvig, con quien realizó un extraño pacto del que él mismo ofreció su versión en un libro de 1974. También lo son la mayoría de las que incluyo en su carta a Amparo, Julia y Sara, extraídas de cartas reales que envió a su familia y a Gustav desde África.

De otros lo invento todo. El caso más evidente es el de Adele Gifford Baxter, condesa de Romanilla y de Quiñones, un personaje cuyo origen debo confesar: a pesar de ser ficticio, está inspirado en Aline

Griffith Dexter, quien fue condesa de Quintanilla y de Romanones, tras su matrimonio con Luis de Figueroa y Pérez de Guzmán el Bueno (a quien quiere imitar mi Carlos de Arbeloa y Fernández de Córdoba). Como mi Adele Gifford, Aline Griffith trabajó para la OSS primero y para la CIA después, fue espía en los cuarenta y cincuenta, reclutó a un número indeterminado de agentes en Madrid y redactó casi sesenta informes desde que llegó a España, incluso cuando ya estaba casada con el entonces conde de Quintanilla. Lo mismo que mi Adele, Aline tenía un carácter irascible y autoritario, según quienes la conocieron bien, como sus propias nietas. Al igual que mi Adele, Aline era ferviente admiradora de Franco; de ella tomo prestada una frase que pongo en boca de Adele, obtenida de la novela escrita por la verdadera condesa *The spy went dancing* (*Sangre azul*, en su versión española), en la que uno de sus personajes se lamenta: «¡Recuerdo cuando ni siquiera los ricos podían comprar un coche…!». El resto de lo que hace y dice Adele Gifford en estas páginas, por mucho que se parezca a lo que pudo hacer y decir la auténtica Aline Griffith, es pura ficción. O coincidencia.

Como es obvio, los actores principales de *Los días ligeros* también son absolutamente ficticios de comienzo a fin. Nunca tuvo la Stella un arquitecto ni un director llamado Mateo Santiago, ni una directora Sara de la Fuente, ni una cocinera Amparo Salas, ni una clienta enfermera Julia Puente. Solo los Pérez-Vizcaíno fueron de verdad, ellos eran sus dueños reales. Y no hicieron lo que yo digo que hicieron, ni siquiera la fecha de la muerte del patriarca es correcta. Porque esta, siento la insistencia, no es una novela histórica.

Quien sí fue el artífice de la remodelación decisiva de las instalaciones de la Stella en 1952 fue el gran arquitecto del racionalismo español Luis Gutiérrez Soto, ayudado por su sobrino, José Antonio Corrales. Pero ninguno de ellos construyó un sótano clandestino con una calavera dentro, dejo constancia por si alguien se lo pregunta.

Es cierto, sin embargo, todo lo que narro de Hércules Cortez: las anécdotas de sus paseos por la Stella con dos damas sentadas en sus brazos; que rompía las sillas y siempre solían ponerle una de hierro;

que, según me han contado los actuales responsables de la Stella, una vez arrojó al agua a dos ligones simplemente levantando con una mano a cada uno por el trasero, y también que murió en las circunstancias trágicas que relato.

Y sobre el gimnasta Joaquín Blume, es verdad que la Stella instaló dos anillas en el gimnasio de forma que pudiera practicar su famoso ejercicio del cristo. En su recuerdo, me he permitido recrear una triste anécdota haciendo que la protagonizara mi Mateo Santiago. De acuerdo a los reportajes que lo cuentan, el vicepresidente del Real Madrid Raimundo Saporta comunicó su muerte a Juan Antonio Samaranch, entonces delegado regional de deportes, y este fue a casa de los Blume en Barcelona para dar el pésame. Sin embargo, cuando le abrió el padre y con una sonrisa le dijo que su hijo no estaba porque se había ido a Tenerife, Samaranch no se sintió capaz de darle la noticia. Lo mismo que le ocurrió a mi personaje. Pido disculpas por la licencia.

Y hay dos intervenciones especiales: las enfermeras Julia y Mariela, para ser fiel a la promesa que hice a las que hoy se llaman Marielas a sí mismas, cuando les aseguré que siempre, en todo lo que escribiera, aparecería al menos una de ellas. Una enfermera es tan necesaria en una novela como en la vida real. Esa es una de las grandes verdades de *Los días ligeros*.

En cuanto a los acontecimientos históricos, hay mucho de cierto y mucho de recreación literaria, de modo que invito al lector a que descubra cada uno de los dos por sí mismo.

Por ejemplo, lo relativo al verdadero Batallón de los Fígaros que luchó en la Guerra Civil y al que perteneció el socialista esteponero Juan Blanco, padre de los Hermanos Blanco, creadores de una cadena de peluquerías de éxito en Madrid. Quien desee ahondar en su historia puede leer las descripciones que de este batallón hizo Max Aub, que los vio pelear con más valentía que muchos soldados y los retrató en *Campo abierto*.

La escena que describo sobre los Hermanos Blanco llevando semipostizos a una piscina llena de señoras famosísimas (Lola Flores, Marujita Díaz, Natalia Figueroa, etc.) es real y de ella informó la

revista ¡*Hola*! con gran despliegue de fotografías. Solo que no ocurrió en la Stella ni con la condesa de Romanilla, sino en la piscina de la casa de El Viso de la verdadera condesa de Quintanilla en 1962.

Otros hechos relevantes no fueron tan lúdicos. No entraré en más detalles acerca de, por ejemplo, lo que la prensa franquista llamó el contubernio de Múnich, porque vuelvo a animar a los lectores a que se acerquen a aquel episodio por sí mismos. Solo me gustaría puntualizar que, si aparece aquí, es porque fue un acontecimiento crucial en la lucha de quienes pedían democracia y libertad en el franquismo y supuso un claro ejemplo de cómo, para conseguir un bien mayor, el olvido de lo que separa y la exaltación de lo que une es lo único que puede llevar al triunfo. Y preciso que la lista de los que viajaron a Múnich que centra una de mis tramas es real: la tenía Franco desde antes de que tomaran un avión y a los que volvieron los estaba esperando tan pronto bajaron de él.

También hicieron gala de concordia las corrientes, mucho más anónimas y soslayadas por la Historia, de las mujeres que se unieron para lo mismo que los hombres, pero con menos libertad y reconocimiento incluso dentro de sus propios partidos. Fue un claro ejemplo el Movimiento Democrático de Mujeres, creado en 1965 y a cuyo nombre se le unió el de Movimiento de Liberación de la Mujer (MDM/MLM) en 1975, su Año Internacional (por cierto, la resolución de la ONU que lo declaró fue adoptada en diciembre de 1972, no en mayo). A pesar de ser originalmente una iniciativa de la izquierda, las integrantes del MDM promovieron la participación de mujeres de todas las ideologías, incluidas asociaciones de amas de casa conservadoras o simplemente sin tendencia, y juntas realizaron varios boicots a los comercios (no solo uno ni en la fecha que yo indico), repartieron octavillas (los textos de ellas que reproduzco aquí son reales), asistieron a los presos políticos, protagonizaron saltos en todos los lugares en los que podían ser escuchadas por otras mujeres (absolutamente verídica la irrupción en la asamblea presidida por Ascensión Sedeño el 28 de febrero de 1968, que recogió un día después *ABC*; todo un logro para el MDM, del que muchos ni siquiera habían oído hablar hasta entonces) y fueron, en fin, paladines de la

democracia en tiempos en los que serlo a las mujeres les costaba todavía más caro que a los hombres: además de la libertad, el repudio de sus propias familias. Y un dato curioso para la reflexión: así como el movimiento de mujeres fue creado en su origen por esposas de presos organizadas para ayudarlos en la cárcel, no he leído de ningún grupo de hombres que en aquellos años se movilizara en solidaridad con las muchas mujeres que acabaron en las prisiones de Ventas y Yeserías. Ni siquiera para llevarles comida o ropa.

Tampoco me consta que Donna Hightower, Danny Daniel, Ana María Galindo o Alfred Gradus (abrazo a Danny y a Ana y les pido indulgencia por el guiño) visitaran la Stella, aunque no habría sido imposible, porque Alfred fue soldado en la base de Torrejón y era muy amigo de Donna. Es verdad que ambos (sin Amparo, por desgracia) crearon una fórmula única para hacer salsa barbacoa que aún duerme en la caja fuerte de uno de los famosos restaurantes madrileños Alfredo's. Como es verdad también que un artículo del sibarita gourmet Fernando Point, seudónimo de Víctor de la Serna, hizo que se disparara su éxito, solo que fue escrito en enero de 1983, no a finales de 1982; por cierto, cuatro años antes de que yo tuviera la suerte y el privilegio de trabajar codo con codo con Víctor en el Servicio de Noticias de *El País*, en mis inicios como periodista. Va este breve recuerdo por ti, amigo.

Sobre acontecimientos culinarios, debo realizar una confesión en nombre de Amparo. Los platos de la boda de Mateíto son copia de otros ideados por Mario Sandoval, Joan Roca, Susi Díaz, Albert Adrià y Manolo de la Osa para celebrar los veinticinco años del restaurante asturiano Casa Marcial en noviembre de 2018. Junto a nuestros queridos gastroamigos Palmira Márquez y Miguel Munárriz, Juma Torregrosa y yo tuvimos ocasión de probar algunos de ellos meses después, cuando Amparo todavía no había nacido en mi imaginación.

He tratado de ser fiel a los asuntos militares, como cuando hablo de la reunión celebrada en Torrejón de la First Site Activation Task Force (SATAF) del 8 al 11 de septiembre de 1981 para sustituir los Phantom por F-16 o de la primera promoción de mujeres oficiales de la USAFA de Colorado Springs, que comenzó en el 76 y terminó en el 80. Incluso

la anécdota, que me han descrito los responsables de la Stella, del grupo de americanos descerebrados que querían hacer *balconing* sobre la piscina, aun sabiendo que caerían al vacío. Y menos fiel soy a la verdad al dejarme llevar por el cariño a Vanessa, ya que la asciendo prematuramente a teniente primera, de acuerdo al escalafón militar estadounidense, en 1981, algo difícil al haberse graduado solo un año antes.

Sigo confesando que también he alterado y manipulado fechas, algunos ingredientes de los cócteles reales de Ava según los describió Perico Vidal a Marcos Ordóñez, y otros detalles que los lectores hallarán si están interesados.

En mi descargo diré que solo lo he hecho para beneficio y a mayor honra de la ficción. *Mea culpa*.

Por último, es imprescindible explicar dos de los asesinatos de *Los días ligeros*, que resultan ser centrales en su argumento: los de Natividad y Vanessa Pandora. Ambos, por desgracia, están inspirados en hechos reales.

La Natividad de verdad era una prostituta enferma mental que se teñía mucho el pelo, se pintaba las uñas de un color plateado galáctico, se hacía llamar Kerry Payne y guardaba sus cosas «en una piscina de Arturo Soria», según algunas informaciones de prensa. Fue encontrada en la Hinojosa dentro de una tinaja, bocabajo, medio desnuda y con una medallita entre los dientes. Un proxeneta se declaró culpable y después inocente. Se sospechó que el asesino fue un militar de la base de Torrejón, pero el asunto quedó enterrado por razones políticas para no enturbiar el idilio que el régimen franquista, aislado en Europa, mantenía con Estados Unidos. Todo, casi como yo lo cuento. Las dos mayores diferencias entre la realidad y la ficción es que el hecho sucedió en 1969 y no en 1972, y que la madre de la Nati verdadera no se parecía a la Marisa de esta novela. Solo es suya la frase que, al parecer, pronunció en el entierro, cruzada de brazos: «Quien mal vive mal acaba…».

El conocido como el asesinato de la tinaja se encontraba en 2016, según una aplicación llamada Historias (cuya existencia en la actualidad no he podido constatar) y citada entonces por el *ABC*, entre

los cinco crímenes de la historia que más atraen a los españoles. Fue cubierto ampliamente por *El Caso*. Más recientemente, lo describe el primer episodio de la serie *El Caso. Crónica de sucesos*, titulado *El crimen del abrevadero* y protagonizado por mi buena amiga Verónica Sánchez.

Nunca se encontró al culpable. O bien el asesino de Natividad aún vive sin que nadie lo haya acusado de él o bien ha muerto en el anonimato. En ambos casos, impune.

La historia de Vanessa Pandora y Tyrone también se basa en una de verdad. Sucedió en Torrejón en 1980, no en 1982. Pero al describir este asesinato he usado mucha más imaginación que al hacerlo sobre el de Nati, porque acerca de él solo he encontrado tres únicos artículos en *El País*, que animo a los lectores a consultar. En el primero (21/02/80), se da cuenta del estrangulamiento de una militar de la base de Torrejón. En el segundo (22/02/80), se describe el hallazgo con más detalle, se lo califica de «crimen pasional» y no por el nombre real con el que lo habríamos conocido hoy, violencia machista, y se usan términos como «persona de color», por fortuna desterrados. En el tercero (26/02/80), se informa de que el marido, Tyrone H. Green, que en un primer momento buscó coartada en un compañero y atribuyó la muerte de su esposa a un amante, se entregó días después y confesó el crimen. La nota de prensa que transcribo en esta novela, alterada solo en lo fundamental para adaptarla a mi ficción, está compuesta con textos de esos artículos casi en toda su literalidad. Los únicos, como digo, que he podido encontrar sobre el caso y de cuya autoría dejo constancia.

Y, por último, que Nati y Vanessa cayeran a manos del mismo asesino es solo cosa de mi fantasía. Segurísimo. Sin duda. Sí… ¿sí?

Las víctimas se llamaban Natividad Romero y Vanessa Pandora Green. Desconozco a qué nombre corresponde la H de Tyrone, pero, al recordar que la esperanza todavía duerme en el fondo de la tinaja de un ser mitológico como Pandora, me ha parecido de justicia poética llamarlo Homer.

Por respeto a Natividad y a Vanessa Pandora, a sus personajes de ficción les he cambiado los apellidos. Y por respeto a ellas, he

mantenido sus nombres reales y buena parte de su desdichada historia. Ambas son la mayor verdad de todas las ficciones que cuento aquí.

El resto no es más que un homenaje novelado a los días ligeros que todos recordamos al echar la vista atrás y que son los que alivian de verdad el peso de la vida.

YOLANDA GUERRERO,
Madrid, 2024

Agradecimientos

Nada se construye solo. Ni siquiera uno de los mayores ejercicios de soledad e introspección, como es escribir una novela. Esta, desde luego, no habría sido posible sin las muchas ayudas que ha recibido.

La primera mención la dedico a la familia Pérez-Vizcaíno, que ha abierto para mí las puertas de la piscina Stella, hoy cerradas al público y a los visitantes, y con tanta frecuencia como se lo he solicitado mientras escribía. Sus responsables me han recibido con la misma cortesía, elegancia y amabilidad con la que recibieron a sus clientes durante años. A pesar de que esta novela fantasea con hechos que no sucedieron, ellos saben muy bien que la he escrito desde el afecto y la admiración, y con el ánimo de recrear el esplendor de sus mejores días, los más ligeros para el espíritu, que fueron muchos. Añado un saludo y un agradecimiento especial a mi buen amigo Fernando Adrián.

Con la misma emoción doy las gracias a Isabel Sánchez, compañera periodista y escritora, que me ha prestado un apoyo indispensable. Le doy las gracias por su investigación, su búsqueda exhaustiva y sus contactos, todos fundamentales en la composición del tapiz que quiere ser *Los días ligeros*. Gracias también por acompañarme en mi primer recorrido por la Stella. Gracias por su amistad y por su camaradería. Y gracias porque, entre muchas otras referencias, ella fue quien me descubrió el caso del crimen de la tinaja y, en especial, el detalle sobre la piscina de Arturo Soria a la que Natividad Romero solía acudir.

He llamado a muchas puertas, que me dieron entrada a otros ambientes y a otras décadas para que pudiera adivinar cómo era un día ligero en la piscina Stella y en la España que la conoció. Doy las gracias a todos los que las abrieron. Entre ellos, a dos representantes del Departamento del Servicio Histórico de la Fundación Arquitectura COAM: Alberto Sanz, coordinador, y María José Mier, archivera. A

Maribel Fariñas de Alba y a las bibliotecarias de la Biblioteca Regional de Madrid. A Neftalí Antonio Barroso Sánchez, dueño de la desaparecida piscina Tabarca. A Carmen Larrén, documentalista de la revista ¡*Hola*!, al blog MadridMobilite y a otros amigos que, como los demás, aportaron veracidad a esta historia, aunque no aparezcan aquí sus nombres. A todos, mi mayor agradecimiento.

En el cumplimiento de mi promesa de introducir a una enfermera en cada una de las novelas que escribo, para esta debo reconocer la ayuda inestimable de dos grandes amigas: Azucena Pedraz, subdirectora del Departamento de Enfermería de la Universidad Autónoma de Madrid y profesora de Historia de la Enfermería, siempre dispuesta a asesorarme y a responder a mis más estrambóticas preguntas con la mayor precisión (y sin pensar que estoy loca). Y Carmen Sellán, autora del muy ilustrativo libro *La profesión va por dentro. Elementos para una historia de la enfermería española contemporánea*, que tuvo la amabilidad de regalarme cuando se publicó mi segunda novela, *Mariela*. En él se habla de los años extraños en los que a las enfermeras se las privó de su nombre, digno y real, y se las intentó definir mediante las siglas ATS.

Gracias también a dos palentinos ilustres. La primera es una buena y muy querida amiga, además de periodista y mi compañera durante veinticinco años en *El País*, Mercedes Herranz, que me ha llevado de la mano en el tiempo para viajar juntas por su ciudad durante los años cincuenta y sesenta. Le debo un café en la calle Mayor, además de mi gratitud.

Al segundo no lo conozco personalmente, pero he leído lo que escribe con mucha atención. Es Juan González Ruiz, autor del artículo «¡Maestros al tren! Estudiar magisterio y ser maestro en Palencia cincuenta años atrás», publicado en 2021 en *Tabanque. Revista pedagógica*, cuyo texto me ha ayudado a ponerme en la piel de un estudiante primero y un maestro después en la Palencia de los sesenta.

Hay muchos otros amigos y familiares a los que he molestado en fines de semana y a horas intempestivas para que investigaran por mí este o aquel dato, para consultarles mis dudas o sencillamente para corroborar lo obvio. Y todo eso, aunque después haya terminado

sirviendo para redactar una sola frase.

Entre aquellos a los que les he pedido la luna y me la han bajado se encuentra mi sobrino querido Christian Rumpf, que sabe mucho y sobre muchas cosas, como, por ejemplo, la historia de la base de Torrejón de Ardoz y sus entresijos.

Otra es mi cuñada y amiga, Ivón Torregrosa, que también ha indagado y descubierto los datos que necesitaba con el cariño con el que siempre se desvive por los que tiene cerca.

También doy gracias a dos amigas que en realidad son mis hermanas, con las que estudié Periodismo en la Universidad Complutense de Madrid hace media vida y con quienes no he dejado de estar unida, en esa media y en el resto de la que vivamos: Marisol Becerra, oriunda de Hoyo de Manzanares, y la asturiana Carolina García Menéndez. Las dos me han dado sendos cursos acelerados sobre las peculiaridades de la sierra madrileña y sobre asturianismos, y son también las creadoras de los nombres de Amparo y Julia.

Y muchas y especiales gracias a otro amigo del corazón, Miguel Munárriz, por su supervisión lingüística y su asesoramiento sobre el asturiano. Ha puesto al servicio de Amparo y Miguelón no solo la maestría de su escritura, sino la del dominio del lenguaje de sus orígenes.

Por supuesto, todos los datos reales, o los falsos recreados correctamente, o los aciertos en general de esta novela son mérito y obra en exclusiva de los amigos que he mencionado. Los errores, deslices y tropezones, solo culpa mía.

Mención aparte merecen mis sobrinos pequeños adorados, los que inspiran los nombres de los ficticios que aparecen en *Los días ligeros*: Laura y Gabriel S. Vaello, y Lorenzo Marzullo Martínez. Les prometí que algún día daría sus nombres a personajes de una novela y he cumplido lo pactado. Estoy deseando que crezcan lo suficiente para que puedan entenderla.

Gracias eternas a mi sobrina llena de luz Sara Vaello, heredera de una bruja sabia a la que jamás nadie pudo quemar, que alineó los astros a favor de esta historia, dedicada precisamente a un lugar con nombre de estrella. Ella sabe de lo que hablo.

Y a Sonia Montes, maestra herbolaria que sabe escuchar a los planetas; a Adrián Colmenero, que me ha ayudado a encontrar fuerzas en la flaqueza, y a Eugenia Durán, que me ilumina cada miércoles y cada domingo.

Nada de lo que he escrito hasta este párrafo sería posible sin las ideas, el apoyo y la ilusión inagotable de Alberto Marcos, editor de Plaza & Janés, y de su director literario, Gonzalo Albert, que han formado parte esencial de esta historia. Les doy miles de gracias por confiar en mí y brindo con ellos por *Los días ligeros*, que ya forman parte de nuestros días.

Como tampoco sería posible sin el cariño que le doy y recibo de Palmira Márquez, la mejor agente literaria que una escritora puede desear, pero sobre todo mi gran amiga del alma. Ella es imprescindible en esta y en todas las novelas que me den los años que me queden. Y también en mi vida. Gracias infinitas.

Mi último agradecimiento, como siempre, va para la persona con la que vivo todos mis días, que, por duros que sean, él sabe convertir en ligeros. Es a quien dedico cada palabra que escribo y el primero en leerlas: mi marido, Juma Torregrosa. Todo sería nada sin él. Y todo es todo hoy porque está a mi lado. Siempre.

Siempre recordaremos los días que vivimos en la Stella.

Madrid, 1952. A la recién inaugurada piscina Stella, un oasis de modernidad y glamur donde la alta sociedad se reúne para dar rienda suelta a sus ansias de libertad en plena dictadura franquista, llegan tres jóvenes provenientes de diferentes estratos sociales. Sara es la sobrina del director de la Stella, Amparo es la nueva ayudante de cocina y Julia ha venido a la capital siguiendo su vocación religiosa. Las tres enseguida se hacen amigas y, en ese club contestatario y subversivo, conocerán a las personas más importantes del momento —Ava Gardner, Xavier Cugat, los duques de Windsor o Antonio Machín— y aprenderán a vivir y a amar, pero también se enfrentarán a varios asesinatos y a un misterio que pondrá su amistad en peligro y marcará sus vidas para siempre.

Yolanda Guerrero, la autora de *Mariela* y *El día que mi madre conoció a Audrey*, regresa con una novela fascinante que nos descubre uno de los lugares más míticos de la España del siglo pasado. ¿Qué pasiones, escándalos y conspiraciones se desataron dentro de los muros de la piscina Stella?

Yolanda Guerrero nació en Toulouse (Francia) en 1962 y es licenciada en Periodismo. Trabajó con el Instituto Internacional de Prensa (IPI, por sus siglas en inglés) en la sede de Londres y en sus asambleas de Buenos Aires, Montevideo, Estambul y Berlín. A su regreso a España, desarrolló su profesión durante más de 25 años en el diario *El País*, especialmente en su edición latinoamericana y en suplementos internacionales como *The New York Times* en español, hasta que, a partir de 2014, comenzó a dedicarse prácticamente en exclusiva a la literatura.

Además de colaborar habitualmente con reseñas y artículos en la revista literaria Zenda, ha publicado las novelas *El huracán y la mariposa* (2017), *Mariela* (2019) y *El día que mi madre conoció a Audrey* (2023).

Primera edición: mayo de 2024

© 2024, Yolanda Guerrero
Autora representada por la Agencia Literaria Dos Passos
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.,
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Fotografías de las guardas: Album e Instituto del Patrimonio
Cultural de España, Ministerio de Cultura.

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Andrea Ferrandis
Ilustración de portada: Album y Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03131-1

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Los días ligeros

Nota de la autora

2022

1952

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18

Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
2022
1953-1962
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20

Capítulo 21
2022
1962-1972
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
2022
1972-1982
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3

Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
2022
Verdades y ficciones
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Yolanda Guerrero
Créditos